UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX1756
.A2
C3
V.2
c.1

1080043022

Ex#x16#30

BIBLIOTECA
DE PREDICADORES.

TOMO SEXTO.

PARTE SEGUNDA,

TOMO II.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA PUBLICA DE NUEVO LEON MONTERREY

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

PARIS. — IMPRENTA FOURNIER.
CLAYE, TAILLEFER Y C.ª, CALLE DE SAN BENITO, Nº 7.

BIBLIOTECA
DE
PREDICADORES
Ó
SERMONARIO ESCOGIDO
DE LAS OBRAS PREDICABLES
DE COCHIN, CHEVASSU, EGUILETA, FLECHIER, GARCIA, GONZÁLEZ, MASSILLON, SÁNCHEZ SOBRINO, SANTANDER, TRENTO, TRONCOSO Y OTROS,

POR

DON VICENTE CANOS,
PRESBÍTERO.

SERMONES Y HOMILÍAS
DE CUARESMA.

TOMO SEGUNDO.

110314

PARIS,
LIBRERIA DE DON VICENTE SALVÁ,
CALLE DE LILLE, Nº 4.
1846.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO
38058

BX1756
.A2
C3
V.2

SERMON.

EN QUÉ OCASIONES Y Á QUIÉN SOCORRE LA DIVINA PROVIDENCIA.

PARA LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA (1).

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Cum sublevasset ergo oculos Jesus, et vidisset quia multitudo maxima venit ad eum, dixit ad Philippum: unde ememus panes ut manducent hi?

Habiendo pues Jesus alzado los ojos, y visto que le seguia una gran multitud, dijo á Felipe: ¿de dónde compraremos pan, para que coman estos?

S. Juan, c. 6. *v.* 5.

Hé aquí, señores, el gran milagro de la providencia, siempre rica y siempre misericordiosa, de nuestro Dios, en favor de los que le siguen. Hé aquí la prueba inconcusa y altamente luminosa del paternal cuidado, con que acude á proveer abundantemente de oportuno remedio á las necesidades de sus fieles hijos. Hé aquí en fin el argumento mas concluyente en contra de los reprobados afanes, con que los hombres buscan las cosas de la tierra y se olvidan de las del cielo. «No andéis solícitos diciendo qué comeremos, qué beberemos y con qué nos vestiremos,» nos manda el Evangelio (2); «los gentiles son los que buscan, se afanan y se inquietan por esas cosas: buscád vosotros primero el reino de Dios y su justicia, que lo demas

(1) Para este mismo dia hay un sermon sobre el cumplimiento pascual en la pág. 145 del tomo segundo de los de *Mision*, y otro de las almas del purgatorio en la pág. 404 del tomo cuarto.

(2) *Matth. c.* 6. *v.* 25 *et seqq.*

se os dará por añadidura. Mirád las aves del cielo, que ni siembran, ni cogen, ni amontonan en graneros, y vuestro Padre celestial las apacienta...: considerád los lirios del campo cómo crecen, aunque no trabajan ni hilan; y sin embargo ni el mismo Salomon, en toda su gloria, se vestia con mas gala y hermosura. »

Sentado nuestro gran Dios en el trono de su gloria, levanta sus ojos, tiende su vista por todos los ángulos del universo, que ha criado y depende exclusivamente de su eterna providencia y cuidado: *cum sublevasset*; todo lo ve, todo lo registra y sabe que á todo debe acudir, para que se conserve: *et vidisset quia multitudo maxima venit ad eum*; y entónces echa mano de los inagotables fueros de su poder, de su sabiduría y de su misericordia, y da á cada cual lo que necesita y le conviene. Nadie queda disgustado; á ninguno falta; todos salen provistos de su divina presencia, si tienen fe en su providencia y si reciben con dócil humildad lo que les reparte; ciertos, confiados y seguros de que aquello, y no otra cosa, es lo que pueden esperar, lo que deben recibir, lo que están obligados á aceptar con gratitud y reconocimiento.

Y ¿no es esto, señores, lo que vemos todos los dias y á cada momento, y lo que se está repitiendo sin cesar á nuestros ojos desde el principio del mundo? Y sin embargo no nos sorprende, no llama nuestra atencion, no excita nuestra fe, no estimula nuestra piedad. ¿Queremos un hecho singular, un milagro mas patente, si cabe, un suceso portentoso, que en circunstancias particulares sea como una aplicacion brillante de las reglas generales con que el Señor administra y gobierna al mundo? Pues hoy lo tenemos. Pero cuidado, que en él se nos da una leccion importante, un documento precioso y perentorio, que nos servirá de terrible cargo en el dia del juicio. Nuestro deseo y nimia curiosidad quedan completamente satisfechos; pero de su mismo cumplimiento resultará contra nosotros un argumento indeclinable, á que jamas podremos contestar.

Jesucristo nuestro salvador y padre pasa al otro lado del mar de Galilea, seguido de una gran multitud de gentes, admirada de los muchos milagros que ya ántes habia hecho con los enfermos: subió á un monte y se sentó con sus discípulos; y alzando sus ojos, vió las gentes que venian hácia él, y dijo al apóstol san Felipe: ¿de dónde compraremos pan para que estos coman? Preguntaba á Felipe, para probar su fe, así como ya tenia á la vista la de los que le seguian, en cuyo favor hizo el asombroso milagro de multiplicar cinco panes y dos peces en tan prodigiosa abundancia, que sobraron para satisfacer el hambre de cerca de cinco mil hombres, sin contar las mujeres, ancianos y niños. ¿Es bastante este prodigio para conocer toda la grandeza de la providencia del Señor? ¿Tenemos aún en él alguna cosa importante que aprender? Sí, señores; pero es indispensable examinar despacio lo que hace Jesus y las circunstancias en que lo hace, para deducir que los milagros de la Providencia son el premio de la fe y buenas obras. Esta es mi proposicion, expresamente contenida en el Evangelio. La dividiré en dos partes para mayor claridad y mejor órden. En la primera os manifestaré lo que hace Jesucristo en esta ocasion, y en la segunda, con quién lo hace, y por qué lo hace.

Ayudádme ántes á implorar los auxilios del Espíritu divino, poniendo por intercesora á la santísima Vírgen, saludándola como se acostumbra. *Ave María.*

He apuntado en sustancia, cristianos, lo que hizo Jesucristo y las circunstancias en que lo hizo, al decir que multiplicó cinco panes y dos peces en el desierto, en tanta y tan prodigiosa abundancia, que bastó y sobró para hartar una multitud tal, que segun los expositores llegaba á doce mil personas. Pero para comprender bien toda la magnificencia de este portentoso hecho de la Providencia, es preciso detenerse en cada una de las cláusulas del Evangelio; y ¡ojalá que á mí me fuese dado el hacerlo formando una extensa homilía, á la manera de las de los Padres de la Iglesia! Entónces vuestra fe se avivaria mas, vuestra piedad y amor á Jesucristo se encenderia, como es debido, y vuestra gratitud tributaria sin cesar al Señor los justos homenajes de reconocimiento, á que nos empeñan sus bondades. Pero hagamos lo que permite un discurso ligado á ciertos límites.

Preguntado que fué san Felipe y probado por Jesus acerca de su fe en la providencia y poder del Señor, respondió de esta manera: Señor, doscientos denarios de pan no serán bastantes, para que cada uno de estos reciba una pequeña parte. Entónces el apóstol san Andres dijo á Jesus: aquí hay un muchacho

que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero esto ¿qué es para tantos? Sin esperar otra respuesta les dijo Jesus, que hiciesen sentar á los hombres..., tomó los panes, y dando gracias á Dios los distribuyó á los que estaban sentados, y lo mismo hizo con los peces. Luego que se hartaron, mandó recoger los fragmentos, para que no se desperdiciasen, y de ellos recogieron doce canastos. Sigue refiriendo el Evangelio la grande admiracion que produjo en las turbas este milagro, que en su vista aclamaron á Jesus por verdadero profeta y Mesías, y trataron de hacerle rey; pero Jesus se huyó de ellos.

Á quién no llama la atencion este suceso? ¿y cómo era posible que las turbas no quedasen admiradas? Pero mejor diré, ¿por qué se admiraron ellas y nos admiramos nosotros, al ver este insólito prodigio de la Providencia? Los judíos habian visto ya que á la voz de Jesucristo un paralítico habia saltado de su lecho, echándoselo á cuestas, y marchando ágil y sano; habian visto á la hija de la viuda sentarse, hablar y quedar viva y curada, cuando ya la lloraban muerta en el féretro; habian visto curado al ciego de nacimiento, prodigio tan inaudito y tan nuevo, que nadie lo habia jamas oído referir en el mundo, segun la expresion del mismo; habian visto en fin, al hijo del príncipe Jairo, al criado del centurion, á los diez leprosos, á la Cananea, al ciego de Jericó y otros muchos; y tambien habian tenido la sacrílega é infame osadía de negar estos milagros, ó interpretarlos en mal sentido, y por ellos calumniar y perseguir á su divino Autor. ¿Cómo es que ahora se asombran, se excita su gratitud y le quieren hacer rey? Ah, señores! las circunstancias, la ocasion, las formas con que se hace y reviste el portento, abren los ojos al pueblo inerédulo, hieren su corazon corrompido y arrancan á la conciencia viciada un movimiento irresistible, una confesion casi indeliberada, que en otra ocasion, prevenida por la malicia, no verificara.

Y esta es la razon, cristianos, de la conducta que Jesucristo observaba con aquel pueblo perverso. Le pedian milagros, y les daba amenazas; le presentaban miserias, y huía la vista, si en alguno ó algunos no registraba disposiciones de sincera fe é intencion sana; pero cuando su eterna sabiduría esperaba el aprovechamiento, porque comprendia bien la piedad y humilde confianza de las gentes que le rodeaban, entónces con mano liberal y corazon generoso les prodigaba los beneficios y los

milagros. Nadie le pidió la multiplicacion de los panes; pero Jesus la hizo, porque en aquel lance conoció que eran acreedores, y que la apreciarian en su justo valor, como sucedió en efecto.

Lo mismo se está observando diariamente en el pueblo cristiano. «Pedís y no recibís,» dice Jesucristo, «y es porque pedís mal, porque pedís no lo que os conviene y conduce á vuestro verdadero bien, al bien de vuestras almas, sino á vuestras pasiones y concupiscencias.» Diré mas: se hacen milagros á millares, todos los dias, todas las horas, todos los momentos; á nuestra vista, en nuestra presencia, con nosotros mismos: los vemos, los tocamos, gozamos sus beneficios; pero los despreciamos, ó al ménos los desconocemos, y no nos tomamos la pena siquiera de examinarlos filosóficamente, ya que no sea como cristianos. Son tantos y tan frecuentes, tan grandes y portentosos, que por lo mismo han llegado á envilecerse, dice san Agustin, y á pasar desapercibidos.

Y si no ¿qué es el universo todo, con todo su sistema, tan variado, tan hermoso, tan bello, tan encantador y admirable, sino un continuo milagro? ¿Qué somos nosotros mismos, existiendo ayer, y hoy, y mañana, á pesar de los débiles elementos, de los quebradizos resortes del gérmen destructor, de que se compone nuestra máquina, sino el mayor de los milagros? Aquel *hágase*, con que Dios crió al mundo y sacó todos los seres del seno profundo de la nada, ¿no es el mismo acto eficaz, omnipotente, providencial, con que las reproduce y conserva? Así lo cree san Cipriano, y yo tambien, y todos los hombres reflexivos y cuerdos. Con todo nada de esto nos asombra, porque se ve y se hace de continuo. Nos asombraria, sí, la multiplicacion de los panes; semilla fecundísima que fructificaba en las manos de Jesucristo, *con tan prodigiosa abundancia*, dice san Juan Crisóstomo, *que parecia que los panes producian panes para saciar á la multitud hambrienta*. Nos asombraria, porque se hizo una sola vez, por la libre, graciosa y espontánea voluntad del Hijo de Dios: nos asombraria, porque se hizo en favor de las turbas que no la pedian, pero la necesitaban, y olvidados de todo, seguian á Jesucristo. Con que por quién hizo Jesus este milagro? me preguntaréis. Ya está dicho: por los que le seguian. Reflexionar sobre este punto, es justamente la materia de la

SEGUNDA PARTE.

Levantó Jesus sus ojos, y vió, dice el Evangelio. Y á quién vió? á la gran multitud que le seguia. Entónces hizo el milagro de multiplicar los panes y los peces. Y para quién? vuelvo á preguntar. Para aquellos mismos, no para otros, no para los tímidos y perezosos que se quedaron en la ciudad; no para los que implicados en los negocios del mundo, desoian la predicacion del Salvador, sino para los que le seguian al desierto, hasta olvidarse de su propia conservacion y preciso alimento, dice san Ambrosio.

Es preciso considerarlo bien, cristianos. Jesucristo lo ha dicho y no puede faltar: es imposible servir á dos señores. El que quiera partir su corazon entre Dios y el mundo, desde luego desagrada á Dios, porque Dios rechaza esos servicios á médias; esos corazones partidos los quiere por entero, porque por entero los ha criado, por entero son suyos. Acaso nos quejamos nosotros de que teniendo mejores derechos, títulos mas legítimos para obtener favores y milagros que el pueblo judío, sin embargo no se nos dispensan, al ménos tan portentosos y extraordinarios como á ellos. Esta queja es injusta; en ella hay dos equivocaciones, dos errores, á cual mas perjudicial para nosotros. En primer lugar, si bien lo miramos, si se reflexiona con fe, á nosotros nos está el Señor obsequiando todos los dias con otros favores, con otros portentos, de un valor y mérito infinitamente superior al de la multiplicacion de los panes. En el mismo capítulo del Evangelio, en que se habla del uno, tenemos los otros. El pan de la vida eterna, el pan celestial, el cuerpo adorable de Jesucristo, la hostia de la salud ¿no se multiplica todos los dias en nuestros altares, para que sea el alimento vital de los que buscan á Jesus en el desierto de este mundo? Ademas, ¿tenemos mas méritos, mejores títulos que los judíos? Pues entónces, por eso mismo se nos exige mas; porque *al que mucho se le da, mucho se le pedirá.* Y bien; ¿hacemos nosotros lo que las turbas del desierto para buscar los milagros de Jesucristo? Responda cada cual por su parte; diga si abandona al mundo por Dios, si se le entrega todo entero y sin reserva, y entónces podrá valer algo su argumento. Pero yo estoy bien seguro que si ponemos la mano sobre nuestro pecho, nos veremos todos obligados á confesar que no hacemos ni lo que las turbas hicieron, ni lo que nos toca y á lo que estamos comprometidos por esas mismas razones de superiores títulos y de abundantes beneficios.

Y si no, ya que no abandonamos al mundo y sus cuidados, ¿es nuestra fe tan grande, es nuestra confianza en Dios tan ciega y absoluta, es nuestro amor por su doctrina inmaculada tan eficaz y ardiente, que sin cesar jamas nos abandonemos á su cuidado paternal, esperándolo todo de su eterna bondad, de su cariñosa providencia? Ah! Jesus elevó sus ojos en el monte, y vió que le seguia una multitud inmensa, dirigida solo por la devocion y piedad para oir sus doctrinas de vida y de salud: vió que olvidados del mundo, huyendo de él, dejando su tumulto, solo pensaban en una cosa, y era en oir su divina palabra. Por esta fe, por este amor, por esta confianza, el Señor cuidó de proveerles de lo que les faltaba y les era necesario: por esto hizo el milagro de la multiplicacion de los panes. Las turbas desconfiaron del mundo y confiaron en Dios: leccion importante y luminosa para el pueblo cristiano; leccion que imitada con fidelidad, nos dará sin remedio los mismos resultados. Quinientos denarios de pan, que serian como unos mil reales de nuestra moneda, no bastarian en la opinion del apóstol Felipe, para que cada individuo de los que seguian á Jesus, tomara un bocado: si él hubiese bien comprendido lo que se iba á verificar, hubiera dicho, que para tanto no bastaba todo el oro del mundo. Ni basta tampoco, ni bastará nunca para los diarios portentos que Dios hace con nosotros en el órden espiritual y en el temporal; ántes estorba é impide que los logremos, porque en el oro y demas arbitrios y medios terrenos está cabalmente el enemigo de que es preciso huir.

En fin, cristianos, Jesucristo obró en el desierto el gran prodigio de su providencia en los dias inmediatos á la festividad de la Pascua; circunstancia tambien digna de meditarse seriamente. Muy cerca está la Pascua de los cristianos: su festividad los llama á participar de los inauditos portentos del misterio asombroso y mayor, que forma como la esencia, como el carácter distintivo de la Religion católica; portento, misterio y favor que en ningun otro culto de cuantos el demonio y los hombres malos han inventado, se encuentra ni puede imitar. La participacion de la divina mesa, en la cual se da á los fieles

por alimento el adorable cuerpo de Jesus sacramentado, es el gran símbolo que distingue la Iglesia católica, y la fe de este misterio es la de la única Religion verdadera. Hasta lo infinito se multiplica el pan de vida eterna por medio de la omnipotente virtud de las palabras de Jesucristo, repetidas por sus ministros. La Iglesia nos convida, nos estimula, nos manda venir al banquete; y las disposiciones que exige son las mismas que vió el Salvador en la multitud, cuando en su favor multiplicó los panes: abstraccion del mundo y sus cuidados, fe ciega en la doctrina del Señor, y amor puro y ardiente á Jesucristo.

Para preparar Jesus á las turbas al conocimiento y participacion de este augusto misterio, les multiplicó el pan material y terreno, y despues les dijo: coméd, no el manjar que perece, sino el que permanece hasta la vida eterna. Para esto es preciso que creáis en la obra de Dios, hecha por su Hijo, á quien ha enviado con este fin.

Ea, cristianos, esta obra grande y portentosa es para nosotros. Avivád vuestra fe, y veréis, y participaréis del milagro del amor de Jesus, no ya como las turbas, comiendo del milagroso pan multiplicado en el desierto, sino del pan celestial y divino del cuerpo adorable y sacramentado del mismo Jesus. Avivád vuestra fe, repito; pero con las buenas obras, con el retiro del mundo, con un fervoroso y encendido amor á este Señor, cuya inmensa bondad, cuya sabiduría infinita y cuya providencia omnipotente y cariñosa ha querido obrar para el pueblo cristiano un prodigio, infinitamente mayor que el del desierto. Convenzámonos en fin de que los milagros del Señor en favor del mundo son frecuentes, continuos y portentosos; y que siempre reclaman nuestra gratitud, y exigen amor y respeto, léjos de envilecerse con su frecuencia. Sobre todo y sobre todos el grande, el incomparable, el divino del augusto Sacramento, significado por el del desierto. Vivamos como buenos hijos de Dios, humildes, fervorosos y agradecidos á tantos favores: sea nuestra conducta tan virtuosa y tan pura que siempre podamos dignamente disfrutar de este beneficio y comer con frecuencia del pan milagroso, para que fortificados en el alma con su alimento, marchemos firmes y sin nunca desmayar hasta el monte santo de Dios, que es la gloria. Amen.

HOMILÍA.

ESTAMOS EN OBLIGACION DE SOCORRER Á LOS NECESITADOS.

PARA LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Accepit Jesus panes; et cum gratias egisset, distribuit discumbentibus: similiter, et ex piscibus quantum volebant.

Tomó Jesus los panes; y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados, y asimismo de los peces cuanto querian.

S. Juan, c. 6. v. 11.

Si en todos tiempos y circunstancias debemos meditar atentamente los saludables documentos, é imitar los ejemplos edificantes que se sirvió darnos nuestro divino Maestro en el discurso de su vida mortal, hay sin embargo ocasiones mas críticas que parecen exigirlo imperiosamente. La misericordia, la caridad y el prodigioso esmero, con que nos dice san Juan en el Evangelio de este dia, que atendió Jesucristo al remedio de las necesidades espirituales y corporales de las turbas que le seguian, admiradas al ver los repetidos y asombrosos milagros que obraba frecuentemente, para proporcionar la salud á todo género de enfermos y el remedio á todas las necesidades; exigen con razon de nosotros que procuremos ejercitar los actos de aquellas virtudes con un celo y exactitud, proporcionados á los apuros en que se encuentran muchos de nuestros hermanos. Las necesidades que experimentan en el dia, ya por respecto al cuerpo, ya con especialidad respecto del alma, son altamente acreedoras á nuestra atencion. La dolorosa situacion en que se

por alimento el adorable cuerpo de Jesus sacramentado, es el gran símbolo que distingue la Iglesia católica, y la fe de este misterio es la de la única Religion verdadera. Hasta lo infinito se multiplica el pan de vida eterna por medio de la omnipotente virtud de las palabras de Jesucristo, repetidas por sus ministros. La Iglesia nos convida, nos estimula, nos manda venir al banquete; y las disposiciones que exige son las mismas que vió el Salvador en la multitud, cuando en su favor multiplicó los panes: abstraccion del mundo y sus cuidados, fe ciega en la doctrina del Señor, y amor puro y ardiente á Jesucristo.

Para preparar Jesus á las turbas al conocimiento y participacion de este augusto misterio, les multiplicó el pan material y terreno, y despues les dijo: coméd, no el manjar que perece, sino el que permanece hasta la vida eterna. Para esto es preciso que creáis en la obra de Dios, hecha por su Hijo, á quien ha enviado con este fin.

Ea, cristianos, esta obra grande y portentosa es para nosotros. Avivád vuestra fe, y veréis, y participaréis del milagro del amor de Jesus, no ya como las turbas, comiendo del milagroso pan multiplicado en el desierto, sino del pan celestial y divino del cuerpo adorable y sacramentado del mismo Jesus. Avivád vuestra fe, repito; pero con las buenas obras, con el retiro del mundo, con un fervoroso y encendido amor á este Señor, cuya inmensa bondad, cuya sabiduría infinita y cuya providencia omnipotente y cariñosa ha querido obrar para el pueblo cristiano un prodigio, infinitamente mayor que el del desierto. Convenzámonos en fin de que los milagros del Señor en favor del mundo son frecuentes, continuos y portentosos; y que siempre reclaman nuestra gratitud, y exigen amor y respeto, léjos de envilecerse con su frecuencia. Sobre todo y sobre todos el grande, el incomparable, el divino del augusto Sacramento, significado por el del desierto. Vivamos como buenos hijos de Dios, humildes, fervorosos y agradecidos á tantos favores: sea nuestra conducta tan virtuosa y tan pura que siempre podamos dignamente disfrutar de este beneficio y comer con frecuencia del pan milagroso, para que fortificados en el alma con su alimento, marchemos firmes y sin nunca desmayar hasta el monte santo de Dios, que es la gloria. Amen.

HOMILÍA.

ESTAMOS EN OBLIGACION DE SOCORRER Á LOS NECESITADOS.

PARA LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Accepit Jesus panes; et cum gratias egisset, distribuit discumbentibus: similiter, et ex piscibus quantum volebant.

Tomó Jesus los panes; y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados, y asimismo de los peces cuanto querian.

S. Juan, c. 6. v. 11.

Si en todos tiempos y circunstancias debemos meditar atentamente los saludables documentos, é imitar los ejemplos edificantes que se sirvió darnos nuestro divino Maestro en el discurso de su vida mortal, hay sin embargo ocasiones mas críticas que parecen exigirlo imperiosamente. La misericordia, la caridad y el prodigioso esmero, con que nos dice san Juan en el Evangelio de este dia, que atendió Jesucristo al remedio de las necesidades espirituales y corporales de las turbas que le seguian, admiradas al ver los repetidos y asombrosos milagros que obraba frecuentemente, para proporcionar la salud á todo género de enfermos y el remedio á todas las necesidades; exigen con razon de nosotros que procuremos ejercitar los actos de aquellas virtudes con un celo y exactitud, proporcionados á los apuros en que se encuentran muchos de nuestros hermanos. Las necesidades que experimentan en el dia, ya por respecto al cuerpo, ya con especialidad respecto del alma, son altamente acreedoras á nuestra atencion. La dolorosa situacion en que se

hallan por disposicion de la Providencia, exige del modo mas imperioso que todos estudiemos, consultemos y pongamos por obra cuantos medios nos dicte la razon para suavizarla. La indigencia es muy general y desmedida; la ignorancia de las verdades de nuestra Religion sacrosanta, la relajacion de costumbres, el escándalo, el desórden son demasiado comunes, cunden por todas partes.

Tan espantoso cuadro se presenta á la vista del cristiano observador; pero se aumenta el sentimiento al considerar, que si es muy corto el número de los que se hallen en disposicion, y con voluntad de satisfacer el hambre y cubrir la desnudez de tantos miserables, lo es mucho mas por desgracia el de los que distribuyan el alimento de la divina palabra, de los santos sacramentos y de los demas auxilios, á que está vinculada, y de que exclusivamente depende la conservacion de la vida espiritual. En tan angustiosa situacion yo no encuentro otro remedio, que renovar la memoria de lo que Jesucristo hizo este dia en el desierto en obsequio de las turbas que le seguian, y excitar, á vista de tan edificante ejemplo de misericordia, á la práctica de esta excelente y recomendable virtud. Este es el fin de la Iglesia al exponer á nuestra consideracion el presente Evangelio, y este es por tanto mi designio en el breve discurso que vais á oir.

No se me oculta, como no se ocultaba al hermano de Pedro, que cinco panes y dos peces no son materia suficiente para remediar naturalmente las necesidades de cinco mil hombres; pero no puedo dudar al mismo tiempo que el Unigénito de Dios puede multiplicarla milagrosamente, de modo que comiendo cada uno á medida de su deseo, aún quede mucho de sobra: quiero decir, que á pesar de la razonable desconfianza que me anima de poder con solo mi trabajo producir el fruto que deseo, espero no obstante producirlo auxiliado con la gracia del Espíritu santo, que os excito á pedirle por la mediacion de la Madre verdadera de las misericordias. *Ave María.*

No hay virtud tan frecuente y enérgicamente recomendada en la sagrada Escritura como la misericordia. El libro del Deuteronomio, el de los Salmos, el de los Proverbios de Salomon, el del Eclesiástico, el de Tobías, los de los Profetas, los del antiguo Testamento, todos nos exhortan en los términos mas expresos á la práctica de esta virtud; por cuya razon seria molesto, y aún casi imposible, referir los copiosos testimonios que encierran. Lo mismo digo respecto á los preceptos que de ella se nos dan en el sagrado Evangelio. Nuestro divino Maestro, como que se propone inculcar sobre la obligacion de ejercer la misericordia, cuantas veces se le presenta ocasion oportuna; pero siempre recordando el premio que está preparado á los que la cumplan, y el castigo á los que la desprecien. Bienaventurados, dice por san Mateo (1), los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia; dad y se os dará á vosotros con usura (2): dad limosna y atesoraréis en el cielo, donde jamas falta, porque ni hay ladrones ni polilla (3): ganáos amigos distribuyendo vuestras riquezas, para que cuando fallezcáis, os reciban en las eternas moradas. Semejantes documentos se encuentran á cada paso en las epístolas de san Pablo, en la de Santiago, en la de san Juan y otras que no refiero, por no molestar vuestra atencion, y porque al mismo tiempo creo ser suficiente para convenceros aquel, en que el Juez supremo, al describir el terrible juício que á todos está preparado, parece atribuir exclusivamente á los ejercicios de la misericordia todo el mérito para la bienaventuranza, y al defecto de aquellas obras la sentencia de eterna reprobacion (4).

Para conocer la excelencia de esta virtud, bastará considerar la conducta de nuestro divino Salvador. No se satisface con exhortarnos á su ejercicio; ó por mejor decir, no juzga suficiente enseñarnos esta obligacion con solas palabras, sino que se propone darnos ejemplos repetidos, medio seguramente el mas persuasivo: y aunque la humilde condicion que para sí habia elegido en este mundo, no le proporcionaba ocasiones ni recursos con que poder manifestar su infinita liberalidad, pero la manifiesta recurriendo á su omnipotente providencia, para grabar de un modo mas estable en el corazon de los hombres esta leccion importante. Por medio del milagro que hoy nos refiere la Iglesia, y que es de los mas evidentes, llama la atencion de los cristianos y los exhorta prácticamente á la misericordia. Tres dias hacia que una multitud considerable, como admirada á vista de la prodigiosa curacion de varios enfermos, seguia con

(1) *Matth.* c. 5. v. 7. (2) *Luc.* c. 6. v. 38. (3) *Luc.* c. 12. v. 33.
(4) *Matth.* c. 25.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

indecible ansia por el desierto á Jesus Nazareno, publicando su poder sobrenatural y manifestando que no acertaba á separarse de su compañía. Era tal el anhelo con que escuchaban las turbas las palabras de vida eterna, que con tanto celo les anunciaba, que quedaban como pendientes de sus labios, sin fijar su atencion en otra cosa alguna, ni aún en sus verdaderas necesidades corporales. Es verdad que en mi concepto era un milagro el que se olvidaran hasta del alimento necesario á la conservacion de su existencia; pero como quiera ellos no lo conocian, porque no paraban en él su consideracion, y era necesario hacerlo mas palpable, para que fuera mas edificante el ejemplo de la misericordia. Al efecto determina el Salvador proveer á todos del oportuno sustento; pero ¿de qué manera ha de proporcionarlo en un sitio desierto, y destituído por consiguiente de todo recurso? Consulta á sus discípulos, y estos como que forman empeño en disuadirle de aquel proyecto. Qué suma tan exorbitante no era necesaria para realizarlo? *Ducentorum denariorum panes non sufficiunt ut modicum quis accipiat*, dice uno: doscientos denarios no son suficientes para que cada uno tome un poco: en toda la multitud, dice otro, no se hallan sino cinco panes y dos pececillos que tiene y se prestará á vender un jóven: *sed hæc quid sunt inter tantos?* pero ¿de qué sirve tan corta cantidad para un número tan excesivo de necesitados? No de otra cosa que de estimular el hambre, en vez de remediarla.

En estas ingenuas y sencillas contestaciones de Felipe y Andres creo descubrir algunas de las vanas y cavilosas excusas que presentan tantos miserables esclavos de una sórdida avaricia, para cohonestar su monstruosa insensibilidad con respecto á las necesidades de sus hermanos. *Ducentorum denariorum panes non sufficiunt*, suelen decir con el primero, negándose á remediar aquellas. ¿Cómo es posible atender al sosten de tantos infelices pordioseros? ¿qué inmensos caudales no seria preciso invertir en este solo objeto? Por otra parte, ¿no seria una imprudencia desprendernos de lo que hemos adquirido á costa de tanto sudor y trabajo, de tantos sacrificios y privaciones? ¿no seria una locura negar á nuestro corazon lo que forma todas sus delicias? renunciar al fundamento de todas nuestras esperanzas? ¿perder en solo un momento los tesoros, que no hemos logrado reunir sino despues de mucho tiempo, para dar á nuestra casa el lustre, el esplendor, la ostentacion á que ha llegado; y á nuestras familias las comodidades, la abundancia, el rango que disfrutan, y que dejarian de poseer con la pérdida de nuestros intereses? ¿Con que nosotros mismos hemos de dilapidar tan crecidas sumas en beneficio de los miembros mas indiferentes de la sociedad, los mas inútiles, ó tal vez perjudiciales? *Est hic puer habens quinque panes et duos pisces:* yo poseo una escasa fortuna que no produce lo que es necesario para remediar á tantos, y á muy corta parte que expenda de ella, me expongo á carecer de lo que necesitaré mañana.

Estoy muy distante de creer que fuera esta la intencion de los apóstoles, puesto que el divino Maestro no les reprende; pero se dispone á convencerlos, á hacerles conocer por experiencia que todo lo puede el que se pone en las manos de Dios. Toma en sus benditas manos los cinco panes y dos peces; levanta sus ojos al cielo; hace presente á su eterno Padre la tierna compasion que se excita en su pecho, al ver tan numerosa multitud expuesta á perecer víctima del hambre; le recuerda que la misericordia es la virtud que con mayor energía ha recomendado á los hombres; y en la segura persuasion de que abriria los tesoros de su omnipotencia, para enseñarles á vencer los obstáculos y superar las dificultades que los retraen de su ejercicio, hace sentar á los cinco mil hombres y una multitud acaso muy superior de mujeres y niños; pone en manos de sus discípulos la escasa, insignificante, casi nula porcion de alimento que se habia proporcionado; manda que la distribuyan entre todos los circunstantes, y obedeciendo sin réplica... Qué asombroso prodigio! Á no estar tan acostumbrados á oirlo, ó mejor dicho, si el Evangelio no lo refiriera, lo tendriais por un sueño, lo calificariais de impostura, de ficcion, lo supondriais imposible. No obstante ser tan excesivo el número de personas, cada una toma cuanto quiere, sin otra medida que su voluntad ó su apetito; todos, todos sin excepcion comen en abundancia, quedan completísimamente saciados, y aún resulta sobrante mayor cantidad que la que tenian en un principio. Con solos cinco panes y dos peces se proyectó y llegó á verificarse el remedio de tantos necesitados; y aún sobra lo que eran capaces de contener doce espuertas ó canastillos.

Hombres inhumanos, viles avarientos, ved completamente desvanecidas vuestras disculpas. No se busca una inmensa su-

ma, basta una voluntad verdadera. No debiais temer que la misericordia os empobreciese, ó que disminuyese vuestras fortunas; ántes bien esperar confiados que ella misma multiplicase extraordinariamente los medios de ejercerla. Esa misma Providencia que con solo hacer un milagro, acrecentó en manos de los apóstoles el pan y los peces, es la que por medios naturales multiplica en las vuestras los bienes de fortuna. No os dejéis llevar del orgullo sacrílego, de la impía persuasion de que son debidos tales bienes á vuestros talentos, á vuestra industria y trabajo: Dios, solo Dios es el dispensador de todos los bienes. Serán vuestros el fraude, el dolo, la codicia, la usura, la injusticia, con que tal vez los habéis adquirido; pero ellos, aún adquiridos por tan infames medios, solo á Dios conocen por autor, por criador, por dispensador. En manos de los apóstoles se multiplicaron los panes y los peces; mas no fueron su celo ni su trabajo causa de aquella multiplicacion; tan estupendo prodigio se debe en todo á la misericordia, á la providencia del Omnipotente. Los apóstoles sabian que aquel aumento no debia destinarse á fomentar su avaricia, su orgullo, su voluptuosidad, sino á socorrer á los necesitados, á cuyo fin se habia hecho; por eso lo reparten entre todos, sin conservar para sí sino aquello que sobró, porque no hubo quien lo quisiera.

Esta circunstancia me hace discurrir acerca del empleo que debemos dar al sobrante de nuestros intereses. El infinitamente Santo es incapaz de concedernos el menor beneficio, el bien mas insignificante, para que sirva de fomento á nuestros vicios: solo imaginarlo seria un atentado sacrílego contra la infinita bondad de Dios. El fin es que nos sirva de materia y ejercicio de la virtud de la misericordia. *Quod superest, date eleemosynam*, nos dice (1); repartíd con generosidad entre los pobres lo superfluo, lo que os sóbre despues de llenar vuestras atenciones. Y para mas excitarnos al cumplimiento de esta ley, procura aumentar, multiplicar extraordinariamente los dones del que le obedece con exactitud. Y cuidado que no solo los multiplica en la cantidad, sino ademas en la cualidad y en la duracion. Por un polvo de tierra promete la inmensidad de los cielos; por una corta porcion de alimento que puede servir para los brutos, promete toda la gloria de los ángeles; por una cosa

(1) *Luc. c.* 11. *v.* 41.

perecedera y momentánea de que quiere nos desprendamos, nos asegura una duracion eterna en su amable compañía; por el goce de unos bienes efímeros, falsos, traidores nos ofrece el de su inmortal bienaventuranza. En vista de esto ¿necesitaréis que os presente mas poderosas razones, para resolveros abiertamente por la práctica de tan excelente virtud?

¡Qué gloria seria para nosotros el seguir los ejemplos, que en esta parte nos han dejado tantos de nuestros venerables hermanos, cuya memoria será siempre gloriosa en esta ciudad! No se me oculta que las circunstancias han cambiado en un todo: al paso que aumenta prodigiosamente el número de necesitados, disminuyen los recursos y las facultades. No obstante si las presentes ocurrencias son poco favorables, para que podamos alimentar al hambriento y vestir al desnudo, son demasiado imperiosas para ejercitar otra especie de misericordia. Es indudable que hay en el dia necesidades mas urgentes, mas generales, sin comparacion mas dolorosas que en épocas anteriores: por lo mismo es tambien mas urgente y obligatorio su remedio. Esas turbas no necesitan solo el alimento corporal; el pan de la divina palabra, el cuerpo y sangre de nuestro divino Redentor, la salud de sus almas que está pendiente de la sagrada absolucion..., hé aquí lo que reclaman con mas urgencia: esas son las limosnas que podemos, que estamos en obligacion de darles con mano pródiga y liberal.

Concluyo pues, dirigiéndome á todo mi auditorio. Jesucristo remedió generosamente la necesidad de las turbas que le seguian, sin esperar á que uno solo se la hiciera presente. Á nosotros nos piden limosna á todos horas, en todas partes, con expresiones demasiado enérgicas, con lágrimas copiosas, capaces de enternecer el corazon mas insensible. No necesitáis retiraros al desierto, ni recorrer esas infelices aldeas, cuyas chozas son otras tantas mansiones de la indigencia; fijád la vista en las calles y plazas de esta, en otro tiempo floreciente ciudad, y á cada paso tropezaréis con inumerables esqueletos medio animados, cuya palidez y decaimiento nos predican con una elocuencia en extremo persuasiva y enérgica nuestro deber en esta parte. Justo es é indispensable que nos ocupemos seriamente en un asunto, que con tan lastimero acento reclaman los derechos de la humanidad. Inútil es recurrir á la contestacion de san Felipe: *ducentorum denariorum panes non sufficiunt:* Dios

es infinitamente justo, y á nadie pedirá cuenta sino de los bienes que en realidad le ha concedido, puesto que á todos nos dice (1) : *Si multum tibi fuerit, abundanter tribue : si exiguum tibi fuerit, etiam exiguum libenter impertiri stude* : es decir, que exige de todos y cada uno de los cristianos, que compadecidos de nuestros hermanos, los socorramos en proporcion á nuestras facultades. ¿Qué satisfaccion no nos cabria, si consumidas nuestras fortunas, tales cuales sean, en el socorro de los menesterosos, nos ocupáramos todavía en proporcionar recursos de otra parte, haciéndonos mutua y seriamente la piadosa pregunta que Jesucristo hizo á su discípulo Felipe: *unde ememus panes ut manducent hi?* Felices entónces nosotros! Pero, ay! no nos dejemos arrebatar de lisonjeras ilusiones! ocupémonos mas bien en aquellas sábias reflexiones con que san Ambrosio nos recuerda, que la mayor locura del hombre es guardar, para que consuma la polilla, el moho, y acaso el vicio, unos bienes, que por mano de los pobres pudiéramos depositar, con la mayor seguridad y tomando inmensas usuras, en el cielo. Recordemos aquellas terribles palabras que dirigirá el Juez inexorable en el mas terrible de los dias al que haya permanecido insensible á la miseria del indigente : *retírate de mí para siempre, maldito de mi Padre.* ¡Infelices los que se hallen comprendidos en tan hórrenda maldicion! ¡Dichosos por el contrario los que merezcan oir de boca del mismo Señor, no con el acento de un juez airado, sino de un padre tierno y cariñoso : *venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde la eternidad, porque tuve hambre, y me alimentasteis, tuve sed, y me disteis de beber!* (2) Mil veces felices! Estos, ademas de ver en esta vida prodigiosamente multiplicada la porcion que han recibido y distribuído con generosidad en beneficio de la indigencia, tendrán indefectiblemente en la otra una medida de gloria, llena, apretada, colmada, de modo que rebose y se derrame por todas partes. Amen.

(1) *Job, c. 4. v. 9.* (2) *Matth. c. 25. v. 34 et 35.*

SERMON.

LOS RICOS DEBEN SOCORRER Á LOS POBRES, Y ESTOS CONFIAR EN LA PROVIDENCIA.

PARA EL CUARTO DOMINGO DE CUARESMA.

(DE ALMEIDA.)

Unde ememus panes ut manducent hi? Hoc autem dicebat, tentans eum.

De dónde nos ha de venir pan para toda esta gente? Esto lo decia el Señor, probando á su discípulo.

S. Juan, c. 6. v. 5 y 6.

Con estas palabras examina Dios á los ricos, preguntándoles, ¿de dónde ha de venir el pan para los pobres? Y con estas mismas palabras tientan los pobres á Dios, preguntándose desanimados, ¿de dónde les vendrá el pan que tanto necesitan?

Fué el caso, que viendo Jesucristo que le seguia una inmensa multitud de gentes, que nada tenian con que alimentarse, preguntó á san Felipe, ¿de dónde compraremos pan para toda esta gente? San Márcos dice que le respondieron los discípulos, que lo mejor seria despedirlos, para que en los lugares inmediatos comprase cada uno lo que quisiese. No conviene, les dijo el Señor, porque muchos han venido desde léjos, y si los despido en ayúnas, podrán desfallecer en el camino. Vosotros sois los que los habéis de sustentar : *Date illis vos manducare* (1); y respondiendo ellos que apénas se hallaban con cinco panes y

(1) *Marc. c. 6. . 37.*

es infinitamente justo, y á nadie pedirá cuenta sino de los bienes que en realidad le ha concedido, puesto que á todos nos dice (1) : *Si multum tibi fuerit, abundanter tribue : si exiguum tibi fuerit, etiam exiguum libenter impertiri stude* : es decir, que exige de todos y cada uno de los cristianos, que compadecidos de nuestros hermanos, los socorramos en proporcion á nuestras facultades. ¿Qué satisfaccion no nos cabria, si consumidas nuestras fortunas, tales cuales sean, en el socorro de los menesterosos, nos ocupáramos todavía en proporcionar recursos de otra parte, haciéndonos mutua y seriamente la piadosa pregunta que Jesucristo hizo á su discípulo Felipe: *unde ememus panes ut manducent hi?* Felices entónces nosotros! Pero, ay! no nos dejemos arrebatar de lisonjeras ilusiones! ocupémonos mas bien en aquellas sábias reflexiones con que san Ambrosio nos recuerda, que la mayor locura del hombre es guardar, para que consuma la polilla, el moho, y acaso el vicio, unos bienes, que por mano de los pobres pudiéramos depositar, con la mayor seguridad y tomando inmensas usuras, en el cielo. Recordemos aquellas terribles palabras que dirigirá el Juez inexorable en el mas terrible de los dias al que haya permanecido insensible á la miseria del indigente : *retírate de mí para siempre, maldito de mi Padre.* ¡Infelices los que se hallen comprendidos en tan hórrenda maldicion! ¡Dichosos por el contrario los que merezcan oir de boca del mismo Señor, no con el acento de un juez airado, sino de un padre tierno y cariñoso : *venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde la eternidad, porque tuve hambre, y me alimentasteis, tuve sed, y me disteis de beber!* (2) Mil veces felices! Estos, ademas de ver en esta vida prodigiosamente multiplicada la porcion que han recibido y distribuído con generosidad en beneficio de la indigencia, tendrán indefectiblemente en la otra una medida de gloria, llena, apretada, colmada, de modo que rebose y se derrame por todas partes. Amen.

(1) *Job, c. 4. v. 9.* (2) *Matth. c. 25. v. 34 et 35.*

SERMON.

LOS RICOS DEBEN SOCORRER Á LOS POBRES, Y ESTOS CONFIAR EN LA PROVIDENCIA.

PARA EL CUARTO DOMINGO DE CUARESMA.

(DE ALMEIDA.)

Unde ememus panes ut manducent hi? Hoc autem dicebat, tentans eum.

De dónde nos ha de venir pan para toda esta gente? Esto lo decia el Señor, probando á su discípulo.

S. Juan, c. 6. v. 5 y 6.

Con estas palabras examina Dios á los ricos, preguntándoles, ¿de dónde ha de venir el pan para los pobres? Y con estas mismas palabras tientan los pobres á Dios, preguntándose desanimados, ¿de dónde les vendrá el pan que tanto necesitan?

Fué el caso, que viendo Jesucristo que le seguia una inmensa multitud de gentes, que nada tenian con que alimentarse, preguntó á san Felipe, ¿de dónde compraremos pan para toda esta gente? San Márcos dice que le respondieron los discípulos, que lo mejor seria despedirlos, para que en los lugares inmediatos comprase cada uno lo que quisiese. No conviene, les dijo el Señor, porque muchos han venido desde léjos, y si los despido en ayúnas, podrán desfallecer en el camino. Vosotros sois los que los habéis de sustentar : *Date illis vos manducare* (1); y respondiendo ellos que apénas se hallaban con cinco panes y

(1) *Marc. c. 6. . 37.*

dos peces, mandó Jesucristo que repartiesen de aquello poco con toda la multitud. Fué tal el efecto de esta milagrosa caridad, que sobraron doce canastas de las reliquias del convite. Entónces se vió claramente, que aquella pregunta la habia hecho el Señor con el fin de probar la fe y caridad de su discípulo: *Hoc autem dicebat, tentans eum.* Lo que entónces dijo, tambien lo dice ahora.

Son los cristianos discípulos de Jesucristo, como san Felipe, y les pregunta muchas veces el Señor, ¿de dónde ha de venir el pan para muchos pobres que me siguen? Viendo está el Señor que algunas veces hay poco: bien oye los consejos que les dan muchos en vez de limosna, diciendo que busquen el alimento por otra parte; mas el Señor no admite disculpas ni consejos: dice que de eso poco repartamos con quien nada tiene: *Date illis vos manducare.* Terrible aprieto para los que tienen! No es menor para aquellos que nada poseen, y desanimados se andan preguntando á sí mismos, ¿de dónde me ha de venir á mí pan para la familia? tentando de este modo á Dios y dudando de su providencia. Ya no tengo que vender ni empeñar; no tengo quién me preste ni quién me fie: todo ha de ser comprado, ¿y de dónde me ha de venir? No deseo regalos, ni grande casa; no me detengo en el vestido, aunque tan roto: lo que deseo es pan á lo ménos. No es mi cuidado guardar para una enfermedad, ni atesorar para la vejez: lo que quiero es para matar el hambre. Ya de mí no hago caso, porque me iria desesperado por todo el mundo, aunque fuera á morir de hambre al pié de una pared: para esto tengo bastante valor; mas no tengo corazon para ver toda esta familia perecer de hambre: para ella busco el pan, aún mas que para mí.

Al rededor de mí veo mis hijos (desgraciadas criaturas!), veo mis hijos, que me dicen llorando: *padre mio, quiero pan;* y yo con lágrimas, les digo: *no lo tengo, hijos mios.* Veo á mi mujer que ha caído desfallecida á un lado con el tierno niño en los brazos, porque dos dias há que no come: ella quiere acallar el inocente con el pecho; mas por falta de leche le está chupando la sangre. Ay infeliz de mí! de dónde me vendrá el pan? El corazon revienta, las entrañas se me despedazan, el juicio se me turba, el ánimo me falta, la fe titubea, y Dios no me socorre: parece que ya no hay Providencia. ¡Ay, hermanos mios, y qué terrible tentacion contra Dios!

Estas dos tentaciones, oyentes mios, serán la materia de dos reflexiones importantes. En la primera veréis la tentacion y prueba en que Dios pone á los ricos, preguntándoles, ¿de dónde ha de venir el pan para los pobres? En la segunda veréis la tentacion en que los pobres ponen á Dios, dudando de su providencia. En la primera persuadiré á los ricos, que deben socorrer á los pobres, como si en Dios no hubiera providencia. En la segunda persuadiré á los pobres, que deben confiar en la Providencia, como si en el mundo no hubiera ricos.

Señora, vuestro Hijo dice, que el hombre no vive con solo pan, sino que tambien la palabra de Dios es pan; y ¿de dónde ha de venirme á mí este pan soberano, para repartir á este auditorio que me escucha? de dónde, Señora, sino de vos? Yo soy pobre, hambriento y debilitado; dadme de limosna el pan de la divina gracia, ya que sois tan rica y de gracia llena. *Ave María.*

PARTE PRIMERA.

Digo que deben los ricos socorrer á los pobres, como si en Dios no hubiera providencia; mas no penséis que hablo solamente con aquellos que tienen los cofres llenos de oro y los graneros de trigo; hablo con todos, porque todos, respecto de otros mas necesitados, sois ricos; y así á todos incumbe la obligacion de favorecer á sus hermanos, cuando los ven en urgencia. No eran ricos los discípulos del Señor, pues solo tenian cinco panes y dos peces, y con todo eso no los dispensó de socorrer á los que nada tenian, porque lo poco, comparado con nada, es mucho: *Date illis vos manducare.* Examinemos bien este punto, y vamos á su raíz.

Para con Dios todos los hombres son iguales, porque si atendemos á la naturaleza, todos en cuanto al cuerpo fueron barro en las manos de Dios y serán ceniza en las de la muerte: cuanto al alma, la misma genealogía tienen todos en la nada; pero la misma hidalguía en la semejanza con la Divinidad. Si volvemos los ojos á la gracia, todos sin diferencia fueron rescatados con la misma divina sangre; todos renacieron por el mismo bautismo, la ley es una misma para todos, y á todos se propone el mismo premio en la bienaventuranza ó las mismas penas en el infierno: luego Dios no hizo diferencia de hombre á hombre,

y de todos es igualmente padre. Un padre pues no puede repartir sus bienes entre los hijos, de modo que unos se lo lleven todo, y otros nada; porque tambien es ley indeleble de la razon divina, que quien dió el ser, debe dar el preciso alimento para conservar el mismo ser que dió.

Aún mas; Dios ha dado ley á todos los hombres, y quiere ser servido de todos: no hay hombre alguno en el mundo, á quien Dios no obligue á que le sirva todos los dias de su vida: luego á todos debe Dios dar el sustento, porque ademas de ser padre, es su dueño y señor.

Sentado esto, pregunta Dios á los ricos, ¿en dónde está aquí el pan para mis pobres? Ellos son hijos y siervos mios como vosotros; yo en este mundo para todos mis siervos dejé el sustento; para todos mis hijos señalé su legítima: esta no se halla en la mano de mis pobres; luego está en la vuestra: repartíd con ellos: *Date illis vos manducare.* Mi providencia paternal que los gobierna en este mundo, no deja á sus hijos en el desierto al desamparo como el avestruz; ántes siempre los guia con mi misma mano: si yo no les dejara en este mundo el sustento, seria querer, siendo yo omnipotente, que se me muriesen en los brazos de la hambre. No me hagáis parecer cruel; socorrédlos con lo que á vosotros sobra, pues están en necesidad, y son mis hijos: *Date illis vos manducare.*

No digo yo que los ricos no sean señores de los bienes que heredaron de sus padres, que ganaron con su trabajo ó granjearon con su industria; pero digo que todos esos bienes (en los que Dios tiene pleno y alto dominio) traen consigo aneja la pension de socorrer á los pobres, porque han venido del mismo Padre de los pobres; y los bienes de un padre, aún los vinculados en mayorazgo, siempre pasan con la carga de dar alimento á los demas hijos.

¿Queréis ver con toda claridad el derecho que tienen los pobres á vuestras limosnas? Pues yo os lo haré patente. Es necesario mudar de situacion, para poder verlo bien; y así ponéos vosotros en el lugar en que están los pobres, é imagináos por un instante que Dios os ha puesto en gran pobreza y escasez, y que llegando cubiertos de empacho y rubor al que vive en abundancia, este os despide con desprecio: entónces qué diriais en vuestro interior? Hablád la verdad: ¿no os vendrian pensamientos contra Dios? ¿No diriais para vosotros mudamente, es

posible que sea Dios tan padre mio como de estos, y que á mí me haya puesto en tal indigencia muriendo de hambre, y á ellos en tanta abundancia? Entónces, como pobre, juzgariais que teniais derecho á los bienes de los ricos. Pues hacéd ahora ese mismo juício de los pobres respecto de vosotros, y respecto de los bienes que os ha dado Dios.

No quiero decir que Dios debia repartir igualmente sus bienes á todos los hombres, sin que los unos se aventajasen á los otros, porque siempre estuvo anejo al derecho de superior y padre el poder repartir con desigualdad sus propios bienes: ademas de que la igualdad seria una grande imperfeccion en el mundo moral. ¿Qué seria de la tierra, si Dios la hubiera fabricado tan igual en la superficie, que no hubiera montes ni valles? Entónces por falta de declive para las aguas faltarian las fuentes y rios; no habria mar para el comercio, ni habitacion para los peces; y una cansada uniformidad haria siempre la misma perspectiva en la superficie de la tierra, cuando solamente la variedad es la que deleita. No seria menor el defecto del mundo moral, si no hubiera ricos y pobres; porque en este caso la perfecta igualdad en los bienes causaria en todos una general independencia y una terrible altivez, quedándose los hombres inciviles, como están las fieras en los bosques, porque no dependen unas de otras. Aún seria peor en cuanto á los fines sobrenaturales: no habria en unos el mérito de la sumision y humildad, y en otros el de la conmiseracion y la limosna: no habria la paciencia de los afligidos, ni la caridad de los misericordiosos. Y á quién habia Dios de premiar? Luego fué conveniente que esos bienes, que el Señor destinó para los pobres, los pusiese en manos de los ricos, para que desde estos (así como las fuentes y rios bajan de los montes y los valles) viniesen á los pobres; y todos de este modo mereciesen la bendicion de Dios. Esto es lo que pretende el Señor, ó ricos, cuando os manda socorrer á los pobres.

Mas para que esta doctrina no se apoye solamente en discursos humanos, consultemos á la sabiduría divina; consultemos al Señor, no cuando habla por los Padres y profetas (1), sino por su santísimo Hijo. En la parábola del rico avariento y Lázaro pobre pinta Jesucristo lo que sucede ahora entre los ricos

(1) *Hebr. c. 1, v. 1.*

y los pobres, y lo que les acontecerá despues de la muerte. El rico negaba á Lázaro hasta el pan que arrojaba á sus perros, y Lázaro moria de hambre, porque apénas alcanzaba las migajas que caían de la mesa; pero como ambos eran hijos de Dios, trocó el Señor las manos despues de la muerte, y Lázaro fué al seno de Abrahan, y el rico al lugar de los tormentos. Entónces decia el rico á Abrahan que le enviase á Lázaro, para que tocando con la punta del dedo en el agua, diese este corto refrigerio á su lengua, porque se veía abrasado en aquellas llamas; y Abrahan le respondió: *Hijo, acuérdate de que en la vida fuiste rico y regalado, y Lázaro famélico y pobre: razon es que ahora haya compensacion; que él sea consolado, y tú padezcas tormentos* (1).

Hijos mios, ved aquí lo que hará Dios con los que no queréis repartir de ese pan que os sobra, con el pobre hambriento: trocará Dios las manos para compensar á sus hijos el perjuicio que sufrieron en la primera reparticion: ellos serán consolados, y vosotros atormentados: *Nunc autem hic consolatur, tu vero cruciaris.* Advertíd bien la verdad de lo que yo os decia, y que Dios os dió á propósito tantos bienes, para que los repartieseis con los pobres.

Oyentes mios, desengañáos: vosotros por muy ricos que seáis, sois pobres respecto de Dios; y hablando de los bienes de la gracia, sois pobrísimos y muy necesitados: si cerrando ahora vuestro corazon no atendéis á los hambrientos, cerrará Dios el suyo, y os dejará perecer eternamente en vuestra penuria; porque escrito está, que Dios os tratará del mismo modo con que hayáis vosotros procedido con vuestros hermanos: *In qua mensura mensi fueritis, remetietur vobis* (2).

Ah, Señor! pues no me quieren creer á mí, decídles por vuestra misma boca lo que les diréis públicamente y á vista de todo el mundo, cuando ya para su ruína no haya remedio; decídselo al corazon ahora que se pueden enmendar. Es cosa que pasma! Dirá Jesucristo á los buenos en el último dia: *Venid, benditos de mi Padre, tomád posesion del reino que os está preparado desde el principio del mundo* (3). Qué premio será, mi Dios? y por qué méritos? Oíd: porque disteis de comer á mis pobres, cuando padecian hambre, y de beber, cuando los afligia la sed.

(1) *Luc. c. 16. v. 25.* (2) *Luc. c. 6. v. 38.* (3) *Matth. c. 25. v. 34.*

Qué barato da Dios el reino de los cielos! Despues se volverá Dios á los malos, tan lleno de indignacion, que hará temblar los montes, y dirá: *Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno, dispuesto para el demonio y sus secuaces* (1). Por qué, Señor, un castigo tan grande? Porque no dieron de comer á mis pobres, cuando tenian hambre, ni de beber, cuando tenian sed, ni de vestir, cuando estaban desnudos. Creéd, católicos, al Hijo de Dios que os habla. Decídme, le creéis? Ó locos mortales! abrid los ojos; y una de dos, ó extendéd la mano al pobre, y abrídla para la limosna, y á lo ménos franqueádle el corazon, ó negád la fe que profesasteis en el bautismo, y acabád de decirnos claramente que el Hijo de Dios es falso y que son vanas sus amenazas.

La razon, oyentes mios, de que Jesucristo estime tanto estas obras de misericordia, que no hace mencion de otras algunas, ni buenas ni malas, es porque el que ofende ó socorre al pobre, ofende á Jesucristo, ó le obsequia, pues públicamente dijo: lo que con ellos hicisteis, conmigo propio lo hicisteis: *Quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis* (2). Representáos en la imaginacion que veis á Jesucristo enfrente de vosotros, en aquella amable y divina figura con que salió del desierto cuando acabó de ayunar cuarenta dias, desnudos sus piés, con una túnica roja inconsútil, barba y cabello como los nazarenos, rostro penitente, pero hermoso, sus ojos llenos de ternura, amor y respeto, respirando en fin divinidad; y que os pedia un poco de pan para mitigar el hambre. Si vosotros, ocupados en otros cuidados, conociendo quién era, le despidieseis groseros, y si juntaseis la circunstancia de dar ántes ese pan á vuestros perros para divertiros en la caza, no habria que admirar, de que hundiéndose la tierra os sepultase en los abismos. Pues esta crueldad, dice Jesucristo, ejecutáis conmigo, cuando negáis al pobre la limosna.

¡Qué extraña es la inconsecuencia de los cristianos en esta materia! ¿Para qué os arrodilláis, ó ricos, en el santo templo delante de un Crucifijo? Veneráis acaso un pedazo de madera? No, Señor, responderéis; veneramos á Jesucristo en su imágen: que esta sea imperfecta ó de materia vil, no importa, pues representa al Hijo de Dios, y á este adoramos en su figura.

(1) *Matth. c. 25. v. 41.* (2) *Ibid. v. 40.*

Decís bien; mas ¿por qué despreciáis al pobre, que es tan viva imágen de Jesucristo, que llega á decir el Señor: lo que hacéis con él, lo hacéis conmigo? Sea en hora buena importuno el pobre, sea perezoso, sea insolente; no importa, él es imágen de Jesucristo, y con Jesucristo se hace lo que se ejecuta con el pobre. ¿Acaso si hallaseis una imágen tosca de un Crucifijo, os atreveriais sin escándalo á arrojarla con desprecio? No despreciéis pues al pobre, porque es una viva imágen de Jesucristo.

Á esto se añade que el pobre no es simple imágen de Jesucristo: es su hijo, su hermano, y por tal le ha reconocido el Señor en pública escritura: *Fratribus meis*, nos dice el Evangelio; y las injurias hechas al hijo ó al hermano de un príncipe, son injurias hechas al mismo príncipe ¿Qué mas queréis para justificacion de la ira de aquel supremo Juez?

Si un hermano ó un hijo vuestro, viajando por extraños países, se viese en una urgencia, y se valiese de un amigo, á quien vosotros hubieseis obligado con finezas; si le pidiese socorro, acosado del hambre, y le despidiese con desprecio, ¿cuál seria vuestra indignacion contra una correspondencia tan ingrata? Pues nosotros somos esos ingratos, porque ¡peregrinando los pobres, esto es, los hijos y hermanos de Jesucristo, que el Señor desde el cielo tiene recomendados á nuestra amistad, nosotros en vez de atenderlos como á hijos y hermanos del Rey de la gloria, hijos y hermanos de nuestro grande amigo y Redentor, los despedimos groseros y crueles, viéndolos morir de hambre. ¿Qué queréis que haga el Señor, cuando nos pongamos en su presencia? *Ite, maledicti*: apartáos de mí, malditos; porque no se me ha olvidado cómo tratasteis á mis hijos en vuestra tierra; tuvieron hambre, y no los socorristeis: *Ite, maledicti*.

Ya el alma está cansada de ver horrores, y aún no os he manifestado toda la enormidad de esa repulsa de los pobres. Me cuesta repugnancia lo que voy á decir; pero la gloria de Dios me insta, tenga paciencia el corazon delicado.

¡Cuántas veces veo abrir con franqueza el bolsillo, ofrecerlo, y rogar con instancia á que lo acepten! Y por qué? Porque se trata de persuadir á la ofensa de Dios. Pero si hallan cristiana resistencia, y les piden solo por Dios una pequeña limosna, lo cierran con ira, diciendo secamente: no tengo. O mi Dios, y

qué horror! Cuando se pide en nombre del demonio, allá va el bolsillo con gusto; y cuando se pide en nombre de Dios, *no tengo!* Si se encuentran con una alma infeliz, que por miedo de la muerte esté pronta á tomar el azote, para ayudar de su parte á azotar al Hijo de Dios, le pagan alegres el infame servicio con dinero y mas dinero; pero si otra alma fiel, por evitar á Jesucristo estos azotes, pide una corta limosna, para libertar á una doncella del peligro de perderse, decís que no tenéis! Y ¡se atreverán estos monstruos del horror á llamarse cristianos! ¿Es cristiano el que con mucho dinero procura que Jesucristo sea ofendido, y no se desprende de un real para que este Señor no sea ultrajado? ¿Es cristiano el que ofrece á Satanas el pan, que niega á Jesucristo afligido con el hambre? Llorád, ángeles del cielo, llorád ministros del altar; llora tú, pueblo de Dios, y lamentáos, ó piedras de este templo! No puedo decir mas... Hablemos de otra materia.

PARTE SEGUNDA.

Decia yo, ó pobres de Jesucristo, que debiais confiar en la providencia de Dios, como si no hubiese ricos. Los que andáis tentando á Dios, preguntando de dia y noche. ¿de dónde ha de venir el pan para sustentar vuestra familia: *Unde ememus panes, ut manducent hi?* sin duda no estáis instruídos acerca de la providencia de Dios. ¿Pensáis que el Señor depende de esos desgraciados ricos para sustentaros en este mundo, ó que si ellos no os socorren, tendrá el Señor el disgusto de veros morir de hambre? Ó discursos falsos! ¿Quién sustenta á las aves del cielo y los peces del mar, á las fieras del bosque y á todos los animales de la tierra que viven al cuidado de Dios? quién los sustenta? Ahora pues, os dice Jesucristo: ¿no valéis vosotros mas que ellos en la estimacion de Dios? *Nonne vos magis pluris estis illis?* (1) Si el Señor murió por vosotros, y no por ellos; si en vosotros, y no en ellos puso su semejanza; y con todo eso una hormiguita de la tierra no se muere de hambre por el cuidado que de ella tiene la providencia de Dios, ¿cómo ha de consentir, si le sois fieles, que vosotros perezcáis por falta de

(1) *Matth. c. 6. v. 26.*

sustento? No desconfiéis, hijos mios, del Señor: *Nolite ergo solliciti esse, dicentes: quid manducabimus?*

¿Vosotros no sabéis que el Señor sustentó por cuarenta años en el desierto mas de seiscientos mil israelitas, sin que la tierra les diese una hoja verde, y que todos los dias les enviaba el maná del cielo? ¿No sabéis que sustentó á Elías cuarenta dias continuos solo con un pan, y este no era de los hombres? ¿No sabéis que sustentó á Daniel en el lago de los leones con el alimento que el profeta llevaba, y que á este le llevó un ángel de los cabellos por el aire? ¿No sabéis que sustentó por sesenta años á san Pablo primer ermitaño con medio pan, que cada dia le llevaba un cuervo? Para no dilatarnos mas, ¿no sustentó hoy en el desierto cinco mil almas con solos cinco panes y dos peces? ¿Luego para qué dudáis de la Providencia, dice Jesucristo, si vuestro Padre celestial sabe vuestra necesidad? *Scit enim Pater vester, quia his omnibus indigetis.* Dudáis de su amor? dudáis de su poder? dudáis que os está viendo?

Mas no quiero recurrir á milagros extraordinarios, y me valgo solo de un prodigio de todos los dias. Vosotros no sabéis todavía de dónde os ha de venir el pan que vuestra familia ha de comer mañana. Si os preguntan, de dónde os ha de venir el pan para sustentar todo el año ocho ó diez personas que están á vuestro cargo, cuando no tenéis sino enfermedades y desgracias; desmaya el corazon, porque no veis ni aún de léjos un rastro de esperanzas del socorro: ¿qué seria si os preguntasen, de dónde ha de venir el pan para estos diez años que se irán siguiendo? Ay Dios! ni diez dias podemos vivir, porque sin pan nadie vive. Esto responderian mas de mil familias en este pueblo. Ahora pues ausentáos á países remotos, y volviendo á los diez años, preguntád á los párrocos, ¿cuántas familias han muerto de hambre en los años de vuestra ausencia? y os responderán, que no les consta que alguno haya muerto de pura hambre: que es verdad que ha habido grandes necesidades; mas que ya un vecino caritativo, ya un pasajero por casualidad, ya un extraño, á quien Dios tocó en el corazon, ó bien otra persona muy pobre, pero compasiva, los socorrió. Y esto no es un milagro? ¿no es un argumento sin respuesta de la providencia de Dios para alimentar á todos?

Si Dios, por unos medios que no pudierais esperar, os ha sustentado desde que vinisteis á pobreza, y no habéis muerto de

necesidad, como á cada paso rezelabais, ¿por qué no será tan próvida la Bondad divina en adelante, como lo ha sido hasta ahora? ¿Se ha de haber cansado el Omnipotente, ó no podrá ya con tantos milagros? ¡Ó generacion incrédula, exclamó Jesucristo en semejante caso, y cuánto tengo que sufriros! *¡O generatio incredula..., quamdiu vos patiar!* (1) Si el Señor dice claramente: *Pedid, hijos mios, y recibiréis* (2); *llamád á la puerta de mi misericordia, y os abrirán* (3); *ninguno esperó en mí, que quedase confuso* (4); por qué dudáis?

Si Dios parece muchas veces sordo á vuestras lágrimas, es porque vosotros no le sois fieles en vuestra pobreza. Si desconfiáis de Dios, ¿cómo os ha de socorrer, y mas viendo que le ofendéis, cuando pretendéis inclinarle á piedad? Esto es tapar con una mano la fuente, y poner al mismo tiempo la otra para recibir sus aguas. ¿Cómo queréis que Dios os remedie, si ya llamáis á sus puertas, ya á las del demonio? Unas veces coméis el pan del pecado, otras el de la limosna. De este modo ¿cómo queréis que Dios os socorra? Si vuestras costumbres no manifiestan que sois siervos de Dios, y mucho ménos amigos ó hijos suyos, ¿qué derecho alegáis para pedirle que os dé el pan, si claudicando hácia ambas partes, ya dobláis una rodilla al Dios de Israel, ya otra al ídolo de Baal, y ve el Señor que vuestras adoraciones son puro interes temporal, que vuestra religion es una farsa, y vuestras lágrimas una burla?

Os quejáis de que Dios no os oye: ¿cómo os ha de oir, si vosotros no atendéis á Dios, ni hacéis caso del Señor para observar sus preceptos? ¿Queréis llevar á Dios por mal, y obligar á fuerza de injurias al Omnipotente á que os sirva? Qué locos pensamientos! Murmuráis de Dios y de los hombres: no escrupulizáis del hurto en secreto, ni de la mentira manifiesta; no de la intriga oculta, ni de la lisonja peligrosa, ni aún del comercio ilícito, tal vez ni de vender al demonio la inocencia; ¿y con todo eso pretendéis que Dios os sustente? *Vos ex patre diabolo estis,* dice Jesucristo á los pecadores (5). Vosotros sois hijos del demonio: ¿qué obligacion tiene Dios de sustentar á los hijos de su mayor enemigo, y á los confederados con él para perseguirle, ofenderle y ultrajarle?

(1) *Marc.* c. 9. v. 18. (2) *Joann.* c. 16. v. 24. (3) *Luc.* c. 11. v. 9.
(4) *Eccli.* c. 2. v. 12. (5) *Joann.* c. 8. v. 44.

Mas que haré? me respondéis: la necesidad es grande, la virtud poca, los peligros muchos, los caudales ninguno: he luchado, resistido y hecho todo lo posible, y veo que cada vez aprieta el hambre: la muerte es fea, y así yo he de tomar el pan que me ofrezcan, sea el que sea.

He de tomar el pan que me ofrezcan! Si ese pan tuviera veneno, lo comeriais? Pues sabéd que un solo bocado trae consigo la muerte eterna, y que gemiréis con interminables dolores y desesperados tormentos por toda la eternidad. Sea el que sea! ¿Y aceptaréis ese pan, si el demonio en figura visible os lo ofrece, como lo hizo con Jesucristo en el desierto? Pues todavía es mas cierto que es el demonio el que os da el pan que os viene por medio del pecado; aún mas cierto, digo, que si le vierais con vuestros mismos ojos, porque la fe tiene mas certeza que la vista. La muerte es fea; y no es mas fea la culpa? no es mas horrible el demonio? no es mas horrendo el infierno? ¿no es mas espantosa una eternidad de llamas inextinguibles? La muerte es fea! ¿Acaso no moriréis, si aceptáis el pan del demonio? Esa sí que seria una muerte desesperada, porque entregariais el alma á los demonios, por haberles servido en la vida.

La muerte es fea! Si es en pecado, decís bien, porque os lleva á los tormentos eternos; pero la muerte por la honra de Dios es hermosísima, porque os guia al tálamo de las delicias del Esposo celestial de nuestras almas. Hacéd una visita á esos altares, ved tantos santos y santas, mirád á los mártires, y veréis qué preciosa muerte fué la suya; y tanto fué mas preciosa, cuanto mas fuerte el combate por sostener la honra de Dios y la pureza de sus almas. ¿Cuánto mas glorioso seria este martirio, que si ofrecierais en los países bárbaros el cuello al cuchillo de la impiedad? pues siendo mas lento el martirio del hambre, no hay duda que seria mas glorioso. ¡Qué envidia os tendrian los ángeles del cielo, si vosotros firmes y constantes en no ofender á Dios, ni aún levemente, os dejaseis primero morir á manos de la miseria en el retiro de vuestra casa! ¡Con qué regocijo estaria el Rey de la gloria viéndoos desde el cielo, combatir tan heroicamente con el hambre, con la sed, con los hombres, con los demonios y con la misma muerte, todo por la honra de Dios! ¡Qué gloria recibiria de vuestro combate, y qué gloria os dispondria por corona de vuestra constancia!

Mas confiád, hermanos mios, confiád, porque nunca llegará á tanto la urgencia; pues Dios para gloria de su providencia amorosa, os dice claramente que confiéis en el Señor, y él cuidará de sustentaros: *Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet* (1). No tentéis pues á la Providencia divina, dudando de ella, viviendo con inquietud, pensando siempre de dónde os ha de venir el pan para socorreros en el hambre.

Solo resta, hermanos mios, pedir á Dios perdon por lo que le hemos disgustado. Unos lo deben pedir, por haberse olvidado de los necesitados, siendo estos hijos de Dios, y hermanos suyos, habiéndolos recomendado Jesucristo, nuestro buen amigo, nuestro bienhechor y salvador, rey de la gloria y nuestro juez supremo, que nos ha asegurado expresamente, que los favores ó injurias que hiciésemos al pobre, las mirará como ejecutadas con su misma persona. Otros deben pedir perdon, por haber desconfiado de su amorosa providencia, y haberse tal vez vuelto al demonio, buscando el alimento por caminos ilícitos, como si les tuviera el enemigo mas amor, ó tuviera mejor corazon que Dios. Los ricos pedirán perdon por su afecto desordenado á las riquezas, ó al regalo que con estas conseguian, sin acordarse de que con el socorro de los pobres se compra por poco precio el reino de los cielos y aquel torrente de delicias que Dios nos ha preparado. Los pobres pecaron por el horror que tenian á padecer y morir, sin acordarse que merecian por sus culpas otros mayores tormentos y la eterna muerte; y unos y otros se olvidaron de vos, mi Jesus, en esa cruz.

Vos sois, Señor, el rey de la gloria: todas las riquezas del cielo y de la tierra os entregó vuestro Padre; y todo lo habéis dado: por eso nos manifestáis las manos vacías y clavadas en ese santo leño: disteis cuanto teniais: por nuestro amor os habéis reducido á esa pobreza y desnudez; y por corona de vuestra liberalidad y caridad nos disteis en el sacramento vuestra carne y sangre, y hasta vuestro verdadero corazon. Ó mi Dios, qué amor! Nos disteis el alma y la divinidad; y ahora en esa cruz nos estáis dando el derecho á vuestro reino, haciéndonos herederos de vuestros méritos y servicios. Todo nos lo habéis dado: ¡será posible que despues de darlo todo, nos pidáis que por amor vuestro repartamos lo que nos sobra, con los pobres, y

(1) *Psalm.* 54. *v.* 23.

con todo eso os lo neguemos! Perdonádnos, Señor : en mi nombre y en el de todos mis oyentes os pido perdon, y sabéd... sabéd, Señor: aquí en presencia de todos os lo digo... Pero, hijos mios, no sé si me engaña la confianza que hago de vosotros... Mas no os considero tan impíos, que todavía continuéis en cerrar las manos á los pobres, y endurecer vuestro corazon para con ellos : sabéd, Señor, que se enmendarán, y vos veréis en el modo de tratar á los pobrecitos hijos vuestros, si de veras os aman.

Perdonád, mi Dios, á los pobres, que aterrados con el temor de morir afligidos del hambre y de la sed, se olvidaron de vos. Ahora á vista de vuestra muerte cruelísima, ya no les parece tan fea la suya propia ; al ver vuestra desnudez, pobreza y tormentos, su sed comparada con la vuestra es regalo, y su penuria extrema es consuelo. El desamparo que cobardes temian de vuestra providencia, es nada respecto del que vos padecisteis en la cruz. Perdon, Señor, no los desamparéis ; y pues sabéis lo que es el desamparo de un padre, no desamparéis ni abandonéis á vuestros hijos : conviértase el desamparo que merecemos, en bendiciones de misericordia. Amen.

HOMILÍA.

DEBEMOS COADYUVAR Á LOS DESIGNIOS DE LA PROVIDENCIA DIVINA.

PARA LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Cum vidisset Jesus quia multitudo maxima venit ad eum, dixit ad Philippum : unde ememus panes ut manducent hi?

Viendo Jesus que venia á él tan gran multitud, dijo á Felipe : dónde compraremos pan para que coman estos?

S. Juan, c. 6. v. 5.

Hace ocho dias que en este mismo lugar se excitó con la mayor energía á los fieles á escuchar con atencion y docilidad la palabra de Dios, manifestándoles la suma utilidad que necesariamente ha de producir en ellos una esmerada é individual instruccion en las respectivas obligaciones, puesto que su exacto desempeño es el medio mas oportuno, el único de conseguir esa felicidad que tanto anhelan : hoy redobla la Iglesia santa sus esfuerzos con el mismo fin, haciéndoles ver el interes universal, el imponderable beneficio, el cúmulo mas completo de bienes que á todos nos resulta del anhelo en proporcionarnos este saludable alimento, y del ansia con que lo recibimos : por cuyos medios nos da á entender las atenciones, la compasion, el amor, el especialísimo cuidado con que la providencia de un Dios infinitamente sabio, poderoso y benéfico se digna colocarnos á todos sin excepcion alguna bajo las alas de su proteccion ; nos pone á cubierto de los tiros que lanzan contra nosotros los mas encarnizados enemigos ; nos libra de todas las desgracias ;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con todo eso os lo neguemos! Perdonádnos, Señor : en mi nombre y en el de todos mis oyentes os pido perdon, y sabéd... sabéd, Señor: aquí en presencia de todos os lo digo... Pero, hijos mios, no sé si me engaña la confianza que hago de vosotros... Mas no os considero tan impíos, que todavía continuéis en cerrar las manos á los pobres, y endurecer vuestro corazon para con ellos : sabéd, Señor, que se enmendarán, y vos veréis en el modo de tratar á los pobrecitos hijos vuestros, si de veras os aman.

Perdonád, mi Dios, á los pobres, que aterrados con el temor de morir afligidos del hambre y de la sed, se olvidaron de vos. Ahora á vista de vuestra muerte cruelísima, ya no les parece tan fea la suya propia ; al ver vuestra desnudez, pobreza y tormentos, su sed comparada con la vuestra es regalo, y su penuria extrema es consuelo. El desamparo que cobardes temian de vuestra providencia, es nada respecto del que vos padecisteis en la cruz. Perdon, Señor, no los desamparéis ; y pues sabéis lo que es el desamparo de un padre, no desamparéis ni abandonéis á vuestros hijos : conviértase el desamparo que merecemos, en bendiciones de misericordia. Amen.

HOMILÍA.

DEBEMOS COADYUVAR Á LOS DESIGNIOS DE LA PROVIDENCIA DIVINA.

PARA LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Cum vidisset Jesus quia multitudo maxima venit ad eum, dixit ad Philippum : unde ememus panes ut manducent hi?

Viendo Jesus que venia á él tan gran multitud, dijo á Felipe : dónde compraremos pan para que coman estos?

S. Juan, c. 6. v. 5.

Hace ocho dias que en este mismo lugar se excitó con la mayor energía á los fieles á escuchar con atencion y docilidad la palabra de Dios, manifestándoles la suma utilidad que necesariamente ha de producir en ellos una esmerada é individual instruccion en las respectivas obligaciones, puesto que su exacto desempeño es el medio mas oportuno, el único de conseguir esa felicidad que tanto anhelan : hoy redobla la Iglesia santa sus esfuerzos con el mismo fin, haciéndoles ver el interes universal, el imponderable beneficio, el cúmulo mas completo de bienes que á todos nos resulta del anhelo en proporcionarnos este saludable alimento, y del ansia con que lo recibimos : por cuyos medios nos da á entender las atenciones, la compasion, el amor, el especialísimo cuidado con que la providencia de un Dios infinitamente sabio, poderoso y benéfico se digna colocarnos á todos sin excepcion alguna bajo las alas de su proteccion ; nos pone á cubierto de los tiros que lanzan contra nosotros los mas encarnizados enemigos ; nos libra de todas las desgracias ;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos separa de los lazos y peligros, de que ni aún teníamos el mas leve conocimiento, y á fuerza de prodigios en extremo palpables nos franquea los tesoros de sus gracias, nos proporciona el remedio de todas nuestras necesidades espirituales y corporales, y el goce de todos los bienes del tiempo y de la eternidad.

Habiéndose retirado Jesus á la otra parte del mar de Galilea, le siguió una numerosa multitud, admirada de tantos milagros como á su vista obraba, para sanar á los enfermos y socorrer á los necesitados de toda especie, que imploraban su proteccion. Estas turbas no conocian otro placer que gozar de su compañía; cifraban su felicidad en oir las palabras que salian de su boca, llenas de una sabiduría celestial, sin advertir el peligro que las amenazaba de perecer, pues era indispensable que en aquel desierto faltase el alimento necesario á tan extraordinaria multitud. Mas el Señor, que las miraba desde lo alto del monte donde habia subido con sus discípulos, no podia desconocer esta necesidad; así es que movido á compasion, trató de remediarla, sin esperar á que ellas lo solicitasen. Al efecto se dirigió á Felipe diciéndole: ¿quién podrá darnos el pan necesario, para que estos miserables no perezcan de hambre? Á cuya pregunta contestó el santo apóstol, conociendo la suma dificultad que el asunto ofrecia: Señor, aunque tuviéramos doscientos denarios, y todos los empleáramos en pan, aún no alcanzaria para proveer á cada uno, no solo lo que necesita, pero ni una leve parte. Andres que habia oído la conversacion, tomó la palabra y dijo: aquí se halla un jóven con cinco panes y dos pececillos; pero esto de nada sirve siendo tan exorbitante el número de los necesitados. Está bien, respondió el Salvador: tomád esos panes y peces, y hacéd que se sienten todos. Verificado esto, tomó en sus manos aquella insignificante provision, la bendijo, y mandó á sus discípulos que la distribuyesen. Obedecen sin replicar; dan á cada uno cuanto quiso tomar, hasta quedar plenamente saciado; y á pesar de reunirse solo de hombres adultos un número de cinco mil, todavía sobró la cantidad suficiente para llenar doce espuertas, cuando el Señor dispuso que se recogiesen los fragmentos, para que no se desperdiciasen.

Esta admirable relacion, con algunas breves reflexiones que haré de paso, no podrá ménos de inspiraros la mas segura con-

fianza en la Providencia especialísima de Dios, si os resolvéis á seguirle en este acontecimiento, y escuchar sus palabras con la docilidad que lo hicieron las turbas. Procuremos adquirir ante todo una prueba de esta misma Providencia, suplicando al Señor se digne concedernos los auxilios de su gracia por la mediacion de la Madre de los necesitados. *Ave María.*

Á nadie le es permitido dudar, que entre la muchedumbre del pueblo que siguió á Jesucristo por las costas del mar de Tiberíades, se hallaba un número considerable de enfermos, de leprosos y lisiados. No obstante la dificultad que sus dolencias opondrian á tan penoso viaje, siguen al Salvador, porque habiendo presenciado que sin mas instrumentos que su palabra daba vista á los ciegos, oído á los sordos, voz á los mudos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos y remedio á todos los necesitados, confiaban ser ellos igualmente curados. Así es que deseaban con la mayor ansia oir, y escuchaban efectivamente con la mayor atencion y docilidad su doctrina, como que les acreditaba la experiencia que era palabra de vida, de salud, de sabiduría, de consuelo, de bendicion y de gloria. Y aunque el evangelista san Juan nada expresa en la parte del Evangelio que la Iglesia nos refiere en este dia; pero san Mateo y san Márcos describiendo este mismo acontecimiento, nos aseguran que apénas divisó el Señor la multitud que iba en pos de él, llevando consigo sus enfermos, los sanó á todos súbita y milagrosamente sin esperar á que ellos se lo pidieran; y no contento con haberles proporcionado la salud completa de sus cuerpos, y librado de los males que les aquejaban, les hablaba con una energía celestial acerca del reino de Dios, con el fin de infundir en sus almas la salud espiritual que necesitaban, no ménos que la del cuerpo, para prepararse á la vida eterna. En vista de esto ¿podrian aquellos hombres, por tantos títulos reconocidos y obligados á la liberalidad del Salvador, podrian, digo, resolverse á abandonarle, á separarse de su amable compañía? ¿Podrian negarse á escuchar sus amorosas exhortaciones, ni aún manifestar la menor resistencia, cuando para inspirarles alguna idea, y encender en sus corazones un ardiente deseo de la eterna bienaventuranza, les proporcionaba cuanto era conducente á su felicidad temporal, valiéndose de unos me-

dios tan admirables, tan extraordinarios, tan desconocidos hasta entónces?

Pero es de notar que el Señor no se da por satisfecho concediendo la salud á todos los enfermos, sino que extiende, lleno de caridad, las alas de su amorosísima providencia, para poner á los sanos á cubierto de todos los tiros de la infelicidad y de la miseria: no solo tiene la generosidad de dispensar sus beneficios ántes que los soliciten los necesitados, sino que prevé y anticipa el remedio mas completo y abundante á sus necesidades, cuando ni las conocian, ni aún llegaban á pensar en ellas los mismos que iban á padecerlas. Porque la multitud que le sigue al desierto, admirada de su extraordinario poder, de su imponderable beneficencia, de su sabiduría y amor, no sabia llevar su atencion á otros objetos; así es que no advierte que puede, y es preciso que falte en aquella soledad el alimento indispensable para la conservacion de la vida. El amorosísimo Jesus que no puede ignorarlo, se siente penetrado de una tierna compasion: *misereor super turbam*, dice: como que siente ya en el interior de su alma el dolor, la debilidad, las angustias que necesariamente habia de ocasionar semejante falta en aquellos infelices, cuando se sientan afligidos del hambre. Ya alcanza á descubrir los resultados: *si dimisero eos jejunos, deficient in via* (1), perecerán víctimas de la debilidad, si yo los abandono en este caso, exclama; y su providencia infinitamente bienhechora le excita á poner en práctica los mas eficaces recursos, para impedir este mal, no solo al presente, sino ademas para lo sucesivo.

Seria en verdad en extremo injurioso á la sabiduría infinita de Dios, tansolo imaginar que pudieran serle necesarios el consejo, los talentos, la cooperacion, cualquiera que fuera, de sus discípulos para proporcionar el pan ó conservar sin este la existencia de cinco mil hombres, cuando la fe y la razon nos enseñan, que por sí solo, y sin mas que haberlo querido, sacó de la nada el cielo con todos los astros, la tierra con todo cuanto ella produce y contiene, los hombres, los brutos, los insectos, las plantas; que con solo el imperio de su voz comunicó á la tierra de suyo estéril la fecundidad prodigiosa con que espontáneamente arroja de su seno todo lo que es necesario y conducente

(1) *Marc. c. 8. v. 3.*

para la formacion, conservacion, aumento, comodidad y regalo de la prodigiosa multitud de vivientes que la han poblado, la pueblan y la poblarán hasta la consumacion de los siglos. Seria indecorosísimo á la Providencia suponer que tenia que valerse para esto de la cooperacion del consejo de unos ignorantes y en extremo débiles el mismo que nunca se valió de ellos, para iluminar á los ciegos de nacimiento, para desatar la lengua de los mudos, para curar al golpe toda clase de enfermedades, aún aquellas que son naturalmente incurables, por mas que se apliquen todos los medios del arte; para restituir á la vida á los difuntos ya corrompidos en el sepulcro. Sin embargo de esto se dirige en la ocasion presente á sus discípulos, aparentando consultar con ellos sobre los medios de que pudiera valerse para alimentar á tantos: *unde ememus panes ut manducent hi?* Si queréis saber la razon de esta conducta del Salvador, que á primera vista os parecerá extraña, bien patente está en el Evangelio: no es otra que por probar la fe de los apóstoles, y prepararlos á que admirasen despues mejor la grandeza del prodigio.

Mas, como insinué ántes, no trata solamente Jesucristo de remediar la necesidad del momento, quiere tambien proporcionar remedios prontos, abundantes, extraordinarios á todos los que de cualquier modo son molestados de la desgracia; no exhorta solo por esta accion á dar de comer al hambriento, sino á todas las obras de misericordia, así corporales como espirituales. El vestido, la asistencia, el consejo, la instruccion, el ejemplo... todo entra en su plan. No habla solo con Felipe; sus palabras se dirigen á los poderosos y á los de mediana fortuna, á los sabios y á los ignorantes, á los sacerdotes y á los legos; á todos habla, á todos exhorta, á todos obliga al cumplimiento de este precepto, para enseñarnos que nadie en el mundo está impedido de ejercitar la caridad y misericordia, cooperando al bien espiritual ó temporal de alguno de sus semejantes. Á todos habla, á todos instruye, á todos impele al ejercicio de esta virtud, para que en ningun tiempo falte el socorro que por medios, ocultos á la razon, destina la Providencia á los verdaderamente necesitados. Á todos habla, á todos quiere hacer ver que el remedio debe ser proporcionado á las necesidades; que si estas son urgentes, urgente debe ser aquel; que si estas son extraordinarias, tambien debe ser aquel extraordinario: no pu-

diendo quedar alguno excusado con decir como Felipe : *ducentorum denariorum panes non sufficiunt, ut modicum quis accipiat* : ó con Andres, *sed hæc quid sunt inter tantos?*

Ricos y poderosos de la tierra, con vosotros habla el Señor cuando dice : *unde ememus panes ut manducent hi?* Cuál es vuestra respuesta? ¿Pretenderéis eximiros de la obligacion de dar limosna, ponderando el crecido número de pobres que en todas partes se os pone delante? ¿ú oponiendo á esa verdadera necesidad aquella otra que vosotros queréis figuraros de atender al decoro de vuestro estado, al bien estar de vuestra familia, á la conservacion de ese rango á que la fortuna os ha elevado, á la colocacion ventajosa de vuestros hijos? Ministros del Señor, con vosotros habla, cuando dice : *unde ememus panes ut manducent hi?* Veamos cuál es vuestra resolucion. ¿Os creéis fuera de toda obligacion de proporcionar á los fieles el alimento espiritual, con exponer la debilidad de vuestras fuerzas, la escasez de vuestros talentos, lo arduo y difícil del ministerio, el no poseer beneficios á que esté aneja esa obligacion? Estos y todos los demas pretextos de esta especie no son suficientes á excusaros, como efectivamente no lo fueron los que alegaron los apóstoles, por mas que á primera vista pareciesen fundados. No lo son; porque Dios quiere y positivamente manda que sean socorridos todos aquellos, á quienes su providencia ha negado otros recursos, con que pueden atender á su subsistencia y á la de su familia. Y cuanto crecen y se difunden mas las necesidades, tanto es mas imperiosa la obligacion, porque entónces no solo Dios lo ordena, la razon lo dicta, la humanidad lo exige, la naturaleza lo demanda á grandes voces. En tal caso hay un deber riguroso de justicia de cercenar los gastos dictados por ese lujo destructor, por esa vanagloria, por esa ostentacion, por esa avaricia, por ese criminal deseo de agradar al mundo. Y siendo sin comparacion alguna mas apreciable y de mayor interes la vida espiritual, ¿quién podrá desconocer que hay en los ministros del Señor una obligacion mas estricta, si se quiere, mas imperiosa de cooperar á su conservacion, proporcionando á las almas el alimento de la instruccion, de las exhortaciones, de los sacramentos, de todos los demas ejercicios propios del ministerio sagrado?

Pero los progresos de la civilizacion se conocen en todas partes; la ignorancia es ménos general, casi nula segun va adelantando el siglo; hasta el rústico labrador posee ya conocimientos de que ántes carecian aún los que se tenian por mas instruídos : de consiguiente no es tan considerable como se trata de ponderar la necesidad. — Imposible parece que la razon del hombre se llegue á oscurecer en términos que adopte tan groseros errores. Convengo en que por desgracia este siglo, tan fecundo en descubrimientos y progresos, va desterrando del corazon de los cristianos la ignorancia; pero la ignorancia de unas cosas que nunca debieran saber; una ignorancia, de que sin duda alguna pendia el sosiego, la tranquilidad que ántes reinaba en las chozas de los rústicos; una ignorancia que constituía su verdadera ciencia, una ignorancia... digámoslo de una vez : los simples fieles han aprendido en nuestro siglo la insubordinacion á todas las potestades civiles y eclesiásticas; han aprendido á burlarse de las cosas mas santas; han aprendido á adquirirse considerables bienes de fortuna por medios ilícitos, repugnantes; han aprendido esto y mucho mas que ignoraban ántes; pero en cambio olvidan las sacrosantas verdades de la Religion; olvidan lo que deben á su Dios, á sus prójimos y aún á sí mismos; olvidan lo que mas les interesa, por aprender lo que mas les perjudica. Funesta ilustracion! fatales descubrimientos!

No hay que hacerse ilusiones : la necesidad en el dia es mayor que nunca, porque es mayor, mas crasa, mas grave, mas general la falta de instruccion en materias religiosas. En prueba de ello tendéd la vista, y descubriréis en todas partes miserables parvulillos, expuestos á perecer de hambre por falta de guias en medio de ese siglo corrompido; pero pidiendo con ansia el alimento espiritual, cuya necesidad conocen á impulsos de la gracia. Aseguro que me consuela sobremanera ver la caridad, el celo con que sin la menor repugnancia, con notable satisfaccion se prestan al desempeño de esta obligacion sagrada muchos recomendables ministros, sin que lo impidan su edad avanzada, su salud nadá robusta, las dificultades anejas al ministerio, ni otros inconvenientes semejantes. Al contemplar estas escenas de caridad, se me figura ver á los apóstoles ocupados en repartir entre las turbas los panes y peces, que Jesucristo habia multiplicado con su bendicion. Pero al mismo tiempo me es demasiadamente sensible ver que se retiran algunos famélicos, en gran manera desconsolados por no hallar

quien les falicite el alimento que solicitan; y desearia vivamente que deponiendo todo vano temor, y desprendiéndonos de todas las preocupaciones, acudiéramos todos animados de un ardiente celo por la gloria de Dios y el bien espiritual de nuestros hermanos, á proveer del oportuno y abundante remedio á tantos miserables que lo necesitan. Nada nos detenga: nada nos acobarde. Seria una presuntuosa temeridad esperar de nuestros escasos talentos ó de nuestras débiles fuerzas el resultado de nuestros trabajos: este nunca debe esperarse de la habilidad del que planta, ni del cuidado del que riega; la divina gracia es la única capaz de hacer elocuentes las lenguas ménos idóneas, y en gran manera fecundas las expresiones de suyo mas estériles: sola la providencia del Señor es la que multiplica el sustento espiritual de sus ministros, como multiplicó el corporal en mano de los apóstoles.

Coloquemos á imitacion de estos en manos del Omnipotente lo poco, que por nuestras propias fuerzas y por los medios naturales podamos reunir, y no dudemos que su bendicion lo aumentará prodigiosamente. Oigamos con docilidad sus palabras; obedezcámosle sin réplica, como lo hicieron los apóstoles, cuando les mandó llevar á su presencia la escasa porcion que tenia el muchachuelo, y tendremos la satisfaccion de ver reproducido el milagro de la multiplicacion de los panes y peces. Tengamos presente que apénas habla Jesucristo, empiezan los apóstoles á distribuir entre la multitud aquella porcion de alimento tan escasa, tan mezquina, sin detenerse á reflexionar que su obediencia pudiera servir, mas bien que para remediar tan grande necesidad, para exasperar, irritar los ánimos de los circunstantes, suscitar entre ellos celos, enemistades, y acaso algun tumulto, no siendo suficiente para todos; pero no olvidemos al mismo tiempo que el premio de su obediencia fué tener la agradable sorpresa, la indecible satisfaccion de que cinco mil hombres, y acaso mas de otros cinco mil entre mujeres y niños, fueran alimentados, de suerte que tomó cada uno lo que quiso sin otra medida que su apetito, y aún llegaron á presenciar otro prodigio mas admirable, si se quiere, cual fué el de hallarse despues de esto con el sobrante de una porcion mucho mayor que la que tenia para dar principio al ejercicio de su misericordia.

Reflexionemos todos sobre este notable acontecimiento. Apénas los cinco panes y dos pececillos serian bastantes para llenar una espuerta, y ¡despues de un consumo tan exorbitante se llenan doce con los fragmentos! Reflexionémoslo con detencion, y no podremos ménos de admirar esa Providencia invisible que vela por la conservacion de todos los vivientes, adorarla reconocidos y humillados, tributarle incesantes acciones de gracias, y encomendarnos enteramente á su proteccion. Reconozcamos de buena fe esa Providencia adorable. Admiremos en buen hora el prodigio de la multiplicacion; pero atendamos principalmente á lo que en él se nos manifiesta. Jesucristo es igual en todo á su eterno Padre, es una misma cosa con él; tiene la misma sabiduría, la misma omnipotencia; y sin embargo apénas se pone en su presencia la escasa provision, su primer cuidado es dirigirse al cielo, atraer la bendicion de Dios Padre sobre aquel ejercicio de misericordia, y darle las gracias, porque no duda que ha de multiplicarlo, aunque sea á fuerza de milagros. Imitemos tan ejemplar conducta. Ya sé que en lugar de la omnipotencia que se hallaba en las manos del Salvador, solo hay en las nuestras flaqueza y debilidad; por lo mismo no pretendo que tratemos de hacer milagros, ó de recurrir continuamente á estos para remediar unas necesidades comunes, y que pueden remediarse por medios naturales: deseo sí que seamos ménos soberbios, ménos presuntuosos; que contemos para todo con la Providencia, como el principal recurso para conseguir la ejecucion de nuestros proyectos, así de negocios temporales como del de nuestra salvacion, que es el mas interesante; que coadyuvemos á sus designios respecto á la conservacion de los necesitados: no hay otro medio de ser completamente felices: aprovechádlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON.

LA FE SIN LAS OBRAS NO ES BASTANTE PARA SALVARNOS.

PARA EL LÚNES DESPUES DE LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Multi crediderunt in nomine ejus, videntes signa ejus quæ faciebat. Ipse autem Jesus non credebat semetipsum eis, eo quod ipse nosset omnes.

Muchos creyeron en su nombre al ver los prodigios que hacia; pero Jesus no les creia á ellos, porque los conocia.

S. Juan, c. 2 v. 23 y 24.

Demos gracias á Dios, decia el Apóstol escribiendo á los colosenses (1), *porque nos ha hecho participantes de la suerte de los santos, ilustrándonos con la resplandeciente antorcha de la Fe, librándonos de la potestad de las tinieblas, y trasladándonos al reino de su amado Hijo, por quien tenemos la redencion y el perdon de los pecados.* Oscurecido nuestro entendimiento con la ignorancia, debilitado con la enfermedad el libre albedrío, combatida siempre la voluntad por la rebelion de las pasiones, y oprimida nuestra alma con la maldicion que atrajo sobre nosotros el pecado, nunca hubiéramos llegado á encontrar la verdad amable; seríamos á cada paso vencidos de la tentacion, y hubiéramos llegado á parar sin remedio á los eternos suplicios del infierno, si el Dios de las misericordias no hubiera

(1) En la pág. 372 del tomo segundo de los sermones de *Mision* hay uno de Massillon para este mismo dia, sobre la murmuracion.

(1) *Coloss. c. 1. v. 12, 13 et 14.*

escogido para sí algunos de tantos como gemian bajo la esclavitud de la culpa, dándoles su propio Hijo. ¡Felices los pueblos que han recibido un favor tan inestimable! ¡Dichosos los hombres que han tenido la fortuna de conocer y adorar al Redentor! ¡Muy mas felices nosotros que apénas nacimos, cuando, reengendrados con las aguas del santo bautismo, nos hallámos sin conocerlo imbuídos en su fe, agregados á su Iglesia, hechos verdaderos cristianos!

Pero aquí es de notar, que estos mismos beneficios nos imponen ciertas obligaciones. El hombre ántes de bautizarse es dueño de sí mismo, tiene derecho á disponer de su persona, está en libertad para servir á quien le acomode; mas luego que es bautizado, pierde la libertad, el derecho, el dominio de sí mismo, trasladándolo á Jesucristo, bajo cuyas banderas se alista. Por eso ántes de ser admitidos á este sacramento, tenemos que hacerle el sacrificio de cuanto hay en nosotros, prestando juramento de amarle sobre todas las cosas, que es la primera condicion que exige de nosotros. Le ofrecemos igualmente con promesa jurada una amistad, una alianza eterna, declarándonos amigos de los que le aman, y enemigos de los que le odian. Juramos aborrecer el mundo, huir de sus pompas, contradecir á los hombres mundanos, á aquellos que ponen su principal cuidado en los bienes caducos y groseros de la tierra, á aquellos que aman la vida con demasiado ahinco, y temen la muerte como el mayor de los males; juramos aborrecer nuestra carne, castigándola, negándole los gustos que nos pide; desterrar de nosotros la molicie y delicadeza como unos vicios infames; mortificar los sentidos, privándoles todo lo que de algun modo agrada y deleita; aborrecer la soberbia, que reconoce á Satanas por modelo; la mentira, que le tiene por padre; las enemistades, de quienes es artífice; la vanidad, el juego, el baile, el deleite, que le consideran como su inventor. El Señor en premio de estos sacrificios, de estas promesas que le hacemos, nos baña por medio del sacerdote su ministro en las aguas del sagrado bautismo, nos agrega á su Iglesia, nos promete la fe, la esperanza, la caridad, todas las virtudes; nos saca del poder de Satanas y nos ofrece los auxilios necesarios, para vencerle cuantas veces nos acometa despues; en una palabra, nos ofrece, nos promete con las mayores seguridades la gracia, la vida eterna, la corona de la gloria, el reino de los cielos.

La consideracion de estas verdades ha suscitado sin duda esa equivocada persuasion, ese error funestísimo de que todos los cristianos se salvan. Hay muchos por desgracia que, temerariamente confiados en la misericordia, en la bondad infinita de Dios, suponen como cosa indudable, que basta ser cristianos para conseguir la gloria : asientan que la fe es bastante para salvarnos. Ah! no se expresa de este modo el Salvador en el presente Evangelio. Aterra ciertamente oir que, aunque los judíos creían en él, él no creía en ellos, porque veía el interior de su corazon, y conocia que á pesar de su creencia no estaban dispuestos á conformar sus costumbres con lo que esta creencia les enseñaba. Voy pues á demostraros, que de nada nos sirve ser cristianos en la creencia, si no lo somos en las obras; que el Señor no está obligado á darnos la gloria que nos ofreció en el bautismo, ni de modo alguno nos la dará, si á pesar de haber recibido aquel sacramento, no le cumplimos nuestras promesas; que no seremos felices, si nosotros no ponemos los medios.

Ya veis que el asunto no cede en interes á los que os he propuesto en otras ocasiones : ayudádme pues á implorar la gracia divina, para que os aprovechéis de mis palabras por la intercesion de María santísima, rezándole para ello la oracion del *Ave María*.

Es una desgracia en extremo lamentable que cada uno de los cristianos se persuada á que las mas fuertes amenazas del Evangelio y las declamaciones mas vehementes de los predicadores no se dirigen á ellos sino á los otros, y que tienen asegurada la corona inmortal de la gloria, solo con llevar el nombre de cristianos, sin atender á que es preciso ademas ser fieles á las promesas que se han jurado á Dios en el bautismo. La razon de esto es, porque somos como el fariseo del Evangelio; porque no somos asesinos, ladrones ni adúlteros; porque no entramos en el número de aquellos hombres corrompidos, cuyas costumbres horrorizan al comun de los cristianos; porque asistimos con reverencia al santo sacrificio del altar, rezamos el rosario la mayor parte de los dias, nos confesamos una ó dos veces al año, hacemos varias veces los actos de fe, esperanza, caridad y contricion, y nos arrodillamos alguna vez durante el dia delante de Jesucristo. Pero si todo esto es bastante para ser buen cristiano, pocos habrá que no lo sean; y yo veo á pesar mio que esto no es cierto. En el arca de Noé hubo muchos mas irracionales que hombres; en la primera escuela de Jesucristo se cuentan mas desertores que discípulos fieles; en la Iglesia es mucho mayor el número de réprobos que de predestinados : todo esto da á entender que nuestro amor propio nos engaña, cuando nos persuade á que todos, ó la mayor parte somos buenos cristianos. Y es indudable que si deponiendo toda preocupacion, consideráramos este asunto de buena fe, llegaríamos á convencernos de la suma dificultad que hay en el dia de encontrar un hombre que pueda decirse con propiedad buen cristiano; esto es, un cristiano fiel á sus promesas, un cristiano que llene exactamente sus deberes, un cristiano que cumpla las obligaciones que le prescribe el Evangelio, un cristiano que lleve siempre sobre sí la mortificacion de Jesucristo, segun exige de nosotros el Apóstol en la segunda carta que escribió á los de Corinto (1); un cristiano, cuya vida sea una imitacion perfecta de la del mismo Dios, segun nos manda en términos expresos el mismo Apóstol en la carta á los de Éfeso (2); un cristiano que siga las huellas de su maestro sin separarse en lo mas mínimo; que ame de veras no solo á los que á él le aman, sino tambien á todos sus enemigos; que aborrezca cuanto el mundo ama, y ame cuanto el mundo aborrece, que es segun el evangelista san Juan (3) un precepto, no nuevo, sino tan antiguo como el cristianismo; un cristiano que aborrezca á sus padres, á su consorte, á sus hijos y á su misma vida; que ponga la cruz sobre sus hombros y se desprenda gustoso de todos sus intereses, para seguir á Jesucristo, segun lo encarga el Salvador (4), asegurando que el que así no lo hace, no es su discípulo, no es cristiano; un cristiano en una palabra, que sea santo; porque creédme, pues os hablo con ingenuidad, todos los cristianos en virtud de nuestra profesion estamos obligados á ser santos.

Pero no desmayéis por eso, hermanos mios, porque para ser santo no es preciso hacer milagros, ni ocultarse en una cueva como los anacoretas, ni ayunar todos los dias con el rigor que

(1) II. *Cor. c.* 4. *v.* 10. (2) *Ephes. c.* 5. *v.* 1. (3) *Joann. c.* 12. *v.* 25.
(4) *Matth. c.* 10. *v.* 38.

se ayunaba en los primitivos tiempos de la Iglesia, ni llevar siempre rodeado el cuerpo de ásperos cilicios, ni emplear los dias y las noches en una continua vigilia y meditacion. Todo esto es bueno, excelente, mas no necesario: para ser santo, ó lo que es lo mismo, para ser buen cristiano, basta tener á Dios siempre presente y dirigir á su servicio todas las acciones de nuestra vida; recibir con resignacion las aflicciones que tenga á bien enviarnos; no abusar de los beneficios que nos dispensa; no colocar nuestra confianza en los bienes caducos de este mundo ni procurarlos con demasiado ahinco; apartarnos sobre todo de los peligros y ocasiones de ofenderle, aunque sea á costa de los mayores sacrificios, privando á nuestros sentidos de la presencia de aquellos objetos que pueden excitarlos al pecado, sin que nos excuse el que sean necesarios, ó que de su pérdida se siga la de nuestra hacienda, la de nuestra honra, y aún la de nuestra vida; declarando una guerra continua á los enemigos de nuestra alma, privándonos siempre de los placeres ilícitos, y algunas veces hasta de los que nos son permitidos; ejercitándonos en aquellas virtudes que son contrarias á nuestras pasiones mas dominantes, como en actos de paciencia, si somos coléricos ó iracundos, en actos de humildad, si somos soberbios, en actos de misericordia, si somos avaros, en actos de mortificacion y penitencia, castigando el cuerpo, esclavizándolo, como decia san Pablo (1), si somos acometidos con frecuencia de tentaciones torpes.

Hé aquí lo que se necesita para ser buen cristiano: esto solo basta para ser santo; tansolo esto se nos exige, para que el Señor que penetra el interior de nuestros corazones, se dé por satisfecho de nuestras obras; mas por desgracia nuestra á todos nos parece bien ser amados de Dios; todos desearíamos disfrutar su divina gracia en esta vida y su compañía en la otra, pero quisiéramos conseguirlo sin trabajo alguno por nuestra parte; y esto principalmente porque deslumbrados con el brillo aparente de los bienes de la tierra, quisiéramos gozarlos sin restriccion, y al efecto nos valemos de mil excusas ó pretextos frívolos para disculpar nuestra conducta. El rencoroso y vengativo dicen: es necesario tomar satisfaccion de las injurias que nos hace nuestro prójimo, porque si ahora se le disimula, se hará cada

(1) I. *Cor.* c. 9. v. 27.

vez mas osado y sus insultos serán mayores en lo sucesivo. No es decir por eso que yo le deseo mal alguno: sin embargo es tan grave la injuria que me ha irrogado, que no es fácil separarla de mi memoria, y su presencia excita en mí una indignacion que no puedo resistir fácilmente. Los padres y los amos, no acordándose que á todos nos hizo iguales la naturaleza, considerando como esclavos á sus criados é hijos, los ultrajan con palabras injuriosas, forman de ellos sospechas, tanto mas ofensivas cuanto mas infundadas, se dejan arrebatar de la cólera al menor descuido que les advierten, sin recordar que todos estamos expuestos á incurrir en defectos, hijos de la ignorancia ó de la debilidad. El orgulloso juzga que todo se le debe de justicia: así es que al menor insulto que cree recibir, se indigna, llena de dicterios al que le faltó, tal vez sin pensarlo, á las debidas atenciones, habla con desprecio de todos los demas, no puede soportar que le encarezcan las buenas cualidades que adornan á otro, y forma todo su placer en rebajar el mérito, descubrir las faltas y desacreditar á los que supone ser sus émulos. La mujer amiga de engalanarse se esmera lo posible en distinguirse de las demas de su clase, pretextando que es una ley del mundo seguir la moda, que es un orgullo noble conservarse cada uno en su posicion sin consentir ser pospuesto á los demas. Y no advierte, que así llama por necesidad la atencion de los hombres; ignora ó afecta ignorar que el Espíritu santo asegura (1) ser los adornos y atavíos de las mujeres unos lazos, con que el demonio aprisiona las almas de los que incautos las miran; que cuanto mas se compongan, con tanta mayor seguridad perjudican y destruyen la vida espiritual de los mismos á quienes procuran agradar. En vano responderán, que no es esa su intencion, que jamas han pensado ocasionar semejante desgracia; que si supieran seguirse tan fatales resultados de sus adornos, los detestarian, arrojarian de sí al punto todas sus galas. En vano digo se expresarian de este modo, porque tales expresiones son fingidas, dictadas por el orgullo.

Lo cierto es que semejante conducta ocasiona unos perjuícios gravísimos, irreparables muchas veces, y esto sin otra razon que por seguir las máximas del mundo. Bien persuadido está el vengativo de que solo à Dios, como Señor supremo del universo,

(1) *Prov.* c. 7. v. 10.

pertenece tomar satisfaccion de las injurias, y no al cristiano, quien está por el contrario en la estrecha obligacion de amar íntima y verdaderamente á todos sus enemigos. No puede dudar el superior que sus súbditos, á cualquiera clase que pertenezcan, son hombres como él, hijos del mismo Dios, miembros de la misma Iglesia, destinados al mismo fin, que es la bienaventuranza; sabe que por ningun título le es permitido despreciarlos, y mucho ménos ultrajarlos de palabra ó de obra; que el cristiano debe sufrir en paciencia las debilidades de sus prójimos, y que una de las principales obligaciones de un padre de familias y de todo superior es dar buenos ejemplos á los que están bajo su dependencia. Sabe muy bien el soberbio cuánto se humilló Jesucristo por nosotros, y cuán expresamente nos manda aprender de su conducta la verdadera humildad y mansedumbre, asegurándonos que los que practiquen estas excelentes virtudes, serán ensalzados, y abatidos los soberbios. Aleguen pues cuantas excusas les dicte su pasion; el carácter insufrible de las personas con quienes tratan, las travesuras y genio díscolo de los hijos, el excesivo descuido y la insubordinacion de los criados, su propension natural á irritarse... todos son pretextos frívolos, excusas inoportunas, cumplimientos de mundo. El avaro desearia reunir en sus arcas los tesoros de la tierra, y con tal que en sus tratos no haya una injusticia, tan evidente que por ningun título pueda cohonestarse, por todo atropella, nada le detiene. Procura hacer sus compras, cuando la urgente necesidad del vendedor le ponga en el compromiso de darle la alhaja en la mitad ó ménos de su justo precio; pero sus ventas han de hacerse de modo que le reporten una utilidad tres ó cuatro veces mayor de lo justo, ocultando con este fin los defectos y ponderando, cuanto es posible y con excesivos aumentos, las buenas cualidades de su género, engañando en una palabra al comprador. Lo mas sensible es que si se les hace presente la injusticia de semejante conducta, responden muy satisfechos: yo á nadie obligo á que venda ni compre; ellos vienen voluntariamente á rogarme y aún á suplicarme con instancias; tienen toda la libertad que es de desear en contratos de esta especie: fuera de esto, cada uno se vale de sus arbitrios para proporcionarse el mas pronto y útil despacho, sin que esto sea perjudicar á nadie. Estos tales afectan ignorar que todas las cosas tienen su justo precio, y que lo que exceda de

él en las ventas, ó lo que falte en las compras, es un verdadero hurto, un latrocinio inexcusable, y hay una estricta obligacion de restituirlo, sin que de ella puedan eximir cualesquiera circunstancias que acompañaran al contrato. Pero no es esto solo; si dan prestado alguna cosa, exigen siempre un interes exorbitante, paliando esta usura con condiciones, justas al parecer, pero en extremo onerosas y perjudiciales al que recibe el empréstito. Su único y exclusivo objeto es el aumento de la hacienda; todos sus cuidados, su mismo corazon se fijan en esa idea, sin acordarse que Jesucristo asegura que es absolutamente imposible servir á un mismo tiempo á Dios y á las riquezas; que la vida se ha de acabar y dejar con ella en la tierra esos bienes, que forman ahora toda su felicidad, pero que Dios ha de durar para siempre; que el cristiano ha jurado con la mayor solemnidad dar su corazon entero á su Criador y emplearse exclusivamente en su santo servicio. Lo mas lamentable es que se inspira á los hijos con la educacion esta sed de riquezas, este afan por los bienes terrenos. Apénas se hallan en disposicion de dirigirse por sí solos, se les dedica á aquellas ocupaciones que pueden traer algun interes; se les enseña lo que se cree conducente á verificar útilmente un contrato, es decir, á engañar á sus semejantes; pero se descuidan completamente las obligaciones que han contraído en el bautismo, no se les instruye en la ciencia de la Religion, no se les dispone para que sirvan á Dios en el estado á que se les destina, aún ántes de tener uso de razon. En este no intervienen sino miras temporales: poco importa que la mujer que se les busca para compañera, esté adornada de buenas ó malas cualidades, que haya recibido una educacion conforme á las máximas santas del Evangelio, ó enteramente descuidada y sin principios de moralidad; poco, digo, importa todo esto, con tal que sea de un despejo regular, que esté instruída en aquellas habilidades que pueden proporcionarles recursos para el sostenimiento de la familia, que lleve un dote considerable, que... en una palabra, se vive para el mundo, se trabaja para el mundo, se pone toda la confianza en los bienes del mundo, se crian los hijos para el mundo, sin tener presente á Dios para nada; y á pesar de eso los cristianos viven tranquilos, en nada los reprende su conciencia, nada atribuyen á pecado, suponen que por ese camino van en

direccion al reino de los cielos y que este se les debe de justicia por sus méritos.

Aquellos de quienes dice san Pablo (1), que tienen por Dios á su vientre, están en la persuasion de que les es permitido comer todo aquello que pueda resistir su estómago: ni tienen por pecado la excesiva cantidad, ni la suma delicadeza, ni el desarreglo que generalmente se advierte en el modo y tiempo, aunque de aquí se sigan las mas funestas consecuencias, que ni aún me atrevo á pronunciar en esta cátedra sagrada.

Los jóvenes, como si fueran ángeles ó no tuvieran cuerpo, están á todas horas con las doncellas de su estado, en el baile, en las diversiones, en las concurrencias, aunque todo esto se verifique en la oscuridad de la noche; no escrupulizan tomarse las manos y hablarse familiarmente, por no decir algo mas; y á pesar de eso, si los oimos á ellos, no sienten el menor impulso de la lujuria, ni aún experimentan la mas leve tentacion. Necios! solo por un milagro contra todo el órden de la divina Providencia podria verificarse esto. San Benito, no teniendo ya mas que el esqueleto en fuerza de mortificaciones y austeridades, se halló constituído en el mayor apuro, solo por haber mirado á una mujer; y el Espíritu santo asegura, que es tan imposible seguir una relacion con las personas de distinto sexo sin pecar, como poner en medio del fuego un poco de estopa bien seco sin que arda luego: y vosotros sin privacion alguna, excediéndoos á cada paso en la comida y la bebida, oyendo á todas horas conversaciones lascivas, tomando vosotros parte en ellas, hallándoos juntos hombres y mujeres muchas veces sin testigos, sin luz, sin obstáculo de ninguna especie; no halláis materia de que confesaros, no veis en esta conducta otra cosa que diversiones inocentes, entretenimientos propios de la edad. Los padres de familia, y principalmente las madres, suponiendo ser necesarias estas reuniones para la mas pronta y ventajosa colocacion de sus hijos, y acaso, acaso olvidadas de lo que ha pasado por ellas, léjos de impedirlas, las promueven, las proporcionan, las facilitan, y llega su insensatez al extremo de engañar la vigilancia de algun padre celoso que trata de poner remedio á semejantes desórdenes; ocultando los peligros, fingiendo mil embustes y fomentando de este modo la deshonra de su casa, la pérdida de su familia, la condenacion de sus almas. Los casados no se retraen de explicarse en los términos mas indecentes hallándose á solas; solo lo evitan cuando hay niños delante: como si el que prohibe las acciones torpes, no prohibiera igualmente las palabras obscenas; como si no supieran que estas son una saeta penetrante que, segun el Eclesiástico (1), atraviesa el corazon. Neciamente persuadidos á que nada se prohibe en el estado del matrimonio, se entregan sin remordimiento á los mas brutales desórdenes. Ah! tenéd entendido que si del deleite no puede seguirse el fin para que fué instituído el matrimonio, cometéis un pecado mortal y de los mas graves. Ni la materia, ni el tiempo permiten explicarme con mas claridad.

(1) *Phil.* c. 3. v. 19.

De lo dicho hasta aquí se infiere, que si se examina con esmero la vida de los cristianos, se hallarán muy pocos, serán muy raros los que cumplan las promesas que juraron á Dios en el bautismo; son muchos los que aman al mundo con sus vanidades, ó á la carne con sus deleites, ó al demonio con sus obras; serán muy pocos los santos ó buenos cristianos, porque muy satisfechos con su fe, descuidan las obras, sin acordarse que el apóstol Santiago dice (2), que la fe sin las obras es muerta, que es inútil, que es lo mismo que un cuerpo sin alma. Olvidan igualmente que Jesucristo asegura por san Mateo (3), que no todos los que tienen fe, ni los que invocan el nombre de Dios, se salvarán, sino los que hagan su voluntad santísima: no reparan que Jesucristo no creía en los judíos á pesar de su fe, porque conocia perfectamente que esta se fundaba solo en los prodigios que habian presenciado, y que no era por tanto verdadera. Ignorantes! dejáis las obras buenas para los santos, como si vosotros no fuerais miembros de una Religion santa; como si no estuviéramos todos obligados á ser santos como nuestro divino Redentor. El mas morigerado se contenta con no cometer aquellas culpas enormes que le horrorizan en los otros, sin atender á dar á Dios el fruto de las buenas obras. Pero, ay! cuán terrible es el desengaño que nos da el profeta Ezequiel, cuando dice que la cepa que no lleva fruto, no sirve mas que para el fuego! Y san Mateo exclama casi en los mis-

(1) *Eccli.* c. 37. v. 21. (2) *Jacob.* c. 2. v. 26. (3) *Matth.* c. 7. v. 21.

mos términos, que todo árbol que no lleve fruto se cortará y arrojará á las llamas! Desgraciados de nosotros! no tenemos otro recurso que renovar las promesas; de lo contrario perecemos sin remedio, porque la escritura que entónces hizo Dios con nosotros, ya está rota, ya no nos da derecho alguno á la gloria ni á la gracia.

Ó buen Jesus! salvádnos; mirád que nos hallamos en peligro de perecer. No os pido ahora venganza para el pecador, no os excito á enviar los rayos de vuestra justicia; reclamo mas bien la bendicion de vuestra misericordia, esa prueba grande, la mayor que podéis dar á los cristianos de la ternura con que los amáis. Bien presente tenéis nuestra miseria: ni ¿qué pueden hacer sino pecar y ofenderos, unas criaturas débiles, concebidas en pecado, cercadas á pesar suyo de pasiones, acometidas por todos lados de crueles enemigos? Más pudiéramos, es verdad; vuestra gracia nos facilita el medio de vencer todos los obstáculos que nos impiden serviros y amaros de corazon; pero si no lo hicimos, qué interes tenéis en perdernos? qué gusto en condenarnos? Ó Dios de bondad! ó dulcísimo Jesus de mi vida! conozca todo el mundo el exceso de vuestro amor; resalte en todas partes la infinidad de vuestra misericordia. Cuanto somos mas indignos del perdon, tanto se conoce mas vuestra liberalidad concediéndolo. Nosotros reconocemos nuestra ingratitud, pero prometemos la enmienda verdadera de nuestra vida. Renunciamos á Satanás, sus obras, sus pompas y vanidades, y os juramos un amor inalterable, una amistad verdadera, una alianza eterna. Seamos vuestros amigos, y conjúrese todo el mundo contra nosotros; seamos vuestros amigos, y lluevan sobre nosotros todos los males posibles; seamos vuestros amigos, sea creída la sinceridad de nuestra fe, que vos solo seréis el premio de nuestra amistad. Amen.

DISCURSO.

EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECÍAS

PRUEBA LA DIVINIDAD DEL SALVADOR.

PARA EL LÚNES DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA.

(DE TRONCOSO.)

Quod signum ostendis nobis, quia hæc facis? respondit Jesus et dixit eis: Solvite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud.

¿Qué señal nos das (dijeron á Jesus los judíos) de tu autoridad para hacer estas cosas? Respondióles Jesus: Destruid este templo, y yo en tres dias lo reedificaré.

S. Juan, c. 2. v. 18 y 19.

Las acciones todas del Salvador sobre la tierra parece no tenían otro fin que el de ilustrar á los hombres acerca de la mision, que de su eterno Padre habia recibido. Al efecto, y para despertar al pueblo judío del mortal letargo en que la incredulidad le tenia sumergido, no solamente obra en su presencia portentos y maravillas que anuncian su divinidad, sino que tambien, revistiéndose á veces de aquel carácter de autoridad suprema que como á Dios le pertenecia sobre los hombres, hace delante de ellos cosas que, sin reconocerle por tal, parece no podian explicarse. Tal es sin duda el celo que Jesus manifestó, segun el presente Evangelio, cuando subiendo á Jerusalen y encontrando en el templo gentes que vendian bueyes, ovejas y palomas, y cambiantes que estaban sentados en sus mesas, habiendo formado de cuerdas como un azote, los echó á todos del templo juntamente con las ovejas y bueyes, dicien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos términos, que todo árbol que no lleve fruto se cortará y arrojará á las llamas! Desgraciados de nosotros! no tenemos otro recurso que renovar las promesas; de lo contrario perecemos sin remedio, porque la escritura que entónces hizo Dios con nosotros, ya está rota, ya no nos da derecho alguno á la gloria ni á la gracia.

Ó buen Jesus! salvádnos; mirád que nos hallamos en peligro de perecer. No os pido ahora venganza para el pecador, no os excito á enviar los rayos de vuestra justicia; reclamo mas bien la bendicion de vuestra misericordia, esa prueba grande, la mayor que podéis dar á los cristianos de la ternura con que los amáis. Bien presente tenéis nuestra miseria: ni ¿qué pueden hacer sino pecar y ofenderos, unas criaturas débiles, concebidas en pecado, cercadas á pesar suyo de pasiones, acometidas por todos lados de crueles enemigos? Más pudiéramos, es verdad; vuestra gracia nos facilita el medio de vencer todos los obstáculos que nos impiden serviros y amaros de corazon; pero si no lo hicimos, qué interes tenéis en perdernos? qué gusto en condenarnos? Ó Dios de bondad! ó dulcísimo Jesus de mi vida! conozca todo el mundo el exceso de vuestro amor; resalte en todas partes la infinidad de vuestra misericordia. Cuanto somos mas indignos del perdon, tanto se conoce mas vuestra liberalidad concediéndolo. Nosotros reconocemos nuestra ingratitud, pero prometemos la enmienda verdadera de nuestra vida. Renunciamos á Satanás, sus obras, sus pompas y vanidades, y os juramos un amor inalterable, una amistad verdadera, una alianza eterna. Seamos vuestros amigos, y conjúrese todo el mundo contra nosotros; seamos vuestros amigos, y lluevan sobre nosotros todos los males posibles; seamos vuestros amigos, sea creída la sinceridad de nuestra fe, que vos solo seréis el premio de nuestra amistad. Amen.

DISCURSO.

EL CUMPLIMIENTO DE LAS PROFECÍAS

PRUEBA LA DIVINIDAD DEL SALVADOR.

PARA EL LÚNES DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA.

(DE TRONCOSO.)

Quod signum ostendis nobis, quia hæc facis? respondit Jesus et dixit eis: Solvite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud.

¿Qué señal nos das (dijeron á Jesus los judíos) de tu autoridad para hacer estas cosas? Respondióles Jesus: Destruid este templo, y yo en tres dias lo reedificaré.

S. Juan, c. 2. v. 18 y 19.

Las acciones todas del Salvador sobre la tierra parece no tenían otro fin que el de ilustrar á los hombres acerca de la mision, que de su eterno Padre habia recibido. Al efecto, y para despertar al pueblo judío del mortal letargo en que la incredulidad le tenia sumergido, no solamente obra en su presencia portentos y maravillas que anuncian su divinidad, sino que tambien, revistiéndose á veces de aquel carácter de autoridad suprema que como á Dios le pertenecia sobre los hombres, hace delante de ellos cosas que, sin reconocerle por tal, parece no podian explicarse. Tal es sin duda el celo que Jesus manifestó, segun el presente Evangelio, cuando subiendo á Jerusalen y encontrando en el templo gentes que vendian bueyes, ovejas y palomas, y cambiantes que estaban sentados en sus mesas, habiendo formado de cuerdas como un azote, los echó á todos del templo juntamente con las ovejas y bueyes, dicien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do: quitád eso de aquí, y no hagáis de la casa de mi Padre una casa de tráfico. Ved ahí, católicos, una accion propia solamente de un Dios; porque si los judíos no hubieran reconocido en el Salvador algun destello de su divinidad, ¿cómo explicar el asombro y terror que ocupó á toda aquella muchedumbre de gentes, que ni siquiera osaron oponérsele, estando autorizados para negociar en aquel sitio por los mismos sacerdotes de la sinagoga? Si le hubieran mirado como un mero hombre, ¿no se hubieran resistido á una accion al parecer tan violenta, apelando, llenos de indignacion, á la fuerza para vengar la injuria? Léjos de esto, aquel aire de majestad con que en esta ocasion se produjo el Salvador, no hizo sino despertar en la memoria de los que se hallaban presentes, lo que los profetas habian escrito de él anticipadamente. *Recordáronse entónces los discípulos*, dice el texto sagrado, *de que escrito estaba: el zelo de tu casa me tiene consumido.*

¿Cómo es pues que los judíos, desentendiéndose de esta profecía, no se persuaden aún de la divinidad de Jesucristo, y permanecen en su incredulidad? En efecto dirigiéndose al Salvador, le preguntaron: *¿qué señal nos das de la autoridad con que haces estas cosas?* Á lo que Jesus solo contesta con una nueva profecía: *Destruid*, les dice, *este templo, y yo en tres dias lo reedificaré.* No habla el Salvador del templo material de Jerusalen, como lo creyeron los judíos, sino del templo de su cuerpo, que aquellos hombres pérfidos destruirian dándole una muerte cruel é ignominiosa, y que por la virtud divina habia de resucitar impasible y glorioso, al cabo de tres dias de permanencia en la oscuridad del sepulcro. Prodigio inconcebible, que realizado un dia conforme habia sido vaticinado por el mismo Jesucristo, derramó una gran luz sobre todas las demas profecías relativas á él, é hizo que muchos creyesen en su nombre á causa de estos portentosos acontecimientos: *multi crediderunt in nomine ejus, videntes signa ejus, quæ faciebat* (1).

Es de notar que los judíos en su generalidad permanecieron obstinados, y á pesar de ver todos los dias nuevas señales, que venian al apoyo de lo que los santos profetas habian dicho del carácter y cualidades del Mesías, ciegos á tanto resplandor, le desconocen, y oyéndole no le escuchan, verificándose en ellos

(1) *Joann. c.* 2. *v.* 23.

mismos otra prediccion, no ménos digna de atencion que las demas: *ut videntes non videant et audientes non intelligant* (1).

De aquí ha nacido el que los incrédulos modernos, apoyados en la obstinada perfidia de los judíos, han pretendido establecer que las predicciones que leemos en los Libros santos, nada prueban en favor de la divinidad de Jesucristo, ni dicen relacion á él. De otro modo, dicen, el pueblo judío, depositario de estos vaticinios, no hubiera podido resistirse á su testimonio y hubiera creído en el Salvador de Israel. Contra esa asercion pues me propongo demostrar en el presente discurso, que la incredulidad de los judíos, léjos de convencer al cristiano de la nulidad de las profecías, es por el contrario una demostracion irrefragable de su autenticidad, y que en ellas se hallan marcados todos los caractéres de la divinidad de nuestro Salvador. *Ave María.*

Inútil sobre inoportuno seria entrar en este momento en la cuestion de conveniencia y necesidad de las profecías relativas á Jesucristo y á su prodigiosa obra la Religion católica. Hay en esta Religion misterios tan profundos y superiores á la humana inteligencia, que el hombre por sí mismo jamas hubiera podido llegar ni aún á sospecharlos. Tales son indudablemente la aparicion del Salvador en el mundo en carne mortal, la union de las dos naturalezas divina y humana en un solo supuesto, y otros mil misteriosos prodigios, de que se halla sembrada la vida y muerte del Hombre-Dios. Nada pues mas digno de la infinita sabiduría del Eterno y de su bondad inefable, que el preparar al mundo para el cumplimiento de estos prodigios por medio de santas revelaciones, que le instruyesen acerca de lo que debia tener efecto en la plenitud de los tiempos. Por eso el Señor, usando con los hombres de una misericordiosa condescendencia, apénas se hubo consumado en el Paraíso el crímen de rebelion que separó al hombre de su Dios, compadecido de su desgracia, anuncia un futuro reparador á la raza proscrita, y desde aquel dia una tradicion no interrumpida en el espacio de cuarenta siglos, va pasando de generacion en generacion, haciéndose de cada vez mas clara, en proporcion que se aproxi-

(1) *Luc. c.* 7. *v.* 10.

man los dias señalados á la aparicion del Deseado de los collados eternos. Acrecentándose progresivamente las ansias de la humanidad y sus deseos de ver al que debia venir á salvar las reliquias de Israel, y por otra parte siendo necesarios al completo desarrollo del plan divino nuevos y mas vivos recuerdos de este acontecimiento sorprendente, para evitar sin duda el que los tiempos ó las pasiones pudieran hacer olvidar ú oscurecer la antigua tradicion; el Señor suscita por todas partes profetas, que inspirados por él, descubren el porvenir en términos que no dejan lugar á la duda á cuantos se hallan animados de buena fe.

No lo estaban sin duda los filósofos que en el pasado siglo se atrevian á sostener en tono grave y magistral, que el conocimiento del porvenir era una cosa imposible, afirmando, como consecuencia necesaria de su error, que las profecías no podian ser una prueba demostrativa de la divinidad de una religion. Si bien algunos hombres juzgaron demasiado vergonzoso defender este grande absurdo, exigian no obstante, para que una profecía pudiese servir de autoridad, la siguiente condicion, á saber, que los mismos hombres debiesen ser testigos de la prediccion y del cumplimiento de los acontecimientos predichos. Felizmente en la época actual estas ideas han caido en descrédito: los hombres son ménos ciegos, y sobre todo no tan preocupados como entónces: desprécianse generalmente estos errores, dignos ciertamente de la generacion que acaba de extinguirse; y por una conviccion, que la experiencia, no ménos que las luces de la ciencia, han arrancado á los espíritus, se ha llegado á comprender, que nada hay tan conforme á la idea que todos los hombres tenemos de la omnipotencia de Dios, como el conocimiento infinito que abraza lo pasado, lo presente y lo venidero; al modo que se comprende que nada hay mas digno de su bondad misericordiosísima, que la comunicacion de las luces que le plugo hacer á ciertas almas privilegiadas, para esclarecer los pueblos y prepararlos á las disposiciones de su divina providencia (1).

(1) Así lo ha confesado expresamente el filósofo Manpertuis. «Hállase (dice) en la Religion cristiana una ventaja, de que ninguna otra puede gloriarse, y es el haber sido anunciada muchos siglos ántes de que apareciese en el mundo; y esto por los mismos testimonios de otra religion que los conserva todavía, á pesar de ser hoy su mas implacable enemiga.» (*Ensayo de filosofía moral, c.* 7.)

Sentados estos antecedentes, abramos las sagradas páginas y leamos las sublimes revelaciones de la Biblia acerca de Jesucristo nuestro salvador. El primero que ocurre en este momento á mi imaginacion, es el profeta Miquéas. Ved cómo se expresaba este hombre inspirado 650 años ántes de la venida de Jesucristo: *O Belen! ó Efrata! pequeña eres entre las ciudades de Judá; pero de ti saldrá el que debe reinar en Israel, cuya generacion data desde el principio de la eternidad* (1). Ved aquí designado el sitio donde debia nacer el Salvador del mundo. Las circunstancias de su nacimieuto ya las habia cantado Isaías (2) muchos años ántes: *Levántate, ó Jerusalen; hé aquí la luz brillante que va á derramarse sobre ti... Los reyes caminan presurosos en pos de los resplandores de tu majestad... Tus hijos vendrán de los mas remotos climas; los hombres mas grandes se humillarán en tu presencia. Los dromedarios de Madian y de Efa inundarán tu recinto. Vendrán los reyes de Arabia y de Sabá, y te ofrecerán el oro y el incienso, y cantarán las alabanzas del Señor.* Muchísimo ántes de esto, á saber, 1800 años ántes de Jesucristo, el patriarca Jacob en el lecho de su muerte, reuniendo sus doce hijos, dirige su voz á Judá, é ilustrado de la divina luz, le anuncia, que en la tribu de su nombre habria siempre ya reyes ya capitanes, ya magistrados, hasta el dia en que el Mesías tan deseado de las naciones se dejase ver. *No saldrá*, dice, *de Judá el cetro, y se verán siempre en su posteridad conductores del pueblo, hasta la venida de aquel que debe ser enviado y que es la esperanza de las naciones* (3). No pueden ser, católicos, mas precisos los términos de estas profecías, ni mas exacto su cumplimiento. Sin embargo aún tenemos una que designa hasta los dias mismos en que debia verificarse el advenimiento de Jesucristo y su sacrificio por la redencion del universo. Hablo de la célebre prediccion de Daniel, que leemos al capítulo IX, en donde refiere, que «estando un dia orando y llorando sus pecados y los del pueblo de Israel, se le apareció Gabriel, el varon á quien habia visto en el principio de la vision, el cual, tocándole en la hora del sacrificio de la tarde, le dijo: Daniel, yo he venido á ti para instruirte acerca de lo que ha de suceder. Abreviado se han setenta semanas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para que fenezca la prevaricacion y tenga fin el

(1) *Mich. c.* 5. *v.* 2. (2) *Isai. c.* 60. *v.* 1. *ad* 6. (3) *Gen. c.* 49. *v.* 10.

pecado, y sea borrada la maldad, y sea traída justicia perdurable, y sea ungido el Santo de los santos. Sabe pues, y nota atentamente: desde la salida de la palabra para que Jerusalen sea otra vez reedificada, hasta Cristo príncipe, serán siete semanas y sesenta y dos semanas; y de nuevo será edificada la plaza y los muros en tiempo de angustia; y despues de sesenta y dos semanas, será muerto el Cristo, y no será mas suyo el pueblo que le negará. Y un pueblo con un caudillo que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario, y despues del fin de la guerra vendrá la desolacion decretada; y afirmará su alianza con muchos en una semana, y en medio de esta cesará la hostia y el sacrificio, y será en el templo la abominacion de la desolacion, y la desolacion durará hasta la consumacion y el fin. » Hasta aquí el profeta; y ¿quién, católicos, por poco que reflexione, dejará de reconocer que Jesucristo es el mismo, de quien habla Daniel en su célebre prediccion? ¿Qué otro sino el Salvador ha sido justamente llamado el *Santo de los santos*, el *Cristo* ó el *Ungido del Señor?* ¿Quién sino él ha destruído el pecado, ha sido mediador de una nueva alianza entre Dios y los hombres, y por medio del sacrificio de la cruz ha hecho inútiles las oblaciones y cesar los sacrificios de la ley antigua? En aquellas palabras, *El pueblo que negará al Cristo, no será mas su pueblo*, ¿no veis clara y distintamente designados los judíos, que dando muerte al Salvador conjuraron contra sí la cólera del cielo? ¿Y quién que tenga alguna tintura de la historia, podrá dudar un momento, que en aquel pueblo que Daniel profetizó, *debia venir con su caudillo á destruir la ciudad y el santuario*, se designaban las legiones romanas acaudilladas por Tito, hijo del emperador Vespasiano, las cuales cuarenta años despues de la muerte de Jesucristo sitiaron á Jerusalen, la destruyeron é incendiaron el templo, sin que bastasen los esfuerzos del mismo Tito, para librarlo de la voracidad de las llamas? ¿Quién no ve verificada la desolacion anunciada por Daniel en aquella guerra espantosa, en que murieron un millon y cien mil personas, ora al filo del acero, ora á impulso del hambre mas atroz, siendo los restos de esta desgraciada nacion víctimas de la mas ominosa esclavitud? ¿Quién no ve esas tristes reliquias de la raza de Abrahan llevando donde quiera marcado el sello de su reprobacion, por haber desconocido á su Dios, sin reyes, sin leyes, sin sacerdotes, y hecho el objeto del desprecio de las naciones?

¡Oh, cuán inútilmente se afana la impiedad en querer demostrar que este estado lamentable, á que condujo á los judíos su obstinacion en no reconocer al Mesías, no fué sino una desgracia ordinaria que se podia prever con las luces naturales! No; el estado de esa nacion reprobada es demasiado singular, único en su línea, para que haya podido ser el mero resultado de ciertas circunstancias, hijas del curso ordinario de las cosas. Porque ¿dónde se vió jamas una nacion célebre, culta, ilustrada con acontecimientos sorprendentes y magníficos, cuales nunca se habian visto, ser lanzada en su totalidad de su patria y desarraigada, por decirlo así, de su propio suelo, y llevar una vida errante en todos los reinos y provincias de la tierra? ¿Qué fenómeno tan singular no ofrece á nuestra vista un pueblo entero, despreciado, aborrecido, mirado con prevencion por todos los pueblos, cualquiera que sea su carácter y religion; por el cristiano como por el infiel, por el adorador del Dios único no ménos que por el insensato adorador de los ídolos, por el hombre civilizado de igual modo que por el bárbaro y salvaje? ¿Una nacion ciega, hasta el punto de conservar como un sagrado depósito el mismo libro que contiene los fundamentos de aquella Religion, que ella se obstina en desconocer? ¿Vióse jamas un pueblo tan fuertemente adherido á las pruebas de la Religion verdadera, y al mismo tiempo tan enemigo de esa Religion? ¿Despojado cerca de dos mil años há de sus templos, de sus altares, de sus sacrificios, de sus sacerdotes y de su religion, y sin embargo tan firme é inmutable en ella? Consúltense los anales del mundo, léanse las historias de todas las naciones, examínense los fastos de todos los imperios, investíguese la naturaleza y la marcha de los acontecimientos humanos; y dígasenos entónces si jamas la tierra fué el teatro de un espectáculo semejante. ¿Quién pues á vista de estas razones tan luminosas podrá abrigar la menor duda acerca de la incontestable autenticidad de las profecías, y de su referencia á los objetos que señalamos?

Pero si la crítica suspicaz de los enemigos del Crucificado no se satisface con estas pruebas, lean con reflexion los libros proféticos, y especialmente á Isaías y Jeremías, y hallarán marcadas hasta las mas minuciosas circunstancias de la pasion y muerte de Jesucristo. Allí verán vaticinado que debia ser entregado por un amigo en manos de sus enemigos y comprado por

estos por treinta dineros; allí le verán pintado como un cordero inocente enmudeciendo en presencia de falsos testigos; allí le verán ofreciendo su mejilla al golpe cruel de una mano aleve, saciado de oprobios, clavado de piés y manos, crucificado en medio de dos criminales, abrevado con hiel y vinagre, sorteadas sus vestiduras, pidiendo por sus perseguidores, atravesado con una lanza, y cargando con todos los pecados del mundo, para curar con sus llagas las que el pecado habia abierto á toda la humanidad. Sí, católicos, todo esto se halla vaticinado con la mayor precision y claridad en los profetas, muchos siglos ántes de su acontecimiento, todo conforme sucedió, y en los mismos términos que lo ha reconocido el universo. Y esto ¿no prueba hasta la evidencia la divinidad de Jesucristo?

Ah! en vano los judíos, condenados por la precision de los textos que acabamos de referir, han tomado el partido de negarlos. Inconsecuentes! ¿por qué ántes de la venida de Jesucristo, á quien ellos crucificaron, entendian del Mesías todas las palabras de los profetas, sobre que los cristianos fundamos nuestra fe? ¿Cómo es que recordando las palabras de Jacob, que arriba referímos, esperaban al Salvador, al rey prometido, en el momento mismo en que apareció en el mundo conversando entre los hombres? Los mismos Magos de Heródes preguntados por los reyes de Oriente, dónde habia nacido el rey de los judíos, ¿no respondieron, que segun las profecías debia ser en Belen de Judá? Luego creían á las profecías, y su testimonio era para ellos entónces indudable. ¿Hay pues buen sentido, hay raciocinio, hay lógica en negar ahora lo que entónces creyeron? Ah! ellos no han querido cargar con el peso de la ignominia de la muerte del Justo; pero la sangre de este ha caído sobre ellos y sobre sus hijos. « ¿Qué es lo que has hecho, ó pueblo ingrato?» exclama aquí el gran Bossuet (1). «Esclavo de todos los países y de todos los príncipes, no sirves á los dioses extranjeros; ¿cómo pues Dios, que te habia escogido tan particularmente, ha podido olvidarte de esta suerte? ¿Dónde están, qué se hicieron para ti sus antiguas misericordias? ¿Qué crímen es ese que hace pesar sobre ti tan horroroso castigo? Ah! acuérdate de aquel grito que lanzaron un dia tus padres: *¡Que su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* y de

(1) *Discurso sobre la Historia universal, 2ª. parte, núm. 10.*

aquella otra palabra: *Nosotros no reconocemos otro rey que el césar.* Por eso, ó pueblo infortunado, por eso Jesucristo jamas será tu rey: guarda pues lo que voluntariamente escogiste; permanece en buen hora, esclavo de los césares y tributario de los reyes, hasta que llegue el dia en que la plenitud de los gentiles haya entrado en el gremio de su Dios, y sea salvo todo el pueblo de Israel: *Donec plenitudo gentium intraret, et sic omnis Israël salvus fieret* (1).»

En vano pues, repito, se esfuerzan los judíos en querer desmentir las profecías, que ántes reconocian como verdaderas. Su exacto cumplimiento ha esparcido una luz que, si no la ven, es porque quieren cegarse voluntariamente. Ciéguense en buen hora; mas nosotros les diremos siempre, que ellos se han mentido á sí mismos, incurriendo en una contradiccion tan monstruosa, que los condena y hace aparecer los hombres mas insensatos del mundo. Y si no que nos digan, ¿por qué Josefo, salido de la raza sacerdotal, aplicaba la profecía de Jacob al emperador Vespasiano, sino porque estaba generalmente reconocido, que el Deseado de las naciones debia venir á poner sobre la cabeza de un pagano las magníficas promesas del cielo? ¿Por qué durante todo el siglo que siguió á la muerte del Salvador, se perpetuó la opinion de que el Mesías iba á aparecer, porque eran ya cumplidos los dias de su venida? ¿Por qué en la desesperacion de no poder hallar un personaje ó un hombre que pudiesen reconocer como objeto de estos misteriosos vaticinios, adoptan la extraña resolucion de decir en el segundo siglo, que el Cristo habia venido ya, pero que era invisible al mundo y que esperaba á Elías para que le consagrase? ¿Por qué nos dejan leer en el Talmud, que son pasados ya los tiempos prefijados á la venida del Mesías, y que debe maldecirse á cuantos computan los años de su aparicion? En suma si las profecías no dicen relacion al Salvador, ¿qué significaba la solicitud con que todos le esperaban puntualmente en el tiempo en que se dejó ver en el mundo? Borren pues, si les es posible, esos Libros sagrados, depositarios de las profecías: las pruebas que de ellos sacamos para evidenciar la divinidad de Jesucristo, no serán ménos ciertas é incontestables.

Pero oigamos las palabras de un célebre judío, que por su

(1) *Rom. c. 11. v. 25 et 26.*

ciencia y conocimientos se ha merecido la atencion de todos los verdaderos sabios. Hablo, señores, del ilustre israelita Mr. Drach, que convertido á la Religion católica, reside hoy en Roma, siendo por sus escritos uno de los que mas honran aquel plantel de la verdadera ciencia. Refiriendo la impresion que en su alma y en su razon produjo la lectura de las profecías, dice estas memorables palabras: « En este atento exámen del sagrado texto yo he visto claramente que todas las profecías no forman, si así puede decirse, sino un vasto círculo de la circunferencia de cuatro mil años, cuyos radios vienen á terminar á un centro comun, que es Jesucristo, y no puede ser otro sino él. El Redentor del género humano, culpable desde el pecado de Adan, es el objeto, el término único de todas las profecías, que concurren á designarle de una manera que no deja lugar á desconocerle. Las predicciones forman en su conjunto y totalidad el mas perfecto cuadro. Los profetas mas antiguos trazan el primer bosquejo. En proporcion que se suceden, van perfeccionando los rasgos que sus antecesores habian dejado imperfectos. Cuanto mas se aproximan al acontecimiento, tanto mas se van animando los colores, y cuando el cuadro está terminado, los artistas desaparecen. El último de todos, al retirarse, tiene un cuidado sumo de indicar el personaje que debe descubrir el velo de este gran misterio. Hé aquí, dice, que yo os envío á nombre del Eterno al que es mas que Elías (Juan Bautista) ántes que llegue el dia grande y temible del Señor: *Ecce ego mittam vobis Eliam prophetam, antequam veniat dies Domini magnus et horribilis* (1). »

¡Qué bien dice este israelita, convertido al cristianismo! El centro á donde van á terminar todas las profecías es Jesucristo, y solo Jesucristo. Para convencerse de esta verdad, no hay mas que comparar el nuevo Testamento con el antiguo. En este, no ménos que en aquel, el asunto principal ó exclusivo es el Salvador, su vida, su muerte, con todas las circunstancias, las mas extraordinarias é increíbles. No hay mas diferencia entre ambos Testamentos, sino que el antiguo anuncia que Jesucristo debe venir; al paso que el nuevo anuncia que le ha visto y oído. Pero esta reunion de caractéres que designan al Mediador, el cumplimiento de todos los oráculos de la Judea en la

(1) *Malach. c. 4. v. 5.*

persona augusta del Hijo de María, ¿prueban que Jesucristo es Dios? Indudablemente, porque de Dios vienen las solemnes predicciones que acabamos de examinar, sin que puedan venir de otro orígen que no sea divino. Considerád si no la distancia que separaba á los profetas de los acontecimientos que anunciaban: el mas moderno vivia cinco siglos ántes de la aparicion de nuestro Señor; los demas distaban mucho mas; algunos, como dije ántes, 1800 años. Siendo de notar que ellos no solo han profetizado las cosas mas sorprendentes en términos precisos, claros é indudables, sino que tambien han anunciado misterios profundísimos y prodigios que exceden á la capacidad del hombre. Y ¿cómo hubiera podido jamas imaginar por sí solo el humano entendimiento, que el Mesías habia de obrar esos prodigios que vaticinaron, y que se han cumplido exactamente? Luego este conocimiento es sobrenatural, efecto de Dios únicamente. Ahora bien, si se admite que las profecías vienen de Dios, ¿qué resta sino reconocer y admitir la divinidad de aquel á quien se refieren? En efecto ¿cuál era, segun los profetas (mas bien, segun Dios que les inspiraba) la mision de Jesucristo sino dar á los hombres una nueva ley, como don precioso del cielo á la tierra? Luego los hombres debian tener fe en esta ley. Y ¿cuál es el primer dogma de esta ley nueva y su base fundamental? La divinidad de Jesucristo. Luego fuerza es confesarla, so pena de revolverse contra Dios. Ademas el Mesías debia hacer milagros en testimonio de su mision: él los ha multiplicado extraordinariamente en todas las ciudades y pueblos de la Judea; luego era Dios, como lo habia anunciado: de otro modo preciso seria acusar á la Divinidad de nuestro error. Últimamente las profecías anuncian, que seria Dios y que en este concepto recibiria las adoraciones de los reyes. Y ¿no es verdad que Jesucristo lleva un nombre divino, y que en su misma cuna recibió las adoraciones de los Magos de Arabia y Sabá, y que al nombre de Jesus todo tiembla en el cielo, en la tierra y en los abismos?

En suma, señores, cosa extraña por cierto! ¿quién creeria que los testimonios de los profetas judíos se habian de hallar en perfecta conformidad, acerca de la divinidad, con las tradiciones de todos los pueblos? Pues así es: la China, no ménos que la India, sabia que una vírgen daria á luz un hijo, y que el Señor, el Santo, el que conoce todas las cosas, cuyas palabras

instruyen y cuyos pensamientos son verdad, naceria de ella y seria holocausto digno de su majestad. Los siameses y los habitantes del Japon esperaban un Dios: los ojos de los hombres del Occidente se volvian hácia el Oriente, de donde debia venir el libertador: la misma Grecia habia oído decir á su Platon que era necesario un Dios por legislador; y la América en fin, lanzando sus miradas hácia el Oriente, polo de la esperanza, llamaba á grandes voces al Rey santo que habia de venir.

¡Católicos, cuánto se complace nuestra alma al considerar esta conformidad de las tradiciones de los pueblos con los sagrados Libros! ¡qué testimonio tan irrefragable nos suministra este eco de todas las naciones en favor de la divinidad de nuestro salvador Jesus! ¿Quién osaria ya admitir la menor duda acerca de esta verdad fundamental del cristianismo, que estriba en unas profecías tan sublimes, apoyadas en una tradicion tan universal, y sancionadas con un cumplimiento tan exacto? ¿Qué les resta ya á los incrédulos, sino abandonarse al mas imbécil escepticismo, ó reconocer la divinidad del Salvador? ¿Osarán acaso recurrir á subterfugios, para oscurecer la verdad? Pero la verdad no necesita de mas pruebas que las que llevamos enunciadas. Si á pesar de estas se obstinase todavía el entendimiento humano en negar la divinidad del Salvador, dia vendrá en que esclareciéndose la vista del hombre, conocerá las cosas como son en sí, y entónces nada restará á los incrédulos sino exclamar despechados: errado hemos! y experimentando el condigno castigo de su voluntario error, entrarán en el camino de la desesperacion, que no tendrá fin por toda una eternidad.

SERMON.

LA OBSERVANCIA DE LAS FIESTAS ES DE PRECEPTO DIVINO.

PARA EL MÁRTES DESPUES DE LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Si circumcisionem accipit homo in sabbato, ut non solvatur lex Moysi; mihi indignamini quia totum hominem sanum feci in sabbato?

Recibe el hombre la circuncision en sábado, para que no se infrinja la ley de Moises, y ¿os indignáis contra mí porque sané en sábado á todo un hombre?

S. Juan, c. 7. v. 23.

Habiéndoos dicho en otra ocasion que debemos á Dios el culto interno y externo, por ser criador de nuestra alma y de nuestro cuerpo, resta ahora explicaros en qué consiste la diferencia de estos cultos. Adoramos á Dios interiormente, si conociendo que todo lo hemos recibido de su mano, deseamos emplearlo todo pronta y fervorosamente en lo que pertenece á su servicio; y esta es la única y verdadera devocion: y tambien si persuadidos á que de él solo depende el remedio de nuestras necesidades, se lo pedimos, no con los labios, sino precisamente con el corazon: esto es lo que se llama oracion, y debe ser en todo caso humilde, fervorosa, confiada y perseverante. Le adoramos exteriormente arrodillándonos en su presencia, ó protestando nuestra súmision por medio de alguna de las ceremonias instituídas al efecto: de estas las principales son el

(1) En la pág. 340 del tomo primero de los sermones de *Mision* se halla uno para este dia, sobre las dudas acerca de la Religion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

instruyen y cuyos pensamientos son verdad, naceria de ella y seria holocausto digno de su majestad. Los siameses y los habitantes del Japon esperaban un Dios: los ojos de los hombres del Occidente se volvian hácia el Oriente, de donde debia venir el libertador: la misma Grecia habia oído decir á su Platon que era necesario un Dios por legislador; y la América en fin, lanzando sus miradas hácia el Oriente, polo de la esperanza, llamaba á grandes voces al Rey santo que habia de venir.

¡Católicos, cuánto se complace nuestra alma al considerar esta conformidad de las tradiciones de los pueblos con los sagrados Libros! ¡qué testimonio tan irrefragable nos suministra este eco de todas las naciones en favor de la divinidad de nuestro salvador Jesus! ¿Quién osaria ya admitir la menor duda acerca de esta verdad fundamental del cristianismo, que estriba en unas profecías tan sublimes, apoyadas en una tradicion tan universal, y sancionadas con un cumplimiento tan exacto? ¿Qué les resta ya á los incrédulos, sino abandonarse al mas imbécil escepticismo, ó reconocer la divinidad del Salvador? ¿Osarán acaso recurrir á subterfugios, para oscurecer la verdad? Pero la verdad no necesita de mas pruebas que las que llevamos enunciadas. Si á pesar de estas se obstinase todavía el entendimiento humano en negar la divinidad del Salvador, dia vendrá en que esclareciéndose la vista del hombre, conocerá las cosas como son en sí, y entónces nada restará á los incrédulos sino exclamar despechados: errado hemos! y experimentando el condigno castigo de su voluntario error, entrarán en el camino de la desesperacion, que no tendrá fin por toda una eternidad.

SERMON.

LA OBSERVANCIA DE LAS FIESTAS ES DE PRECEPTO DIVINO.

PARA EL MÁRTES DESPUES DE LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Si circumcisionem accipit homo in sabbato, ut non solvatur lex Moysi; mihi indignamini quia totum hominem sanum feci in sabbato?

Recibe el hombre la circuncision en sábado, para que no se infrinja la ley de Moises, y ¿os indignáis contra mí porque sané en sábado á todo un hombre?

S. Juan, c. 7. v. 23.

Habiéndoos dicho en otra ocasion que debemos á Dios el culto interno y externo, por ser criador de nuestra alma y de nuestro cuerpo, resta ahora explicaros en qué consiste la diferencia de estos cultos. Adoramos á Dios interiormente, si conociendo que todo lo hemos recibido de su mano, deseamos emplearlo todo pronta y fervorosamente en lo que pertenece á su servicio; y esta es la única y verdadera devocion: y tambien si persuadidos á que de él solo depende el remedio de nuestras necesidades, se lo pedimos, no con los labios, sino precisamente con el corazon: esto es lo que se llama oracion, y debe ser en todo caso humilde, fervorosa, confiada y perseverante. Le adoramos exteriormente arrodillándonos en su presencia, ó protestando nuestra súmision por medio de alguna de las ceremonias instituídas al efecto: de estas las principales son el

(1) En la pág. 340 del tomo primero de los sermones de *Mision* se halla uno para este dia, sobre las dudas acerca de la Religion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sacrificio en que se mata la víctima, para significar que solo Dios es dueño de la vida y de la muerte; la oblacion en que se ofrece á Dios, sin destruir, lo que de él hemos recibido, como son los frutos de la tierra; el voto, en el que, para significar que todo le es debido, le ofrecemos irrevocablemente hacer alguna cosa que sea mas de su agrado; el juramento, en que le ponemos por testigo de lo que decimos, dando á entender que es la verdad por esencia; la adjuracion, por la que nos valemos de su santo nombre para obligar á otro á que haga ó deje de hacer alguna cosa; el cántico de alabanzas y accion de gracias, en que declaramos que sus excelsos atributos merecen ser alabados, y que su benéfico poder nos obliga á ser agradecidos.

Los cristianos no estamos obligados á ejercer siempre todos estos actos de religion, pero sí algunos de ellos, segun lo exijan las circunstancias, porque debemos adorar á Dios interior y exteriormente; que es en lo que consiste la esencia de nuestra Religion. Hay, por ejemplo, ciertos dias destinados al culto del Señor, y en ellos precisamente debemos ocuparnos en alguna de estas ceremonias: tales son los dias festivos. Es verdad que Dios, como criador que es, no solo de nuestro cuerpo y alma, sino de todos los tiempos y lugares, pudiera exigir justísimamente de nosotros que todo lo empleáramos en honor suyo; sin embargo en extremo liberal y condescendiente con el hombre, deja á su disposicion seis dias de la semana, para que en ellos pueda hacer lo que le parezca oportuno en órden á los negocios temporales, reservando para sí uno solo: este entre los hebreos era el sábado; entre nosotros el domingo. Por desgracia ni ellos ni nosotros observamos del modo debido este precepto. Los judíos lo tomaban tan á la letra, que viendo que en el sábado se les prohibian las obras serviles, escrupulizaban hasta ocuparse en aquellas, que con propiedad pertenecen á la virtud de la Religion. Pero hoy les declara Jesucristo el verdadero sentido, cuando los reprende, porque se escandalizaban de que él hubiera ejecutado una obra de misericordia, cual fué la curacion del paralítico. Nosotros, por el contrario, sin dejar de ser supersticiosos como ellos, nos damos por satisfechos con asistir los dias festivos al augusto sacrificio del altar, ocupando lo restante en operaciones corporales, en negocios mundanos, en pasatiempos y diversiones, y quiera Dios que no lleguemos á profanarlos con monstruosas abominaciones.

Bien conozco que son muy débiles mis fuerzas, y demasiadamente limitado el tiempo para declamar contra este desórden tan funesto como general; pero en vuestra mano está, Señor, que mis palabras consigan los resultados que deseo. La observancia de las fiestas es cosa que pertenece á vuestro culto, á la gloria de vuestro santo nombre: dispensádme pues la gracia que necesito para hacer entender á mis oyentes su obligacion respecto á ella. Así os lo pido, y os lo pedimos todos humildes, devotos y confiados, por la mediacion de vuestra santísima Madre y nuestra abogada. *Ave María.*

Es ciertamente una fatalidad de la Religion cristiana que sus adversarios tomen pretexto para perseguirla, para destruir sus sacrosantas máximas, de lo mismo en que ella se apoya y funda su estabilidad. Dios, autor soberano de esta Religion y supremo hacedor del universo, prohibe expresamente que nos dediquemos en los dias festivos al ejercicio de las obras serviles, pues quiere y manda que nos ocupemos en cosas propias de su servicio, que los empleemos en darle el culto debido á su excelsa Majestad. La Iglesia nuestra madre impone á todos los cristianos sus hijos la mas estricta obligacion de asistir en tales dias á la celebracion del augusto y tremendo sacrificio del altar, como la ceremonia principal, la mas excelsa, la mas grande de nuestra Religion. Y de aquí precisamente toman ocasion los malos teólogos para enseñar á los fieles, que á nada mas están obligados para satisfacer al precepto de la santificacion de las fiestas, que á la asistencia de este sacrificio. Estos, que por su parte están dispuestos á adoptar todo aquello que disminuya sus deberes religiosos, para poder emplear mas tiempo en la ejecucion de sus planes, de sus miras de intereses mundanos, han acogido con el mayor gusto tan impías doctrinas: las opiniones, los errores de estos teólogos han cundido con tal rapidez, han hecho tan grandes progresos entre los cristianos, que es muy raro el que no se dé por satisfecho de haber santificado la fiesta con solo haber asistido al sacrificio de la misa. Siendo tan lamentables los resultados de este error, quiero destruirlo, enseñándoos la verdadera doctrina de la Iglesia.

Apénas hay en las sagradas Escrituras un precepto mas expreso y repetido: mil veces exhorta el Señor á su pueblo á su

cumplimiento. El descanso del sábado (que era en la ley antigua el dia festivo) está destinado exclusivamente á Dios (1): *acordáos de santificar el dia del sábado* (2); ó lo que es lo mismo, os dejo á vosotros los seis dias de la semana, mas el sétimo lo quiero únicamente para mí; empleád aquellos en los negocios del siglo, en el aumento de vuestros intereses, en todo lo que os pertenece á vosotros; pero reservád este para mí, ocupándolo en prácticas piadosas, en ejercicios de religion. Esto es lo que exige el Señor, al imponernos este precepto de la santificacion del sábado; y para obligarnos mas imperiosamente á su cumplimiento, amenaza á los infractores con las penas mas terribles. *El que profane los dias consagrados á mi servicio, morirá*, dice en el mismo lugar (3): *el que hiciere alguna obra servil, será borrado su nombre de entre su pueblo*. Y á los que lo cumplen con exactitud, les ofrece premios considerables aún en esta vida. *Guardád mis festividades*, dice en el Levítico (4), *y os enviaré copiosas lluvias en el tiempo oportuno; la tierra producirá en abundancia sus semillas, y los árboles se llenarán de frutos.*

Fuera de estas poderosas causas hay otras que dicta la misma razon. Cuando nosotros pagamos con exactitud á los criados ó jornaleros, ¿nos damos por satisfechos con que trabajen solo una ó dos horas? ¿No los obligamos ademas á que se ocupen todo el dia en aquellas labores que están á su cargo? ¿Por qué pues hemos de pretender nosotros cumplir con el precepto de santificar el dia, que Dios reserva para sí, con solo emplear en los ejercicios de la Religion un cuarto de hora, ó ménos, si es posible? ¿Será acaso por suponer que el Señor nada nos paga, que de nada le somos deudores? Y la vida? y el sustento? y la razon? y la gracia? ¿y todos los demas inumerables beneficios que nos dispensa su providencia divina? ¿Todo esto es nada, ó vale ménos que el jornal mezquino que nosotros pagamos á nuestros criados? Necios! eso es manifestar que el demonio es mas celoso de su honra, y se merece mas que el mismo Dios; eso es decir que os ponéis de parte de aquella criatura indigna en menosprecio del Criador omnipotente. Reconocéd vuestra locura; confesád francamente que si no conocéis el desengaño,

(1) *Exod.* c. 16. v. 23. (2) *Ibid.* c. 20. v. 8. (3) *Exod.* c. 31. v. 14.
(4) *Levit.* c. 26. v. 2.

es, no por falta de luz, sino por no querer abrir los ojos; porque os empeñáis en resistir á la evidencia. Si supierais cuán perjudicial es para vosotros ese error! Creyendo que no tenéis otra obligacion que la de oir misa y no trabajar en los dias de fiesta, incurrís en una nota demasiadamente fea de ingratitud para con Dios. Ah! este Señor que crió en seis dias el universo con todo lo que contiene para beneficio nuestro; este Señor que sacó al pueblo de Israel de la penosa esclavitud de Faraon, y á nosotros de la servidumbre funesta del pecado; este Señor que triunfó tan gloriosamente de la muerte y del infierno, muriendo en medio de los mas crueles dolores, de los tormentos mas inhumanos, por merecer para nosotros la libertad y la gloria; este Señor ¿no tendrá un verdadero derecho á exigirnos el cumplimiento de una ley tan suave, tan fácil? Si recordamos tan imponderables beneficios, ¿tendremos razon para quejarnos de que es una penosa obligacion dedicar á su culto un solo dia en cada semana, porque es preciso consagrarlo todo entero á este santo fin?

No se me oculta vuestra réplica: el precepto de la Iglesia es oir misa entera y no trabajar sin necesidad. Pero yo respondo á tan necia objecion, que el precepto de Dios es santificar su dia; y esto no se hace solo con oir misa y abstenerse del trabajo, sino ocupándonos en obras propias de su servicio, por las cuales le demos el culto debido. Y aquí es preciso desengañaros de otro error no ménos funesto. El precepto de la Iglesia, decís... pero no es propiamente de la Iglesia, sino del fundador de la Iglesia, del autor soberano de la naturaleza. La Iglesia no hace otra cosa, que designar algunas de las obras en que debemos emplearnos esos dias: nos enseña el modo con que debemos conducirnos en ellos para observar el precepto divino; nos manda oir misa entera; pero esto no es decir que ocupemos lo restante del dia en asuntos nuestros. En una palabra, Dios es el que nos manda santificar el dia de fiesta; Dios es quien nos prohibe ejecutar en él toda obra servil. Superfluas son por tanto todas vuestras réplicas, todas vuestras objeciones. De nada sirve que digáis que el trabajo corporal no es un delito; que mejor es trabajar que entregarse al ocio ó á la diversion; que es imposible desagradar á Dios, y mucho ménos ofenderle positivamente, sujetándose á lo que él mismo sujetó al hombre en castigo de su inobediendia, cual fué el trabajo;

mayormente desterrando por ese medio el juego, orígen funesto de la embriaguez y de la blasfemia; el maldito baile, que fomenta la disolucion y la lujuria; y el ocio, de quien proceden como de una fuente corrompida todos los vicios. Esas y otras semejantes expresiones son dictadas por el espíritu del error, que tiene aprisionado vuestro entendimiento. Es cierto que así el juego y las demas diversiones, en que por desgracia emplean unos los dias consagrados á Dios, como el ocio y la molicie, á que se entregan otros, son cosas malas, muy malas, sumamente ofensivas de la infinita bondad de Dios; pero no lo es que solo podéis evitarlas con el trabajo corporal. La educacion cristiana de vuestros hijos, la lectura de algun libro devoto, la meditacion de los beneficios que el Señor nos dispensa á cada paso, las prácticas de devocion, la visita de los enfermos, todas las obras de misericordia, todo lo que de algun modo pertenece al servicio de Dios; hé aquí los medios mas seguros, los mas eficaces, los mas oportunos de evitar aquellos peligros. Ya sé que es malo jugar y embriagarse tales dias; pero tambien sé que lo es, aunque no tanto, en lo que convengo con san Agustin, el arar y cavar la tierra : malo es saltar y bailar en ellos; pero tambien lo es coser é hilar.

Pero, qué! ¿será posible que lleguéis á persuadiros con seriedad á que es meritorio dedicaros en tales dias á semejantes ejercicios, pues de otro modo os veriais precisados á estaros demas? Es decir que tenéis por superfluo, que consideráis enteramente perdido el tiempo que el Señor os manda invertir en el cultivo del alma, en la práctica de las virtudes. en los ejercicios de la Religion. Extraña, imprudente, impía suposicion! Los judíos en tiempo del célebre Matatías no se atreven á defender sus vidas, se dejan matar impunemente de sus enemigos, por no tomar las armas en un dia de sábado : el santo sacerdote Nehemías reprende con la mayor severidad á los que exprimian las uvas en los lagares, y compraban peces y otros comestibles en semejante dia, y les advierte que por ese motivo ha caído sobre ellos la ira del Señor : el mismo Dios decretó que fuese apedreado por todo el pueblo, hasta morir en el tormento, un pobre que, impelido de la necesidad, habia ido en sábado á cortar un haz de leña, no para vender, sino para consumirlo en su casa. Y en general nos prohibe á todos en semejantes dias todo género de obras serviles, para que libres

de cuidados terrenos, de negocios seculares, de ocupaciones mundanas, nos dediquemos enteramente á procurar su honra, á cantar sus alabanzas, á promover su gloria, á ofrecerle los mas respetuosos cultos, á darle una prueba nada equívoca de que reconocemos su supremo dominio sobre todas las criaturas. La Iglesia, dirigida por su mismo Espíritu, nos obliga con este objeto á asistir al sacrificio augusto de la misa, como á la obra mas grande de nuestra Religion; y en la que, con la explicacion del Evangelio y exhortacion á la práctica de la virtud, se aviva la fe, se reanima la esperanza, se aumenta la caridad y adquiere la religion un fervor extraordinario. Así lo ha entendido y practicado desde su orígen el cristianismo. En el dia primero de la semana, dice san Lúcas (1), se reunian todos los discípulos á celebrar los sagrados misterios, y Pablo, animado del espíritu de Dios, les hacia un discurso, que solia durar hasta la media noche. Los historiadores sagrados convienen unánimes en que todos los cristianos asistian en aquel tiempo por obligacion al oficio de laudes, que con la mayor solemnidad se celebraba al amanecer; á la misa, que entónces era una sola, pero se hacian en ella muchas mas oraciones que al presente; se leían y explicaban las profecías y los Evangelios; cada uno por separado iba á presentar su ofrenda, y todos recibian el adorable sacramento en las dos especies, como lo hacen ahora los sacerdotes; y por último asistian á las vísperas, en que se empleaba la mayor parte de la tarde. Fácil es inferir el largo tiempo que se invertia en estas prácticas; pudiendo asegurar que muchas veces ni aún les quedaba el preciso para disponer los alimentos, y al concluirse la misa, tomaban todos juntos una corta refeccion, para poder continuar los ejercicios de la Religion. No contentos con esto los padres de familia, repetian en casa y en el paseo á sus hijos las instrucciones que habian ellos recibido; leían en su presencia libros devotos y con especialidad las santas Escrituras; distribuían copiosas limosnas en proporcion á sus facultades; ejercian todas las obras de misericordia, y empleaban el dia entero en el culto del Señor. Y no creáis que lo hacian así por gusto, ó por mera devocion; el tercer concilio de Constantinopla prohibe expresamente en los dias de fiesta todo cuanto no sea obra de la Religion; y san Agus-

(1) *Act.* c. 20. v. 7.

tin dice, que separados en estos dias de los negocios del siglo, todo lo debemos al culto del Señor : san Juan Crisóstomo asegura que las festividades no están destinadas al ocio y á la diversion, sino á los ejercicios verdaderamente espirituales : san Juan Damasceno, san Gregorio, todos los Padres, todos los escritores se expresan del mismo modo. Esta ha sido siempre la doctrina de la Iglesia; esto practicaron los antiguos cristianos; esto enseñaron los apóstoles; esto prescribió Jesucristo : si vosotros tenéis otros maestros, si conocéis otros apóstoles, si admitís otro Evangelio, seguídlo en hora buena; yo por mi parte os aseguro que no sé que haya en la Iglesia otra moral; ó para decirlo con exactitud, ni hay ni puede haber otra, porque esta es la única verdadera.

Mas han llegado á ponerse en tan lamentable estado los asuntos de la Religion en los tiempos presentes, que casi pudiéramos darnos por contentos los ministros con que os ocuparais los dias festivos en vuestras obligaciones respectivas en órden á los negocios temporales. Mas, ay! que cuando Dios quiere ser honrado mas particularmente, entónces es cuando parece que de propósito os ocupáis en despreciarle, en deshonrarle mas. El ocio, la profusion, la vanidad, el escándalo, la murmuracion; tales son vuestras ocupaciones en estos dias santos. Este gasta superfluamente lo que necesita para la sustentacion de su familia, y para cumplir otras obligaciones que tiene de justicia, cuales son el salario de sus criados y la solucion de sus deudas; aquel envilece, ultraja el nombre sacratísimo del Señor con la maldicion y la blasfemia; uno pierde al mismo tiempo el juicio y la fama, entregado á los excesos de la bebida, atrayéndose las burlas é irrision de todos, hasta de los niños, el desprecio de sus consortes, los insultos de sus convecinos; turbando la paz de sus familias y esparciendo el escándalo por el pueblo; otro, esclavo de la mas abominable codicia, se ocupa en proyectar ideas y buscar medios para usurpar al dia siguiente los bienes y derechos del prójimo, cometer todos los fraudes posibles en sus tratos, negar ó disminuir el estipendio á sus criados, oprimir al pobre y abandonarse á todo género de injusticias; esta pone todo su esmero en adornar sus trajes y ataviar excesivamente su cuerpo, para llevarse á primera vista la atencion, y granjearse la voluntad de los que por desgracia fijan en ella sus ojos; por cuyo medio roba para sí con una sacrílega soberbia la adoracion que solo á Dios se debe en todos tiempos, pero con especialidad en aquel dia; aquella promueve unas diversiones gentílicas, diabólicas, en las que con la mas infame desenvoltura, con unas miradas lascivas, con unas palabras torpes, con acciones indecentes, ajenas de una doncella virtuosa, enciende, abrasa toda la tierra con el fuego de su lujuria. Por aquí se sienten los violentos efectos de la ira, por allá los de la intemperancia; ahora atormenta los oídos piadosos una punzante é inhumana murmuracion, luego nos hace huir horrorizados el escándalo; en una parte se descubre la vanidad; en otra la impureza, en todas el vicio : todo es confusion, todo desórden.

Gran Dios, ¡qué bello honor, qué adoraciones, qué cultos os tributa vuestro pueblo en sus fiestas! Si al fin se contentaran estos malos cristianos con trabajar en ellas lo mismo que en los otros dias de labor con pretexto de la necesidad; si las destinaran á los viajes, á la ejecucion de los tratos y negociaciones; si las mujeres, pretextando falta de recursos y de tiempo, reservaran para tales dias los ejercicios propios de su sexo, pero prohibidos en ellos como todas las demas obras serviles; si solo infringieran el precepto de este modo, no seria tan enorme su delito, no seria tan monstruosa su desobediencia é ingratitud; pero emplearse ademas en todo aquello que repugna á vuestra bondad infinita, porque es escencialmente malo, en aquellas obras precisamente que mas os ofenden, que mas os desagradan, con que tanto os injurian... Oh! eso es insoportable; pero teman, teman con fundamento que se colme la medida de vuestra divina misericordia.

Sí, hombres ingratos; teméd no os prive el Señor en el tiempo oportuno de las lluvias que promete á los fieles observadores de sus festividades; en cuyo caso ni la tierra ni los árboles os darán sus frutos. Teméd no diga de vuestrrs fiestas lo que en otro tiempo decia á su pueblo (1) : en vano me ofrecéis vuestros sacrificios : abomino de vuestros holocaustos y oraciones. No puedo sufrir vuestras fiestas, porque son inicuas vuestras reuniones : aborrezco vuestras solemnidades; excitan mi enojo; ya no puedo soportarlas mas tiempo. Y así cuando os dirigiereis á mí por medio de la oracion levantando vuestras manos,

(1) *Isai. c. 1. v. 13. 14 et 15.*

yo apartaré mis ojos de vosotros, no os oiré, porque vuestro corazon está lleno de maldad y abominaciones. Teméd... Ya me parece ver rasgarse las nubes del cielo y bajar rodeado de toda su majestad el Hijo de Dios con la cruz en la mano; ya me parece ver caer sobre nosotros el peso enorme de esa cruz, que rindió por tres veces al mismo Dios y que nos oprime sin remedio.

Templád, ó Juez justísimo, vuestra ira; detenéd el golpe fatal; sustituídlo con la tribulacion, para que haciéndonos conocer la causa por que nos la enviáis, adoremos humildes vuestra majestad excelsa, temamos vuestra justicia infinitamente poderosa, honremos vuestro santísimo nombre, cantemos á vuestra divinidad los mas respetuosos himnos, os dirijamos confiados nuestras súplicas, observemos estrictamente vuestras leyes sacratísimas y las de la Iglesia vuestra esposa, único medio de atraernos ese amor, esa misericordia, esas bendiciones que han de hacer un dia nuestra felicidad. Amen.

HOMILÍA.

LA PREDESTINACION
Y LAS GRACIAS Á ELLA CONSIGUIENTES
SON UN PURO EFECTO
DE LA DIVINA MISERICORDIA.

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Neque hic peccavit, neque parentes ejus; sed ut manifestentur opera Dei in illo.

Ni pecó este, ni sus padres; pero esto es para que se manifiesten en él las obras del Señor.

S. Juan, c. 9. v. 3.

No puedo comprender por qué especie de fatalidad se hallan regularmente las obras de los hombres en oposicion con los designios de la Providencia, en los que entra su salud. ¿Qué omitió para asegurar la gloria de Israel por medio de la verdadera Religion? Y los israelitas, ignorantes, obstinados en desconocer la verdadera Divinidad, apénas tuvieron noticia de un ídolo, á que no ofreciesen sus cultos y adoraciones. Viendo que eran de todo punto insuficientes todas las pruebas que habia hecho para atraerlos á su amor, les da su mismo Hijo por hermano, por maestro y salvador. Este, correspondiendo á los deseos de su eterno Padre, los ama con la mayor ternura, les dispensa todos cuantos beneficios, y mas aún que ellos pudieran pedir y desear; les da, animado de un celo propiamente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yo apartaré mis ojos de vosotros, no os oiré, porque vuestro corazon está lleno de maldad y abominaciones. Teméd... Ya me parece ver rasgarse las nubes del cielo y bajar rodeado de toda su majestad el Hijo de Dios con la cruz en la mano; ya me parece ver caer sobre nosotros el peso enorme de esa cruz, que rindió por tres veces al mismo Dios y que nos oprime sin remedio.

Templád, ó Juez justísimo, vuestra ira; detenéd el golpe fatal; sustituídlo con la tribulacion, para que haciéndonos conocer la causa por que nos la enviáis, adoremos humildes vuestra majestad excelsa, temamos vuestra justicia infinitamente poderosa, honremos vuestro santísimo nombre, cantemos á vuestra divinidad los mas respetuosos himnos, os dirijamos confiados nuestras súplicas, observemos estrictamente vuestras leyes sacratísimas y las de la Iglesia vuestra esposa, único medio de atraernos ese amor, esa misericordia, esas bendiciones que han de hacer un dia nuestra felicidad. Amen.

HOMILÍA.

LA PREDESTINACION
Y LAS GRACIAS Á ELLA CONSIGUIENTES
SON UN PURO EFECTO
DE LA DIVINA MISERICORDIA.

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Neque hic peccavit, neque parentes ejus; sed ut manifestentur opera Dei in illo.

Ni pecó este, ni sus padres; pero esto es para que se manifiesten en él las obras del Señor.

S. Juan, c. 9. v. 3.

No puedo comprender por qué especie de fatalidad se hallan regularmente las obras de los hombres en oposicion con los designios de la Providencia, en los que entra su salud. ¿Qué omitió para asegurar la gloria de Israel por medio de la verdadera Religion? Y los israelitas, ignorantes, obstinados en desconocer la verdadera Divinidad, apénas tuvieron noticia de un ídolo, á que no ofreciesen sus cultos y adoraciones. Viendo que eran de todo punto insuficientes todas las pruebas que habia hecho para atraerlos á su amor, les da su mismo Hijo por hermano, por maestro y salvador. Este, correspondiendo á los deseos de su eterno Padre, los ama con la mayor ternura, les dispensa todos cuantos beneficios, y mas aún que ellos pudieran pedir y desear; les da, animado de un celo propiamente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

divino, las mas importantes y sábias instrucciones, sin que haya verdad que no les descubra; rompe las pesadas cadenas de su esclavitud, los redime con el mayor afecto, sin que haya esclavo á quien no alargue su mano benéfica; y en recompensa de tanto amor, de tan inimitable benignidad aquellos hombres ingratos le aborrecen, le calumnian, le persiguen de muerte. Hoy, como olvidado de sus anteriores injurias, se empeña en arrancar de su entendimiento las tinieblas del error, y les evidencia su divinidad, dando milagrosamente la vista á un ciego de nacimiento; y aquellos insensatos se obstinan en desmentir el milagro por no verse precisados á creer y confesar la divinidad de quien lo hace. Y si á pesar de sus infames arterías el hecho se evidencia, es imposible, dicen, recurriendo á la calumnia, es imposible que un miserable pecador, que así profana el dia del sábado, goce la virtud extraordinaria de hacer milagros.

En tanto que estos viles fariseos tan atrozmente calumnian al Salvador, toma intrépido la defensa de su causa el ciego favorecido, refuta con las mas sólidas razones sus sofismas, y despreciando sus invectivas, sufriendo resignado sus anatemas, manifiesta el reconocimiento de que se halla penetrado respecto á su bienhechor. Este, como en premio de su conducta, le abre los ojos del alma, le hace ver con ellos su divinidad, le infunde la Religion, aquella Religion humilde con que postrado en su presencia le reconoce, le adora, le ama como á su criador y redentor, como á su único y verdadero Dios.

¡Qué grandiosa, qué magnífica y sublime se presenta en esta circunstancia la Religion! Si me fuera permitido hacer una fiel y minuciosa exposicion del Evangelio presente, veriais resaltar su belleza de un modo extraordinario, exponiendo á vuestra consideracion sus mas augustos misterios; pero esto no es posible en un solo y breve discurso: me ocuparé de lo mas sustancial, es decir, de aquello que nos toca mas de cerca. Para ello, tomando por modelo al gran P. san Agustin, propondré la iluminacion corporal del ciego como símbolo de nuestra iluminacion espiritual, y su conducta posterior como ejemplar de nuestra gratitud. Mas para desempeñarlo con la dignidad que exige el asunto, son indispensables los auxilios de la divina gracia, sin los cuales todos mis esfuerzos serian inútiles. Ayudádme á conseguirlos, dirigiendo vuestros ruegos al poderoso auxilio de todos los cristianos, María santísima, repitiendo en honor suyo la salutacion angélica. *Ave María.*

Siendo infinita é inalterable la misericordia de Dios, parece difícil de comprender que colme de favores unas veces á los hombres sin que se los pidan, y desprecie ó desoiga otras los ruegos que le dirigen, por mas humildes y fervorosos que sean. Se niega á entrar en la casa á donde le llaman con las mas vivas instancias, y se ofrece voluntariamente, y aún se obstina en ir á otra donde le suplican que no éntre: desecha con aspereza, con expresiones demasiado severas al parecer la humilde peticion de la Cananea, y abre los ojos al ciego que ni lo pide, ni aún aparenta desearlo, tomando ademas de su cuenta la defensa de su inocente conducta contra las fundadas sospechas de sus discípulos. Convengo en que el cristiano debe adorar humilde, no investigar curioso los misterios de la divina sabiduría; mas no por eso se nos prohibe detenernos á considerar los acontecimientos que se verifican por disposicion de la Providencia, mayormente si son raros y de algun interes para nosotros. La diferencia que média entre aquel que instruído en las verdades eternas, da con su alma en el abismo del pecado, y el que la tiene sumergida en la misma desgracia, porque no habiendo jamas percibido la brillante claridad de la fe, no conoce el remedio que pueda tener, es tan palpable, que todos los cristianos la ven sin dificultad. El primero puede y debe penetrarse de su indignidad, confesarla, y á fuerza de oraciones y lágrimas hacerse acreedor á los auxilios del cielo, únicos medios de sacarle del abismo; el segundo habrá de perecer irremisiblemente, si no hay quien de pura gracia determine sacarle. Este es el infeliz y deplorable estado á que quedamos reducidos todos por la soberbia rebelion del primer hombre. En lugar de abrirse nuestros ojos, como lo aseguraba el espíritu tentador, prestándonos á sus infernales sugestiones, quedámos del todo ciegos; y casi me atrevo á decir que no solo se cerraron nuestros ojos, sino que nos fueron arrancados. Qué inmensa desgracia! ¡vernos precisados á caminar siempre á ciegas por una senda resbaladiza, llena de tropiezos y sin poder si quiera buscar la salida! El resultado no puede ser dudoso: á cada paso que damos, estamos expuestos á precipitarnos en

aquel profundo abismo; y cuando llegamos á caer, se aumenta nuestra desgracia, porque no acertamos á salir, y en él estamos continuamente heridos de una mano pesadísima y cruel, sin que nos sea del mismo modo posible evitar los funestos golpes, ni aún descubrir la parte de donde nos vienen. Lo diré de una vez: en semejante estado cada paso que damos en busca de la felicidad, que no podemos ménos de amar, porque para ella hemos sido criados, nos conduce indefectiblemente al lugar del horror y de la miseria, á los desesperados tormentos que jamas han de acabarse. La prueba mas terminante de esto son esos infelices que yacen en el dia envueltos en la densas nieblas del error, caminando á oscuras por las opacas sombras de la muerte, de que por ningun medio pueden librarse. Desventurados! terminado el pesado sueño de su vida, abrirán por la vez primera sus ojos heridos del fatal resplandor de las llamas, que en el mismo momento empezarán á atormentarlos, sin que hasta entónces hayan oido hablar de ellas. Y nosotros en la mas tierna niñez, cuando mas ignorantes que el bruto éramos incapaces de sentir las necesidades que á todos hace palpar la naturaleza, nos hallámos iluminados de una luz divina, ennoblecidos con la participacion de la naturaleza de todo un Dios, elevados á la gloriosa libertad de los justos, enriquecidos con el venturoso gérmen de una bienaventurada inmortalidad.

Qué es esto, Dios mio? de dónde nos ha venido tanta gloria? qué es lo que nos distingue del resto de los hombres? ¿no éramos como ellos, por el vicio de la naturaleza, enemigos de Dios, objeto de sus iras, esclavos de la culpa? Cuando nada bueno podíamos haber hecho, cuando aún no nos habian herido los rayos de la luz del dia, cuando en los siglos eternos se decretó nuestra feliz iluminacion; ¿qué méritos pudieron preceder de nuestra parte? Cuando encerrados en el oscuro seno de la nada, pero envueltos ya en la general inmundicia, igualmente contagiados, corrompidos que los demas, fuimos elegidos como Jacob, quedando reprobados ellos como Esaú, ¿no se nos debia de justicia la misma reprobacion? no éramos ciegos como ellos? podíamos siquiera pedir que se abrieran nuestros ojos?

Oh! cantemos eternamente con el Profeta las misericordias del Señor, pues los clamores de su justicia no fueron suficientes á hacer que nos abandonara á tan desventurada suerte. Ve nuestra miseria, y se conmueve su corazon, olvida magnánimo nuestra indignidad, y todavía se adelanta á tomar á su cargo la defensa de nuestra causa, excusando todo lo posible la magnitud enorme de nuestros delitos. *Neque hic peccavit*, nos dice hoy á todos en persona del ciego del Evangelio, *Neque hic peccavit, neque parentes ejus ut cæcus nasceretur*. Admirable prodigio de bondad! Que no hemos pecado, dice el Señor mitigando la severidad de sus juícios; que no hemos pecado nosotros ni nuestros padres. Ay! por desgracia hemos pecado unos y otros. Sí; no podemos ménos de confesarlo; y lo confesaremos siempre con humilde reconocimiento; pecámos; en pecado fuimos concebidos; nacimos en pecado, y para colmo de nuestra desgracia pasamos en pecado nuestra vida; mas un Dios que trata de excusar en la presencia de su eterno Padre el horrendo crímen de su persecucion y muerte, ¿qué extraño es que se empeñe en disculparnos de un delito, que nadie sabe cómo lo ha cometido? Pecámos, sí, y nuestra ceguedad es una pena justísima de nuestro pecado; mas el Señor, cuya venida no tiene otro objeto que merecernos el perdon, defiende nuestra causa, porque sabe que la ceguedad en que nacimos, era efecto de la culpa universal, pero de ningun modo de pecados propios que mereciesen aquel castigo. Así es que esta ceguedad, que no experimentaríamos, no siendo pecadores, es un medio el mas excelente que inventó la infinita sabiduría de Dios, y del que se vale ahora su providencia para manifestar las obras de su amor, de su misericordia, de su bondad, de su omnipotencia.

Con efecto no puede ménos de formarse una idea muy sublime de la Divinidad, al ver que Jesucristo abre los ojos á un ciego de nacimiento y pecador por naturaleza, que ni lo merece, ni lo pide, ni fija en ello su atencion; tomando por instrumento de este prodigio una cosa mas á propósito para dejar ciego á quien tuviera los ojos sanos, que para abrirlos á quien siempre los tuvo cerrados, cual fué un poco de lodo formado de tierra y saliva, y mandándole despues que se lavara en donde se habian lavado millares de ciegos, sin que uno solo hubiese recobrado en tiempo alguno la vista. Mas si reflexionamos con detencion, advertiremos que es mas sublime la idea que suministra de la Providencia el ver iluminado el orbe todo por

un medio el mas propio para sumergirlo en las tinieblas del error y de la ignorancia. Porque ¿quién no se admira de que unos hombres débiles, pobres, oscuros, ignorantes, destituídos de todo favor y apoyo, perseguidos en todas partes y entregados á la muerte como unos malhechores infames, difundieran de un extremo al otro del mundo los resplandores de la fe del Crucificado? Aquí se ve claramente el dedo de Dios; aquí se palpa que no el vil y despreciable lodo, sino la virtud del Mesías, anunciada y figurada en la piscina de Siloé, es la que abre los ojos interiores del hombre. Por este medio se abrieron los nuestros; por este medio salimos nosotros preciosos vasos de honor y de gloria del mismo barro, de que se hacen tantos otros de desprecio y contumelia.

Sí, entre tantos infelices como viven en las tinieblas en que nacieron, y perecen en el error en que han vivido, sin haber sabido jamas que habia un camino para conseguir la verdadera luz, nosotros, apénas nacimos, fuimos bañados por los brillantes resplandores de aquella celestial antorcha, que nos hizo ver el camino seguro de la salud y de la gloria, á donde ella misma dirige todos nuestros pasos. De dónde tan notable diferencia? de nuestros méritos? Ya he dicho que entónces no estábamos en estado de merecer, ni aún podíamos desear la justificacion. De los méritos de nuestros padres? Muchas veces merecerian lo contrario; y por otra parte los mismos eran los padres de Esaú réprobo que los de Jacob predestinado. ¿De la gratitud con que previó la eterna Sabiduría que habíamos de corresponder á tan singular beneficio, ejercitándonos en la práctica de las virtudes, y esmerándonos en el cumplimiento de los preceptos evangélicos? Ay! ¿qué seria de nosotros, si el Señor hubiera atendido á nuestras obras futuras para este venturoso decreto? Confesemos, llenos de rubor y de reconocimiento, que Tiro y Sidon hubieran aprovechado seguramente las misericordias, que aumentaron la culpabilidad de Corozain y Betsaida, por haberlas despreciado (1).

Ó insondable profundidad de los eternos decretos! No aspiremos temerarios á comprender los misterios que se encierran en el interior del templo de la sabiduría; confesemos humildes que asiste al Señor un derecho de rigurosa justicia, para dejar

(1) *Matth. c.* 11. *v.* 21.

que perezcan en su ceguedad los infieles, cuyos ojos jamas se han abierto á la luz de la Fe, y que todo sin excepcion lo debemos á su pura misericordia los que nos hallamos libres de las opacas tinieblas de la infidelidad. Estemos igualmente persuadidos á que para nada necesitaba de nuestro asenso á las verdades reveladas; una eternidad de siglos ántes que existiera cosa alguna de este mundo, era infinita su gloria, como lo es y lo será siempre; ¿cómo es posible pues que recibiera el menor incremento con la obediencia y demas honores que puedan tributarle todas las criaturas? No, ningun interes tenia, todo era nuestro. Á pesar de nuestra indignidad quiso comunicarnos una parte de su bienaventuranza, y para esto nos atrae suave y dulcemente con la manifestacion de su sabiduría, de su amor, de su bondad: *ut manifestentur opera Dei.* Nos hace palpar unas obras cuya sola noticia nos infunde un temor respetuoso, como al Profeta, y cuya consideracion produce una especie de humilde confusion, de pavor religioso, de verdadero reconocimiento. ¿Quién al ver su propia debilidad, no ha de temer desagradar á un padre tan cariñoso? ¿Quién conociendo su indignidad, no se acobardará en presencia de un Dios tan benéfico? ¿Quién penetrado de la funesta ceguedad en que gime el género humano, no se estremecerá á vista del peligro, por mas leve que sea, de cometer un nuevo pecado, que vuelve sin remedio á sumergir su alma en el abismo, de donde ántes por la misericordia de Dios, por sola su infinita misericordia, y no por sus propios méritos, habia salido? Ay! es indudable; apénas podemos dar un paso en que no hallemos peligros que huir, tentaciones que vencer, lazos que evitar. Los sabios, que segun el mundo tratan de alucinarnos con la oscuridad de los misterios de la Fe, para obligarnos á dudar de su certeza, nos preguntan como al ciego los fariseos, *quomodo aperuit tibi oculos?* Los hijos del siglo, aparentando un celo, que están bien léjos de abrigar, ridiculizan nuestra virtud, para impedir que la practiquemos, echándonos en cara que abandonamos por ella las obligaciones de nuestro estado, cuyo desempeño constituye la verdadera virtud: *non est hic homo à Deo, qui sabbatum non custodit.* Si por estos infames medios no consiguen separarnos del servicio de Dios, echarán mano de la sátira y del desprecio: *in peccatis natus est totus;* y aún llegarán á suscitarnos una persecucion abierta, del mismo modo que al ciego á quien echa-

ron ignominiosamente de su presencia: *et ejecerunt eum foras.*

¡Ay de nosotros, si prestamos oídos á sus diabólicas sugestiones! En tal caso desmayaremos en el camino de la perfeccion; se nos hará odiosa la virtud, repugnante su ejercicio como que se opone á nuestra pasion; naufragará nuestra fe, y despreciando con una vil ingratitud el don Dios, le obligaremos á que lo retire de nosotros. Evitemos tan funesto mal, imitando la conducta del ciego que hoy se nos propone por modelo. Este, conociendo la magnitud del beneficio que ha recibido, procura conservarlo á toda costa; y manifiesta su justa gratitud, publicando la suma bondad de quien tan graciosamente se lo habia dispensado, y defendiendo su causa con un teson inimitable y con una maestría digna de quien se la habia infundido. Opone al orgullo de la razon una sencillez humilde, á las cavilaciones de la hipocresía una prudencia cristiana, y á las amenazas del mundo una constancia intrépida. Esto sé de cierto, dice con la mas candorosa ingenuidad, que yo era completamente ciego y ahora veo: veo tan bien como vosotros; ¿qué importa el que ignore cómo haya podido verificarse esta trasformacion? Qué! ¿hemos de negar la existencia de las cosas que vemos á cada paso, porque nuestra débil razon no comprenda el modo con que han sido formadas? ¿Podrian explicar los que se suponen mas sabios, la formacion de una pequeña hormiga, de un insecto imperceptible? ¿Han llegado jamas á comprender lo que pasa dentro de sí mismos; por qué y cómo su razon es instruída y obedecida de los sentidos? Examinemos sus sistemas, los mas bellos é ingeniosos en el exterior, y los hallaremos destituídos de solidez y fundamento; pero en cambio llenos de absurdos y contradicciones. Y en vista de esto, ¿tendrá el hombre la osadía de fijar unos mismos límites á la razon y al poder divino? Comparemos las tentativas inútiles de todos los impostores con el menor de los milagros de Jesucristo, y no podremos ménos de decir con los magos de Egipto, que en ellos se deja ver, se hace palpar el dedo de Dios: reflexionemos sobre la iluminacion del ciego, y nos veremos precisados á confesar, como él, que solo á la virtud divina es posible la ejecucion de tan estupendo prodigio: *à sæculo non est auditum, quia quis aperuit oculos cæci nati* (1).

(1) *Joann. c. 9. v. 32.*

Pero es admirable lo ingenioso que hacen al hombre sus pasiones. Nadie se atreve á declararse enemigo de la virtud: hasta el mayor delincuente procura buscar razones que puedan cohonestar sus crímenes, cuando no puede cubrirlos á la vista de sus semejantes; y lo sensible es que llega á encontrarlas. El medio es vil, pero seguro: desacredita las virtudes que se oponen á sus vicios. La Religion, que tiene por objeto el culto debido á la majestad de Dios, se hace odiosa calificándola de supersticion y fanatismo; las virtudes que deprimen el orgullo, de bajezas y apocamientos; las que mortifican la carne, de inhumanidades y barbaries; las que se oponen al lujo y ostentacion, de mezquindades y miserias; las que promueven el socorro de los necesitados, de fomentos del ocio y de la desidia; las que apartan al hombre de los continuos peligros de pecar, á que nos expone el mundo, de rusticidades y misantropías. Jamas falta un pretexto pera decir del virtuoso: *non est hic homo à Deo, qui sabbatum non custodit* (1). Pero este, el verdaderamente virtuoso, persuadido siempre á que Jesucristo es el enviado de Dios, fundado en su testimonio y en el de la Iglesia santa; este responderá con firmeza, que para alcanzar esa felicidad que es el blanco de todos nuestros deseos, es preciso creer al Autor de nuestra razon; ejecutar lo que ordena el Criador de nuestra voluntad, que es lo que nosotros hacemos; ni hay otro camino para la inmortalidad, que es el mismo por donde llegaron á ella los héroes del cristianismo. Seria una blasfemia decir, que la Justicia infinita habia de premiar unas obras que no fueran laudables y virtuosas, unas obras hijas de una mala voluntad: *Deus peccatores non audit* (2). Esta fe y estas obras, que despreciáis vosotros, son las que Dios aprecia y manda en su Evangelio: en estas fuentes purísimas debierais beber vosotros las aguas saludables de la sabiduría verdadera, no en esas pestilentes cisternas, de donde brotan á torrentes los errores mas groseros que hasta tal punto han llegado á turbar vuestra razon: á las palabras de un Dios, que por ser infinitamente sabio no puede engañarse, ni engañarnos por ser infinitamente bueno, debierais prestar un asenso firme y seguro, no á las de esos hombres ignorantes y pérfidos que cifran todo su placer en burlar vuestra sinceridad, obligándoos á creer como axio-

(1) *Joann. c. 9. v. 16.* (2) *Ibid. v. 31.*

mas sus sofismas y cavilaciones: *numquid et vos vultis discipuli ejus fieri?* (1).

Así responde el justo, que convencido por una feliz experiencia de que sin la virtud todo es miseria, y estimulado de su caridad anhela que sean todos felices como él, que todos participen de su felicidad; olvida, á imitacion de su celestial Maestro, la indignidad de sus enemigos; disculpa su conducta, los llama, se afana por atraerlos al conocimiento de la verdad. Si intentan confundirle representándole sus defectos: *in peccatis natus es* (2): se humilla, mas no desiste, porque sabe que no es posible alcanzar la perfeccion en esta vida; y recuerda con una especie de consuelo que tambien nacieron como él en pecado los Davides, los Pedros, las Magdalenas, los Agustinos, quienes á pesar de eso se ven ahora libres de la miseria que por su estado merecian. Si le separan enfurecidos de su presencia, si le expelen de su sociedad, si emprenden su persecucion, si maquinan su muerte, oh! entónces es cuando el Señor perfecciona su obra; entónces hace que gocen sus ojos el lleno de la luz; entónces, sacándole del confuso tropel del mundo y de la compañía de los pecadores, le descubre su gloria, aquella gloria que tiene escondida á los mundanos, porque no son dignos de verla: entónces dispone que se acabe de alzar el velo, que desaparezca la oscuridad de los misterios; que al desprecio con que le trataban los pecadores, suceda el honor de los bienaventurados, á las maldiciones de los hombres las alabanzas de los ángeles, á la persecucion del mundo la tranquilidad del cielo, al odio de las criaturas toda la efusion de la inmensa caridad del Criador.

(1) *Joann. c. 9. v. 27.* (2) *Ibid. v. 34.*

SERMON.

SIN RENUNCIAR AL MUNDO,

NO SE PUEDE HACER VERDADERA PENITENCIA.

PARA EL JUÉVES DE LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA (1).

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Jesus vidit hominem cæcum à nativitate... et dixit ei: Vade, lava in natatoria siloë... Abiit ergo, et lavit, et venit videns.

Vió Jesucristo á un ciego de nacimiento..., y le dijó: vé y lávate en las aguas de Siloé... Fué pues, y se lavó, y volvió con vista.

S. Juan, c. 9. v. 1 y 7.

¿Quién nos obliga ahora, cristianos, quién nos obliga á examinar las cualidades personales de este ciego, de quien nos habla el amado evangelista? ¿Qué necesidad tenemos ahora de inquirir, ni cuál fué su patria, ni quiénes sus padres, ni si este fué precisamente aquel ciego, á quien se llamaba Celedonio, ni en fin, si aquella ceguedad de nacimiento se debia reputar precisamente, como un castigo de su culpa original ó personal, ó si podia provenir de algun pecado ajeno? Como quiera que esto sea, lo cierto y lo que ahora nos importa conocer es, que este ciego del Evangelio, sirvió en el tiempo de Jesucristo á la gloria de Dios, contra los insultos de la incredulidad y la malicia de los impíos fariseos; y que en esta misma tarde ha de servir á los intereses y el honor de la santa penitencia, contra la ceguedad y disipacion de tantos cristianos, como hoy vemos,

(1) En la pág. 255 del tomo cuarto de los sermones de *Mision* se halla uno para este dia, sobre la inmortalidad del alma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas sus sofismas y cavilaciones: *numquid et vos vultis discipuli ejus fieri?* (1).

Así responde el justo, que convencido por una feliz experiencia de que sin la virtud todo es miseria, y estimulado de su caridad anhela que sean todos felices como él, que todos participen de su felicidad; olvida, á imitacion de su celestial Maestro, la indignidad de sus enemigos; disculpa su conducta, los llama, se afana por atraerlos al conocimiento de la verdad. Si intentan confundirle representándole sus defectos: *in peccatis natus es* (2): se humilla, mas no desiste, porque sabe que no es posible alcanzar la perfeccion en esta vida; y recuerda con una especie de consuelo que tambien nacieron como él en pecado los Davides, los Pedros, las Magdalenas, los Agustinos, quienes á pesar de eso se ven ahora libres de la miseria que por su estado merecian. Si le separan enfurecidos de su presencia, si le expelen de su sociedad, si emprenden su persecucion, si maquinan su muerte, oh! entónces es cuando el Señor perfecciona su obra; entónces hace que gocen sus ojos el lleno de la luz; entónces, sacándole del confuso tropel del mundo y de la compañía de los pecadores, le descubre su gloria, aquella gloria que tiene escondida á los mundanos, porque no son dignos de verla: entónces dispone que se acabe de alzar el velo, que desaparezca la oscuridad de los misterios; que al desprecio con que le trataban los pecadores, suceda el honor de los bienaventurados, á las maldiciones de los hombres las alabanzas de los ángeles, á la persecucion del mundo la tranquilidad del cielo, al odio de las criaturas toda la efusion de la inmensa caridad del Criador.

(1) *Joann. c. 9. v. 27.* (2) *Ibid. v. 34.*

SERMON.

SIN RENUNCIAR AL MUNDO,

NO SE PUEDE HACER VERDADERA PENITENCIA.

PARA EL JUÉVES DE LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA (1).

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Jesus vidit hominem cæcum à nativitate... et dixit ei: Vade, lava in natatoria siloë... Abiit ergo, et lavit, et venit videns.

Vió Jesucristo á un ciego de nacimiento..., y le dijó: vé y lávate en las aguas de Siloé... Fué pues, y se lavó, y volvió con vista.

S. Juan, c. 9. v. 1 y 7.

¿Quién nos obliga ahora, cristianos, quién nos obliga á examinar las cualidades personales de este ciego, de quien nos habla el amado evangelista? ¿Qué necesidad tenemos ahora de inquirir, ni cuál fué su patria, ni quiénes sus padres, ni si este fué precisamente aquel ciego, á quien se llamaba Celedonio, ni en fin, si aquella ceguedad de nacimiento se debia reputar precisamente, como un castigo de su culpa original ó personal, ó si podia provenir de algun pecado ajeno? Como quiera que esto sea, lo cierto y lo que ahora nos importa conocer es, que este ciego del Evangelio, sirvió en el tiempo de Jesucristo á la gloria de Dios, contra los insultos de la incredulidad y la malicia de los impíos fariseos; y que en esta misma tarde ha de servir á los intereses y el honor de la santa penitencia, contra la ceguedad y disipacion de tantos cristianos, como hoy vemos,

(1) En la pág. 255 del tomo cuarto de los sermones de *Mision* se halla uno para este dia, sobre la inmortalidad del alma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

seducidos con las máximas del mundo y sus delicias. Yo bien sé que en este gran mundo, ciego idólatra de la diversion y los placeres, teatro perpetuo de la agitacion y la inquietud; teatro donde desconocidas las delicias del recogimiento, y la silenciosa austeridad de la santa penitencia, no se da cuartel sino á la gritería desentonada y á la turbulenta conmocion de las pasiones; yo bien sé, digo, que este mundo y sus ciegos adoradores, se han de resentir al golpe y al esplendor de unas verdades, que van á herir é incomodar muy vivamente sus ojos débiles y enfermos. Mas que importa? Á pesar de su ridícula vanidad y su delicadeza, á pesar de sus incesantes quejas y clamores, es menester iluminarle en este punto capital del cristianismo; es menester correr el velo á los criminales engaños, que padece en materia de mortificacion y penitencia; es preciso en fin obligarle á mirar atentamente la misteriosa economía y aparato, que el Salvador del mundo quiso emplear en la curacion milagrosa de este hombre, que hoy nos presenta el Evangelio. No os diré yo todos los grandes designios del Señor en esta operacion tan admirable; pero bien os puedo asegurar con el Padre san Ambrosio, que uno de los designios mas notables ha sido el hacer de este hombre un modelo cabal de penitentes verdaderos; es decir, un modelo donde los hijos de Adan, ciegos y deslumbrados desde la culpa primera de sus padres, aprendiesen á lavarse de sus vicios, y á curar las tinieblas y la ceguedad del corazon de un modo efectivo y competente. ¿Qué os parece pues que haria el Señor con aquel ciego? ¿Pensáis que se sirvió, como podia, de aromas suaves ó de bálsamos peregrinos y preciosos? ¿ó que le aplicó olorosos ungüentos, aguas costosas, licores exquisitos? ¿Pensáis que le mandará quedar en medio de la corte de Jerusalen, ó que en caso de enviarle á algunas aguas, le dejará ir á lavarse á las piscinas, que estaban en el centro de aquella vastísima ciudad? No por cierto, oyentes mios, no por cierto. El Señor, dice mi angélico doctor santo Tomas, el Señor, despues de haber frotado bien los ojos de aquel hombre con una porcion de barro áspero, molesto y desabrido para ellos, le intima el que salga presuroso de aquel pueblo; y que precisamente vaya á lavarse en las aguas de Siloé, piscina bastante retirada y escondida, cuyas corrientes dice el profeta Isaías, derivadas de la fuente de David, se van deslizando por la falda del monte Sion, no con turbulencia y rapidez, no con precipitacion y con estruendo, sino con una suave y silenciosa gravedad, con un murmullo lento y sosegado.

¿Qué es esto, católicos, qué es esto, vuelve á exclamar el Padre san Ambrosio? ¿Qué es esto sino condenar el Señor expresamente todos esos lenitivos que suavizan, todos esos pretextos que relajan la austeridad esencial de la santa penitencia? ¿Á qué fin este aparato misterioso, sino para enseñar á ese mundo ciego, que la penitencia no se hace en medio del siglo y sus delicias, ni entre el bullicio ni el estruendo de sus concursos y pompas seculares? ¿Á qué fin, sino para intimarnos altamente que una penitencia sin mortificacion y sin retiro, léjos de ser penitencia cristiana y verdadera, es mas bien un vano fantasma y un engaño?

Por eso la Iglesia, condolida siempre de la ceguedad deplorable de tantos hijos suyos, parece que redobla en esta estacion santa sus esfuerzos, á fin de inspirarles suavemente un espíritu de recogimiento interior y de retiro, un espíritu de mortificacion y de abstinencia. No hay que extrañarlo: ella sabe muy bien, que la virtud de la santa penitencia, es una especie de planta muy preciosa, que solo prevalece en el centro de la soledad, solo se nutre al riego de la mortificacion y la abstinencia, y solamente florece y fructifica á la sombra apacible de la contemplacion y del silencio. Sabe igualmente, que la santa penitencia es aquella fuente saludable, semejante á la otra piscina misteriosa, cuyas aguas cristalinas no corren por las playas floridas y engañosas de la Babilonía del mundo y de las cortes, sino por la falda silenciosa de Sion, ó los valles solitarios y sombríos de la austeridad y los rigores. Deseosa pues la Iglesia de llevarnos á las aguas de esta piscina saludable, ¿qué habia de hacer sino imponernos con una prudente severidad el yugo de la mortificacion y la abstinencia, durante á lo ménos el espacio de esta santa cuarentena del ayuno? ¿Qué habia de hacer sino apartarnos con un divorcio eterno de los concursos del siglo y de sus placeres? De otra suerte, ¿cuándo nos llegaríamos á purificar en las aguas de una penitencia verdadera? ¿cuándo llegaríamos jamas á producir frutos dignos de penitencia y conversion?

¿Qué queréis, segun esto, que digamos de esos hombres distraídos, de esas mujeres disipadas, que van prosiguiendo con

los mismos desahogos, con las mismas libertades, el mismo trá-fico, la misma inquietud; no digo yo en el discurso de alguna semana ó mes del año, ni en el discurso de algunas estaciones, sino en el discurso de esta santa cuarentena, en el discurso de la misma semana de los misterios mas sublimes, y lo que es mas, en el discurso entero de su vida? ¿Diremos que han en-tendido alguna vez lo que es verdadera compuncion? ¿Diremos que su mortificacion, sus abstinencias, sus obras de piedad, sus confesiones (si es que acaso saben ó practican algo de esto) es-tán animadas de aquel espíritu de compuncion, que la Iglesia tan cuidadosamente nos encarga, y que es el espíritu esencial de la penitencia verdadera? No, cristianos, no. Desengañáos de una vez: ni tales ayunos, ni tales penitencias, ni tales conver-siones valen nada. Pues qué queriais? ¿Ser hombres del gran mundo, gentes de conveniencias y regalos, personas de tea-tro, de tertulias y cortejos, y en medio de este círculo de abo-minacion y de impiedad, ser unos hombres penitentes y unos hombres mortificados todavía? ¡Error grosero, espantosa ce-guedad! que va á ser el asunto de mi discurso en esta tarde. Porque, señores, yo os aseguro delante de este Dios y á la faz de sus altares, que si no os retiráis de todas las disipaciones y concursos profanos, si no os entregáis en los brazos de una se-vera austeridad y de un rigor mortificante; si no os desprendéis del regazo delincuente de esa condescendencia sensual, en que vivís, contentando á vuestros antojos y apetitos, (tenédlo así entendido) ni la habéis hecho, ni la haréis jamas una verdade-ra penitencia. En vano fingiréis que os habéis lavado en las aguas saludables de esta piscina misteriosa y retirada; todos quedaréis tan ciegos como ántes, y ni vuestros ayunos, ni vues-tra mortificacion, ni vuestras confesiones tendrán jamas en el tribunal de Dios, el mérito ni la recompensa de una penitencia legítima y cristiana. Esto es lo único que yo espero haceros ver en esta tarde, si aquel gran Dios, que es el dueño de las luces y la gracia, se digna condescender con nuestras súplicas, y concederme sus auxilios por la mediacion poderosa de la Vír-gen. *Ave María.*

Cuando yo os voy á hablar de la penitencia verdadera, no penséis que voy á combatir la hipocresía. No es solo este vicio

infame, el que puede formar penitentes contrahechos y fingi-dos: la vida relajada ha formado y forma tambien muchísimos falsos penitentes de esta especie. Es verdad que en el regazo mismo de la Iglesia se han dejado ver en diferentes ocasiones hombres tan desdichados y execrables, que se han atrevido á escalar el monte santo de la penitencia, á fin de sorprender la admiracion estúpida del vulgo, y presentar desde allí á los ojos de la multitud inadvertida el espectáculo de la ilusion y el fa-natismo; pero tambien es constante, que esta casta de penitentes enmascarados y fingidos no es demasiado fecunda en nuestros dias; y por la misericordia del Señor confío que en mi au-ditorio nadie habrá de un alma tan vil, que la haya vendido al público por el ridículo interes de un aplauso miserable. Todos pues me debéis el concepto ventajoso y bien fundado, de que la hipocresía no tiene parte alguna en vuestras penitencias, y por lo mismo tampoco ella la debe tener en mi discurso. ¿Mas qué importa, si por otra parte tenemos á la vista una multitud de falsos penitentes, una turba numerosa de hombres y muje-res del gran mundo, que reciben la santa penitencia, sin dejar de vivir atolondrados y aturdidos, que no saben salir del tu-multo del siglo y sus delicias?

¿Queréis saber, católicos, quién es el cristiano que se aflige y mortifica por un espíritu de penitencia verdadera? Pues mi-rád; ese es un hombre pensativo y atento á las cosas de su al-ma; un hombre que, léjos de salir á esparcirse con diversiones y objetos placenteros, esconde su alma bajo de la sombra silen-ciosa del ayuno, como decia el real Profeta, y recogido dentro de sí mismo, se ocupa en dar ensanches á la fuerza de su dolo-rosa contricion; es un hombre que disgustado del aturdimiento del mundo, busca los lugares solitarios para hartarse de llorar por sus delitos, y se vale de las tinieblas de la noche para im-plorar, como Moises, el perdon con los brazos levantados hácia el cielo. Un hombre que, léjos de apetecer el deleite y la deli-cadeza en las comidas, no hay bocado de pan que no lo inter-rumpa con sollozos, y que como pan de dolor no lo humedezca ántes con sus lágrimas; y es en fin un hombre que, léjos de pensar en concursos y recreos peligrosos, huye, se niega, se escasea, segun el Padre san Gregorio, aún á los placeres mas inocentes y sencillos; y semejante á aquellas aves solitarias, que nunca salen de entre el horror de los desiertos, no encuentra

su ánimo contrito otras delicias, que las de la meditacion y las del llanto en las amarguras del silencio. Ved ahí el retrato que han hecho de un alma penitente los santos y Padres de la Iglesia; y si consultáis al santo Concilio tridentino, os lo dará mas compendioso en dos palabras, haciéndoos entender, que la penitencia verdadera es una especie de bautismo laborioso, una piscina silenciosa y retirada, donde nadie se limpia de la mancha de sus culpas, sino al golpe de grandes trabajos, de grandes aflicciones, de grandes lamentos y gemidos.

Hijos de la Iglesia, oíd á vuestra madre, y ved lo que ella os propone como el único medio. ¿Pues qué queréis, dice el Padre san Ambrosio, que la santa penitencia se hiciera compañera de vuestras profusiones y delicias, de vuestros entretenimientos y locuras? ¿Qué, queriais que esta santa virtud tambien os fuese acompañando á los teatros, á los paseos y á los bailes, á las músicas profanas y á los juegos? ¿Qué, queriais hacerla sentarse con vosotros en esas mesas de la esplendidez y de la gula; en medio del lujo y del estrado, al lado de la moda y del cortejo; en esas casas de diversiones y negocios? ¡Horrenda ilusion, monstruoso engaño! No, señores mios; ni la santa penitencia ni las almas con quienes ella comunica, jamas se asocian con gentes de fausto y vanidad, jamas viven á expensas de la conveniencia y los placeres, jamas se hospedan en casas de disipacion y de tumulto. Estas almas contritas, compañeras inseparables de la santa Esposa del Señor, van con ella á esconderse al centro solitario de los montes; porque penetrado su corazon de un dolor amante, no hallan consuelo entre los concursos de los hombres, y su contricion misma las arrastra hácia el retiro de los campos; por eso el Esposo divino, bien seguro del genio solitario de su penitente enamorado, y del de sus amables compañeras, no las va á buscar á las risueñas praderías, ni tampoco á los públicos paseos y teatros, sino á la cumbre silenciosa de los montes y en medio de las rocas escarpadas, donde hacen mansion las mismas fieras.

Esta ha sido siempre la conducta del Señor, cuando ha querido imprimir el espíritu de compuncion en un alma distraída. Desde luego la arranca del tumulto del siglo, la lleva, dice un profeta, al secreto de una retirada soledad, y allí hablándole á su herido corazon, la hace prorumpir en tristes cánticos de arrepentimiento y penitencia. Desde Adan y Eva, que fueron los

primeros penitentes y tambien los primeros pecadores, no le veréis al Señor observar jamas otra conducta. Todos sabéis que ellos pecaron en el Paraíso terrenal; pero el Señor por una amorosa providencia resolvió perdonarles su pecado, y preparó tambien los medios para que hiciesen digna penitencia de su culpa. Por eso no les permite ya vivir en el recinto de aquella estancia deliciosa, los destierra al país del dolor y la amargura, á este valle de lágrimas, á donde los envía vestidos, no mas que de un ropaje oscuro y penitente. ¿Qué es esto, exclama aquí admirado el Padre san Juan Crisóstomo? ¿Qué es esto sino ponernos á la vista, y en un ejemplar de nuestra misma especie, el primer espectáculo de la santa penitencia, y un modelo palpable de la expiacion de los delitos? En efecto, prosigue el mismo Padre, Eva y Adan despues de la confesion de su pecado, desterrados de aquel sitio delicioso, y cubiertos, no con finas holandas, no con sedas, tisúes preciosos de oro y plata, sino con unas pieles toscas y groseras, son la imágen mas viva de la austeridad y del retiro, en que se va á sepultar un alma penitente, para satisfacer por sus pecados. Ella no se contenta con una confesion exacta de las culpas; pronuncia ademas de esto contra sí misma una sentencia severa de retiro y de destierro, de llanto y mortificacion del ánimo, de humildad y modestia en el vestido. Conoce que un vestido precioso, ó es una señal honrosa del candor de un ánimo inocente, ó una prueba visible de la vanidad de un espíritu soberbio; y un alma penitente tan distante está de fingir virtudes, como de agravar con la soberbia sus pecados. Solo le parece justo, vivir ocupada en los humildes oficios de la santa penitencia; quiere vivir solamente para ir presentando á Dios en el retiro del silencio, el espectáculo del dolor, y edificar al público con el de la mortificacion y la modestia.

¿Qué diremos ahora de los cristianos de estos tiempos y de esas grandes mujeres de este siglo? Yo aquí me pasmo y me confundo, católicos, porque cuando veo de la suerte con que Dios ha tratado por una culpa sola á nuestros primeros padres; cuando veo que la primera mujer del mundo, la mas grande, la mas ilustre, la mas delicada y mas hermosa es condenada duramente á vivir en los países del dolor y del trabajo, y á ser vestida de un traje tan humilde y tan honesto; no encuentro arbitrio para conciliar el rigor de esta primera penitencia con

las penitencias de tantos hombres y de tantas mujeres, que despues de una multitud enorme de excesos y pecados, ni piensan ni quieren ocuparse sino en partidas de diversion y pasatiempos, en vanidades y locuras; y que si por un sabio confesor se las quiere obligar á una vida cristiana y penitente, á una vida de recogimiento y oracion, á una vida juiciosa y racional; se enojan, se irritan, murmuran y aún blasfeman: yo vuelvo á decir no encuentro qué responder, sino una de dos: ó que aquella penitencia impuesta por Dios á nuestros padres fué cruel, imprudente y excesiva, ó que en esas gentes del gran mundo ya no hay ni aún sombra ni vestigio de lo que es penitencia verdadera. Pero vosotros mismos conocéis, que es preciso sea lo segundo, pues seria horror pensar en lo primero. Muy léjos de que el Señor hubiese llegado al extremo de una severidad grande y excesiva, es notorio que aquella primera penitencia ha sido la obra de la misericordia del Señor, y el primer ejemplar á que han salido despues conformes todos los penitentes verdaderos. No hallaréis uno siquiera, en todos los fastos sagrados de la Iglesia, que haya desmentido esta conducta. Todos los hijos de la Iglesia militante se han criado siempre con aquel mismo espíritu de recogimiento y de abstinencia, de mortificacion y de retiro.

Os pasmaria á la verdad, oyentes mios, si trasformándose mi lengua en un diestro pincel, acertase á dibujaros el retrato cabal de las primeras penitencias, las de aquellos tiempos venturosos de la Iglesia. Qué penitentes y qué penitencias! Abstinencias rigurosas, ayunos casi perpetuos, largas vigilias, trabajo continuo, pan y agua por comida, ignominiosa y prolongada denegacion de sacramentos, humillaciones públicas y á la puerta de la iglesia, ved ahí la frecuente materia de sus ocupaciones y ejercicios: vestido pobre, y aún mortificante, el tosco saco y áspero cilicio, la cabeza cubierta, no de polvos y ungüentos olorosos, no de rizos y de plumajes costosos y soberbios, sino de los tristes polvos de una funesta y melancólica ceniza; ved ahí todo su adorno exterior y su aparato. Rocas escarpadas, cavernas profundas, grutas espantosas, mas que para vivir, para enterrarse, una pobre estera, y las mas de las veces la tierra desnuda, si habian de tomar algun descanso, ved ahí todas sus habitaciones y sus muebles. Las injurias del tiempo, los calores sufocantes del estío, los frios rigorosos del invierno,

enfermedades del cuerpo, mortificacion de todas las pasiones, muerte de sí mismo; ved ahí toda su comodidad y conveniencia. Todo esto acompañado de una oracion larga y fervorosa, todo esto sostenido de un silencio profundo y de una inviolable soledad, todo esto continuado sin la menor interrupcion hasta el último aliento de la vida; ved ahí un diseño, aunque oscuro y compendioso, pero fiel de las penitencias y de los penitentes de los primeros siglos de la Iglesia.

Juzgád ahora la inmensa distancia de aquellos siglos y del nuestro. ¿No parece que cuando desaparecieron aquellos siglos afortunados y benditos, desapareció con ellos la imágen de la verdadera penitencia? Allí las lágrimas y la soledad hacian crecer la compuncion; acá la vemos agostada y marchita casi en el momento que comienza á florecer, porque se la expone temerariamente al aire contagioso y ardiente de este mundo: allí reinaban la mortificacion, el recogimiento y la abstinencia; acá en lugar del dolor y del retiro, dominan generalmente el bullicio, los regalos y el estruendo. Hombres distraídos, mujeres disipadas, ¿creéis en medio de esto, que el espíritu de penitencia es el espíritu que anima y vivifica vuestras confesiones? ó lastimosa decadencia de la fe! ¡ó increíble ceguedad del siglo en que vivimos!

Vosotros, penitentes habitadores del desierto, desamparád por un instante el espantoso horror de vuestras soledades, y veníd á deponer contra esta generacion tan engañada que piensa nivelar, y aún exceder el mérito y el premio de vuestras rigorosas penitencias con las de su corazon tan disipado; veníd, ó á lo ménos gritád desde el silencio de esas cavernas espantosas, y decídnos que la penitencia en medio de las diversiones profanas de las cortes, es un puro embuste, una ficcion y una apariencia; que esta santa virtud jamas quiso albergarse en el lisonjero país de los mundanos, y que fugitiva siempre del estrépito del mundo, solamente fija su morada en los desiertos. ¿No es esto lo que nos enseña el Monarca profeta y penitente, cuando fastidiado con un santo horror de la agitacion turbulenta de este siglo, deseaba tener alas de paloma para volar rápidamente á la calma tranquila del silencio? ¿No es esto igualmente lo que nos predica el grande Elías desde la cumbre silenciosa del Oreb? ¿Quién os parece que le impelió á aquella soledad, sino el estruendo disipador que habia en el siglo? Es

verdad que este gran profeta tenia enemigos poderosos en el mundo, y que la impía Jezabel, llevada del furor, le perseguia; pero entre tantos perseguidores y enemigos, el que Elías reputaba mas temible, no era el odio injusto de la reina, dice el Padre san Ambrosio, sino el comercio y trato con el siglo. ¿No es esto tambien lo mismo que clama el gran Bautista desde las ásperas montañas de Judea? ¿Qué otro impulso le trasportó á aquel sitio retirado, sino el genio solitario de la santa penitencia? Nació este grande hombre para dar al mundo entero el ejemplo y la instruccion de la penitencia verdadera; y aunque el clamor de su predicacion le podia hacer temer la venganza de la adúltera Herodías, no era el encono ó la furia de aquella princesa infame, lo que le inclinaba á la soledad de aquel desierto, sino la incompatibilidad de la santa penitencia con la disipacion y estruendo de este siglo. En fin ¿no es esta la enseñanza que quiso predicarnos con su ejemplo el Salvador del mundo, cuando se dejó guiar por un espíritu de penitencia á los desiertos? ¿Por qué os parece que se retiró á aquella desierta soledad precisamente en el tiempo en que iba á pasar allí la santa cuarentena del ayuno? ¿Por qué otra razon, sino para hacernos comprender, que el tiempo consagrado á la austeridad de la santa penitencia es forzosamente el tiempo de la oracion, del recogimiento y soledad? ¿Pueden ser mas decisivos todos estos poderosos ejemplares?

Sin embargo es bien que entendáis, que por medio de ellos no ha pretendido mi discurso arrancaros del mundo enteramente, para llevaros á encerrar en el centro de los montes: estos santos excesos ni á todos se mandan ni á todos son precisos; pero la instruccion que de ellos se deduce y que ha sido el objeto principal de mi oracion, á todos nos es indispensable. Porque á la verdad el retiro de estos grandes penitentes nos pone como de bulto delante de los ojos la necesidad de separarnos del mundo y sus disipaciones, para que recogida el alma dentro de sí misma, forme una especie de soledad, á donde pueda retirarse, dice el Padre san Gregorio. Si los solitarios hacian resonar este aire exterior con sus gemidos, nosotros en el silencio de nuestro corazon debemos rugir como el Profeta; si ellos á favor de su retiro explicaban su dolorosa contricion con demostraciones sangrientas en sus cuerpos, nosotros en el seno de nuestra voluntad tenemos un círculo bastante para ejercitarnos, ya que

no en acciones cruentas y sensibles, en tristes suspiros á lo ménos, y en aquella casta de movivientos dolorosos, que segun el Profeta despedazan al corazon arrepentido, sin que resuenen los golpes por defuera. De suerte, cristianos, que un penitente verdadero, hace de su corazon una silenciosa soledad, y estando en medio del mundo, y aún como Daniel en medio de la corte, vive semejante á un solitario, dice el Padre san Agustin. Si le llaman al mundo los negocios de esta vida, nunca se deja disipar, porque tarda poco en volverse á recoger; si la necesidad le saca á la vista de los hombres, no se detiene con ellos demasiado, los trata con celeridad y vuelve presuroso á su retiro; si en fin las obligaciones del estado ó del empleo, los respetos de la caridad ó la justicia le atan con el comercio y trato de la sociedad, no por eso se olvida de que su morada permanente la tiene siempre fija en la soledad de su conciencia. Ved ahí la conducta indispensable de un penitente que se halla en medio del siglo y de su trato; vedla ahí, esa es, y no hay que buscar otra: todo lo demas es una delincuente distraccion y un estorbo pernicioso para la verdadera penitencia.

¿Qué hacéis pues, hombres distraídos, mujeres disipadas, qué hacéis sin salir del centro del mundo y sus delicias? Mundanos, errantes, fugitivos de vosotros mismos, desertores de vuestras almas, ¿no es ya tiempo de pensar en un recogimiento saludable para santificar allí vuestra penitencia? Aún cuando no tuvierais esos grandes modelos penitentes, el del ciego del Evangelio retirado á lavarse en la piscina, el de Adan, el de Elías y el Bautista, retirados por un espíritu de penitencia á suspirar y gemir en las mas silenciosas soledades; el de la Esposa y alma santa; el de tantos ilustres solitarios, gimiendo, llorando, rugiendo entre las sombras funestas de los valles, entre el horror de las peñas y las rocas; aunque no tuvierais, digo, toda esa nube de testigos y de modelos penitentes, ¿no deberia bastaros este preciosísimo ejemplar de la penitencia y de todas las virtudes? ¿No seria bastante el espectáculo de este gran Dios, capaz de imprimir sobre el bronce duro la compasion, el recogimiento y penitencia?

Mirád al Señor sobre ese patíbulo cruel, llagado, herido, ensangrentado; solo, triste y afligido, hecho el oprobio y la fábula del mundo, la víctima del rigor y del desconsuelo, aquí sobre esta cruz ignominiosa, clavado en estas escarpias desgarrantes;

aquí es donde está haciendo penitencia por nosotros, donde está llorando nuestras culpas y delitos; aquí es, mujeres locas, aquí es donde este buen Dios está pagando, en su cabeza taladrada de espinas penetrantes, la soberbia y vanidad de vuestras cabezas tan adornadas; aquí es, murmuradores y blasfemos, aquí es donde, enmudecida la dulzura de sus labios, yerta aquella lengua de vida y de salud, está pagando vuestras maldiciones, vuestros perjurios, vuestras liviandades, vuestras infamias y vuestras parlerias. Aquí es, lascivos y lascivas, aquí es, donde despedazadas estas carnes puras é inocentes, rasgadas las manos y los piés de la violencia y de la crueldad, está pagando la pena horrible de vuestras impurezas, de vuestros deleites asquerosos, de vuestros sucios tocamientos; y de todas las otras inmundicias, cuyos nombres no me atrevo á pronunciar, por no ofender, Dios mio, por no ofender con su pronunciacion la pureza virginal de vuestros castísimos oídos y la santidad de vuestro templo. Aquí, aquí tambien... pero ¿qué hay aquí en esta adorable humanidad, que hay aquí que no sufra, que no padezca, que no inspire, que no persuada, que no precise al silencio, al dolor, á la contricion y penitencia?

Mujeres sin juicio, hombres sin vergüenza, id ahora, en saliendo de este templo, id ahora á vuestras torpezas y delicias, á vuestras diversiones y cortejos, á vuestros adornos y locuras: id y dejádle penar solo á este Señor; id y dejádle apurar solo el cáliz de la penitencia y amargura; id y no os acordéis jamas de penitencia: id, y si acaso os parece poco todavía, veníd á crucificarle nuevamente, y á renovar sobre este pacientísimo cordero, el mismo tropel de llagas y de injurias, los mismos dolores y tormentos. Qué hacéis, cristianos? ¿no hay alguno entre vosotros que se arreste á venir y ensangrentarse sobre nuestro amabilísimo Jesus? Para esto no tenéis valor? ¿y lo tenéis para volver á vuestros pasatiempos y delitos, á vuestra relajacion é impenitencia? Pues id desde luego; pero id advertidos, que desde esta cruz está clamando al cielo contra vuestro lujo, contra vuestras modas, contra vuestras disipaciones y delicias. ¿Lo habéis entendido ya, pecadores ciegos y obstinados, lo habéis entendido como este Señor clama desde aquí contra vosotros? Pues oíd ahora qué lenguaje es el que usa á favor de los verdaderos penitentes: oídle, pecadores contritos y humillados, oídle, que os habla al corazon, como al ciego feliz del

Evangelio. Alma cristiana, seas quien fueres, aún no ha llegado la noche funesta de la muerte, en la cual el pecador no puede arrepentirse, todavía el tiempo es oportuno para que acudas á la piscina de la santa penitencia: vé, y saliendo de tu antigua relajacion y vanidad, busca en la soledad de tu conciencia, las aguas saludables de una verdadera contricion, para lavarte de la mancha de tus culpas. Almas compungidas, ¿qué respondéis á este lenguaje amoroso del Señor? Pero, ó dulce Jesus mio! ¿qué habíamos de responder sino con las rodillas en tierra, con el llanto en los ojos, con el corazon contrito, *Señor mio Jesucristo etc.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HOMILÍA.

DESARRAIGARÍAMOS AÚN LOS VICIOS MAS INVETERADOS, SI EVITÁRAMOS LAS OCASIONES.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Tulerunt ergo lapidem; Jesus autem... voce magna clamavit: Lazare, veni foras.

Quitaron pues la losa, y Jesus... gritó en alta voz diciendo: Lázaro, ven fuera.

S. Juan, c. 11. v. 43.

Nada tiene en verdad de agradable la descripcion del pecador que se ofrece á nuestra vista en el Evangelio de san Lúcas (2), bajo el símbolo del sordomudo; pero lo es mucho ménos, mejor diré, es sin duda alguna mas triste y desconsoladora la que expone san Juan á nuestra consideracion en el presente, en figura del hermano difunto de Marta y María. Aquel estaba destituido del uso del oído, de la voz y de la vista; pero tenia aún expedito el de las manos y piés; aún disfrutaba el beneficio de la existencia; este, privado de toda accion vital, completamente difunto, sepultado, atado de piés y manos, y oprimido del peso de una enorme losa que cubria su cadáver, no

(1) Véase en la pág. 1 del tomo cuarto de los sermones de *Mision* uno para este dia, sobre el abandono de Dios.

(2) *Luc. c. 11.*

podia inspirar la mas leve esperanza de vida. El Unigénito de Dios no manifiesta sentimiento ni pesar alguno, cuando se pone en su presencia el primero; y prorumpe en un amargo llanto, que arranca las lágrimas de los circunstantes, al acercarse al fétido sepulcro del segundo: para devolver á aquel el uso completo de sus sentidos, no se vale de otros medios que su voluntad; quiso, y le fueron devueltos: para restituir á este la vida, tiene que superar enormes dificultades, y se vale del ministerio de sus discípulos para ver el cadáver que habia de resucitar, haciendo que levanten la losa del sepulcro y desaten las ligaduras de su cuerpo.

La conducta tan diferente que en estos dos prodigios observa nuestro divino Salvador, no puede ménos de tener alguna mística significacion. ¿Será... Pero es en vano que nos detengamos á buscarla; ella misma se presenta á nuestra vista sin dificultad: la situacion del segundo era mas terrible y desventurada que la del primero; la resurreccion de Lázaro era sin comparacion mas difícil que la curacion del sordomudo. Así es, porque este es figura del alma, que por la culpa ha perdido el uso verdadero de sus potencias, que ha sido privada de la vida inestimable de la gracia divina; y Lázaro representa al pecador sumergido en el hediondo sepulcro del vicio. Pero es de advertir que á pesar de esta enorme diferencia, uno y otro salen de su lastimoso estado; uno y otro recobran el uso de los sentidos de que estaban privados: de donde debemos inferir que á todos está preparado el baño de la salud. No hay pues motivo para que el pecador se abandone en manos de la desesperacion: por innumerables y horrendos que sean sus delitos el Hombre-Dios está pronto á perdonárselos; quiere restablecerle en su gracia y amistad; pero exige para esto que nos apartemos nosotros de los peligros y ocasiones. Con esta consoladora esperanza pienso animar á los pecadores, excitándolos al mismo tiempo á practicar las diligencias, por cuyo medio podrán conseguir fácilmente el imponderable beneficio de su resurreccion espiritual.

Si las oraciones de una María, que ántes habia sido famosa pecadora, fueron, Señor, suficientes á mover vuestra compasion en beneficio de su difunto hermano, yo espero lleno de confianza que los ruegos de otra María, que ha sido siempre pura desde el momento de su concepcion y un modelo de santidad,

excitarán vuestra misericordia en favor de sus hijos. Á su proteccion pues recurrimos, rezándole el *Ave María*.

Un discurso cuya brevedad reclaman imperiosamente las circunstancias, no es capaz de reunir todos y cada uno de los importantísimos documentos que ofrece el Evangelio de este dia; por cuya razon me ha parecido conveniente preferir aquellos, que tienen una relacion mas directa al asunto que me he propuesto. No esperaron Marta y María el momento fatal de la muerte de su hermano: apénas le vieron postrado y conocieron que la enfermedad era peligrosa, á ruegos tal vez é instancias del enfermo, se resolvieron á recurrir al mejor, al mas sabio y celoso de todos los médicos, al único que tiene virtud para curar toda clase de enfermedades, á Jesus Nazareno. Ah! estaban bien persuadidas de su poder extraordinario, sobrenatural, irresistible. No le piden que se ponga en camino para Betania, de cuyo punto se hallaba ausente; le indican solo su necesidad, usando el idioma que las almas habituadas al ejercicio de la oracion saben ser el mas persuasivo y eficaz: *ecce quem amas, infirmatur*, le dicen: tu amado Lázaro se halla enfermo.

Hé aquí uno de los primeros pasos que debe dar el pecador, uno de los medios mas oportunos é indispensables para recobrar la gracia divina; la oracion, una oracion confiada, pero humilde; una oracion en que ciñéndose á exponer su necesidad al Señor, no haga alarde, ni aún exagere sus propios méritos. Ni qué méritos puede presentar el infeliz pecador? Por el contrario, debe fundar todas sus esperanzas en el poder, en la bondad, en el amor infinito que Dios profesa al hombre. *Ecce quem amas:* una oracion, en que poniendo de manifiesto su miseria, y léjos de propasarse á fijar el tiempo y modo de remediarla, lo deje todo á disposicion del infinitamente sabio, bien persuadido á que se decidirá siempre por lo que sea mas justo, mas provechoso, mas conveniente á los designios de su providencia. *Ecce quem amas, infirmatur:* una oracion, no como la del presumido fariseo, sí mas bien como la del humilde publicano, en la que sin ocultar, disminuir, ni aún excusar de modo alguno su culpa, cubierto de rubor y abrigando un verdadero sentimiento, se contente con exclamar: *propitius esto mihi peccatori. Ecce quem amas, infirmatur:* una oracion... Pero ¿cómo ha de orar el pecador, cuya lengua es incapaz de ponerse en movimiento, puesto que su alma carece de la vida de la gracia? No hay que alucinarse: el alma pierde por el pecado la vida sobrenatural, pero conserva íntegra la natural: pierde la gracia, la virtud, el mérito, el derecho á la bienaventuranza; pero en el órden de la naturaleza conserva expedito el uso de los sentidos, de la razon, de la libertad. Aún con respecto á la vida espiritual, conserva la fe y la esperanza, por cuyo medio puede conocer perfectamente la infelicidad de su estado y la proporcion que tiene para mejorarlo; puede desear, anhelar, pedir el remedio de los males que le oprimen; puede, temiendo con fundamento que sus oraciones no sean admitidas, buscar en los santos del cielo, en los justos de la tierra y en los ministros de la Iglesia, intercesores activos que consigan del Señor lo que él tanto necesita, y no puede conseguir por sí mismo.

¡Qué ejemplo, qué ejemplo tan edificante, qué leccion tan instructiva nos dan hoy las piadosas hermanas de Lázaro! Y en verdad, ¿qué ocupacion mas propia de nuestro ministerio que la oracion? ¿de qué medio mas eficaz pudiéramos valernos, para promover el culto, la gloria del Todopoderoso? ¿cómo podríamos restablecer mejor el honor, el respeto, el amor á nuestro estado, que trabajando por arrancar á tantos miserables de la odiosa esclavitud de Satanas, de la funesta muerte del pecado, del sepulcro hediondo de los vicios, y restituírlos en fuerza de súplicas, de lágrimas y sacrificios al estado feliz que habian perdido por su miseria? Ellos lo esperan justamente de nosotros, puesto que nos unen vínculos mas estrechos, mas fuertes que los que unian á Lázaro y á sus hermanas; vínculos que les dan un derecho de justicia para exigirlo así de nosotros. Y á vista de tantas y tan desesperadas enfermedades, de tantos y tan asquerosos difuntos ¿nos desdeñaremos de cumplir tan sagrado deber? ¿Vacilaremos un momento en postrarnos al pié de los altares, repitiendo, bañados en llanto nuestros ojos, las enérgicas expresiones de aquellas: *ecce quem amas, infirmatur?* Si al ver (permítaseme una breve digresion que no me parece del todo inoportuna), si al ver la situacion tan lamentable en que se halla, no ya un hermano, sino la amorosa madre, á quien somos deudores de la existencia, y de cuya conservacion pende

la nuestra; si en tan críticas circunstancias, en vez de malograr el tiempo en descubrir el estado de la enfermedad, el incremento ó disminucion del peligro, aprovecháramos, como María y Marta, el tiempo que debemos á nuestro ministerio, en exponer incesante y humildemente al Señor, que esta triste madre ha sido en otro tiempo el objeto tal vez mas digno de sus atenciones; recordándole el esmero con que en los venturosos dias de su prosperidad ha promovido la gloria de su nombre, perseguido á sus enemigos, difundido á los países mas remotos su Religion, procurado criar á sus hijos únicamente para dedicarlos á su milicia, á su servicio, á la consecucion de su gloria; haciéndole ver que ha adorado siempre las disposiciones de su providencia, reconocido y confesado la justicia de sus procedimientos, *ecce quem amas*: si confiados en sola su misericordia, le representáramos con humildad sus necesidades, sus peligros, los males de toda especie que la amenazan, *ecce quem amas, infirmatur:* acaso, digo mal, indudablemente tendríamos la dulce satisfaccion de oir de sus amorosos labios, al mismo tiempo que levantara la pesada mano de su justicia: *Infirmitas hæc non est ad mortem: eamus ut à somno excitemus eum.*

Este feliz éxito tuvo la humilde peticion de las hermanas de Lázaro. Apénas llega á oídos del Salvador, se resuelve este padre de las misericordias á emprender su viaje con direccion á Betania. Las incomodidades que tan de cerca le amenazan, las amonestaciones tan afectuosas de sus apóstoles, nada le detiene, nada le acobarda: el peligro en que se halla su amigo Lázaro, le ha sido noticiado con el mas vivo y fervoroso interes, y es absolutamente necesario impedirlo, ó remediar el mal, si se ha verificado. Ocupado de estas ideas, desprecia todos los temores y respetos humanos, arrostra todas las dificultades, emprende la marcha, llega al castillo; pero desgraciadamente se le anuncia, no solo que ha fallecido el enfermo, sino que hace cuatro dias se halla depositado en el sepulcro su cadáver. Su corazon se conmueve, se llena de un agudo sentimiento al oir esta triste nueva, como si ántes la ignorara; prorumpe en dolorosos gemidos, sus ojos vierten copiosas lágrimas: *et lacrimatus est Jesus.* No es por cierto la muerte de Lázaro el motivo de estas demostraciones de dolor; en su mano está el volverle á la vida, y de aquí á pocos momentos se verificará este prodigio: siente,

se aflige, se lamenta al ver representados en este misterioso símbolo tantos pecadores, á cuyas almas el detestable monstruo del vicio ha despojado de la vida preciosa de la gracia y sumergido en un hediondo sepulcro; y quiere manifestar que el modo de recobrarla es conocer todo el abismo de su miseria, reprobar, detestar de corazon sus criminales desórdenes, llorar con lágrimas sinceras la enorme desgracia de haber incurrido en la indignacion de un Dios, pronto á perdonar al que se reconoce, pero dispuesto tambien á castigar severamente al que se obstine en seguir su camino de perdicion. Y aún no es bastante todo esto, necesario es ademas levantar la pesada losa con que está cubierto su sepulcro: *Tollite lapidem*, dice Jesucristo ántes de obrar el asombroso prodigio de la resurreccion de Lázaro. En vano se opone á esta determinacion la piadosa Marta, que no penetraba por entónces los designios del Salvador; en vano le representa el peligro que podria haber en extraer del sepulcro un cadáver colocado en él cuatro dias ántes; en vano le hace ver que el hedor que exhalase, por necesidad habia de ser nocivo á la salud: *ecce jam foetet, quatriduanus est enim.* El Señor insiste sin embargo, y hace que levanten la losa, para cerrar la puerta á todas las cavilaciones de los incrédulos judíos en sentir de un sabio expositor; para impedir que calificasen de ilusion aquel verdadero prodigio; para que de ningun modo ni en tiempo alguno pudiera dudarse que la resurreccion de Lázaro fué verdadera; para que todos se persuadan á que es imposible la resurreccion del pecador, miéntras no separe de sí la piedra del escándalo, la familiaridad con los cómplices de sus desórdenes, el trato, las diversiones, las concurrencias que no puede frecuentar sin peligro de recaer en las mismas culpas; miéntras no arroje de sí el peso de lo mal adquirido, del rencor, de la enemistad, del hábito vicioso, de todo cuanto le tiene oprimido bajo el yugo insoportable del pecado. Es de advertir que la pasion no dejará de oponer grandes dificultades, cuando se trate de dar este paso: la reputacion, el interes, la necesidad que lo impiden; los peligros, los males de toda especie que se temen... *ecce jam foetet;* pero no hay recurso, señores, para resucitar á la gracia es indispensable un esfuerzo extraordinario; hay una absoluta necesidad de sobreponerse á todos los respetos humanos, á todas las miras temporales; es preciso levantar la lápida, para que

el difunto pueda percibir la voz que le llama y le restituye la vida.

Aún removida la piedra, Jesucristo hace un esfuerzo no acostumbrado, un esfuerzo que choca por decirlo así en el Omnipotente; levanta extraordinariamente la voz para llamar á Lázaro: *Lazare, veni foras.* Voz irresistible, voz deliciosa, voz encantadora! ¡Feliz, mil veces bienaventurada el alma que llegue á oirla! su resurreccion en tal caso es infalible, segura. Lázaro la oye, y al punto recobra la vida, sale de su oscuro sepulcro, mejora incomparablemente el estado en que se hallaba ántes de morir. La oyen David, la Magdalena, la Samaritana, Pedro, Agustin..., y sus resultados son proporcionalmente los mismos. Todos los pecadores que la oyen, rompen en el momento las pesadas cadenas de su esclavitud, recobran la gracia del Espíritu santo que los vuelve á la vida espiritual, salen presurosos del fétido sepulcro de sus vicios, y perfectamente expeditos sus miembros se apartan del tortuoso camino del crímen, corren con libertad por la deliciosa senda de la virtud, caminan sin obstáculo, sin tropiezo alguno en direccion al reino de la inmortalidad. Mil veces dichosa, repito, el alma que la oye! Pecador, quien quiera que seas, no desesperes, nada te acobarde: la multitud, la enormidad de tus crímenes, el haber continuado años y mas años en el hediondo sepulcro de los vicios mas abominables, todo debes despreciarlo, porque nada es capaz de impedir tu resurreccion, si escuchas aquella voz omnipotente. Escúchala con atencion, y todos los obstáculos quedan superados.

Es verdad que nosotros no disfrutamos la presencia sensible del Salvador; pero el sonido de su voz se hace oir á la mayor distancia, porque tiene inumerables medios para hacerla penetrar hasta lo íntimo de nuestro corazon. Yo creo percibir en aquel esfuerzo extraordinario, con que se digna llamar á Lázaro, otra voz imperiosa que dice: *clama, ne cesses, quasi tuba exalta vocem tuam.* Lo mismo perciben otros muchos, firmemente persuadidos á que no dejará de sonar en los corazones de los cristianos la voz amorosa de Dios, miéntras por un efecto de su justa indignacion no determine abandonarnos completamente á la perversidad de nuestras pasiones. Nosotros debemos por lo mismo abrir, aplicar el oído para percibirla, para acertar á distinguir su eco del de las voces engañosas del mundo; debemos

recibirla con docilidad, y esmerarnos en conocer el abismo de miseria en que nos hallamos al presente, y del que quiere librarnos; en una palabra estamos en el caso de abrir los ojos, reparar con atencion la infelicidad de nuestra suerte, conocer la causa de nuestros males y llorarla, ocuparnos en desatar nuestra lengua para pedir el remedio, buscar intercesores entre los que gozan la confianza del Señor, y resolvernos con firmeza á remover de una vez para siempre la funesta piedra del escándalo que nos tiene oprimidos bajo el yugo de la culpa. Entónces veremos con indecible satisfaccion el ansia con que los discípulos del Salvador acuden solícitos á completar nuestra resurreccion, como hicieron con Lázaro, desatando las ligaduras que impedian nuestro movimiento, y poniéndonos en libertad, para que caminemos sin tropiezo en esta vida por la senda de la virtud, que conduce infaliblemente á la bienaventurada inmortalidad. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE

LA MUERTE.

PARA EL VIÉRNES DE LA SEMANA CUARTA DE CUARESMA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Lazarus mortuus est.
Lázaro ha muerto.
S. Juan, c. 11. v. 14.

¡Qué lúgubre espectáculo presenta á los ojos de nuestra fe el Evangelio de este dia! Un hombre muerto, enterrado en una gruta, cubierto con una losa, y pestilente despues de cuatro dias de sepulcro, ¡qué objeto tan asqueroso! qué vivo desengaño! ¡qué imágen tan perfecta de lo que seremos algun dia! Pero al mismo tiempo ¡qué instruccion mas oportuna para que os preparéis en tiempo á recibir el golpe, el fallo inevitable de la muerte!

El Espíritu santo nos intima su memoria, como uno de los mas poderosos correctivos de nuestros desórdenes, y como un medio eficacísimo para hacernos entrar en nuestros deberes. Pero yo no me contento en esta hora con presentaros la muerte en vuestros semejantes, á quienes diariamente habéis visto caer á vuestro lado, trasladados en un momento de entre las delicias, placeres, dignidades y vanagloria de este mundo, á las manos de Dios vivo, á recibir el premio ó castigo segun sus obras. Estos frecuentes avisos no han bastado á vuestro desengaño. Aunque los dias del hombre, como Job se explica, sean breves, aunque el número de sus meses esté reservado á Dios, que le ha señalado unos términos que no puede traspasar; vosotros contáis aún con muchos años de vida, disponiendo del tiempo á vuestro arbitrio, cuando acaso en esta misma noche os será arrancada el alma.

Para que os preparéis pues á la terrible venida del supremo Juez, que será tan inopinada como la de un ladron en la noche, segun la expresion de san Pablo, quiero trasladaros por un momento al sepulcro, no ya de Lázaro, sino al vuestro, y manifestaros en vuestro propio cadáver la vanidad de todo lo terreno. Esta será la materia de un breve discurso, dirigido á turbar la falsa paz de vuestro corazon y el espíritu de indolencia que os aturde. Ayudádme todos á pedir las luces del Espíritu santo por la eficaz intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla todos con el ángel del Señor. *Ave María.*

Todo lo que hay en el mundo, dice san Juan (1), es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida. Todas estas cosas, que no son mas que vanidad, segun el Eclesiastes, desaparecerán en breve, si examináis con atencion vuestro cadáver. En él veréis sin movimiento ni vida un cuerpo que era poco há el asiento de los placeres; un cuerpo desfigurado por la muerte y presa miserable de gusanos, que poco ántes era idolatrado por su belleza y sus adornos; un cuerpo en fin hediondo y abandonado á un eterno olvido, que poco ántes estaba lleno de orgullo, de altivez y de soberbia.

Vosotros todos habéis visto cadáveres; pero no habéis observado en ellos una viva imágen del vuestro. ¡Qué ilusion, señores, no reparar el golpe que os amenaza tan de cerca! Vosotros provocáis diariamente al cielo. ¿No puede Dios en este instante consumiros con el fuego, como á los habitantes de Sodoma, á los levitas ambiciosos, que murmuraban contra Moises, y á los que perseguian á su profeta Elías? ¿no puede entregaros á la espada de otro Fineés? ¿no puede sepultaros en el mar, como á Faraon y sus tropas? ¿no puede haceros perecer en la embriaguez ó en el sueño, como á Holofernes y Sísara?

(1) I. *Joann. c. 2. v. 16.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

¿no puede entregaros á la espada del ángel exterminador, como á los primogénitos de Egipto y á los ejércitos de Senaquerib? ¿no puede trasladaros á su tribunal de entre las delicias de un convite, como á Baltasar? ¿desde la carroza de la molicie, como á Antíoco, desde el lujo de la mesa, como el rico epulon, desde el trono de la vanagloria, como á Heródes? Vivís aún, es verdad; pero el momento siguiente ¿no puede realizar mi triste suposicion? ¿no se reputaba el Apóstol como una víctima, que habia ya recibido la aspersion para el sacrificio? ¿no dice el Eclesiástico (1): *acuérdate de mi juicio, pues como él será el tuyo, ayer para mí, hoy para ti?* Dios se acordó de que somos polvo, segun David se explica, y Abrahan confiesa de sí mismo, que es polvo y ceniza. No lo eran aún, dice san Gregorio; pero miraban como verificado ya en sí mismos lo que debia sucederles; porque los justos, añade, que miran sin cesar la brevedad de la vida, viven como si murieran cada dia. Ni hay medicina tan eficaz para curar las dolencias del alma, segun san Basilio, como la consideracion de la sepultura.

Apoyado sobre estos sólidos principios, no dudo reconveniros con san Bernardo: hombres miserables! ¿por qué no os disponéis á cada hora? ¿Por qué no os reputáis ya muertos, sabiendo que por necesidad habéis de morir? Hé aquí pues vuestra figura; hé aquí vuestro cuerpo postrado á los piés de la muerte: mirád con los ojos del alma esta humilde perspectiva; reconocéd atentamente los miserables despojos de vuestra pasajera vitalidad. Ah! ¿dónde están vuestros placeres, solicitados con tanto ardor, como si solo hubieseis sido criados para coronaros de rosas, para ungiros con ungüentos preciosos, para zahumaros con olorosos y costosos perfumes de la Arabia, para pasarlo bien y divertiros? *Ergo erravimus à via veritatis.* ¿En qué han parado vuestras lisonjeras y vanas esperanzas, vuestros bellos planes de fortuna, vuestras ideas de engrandecimiento, las brillantes dignidades á que aspirabais, los costosos edificios que fabricasteis, como si vuestra mansion en el mundo hubiese de ser eterna, ó como si el cielo no fuese nuestra ciudad permanente? *Ergo erravimus à via veritatis.* ¿Qué se ha hecho de vuestros vastos designios, de vuestra artificiosa política, de los secretos manejos, empleados en suplantar á un rival, ó en elevar vuestra fortuna sobre las ruínas de vuestro hermano, como si Dios no pudiese trastornar en un momento vuestras medidas injustas, ó como si la muerte no fuese capaz de cortar en un instante la tela á medio tejer? *Ergo erravimus à via veritatis.* ¿Qué ha sido de aquellos célebres legisladores, que ocupados en tejer telas de araña, segun la expresion de un profeta, creyeron zanjar los cimientos de un dominio universal, mudar la religion, las leyes, los usos y costumbres, y reducir á breves dias la obra de muchos siglos? *Periit memoria eorum cum sonitu.* ¿Qué se ha hecho de estos poderosos, que ningun placer negaban á sus sentidos, rodeados de aduladores que lisonjeaban sus pasiones y canonizaban sus crímenes, de admiradores y panegiristas de sus necedades y vergonzosa estolidez, y que para ser dioses sobre la tierra, solo creían faltarles la inmortalidad? *Periit memoria eorum cum sonitu.* ¿Qué ha sido de la suerte de aquellos nobles, emparentados con los astros, que necesitaban de telescopio para divisar á los demas mortales, como si fuesen ellos hombres de otra generacion, cuya herencia, incontestable en el órden de la Providencia, sea el honor, la distincion, el placer, la diversion y el gusto? *Periit memoria eorum cum sonitu.*

Esto es, hombres delicados, vanos, artificiosos, idólatras de la ambicion y los placeres, lo que os enseña vuestro cadáver yerto, pálido, desfigurado y sin movimiento. Reconocéd en él de buena fe la vanidad de vuestras ideas, lo errado de vuestros caminos, lo caduco de vuestros proyectos. Acercáos á estos lúgubres despojos de la muerte, y hallaréis que los placeres y diversiones, tan amadas de vosotros, han sido vuestros tiranos, orígen de vuestros males y raíz de vuestra amargura; que solo han dejado en vuestros miembros los vestigios y cicatrices de los vicios. Á vista de este monumento fidedigno, y que os habla al corazon, aún despues de muerto, como Abel, segun la expresion de san Pablo á los hebreos (1), ¿no podéis decir con verdad, como en otro tiempo Jonatas, *apénas he gustado un poco de miel, y ya muero?* (2) ¿Aún no hemos hecho mas que empezar á divertirnos y gozar los placeres que el mundo ofrece en abundancia, y ya somos trasladados al túmulo? pues por mucho que hayamos vivido, si separamos las horas de nuestro

(1) *Eccli.* c. 38. v. 23.

(1) *Hebr.* c. 12. v. 24. (2) I. *Reg.* c. 14. v. 43.

deleite, de los disgustos que por espacio de dias, y aún de años, nos han acarreado, hallaremos cuán breves fueron.

Pero supongamos, dice un sabio, que habéis empleado vuestra vida entera en divertiros sin contradiccion alguna ni disgusto; acercáos á vuestro cadáver: vuestros deleites ya no existen; vuestro cuerpo destinado á la corrupcion, es ya insensible á ellos, por haber desaparecido como la pluma que llevan los vientos, ó como el humo que dispersan los aires. Aún cuando no hubiesen sido vuestras diversiones otros tantos crímenes, que debéis expiar en los suplicios, ellas han terminado: vosotros no existís; vuestra vida ha parecido un sueño. El mismo impío así lo reconoce, cuando dice: una centella calienta por un instante, y anima nuestro corazon; nuestra respiracion es un vapor lijero que se levanta, un pequeño fuego que va á extinguirse. Así el verdadero modo de considerar la duracion de la vida humana, es reflexionar sobre su último momento, en que terminan los honores, las diversiones y los placeres. Los dias que se presentaban á vuestra imaginacion de una duracion tan larga, han pasado con la velocidad de un relámpago, con la celeridad de un rayo, y se han disipado como una sombra, dicen los pecadores en el infierno. En efecto la vida ¿no es un punto respecto del tiempo? Y vuestros placeres y delicias ¿son otra cosa que un punto en la vida? Qué necedad! ¡qué error acostumbrar al deleite, nutrir con delicadeza una carne, que va en breve á corromperse; solicitar delicias á la vida un momento ántes de ser entregados á los horrores del sepulcro y de pasar á la region de los muertos! Considerád pues, dice un gran pontífice, que miéntras vivimos, morimos siempre, y que entónces únicamente dejamos de morir, cuando dejamos de vivir. Tal es, señores, la instruccion que os da vuestro cadáver acerca de la vanidad de los placeres y deleites mundanos: *vanitas vanitatum, et omnia vanitas*, segun el Eclesiastes. Ni es inferior el desengaño que os presenta este mismo cadáver, idolatrado poco ántes por su belleza y sus adornos, y entregado ya á la corrupcion y á un ejército de gusanos.

¡Que no pueda yo predicàros estas verdades lúgubres, elevado sobre cadáveres, y sostenido sobre unos huesos áridos, como lo deseaba en otro tiempo el Crisóstomo! Mas ya que me sea esto imposible, elevaré, Señor, tu voz, y les diré con un

profeta: idólatras de la belleza, esclavos de un lujo profano y escandaloso, vanos amadores de la impureza, apóstoles de la desenvoltura, vosotros *moriréis tambien y no viviréis*. Qué anatema, señores! qué terrible sentencia! qué fallo inevitable! ¿Dónde están aquellos vanos amadores del siglo, que poco há vivian con nosotros? pregunta san Bernardo. Nada de ellos nos resta sino cenizas y gusanos.

Venid pues á vuestro sepulcro, adoradores de una belleza frágil: yo levantaré el velo que cubre aquel asqueroso semblante, para que os horrorice ménos. Ved aquí el rostro que tantas veces habéis admirado con una complacencia criminal. ¿Dónde están los atractivos que os seducian? ¿dónde aquellas miradas halagüeñas que os aprisionaban? ¿Qué se ha hecho del barniz y la pintura que adornaban este objeto miserable? ¿qué de aquellos atavíos indecentes, de aquella vergonzosa desnudez, ocasion de la ruína de tantas almas? La polilla, dice el profeta Isaías (1), les servirá de caja, cuya tapa ó cubierta serán los gusanos: *Subter te sternetur tinea, et operimentum tuum erunt vermes*. Venid, acercáos á esta bóveda; yo callaré, dejando el cuidado de instruiros á estos abismos tenebrosos y cubiertos con las sombras de la muerte.

¿Dónde está aquella Jezabel, dice un sabio, tan vana, tan desenvuelta, tan profana en sus adornos, que rodeada de adoradores, solicitaba multiplicarlos y aprisionar sus corazones: *ubi, quæso, est?* Entro en su palacio, recorro sus soberbios aposentos y observo el silencio mas profundo: examino despues sus preciosos muebles, sus costosos adornos, este tocador, en que consultaba sus gracias, y donde solia recibir los homenajes mas secretos: hablo á una multitud de esclavos, que ántes la rodeaban: ¿dónde está la divinidad, les pregunto: *ubi, quæso, est?* El incienso se ha acabado, me responden llorosos. El ídolo ha sido trasladado en un momento desde el altar á la bóveda. Es esta la belleza que adoraba el universo? como exclamó san Francisco de Borja, en ocasion de haber traído el cadáver de la emperatriz reina al sepulcro de su real capilla de Granada, viendo tan desfigurada una mujer, que habia pasado por la mas hermosa de su siglo.

Ah! ¿no tienen este fin vuestras gracias naturales, vuestros

(1) *Isai. c. 14. v. 11.*

estudiados adornos, vuestros barnices y pinturas, ídolos de belleza, á quienes el mundo adora? Durante la vida os ha tolerado Dios, que enamoradas de vuestra propia hermosura, pidáis sacrílegas adoraciones de todos; os ha tolerado afear, manchar y adulterar su imágen, ya pintando vuestros ojos y rostro como Jezabel, para engañar á Jehú, y Cleopatra á César y á Marco Antonio; ya adornando vuestra cabeza, como las hijas profanas que nos describe el Salmo: os ha permitido resplandecer con todo el oro de Ofir, con todos los diamantes y telas costosas de la India, con todos los colores y plumas de la Persia, y exhalar á veces los perfumes de la Arabia; todo con el depravado fin de haceros agradables, y no rara vez con el de servir de lazo á los incautos; porque abundan ya mas en nuestros dias las Livias, Mesalinas y Popeas, que las Susanas y Lucrecias; y nada es mas frecuente que ver torres de Danae por tierra. ¿Qué otra cosa es la hermosura de vuestro cuerpo, animado por un alma viciosa, que una buena nave regida por un mal piloto? Semejantes á las aves que vió un profeta entre las ruínas de Babilonia, presentáis la belleza solamente desde léjos; mas si os acercáis á reconocer vuestro interior á fondo, hallaréis llena de torpeza y de hediondez la hermosura de Elena bajo una superficie de belleza. Si examináis con atencion vuestro cadáver pestilente, veréis que *subter te sternetur tinea, et operimentum tuum erunt vermes.*

Durante vuestra vida, personas sensuales, idólatras de una carne corrompida, os ha permitido el Señor que gastéis el tiempo en un perpetuo círculo vicioso, desde el tocador á la visita, no rara vez peligrosa, por no decir llena de escándalo; de la visita á la mesa, no solo espléndida, sino propia para promover la gula, la embriaguez y la lascivia; de la mesa á los espectáculos, mas propios para encender las pasiones, que para solazar el ánimo; de los espectáculos á la tertulia y al juego, donde os encendéis mutuamente, como carbones, en el fuego de la concupiscencia, ó arruináis vuestra casa y familia; del juego al lecho, y de este al tocador de nuevo, sin mas ejercicio de piedad, de Religion, de arreglo de criados, de educacion de hijos; sin hablar mas que de la moda, de bagatelas y del cortejo. ¡Víctimas infelices del lujo y de la sensualidad! Idólatras del amor propio! que vivís en un profundo letargo, como si no hubiese eternidad, venid á vuestros sepulcros, y despertaréis en la congregacion de los muertos, segun la sentencia del santo Job. Examinád, os ruego, vuestro desfigurado cadáver, y decídme, ¿qué se ha hecho vuestra idolatrada belleza? ¿dónde están vuestros vanos amadores y cómplices de vuestra sensualidad? ¿dónde vuestros adornos y modas favoritas? Ah! esas miradas fijas, esos ojos extinguidos, convertidos en un horroroso espectro, ¿no son aquellos mismos en que relucian tan vivamente las pasiones. Á esos labios traspillados, á esa boca desfigurada por la fuerza de las convulsiones de la muerte y que no exhala ya mas que un vapor pestilente, ¿no atribuíais las gracias frágiles, que os dieron un aire de vanidad, tan culpable como ridícula? Reconocéos pues en estos miserables y asquerosos vestigios por una nueva Jezabel, que solo añadiais ricos adornos y cierto aire de desenvoltura á vuestras gracias naturales, para aseguraros culpables conquistas, sirviendo de lazo á los incautos. Mas la muerte os ha sorprendido, cuando aún proyectabais nuevos crímenes; y debéis confesar, á pesar vuestro, que de todo solo ha quedado á vuestro idolatrado cuerpo la polilla por caja y los gusanos por cubierta: *subter te sternetur tinea, et operimentum tuum erunt vermes.*

Mas nosotras vamos al templo, y casi diariamente oímos misa, ni faltamos al santuario en las grandes solemnidades; oigo decir á algunas de estas semicristianas ó semipaganas. Profeta del Señor! que lamentabas la soledad de Sion en las fiestas mas brillantes, venid á llorar ahora á nuestros templos, no tanto su soledad, cuanto su abominable desolacion y los crímenes horrendos que son en ellos tan frecuentes. Ven, hijo del hombre, ven al lugar santo, para ver en él ídolos de carne, que adoran al mundo, y son por él adorados. Ved á estas mujeres mundanas, que han entrado á profanar el santuario, mas adornadas que los mismos altares, haciendo ostentacion de su vanidad y de la mas indecente desnudez. Ellas en efecto van conducidas del deseo de agradar hasta delante del Cordero inmaculado; le disputan los corazones y le roban los adoradores, atrayendo á sí las miradas de todos. Ven, profeta del Señor, ven á ver estas mujeres escandalosas, que llevan el placer en su semblante, la alegría en sus ojos y la sonrisa en los labios; vedlas entrar en el templo con mas desenvoltura que en el mismo teatro. Las mas se desdeñan de hincar la rodilla delante de los altares del Todopoderoso. Aún á presencia del mismo sacrificio hablan con

tanta satisfaccion como en el paseo ó en la tertulia. Pero qué digo? En el tiempo en que se eleva la hostia, suelen estar pensando en el objeto de su pasion, en el cual terminan sus miradas; allá van los suspiros y se dirigen los deseos; ni se perdona la cita, la seña y la contraseña. Contentas con haber estado maquinalmente en el templo, juzgáis ya desempeñado el riguroso precepto de santificar las fiestas. ¡Víctimas cebadas para el sacrificio del furor de Dios! temblád y estremecéos. Estád ciertas, que insta el tiempo de vuestra resolucion, y que se acerca el de la deposicion de vuestro tabernáculo. Acercáos en este momento á reconocer en vuestro propio cadáver, cuán falaz es vuestra gracia, cuán vana vuestra hermosura, como se explica el Espíritu santo. Por este medio cesará vuestra lozanía; veréis no solo marchitada, sino pestilente vuestra idolatrada belleza. Veréis lo frívolo y criminal de vuestras juntas mundanas, de vuestros adornos indecentes, de la necia comitiva, de que habéis estado por tanto tiempo rodeadas, y que vais ántes de mucho á servir de presa á un innumerable ejército de gusanos: *subter te sternetur tinea, et operimentum tuum erunt vermes.*

Ni es ménos vana y despreciable la soberbia de la vida, que la concupiscencia de la carne y de los ojos. ¡Sabios presuntuosos, poderosos del siglo, prudentes segun el mundo! acercáos á examinar vuestros cadáveres, y ceñíos á responderme ántes de caer en las manos de Dios vivo. Sabios segun la carne, enemiga del Señor, que inflados con la sublimidad de vuestras ideas y ciegos veneradores de vosotros mismos, os habéis figurado cada uno un Dios conforme á vuestro capricho, ya sin providencia, y que lo deja todo al acaso, sin prescribir leyes, castigos, ni recompensas, á manera de epicúreos; ya un Dios ligado á una necesidad superior y á las leyes inevitables del hado, á imitacion de los estoicos; llegando no rara vez á dudar de todo, á manera de académicos rígidos: filósofos arrogantes, que creyendo ser los mas ilustrados del mundo y degradando vuestras luces como Adan, palpáis las mas densas tinieblas en materia de religion y de costumbres; ciegos voluntarios y guias de otros ciegos, acercáos á considerar por un momento ese vuestro cadáver hediondo. ¿Son estas las torres de Babel, que elevaban vuestras decantadas luces, vuestro orgullo y amor propio? Vos, ó mi Dios! habéis perdido la sabiduría de estos

astros errantes, habéis confundido su altivez, habéis deshecho como un vapor estas nubes sin agua, haciéndoles espumar sus confusiones en el abismo, habéis entregado su memoria al olvido, y arrojado al infierno su soberbia: *detracta est ad inferos superbia tua* (1).

Sigamos cada uno, os ruego, sigamos en espíritu nuestro féretro hasta el fondo del sepulcro; vosotros principalmente, poderosos del siglo, prudentes segun la carne, soberbios magistrados, zelosos por política, dulces y afables por estudio, aplicados á la sociedad por interes, y los que os habéis ingerido por ardides en unos ministerios, á que no os llamaba Dios, como llamó á Moises, Aaron y Samuel; veníd, considerád esta lúgubre mansion de los muertos, donde las dignidades se confunden y las distinciones se desconocen; pues tan desnudos como salisteis del vientre de vuestra madre, volveréis á la tierra de que fuisteis formados. Hé aquí vuestra mansion pestilente y asquerosa, reducida á seis piés de tierra. Qué mutacion de escena! qué trastorno de fortuna! qué espantosa caída! dice un sabio. Desgraciado cuerpo! ¿de dónde has sido precipitado, y adónde has caído? De en medio de los placeres, del seno de los honores, de entre los brazos de las delicias del mundo, de una casa en que todo respiraba lujo, magnificencia, orgullo y altivez, habéis pasado en un dia á los horrores de una bóveda, á ser presa de la corrupcion y la hediondez. Esto es lo que os ha quedado de todas vuestras riquezas, equipajes soberbios, muebles costosos y ricos adornos, como al ínfimo de los hombres; lo demas pasó á un eterno olvido: *oblivioni tradita est memoria eorum* (2).

Dios, es verdad, os habia permitido por algun tiempo que la república fuese víctima de vuestra codicia, y que, como sanguijuelas insaciables, extrajeseis con ansia la sangre del pobre, de la viuda y del huérfano; os ha sufrido que, como los Antíocos y Eliodoros, hagáis presa del santuario; que apoyados en vuestra autoridad escandalicéis al pueblo con desórdenes: ha tolerado que vuestros inferiores giman oprimidos por la dureza del trato y los trabajos, como en otro tiempo los israelitas bajo el poder de Faraon. Mas este orgullo, esta falsa política, esta prudencia carnal, en que los hijos del siglo se aventajan á los

(1) *Isai.* c. 14. v. 11. (2) *Eccles.* c. 9. v. 5.

de la luz, ¿pasará del sepulcro? Vos Señor, la reprobaréis, segun vuestro oráculo, y juzgaréis durísimamente á todos los que así gobiernan, en la hora de su muerte. Ella en efecto pone á los hombres mas célebres al nivel de los mas viles y despreciables, destruyendo en ellos lo que los distinguia de la ínfima plebe. Aquel humo de inmortalidad que gozaron, no fué mas que un espectro, un vano fantasma, que pasó con el tiempo, y yace sepultado en un eterno olvido: *oblivioni tradita est memoria eorum*. Ellos quisieron elevarse hasta las nubes del cielo; pero vos ó Dios mio! los habéis conducido hasta el abismo: *detracta est ad inferos superbia tua*.

Hé aquí, señores, las importantes lecciones que os da entre otras vuestro infecto cadáver. ¿Qué esperáis pues para abandonar vuestros placeres criminales? ¿Qué otro espectáculo es necesario para conocer la vanidad de vuestra belleza, riquezas, honores, y aún de la vida misma? ¿Qué otra prueba se necesita para manifestaros lo frívolo de las cosas humanas, que poneros á la vista vuestro propio cadáver sin movimiento ni vida, pestilente, hediondo y entregado á los gusanos? ¿Qué desengaño mas vivo de vuestra altivez y vanidad, de vuestro orgullo y soberbia de la vida, que el eterno olvido á que seréis por vuestra muerte reducidos? Acordáos pues que sois polvo. Decíd como Job á la corrupcion: *tú eres mi padre;* y á los gusanos: *vosotros sois mi madre y mi hermana* (1). Huíd, os ruego, en tiempo, de la ira futura, porque si el cuerpo es corruptible, el alma es inmortal, y necesariamente ha de caer en las manos de Dios vio. Vuestras obras, buenas ó malas, han de decidir en aquel terrible momento de vuestra suerte eterna. No olvidéis jamas la humillacion de vuestro sepulcro, cuya memoria corregirá vuestros desórdenes para siempre, segun la sentencia del Espíritu santo: *memorare novissima tua, et in æternum non peccabis* (2).

Grabád, Dios mio, estas verdades en el ánimo de mis oyentes, ántes que sean citados á los piés de vuestro tribunal. Fijád en nuestro corazon un alto desprecio de todo lo terreno y un ardiente amor á las cosas celestiales. Pecámos, hemos cometido iniquidades, estamos llenos de la corrupcion del pecado y sepultados en el abismo de la culpa. Mas vos sois, Señor, la resurreccion y la vida; no permitáis que nuestra muerte sea eterna: nuestros pecados son sin número; pero es infinita vuestra misericordia, y en ella ponemos toda nuestra esperanza. Desde este momento, Señor, detestamos el vicio, protestando á presencia del cielo y de la tierra la enmienda de nuestra vida pasada. Aquí nos tenéis, Padre mio, postrados á vuestros piés, como otros tantos hijos pródigos, que se acogen á vuestra clemencia. Aunque tarde, reconocemos nuestros yerros, y os pedimos el perdon de ellos por la sangre que Jesucristo derramó por redimirnos. Ah! no dudéis, hermanos mios; llegád con espíritu de compuncion, y postráos llenos de confianza y con fe viva ante esta imágen del Crucificado, y derramando en su presencia vuestro corazon como agua, decíd: *Señor mio Jesucristo etc.*

(1) *Job*, c. 17. v. 14. (2) *Eccli.* c. 7. v. 40.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO.

DE LA RESURRECCION

DE LOS CUERPOS.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA.

(DE MACCARTHY.)

Ego sum resurrectio et vita; qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet.

Yo soy la resurreccion y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá.

S. Juan, c. 11. *v.* 25.

Negada la inmortalidad del alma racional, no hay que extrañar, católicos, que por una consecuencia forzosa se negase tambien la resurreccion de nuestros cuerpos. Ya en los dias de la vida mortal de Jesucristo Señor nuestro, apareció entre los judíos una secta llamada de los saduceos, que atacaron el dogma de la vida futura y de la resurreccion de la carne. Sabido es cuántas veces se opusieron al mismo Jesucristo, haciéndole cuantas objeciones les sugeria su incredulidad, contra este dogma fundamental de nuestra Religion, y no es ménos notorio como el Salvador respondió á ellas con un laconismo propio de su infinita sabiduría, diciendo ser Dios el Dios de Abrahan, de Isaac y de Jacob, y que este Dios no lo era de los muertos sino de los vivos (1).

Pero nada es tan digno de atencion en este punto como las

(1) *Matth. c.* 22. *v.* 32

palabras del presente Evangelio, en que se nos refiere que, *estando enfermo un hombre llamado Lázaro, vecino de Betania, sus hermanas Marta y María enviaron á decir al Salvador: Señor, mirád que aquel á quien amáis, está enfermo. A lo que Jesus contestó: la enfermedad no es mortal, sino que está destinada á glorificar al Hijo de Dios. Pero habiendo ido al cabo de cuatro dias, halló que Lázaro habia muerto y ya exhalaba fetidez en el sepulcro. Entónces fué cuando el Salvador, compadecido del llanto de las dos hermanas, dijo á Marta: Yo soy la resurreccion y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá.*

Este dogma, tan solemnemente establecido por la palabra infalible de Jesucristo, no estuvo tampoco á cubierto de los sofismas de los primeros filósofos. « ¿Qué alma, » decia Celso, « qué alma habrá que quisiera volver á unirse con un cuerpo corrompido? Dios, aunque omnipotente, no puede hacer volver á su estado primitivo un cuerpo en disolucion, porque esto seria indecente y opuesto á la naturaleza. » Así se expresaba este filósofo incrédulo; pero sus objeciones fueron perfectamente desvanecidas con la luminosa ciencia del grande Orígenes, quien le probó evidentemente, que los cuerpos resucitados no estarian ya en un estado de corrupcion, sino de gloria é incorruptibilidad. En vano en los primeros siglos se pretendió sustituir á la resurreccion general, una llamada *palingenesia*, ó sea un segundo nacimiento universal del mundo, prodigio verdaderamente mayor, incomparablemente mas contrario á la naturaleza, y mas inconcebible que la resurreccion de los cuerpos. Esta teoría imaginaria hubo de ceder ante la fuerza de la razon y de la autoridad, que probaron evidentemente no ser mas difícil á Dios el devolver la vida á un cuerpo muerto, que el hacerlo nacer de la sangre de un hombre (1).

Inútil pues, católicos, y de todo punto innecesario seria el reproducir en nuestros dias una verdad, que viene formando la creencia casi universal de todos los siglos, si en estos últimos la filosofía moderna, tan degradante como impía, no hubiese formado un empeño especial en desenterrar todos los desmanes de la vieja, añadiendo á los errores con que aquella pretendió atacar en su cuna la Religion del Crucificado, otros aún mas

(1) *Orig. contra Cels. lib.* 5. *n.* 4.

groseros y de mayor trascendencia, con que en vano intenta desquiciar los fundamentos de esta hija del cielo.

Ni hay por qué maravillarse; pues estando este dogma tan íntimamente ligado con el dogma de la inmortalidad del alma, es casi imposible combatir uno sin combatir tambien el otro. Por eso Espinosa, autor del panteísmo filosófico, decia « que si fuese capaz de persuadirse de la posibilidad de la resurreccion de un muerto, no tendria inconveniente en despedazar todo su sistema. » Las mismas huellas siguieron sus hijos los incrédulos; verificándose en toda su extension aquel dicho de san Agustin : « No hay artículo de la Fe católica que haya sido combatido con mas encarnizamiento que el dogma de la resurreccion de los muertos. » *In nulla re tam vehementer contradicitur Fidei cristianæ quam de resurrectione mortuorum.*

Esto pues, católicos, y la suma necesidad de afianzarse cada vez mas en la fe de esta verdad consoladora, puesto que, segun san Pablo, ella es el fundamento de todas nuestras esperanzas para el porvenir; y no ignorando por otra parte los funestos efectos que producen cada dia en unos la ignorancia de estas verdades esenciales, y en otros el gérmen disolutivo que la impiedad no deja de sembrar en todas las clases de la sociedad, me impelen á concluir el asunto precedente, probándoos la congruencia, la necesidad, la veracidad de la resurreccion de nuestros cuerpos, de donde resultará la inmortalidad de todo el hombre. *Ave María.*

Decir que Dios ha hablado en las santas Escrituras y que ha revelado el dogma de la resurreccion de los cuerpos, es un lenguaje que solo conviene al hombre de la Fe. Para esto no es necesario mas que abrir los Libros santos, y hacerle leer lo que en ellos se halla consignado con caractéres indelebles. « Yo sé bien, » dice Job en el capítulo XIX, « que mi Redentor vive, y que en el último dia he de resucitar del seno de la tierra; que seré de nuevo revestido de mis despojos mortales, y que veré á mi Dios en mi propia carne... : esta esperanza está grabada en mi corazon. » Daniel dice en el capítulo XII, que « aquellos que duermen en el polvo, resucitarán los unos en pos de los otros, estos para la vida eterna, y aquellos para un oprobio que no tendrá término. » Varios son en fin y claros los pasajes de am

bos Testamentos, en que se halla probado este dogma de nuestra Religion. Mas dije ya, y repito, que este idioma solo lo comprende el hombre que, ilustrado con las luces de la Fe, sabe apreciar el mérito de la divina autoridad marcada en las santas Escrituras. No así el hombre que habiendo lanzado voluntariamente de su corazon esta luz divina, hace profesion de no creer sino aquello que puede llegar á percibir con el raciocinio. Ya que pide razones nuestro siglo, alegaremos razones, y con ellas solas quedará suficientemente demostrado nuestro aserto.

Y desde luego siendo el alma inmortal, como lo demostrámos en el discurso antecedente (1), si el cuerpo que es mortal, no debiese resucitar algun dia, resultaria que este conjunto admirable de dos sustancias tan diferentes, unidas por medio de un nudo secreto é incomprensible, esa obra maestra de la sabiduría y del poder de Dios, seria destruída para siempre por la muerte. Ahora bien, este conjunto de las dos sustancias espiritual y material es lo que propiamente se llama el hombre. Si pues las dos porciones que forman el ser humano, no debiesen unirse jamas; si una de ellas debiese perecer para siempre, la obra mas admirable del Criador quedaria mutilada eternamente, como si no estuviese en su poder el conservarla ó restablecerla toda entera.

¿Y qué, este cuerpo es por sí mismo tan vil, que las manos omnipotentes que lo formaron, se desdeñen de retirarlo del polvo? No hay duda que es muy inferior por su naturaleza al alma espiritual que le comunica la vida; pero entre las obras materiales de Dios ¿hay una sola que lo iguale? Comparád, católicos, y juzgád. El sol nos ofusca con su brillo, y sin embargo ¿brilla él como el ojo del hombre, como su ingenio, como la luz de su inteligencia? La serenidad del mas bello dia ¿es comparable con la risa que embellece el semblante del hombre, y con esa expresion de dulce alegría, de paz, de noble modestia, que anima alguna vez sus facciones? ¿Hay un cielo tan despejado en que, como en la frente del justo, puedan leerse el candor y la inocencia? Las aves nos encantan con la melodía de sus armoniosos gorjeos; mas ¿qué son todos sus conciertos comparados con la palabra del hombre, y sus sonidos admira-

(1) Es el discurso de Troncoso, que se halla en la pág. 255 del tomo cuarto de los sermones de *Mision*.

bles que expresan y comunican las sensaciones y el pensamiento, y que hiriendo el oído ilustran los espíritus, mueven profundamente los corazones, acercan los objetos mas lejanos, pintan los invisibles, y hacen de uno de los mas pequeños órganos corpóreos el instrumento admirable de un comercio espiritual con las almas? y esos ojos elevados hácia el cielo? y esa aptitud de imperio? ¿y esa dignidad que anuncia en el hombre al rey de la naturaleza? Oh! ¿cuál debió ser, católicos, este cuerpo en el estado de la inocencia original, cuando por la primera vez salió de las manos de su Criador, radiante de gloria y majestad, llevando sobre su frente el sello vivo de su divinidad; pues que aún ahora, en el estado de degradacion á que lo redujo el pecado, todavía sobrepuja en belleza cuanto el mundo ofrece de mas perfecto, siendo el centro de todas las cosas, el único ser material digno de las miradas y del amor de su Criador, y el solo por quien todas las cosas existen? Porque no son nuestras almas, sino nuestros cuerpos los que tienen necesidad de esta tierra que los alimenta, de la luz de los cielos que los alumbra, y del aire que facilita la respiracion y mantiene los espíritus vitales.

¿Y osaríamos suponer que el mas bello y cumplido entre los objetos sensibles y corpóreos, aquel á quien dicen relacion todos los demas, haya de ser de menor duracion que todos ellos? Los astros giran hace seis mil años sobre nuestras cabezas, sin haber perdido nada de su resplandor; la tierra despues de tantos siglos no titubea sobre sus bases y conserva toda su fecundidad; los rios no han visto agotarse sus manantiales; los cedros y los antiguos pinos coronan todavía las mismas montañas en donde los vieron nuestros abuelos; y ¿solo el cuerpo del hombre habia de ser semejante á la yerba de los campos, que por la mañana está verde y por la tarde se marchita? ¿Y este momento de resplandor y de vida se habia de cambiar para siempre en corrupcion y gusanos? Cosa extraña! el hombre, en esta suposicion, no solamente duraria ménos que otras tantas obras de Dios que solo han sido criadas para su servicio, sino tambien (lo que no puede concebirse) duraria mucho ménos que las obras de sus propias manos. Miéntras que esos soberbios monumentos, esos palacios, esos santuarios que él ha construido, esos mármoles, esos bronces que él ha sabido en cierto modo animar, imprimiéndoles los rasgos de su propia semejanza,

resisten á la accion consumidora de los siglos y llaman la atencion de las generaciones mas remotas, solo el hombre, destruido casi al tiempo mismo que formado, ¡permaneceria envuelto entre el polvo para no levantarse jamas! ¡solo él habrá construído imágenes de sí mismo, ménos perecederas que el modelo hecho por la mano del Todopoderoso y marcado con el sello de su divina semejanza!

Aún mas; ese cuerpo que eleva santuarios á la Divinidad, le consagra altares y los adorna con magnificencia, ¿no es en sí mismo el mas digno templo que ocupa la Divinidad sobre la tierra? ¿no prefiere el Señor á cualquier otro templo material un cuerpo casto, que es el domicilio de un alma virtuosa y santa? ¿Qué son á sus ojos los edificios de piedra, de oro ó de pórfido, comparados con ese templo vivo, que ofrece por sí mismo el incienso, adora á su Dios y le dirige sus oraciones? Vedle cómo se encorva y se prosterna en su presencia, anonadándose ante la Majestad divina; ved esa boca que se pega con el pavimento sagrado, y lo besa con un religioso respeto; esos ojos que se fijan en el tabernáculo y se mojan con piadosas lágrimas; ese corazon que palpita de amor hácia su Dios; esas manos que se elevan al cielo; esa lengua que canta las alabanzas del Eterno, convidando á todas las criaturas á celebrar las grandezas de su Criador; ved... Pero no basta que este cuerpo de barro tribute á su Dios el culto que le es debido: es necesario que él mismo sea el instrumento, el ministro y como el representante de su benéfica providencia sobre la tierra. ¿Hay algun género de buenas obras, á que no concurran todos sus miembros? ¿No son sus entrañas las que se conmueven, al oir referir los infortunios de sus semejantes? ¿No son sus brazos los que se extienden para ayudar al enfermo ó para enjugar las lágrimas del afligido? ¿No son sus manos las que trabajan para vestir al desnudo, y amasan el pan para el hambriento? ¿No es su boca la que pronuncia palabras tiernas y consoladoras, y derrama un bálsamo saludable y el mas dulce que la caridad puede aplicar á las heridas del corazon? ¿Dónde está en suma el bien que un alma sensible y generosa pueda prodigar á su prójimo, sin que el cuerpo contribuya con ella? ¿Cuántas veces se consume y agota su salud y sus fuerzas en el servicio de Dios y de sus prójimos? Y en recompensa de todo esto ¿habria Dios de condenarlo á una eterna destruccion? ¿Romperia sin piedad la

íntima alianza de un alma y de un cuerpo, unidos tan santamente para hacer en comun los oficios de piedad y misericordia? No, Dios mio, esto no es compatible con vuestra bondad infinita, con vuestra eterna justicia.

Verdad es que el pecado, infestando el orígen del género humano, y derramando su ponzoña hasta el fondo de nuestras entrañas, ha irritado á Dios contra una carne que él habia criado en la inocencia, y á la cual redujo la culpa á la mas horrorosa corrupcion. El Eterno no pudo ver su obra deshonrada, y la despedazó. No obstante, oh designio digno de su bondad! si la deshizo, no fué para aniquilar lo que su sabiduría habia formado, sino para rehacer segun un modelo mas perfecto lo que el venenoso hálito de la serpiente habia desfigurado.

¡Qué misterios tan admirables ofrece la Religion á mi fe! ¡Un Dios revistiéndose de la carne del hombre, para purificarla; un Dios que sufre la muerte, para derrocar su imperio; que sale victorioso del sepulcro, para asegurarnos la victoria; que hace de su cuerpo glorioso y resucitado un principio y como un gérmen de resurreccion para los nuestros, nutriéndolos con la sagrada eucaristía, á fin de unirlos á sí de una manera inefable; que los llena del espíritu de vida por la abundante efusion del Espíritu santo en la participacion de todos los sacramentos de la nueva ley; y que en fin, en el momento mismo en que estos cuerpos van á tornar al polvo, los marca con una uncion extrema, como con el sello de la inmortalidad! De ahí esa paz profunda con que el cristiano desciende al sepulcro; de ahí el respeto con que miramos sus mortales despojos; de ahí esas preces y ceremonias sagradas, que hacen tan afectuosos y tiernos sus funerales y les dan un carácter tan augusto; de ahí esas bendiciones que consagran la tierra destinada á recibir nuestros yertos cadáveres; de ahí en fin esa sublime inscripcion grabada sobre la losa fria que los cubre: *aquí yace un cristiano que durmió en el Señor, y espera la resurreccion en el último dia.* De este modo triunfa Dios del infierno y restablece enteramente su obra, que el tentador se habia lisonjeado en vano de destruir. El hombre, formado á la imágen de su Criador, no sucumbe á la muerte, sino para renacer, por medio de un prodigio tan admirable como la creacion misma, á una vida aún mas gloriosa que la primera; y (si es lícito comparar una cosa tan grande con una que, si bien parece pequeña, no deja de ser

maravillosa) á la manera que el insecto que arrastra sobre el cieno de la tierra, despues de encerrarse en una especie de tumba, donde permanece algun tiempo sepultado, inmóbil y como inanimado, vuelve á salir de allí revestido de una nueva fuerza y desplegando sus alas brillantes, hiende los aires y no reposa sino sobre las flores; del mismo modo el cuerpo humano, pesado en el principio, carnal, corruptible, sujeto á mil necesidades á cual mas humillantes, y semejante en un todo al del primer Adan terrestre y pecador, despues que deposita en el sepulcro todo cuanto tenia de grosero y mortal, volverá á salir reengendrado, espiritual, impasible, mas hermoso y resplandeciente que los astros del firmamento, y por hablar el idioma del Apóstol, trasformado en la semejanza del segundo Adan celestial y divino, y participando del privilegio de su inmortalidad: *reformabit corpus humilitatis nostræ configuratum corpori claritatis suæ* (1).

Hé aquí, católicos, un plan digno de Dios, demasiado grande, demasiado magnífico, para poder ser concebibo sino por él mismo. Todo en él supone una sabiduría, un poder, una bondad infinita; todo en él anuncia al Ser eterno, orígen único del ser vivo é inmutable, porque todo en él es vida, eternidad, inmutabilidad; fuera de Dios no hay sino concepciones de una inteligencia débil, limitada, salida de la nada y envuelta en densas tinieblas, porque en ella todo se termina en la nada, en la muerte, en una noche eterna.

Vengan ahora los insensatos y los impíos, y á estos pensamientos tan sublimes y divinos, á la imponente autoridad de las Escrituras, al hecho incontestable de la resurreccion de Jesucristo y á las consecuencias decisivas que de él saca san Pablo, opongan... Mas qué? mengua es por cierto el decirlo! opongan la pretendida imposibilidad de que un Dios omnipotente haga revivir lo que está muerto. Ah! pues ¿no es él quien da la vida á lo que era nada? ¿No será posible volver á encontrar en el vasto seno de la naturaleza, como se expresan los modernos filósofos, los elementos dispersos de nuestros cuerpos, á aquel que supo hallarlos en los profundos abismos de la nada? Reproduzcan pues en hora buena esas aéreas dificul-

(1) *Philip. c.* 3. *v.* 21.

tades que ruborizaron á los mismos gentiles, y que estos abandonaron como de ningun peso. Nosotros las despreciaremos, contentándonos con responderles, que una sola cosa es imposible á Dios, y esto es únicamente lo que envuelve contradiccion. Dios no puede lo que no quiere; Dios no puede faltar á sus promesas; Dios no puede engañarse ni engañar al hombre: hé aquí lo que es imposible al Omnipotente: por lo demas, suponer cualquier obstáculo insuperable á un poder sin límites, es lanzarse en el ridículo, es no raciocinar, es contradecirse en los términos. Sepan pues nuestros filósofos sin filosofía, porque no tienen lógica, sepan que para tener derecho á negar la resurreccion de nuestros cuerpos, porque es incomprensible, seria necesario poder citar una sola obra de Dios que ellos comprendan. Y si no, díganme: ¿comprenden por ventura su propia existencia? ¿No es esta un misterio tan impenetrable á sus menguadas inteligencias, como los demas de nuestra Religion augusta? Y cuando llenos de la mayor sorpresa, vemos todos los dias esa multitud de hombres sabios que han robado, por decirlo así, á la naturaleza una parte de sus secretos, descomponer á nuestra vista las sustancias materiales, formar de sus elementos combinados con arte nuevas sustancias, descomponer estas segunda vez, y con los mismos elementos reformar las primeras; cuando esto presenciamos, ¿no seria cosa extraña suponer que el Autor de la naturaleza no pudiese, despues de haber disuelto nuestros cuerpos y de las diferentes mutaciones que estos hayan sufrido, volver á juntar sus elementos dispersos para reconstruir el edificio de nuestros miembros, y de este modo restablecer su primitiva obra?

Sí, católicos, fácil y muy fácil será á la palabra creadora y omnipotente el obrar esta maravilla. ¡Con qué prontitud al eco de la trompeta, esto es, á la voz del Hijo de Dios, el aire, las aguas, la tierra y los abismos restituirán los restos de nuestros cuerpos devorados, evaporados, consumidos de mil maneras! Nuestras cenizas diseminadas se juntarán en un abrir y cerrar de ojos, segun la frase de la Escritura: *in ictu oculi* (1), y volverán á tomar su propia forma. Todos los muertos saldrán vivos de sus sepulcros, y comparecerán en presencia del Árbitro supremo de su suerte, para recibir la recompensa justa de su obra: *et dedit mare mortuos, et mors et infernus dederunt mortuos suos... et judicatum est de singulis* (1).

(1) I. *Cor. c.* 15. *v.* 52.

Hé aquí, católicos, el fin de todas las cosas, ó mas bien el principio de un órden de cosas que no tendrá fin. Ved ahí vuestro destino, hombres! Vuestra alma, esa porcion excelente de vuestro ser, que os hace semejantes á Dios y á los ángeles, no deja de vivir, aún cuando escapando de su prision, remonta su vuelo hácia la region de los vivos. Tampoco el cuerpo permanece siempre en la oscuridad del sepulcro, adonde se mira condenado á descender. Si se consume, es únicamente para dejar lo que tenia de corruptible y tomar una forma inmortal, no de otro modo que el oro entra en el crisol, para salir de allí mas puro y resplandeciente.

¿Y es posible, ó hijos de los hombres! que hayáis podido olvidar lo que sois y lo que debéis ser un dia? ¿Cómo es que vuestros corazones se han hecho tan pesados y se han pegado á esta tierra, que no es vuestra patria? Formados para gozar de unos bienes tan grandes, reales y positivos; llamados á la posesion, no de apariencias y vanas sombras, sino de la sustancia misma de la perfecta felicidad y de la verdadera gloria, ¿cómo habéis tan presto degenerado de vuestro orígen y renunciado á vuestros derechos, corriendo en pos de fantasmas, que desaparecen en el momento mismo en que las juzgáis realidades? *Filii hominum, usque quo gravi corde? ut quid diligitis vanitatem et quæritis mendacium?* (1) ¿De qué os sirve, ó avaros, ese tesoro de cieno, que congregáis á precio de tantas solicitudes y de sacrificios tan amargos? ¿Qué hay de comun entre ese vil metal, que la muerte va á arrebataros, y ese espíritu inmortal que existe en vosotros? Y tú, soberbio esclavo del orgullo, ¿por qué caminas en pos de esa humareda de gloria, de que tan ávido te manifiestas? ¿Te ha procurado jamas un solo instante de alegría pura y verdadera, que pueda indemnizarte del eterno baldon que te prepara para la eternidad? Y tú sobre todo, ó voluptuoso! ¿qué es lo que buscas en ese fango de infames placeres? ¿No ves que ellos no dejan en el alma mas que punzantes remordimientos, signos precursores de tormentos inmensurables y de desesperacion sin fin? Dejád, dejád, ó ciegos,

(1) *Apoc. c.* 20. *v.* 13. (2) *Psalm.* 4. *v.* 3.

esas criminales quimeras, y volvéd vuestros pensamientos hácia los bienes sólidos que serán la recompensa inmortal de los justos.

Acaso me preguntaréis, hombres de poca fe, ¿cuál es la prenda que pueda yo daros de la seguridad de los altos destinos que se os prometen para el porvenir? *Multi dicunt quis ostendit nobis bona?* (1) ¿Y qué otra es menester, Señor, que la nobleza de nuestro ser, la dignidad de nuestra naturaleza, ese sello de vuestra grandeza que vos mismo nos habéis impreso, y que tan gloriosamente nos distingue de cuanto nos rodea? *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine* (2). Y ¿cómo pudiéramos dudar que existe en nosotros algo de inmortal y divino, cuando nos vemos superiores á todo lo que no es Dios, ó no lleva el carácter de la semejanza de Dios; cuando experimentamos dentro de nosotros un no sé qué de insaciable y de inmenso, que objeto alguno en la naturaleza no es capaz de satisfacer; para quien es nada todo lo que debe finalizar, para quien son estrechos todos los límites del mundo visible; que solo puede hallar reposo en el seno de lo infinito, ni le es posible gustar contentamiento y felicidad fuera del Ser eterno é inmutable? *Dedisti lætitiam in corde meo* (3). Alégrense en buen hora los mundanos de la fecundidad de sus tierras; recojan con gozo sus abundantes mieses y los frutos opimos de la vid y de la oliva: *A fructu frumenti, vini et olei sui multiplicati sunt* (4). Por mí, ó gran Dios! ora me concedáis, ora rehuséis darme esos dones de la fortuna y los goces pasajeros del mundo, siempre viviré en paz, contento y feliz con vuestro solo amor: *In pace in idipsum dormiam et requiescam* (5). La esperanza que me habéis dado de una gloriosa inmortalidad en vuestro reino, basta para colmar todos mis deseos: *Quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me* (6). ¡Plegue al Altísimo que esta preciosa esperanza se realice en todos nosotros, y que todos reunidos en el seno de nuestro Dios, disfrutemos de su divina esencia por toda la eternidad!

(1) *Psalm. 4. v. 6.* (2) *Ibid. v. 7.* (3) *Ibid.* (4) *Ibid. v. 8.*
(5) *Ibid. v. 9.* (6) *Ibid. v. 10.*

HOMILÍA.

EL MAL CRISTIANO ES MAS CRIMINAL QUE LOS JUDÍOS INCRÉDULOS.

PARA LA DOMINICA DE PASION (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?
Si os digo la verdad, por qué no me creéis?
S. Juan, c. 8. v. 46.

Cada dia me admira mas la obstinada incredulidad de los escribas y fariseos, y me complazco en leer en el Evangelio de este dia la reconvencion que por ella les hace Jesucristo. Todo contribuye á aumentar su culpa. Ellos custodiaban con el mayor esmero los Libros santos, que designando individualmente las circunstancias de la venida del Mesías, contenian el fundamento de toda su gloria; ellos llevaron como por la mano á los Magos á Belen, para que adoraran humildes y respetuosos al Dios-Hombre que habitaba ya entre sus criaturas; ellos examinaron con la mayor escrupulosidad los prodigios que tan evidentemente demuestran la divinidad de Jesus Nazareno, y despues de compararlos con los que habia obrado su gran profeta Moises, se vieron precisados á confesar que los excedian sin comparacion alguna, como que jamas habian tenido semejantes: *à sæculo non est auditum;* y á pesar de todo esto reconocen en Moises un caudillo enviado por Dios, un profeta ins-

(1) Hay una plática sobre el sacrilegio para este mismo dia en la pág. 189 del tomo cuarto de los sermones de *Mision*.

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SAN JUAN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esas criminales quimeras, y volvéd vuestros pensamientos hácia los bienes sólidos que serán la recompensa inmortal de los justos.

Acaso me preguntaréis, hombres de poca fe, ¿cuál es la prenda que pueda yo daros de la seguridad de los altos destinos que se os prometen para el porvenir? *Multi dicunt quis ostendit nobis bona?* (1) ¿Y qué otra es menester, Señor, que la nobleza de nuestro ser, la dignidad de nuestra naturaleza, ese sello de vuestra grandeza que vos mismo nos habéis impreso, y que tan gloriosamente nos distingue de cuanto nos rodea? *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine* (2). Y ¿cómo pudiéramos dudar que existe en nosotros algo de inmortal y divino, cuando nos vemos superiores á todo lo que no es Dios, ó no lleva el carácter de la semejanza de Dios; cuando experimentamos dentro de nosotros un no sé qué de insaciable y de inmenso, que objeto alguno en la naturaleza no es capaz de satisfacer; para quien es nada todo lo que debe finalizar, para quien son estrechos todos los límites del mundo visible; que solo puede hallar reposo en el seno de lo infinito, ni le es posible gustar contentamiento y felicidad fuera del Ser eterno é inmutable? *Dedisti lætitiam in corde meo* (3). Alégrense en buen hora los mundanos de la fecundidad de sus tierras; recojan con gozo sus abundantes mieses y los frutos opimos de la vid y de la oliva: *A fructu frumenti, vini et olei sui multiplicati sunt* (4). Por mí, ó gran Dios! ora me concedáis, ora rehuséis darme esos dones de la fortuna y los goces pasajeros del mundo, siempre viviré en paz, contento y feliz con vuestro solo amor: *In pace in idipsum dormiam et requiescam* (5). La esperanza que me habéis dado de una gloriosa inmortalidad en vuestro reino, basta para colmar todos mis deseos: *Quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me* (6). ¡Plegue al Altísimo que esta preciosa esperanza se realice en todos nosotros, y que todos reunidos en el seno de nuestro Dios, disfrutemos de su divina esencia por toda la eternidad!

(1) *Psalm. 4. v. 6.* (2) *Ibid. v. 7.* (3) *Ibid.* (4) *Ibid. v. 8.*
(5) *Ibid. v. 9.* (6) *Ibid. v. 10.*

HOMILÍA.

EL MAL CRISTIANO ES MAS CRIMINAL QUE LOS JUDÍOS INCRÉDULOS.

PARA LA DOMINICA DE PASION (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?
Si os digo la verdad, por qué no me creéis?
S. Juan, c. 8. v. 46.

Cada dia me admira mas la obstinada incredulidad de los escribas y fariseos, y me complazco en leer en el Evangelio de este dia la reconvencion que por ella les hace Jesucristo. Todo contribuye á aumentar su culpa. Ellos custodiaban con el mayor esmero los Libros santos, que designando individualmente las circunstancias de la venida del Mesías, contenian el fundamento de toda su gloria; ellos llevaron como por la mano á los Magos á Belen, para que adoraran humildes y respetuosos al Dios-Hombre que habitaba ya entre sus criaturas; ellos examinaron con la mayor escrupulosidad los prodigios que tan evidentemente demuestran la divinidad de Jesus Nazareno, y despues de compararlos con los que habia obrado su gran profeta Moises, se vieron precisados á confesar que los excedian sin comparacion alguna, como que jamas habian tenido semejantes: *à sæculo non est auditum;* y á pesar de todo esto reconocen en Moises un caudillo enviado por Dios, un profeta ins-

(1) Hay una plática sobre el sacrilegio para este mismo dia en la pág. 189 del tomo cuarto de los sermones de *Mision*.

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SAN JUAN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pirado por su divino espíritu; y no ven en Jesucristo sino un iluso ministro de Satanas: *samaritanus es tu, et dœmonium habes.*

Conozco que un entendimiento preocupado no puede persuadirse sin mucha dificultad y repugnancia á que un hombre, cuya edad no pasaba en aquella época de treinta y dos años, hubiese alcanzado los tiempos en que floreció el patriarca Abrahan, que habia muerto mil novecientos años ántes; pero ¿será mas fácil de comprender, cómo una débil zarza pudo estar ardiendo tanto tiempo sin reducirse á ceniza? ¿cómo pudo el mar dividir sus aguas para franquear el paso á los israelitas, y reunirlas en el momento para sumergir á los egipcios? ¿cómo... Es necesario repetirlo; cuanto mas se considera, tanto se hace mas admirable la incredulidad de los judíos. Pero lo será ménos la de los llamados cristianos? La solucion de este problema será el objeto de las reflexiones que pienso hacer en mi discurso. El vernos comparados con un pueblo tan grosero y tan obstinado en la incredulidad, es muy suficiente para cubrirnos de rubor y de ignominia, y movernos á detestar para siempre y con sinceridad los desórdenes que sirven de fundamento á la comparacion; que es precisamente lo que me propongo.

No desconozco, Señor, ántes confieso humilde que todo mi trabajo seria inútil sin vuestra gracia, porque creo la verdad de vuestras palabras que así me lo dicen. Por tanto, y para que yo pueda hablar dignamente de ella, y mi auditorio recibir con fruto mis exhortaciones, os pido rendidamente me concedáis vuestros poderosos auxilios por la mediacion de la que es llena de gracia y de gloria, porque creyó sin dificultad. *Ave María.*

Si los incrédulos judíos han sido y son un verdadero motivo de escándalo, tambien deberán serlo de escarmiento á las demas naciones por donde vagan dispersos. Sin patria, sin gobierno, sin leyes, sin templo, sin sacrificio, sin sacerdote, sin religion, sin tener un solo palmo de tierra en que puedan sentar el pié, si no se lo concede la generosidad ó el interes de otros pueblos; y hechos en cierto modo el ludibrio de todo el mundo, parece haberse dispersado, para demostrar en todas

partes cómo castiga Dios aún en esta vida el desacato temerario de los hombres, que se obstinan en negar el asenso á sus palabras, siendo de una verdad infalible y eterna. ¡Ay de nosotros, si despues de semejante desengaño tenemos la desgracia de imitarlos! nuestra incredulidad seria sin duda alguna ménos excusable, mas criminal y digna de mas severo castigo, por lo mismo que sobre el testimonio de los profetas y los milagros que tenian aquellos por motivos de su fe, tenemos nosotros otros muchos que no creo necesario exponer al presente. Ay de nosotros!

Pero qué es esto? me parece oiros decir como sorprendidos y aún indignados; ¿quién de nosotros ha puesto jamas en duda la divinidad de Jesucristo, de su Religion y de su doctrina?

No permita Dios, hermanos mios muy amados, que trate yo de oscurecer vuestra gloria en esta parte. Estoy bien persuadido de la sinceridad y firmeza de vuestra fe, y no dudo que si llegara la triste situacion, que por ahora no puede temerse con fundamento, ofreceriais sin titubear el sacrificio de vuestras vidas ántes que renunciar al catolicismo de vuestros padres: y ¡ojalá que al contemplaros libres de una nota tan infame, me fuera posible hacer lo mismo respecto á otra que no lo es ménos! Vuestra gloria seria tambien mia; pero por desgracia es mia tambien, y acaso mayor que la vuestra la ignominia, al ver que creemos y confesamos de palabra esa misma divinidad de Jesucristo y de su ley, que desconocemos é impugnamos con las obras. Monstruosidad enorme y de las mas injuriosas al Señor! Es indudable que el error de solo el entendimiento nunca será tan criminal como el de la voluntad y del corazon; por eso los ateos son en esta parte mas consiguientes que los cristianos pecadores. Aquellos no conocen mas bienes que los temporales: persuadidos á que todo absolutamente se acaba con la vida, nada esperan ni temen para despues de la muerte, y no es extraño que procuren gozar la única felicidad que conocen; nosotros creemos firmemente una vida futura, eterna, inalterable, en la que un Dios infinitamente justo ha de fijar nuestro destino segun hayan sido nuestros méritos. Aquellos no respetan á Dios, porque no le conocen; nosotros le confesamos, y hacemos un insolente desprecio de su majestad adorable. Aquellos niegan la obediencia á unas leyes emanadas de una autoridad legítima, pero ignorada de ellos; nosotros hacemos alar-

de de confesar á Dios dueño absoluto y legislador supremo, y al mismo tiempo queremos sustraernos de su dominio y rehusamos obedecer sus órdenes, llegando nuestra insensatez al extremo de someternos al imperio de una criatura, que nos consta ser la mas vil y abominable; de prestarle obediencia, y aún alistarnos bajo las banderas del que sabemos ser su mayor enemigo, por cuya razon nos dice justamente en persona de los fariseos: *vos ex patre diabolo estis.*

En qué se conoce, en dónde está la fe de que nos gloriamos? Creemos las verdades del Evangelio, confesamos la divinidad de Jesucristo, nos postramos en su presencia, le ofrecemos nuestras oraciones y sacrificios; pero el Señor, que penetra el interior de nuestra alma, se queja con amargo sentimiento, diciendo por su profeta (1): *expandi tota die manus meas ad populum incredulum:* en vano estuve sin cesar alargando mis benéficas manos, cargadas de los tesoros de mi amor y misericordia, porque las alargaba á unos hombres ingratos y rebeldes, que titulándose fieles no han querido dar crédito á las palabras con que los llamaba á la posesion de mi bienaventuranza. Y estas mismas quejas nos dirige por el órgano de su Iglesia, cuando acercándose el tiempo en que con tanta solemnidad nos recuerda el doloroso sacrificio que consumó en la cruz para remediar nuestra desgracia, ciego de amor y deshecho en llanto nos dice: *si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* Si sabéis que os hablo la verdad mas pura y la que mas utilidad puede reportaros, ¿en qué consiste que no le dais crédito? por qué la repeléis positivamente? por qué la negáis de un modo tan expreso en vuestro corazon?

Seamos imparciales, pues que en serlo tenemos el mayor interes; ¿á quién se deben aplicar con mas propiedad estas amorosas reconvenciones de Jesucristo, al judío ó al cristiano? Aquel vivia persuadido á que Jesus Nazareno era un impostor, que trataba de engañar á las turbas, en cuyo caso nada mas natural que el que despreciara sus palabras; este confiesa y defiende que las palabras de Jesucristo son de una verdad eterna, como que son palabras del mismo Dios, y al propio tiempo les niega el asenso con sus obras: aquel pudiera responder con razon; no doy crédito á lo que me dices ser la verdad, porque

(1) *Isai. c. 55. v. 2.*

léjos de tenerla en ese concepto, la califico de ficcion é impostura; este miserable... ¿qué ha de responder sino que es un monstruo incapaz de comprenderse á sí mismo? Dirá ó deberá decir, para manifestar alguna consecuencia en su conducta, que tiene por divina la religion que revela los misterios, no la que le impone los preceptos. Pero ¡á qué absurdos conduciria tan imprudente respuesta! Una vez admitida esta separacion, no habria diferencia alguna entre el ateo y el católico. Sepárense del Evangelio los preceptos morales, que nos obligan á resistir á las inclinaciones de la naturaleza, y nadie se tomará el trabajo de impugnar los misterios de la trinidad de las personas y de la encarnacion del verbo. Dense por lícitos el orgullo, el rencor, el fraude, el asesinato, el adulterio, el robo y cuanto sugiera su pasion al hombre; sepárese del Evangelio esa providencia, ese juício, esa vida futura, esa eternidad de tormentos que tanto acibara los placeres del pecador, y yo aseguro que no habrá impiedad alguna.

El impío, dice muy bien el Profeta, niega solo la existencia de Dios, por abandonarse con mas libertad á los corrompidos deseos de su corazon. Pero ¿es posible que pueda abandonarse igualmente el cristiano que la confiesa? es posible que sea sincera su creencia? Y ¿aún se atreverá á negar que habla con él Jesucristo, cuando dice: *si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* ¿Y no será su incredulidad mas inconcebible, mas monstruosa, mas inexcusable? Ah! ¿no es esto, como dice el Apóstol, crucificar de nuevo á Jesucristo, no ya como el judío, creyendo hacer un obsequio al verdadero Dios, sino publicando que en ello le vilipendia, le ultraja, arroja por el suelo y pisa con un indigno menosprecio su sangre sacratísima? Veo que no la falta de fe, sino la de atencion á sus verdades es la que ocasiona tan abominable monstruosidad; y aunque esta involuntaria inadvertencia no sirve para excusarnos en el tribunal de la verdadera justicia; pero la Iglesia, esta sábia esposa de Jesucristo, aún tiene por recomendable en algun modo la fe de los pecadores; y por enormes y repetidos que hayan sido sus crímenes, cuando los ve ya colocados en los umbrales de la eternidad, mira su fe, y descubriendo en ella el fundamento de su esperanza y algun mérito para obtenerles el perdon y la misericordia, se la hace presente al Señor para templar sus iras y excitar su compasion. Es verdad (le dice abogando por ellos

con el interes que exige lo terrible de las circunstancias), es verdad que sus culpas son muchas y de mucha gravedad; mas tenéd presente, Señor, que toda su vida han conservado en toda su pureza la fe y la Religion que recibieron en el bautismo: *licet enim peccaverit, tamen Patrem, et Filium, et Spiritum sanctum non negavit; sed credidit, et Deum qui fecit omnia, fideliter adoravit.*

Yo no me atreveré á decir que el cristiano quiere incurrir siempre en el horrendo deicidio y execrable profanacion que le atribuye el apóstol san Pablo, cuando tiene la debilidad de sucumbir á la tentacion; ántes bien me persuado á que muchas veces ni piensa ni sospecha semejante cosa; pero es indudable que el pecado mortal lleva consigo esta deformidad. Por otra parte ¿en qué juício cabe creer que la vida está pendiente de la voluntad de Dios, é irritar su ira, para que descargue sobre nosotros el golpe terrible en las circunstancias mas críticas? ¿Creer una bienaventuranza eterna destinada exclusivamente para premio de la virtud, y aborrecer la práctica de la virtud á que está vinculada la bienaventuranza? ¿creer una desesperada eternidad de tormentos, con que sin remedio se han de castigar los pecados que no hayan sido perdonados en la vida; y abandonarse al pecado, vivir de asiento en el pecado, y no buscar con la mayor eficacia el perdon del pecado cometido? ¿creer un juício formidable, un Juez supremo, infinitamente sabio, justo, poderoso, pero del todo inexorable é inflexible; y estar provocando su furor, llamando su indignacion, arrancando de sus labios la sentencia mas funesta? Si el que de este modo se conduce, cree con sinceridad, es un ignorante, un insensato; y si tiene expedito el uso de la razon, ¿cómo persuadirnos á que cree con sinceridad? Discurriendo sin preocupacion, no puede ponerse en duda que á esta clase de cristianos dirige su voz el Salvador, cuando dice: *si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?*

Pero, ó dolor! ahora es el amor paternal quien dicta para nuestro desengaño y arrepentimiento semejantes reconvenciones; de aquí á poco tal vez las dictará para nuestro castigo y desesperacion la inexorable justicia. Considerémonos en los momentos mas críticos de tan terrible situacion. El plazo se acerca, la hora se aproxima; el Juez toca ya á nuestras puertas; su voz como de un espantoso trueno nos arranca del mundo y

hace comparecer en su presencia; sus manos omnipotentes abren bajo nuestros piés el abismo, que es el paradero del pecado, y al mismo tiempo se nos permite ver sobre nuestra cabeza la bienaventurada eternidad con que ha de remunerarse la virtud. No hay medio, no hay efugio: una de estas dos suertes va indefectiblemente á tocarnos. Para decidirla nos pregunta con severidad el Juez: *si veritatem dico vobis,* ¿por qué con vuestras obras habéis negado el asenso á la verdad, que yo me serví anunciaros con el designio de asegurar vuestra dicha? Qué podremos decir en nuestro descargo? ¿que al tiempo de pecar, no atendimos á las verdades eternas que nos lo prohibian? Efugio miserable! pues tratamos de excusar un delito con otro delito. Alegaremos la violencia de la pasion? Excusa frívola! Qué! conocemos solamente la violencia de la pasion al disculparnos con ella, y ¿no la quisimos conocer, cuando era necesario debilitarla, refrenarla, resistirla? *Sed veritas Domini manet in æternum;* pero esta verdad de la misma manera nos presenta la pasion en una que en otra circunstancia. La pasion varía con la edad, y regularmente se detestan en la vejez los desórdenes que se aman en la juventud, al paso que se aman los que se abominaban entónces: *sed veritas Domini manet in æternum;* pero esta ley, como invariable que es, prohibe igualmente y en todas épocas unos y otros delitos. La pasion se amortigua, se apaga, desaparece con la muerte: *sed veritas Domini manet in æternum;* mas esta verdad tan justamente digna de temerse no variará un ápice en toda la eternidad.

Es preciso pasar en silencio millares de reflexiones, que naturalmente se ofrecen al entendimiento del cristiano que quiere detenerse en esto algunos instantes, y concluir que hallan del todo cerrada la puerta á la disculpa los que se apartan del camino de la verdad. No les resta otra cosa que repetir ahora para confusion suya, y repetir por toda la eternidad para su tormento y desesperacion las palabras del impío: *erravimus à via veritatis.* Ah! ¡cuánto mejor seria que lo reconocieran y confesaran ahora para su desengaño, para su conversion y felicidad!

Pecadores imprudentes, *erravimus à via veritatis:* extraviados estáis del camino de la verdad, y vuestros pasos os conducen á la muerte y al infierno. Qué haceis, pues? cuál es vuestra intencion? No tratáis de buscar de nuevo la senda de la sa-

lud? ¿No queréis publicar con las obras eso mismo que creéis y afirmáis de palabra? ¿No os llena de rubor el veros comparados con ese pueblo ingrato y deicida? ¿Aún queréis continuar por mas tiempo siendo el triste objeto de las reconvenciones de Jesucristo? Eh! confesád de buena fe, y no solo con los labios, que toda la ley, todos los preceptos, todos los juícios del Señor son la misma verdad, que no habéis conocido en el tiempo desgraciado de vuestra desarreglada vida. Salíd de una vez para siempre de ese funesto letargo, en que os tienen adormecidos las pasiones, y no consintáis veros confundidos, y ser tratados acaso con mas severidad que aquel infortunado pueblo, que por su obstinacion y pertinacia incurrió en el mayor de los males, en el abandono del Dios de las misericordias. Sean vuestras obras y las de todos los que nos preciamos de cristianos, el testimonio mas auténtico de nuestra fe, si queremos gozar un dia el galardon eterno que nos tiene prometido el Dios de la verdad. Amen.

SERMON.

NO SE DEBE MENTIR NI LISONJEAR.

PARA LA DOMINICA DE PASION.

(DE CLIMENT.)

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?
Si os digo la verdad, porque no me creéis?
S. Juan, c. 8. v. 46.

Todas las veces que la majestad de Cristo predicó á los judíos, pudo hacerles esta misma pregunta, que, segun nos refiere san Juan, les hizo estando con ellos en el Templo: si os digo la verdad, por qué no me creéis? pues siempre les dijo la verdad, y casi siempre dejaron de creerle. Pero parece, que en esta ocasion con alguna mayor propiedad hizo el Señor semejante reconvencion ó pregunta, despues de haber plenamente justificado su inocencia. Porque inmediatamente ántes dijo á los mismos judíos: ¿quién de vosotros se atreverá á objetarme algun pecado? *Quis ex vobis arguet me de peccato?* que fué como decirles: tengo en mi abono el testimonio del eterno Padre, que me declaró Hijo suyo, el testimonio del Bautista, que me señaló Cordero inmaculado, y el testimonio de las estupendas maravillas que obro; y sin embargo, para que se vea mas patente ni inocencia, y la verdad de mi doctrina, me sujeto á vuestro inicuo tribunal. Aunque sois mis enemigos, estoy tan asegurado de la justicia que me asiste, que no os recuso jueces, y os admito por testigos. Ea, tomádme residencia, hacédme cargos; salga el mas lince, astuto y malicioso, averigüe, y luego diga, qué accion he cometido contra la ley? qué palabra he proferido contra la verdad? *Quis ex vobis arguet*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lud? ¿No queréis publicar con las obras eso mismo que creéis y afirmáis de palabra? ¿No os llena de rubor el veros comparados con ese pueblo ingrato y deicida? ¿Aún queréis continuar por mas tiempo siendo el triste objeto de las reconvenciones de Jesucristo? Eh! confesád de buena fe, y no solo con los labios, que toda la ley, todos los preceptos, todos los juícios del Señor son la misma verdad, que no habéis conocido en el tiempo desgraciado de vuestra desarreglada vida. Salíd de una vez para siempre de ese funesto letargo, en que os tienen adormecidos las pasiones, y no consintáis veros confundidos, y ser tratados acaso con mas severidad que aquel infortunado pueblo, que por su obstinacion y pertinacia incurrió en el mayor de los males, en el abandono del Dios de las misericordias. Sean vuestras obras y las de todos los que nos preciamos de cristianos, el testimonio mas auténtico de nuestra fe, si queremos gozar un dia el galardon eterno que nos tiene prometido el Dios de la verdad. Amen.

SERMON.

NO SE DEBE MENTIR NI LISONJEAR.

PARA LA DOMINICA DE PASION.

(DE CLIMENT.)

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?
Si os digo la verdad, porque no me creéis?
S. Juan, c. 8. v. 46.

Todas las veces que la majestad de Cristo predicó á los judíos, pudo hacerles esta misma pregunta, que, segun nos refiere san Juan, les hizo estando con ellos en el Templo: si os digo la verdad, por qué no me creéis? pues siempre les dijo la verdad, y casi siempre dejaron de creerle. Pero parece, que en esta ocasion con alguna mayor propiedad hizo el Señor semejante reconvencion ó pregunta, despues de haber plenamente justificado su inocencia. Porque inmediatamente ántes dijo á los mismos judíos: ¿quién de vosotros se atreverá á objetarme algun pecado? *Quis ex vobis arguet me de peccato?* que fué como decirles: tengo en mi abono el testimonio del eterno Padre, que me declaró Hijo suyo, el testimonio del Bautista, que me señaló Cordero inmaculado, y el testimonio de las estupendas maravillas que obro; y sin embargo, para que se vea mas patente ni inocencia, y la verdad de mi doctrina, me sujeto á vuestro inicuo tribunal. Aunque sois mis enemigos, estoy tan asegurado de la justicia que me asiste, que no os recuso jueces, y os admito por testigos. Ea, tomádme residencia, hacédme cargos; salga el mas lince, astuto y malicioso, averigüe, y luego diga, qué accion he cometido contra la ley? qué palabra he proferido contra la verdad? *Quis ex vobis arguet*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me de peccato? Ninguno de vosotros me acusa? ¿ninguno me condena reo del menor pecado, ni de la mas leve mentira? Pues por qué no me creéis? *Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* Nadie, decia Orígenes (1), puede hablar de sí mismo con igual confianza, siendo todos los hombres por nuestra naturaleza pecadores, y, segun la expresion del real Profeta, mentirosos (2). Solo Dios es esencialmente bueno, y por consiguiente veraz, y digno de ser creído en todo lo que dice. Habiendo pues probado Cristo Señor nuestro su divina inocencia con el silencioso testimonio de los judíos, los convenció de que era infalible su doctrina é injusta la incredulidad de ellos. De ahí, señores, sin violencia, y en cumplimiento de un precepto, que entiendo me obliga, tomo motivo para explicaros la fe con que debemos creer lo que Dios ha dicho ó revelado. Es pues la fe una virtud teologal y divina, porque tiene á Dios por objeto, siendo su ser y sus atributos lo que principalmente creemos. Es sobrenatural é infusa, porque no pudiendo nosotros adquirirla con las fuerzas naturales, Dios graciosa y liberalmente la infunde y comunica á nuestros entendimientos. Es la primera en el órden entre las virtudes teologales, el principio, el fundamento de la vida cristiana, sin la cual es imposible agradar á Dios. Finalmente es la fe una virtud, que nos mueve á creer lo que Dios ha revelado y la Iglesia nos propone como revelado.

Segun esto hay una gran diferencia entre la fe humana y la fe divina, porque la fe humana, con que creemos lo que los hombres nos dicen ó nos dejaron escrito, es falible, siendo ellos, como son, capaces de engañarse y de engañarnos. Pero la fe divina, con que creemos lo que Dios ha revelado, es infalible, no pudiendo el Señor, infinitamente sabio, engañarse, ni engañarnos, siendo infinitamente bueno. De suerte que es mas cierto lo que Dios ha revelado, por ejemplo, la unidad de su esencia y la trinidad de sus personas, que no el que somos hombres; porque el testimonio ó dicho de Dios es mas firme y me hace mas fuerza que todas las experimentales convincentes razones de que somos hombres. Es verdad que lo que Dios ha revelado, no es evidente, ni podemos conocerlo con la claridad con que conocemos las cosas naturales, siendo la oscuridad atributo de la fe con que lo creemos; pero la falta de evidencia no disminuye la certeza. Mas cierto es lo revelado que lo mas evidente.

(1) *Orig. in præs. cap.* (2) *Psalm.* 115. *v.* 2.

La noticia de las verdades reveladas la tenemos por medio de la sagrada Escritura y de la tradicion, porque Dios inspiró á los profetas, á los evangelistas y á otros varones justos muchas verdades, para que las escribieran; y Cristo Señor nuestro manifestó algunas á sus apóstoles, para que de palabra las enseñaran á los fieles, y así se difundieran en la Iglesia. Todas las verdades que se contienen en la sagrada Escritura ó se conservan por tradicion apostólica, son muy provechosas, segun decia san Pablo (1); pero no todas debéis creerlas con una fe explícita, esto es, con distincion, y con un conocimiento individual de cada una de ellas, porque basta que las creáis con una fe implícita, esto es, que creáis en general ser cierto todo lo que Dios ha revelado, con la preparacion del ánimo á creer determinada y distintamente cualquiera verdad, que os conste que es revelada, como sucede respecto de los artículos del Símbolo de los apóstoles, de los preceptos del decálogo, de los sacramentos y de la Oracion dominical, que es como un compendio de la doctrina cristiana. Porque os consta, que Dios reveló los artículos del Credo, impuso los diez preceptos, instituyó los sacramentos y enseñó la oracion del Padre nuestro. Todo esto pues debéis creer con fe explícita, no contentándoos con tomarlo de memoria, sino procurando entenderlo del mejor modo que os sea posible segun vuestra capacidad.

Ciertamente es culpable y pernicioso el descuido, que muchos tenéis de instruiros en lo que debéis saber como cristianos, porque tal vez seréis muy sabios en filosofía, en matemáticas, medicina, jurisprudencia é historia; emplearéis muchos ratos en leer libros de novelas nocivos ó inútiles, y os daréis por satisfechos con una idea superficial de nuestra Religion, que adquiristeis cuando niños por un corto catecismo, bueno para niños. Qué lastima! ¿cuál será la causa de este descuido? Será lo que se dice de la fe del carbonero? Y porque le baste al carbonero por su rudeza un limitado conocimiento de la doctrina cristiana, ¿os bastará acaso á vosotros, que sois mas capaces y mas ilustrados? ¿Será la causa el miedo de caer en algun error

(1) I. *ad Tim. c* 3. *v.* 16.

con el estudio de nuestra Religion? No hay que temer, porque no es nuestra Religion, como la de los gentiles, que estribaba en las fábulas, que fingieron los poetas de sus falsos dioses; pues tiene por fundamento el testimonio de los profetas y de los apóstoles, unidos entre sí con la piedra angular Cristo Señor nuestro. De modo que cuanto mas ahondéis con la meditacion, tanto mas descubriréis su firmeza y os fortaleceréis en la fe. Singularmente cuando yo no pretendo, que todos indistintamente leáis los libros de controversias, que en otros países trabajan y dan á luz varones eminentes en virtud y sabiduría para defender los dogmas católicos contra los herejes: solamente deseo y os ruego, que leáis la *Explicacion del símbolo de la Fe*, el *Memorial de la vida cristiana* y la *Guia de pecadores*, que escribió en lengua vulgar el venerable Fr. Luis de Granada, para que todos los españoles pudieran aprender los principios y consecuencias de la mas sublime ciencia cristiana.

Aprovechâos, señores, del trabajo de este gran maestro de espíritu y de la verdadera elocuencia, que al mismo tiempo que deleita, instruye y persuade la virtud. No tengáis miedo de caer en el error, dirigiéndoos la guia mas segura. Sin duda será la causa de vuestra vergonzosa ignorancia la tibieza, la flojedad y el demonio, que habiendo endurecido el corazon de los judíos, para que no creyeran lo que les decia Jesucristo, cierra vuestros oidos, para que no oigáis, y vuestros ojos para que no leáis la mas saludable doctrina. Bien pudiera pues reprenderos por esta parte, sin desviarme del Evangelio; porque no son ménos culpables los cristianos ignorantes, que los judíos incrédulos. Mas persuadido de que os he dado bastante luz para vuestro desengaño, pienso esta mañana exhortaros á que no digáis mentiras, y á que digáis verdad; porque infundir en nuestros corazones el amor de la verdad, fué el principal asunto, que se propuso Jesucristo en nuestro Evangelio. Juzgo que es de suma importancia, y os pido que me oigáis con atencion.

PRIMERA PARTE.

Aunque el demonio se complace en todos los pecados de los hombres, como quien envidioso de nuestra dicha quiere que por todos los medios posibles seamos compañeros de su desgracia; no obstante le merece especial cariño la mentira. Porque inmediatamente despues de su creacion se agradó de la mentira, aborreció la verdad, ó, segun se explica Jesucristo en nuestro Evangelio, no permaneció en ella: *In veritate non stetit.* Ingrato á los beneficios que Dios acababa de hacerle, produciéndole la mas noble y excelente entre las criaturas, se mintió ó fingió igual á su Criador, rebelde le negó la obediencia, y cayó de la mas alta cumbre de la felicidad al mas profundo abismo de la miseria, con asombro del profeta Isaías, que atónito pregunta: cómo caiste, Luzbel, hermoso lucero de la mañana? (1) *Quomodo cecidisti de coelo, Lucifer, qui mane oriebaris?* Pero no escarmentó con el castigo, ni es capaz de enmienda el demonio, pues no pasaron muchos dias hasta que se introdujo en el Paraíso, y disfrazado de culebra, engañó á nuestros primeros padres, diciéndoles, que si comian de la fruta del árbol prohibido, serian como unos dioses perfectamente sabios; con lo cual logró quitarles la vida de la gracia original, y con ellos á todo el género humano, granjeándose el nombre de homicida que le da el Señor: *Ille homicida erat ab initio* (2).

Como le salió tan bien la primera mentira, no ha cesado el demonio desde entónces hasta ahora de valerse de ella para engañar á los hombres. Engañó á los idólatras, induciéndolos á que adoraran á los troncos y á los mármoles, ó por mejor decir, á él mismo en aquellos simulacros: engañó muchas veces á los Israelitas apartándolos del culto del verdadero Dios: engañó entre los cristianos á los herejes, sugiriéndoles falaces argumentos contra la verdad, como de sí mismo confiesa Lutero con horror é ignominia de sus secuaces. Por eso san Pablo llamó á las herejías doctrinas diabólicas (3). Y por lo mismo nuestro divino Maestro, considerando que el demonio inventó la mentira y la conserva en el mundo, le llamó padre de la mentira: *Mendax est et pater mendacii.*

Qué infame y villano orígen tiene la mentira! Y ¿habrá entre los cristianos, que reciben en el bautismo el honor de hijos de Dios, quien ame á la mentira, hija del demonio? Pluguiera á Dios no hubiera tantos, como ponderan los santos Padres, contemplando desterrada del mundo á la verdad. Y por poca reflexion que hagamos, conoceremos fácilmente, que hay tan-

(1) *Isai. c. 14. v. 12.* (2) *Joann. c. 8. v. 44.* (3) *Ad Tim. c. 4.*

tas mentiras como pecados, faltando á la verdad todos los que pecan; porque ó no juzgan de las cosas como son en sí, ó no se conforman en sus obras con el recto dictámen de la razon. Por este motivo decimos, que la mentira trasciende á todas las especies de pecados, pues el pecado, segun la frase de la Escritura, significa mentira.

Pero dejemos á parte la mentira del corazon y de las obras, de que hablan los sagrados intérpretes en la exposicion de nuestro Evangelio, y contrayéndonos á la mentira de la lengua, oigamos cómo la define san Agustin (1) en el largo libro, que escribió contra ella, para que conociendo su fealdad, la aborrezcamos y amemos á la verdad. *Mentir*, dice el santo, *es enunciar lo falso con ánimo de engañar*. Y el angélico doctor santo Tomas (2), explicando estas palabras, advierte, que cuando decimos una cosa falsa con la inteligencia de que es verdadera, no mentimos, nos equivocamos; pero cuando decimos lo que es falso ó lo que es verdadero, con el conocimiento de ser falso mentimos; y si se añade la intencion de engañar, tiene su última maligna perfeccion la mentira.

Confieso, señores, que es comun y muy sabida, esta doctrina; pero no me ha parecido omitirla, así porque debo atender á la instruccion de todos mis oyentes, como para que reparando mejor en que son pocos los que dicen lo que sienten, os lamentéis con nuestro gran prelado santo Tomas de Villanueva, (3) de que es infinito el número de los que mienten. Mienten los avaros, para acrecentar sus caudales; mienten los lascivos, para lograr los torpes gustos que apetecen; mienten los ambiciosos, para adelantar su fortuna; mienten los vanos, para granjearse aplausos; mienten todos los pecadores é imitan al demonio, valiéndose de la mentira para conseguir sus depravados fines. Mienten unos por juego, y su mentira es jocosa: mienten otros para su provecho, y su mentira es oficiosa: mienten aquellos en daño de sus prójimos, y su mentira es perniciosa. Mienten muchos sin saber por qué, por costumbre tan arraigada en ellos, que no prometen, no cuentan cosa alguna, no hablan que no mientan.

Pues que no es pecado la mentira? — Cómo si es pecado,

(1) *Aug. lib. 4. de mend.* (2) *Th.* 2 2. *q.* 110. *a.* 1.
(3) *Th. à Villan. Ser. Dom.* 2.

oyentes mios? contra la ley natural. Porque las palabras son por su naturaleza señales de los conceptos que tenemos en nuestra mente, al modo que las imágenes lo son de los originales; y así como los pintores pecan contra las reglas del arte, cuando sus imágenes no se asemejan á sus originales, así tambien cuando nuestras palabras no se conforman con nuestros pensamientos, pecamos contra su institucion y contra la razon natural. De ahí infiere santo Tomas (1), que por ningun título es lícito mentir, ni por divertir á nuestros amigos, ni por divertirnos, ni por librar de la muerte á nuestros prójimos, ni por librarnos á nosotros mismos, porque la mentira es intrínsecamente mala, y jamas se puede obrar mal, para que nos venga algun bien. Y así lo entendieron los gentiles con sola la luz natural, pues á mas de enseñarlo Aristóteles en su *Filosofia moral* (2), muchos griegos y romanos tuvieron tal respeto á la verdad, que ni por juego ni por conveniencia alguna faltaron á ella. Y solamente porque los farsantes se fingen otros de lo que son, se opusieron á las representaciones de teatro, temerosos de que sus paisanos no aprendiesen á ser dobles, disimulados y mentirosos.

Tan severos fueron los mismos infieles; y entre los cristianos, que somos discípulos de un Maestro, que es la verdad misma, y que en todo el discurso de su predicacion no hizo otro que exhortarnos al amor de la verdad, ¿entre los cristianos ha de tener abrigo la mentira? ¿ha de haber quien diga: una mentira leve qué mal hace?—Qué mal hace? Os quita el crédito, la estimacion y el derecho, que ántes teniais para ser creídos. Qué mal hace? Perturba la república, inquieta el ánimo, atormenta el juício, que no sabe si habláis de veras ó de burlas, si decís verdad ó mentira, sucediéndonos, cuando tratamos con mentirosos, lo mismo que cuando andamos por un camino resbaladizo y escabroso. Qué mal hace? preguntáis. Hace á Dios una injuria, y á vuestras almas un mal, que parece irreparable, pues rara ó ninguna vez vemos, que se enmienden los mentirosos. Con este conocimiento, padres y madres de familias, no sufráis, que vuestros hijos en sus primeros años se habitúen á decir mentiras: castigádlos con rigor, y perdonadles una y mil veces cualquier falta, como ingenuos y veraces la confiesen.

(1) *Q. cit. a.* 3. (2) *Arist. 4. Ethic. c.* 7.

Es verdad que las mentiras jocosas y oficiosas son pecados veniales; pero ¿dejan de ser pecados vergonzosos y funestos á nuestras almas? ¿Dejará Dios de tomarnos estrecha cuenta de tales mentiras, amenazándonos por san Mateo, que nos la pedirá de todas las palabras ociosas, aunque sean conformes á la verdad? Confundámonos, señores, y mas á vista de la pena que en el libro de sus *Retractaciones* mostró tener san Agustin de los pecados de su lengua (1). Porque san Agustin, que no habló sino para predicar y defender la verdad, teme haberse excedido; y nosotros, que hablamos á todas horas, fuera de propósito, de asuntos inútiles, ¿no tememos ofender á Dios? Vana seguridad! Porque en sentir de Salomon, es imposible que los habladores ó locuaces no pequen muchas veces (2). *In multiloquio non deerit peccatum.* Y es casi imposible, que la lengua precipitada ó ligera no sea dolosa, segun nos dió á entender David (3): *Dilexisti omnia verba præcipitationis, lingua dolosa;* y por consiguiente deslizándose en palabras y mentiras oficiosas, es fácil que caiga en las que son perniciosas y pecados mortales.

No en vano el real Profeta le pedia á Dios con la mayor instancia, que pusiera en sus labios la guarda y fuerte candado de la circunspeccion, y que jamas apartara de su boca á la verdad (4): *Ne auferas de ore meo verbum veritatis usquequaque.* Y la Iglesia, luego que comienza á orar por la mañana, pide al Señor, que modere, ate y refrene nuestra lengua: *Linguam refrœnans temperet.* Porque segun dice Santiago (5), es la lengua, como una bestia feroz, que suelta causa los mayores estragos. Es, continúa este apóstol, aunque una de las partes mas pequeñas de nuestro cuerpo, bien empleada, la mas útil; mal empleada, la mas dañosa. Semejante al timon, que siendo un pequeño pedazo de leño, movido de la mano de un hombre, arroja hácia un escollo, ó dirige hácia el puerto al monte de madera que fluctúa entre las ondas; semejante á una pequeña rueda, que haciendo mover una gran máquina, abate ó levanta el cuerpo mas pesado. ¡Feliz, sabia la lengua, cuando la verdad y la caridad la mueven; infeliz, ignorante, cuando la mueven la mentira y la pasion! ¿Queréis saber, señores, por lo claro,

(1) *Aug. lib.* 1. *Retract. in prol.* (2) *Prov. c.* 10. *v.* 19.
(3) *Psalm.* 51. *v.* 6. (4) *Psalm.* 118. *v.* 43. (5) *Jac. c.* 3. *v.* 5. *et seqq.*

que es la lengua de un mentiroso? Esta definicion la da el apóstol Santiago: *Universitas iniquitatis* (1), una universidad ó escuela, en que se enseñan, aprenden y practican las iniquidades.

En efecto, ¿qué injusticias no comete la lengua de un mentiroso maldiciente? Quita el honor y la fama á sus prójimos; quita la hacienda y aún la vida á los inocentes: en nada repara, todo lo atropella. Ni el mismo Dios hecho hombre pudo librarse de que los judíos le llamaran samaritano, endemoniado, y le levantaran mil falsos testimonios para quitarle la honra y la vida. ¡Bienaventurados vosotros, diré con el Eclesiástico, si os preserváis de las malas lenguas! (2) *Beatus qui tectus est à lingua nequam!* Pero siendo imposible, mejor diré con el mismo, procurád no caer con la lengua, injuriando á vuestros prójimos, para que no se haga mortal é irremediable vuestra caída: *Attende, ne forte labaris in lingua..., et sit casus tuus insanabilis in mortem* (3). Tenéd gran cuidado con vuestras lenguas: es inminente el peligro de caer en la maledicencia, porque el orgullo, la avaricia, la envidia, enemigos domésticos, y el demonio, el mundo, vuestros amigos, enemigos externos, os incitarán á que habléis mal de vuestros prójimos: *Attende, ne forte labaris in lingua.*

Ponéd gran cuidado en vuestras lenguas, no sea que cayendo en algunas mentiras perniciosas, no podáis levantaros: *Et sit casus tuus insanabilis ad mortem.* ¿Ejecutaréis acaso lo que es de vuestra obligacion, para satisfacer la injuria que hicisteis á vuestros prójimos? ¿Tendréis valor para desdeciros y desmentir lo que dijisteis en desdoro suyo, para ser reputados por ligeros y calumniadores? Y bien que por salvaros hagáis lo que os mande un confesor sabio y zeloso, ¿conseguiréis restituir la fama que quitasteis? El mundo, que con facilidad cree lo malo y con dificultad lo bueno; el mundo, que por autorizar sus desórdenes, se alegra de los escándalos; el mundo perverso, digo, ¿se desengañará, cuando vosotros digáis que os engañasteis? Los unos pensarán que algun respeto, y los otros que la conveniencia propia os hace mudar de lenguaje. Pues ¿cómo volveréis la honra que robasteis á vuestros prójimos? ¿Cómo repararéis el daño que ocasionasteis, haciendo perder con calumnias

(1) *Ibid. v.* 6. (2) *Eccli. c.* 28. *v.* 23. (3) *Ibid. v.* 30.

á aquella mujer un casamiento, á aquel hombre un empleo? cómo blanquearéis al que denigrasteis? Es sumamente difícil, y la misma dificultad del remedio hace mas horroroso el daño, y mas grave, mas mortal vuestra culpa.

Sin embargo entiendo, que aún son mayores que estos los perjuicios, que ocasionan los que mienten lisonjeándonos, ó diciendo de nosotros el bien que no tenemos. Todos nos quejamos de la malignidad del que reprende nuestras acciones, y tal vez tendrá mucha razon para reprenderlas, como notoriamente malas y escandalosas; pero no nos quejamos de tantos que lisonjean nuestras depravadas pasiones, siendo así que este daño es tanto mas nocivo, cuanto mas halagüeño y ménos sensible; tanto mayor, cuanto los bienes temporales de vida, honra y hacienda, que nos quita el maldiciente, son inferiores á los bienes de la gracia y de la gloria, que nos quita el lisonjero, aplaudiendo nuestros defectos y fomentando nuestros vicios. La lengua de los lisonjeros es con toda propiedad una universidad de iniquidades: *Universitas iniquitatis.* Y ellos son malvados hipócritas, tentadores, segun dijo Cristo nuestro Señor por san Mateo á los escribas y fariseos (1): *Quid me tentatis, hypocritæ?* Los judíos en nuestro Evangelio se mostraron maldicientes; en otras ocasiones lisonjeros. Y es muy regular en los hombres falsos y mentirosos, como dice santo Tomas de Villanueva, el tránsito de la maledicencia á la lisonja, mudándose, segun lo pide su conveniencia, que es el único depravado fin que se proponen. Pero distingamos dos especies de lisonjeros, pues los unos lo son por inconsideracion, y los otros por malicia. Por inconsideracion son lisonjeros aquellos, que se empeñan en decir que todos los hombres son buenos. Llevan al suplicio á un asesino, y dicen, que lo tienen por inocente, sin reparar que con esto hacen delincuentes á los testigos que depusieron, ó á los jueces que le condenaron. Ven una accion evidentemente torpe, y se ingenian cómo disculparla, sin advertir que con esto inducen á los que les oyen, á que hagan otro tanto. No es esa conducta conforme á la caridad, cuyo zelo nos obliga á declamar contra las públicas maldades. No es conforme á la justicia, pues da al vicio las alabanzas, que solamente se deben á la virtud. Y no ménos mienten, no ménos amenaza Isaías á los que llaman bueno á lo

(1) *Matth. c. 22 v. 18.*

malo, que los que llaman malo á lo bueno (1). *Væ qui dicitis malum bonum, et bonum malum.* Hacéd madura reflexion, oyentes mios, ántes de culpar ó de alabar á vuestros prójimos: no seáis inconsideradamente lisonjeros.

Los lisonjeros de malicia adulan con ánimo de engañarnos; y de esta especie de lisonjeros está lleno el mundo. Porque entrád en los palacios, y veréis como están muy de asiento, labrando con su fortuna la ajena desgracia, y aún la de sus mismos príncipes, á quienes lisonjean. Y si no, dígalo el hijo de Salomon (2), que por seguir el consejo de unos jóvenes lisonjeros, apartándose del dictámen de los ancianos prudentes, perdió el dominio de las diez tribus de Israel. Otros muchísimos monarcas os acordara, que dejaron á la posteridad la mas infame memoria por culpa de sus áulicos aduladores, si no me hiciera cargo de que os importa mucho mas el conocimiento de las lisonjas que tenemos presentes. Entrád en las casas de los poderosos y de los hombres de medianas conveniencias, y veréis que criados, criadas y cuantos las frecuentan, alaban la educacion de unos niños, que se crian sin enseñanza y sin temor de Dios; aplauden como chiste al desacato, como gracia la desvergüenza; y ciegan á sus padres con el humo del impuro incienso que les tributan. Entrád en una sala de visita, y veréis á los piés de una mujer á uno ó mas hombres, que intentan persuadirle que es una deidad: ella por lo que ve y por lo que oye, llega á creerlo; y á pesar de la impureza que indignamente la abate, se pone mas vana y soberbia que Luzbel. En cualquier parte oiréis, que al avaro le dicen, que es cordura atesorar riquezas; al pródigo, que es generosidad gastar toda la renta y algo mas en gulas y convites; al vengativo, que es punto de honra tomar satisfaccion de la ofensa. Todo está inficionado con el pestilente aire de la lisonja.

Pero no me atreviera á entrar en los templos, si no me introdujera en ellos santo Tomas de Villanueva (3). No me atreviera, digo, á hablar lo que voy á decir, si un santo tan circunspecto, para enseñar á sus oyentes el cuidado que deben poner en la eleccion de confesores, no hubiera predicado en uno de sus sermones lo que pasa en el tribunal de la penitencia. ¿Qué tiene

(1) *Isai. c. 5. v. 20.* (2) III. *Reg. c. 12.*
(3) *Th. à Villan. Fer. 6. post Dom. quad.*

perdida la cristiandad, pregunta, sino la blanda lisonja de algunos confesores? No reparan en decir á sus penitentes: no os aflijáis; es de hombres el pecar; pero es fácil conseguir el perdon. Ya os habéis confesado, ya estáis absueltos; vivíd alegres: recibisteis con los sacramentos la gracia; sin duda alcanzaréis la gloria. — Así impíamente piadosos y piadosamente impíos no inspiran el dolor y la compuncion que debieran, ni imponen las penitencias correspondientes á la gravedad de las culpas; así con la blandura de sus palabras quitan el horror á los pecados; así con una paz engañosa calman los remordimientos de la conciencia; así con vil condescendencia fomentan los vicios y se hacen cómplices de los delitos ajenos.

¿Á quién compararé, continúa el santo, á estos lisonjeros? Á aquel que desde la orilla de un rio caudaloso alarga la mano al que se ahoga, y no teniendo fuerzas para sacarle, cae en las aguas, y perecen los dos juntos. Y con no menor propiedad compara Orígenes á todos los lisonjeros con los magos de Egipto, que por complacer á Faraon, trasformaron con sus encantos las varas en culebras; pero jamas pudieron con otros encantos reducir las culebras á la primera figura de varas. Pues así mismo los lisonjeros quitan con el hechizo de sus mentiras á las almas su inocencia; mas no pueden, ó es tan difícil restituirla, como lo es su desengaño. Sin embargo, oyentes mios, si fuisteis lisonjeros, para alcanzar el perdon debéis ser desengañadores; y aunque no lo hayáis sido, estáis obligados á decir la verdad y desengañar á vuestros prójimos.

SEGUNDA PARTE.

¡Terrible empeño haber de decir la verdad á los que están bien hallados con el engaño! Siempre ha sido arriesgado decirla, y siempre los que la han dicho, han padecido persecuciones y muertes. Porque ¿qué motivo tuvieron los atenienses para quitar la vida á Sócrates y Focion, los dos hombres mas de bien que conoció la antigüedad, sino que les decian la verdad? Y esto no solo sucedió en el pueblo infiel, sino tambien en el judaico, pues los judíos mataron cruelmente á Isaías. Y Elías, Eliseo, Miquéas, Jeremías, el Bautista y cuantos les dijeron la verdad, ¿qué cárceles, qué destierro, qué suplicios no padecieron? Hasta san Pablo, tan querido de los cristianos de Galacia,

llegó á ser aborrecido, como enemigo, apénas se puso á escribirles la verdad: *Inimicus factus sum vobis verum dicens*. Hasta san Juan Crisóstomo, tan benemérito de la cristiandad, incurrió en la ira de la emperatriz Eudoxia, y murió desterrado por decirle la verdad. Sobre todo (pues fuera nunca acabar, si hubiera de contar todos los mártires de la verdad) á Jesucristo bienhechor universal, le apedrearon en este dia sus mas favorecidos, porque los estrechaba á que creyeran la verdad, y continuando en decirla, no tardaron á crucificarle.

No bastará pues no mentir ó callar? ¿No bastará, que los ministros del Señor digan en los púlpitos y confesonarios las verdades desnudas? ¿No bastará, que cuando nos preguntan, si una accion es buena ó mala, digamos la verdad? ¿Por ventura estamos obligados, cuando sabemos que nuestros prójimos pecan, á desengañarlos, sin que nos pidan consejo? Sí, cristianos oyentes mios; y esta obligacion nace del precepto de la correccion fraterna, que nos impuso Cristo Señor nuestro por san Mateo (1), y tiene su orígen en aquellos dos máximos preceptos del amor de Dios y del prójimo. Porque en fuerza del amor de Dios debemos, no solo no ofenderle, sino desear que nadie le ofenda, sentirlo y procurar impedirlo. Si no experimentamos en nuestro corazon estos afectos, decia san Juan Crisóstomo, no amamos á Dios, como no aman á su rey aquellos vasallos que sufren que otros le injurien; ni aman á su padre los hijos, que no solicitan que sea honrado y venerado de todos. Porque el mismo amor de Dios naturalmente nos impele á zelar su honor, y á reducir á su obediencia y servicio á los pecadores rebeldes, siendo nuestra inaccion ó indiferencia argumento claro de que no le amamos. ¿Es bueno que la tierra se abre para vengar las blasfemias de Coré, de Datan y de Abiron, que el sol se pára en medio de su carrera, para que Josué venza á los amorreos; que la luna y las estrellas pelean contra Sísara, porque en aquel castigo y en estas victorias se interesaba la gloria de Dios; é interesándose mucho mas en la conversion de los pecadores, nosotros, mas insensibles que las criaturas inanimadas, no hemos de procurar vencerlos con la razon, y desengañarlos con la verdad? No amamos á Dios de corazon.

Ni amamos á nuestros prójimos, si no los desengañamos y corregimos. Porque ¿no es mas lamentable la miseria de los

(1) *Matth. c.* 18.

pecadores, que la hambre y desnudez de los pobres? ¿No son mas apreciables los bienes de la gracia, de que están privados aquellos, que los de la fortuna de que carecen estos? ¿No estamos mas obligados á socorrer las necesidades espirituales que las corporales? Qué nos exime de esta obligacion? Que no es negocio nuestro, diréis, la salvacion ajena, sino la propia.—Pues de quién será negocio? ¿Será negocio del demonio, enemigo del género humano? ¿será negocio de los relajados, que en lugar de enmendar, escandalizan, pervierten á sus prójimos con sus depravadas costumbres? No es negocio nuestro? Eso respondió Caín, cuando Dios le preguntó de su hermano Abel. Qué sé yo? dijo: por suerte soy guardia de mi hermano? Eso respondieron los judíos, cuando Júdas les confesó que habia vendido la sangre del justo. Qué se nos da á nosotros, dijeron: este es negocio tuyo: *Quid ad nos? tu videris.*

Negocio es vuestro, piadosos oyentes mios, la salvacion de vuestros prójimos; y el Señor os hará cargo en el tribunal de su juício de los que se condenaron por vuestra negligencia en desengañarlos. ¡Ah, qué desgracia será la vuestra, pusilánimes contemplativos, cuando en el infierno digáis con las palabras de Isaías: ay de mí! que he callado, cuando debiera hablar! *Væ mihi, quia tacui.* No, Dios mio, no lo permitáis: dadme luz, para que pueda entender y explicar brevemente, cuándo y cómo insta vuestro sacrosanto precepto de la correccion fraterna. Su materia, señores, son los pecados de nuestros prójimos ocultos y no enmendados. Ocultos; porque si son públicos y escandalosos, toca á los superiores castigarlos. No enmendados, como son los que han cometido nuestros prójimos, y están en disposicion de volver á cometer; porque si están arrepentidos, es por demas la correccion.

Las condiciones que se requieren, son, que tengáis noticia cierta de los pecados, esperanza de la enmienda y oportunidad; y principalmente se requiere una gran prudencia, para atender á la edad, al genio y al estado de los pecadores, porque á unos debéis corregirlos con aspereza, á otros con blandura. Á los poderosos que no cuidan de educar bien á sus hijos, podéis acordarles el ejemplo del insigne emperador Teodosio, que se llevó de Roma á Constantinopla al grande Arsenio para maestro de sus hijos; y así de otros ejemplos de varones ilustres en las virtudes opuestas á los vicios de nuestros prójimos. Al modo que el profeta Natan con un símil ingenioso hizo conocer y llorar á David la gravedad de sus pecados, así acomodándoos al tiempo y á las circunstancias de los pecadores, venceréis su obstinacion. No os amedrente la dificultad: Dios os asistirá con su poderosa gracia. No os asuste que el mundo os tenga por místicos, inciviles, por enemigos: Dios os tendrá por verdaderos amigos suyos y de vuestros prójimos, en quienes vuestra correccion hará mas fruto que muchos sermones.

¡Oh, qué mérito tuvierais, señores, qué gloria fuera la vuestra, si lograrais desengañar y corregir á los pecadores! Hicierais con ellos lo mismo que con Lot hizo el ángel, que le sacó de Sodoma; lo mismo que Rafael con Tobías; lo mismo que con san Pedro hizo el otro que le libró de la cárcel. Fuerais no ménos, segun se explica el real Profeta, que protectores de las conquistas de Jesucristo: *Protector salvationum Christi sui* (1). ¡Qué gloria fuera la vuestra, señores, si como la sábia Abigaíl, contuvierais la insensatez de un Nabal; si como la generosa Ester, aplacarais la cólera de un Asuero; si como la esposa de los Cantares, corrigierais á vuestras hijas, amigas y criadas. Veníd, os diria, á llevaros los despojos de los leopardos y tigres que amansasteis: veníd á coronaros con la corona, que vuestro esposo Jesus tiene destinada para los que recobran una de las almas que redimió con su sangre.

Á eso aspiramos, Dios mio, á ver en vos la verdad misma, y á alabaros por toda una eternidad. Y para conseguirlo, cerrád nuestra boca, Señor, para que no diga mentiras; abrid nuestros labios, para que digan la verdad: perdonádnos el mal uso que hemos hecho de nuestra lengua. Confesamos que con razon os quejáis de que amamos la vanidad y buscamos la mentira: *Ut quid diligitis vanitatem, et quæritis mendacium?* Nos dolemos de haberos ofendido con la lengua, con los oídos, con el corazon, con todas las potencias, que nos disteis para emplearlas en vuestro servicio. Y mas á vista de estos altares, que enlutados, y del estandarte de la cruz que enarbolado nos acuerda la cruel afrentosa muerte que padecisteis en defensa de la verdad y por nuestro amor. Y siendo la causa nuestros pecados, los aborrecemos con toda el alma: nos pesa de haberlos cometido: prometemos amaros y serviros hasta la muerte, para gozaros en el cielo por todos los siglos de los siglos. Amen.

(1) *Psalm.* 27. *v.* 8.

HOMILÍA.

LA INCREDULIDAD NACE DE LA PERVERSIDAD DEL CORAZON.

PARA LA DOMINICA DE PASION.

(DE GONZÁLEZ.)

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?
Si os digo la verdad, por qué no me creéis?
S. Juan, c. 8. *v.* 46.

La impía pertinacia con que los fariseos persiguieron á Jesus Nazareno, por no verse precisados á observar la ley que les promulgaba, y cuya verdad y justicia tan evidentemente les habia demostrado, se ve hoy reproducida en la pérfida obstinacion con que los presumidos filósofos rechazan la revelacion divina, y contra la que se han conjurado con el objeto de eludir el cumplimiento de los preceptos que Dios les ordena por ella: en cuyo caso, ¿cuándo interesará mas el presentar á la consideracion de los fieles los motivos de su creencia? No se me oculta que esta misma verdad puede darse por ofendida al ver que emprendo su apología con peligro de desfigurarla, despojándola de su belleza y atractivos; conozco igualmente que no soy enviado como los apóstoles á unas gentes incircuncisas, rebeldes y obstinadas en resistir al espíritu de la verdad, y sí á un concurso verdaderamente católico; confieso en fin mi osadía, al tomar á mi cargo tan ardua empresa; pero las palabras que acabáis de oir del Evangelio de san Juan, el poderoso ascendiente que va tomando la impiedad, que cual mortífero contagio cunde por todas partes, progresa en todas las naciones,

se llena de arrogancia con sus conquistas, y amenaza insolente devorar al universo, y principalmente las enormes desgracias que han afligido á la España por la imprudencia de algunos que se dejaron seducir al silbido de una falaz elocuencia; todo esto me alienta, y como que me impele á arrostrar todas las dificultades. Espero pues que no llevaréis á mal que procure excitar vuestro celo para la persecucion de ese monstruo, recordándoos en pocas palabras su orígen infame y sus terribles efectos; y que trate de averiguar la causa de haberse levantado tantos y tan encarnizados enemigos contra la doctrina de Jesucristo, siendo tan santa y verdadera, para que conocida su intencion, hagáis por arrancar hasta la última raiz del mal, que si continúa, nos conduce á una ruína inevitable.

Yo, Señor, no vengo con el objeto de buscar mi propia gloria; deseo solo promover el honor de vuestra Religion y divinidad: empresa temeraria, como he dicho, si no supiera que vuestra providencia la cometió primero á unos débiles, ignorantes y miserables pescadores. Cuando ménos lo pensaba, he sido llamado á continuar esta funcion de su elevado ministerio á la capital de España, como ellos lo fueron para todo el mundo, y confío en que de un modo semejante me enviaréis vuestro divino Espíritu, para que ilumine mi entendimiento. Así os lo suplico encarecidamente por la intercesion de vuestra Madre santísima. *Ave María.*

Ninguno que sea capaz de discurrir, y discurra sin preocupacion, dudará jamas que la ceguedad verdadera ó aparente del entendimiento en los incrédulos procede por lo regular de la perversidad de su corazon. Quisieran que no hubiera ley alguna, desearian que no hubiese legislador; y de aquí pasan á negar su existencia. Son demasiado terminantes las palabras que en prueba de esto dirige el Salvador á los judíos: vosotros, les dice, no queréis abrazar mi doctrina, *quia ex Deo non estis.* En esto se distingue el espíritu de la verdad del espíritu del error. Los mundanos, los que tienen sepultado en la tierra su corazon y sumergida su alma en el inmundo cieno de los placeres sensuales, estos miserables resisten siempre á la verdad; resisten á las palabras saludables de Dios, que es la verdad misma; estos se someten gustosos al vergonzoso yugo de Lucifer,

se complacen en escuchar sus lisonjeras promesas, sus voces engañosas de felicidad; y de aquí pasan á imitar las detestables obras de este, á quien reconocen por padre: *vos ex patre diabolo estis.*

Aquellos insensatos, dice el Apóstol, que cerrando los oídos á los clamores de la conciencia, se abandonan á las infames pasiones de la codicia, de la sensualidad y disolucion, son los que envuelven sus entendimientos en las densas tinieblas del error, inhabilitándolos para percibir la claridad hermosa de la verdad y de la Fe, porque han endurecido primero su corazon en los desórdenes que aquella condena.

Pero no quiero ocuparme en aglomerar testimonios, sí mas bien en examinar de cerca la conducta del incrédulo, comparándola con la de los malignos fariseos. Si atendemos á las exquisitas diligencias que practican para informarse de lo ocurrido con el ciego de nacimiento, nos dejaremos seducir creyendo, que su objeto es averiguar la verdad de aquel milagro para decidirse por su autor; mas cuando los vemos resueltos á quitar la vida á Lázaro, porque era una prueba la mas demostrativa de la omnipotencia de quien le habia resucitado, ya no podemos dudar que son unos pérfidos enemigos de la verdad, que no tansolo le cierran obstinados y pertinaces las puertas de su corazon, sino que ademas hacen todos los esfuerzos posibles por impedir que la conozcan y abracen los demas. Del mismo modo los herejes, cuando hacian disimuladamente la guerra á alguno de los mas sublimes misterios, oponiendo las dificultades insuperables, las aparentes contradiciones en que se estrellaba á cada paso la razon, pudieran tal vez persuadirnos á que, deslumbrados con un vano fantasma de verdad y sabiduría, trabajaban de buena fe por averiguar la doctrina verdadera y poder prestarle un asenso firme: no así ahora que se ha descorrido el velo con que en algun tiempo ocultaban sus infernales proyectos. En nuestros dias no se hace la guerra á los misterios, cuya creencia exige el sacrificio mas completo de una razon orgullosa; se impugnan las verdades que por su solidez se han hecho palpar por los hombres de todos los tiempos y países; se ataca la verdad en sí misma. Ya no se contenta el incrédulo con negar un misterio por la dificultad que contiene; opone á él otros que solo pueden haberse forjado en el mayor acceso de un frenético delirio, y que es absolutamente imposible que crea

él mismo. El necio materialismo, el fatalismo, el monstruoso aborto de negar la existencia de los cuerpos, cuantos absurdos han podido inventar los antiguos filósofos, toda vez que han intentado apurar los misterios de la naturaleza; todo, todo lo ha reunido con el mayor esmero la filosofía moderna, añadiendo sus imposturas é invenciones, para negar la Providencia, la revelacion, la inmortalidad del alma, la existencia de Dios y de su ley.

Yo no sé por qué monstruosa inconsecuencia el filósofo, despues de haber entronizado su razon, la deprime hasta destruirla completamente, consumiendo su talento en querer persuadir al hombre que nada absolutamente puede saber, que es muy dudoso su orígen, é imposible de preverse su fin; que no puede averiguarse si hay en él una sustancia espiritual, ó si es todo materia como el bruto; que aún no ha llegado á apurarse si goza de libertad, ó si obra necesitado por su misma naturaleza ó á manera de un autómato, por una fuerza extrínseca que él no descubre; que nadie puede estar seguro de que existen fuera de su fantasía esos seres que se le presentan como reales. Y ¿á dónde os parece que se dirigen unas dudas tan indecorosas á la razon, tan depresivas de la dignidad del hombre? A dónde? Admiremos la sinceridad de los nuevos sabios: pretenden conducirnos á una duda universal, para poder inferir con la mas completa seguridad, que no hay Providencia, que no hay Religion, que no hay Dios, que no hay ley.

Hé aquí en dos palabras el motivo por que se resisten los incrédulos á la doctrina del Evangelio; porque les impone la obligacion de someterse á la ley, de sacrificar su orgullo, de reprimir sus pasiones, de violentar sus deseos; porque quieren vivir sin temor, sin remordimientos, sin trabas de ninguna especie.

Se levantó el insensato contra Dios, y para seducir á sus semejantes, rompamos, les dice, las duras cadenas; sacudamos el yugo insoportable con que quiere tenernos esclavizados la Religion. Aunque no fueran tan terminantes las palabras del real Profeta; aunque Jesucristo no asegurara, que solo resisten á su divina palabra los que, como hijos del diablo, quieren obrar conforme á los deseos que les inspira su detestable padre; aunque el Apóstol no hubiera profetizado con tanta claridad, que llegarian tiempos en que unos hombres orgullosos se declararian

enemigos de la verdad y perseguidores de la Fe, para sacudir el yugo de la dominacion; las expresiones mismas de los incrédulos lo ponen ya de manifiesto. Quitáronse la máscara que habia ocultado sus designios: *projiciamus à nobis jugum ipsorum*, dicen (1) con el mayor descaro: somos independientes!!! El don mas apreciable de la naturaleza es la libertad; esa dulce y encantadora libertad á que nadie, nadie absolutamente puede poner límites. Somos independientes!!! y los mas acérrimos son fatalistas. Somos independientes: á nadie debemos doblar la cerviz: la sumision es indecorosa, nos envilece y degrada. Nadie tiene derecho á dictarnos leyes, ni aun la Religion.

La Religion...! Y ¿qué es la Religion sino un vano fantasma que inventó la política de los tiranos, para esclavizar á los pueblos, y sostuvo la ambicion astuta y disimulada de los sacerdotes, para hacerse dueños de los mismos tiranos? Hagámosles pues á un tiempo la guerra: *projiciamus à nobis jugum ipsorum*. Ataquemos á la Religion, y perecieron los reyes; rompamos los cetros, y queda sin apoyo y por tanto destruída la Religion. Unamos nuestras fuerzas y hagamos un inviolable juramento de no desistir, hasta que gocemos la satisfaccion de ver ahorcado al último de los reyes con las tripas del último sacerdote. Olvídese en el mundo, quede sin significado el ominoso nombre de potestad y superior; no haya otra ley que la de la fuerza y de la astucia.

Qué! os admira mi lenguaje? ¿suponéis que mis expresiones son dictadas por un celo excesivo, indiscreto? Tomád en vuestras manos esos libros... Qué iba á aconsejaros? insensato! tomádlos, sí; pero para arrojarlos al fuego, no para convenceros de que aseguran sus autores lo que acabo de decir. Por otra parte ¿á qué ese obstinado empeño de negar sin razon alguna la existencia de otra vida? El que tanto ansia morir como el bruto, es bien seguro que no piensa vivir como el ángel. ¿Á qué ese monstruo filosófico de que el estado de sociedad es violento para el hombre? ¿á qué ese prurito por la vida patriarcal que en su idioma no se diferencia de la vida que viven las fieras en la selva? ¿á qué establecer la propia utilidad por único regulador de la justicia? Á nadie pueden ocultarse los errores

(1) *Psalm.* 2. *v.* 3.

consiguientes á estos delirios. Miserables! no advierten que son cogidos en los lazos que temerarios han armado contra la Religion: ellos mismos publican por ese medio que la Religion, y sola la Religion es el apoyo de la sociedad; que sola la Religion es la que asegura la paz, el órden, la felicidad de los pueblos; que sola la Religion del Crucificado es la que garantiza los derechos de los súbditos respecto á sus soberanos, á quienes obliga á circunscribirse en sus límites.

Así es en efecto, señores: sin Religion, sin la idea de una ley superior á todas las criaturas, sin el temor de una justicia invariable y eterna, ¿tendrá otro deber el hombre que el cuidado de su propia comodidad? Si tiene por conducente para ello el fraude, la traicion, el robo, la calumnia, el asesinato, el parricidio, todos los crímenes, todos los horrores, no solo se supondrá autorizado, mirará como un deber valerse de todos ellos. Seria, dice un filósofo nada preocupado, seria el mas insensato de todos los hombres, si no lo hiciera. Y quién seria capaz de contenerle? La ley? Nadie le puede obligar á su cumplimiento. El pacto forjado en la cavilosa fantasía de los incrédulos? Cuando fuera real, ningun dominio tenian sobre su libertad los contratantes; y aunque el mismo lo hubiera firmado con mil juramentos, ninguno tiene la menor fuerza en el momento que le sea gravoso su cumplimiento. El castigo? Baste repetir lo que decia otro filósofo, á saber, que abolidas las ideas de Religion, ninguno debe ser castigado por sus delitos, sino por la fatuidad de no saber ocultarlos. El castigo! ay! Ellos mismos observan que sin Religion solo sirven los castigos para exasperar á los delincuentes y acrecentar infinitamente los crímenes. Sufocados los sentimientos de Religion, nos dicen, cuanto las leyes son mas severas y mas rigurosas las penas, tanto son mas fáciles y frecuentes las convulsiones políticas y mas terribles las insurrecciones de los pueblos.

Si queréis por último conocer á punto fijo el orígen y resultado de la incredulidad, oíd al real Profeta que lo describe en pocas palabras, cuando se lamenta de la suerte fatal que cabe á los pueblos habitados por los impíos (1). No haya Dios, dijeron en su corazon, porque del todo se habia ya corrompido por sus abominables deseos: sus lenguas infernales no son capaces

(1) *Psalm.* 13.

de moverse sino para engañar y seducir; y bajo las halagüeñas promesas de felicidad tienen escondido en sus labios el veneno mortífero de una completa desolacion: sus bocas detestables rebosan maldiciones y amarguras, y sus piés corren con extraordinaria velocidad á derramar la sangre de sus hermanos. Por donde quiera que caminen, llevan consigo el dolor y la miseria; y jamas llegan á abrigar miras pacíficas hácia sus semejantes. Los mismos incrédulos se ven precisados á confesar esto, cuando no admiten otra ley que la de la fuerza.

¡Desventurada nacion la que abrigue tales monstruos en su seno! La opresion, la alevosía, la guerra, el fuego, la desolacion... mi ánimo desfallece al contemplar tan horroroso cuadro; pero él es el resultado infalible de la incredulidad. Sin embargo es tal la desfachatez y osadía de sus adeptos, que llegan á atribuir á la Religion todos estos horrores. Ella es, dicen, un fecundo manantial de trastornos é infelicidades; ella disminuye la poblacion con el celibato de un exorbitante número de ministros; ella arruína las clases productoras, para mantener el fausto de los templos, el aparato de las solemnidades y la avaricia de los clérigos; ella reprime la libertad que ha concedido al hombre la naturaleza; ella se opone á los progresos de la civilizacion; ella reprueba los medios indispensables para promover la felicidad del estado; ella...

Ah Religion santa! Religion divina! qué sabrian, si no fuera por ti, esos presumidos filósofos? Oh! y cuando á las luces que tú les prestas, deben esos adelantos cuyo descubrimiento te usurpan, te conceden en recompensa el baldon y los insultos. ¡Tú impides los progresos de las ciencias, porque mandas el temor de Dios, que es el principio, la fuente de la verdadera sabiduría! ¡tú fomentas la ignorancia, porque no asientes á que los hombres obcecados se precipiten en el abismo del error, colocándolos en la senda única capaz de conducirlos al descubrimiento de la verdad! ¡Porque prescribes el culto del verdadero Dios, que es el dueño absoluto de todos los entendimientos y de todas las facultades, dicen que no hay en ti otra cosa que tinieblas, ignorancia, errores y absurdos! ¿De qué se glorían esos hombres infatuados, les dice un profeta, si no conocen al Señor, cuya existencia les predican elocuentemente todas las criaturas? Qué! porque un rústico por la expedicion de sus ojos pueda ver perfectamente los mas imperceptibles resortes de una máquina, ¿se creerá mas sabio que el ingenioso artífice que la inventó? ó negará la habilidad y hasta la existencia del maquinista? Si la filosofía con tantos sistemas llenos de adornos, pero faltos de solidez; ingeniosamente combinados, pero sembrados de absurdos y contradicciones; si hubiera conseguido formar, no otro universo, sí solo una hormiga, un solo átomo; si en fuerza de tantas investigaciones y experimentos hubiera logrado, no hacer inmortal á un solo hombre, sí solo prolongar algun tiempo su vida sobre la época regular, dar la vista á un ciego de nacimiento; si hubiera llegado á realizar el imposible, confesado por su jefe, de componer una sociedad de impíos... vuestra razon ¿alcanza todo aquello á que se hubieran atrevido en estos casos? Yo os aseguro que mi mente vaga en la inmensidad del espacio, cuando se detiene á reflexionar sobre este asunto. Pero, ay! que por cualquier lado que lo mire no descubro sino horrores y desgracias. ¿Qué esfuerzos pues no debemos hacer por destruir, por aniquilar ese monstruo, que al fin pudiera llegar á envolvernos?

Potestades de la tierra, esta gloriosa empresa es exclusivamente vuestra. El Autor de vuestra existencia y Señor de todo el universo ha tenido á bien cederos una porcion de su soberanía, para que hagáis observar estrictamente á vuestros súbditos las leyes de su adorable providencia. Si les impone la obligacion de obedecer al césar, es á fin de que este les compela en el modo posible á someterse á su omnipotente voluntad, haciéndole responsable del mal que no haya evitado pudiendo. La muerte que iguala las condiciones de los hombres, os hará comparecer con vuestros súbditos ante el juez inexorable, que os hará cargos tanto mas terribles, cuanto mas amplia fué la autoridad de que os constituyó depositarios. ¡Ay de vosotros, si los pueblos pueden argüiros con fundamento, que vuestro descuido es la causa de su infidelidad y de su reprobacion! Yo me guardaré de criticar en tiempo alguno la conducta de los gobernantes, y compadezco siempre su suerte, porque precisados á ver la mayor parte de los negocios por ojos ajenos, atraen sobre sí la responsabilidad de las providencias que no sean acertadas: tampoco tendré la temeridad de entrometerme en los asuntos políticos: *tractent fabrilia fabri:* mas inculcaré sin cesar en que se interesen aquellos de veras en la prosperidad y gloria de sus pueblos y consagren especialísimamente sus

desvelos á conservar en toda su pureza la Religion y la ley santa del Señor; á arrancar de su suelo hasta la última raíz de la impiedad; á desterrar esas armas morales que ocasionan mas estragos que las físicas; esos escritos que difunden á todas partes el gérmen de la incredulidad. Levantaré mi voz y clamaré con todas mis fuerzas, que el freno solo de la Religion es capaz de contener al incrédulo en los límites de su deber. Repetiré á cada paso que sin Religion de poco ó nada sirven las leyes, los tribunales, los castigos, las recompensas; y que por el contrario, la Religion pura y verdadera, dominando en el corazon del legislador, del magistrado, del juez, del sacerdote, del militar y del pueblo, asegura la comun prosperidad. Ardua es la consecucion de mis deseos, lo confieso; pero uniendo nuestros votos, y clamando al Señor para que asista en sus disposiciones á los que nos gobiernan, con el espíritu de su sabiduría, rectitud y justicia, diciendo: *Deus, judicium tuum regi da, et justitiam tuam filio regis*, seguros debemos estar de que se establecerá el órden, se consolidará la tranquilidad, será verdadera la libertad de que disfrutemos; esta nacion será admirada de las otras por su catolicismo, temida por su poder, amada por su integridad; finalmente los magistrados por su celo y piedad, los súbditos por su obediencia y fidelidad, y todos por nuestra fe y Religion viviremos contentos en esta vida y seremos felices en la otra. Amen.

SERMON

SOBRE

LAS ILUSIONES DEL AMOR PROPIO.

PARA LA QUINTA DOMINICA DE CUARESMA.

(DE BOCANEGRA.)

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?... Nonne bene dicimus nos, quia samaritanus es tu, et dæmonium habes?

Si os digo la verdad, por qué no me creéis?... ¿No decimos nosotros bien que eres un samaritano y que tienes demonio?

S. Juan, c. 8. v. 46 y 48.

¡Qué antiguo es en el mundo no creer la verdad, despreciar la verdad, no estimar como se debe la verdad! Pero en un mundo, en que está tan entronizada la mentira, ¿qué mucho es que así suceda? Porque ¿cuándo agradó la luz á quien tiene lastimada la vista? No obstante, aunque la mentira reine tanto en el dia de hoy, vemos por experiencia que el vestido con que procura cubrirse, es el de la verdad. Ningun mentiroso ó engañador quiere parecer en público con su propia ropa; y aunque profese el engaño y la falsedad, siempre aspira á lo ménos á una apariencia de razon, con la cual intenta cubrir su vergonzosa desnudez. En las mismas cláusulas de nuestro Evangelio tenemos esto bien claro. Ved con qué imperio, con qué satisfaccion y con qué tono de autoridad hablaban los enemigos de Cristo. Quien los oyese, no diria sino que ellos eran los perfectos, y Cristo el defectuoso; ellos los justos, y Cristo el injusto; ellos los veraces, y Cristo el falaz. Á una proposicion tan comedida como la que habéis oído en las palabras de mi tema; á una reconvencion tan justa como la que se contiene en esta expre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desvelos á conservar en toda su pureza la Religion y la ley santa del Señor; á arrancar de su suelo hasta la última raíz de la impiedad; á desterrar esas armas morales que ocasionan mas estragos que las físicas; esos escritos que difunden á todas partes el gérmen de la incredulidad. Levantaré mi voz y clamaré con todas mis fuerzas, que el freno solo de la Religion es capaz de contener al incrédulo en los límites de su deber. Repetiré á cada paso que sin Religion de poco ó nada sirven las leyes, los tribunales, los castigos, las recompensas; y que por el contrario, la Religion pura y verdadera, dominando en el corazon del legislador, del magistrado, del juez, del sacerdote, del militar y del pueblo, asegura la comun prosperidad. Ardua es la consecucion de mis deseos, lo confieso; pero uniendo nuestros votos, y clamando al Señor para que asista en sus disposiciones á los que nos gobiernan, con el espíritu de su sabiduría, rectitud y justicia, diciendo: *Deus, judicium tuum regi da, et justitiam tuam filio regis*, seguros debemos estar de que se establecerá el órden, se consolidará la tranquilidad, será verdadera la libertad de que disfrutemos; esta nacion será admirada de las otras por su catolicismo, temida por su poder, amada por su integridad; finalmente los magistrados por su celo y piedad, los súbditos por su obediencia y fidelidad, y todos por nuestra fe y Religion viviremos contentos en esta vida y seremos felices en la otra. Amen.

SERMON

SOBRE

LAS ILUSIONES DEL AMOR PROPIO.

PARA LA QUINTA DOMINICA DE CUARESMA.

(DE BOCANEGRA.)

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?... Nonne bene dicimus nos, quia samaritanus es tu, et dæmonium habes?

Si os digo la verdad, por qué no me creéis?... ¿No decimos nosotros bien que eres un samaritano y que tienes demonio?

S. Juan, c. 8. v. 46 y 48.

¡Qué antiguo es en el mundo no creer la verdad, despreciar la verdad, no estimar como se debe la verdad! Pero en un mundo, en que está tan entronizada la mentira, ¿qué mucho es que así suceda? Porque ¿cuándo agradó la luz á quien tiene lastimada la vista? No obstante, aunque la mentira reine tanto en el dia de hoy, vemos por experiencia que el vestido con que procura cubrirse, es el de la verdad. Ningun mentiroso ó engañador quiere parecer en público con su propia ropa; y aunque profese el engaño y la falsedad, siempre aspira á lo ménos á una apariencia de razon, con la cual intenta cubrir su vergonzosa desnudez. En las mismas cláusulas de nuestro Evangelio tenemos esto bien claro. Ved con qué imperio, con qué satisfaccion y con qué tono de autoridad hablaban los enemigos de Cristo. Quien los oyese, no diria sino que ellos eran los perfectos, y Cristo el defectuoso; ellos los justos, y Cristo el injusto; ellos los veraces, y Cristo el falaz. Á una proposicion tan comedida como la que habéis oído en las palabras de mi tema; á una reconvencion tan justa como la que se contiene en esta expre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sion, *si os digo la verdad, por qué no me creéis?* la respuesta única que dan, como tambien habéis oído, es, *¿no decimos nosotros bien que eres un samaritano, y que estás poseído del demonio?* De manera que en el juício de estos hombres presuntuosos y grosesos Cristo tenia el diablo, y ellos estaban poseídos del Espíritu santo; Cristo vivia entre tinieblas, y ellos entre luces; Cristo era dirigido por el espíritu de mentira y de seduccion, y á ellos los gobernaba el de rectitud y de verdad.

Decídme, amados mios, ¿podrá darse mayor ficcion que la que hizo aquí el amor propio? ¿Juzgar á Cristo con el espíritu de los fariseos, y estos juzgarse con el espíritu de Cristo? ¡Pues ojalá hubiese sucedido esto una sola vez! Pero no es solo de aquella edad, ni de aquellas circunstancias el tenerse los fariseos por Cristos, y tener á los Cristos por fariseos: no fué solo en aquella coyuntura cuando la mentira presumió de verdad, y esta quedó abandonada ó despreciada como mentira. Desengañémonos, amados oyentes, que cuando por nuestra desgracia reina en nosotros alguna pasion, aunque la verdad se presente con todos los coloridos con que la pintaba Cristo, nuestro corazon apasionado hallará medios para desfigurarla ó despintarla, y hará que la mentira aparezca con traje y facciones de verdad. ¿Cuántas verdades clarísimas é inconcusas no burlamos con nuestras mentiras? ¿cuántas mentiras evidentes y claras no vendemos ó pretendemos vender por verdades? El amor propio nos fascina á todos; y cuando él domina nuestro juício, ó se apodera de nuestras conciencias, con la mayor facilidad nos persuadimos á que lo falso es verdadero y lo verdadero falso. Creemos que decimos bien, *benè dicimus nos*, como decian los fariseos, cuando formamos un juício semejante al suyo; y con una opinion errada sentamos á la falsedad en el mismo trono de la verdad.

Así nos persuadimos tan fácilmente á que es lícito lo que es ilícito; á que es diestro lo que es siniestro; á que es virtuoso lo que es vicioso. ¡Cuánto hay de esto en el mundo, amados mios! ¡Cuántos hacen traicion á la verdad, por dejarse vencer de una apariencia de razon! ¡cuántos abandonan la mas sana y pura doctrina que Cristo nos predica, por seguir y dejarse engañar de las ilusiones de una falsa conciencia! Á vista pues de este tan universal desórden, no será muy importuno el preveniros contra este daño, haciéndoos presentes sus consecuencias, para el remedio. Y así el asunto que elijo, como mas conforme al Evangelio de hoy, y como mas adecuado á la ley santa que profesáis, es lo primero, cuán fácilmente desconoce á la verdad una falsa conciencia; y lo segundo, con qué rigor se venga la verdad de la conciencia que voluntariamente la olvida. Dos puntos que dividirán cómodamente mi oracion, y que procuraré producir lo mas brevemente que pueda, si me asiste para ello el auxilio de María. Ayudádme á alcanzar esta gracia, diciendo todos conmigo la salutacion angélica. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

No hay duda que la luz de la razon nos propone fielmente la verdad, y que si esta se mira con un ojo puro y sencillo, aparece á nuestro entendimiento como ella es. Pero si la miramos con ojo torcido y teñido de pasion, aquella tintura ó vicio la desfigura de manera que en vez de parecer verdad, parece falsedad. Sucede en estas funciones de los ojos del espíritu lo mismo que acontece en las de los ojos del cuerpo. Si vemos un objeto hermoso por medio de un cristal limpio y puro, el tal objeto se nos representará con toda su belleza: si es blanco, se nos representará blanco; si es rojo, se nos representará rojo; y lo mismo digo de los demas colores. Pero si el cristal que se interpone, está alterado con alguna extraña tintura, el objeto no aparecerá como él es en sí; sino del mismo color de que está teñido el cristal. Ved aquí un símil muy propio, ó un espejo clarísimo de lo que sucede á nuestra conciencia, cuando está tinturada de algun mal afecto. Ella es sin duda el ojo ó los ojos con que miramos la verdad: si el cristal de estos ojos está teñido de alguna pasion, la verdad se altera en ellos considerablemente, y se nos propone con tales colores, que ya no parece verdad, sino una purísima falsedad.

Este es el principio, amados mios, de que veamos atropelladas las mas sagradas leyes, y que los infractores vivan con tanta quietud, juzgando, aunque con falsedad, que para ello están protegidos de la razon. El amor propio sabe hacer sus escenas y representarnos la verdad segun su capricho, manejando las leyes segun conviene á su interes. Los textos de Escritura mas claros, las razones mas poderosas, los preceptos mas inconcu-

sos (aún aquellos de los que dice David (1) que *iluminan nuestra vista con sus reflejos*) parecen una bagatela despreciable, una fruslería sin sustancia, como haya un sofisma ó razoncilla que favorezca, aunque en apariencia, á nuestros propios intereses, ó á nuestros vanos deseos. ¿Qué texto mas claro que aquel en que Salomon asegura, que ninguno sabe si es digno de amor ó de odio (2); y que atendida nuestra ciencia particular, separada de toda revelacion divina, nuestro destino es incierto, y nadie puede positivamente afirmar cosa de él? Con todo eso, el heresiarca Calvino se atreve á afirmar lo contrario, y halla arbitrio para eludir este texto, diciendo que el que llega á tener fe, conoce que posee ese excelente don, y que de este conocimiento dimana una certidumbre infalible de su salud, de la cual debe el que la tiene, estar tan asegurado en su entendimiento, como lo está todo fiel cristiano de la predestinacion misma de Jesucristo. En vano le opondrás, que un san Pablo (3), aún siendo tan grande apóstol, y no reprendiéndole nada su conciencia, todavía dudaba si estaria en gracia, y si el supremo Juez le hallaria digno de pena, viendo en él alguna culpa, que él no advertia ó conocia. Aún siendo este argumento tan claro, él continuará no obstante eso en su error, y defenderá obstinadamente que al abrigo de esta fe no hay nada que temer; porque su amor propio le ha propuesto esto por una verdad muy acomodada á su libertinaje y extravagancia, convenciéndole con mil sofismas ridículos, y haciendo que tenga por razon muy fuerte lo que realmente es un sueño ó una ilusion de su falsa conciencia.

Á semejantes engaños están expuestos, amados mios, todos los que siguen sus pasiones y dan lugar á que segun ellas se interpreten las leyes. No hay abismo á que no nos pueda precipitar la pasion dominante, si con tiempo no nos prevenimos contra ella, usando de aquellas sábias precauciones, que sin cesar nos sugiere ó nos suministra nuestra razon. Esta siempre nos instruye, y cuanto es de su parte, en toda ocasion nos propone con fidelidad el verdadero bien; pero si nos dejamos teñir de la pasion loca, y permitimos que esta domine en nuestro corazon, la verdad inmediatamente desaparece y llegamos á tener por tal lo que no lo es. Esta es la raíz de los descaminos

(1) *Psalm.* 18. *v.* 9. (2) *Eccl. c.* 9. *v.* 1. (3) I. *Cor. c.* 4. *v.* 4.

que reinan en el mundo, porque á favor de una conciencia errada seguimos ciegamente nuestra voluntad, y elegimos sin el menor escrúpulo la senda del error, persuadiéndonos falsamente á que vamos por la de la salud. Por eso dijo san Juan Crisóstomo (1), que la apariencia del bien es mas dañosa todavía que el mismo mal. Ella es la que nos empeña en los errores mas groseros; la que nos precipita en las ilusiones mas lamentables, y en fin la que nos inspira aquel encadenamiento de obstinacion, por la cual mas queremos perder nuestra eterna salud, que confesar llanamente nuestra estolidez.

Pero qué digo confesar? La falsa conciencia, amados mios, tiene por ley la misma pasion, y nos hace persuadirnos á que obedecemos á la ley, cuando seguimos la pasion desarreglada que hemos concebido por tal. Esto hizo decir á David, hablando de esta suerte de personas, que habian pasado ó que se habian trasformado en la misma afeccion de su corazon: *Transierunt in affectum cordis* (2); es decir, que no solo se habian entregado ó abandonado, sino que habian convertido su razon y su voluntad en pasion. Esto es propiamente vivir á lo gentil, ó imitar las máximas que impugna san Cipriano en la gentilidad. Esta, para autorizar sus delitos, lo que hizo fué formarse unas divinidades viciosas, á las que consagraba como virtudes las pasiones mas brutales y desordenadas. De esta suerte el desarreglo vino á ser un objeto del culto, y el vicio un deber de la religion: *Fiunt miseris religiosa delicta* (3).

Y ¿no es esto, amados oyentes, lo que nosotros con igual razon podemos echar en cara á una infinidad de cristianos, que disgustados del yugo de la ley de Dios, queriendo arrojar de sus corazones los remordimientos que esta hace nacer en ellos, disfrazan insensiblemente sus pasiones en leyes, sus escándalos en obligaciones, sus excesos en virtudes? Y viviendo bajo este disfraz siempre tranquilos, imaginan no solo que no quebrantan la ley, sino que hacen en ello un gran servicio á Dios: *Ut arbitrentur, obsequium se præstare Deo* (4). Una induccion simple y natural os hará esto mas claro y perceptible; porque no hay estado ó condicion de gentes, en que no se forme esta con-

(1) *Joann. Chrys. in loco cit. à P. Montarg. tom.* 2. *discurs.* 1.
(2) *Psalm.* 72. *v.* 7. (3) *Cypr. Ep.* 1. *ad Donat.* (4) *Joann. c.* 16. *v.* 7.

ciencia falsa, y en que no se justifiquen con ella todos los desórdenes de nuestra voluntad. No hay estado ó condicion de gentes, que no tenga sus descaminos, sus misterios de iniquidad, sus deslices favorecidos, sus vicios familiares, sus injusticias privilegiadas. ¡Qué no vemos permitido en la espada, en la toga, en el manejo de intereses, en el comercio, y aún en la misma Iglesia!

Pero vamos á nuestra induccion. Los jueces se forman su conciencia particular; y de aquí tantas sentencias injustas, tantas violencias lastimosas, tantas interpretaciones arbitrarias. Las gentes de negocios se forman la suya; y de aquí tantas estafas delincuentes, tantos agravios, tantas ganancias, que todo el mundo les condena, y que solo su conciencia no les reprende. Lo mismo practican los grandes y potentados; y de aquí tantas tiranías y vejaciones, tantas injurias y tantas injusticias. Lo mismo las damas; y de aquí el permitirse estas tanto desórden, tanto desarreglo, tanta licencia, que aún el vulgo indulgente con dificultad les disimula, y que Dios no les disimulará cuando las juzgue. Lo mismo los sabios ó literatos; y de aquí tantas opiniones peligrosas, tantas sentencias aventuradas, que llegan hasta á hacer dudar de la misma verdad. Lo mismo últimamente los devotos; y de aquí tantos abusos, que desacreditan la virtud y que á largos pasos conducen á la ilusion. Todos estos tienen su conducta por muy recta ó conforme á la ley, y con esta falsa seguridad viven y mueren muy pacíficos, persuadiéndose á que han andado por la senda de la salud, no habiendo seguido otra que la de la ilusion y del error.

¡Ó amados mios, á qué extremos tan lastimosos nos conduce una conciencia falsa ó voluntariamente errónea! Ella nos hace formar un nuevo decálogo, un nuevo Símbolo, un nuevo Evangelio y una nueva Iglesia. Todo ello, esto es, cada cual de estas cosas no es mas que una; pero por las ilusiones de nuestro amor propio venimos á tal desgracia, que cada uno quiere un Símbolo, un decálogo, una Iglesia y un Evangelio, acomodados á su conciencia. Y lo que es todavía mucho mas de sentir, que con ser tan clara esta sinrazon y resistirla tan fuertemente la luz natural, con todo eso nos persuadimos á que obramos bien, á que pensamos bien, á que nos conducimos bien: y ved aquí, amados mios, por lo que dijo el Espíritu santo que hay un camino, el cual parece muy recto al hombre, y su término es la perdicion: *Est via, quæ videtur homini justa; novissima autem ejus deducunt ad mortem* (1).

Miéntras no se atraviesa nuestra utilidad ó nuestro gusto, dice tambien san Juan Crisóstomo (2), todo va arreglado: entónces no hay conciencia mas justa ni mas escrupulosa que la nuestra; pero cuando por desgracia se mezcla alguna de las dos cosas dichas, al instante mudamos de parecer, y ya nos dicta otra cosa nuestra conciencia. Un ejemplo familiar os hará entender mas bien esta reflexion. Ocurra un negocio en que no tengamos interes alguno: nada nos costará en ese caso el formar una conciencia recta, ni en ser regulares y aún severos en lo que mira á las obligaciones de justicia. No tratándose de nuestra utilidad propia, ó quedándose nuestro interes á un lado, las obligaciones de conciencia no nos son ya difíciles ni nos traen algun peso; ántes bien las aprobamos y nos son muy agradables: juzgamos sanamente, discurrimos doctamente, hablamos elocuentemente. ¿Pero hay cuestion sobre nuestro interes? ¿se presenta una ocasion en que nuestra utilidad y esta pureza de principios no concuerden entre sí? Perdone la verdad y perdone el Evangelio, que en tal circunstancia es menester variar el juício: nuestra utilidad muda el caso, y es preciso discurrir ya de un modo muy diverso. Entónces las luces se amortiguan, la severidad se desmiente á sí misma: ya no se miran las cosas con aquel ojo sencillo, con aquel ojo depurado que se miraban ántes. Nuestro interes ha trocado la escena; y aquellas opiniones que ántes parecian relajadas, ya no parecen anchas: aquellas probabilidades que ántes nos parecian insufribles, ya no nos son odiosas: lo que ántes mirábamos como injusto, ya nos parece recto; ya ha mudado de faz y nos parece lleno de equidad. Y por qué motivo, amados oyentes? Porque nuestro amor propio (que para todo tiene ardid) ha teñido el cristal del alma del color mismo de su pasion, y sin pensar ha hecho doblarse la conciencia hácia el lado del interes.

Y qué diré de la moda, amados mios? Este es otro escollo de nuestras conciencias, contra el cual se estrellan lastimosamente las leyes mas justas y las verdades mas sacrosantas. ¿De qué deberes no se juzga una mujer dispensada, cuando puede de-

(1) *Prov. c. 14. v. 12.* (2) *Joann. Chrys. loc. sup. cit.*

cir: *Esa es la moda, ese es el gusto del tiempo, eso es lo que ahora se usa?* Esta sola autoridad basta para eludir todas las leyes de la Iglesia. Predique el obispo, cánsese el obispo, mátese el obispo por desterrarla, nada logrará, porque la moda es primero que todo, la moda lo vence todo, la moda se aprecia mas que todo; y así aunque el mismo oráculo de la Iglesia se empeñe en ello y fulmine á este mismo fin los decretos mas terribles, nada conseguirá su soberana potestad. Esta expresion ridícula: *todas van así, todas se visten así*, tiene mas poder para triunfar de las conciencias de las mujeres que todos los sermones de los santos Padres, y que cuantos discursos pueden producir los mas elocuentes oradores. Tambien hay en las damas su teología; pero muy acomodada al gusto, el cual defienden ellas pertinazmente contra todos los argumentos de la ley; pues como la misma experiencia nos dicta, en todas partes hay sus catedráticas ó letradas, que presumiendo grandemente de teólogas, á cualquiera se las quieren apostar, y sobre este punto de modas nuevas no reconocen superior.

¿Es posible, dicen, que todo el mundo se engaña? ¿es creible que Dios ha de condenar á todo el mundo? *Numquid omnes perditurus est Deus?* (1) Este es, dice san Agustin, el lenguaje ordinario de los mundanos; pero lenguaje engañoso, porque la moda ó la costumbre no prescribirá jamas contra el Evangelio. Ningun incidente, ninguna corruptela, ninguna perversion, ningun uso particular ó ley general puede abolir la ley de Dios. Ningun abuso, ninguna licencia pública tiene derecho para excusar la intemperancia, para autorizar la inmodestia, para justificar la usura, para santificar la calumnia, para cohonestar la embriaguez, para indemnizar la deshonestidad, para disculpar la provocacion. El Hijo de Dios, decia Tertuliano, no se llamó jamas moda ó costumbre, sino Verdad eterna: *Christus veritatem se, non consuetudinem nuncupavit* (2). Si él hubiera dicho: *Yo soy moda*, ó *yo soy costumbre*, la costumbre y la moda hubieran podido prevalecer contra la ley de la verdad; pero como dijo: *Yo soy verdad*, esta debe prevalecer contra la moda y la costumbre.

No, señoras mias, no os persuadáis á que la costumbre ó la moda, tal como vosotras la suponéis, baste para excusar ni aún

(1) *August. Serm.* 35. *v.* 5. (2) *Tertull. de veland. virg. c.* 1.

disminuir vuestra culpa delante de Dios. Ántes habéis de estar ciertas de que mas bien os aumenta la carga é irrita mas gravemente la divina ira. Fuera de que ¿será razon que porque el vicio está en crédito, la misericordia en olvido, la justicia en desprecio, la verdad en abandono; vosotras, que os queréis salvar, y que veis la costumbre insultar á la virtud, abandonéis su partido por ceder á la fuerza de la costumbre? No por cierto, señoras; ántes por el contrario os habéis de oponer con mas fuerza á este torrente; y las que no estáis todavía tocadas de la corrupcion general, habéis de cuidar ahora de vivir con mas precaucion. De otra suerte vosotras caeréis tambien en el mal, y este se hará mas incurable, dándole vosotras mas bulto con vuestra agregacion á él.

Pero, ó santo Dios! ¡cómo me temo que mis palabras han de ser del todo inútiles para el fin á que las dirijo! Porque la moda (ese grande oráculo del mundo) es tenida entre muchos cristianos en lugar de Evangelio. Este es el ancho y largo broquel de mentira, de que habla el profeta Isaías (1). La costumbre ó la moda lo dice? Esto es por lo ménos otro tanto, como si el Evangelio lo dijese. Por ejemplo, estas modas ó maneras de vestir, de presentarse, de andar, hieren la modestia y la honestidad cristiana; pero la moda es esa: y una vez que esa es la moda, ya cualquiera mujercilla tiene un salvoconducto para vestir ó andar de esta suerte, por mas que lo reclame la modestia. Así como los vestidos tienen su moda, tambien las conciencias tienen la suya; y aún podemos avanzar sin escándalo que la moda es una especie de Evangelio, mas seguido y venerado que el Evangelio mismo, pues vemos muy frecuentemente que en mil cosas delicadas y de una suma importancia, la ley de la moda es la que da la resolucion y se eleva soberanamente sobre todas las demas. Pero ¡oh y qué resultas tan infelices debéis temer, amados oyentes, de estas ilusiones voluntarias y depravadas! Nuestro amor propio triunfa ahora de la verdad con los vanos pretextos de la falsa conciencia; pero ¿dejará Dios de tomar satisfaccion de este agravio? No creáis tal. La segunda parte de este discurso os hará ver á lo que os exponéis, y cuál es la satisfaccion que Dios toma de una tan sensible provocacion.

(1) *Isai. c.* 38. *v.* 15.

SEGUNDA PARTE.

Habréis pensado acaso que el castigo que Dios previene para vindicar la verdad de los fraudes y ficciones del amor propio, consistirá en aquellas pérdidas y contratiempos sensibles que ordinariamente se ven en el mundo. Pues no : sabéd que es muy otra la pena con que Dios explica su ira, y que es mucho mayor de lo que vosotros podéis concebir. Pues cuál es? preguntaréis. Acaso lo tendréis por paradoja : digo que el silencio y la paciencia. Esta es, amados mios, el mayor castigo que puede tener la conciencia falsa, y el azote mas funesto de parte de Dios contra esta especie de culpa, tan ofensiva á su justicia. Cuando Dios calla, entónces es cuando prepara en secreto los mas terribles golpes de su cólera. Cuando deja de herir, es porque quiere castigar mas severamente, cubriendo su furor con un velo de aparente bondad, para que así sea mas ruidoso el estrago y sus juícios se hagan mas respetables. En esta calma silenciosa (mas temible aún que la borrasca misma) se cuenta de seguro sobre la misericordia; mas por lo mismo que la hacemos servir de capa para el pecado, lo que sucede es que en vez de acercarse, se aleja; en vez de templarse, se irrita.

No lo dudéis, pecadores : Dios trabaja en cierto modo en formar en nosotros esta falsa paz; no poniendo algun influjo que nos arroje ó precipite á ese estado infeliz, sino dejando de hacer lo que fácilmente pudiera, si efectivamente nos quisiera librar de él. El obra y habla todavía al corazon; pero de un modo ineficaz, que no mueve con efecto al alma y la deja en su frialdad. La gracia influye seriamente en nuestro espíritu, y de hecho solicita moverlo; pero no hace ya en él aquella impresion que era menester para persuadirlo y ganarlo. ¿Por qué vemos tan frecuentemente en este gran mundo tantas gentes que no se asustan de nada, y que trayendo una vida la mas inicua y licenciosa, guardan no obstante eso toda la paz de su corazon y toda la serenidad de su rostro? Pues es porque Dios los ha embriagado con el vino de su ira, y porque esta fatal embriaguez los tiene sumergidos en un profundo sueño : *Miscuit vobis Dominus spiritum soporis* (1), que dijo Isaías.

(1) *Isai. c.* 29. *v.* 10.

Y qué se sigue de aquí, hermanos mios? (Este es el mas lamentable efecto de la falsa paz, y la mas terrible muestra de la cólera de nuestro Dios.) Lo que se sigue es que estas almas pacíficas, que han querido acomodar la ley á sus intereses, y hacer servir la misma verdad á sus vanos antojos por un modo para ellas imperceptible, se han conducido por sí mismas á una impenitencia final, casi irremediable. Ved aquí la prueba. Esta penitencia de qué se ha de hacer? Estas gentes no la juzgan necesaria, porque se consideran sin pecados; y por sus falsas ilusiones, las que son verdaderas culpas, las tienen por virtudes. Decíd, por ejemplo, á Saúl que haga penitencia de su arrojo y de haber desobedecido á Dios, reservando la vida al rey Agag : inmediatamente dirá que ántes ha sido obediente y que ha hecho una accion de clemencia en haber perdonado á ese rey infeliz : *Implevi verbum Domini* (1). Decíd á Azarías, rey de Judá, que llore su empresa sacrílega de haber usurpado el sacerdocio; escandalizando el templo y quitando el incensario de la misma mano del pontífice sumo : sin dilacion responderá, que su fin fué únicamente honrar al Señor; y este falso pretexto podrá tanto con él, que solo una lepra repentina le hará conocer su temeridad (2). Decíd al rey Heródes que llore la muerte del Bautista : sin detenerse responderá, que ese fué un acto de religion, no solo meritorio, sino preciso, porque estaba empeñado en él por un juramento (3). Decíd á Pilátos (esto es mas que todo) que llore la muerte de Cristo : inmediatamente dirá que esta debe atribuirse á los fariseos, y que en prueba de ello él ha lavado sus manos : *Innocens ego sum à sanguine justi hujus* (4). Decíd en fin á los judíos que lloren el haber entregado á su Maestro, despues de haber visto en él tanta santidad y milagros: prontamente responderán, que ese fué un acto de fina política, y que en él solamente habian mirado á conservar la nacion hebrea: *Venient romani, et tollent nostrum locum et gentem* (5).

Mas para qué buscamos ejemplos tan remotos? Decíd á una infinidad de cristianos que hagan penitencia de sus excesos; que lloren el desarreglo de su vida inútil; que sientan su desórden y relajacion; que giman el escándalo de una conducta

(1) I. *Reg. c.* 15. *v.* 13. (2) II. *Paral. c.* 26. *v.* 20. (3) *Matth. c.* 14. *v.* 9. (4) *Matth. c.* 27. *v.* 24. (5) *Joann. c.* 11. *v.* 48.

tan estragada y criminal : inmediatamente darán la disculpa de que ellos se han portado en todo como gentes de honor; que saben muy bien lo que es conciencia, y que no ignoran cómo deben formarla y salvarla. Aunque hayan azotado Cristos, aunque hayan entregado justos, aunque hayan degollado Bautistas, aunque hayan perdonado Agages, aunque hayan atropellado sacerdotes y hecho otras mil violencias semejantes á estas, todo les parece nada, y se quedan con gran serenidad. Por eso dijo un discreto que un pecador mitigado es mas difícil de convertir que un impío (1). Sí señores, no pongáis en ello dificultad : dadme un gran pecador ó un libertino ; por gran pecador ó libertino que sea, aunque exceda á un Manases ó á un Acab, si él tiene todavía algun rastro de fe ó de conciencia, aún no está el caso desesperado, aún no está esa alma perdida, aún queda recurso : algun dia despertará ese resto de fe y turbará su conciencia. Pero si ese pecador es de los de conciencia falsa, por mucho que hagamos con él, todo será inútil : aún cuando le abriésemos de par en par las puertas del infierno, su falsa conciencia vendrá inmediatamente á consolarle, y le abrirá las del cielo. Mas qué sucederá al fin ? Que cuando ese infeliz hombre llegue al término fatal de la muerte, tendrá gran satisfaccion de que muere en gracia, y experimentará la desdicha de que muere en pecado mortal : él se habia prometido una corona de justicia, y no encontrará sino un eterno suplicio.

San Juan Crisóstomo advierte (2) que cuando el profeta Isaías, animado del zelo de la gloria y de los intereses de Dios, demostraba querer inclinarle á que castigase las impiedades del pueblo de Israel, no empleó para irritar su justicia otra expresion que esta : *Excœca cor populi hujus* (3) : Señor, cegád el corazon ó la conciencia de este pueblo. No le dijo : Señor, humillád este pueblo, confundíd este pueblo, consternád, oprimíd, arruinád este pueblo. Y por qué? Porque todo eso y aún mucho mas que fuera dable, le parecia muy poco en comparacion de la ceguedad de su corazon ; y así á esta lastimosa ceguedad reduce toda la pena que correspondia á su ingratitud : *Excœca cor populi hujus*.Como si dijera : Señor, este es el modo de que os venguéis plenamente : guerras, pestes, hambres, calamidades

(1) *P. Montarg. tom.* 2. *disc.* 1. *del* Dicc. Apostólico.
(2) *Joonn. Chrys. ibid.* (3) *Isai. c.* 6. *v.* 10.

temporales no serian otra cosa para estos rebeldes súbditos que unos semicastigos : derramád pues sobre sus conciencias ó sobre sus corazones depravados tinieblas espesas, que así la medida de vuestra indignacion será tan colmada como lo ha sido y es la de su iniquidad. ¿Quién dudará ya á vista de esto que en el concepto del profeta Isaías la ceguedad de la conciencia es el mas grave castigo de la culpa?

Pues, amado auditorio, como guarda que soy y pastor, aunque indigno, de este rebaño, con un espíritu del todo opuesto al del profeta, voy á terminar este discurso, haciendo á Dios una oracion á vuestro favor, á ver si así puedo libraros de aquella lastimosa ceguedad, que él pedia tan instantemente para su pueblo de Israel, y en que temo caigáis vosotros por otra semejante ingratitud.

Ah Señor! por mas irritado que estéis, no ceguéis el corazon de este pueblo : no entorpezcáis, no, las conciencias de estos hijos ingratos; ni me deis el dolor de que en algun dia, por el abuso que hagan ahora de vuestra palabra y de mi ministerio, haya yo de servir aunque á pesar mio, á la consumacion de su pecado y á las tristes resultas de su ceguedad. Descargád sobre todo lo demas vuestra ira; pero reservád sus conciencias. Sus bienes y sus fortunas desde luego están en vuestras manos; pero no los privéis de aquellas luces que deben alumbrarlos y guiarlos en el camino de la virtud. Humilládlos, mortificádlos, empobrecédlos; y aún, si es menester, aniquiládlos segun el mundo; pero, Señor, no apaguéis en ellos este rayo de luz que les queda, para que por él sean conducidos á su último fin. Á cualquier otro castigo que os agrade, se someterán muy de voluntad; pero no los pongáis á una prueba tan difícil, como privarlos del conocimiento de sus deberes y de aquella vista sana con que deben mirar sus obligaciones. Eso seria, Señor, declararlos ya réprobos, y yo los quiero á todos predestinados. Para esto, Señor mio, usád con ellos de toda vuestra misericorda, y dadles la luz que necesitan para andar por la senda derecha de la perfeccion y de la verdad. Hacéd que á esta la conozan como es en sí, y que el amor propio no los engañe con sus ilusiones, haciéndoles tener por bueno lo que no lo es. De esta suerte, Señor, conocerán su culpa ; de esta suerte harán penitencia ; de esta suerte conseguirán la gracia ; y con ella lograrán despues alabaros y bendeciros por eternidades de gloria. Yo os la deseo.

HOMILÍA.

EL OIR CON GUSTO LA PALABRA DE DIOS ES SEÑAL DE PREDESTINACION.

PARA LA DOMINICA DE PASION.

(DE GONZÁLEZ.)

Qui ex Deo est, verba Dei audit: propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis.

El que es de Dios, oye la palabra de Dios: vosotros pues no la escucháis, porque no sois de Dios.

S. Juan, c. 8. v. 47.

El entusiasmo con que una multitud del pueblo de Israel sigue á Jesucristo por el desierto, atraída del sincero deseo de oir de sus labios la verdadera sabiduría, forma un admirable contraste con la malignidad de los fariseos, quienes viendo la perfeccion con que la enseña públicamente en el templo, ponen todo su conato en combatirla ó en hacerla despreciable á las turbas. Unos y otros eran testigos oculares de los milagros con que demostraba su mision; sin embargo los primeros reciben su doctrina como procedente de un orígen divino, cuando los segundos la detestan, como si fuera un aborto del infierno: aquellos colman de bendiciones á tan celestial maestro; estos profieren contra él los mas insufribles dicterios, las blasfemias mas execrables: los unos llenos de admiracion determinan elegirle por su rey; los otros poseídos de furor resuelven quitarle la vida apedreándole. Ahora bien; siendo unas mismas las verdades que anuncia, uno mismo el reino de los cielos que promete, uno mismo el camino que ha de conducir á él, ¿cómo es

que sus palabras tienen resultados tan diferentes, tan opuestas consecuencias?

Cuando el Hijo de Dios explicó á sus discípulos la parábola del sembrador, manifestando la causa que impedia la fructificacion del grano que caía en los caminos, en las piedras, entre las zarzas y espinas, no tuvo por conveniente declarar que habia otra especie de terreno tan ingrato que repelia la semilla, la arrojaba de sí en el momento, se volvia furioso contra el sembrador, lanzaba contra él sus piedras, y dilataba su oscuro y anchuroso seno para devorarle; pero hoy nos da de él una idea clara y distinta en la persona de los fariseos, llamando nuestra atencion hácia la notable diferencia de suertes que están destinadas para los que oyen con aprecio su doctrina celestial y para los que la repelen con insolencia. Esto es precisamente lo que pienso explicaros con la claridad y brevedad posibles, siguiendo la letra del Evangelio presente: á vosotros pertenece escucharla con docilidad, para que podáis coger sus copiosos frutos.

Señor, siempre he creído indispensablemente necesarios los auxilios de vuestra gracia soberana, para que la semilla que arrojáis por mi mano á la tierra cristiana, sea capaz de fructificar debidamente; pero es de mayor necesidad en el dia. Conozco que los discípulos de los fariseos no escucharán mi doctrina sino con el objeto con que sus maestros escuchaban la vuestra; mas para librar á la multitud incauta de los innumerables y escondidos lazos que en todas partes les tienen armados, solo es suficiente la irresistible fuerza de vuestro brazo todopoderoso. Su asistencia es la que imploro con toda mi alma, y por la mediacion de vuestra Madre santísima. *Ave María.*

Por saludable y grato al paladar que sea un alimento, no puede producir los mismos efectos en todo género de personas. El estómago de unas, siendo fuerte y sano, lo recibe bien, cuando el de otras por ser débil y viciado suele volverlo insípido, perjudicial á la salud, y aún destructor de la vida. Esto mismo sucede con la verdad eterna, alimento el mas provechoso para el alma, como que de suyo asegura su vida por toda la duracion de una dichosa eternidad; pero, ay! que recibida con un cora-

zon obstinado, se hace odiosa, insufrible, funesta. La multitud de judíos que la escuha con docilidad de boca del mas sabio de los maestros, se deleita con ella, se alimenta en la mayor abundancia, recibe por su conducto la luz sobrenatural : *multi crediderunt in eum ;* y se persuade con toda seguridad á que practicando lo que ordena, se asegura una inmortalidad bienaventurada. El orgulloso y endurecido fariseo se exaspera por el contrario, se llena de indignacion; se vuelve enfurecido contra ella y contra el Hombre-Dios que tiene la bondad de anunciársela por un puro efecto de su amor; prorumpe en calumnias, en imprecaciones, en blasfemias contra él : *Samaritanus es tu, et dæmonium habes;* y aún llega al extremo de conspirar contra su inocente vida armándose de piedras al efecto : *tulerunt lapides ut jacerent in eum.*

¡Qué ideas tan opuestas, qué pensamientos tan contrarios se descubren en los unos y en los otros! Amados hermanos mios, cuando colocado en la cátedra del Espíritu santo, os presentáis á mi vista dispuestos á oir con la mayor atencion y docilidad las verdades que os anuncio en nombre del Señor, mi alma se llena de un consuelo indefinible. En tal caso desearia que mis conocimientos y la elocuencia de mi voz superaran á los de los mas acreditados sabios; quisiera ser un Crisóstomo, un san Gerónimo. Mas ya que esto no es posible, me esfuerzo para que mi trabajo sea capaz de suplir aquella falta. Porque á la verdad yo no sé qué descubro en vosotros, que me interesa, que arrebata toda mi atencion en favor vuestro. En el fondo de mi corazon oigo una voz inefablemente deliciosa que me dice : *qui ex Deo est, verba Dei audit;* el que es de Dios, oye la palabra de Dios. Esto, esto es seguramente lo que produce en mí el elevado juício que tengo formado de vosotros; esta breve y compendiosa sentencia es la que os presenta á mi vista adornados de la mas sublime dignidad. Examino con ansia otras expresiones del Salvador análogas á esta, por si consiguen desenvolver tan sublimes ideas, y llaman al momento toda mi atencion las palabras siguientes : *si quis sermonem meum servaverit, mortem non gustabit in æternum :* no, seguramente no será presa de una muerte desventurada y eterna aquel que procure observar la doctrina del cielo que yo, indigno ministro de un Dios omnipotente, le anuncio en su nombre. Y ¿qué otro objeto podéis

proponeros vosotros al escuchar con tanta frecuencia y atencion esta doctrina celestial, sino el de poner por obra lo que enseña y manda? Por eso sin duda este pastor divino nos dice con mas expresion aún en el mismo Evangelio: mis ojevas oyen mi voz, la conocen, la escuchan con suma complacencia, y guiándolas yo por este medio á donde encuentran sin dificultad los pastos mas abundantes y salutíferos, les proporciono la vida verdadera y eternamente feliz : todos los esfuerzos, todas las astucias é incitaciones de los enemigos son incapaces de arrebatarme una sola.

Qué venturoso presagio, cristianos! ¡qué grata conmocion experimenta mi alma en estos momentos! No permita Dios que yo fomente en vosotros el orgullo y la soberbia; que os conduzca á un descuido criminal ó á una seguridad temeraria. No quiero decir que seáis impecables; ántes me persuado á que no todos tendréis la fortaleza necesaria para vencer tantos enemigos, y acallar tantas pasiones como os acometen á cada paso. Aún mas; no estoy léjos de pensar que algunos, muchos, la mayor parte gemiréis bajo el yugo del pecado; pero vuestra firmeza, vuestra constancia, vuestro anhelo por oir la verdad, manifiesta un deseo sincero de romper las cadenas de esa funesta opresion, de fortaleceros contra las tentaciones, de salir del desventurado abismo en que os halláis, y emprender el verdadero camino de la virtud, continnándolo sin interrupcion hasta llegar á la cumbre de la perfeccion cristiana. Qué venturoso presagio! qué feliz...! Lo diré de una vez : de las palabras que acabo de proferir en nombre de Jesucristo, deducen todos los Padres y expositores que el oir con frecuencia y con gusto la palabra de Dios es una de las señales ménos equívocas de una dichosa predestinacion. Puedo deciros mas? Ah! continuád, continuád en ese santo ejercicio; despreciád las necias censuras del mundo enemigo irreconciliable de la verdad : alabád al Señor, entonando en honor suyo los mas fervorosos himnos de bendiciones, puesto que por su misericordia os resta este delicioso consuelo en medio de tantas desventuras. Pedídle que conceda á sus ministros el celo, el acierto, la uncion conducentes é indispensables para colocaros en el término de tan bienaventurado destino : bendecídle respetuosos, ya que tan osadamente le blasfeman y persiguen los impíos, odiando, blasfemando, persiguiendo á la verdad y á cuantos se la anun-

cian en su nombre, por cuyo medio prestan indicios muy fundados de una temible reprobacion.

Al recordar esto, señores, no puedo ménos de compadecer su suerte. Infelices! digo en mi interior; ¡mil veces desdichados por lo mismo que cierran sus ojos á la luz de la verdad, y sus oídos á las voces del desengaño! La infinita Sabiduría, que tan felizmente pronostica de los que se apresuran á venir al templo con el santo fin de instruirse en las verdades eternas, dice por el contrario de los que las persiguen ó desprecian: *propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis.* Desgracia lamentable! ¡no pertenecen al Señor; no están marcados con la señal de sus ovejas predilectas; no están destinados á la gloria que Dios tiene reservada para sus verdaderos hijos, para los miembros vivos de su cuerpo! Pero aún dice mas: *vos ex patre diabolo estis:* han elegido al demonio por su padre, por modelo de su conducta, por el único Señor á quien ofrecen todos sus servicios, por la herencia que ha de caberles por toda una eternidad; al diablo enemigo irreconciliable de la verdad y único autor del fraude y de la mentira. Infelices! ¿cómo han de sufrir que se les ponga delante lo que mas aborrecen, porque poniendo de manifiesto la injusticia de sus procedimientos, no puede ménos de cubrirlos de oprobio é ignominia?

Sin embargo, como no es fácil se les oculte que el rebelarse abiertamente contra la verdad conocida, seria la mayor insensatez ó lo sumo de la malignidad, se valen del disimulo y la falacia para conseguir sus inicuos proyectos: aparentando un amor decidido por la verdad, al mismo tiempo que desean con ahinco desterrarla del mundo, infaman y calumnian á los encargados de predicarla, é imitando fielmente la conducta de los fariseos les dicen como estos á Jesucristo: *Samaritanus es tu, et dæmonium habes.*

Sí, es preciso confesarlo, señores; la táctica infernal de los fariseos no acabó con esta secta; los fariseos modernos la continúan y no descansan hasta conseguir su objeto. Sin temor de equivocarme puedo asegurar, que en ningun tiempo se han vomitado dicterios mas injuriosos, calumnias mas atroces, detracciones mas ofensivas contra los ministros del Evangelio que en nuestros desgraciados dias. Toda la sabiduría del siglo parece consistir en el prurito de declamar contra los vicios reales ó supuestos de los ungidos del Señor: aún los hipócritas, que

tanta ostentacion hacen de la piedad, que está bien léjos de abrigar su corazon, se esmeran en ponderar la excesiva relajacion de los sacerdotes.

No era esta la ocasion ménos oportuna de hacer la apología de estos; pero no lo juzgo necesario, por suponer que no sois del número de sus detractores, puesto que venís al templo á escuchar con tanto gusto su doctrina. Ademas oigo la voz de Jesucristo que dice: *ego autem non quæro gloriam meam;* y debo obedecerla. No, yo no debo detenerme á elogiar la conducta de los que anuncian la verdad, ni mucho ménos puedo desafiar á los impíos, como Jesucristo, á que nos arguyan de pecado; pero estoy en obligacion de rechazar las calumnias que se les levantan. Yo no busco nuestra gloria, *sed dæmonium non habeo;* pero no puedo consentir que se diga de nosotros que alucinamos á los pueblos; que les vendemos por verdades divinas lo que es una verdadera invencion de los hombres. La doctrina que predicamos, es la verdad del cielo, es la verdad del mismo Dios, es la verdad eterna, es la verdad mas interesante, y la única incapaz de contraer la corrupcion del conducto por donde pasa. En este caso tenemos un derecho á exigir el asenso de los fieles á nuestras palabras, ó á decir por el contrario que no son de Dios, los que lo niegan. El Dios omnipotente, el Dios verdadero, ese Dios que se precian de adorar los cristianos, ese es el que nos autoriza para hablarles; sus preceptos son los que les proponemos: si nuestras obras no se conforman con nuestra doctrina, no por eso perdemos el derecho de que se nos crea, cuando hablamos en nombre del Señor.

Pero, como he dicho mas de una vez desde este mismo lugar, no es la relajacion tan exagerada de nuestras costumbres la causa del odio que se nos profesa. Lo diré con las palabras del mismo Dios: *si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat, diligeret;* si nuestras obras fueran tan criminales y escandalosas como se supone, y como son en realidad las de nuestros enemigos, no se nos daria en rostro con ellas; se alabaria nuestro celo, nuestro proceder; gozaríamos la estimacion de los mismos que tanto nos aborrecen, porque una conformidad y armonía tan completa en las obras produciria necesariamente una perfecta simpatía en los afectos. *Si de mundo fuissetis, mundus quod suum erat, diligeret*: no, no somos tan relajados como se quiere suponer; no son nuestros vicios, nuestro

ministerio es lo que se hace insoportable á los hijos del siglo; no por nuestros desórdenes, por anunciar la verdad que condena sus desarregladas pasiones es por lo que nos aborrecen. Así es que no siendo suficientes las detracciones y calumnias para hacernos enmudecer, recurren á la mas abierta, injusta, escandalosa y horrible persecucion: *tulerunt ergo lapides, ut jacerent in eum.*

No necesitáis, cristianos, que presente yo á vuestra vista el espantoso cuadro de nuestra historia; ese cuadro que ha cubierto del mas negro é ignominioso borron al catolicismo de este país; ese cuadro cuyo recuerdo tiene oprimido vuestro corazon, y arranca á vuestros ojos tan copiosas y amargas lágrimas. Vosotros amáis la verdad: esta nacion en su totalidad la ama, y no puede ménos de amarla, porque conoce los felices resultados que este amor ha de producir; sin embargo no llevaréis á mal que inculque sin cesar sobre esto mismo. Huíd del espantoso precipicio á que conduce el odio de esta verdad divina: no os dejéis seducir de los silbidos de las sierpes encantadoras, pues si á primera vista parecen dulces, abrigan en su interior un veneno mortífero: buscád con ansia todas las ocasiones de instruiros en ella; abrazádla con toda la efusion de vuestro corazon; grabádla en él del modo mas permanente, y arreglád á ella vuestra conducta. ¡Ay de vosotros, si cometéis la imprudencia de cerrarle la entrada en vuestro corazon! ¡Ay de vosotros, si indignado el Señor hace enmudecer á los órganos de que se sirve para anunciarla! ¡Ay, que podria deciros justamente despues: *propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis!* Ay, ay de vosotros entónces! ¿Cómo ó por dónde habiais de llegar al término de vuestros deseos, si no hay otro camino que el de la verdad y la fe?

Á nosotros, venerable clero, á nosotros pertenece dar en el modo posible un auténtico testimonio de las verdades que anunciamos. Procuremos conciliar su respeto y estimacion con el ejemplo mas recomendable. ¡Ojalá pudiéramos decir á nuestros enemigos sin temor de ser desmentidos: *quis ex vobis arguet me peccato?* Mas ya que por desgracia no tengamos esta gloria, ejercitémonos en las sublimes virtudes de nuestro sagrado ministerio, y que son desconocidas fuera del centro de la Religion. Amemos de corazon á nuestros enemigos; procuremos todos los bienes posibles á los que tanto se afanan por

perjudicarnos; ofrezcamos al Señor el incienso de nuestras oraciones y sacrificios por la salud eterna de los que tan decididamente nos persiguen; *et non timentes eos qui occidunt corpus*, clamemos con una libertad cristiana, llamando á todos al ejercicio de la virtud, mostrándoles el verdadero camino del cielo y presentando sin cesar á sus ojos la luz clarísima de la verdad. Hagamos en fin cuanto permita la debilidad de nuestras fuerzas, para asegurar en los unos la gracia inapreciable de la predestinacion, y librar á los otros del abismo de una reprobacion desventurada. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INSTRUCCION.

LAS OBJECIONES DE LA SINAGOGA NOS HUMILLAN Y LAS RESPUESTAS DE JESUCRISTO NOS INSTRUYEN.

PARA LA DOMINICA DE PASION.

(DE COCHIN.)

Si os digo la verdad, por qué no me creéis?
S. Juan, c. 8. v. 46.

La sabiduría y la moderacion de Jesucristo se exaltan y se engrandecen, hermanos mios, á proporcion que se manifiesta la envidia de los príncipes de los sacerdotes y de los fariseos. Estos hombres se habian propuesto seguirle por todas partes, estudiar sus pasos, pesar sus palabras y aprovecharse, cuanto les fuera posible, de todas las circunstancias de su vida para sorprenderle y condenarle. Jesucristo á vista de tanta malignidad parece que debia huirlos, ó á lo ménos callar delante de ellos; pero como entre todos los que le seguian, eran estos los mas enfermos, se constituye en la obligacion de trabajar con mas ardor para curarlos; y así los trata y les habla con mas frecuencia. Pero ¿por qué ha escogido la Iglesia este suceso del Evangelio para fijar nuestra atencion sobre la muerte de su Esposo y nuestro jefe? Las miras de nuestra Madre siempre son muy sábias, hermanos mios, y por eso ofrece á un tiempo á nuestra consideracion el primer insulto que sugiere á los fariseos su malicia, y los últimos testimonios de su furor: por eso

nos conduce desde la pérfida maquinacion de los judíos, para encontrar culpa en Jesucristo, á la condenacion injusta del inocente, y desde la parcialidad que le juzga, á la crueldad que le sacrifica. Nada me admiran los trabajos que ha sufrido Jesucristo á la vista de los insensatos raciocinios con que se intenta contradecir hoy la sabiduría de sus respuestas; y pues que nosotros, hermanos mios, tenemos en ellas y en las objeciones de la sinagoga todo cuanto necesitamos para humillarnos é instruirnos, vamos á sacar el provecho de que son susceptibles.

Quién de vosotros me argüirá de pecado? Estas palabras con que empieza nuestro Evangelio, no son de un amigo que pide á otro que le declare sus defectos, ni de un incógnito que se aprovecha de la oscuridad en que ha vivido, para adquirirse una reputacion de justicia, que perderia inmediatamente que se le conociese de cerca: un Dios hecho hombre, que desde que se manifestó al mundo ha hecho públicas todas sus acciones sin la menor reserva; un hombre de una vida irreprensible es quien escoge por sus censores á sus mayores enemigos, y los desafía para que le arguyan de pecado. ¿Quién habia de pensar que estos hombres dentro de pocos dias se sentasen en sus tribunales, para juzgar al que no pueden hoy reprender; para acusarle con impudencia de delitos atroces y dignos de muerte, sin poder alegar la mas ligera prueba; y para exclamar con el fin de intimidar al mas cobarde y débil de los jueces, crucifícale, crucifícale? Esta inconsecuencia de conducta y de palabras nos parece ciertamente muy extraña, si paramos la consideracion en el tiempo y circunstancias en que la manifiestan; pero nosotros ¿no somos sus imitadores, cuando ejercitamos contra el prójimo la malignidad de nuestras reflexiones y de nuestros juícios? Ántes de condenar á nuestros hermanos y de imputarles tan enormes faltas, ¿no seria muy conveniente traer á la memoria las palabras de Jesucristo? Para acriminar al prójimo por sus defectos, se requiere, hermanos mios, el derecho y la posibilidad de convencerle; pero regularmente carecemos de uno y de otro, porque Dios no nos ha dispensado, ni la autoridad necesaria para juzgar, ni las luces suficientes para hacerlo con justicia; y por tanto si el prójimo no puede desafiarnos á convencerle absolutamente de todo pecado, nos puede muchas veces provocar á probarle el que le imputamos por envidia y malignidad. Jesucristo pude entrar en este desafío, porque

siempre habia anunciado la verdad en su conducta y sus palabras. *Si os digo la verdad,* decia á los fariseos, *¿ por qué no me creéis ?* Esta objecion no tenia respuesta; pero Jesucristo previene la que pudieran darle, diciéndoles : *el que es de Dios, oye las palabras de Dios : por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios.* Este dicho de Jesucristo recaía propiamente sobre los fariseos que se obstinaban en no reconocer la verdad; pero vosotros, hermanos mios, ¿estáis libres de ser comprendidos en esta reprension? ¿La palabra de Dios hace sobre vosotros impresiones saludables? ¿la oís con los oídos del corazon, esto es, con la humildad, la docilidad y el respeto que convienen á los hijos de Dios? ¿la oís, cuando os habla de un modo opuesto á vuestras inclinaciones y deseos, y cuando os prescribe ciertos sacrificios, por los cuales sentís la mas viva repugnancia? Sabéd que el que es de Dios, oye las palabras de Dios. Sí, las oye, es decir, las gusta, se alimenta de ellas, se somete á ellas, y sobre todo las reduce á práctica; de manera que puede decirse á los cristianos, que con mas frecuencia asisten á nuestras instrucciones, cuando contradicen con sus costumbres las verdades que les anunciamos : vosotros no las oís, porque no sois de Dios. ¡Qué diferente efecto es el de esta palabra con relacion á los que son de Dios, y á los que viven separados de él. Un profeta la llama *ley pura y sin mancha :* su efecto es el de convertir los corazones que la escuchan con respeto, y comunicar la sabiduría á los que son pequeños. De esta manera obra en las almas fieles; pero no así con los pecadores. Las verdades les ofenden, cuando combaten mas sus vicios, y fatigados de su fuerza, se valen de las invectivas y de las blasfemias para desacreditarlas. Jesucristo hace ver á los judíos que solo pertenecen á Dios, miéntras escuchan su verdad y su palabra; pero ellos en vez de sujetarse con docilidad, le responden : *¿ no decimos bien nosotros, que eres samaritano y que tienes demonio?* De estos hombres habla sin duda el Profeta en uno de sus Salmos, cuando dice : ¿por qué te ensalzas en la malicia, tú que eres poderoso en la iniquidad? Cuando el pecador, hermanos mios, conoce su injusticia, y la conciencia le reprende sus desórdenes, tiene aún grandes recursos para la salvacion; pero cuando ya no siente remordimiento alguno y se complace en su iniquidad, está muy cerca de su reprobacion eterna. Pero ¿qué respuesta va Jesucristo á dar á los fariseos? Ella es en un

todo conforme á su carácter de humildad, y no se dirige sino á disculparse de imputacion tan odiosa : *yo no tengo demonio,* responde; *mas honro á mi Padre.* Como si dijese : el demonio es el enemigo de Dios, y envidioso de su gloria trabaja sin cesar en destruir su culto; pero mi profesion es la de honrar á mi Padre. Aquí tenéis, hermanos mios, el compendio de vuestras obligaciones. Honrar á Dios, es contribuir á su gloria por todos los medios posibles : honrarle en las palabras, es bendecir su santo nombre, publicar sus maravillas, propagar su conocimiento y su culto, y oponerse con zelo á todos los que quieran combatir la Religion ó la verdad : honrarle en las obras, es cumplir su ley, proporcionando al prójimo todos los medios que pueden conducirle á Dios, separándole del mal y encaminándole á la virtud : honrar á Dios en los bienes de fortuna es, segun la expresion del Profeta, emplear cuidadosamente los que nos ha confiado, y llenar los designios de la Providencia que los depositó en nuestras manos; honrarle sobre todo en el pobre que representa á Jesucristo, consiste en no ser duros á su miseria, ni cerrar los ojos á sus necesidades. Estas son las condiciones, hermanos mios, con las cuales podéis decir : *honro á mi Padre.* Pero Jesucristo dice tambien á los judíos : *vosotros me habéis deshonrado.* El mayor ultraje que se puede, hermanos mios, hacer á Dios Padre, es desconocer á Jesucristo su Hijo. Siendo como es santo, poderoso y glorioso infinitamente por naturaleza, no necesita de nuestros homenajes : juntos los pecados de todos los hombres, no podrian de modo alguno turbar la gloria y la felicidad que disfruta por esencia; pero zeloso de nuestra salvacion ha escogido los medios mas propios para reconciliarnos, y ha llevado su amor hasta el punto de darnos á su Hijo único. ¿No deberá pues arrojar en los dias de su furor al que haya mirado este medio con indiferencia y frialdad? ¿No deberá ofenderse de las injurias que se hacen al mismo, que ha escogido por nuestro mediador? Velád, hermanos mios, para que Jesucristo no os reprenda de esta suerte : honrádle, no con los labios, sino con el corazon : hónrele nuestro espíritu con un estudio continuo de sus misterios y sus bondades; hónrele nuestro corazon con su amor y reconocimiento : honrémosle en nuestras obras con una imitacion sincera de su conducta. Todo lo que no es conforme á las reglas de su Evangelio y á los ejemplos que nos ha dado, es una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ofensa que hacemos á Jesucristo, que subirá hasta el trono mismo del Padre que le ha enviado.

Jesucristo se queja de que los judíos le deshonren; pero temiendo que estos hombres naturalmente orgullosos confundiesen esta reprension con un acto de vanagloria y de orgullo, les dice: *yo no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue.* Ved, mis hermanos, una verdad que muchas veces no hemos querido oir; pero debemos saber que cuanto mas despreciemos nuestra propia gloria, tanto mas ciertos estamos de hallar una gloria permanente y sólida. Regularmente nos persuadimos que la humildad nos degrada, que un desprecio nos envilece, y que debemos hacer públicas nuestras acciones, para que nos merezcan alguna satisfaccion; pero Jesucristo, mas instruído que nosotros en lo que es la verdadera gloria y la sólida grandeza, no habla de sí mismo sino con mucha humildad, y fia en aquel que conoce el fondo de los corazones, el cuidado de manifestar las virtudes que no tienen precio, sino en tanto que merecen ser juzgadas. Por esto añade, *el que guardare mi palabra, nunca verá la muerte.* Como si dijese: las obras del hombre soberbio desaparecen con él: una accion que se hace con la mira de los aplausos y satisfacciones públicas, recibe su recompensa en este mundo, y apénas se alaba, cuando se olvida; pero aquel que solo obra por Dios, no quiere otro testigo que á Dios mismo. El hombre que observando mi palabra sabe que, léjos de deshonrarse, cumple con la mayor y mas noble de todas lás funciones, que es la de servir y honrar á su Dios; es digno de subsistir tanto como Dios, que es el principio, el objeto y el fin de sus acciones. Así hablaba, hermanos mios, un hombre á quien perseguia el espíritu de las tinieblas. Á las invectivas de los judíos opone solamente simples razones: sus discursos son humildes, pero sin embargo los judíos le replican de nuevo, y le dicen: *ahora conocemos que tienes demonio.* Jesucristo acaba de hablar de la observancia de su palabra y de la inmortalidad que debe ser su recompensa: los judíos le oponen el ejemplo de Abrahan y de los mayores profetas, á quienes no puede tacharse, dicen, de haber desconocido la voluntad de Dios, y sin embargo murieron. La consecuencia que necesariamente se sigue de estas reflexiones, es que aquel que se atribuye el derecho de comunicar la vida por su palabra, es mas grande que Abrahan; pero los judíos, aunque conocian todo su

valor, se sirven de ella contra Jesucristo. Ellos ciertamente debian inferir que el que les hablaba, era superior á todos los que le habian anunciado; pero sin embargo era mas conforme á sus intereses el inferir, que el que se atribuía este derecho, era un impostor que insultaba á los hijos haciéndose superior á su padre. ¿Eres tú mayor, le dicen, que nuestro padre Abrahan, el cual murió? ¡Qué diferencia tan notable, hermanos mios, entre Jesucristo y todos los personajes del antiguo Testamento! Jesucristo es el término de todas las promesas hechas á Abrahan el padre de los creyentes. La bendicion que debia multiplicar su posteridad mas que las estrellas del firmamento y las arenas del mar, hubiera sido enteramente estéril, si se limitase á que naciesen de sus descendientes hombres, tan ciegos como estaba entónces el pueblo judío. Los elogios con que Dios mismo ensalzaba la fe de su siervo y su obediencia, hubieran sido de ningun mérito, si Jesucristo no fuese el único término de sus deseos y de sus votos; pero Abrahan levanta sin dudar su valerosa mano sobre el mas tierno y el mas precioso de los hijos; y desde este momento sacrifica todo respeto humano y toda consideracion temporal, porque sabe, que todo lo que Dios exige, es necesario, que todo lo que manda, es justo, que todo lo que promete, es cierto. Guiado por los principios de una fe viva é ilustrada, sabe que si debe perecer el que parece el heredero de las promesas, no puede dejar de manifestarse un dia aquel, en quien todas las naciones deben ser benditas en la plenitud de los tiempos. En efecto le ve, le saluda y le adora desde léjos; y si guarda silencio sobre tan gran misterio, á lo ménos lo publica con su obediencia y sus obras.

Quién te haces á ti mismo? dicen los judíos á Jesucristo, pero este Señor, sin variar de lenguaje, les responde: *si yo me glorifico á mi mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica; el que vosotros decis que es vuestro Dios, y no le conocéis.*

Notád, mis hermanos, que nada es mas equívoco en el lenguaje de la Religion que los nombres de padre, de maestro y de jefe, que damos á Dios ó á Jesucristo, cuando no se conforman las obras con ellos. El cristiano ménos fervoroso no se avergüenza de dirigir á Dios de tiempo en tiempo estas palabras, *Padre nuestro*; pero si se atienden y siguen todas sus acciones, pudiera replicársele: dices que es tu Dios, y no le cono-

ces : esto proviene de que haces de Dios una divinidad ciega, que no toma interes ni parte alguna en nuestras acciones; una divinidad insensible, á la que se puede ofender impunemente; una divinidad injusta, que pone los bienes de este mundo entre manos indignas de poseerlos; una divinidad impotente, que viendo al pobre en la indigencia, y afligido al miserable, no tiene poder para consolarle y socorrerle : esta ciertamente es la consecuencia mas palpable que puede sacarse de vuestras obras. Hay muchos cristianos que se atreven á decir al Señor : hemos invocado vuestro nombre, os hemos llamado nuestro Dios y padre; pero sin embargo les dirá en su dia, *yo no os conozco*. Jesucristo dice por el contrario : *mas yo le conozco; y si dijere que no le conozco, seria mentiroso como vosotros. Mas le conozco, y guardo su palabra.* Conocer á Dios, hermanos mios, y guardar su palabra, son dos condiciones inseparables del cristiano. Conocer bien á Dios, es sentir los motivos de nuestra dependencia : guardar su palabra, es probar que estamos convencidos de los derechos que tiene á nuestra sumision. *Abrahan, vuestro padre*, sigue Jesucristo, *deseó con ansia ver mi dia : lo vió, y se gozó.* En otra parte dice el Evangelio : *felices los que ven lo que veis, y los que oyen lo que oís.* En efecto ¿cuántos reyes desearon ver á Jesucristo, y no le vieron? Abrahan formó este deseo, y fué oido. Esta diferencia, hermanos mios, proviene de la diferencia de deseos. Nosotros, por ejemplo, deseamos ver los dias de Jesucristo. Siempre que deseamos su gracia, su reino y su recompensa, es Dios quien forma este deseo, porque somos incapaces de tener un buen pensamiento por nosotros mismos. ¿De dónde pues proviene que estos deseos sean tan infructuosos y estériles? ¿por qué causa está el infierno, segun la expresion de san Bernardo, lleno de buenos deseos, esto es, de cristianos que suspiraban, al parecer, como Abrahan por ver los dias de Jesucristo? Hermanos mios, esto nace de que sus deseos han sido ahogados en su corazon por otros mil deseos injustos. Ellos hubieran querido unir el servicio de Jesucristo con el de sus pasiones; merecer los premios, sin renunciar sus satisfacciones temporales; ser los hijos de la gloria, sin haber sido los discípulos de la cruz. Así miéntras que el deseo de Abrahan le justifica y le salva, ellos merecen su condenacion por sus malos deseos.

Despues de estas respuestas de Jesucristo, ya no les queda á

los judíos mas que una objecion á su parecer decisiva. *¿Aún no tienes cincuenta años, y has visto á Abrahan?* Ved, hermanos mios, el momento mas interesante para los judíos, si hubieran caminado de buena fe : ahora podian meditar bien la respuesta de Jesucristo, y si tenia ciencia y poder para resolver su dificultad; pero su malicia y sus torcidos fines les cierran enteramente los oídos y la razon. Jesucristo les da una respuesta que hubiera explicado mas, si quisieran escucharle. *En verdad os digo, que ántes que Abrahan fuese, yo soy. Entónces tomaron piedras para tirárselas; mas Jesus se escondió, y salió del templo.*

Jesucristo se oculta, hermanos mios; y ¿es acaso el miedo el que le hace evitar el furor de los judíos? Dentro de poco tiempo saldrá al encuentro de sus perseguidores y enemigos preguntándoles : á quién buscáis? Su conducta es tan irreprensible cuando se oculta, como cuando se manifiesta : sus ejemplos son tan útiles cuando evita la persecucion, como cuando se entrega en manos de sus enemigos; y en todo esto nos quiere enseñar, que no es conveniente ni lícito eludir la voluntad y las órdenes del Señor, cuando se digna explicarlas. ¿Pensáis que entre los que tienen la reputacion de justos, no habrá muchos, á quienes Dios reprenderá, no precisamente porque se han descuidado en las buenas obras, sino porque las han hecho fuera de tiempo, porque se han manifestado cuando debian ocultarse; y porque en lugar de hablar, reprender y corregir, hubiera sido mas conveniente callar, sufrir y esperar? Vivíd, hermanos mios, con precaucion, para que no seáis contados en este número : estudiád siempre la voluntad de Dios, y conformád á ella vuestras obras.

Señor Jesus, dadnos á conocer esta voluntad : hacédnos dóciles para seguirla, y para no oponer nuestros errores á su palabra, ni nuestra independencia á sus designios. Nosotros llamamos á Dios nuestro padre, os reconocemos por nuestro jefe, y nos gloriamos de este doble motivo de nuestra dependencia. No nos desconozcáis en el dia de vuestra justicia, y colmádnos de gloria y alegría para siempre. Así sea.

SERMON.

EL PECADOR HALLA SIEMPRE ACOGIDA EN LA MISERICORDIA DE DIOS.

PARA EL MÁRTES DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Tempus vestrum semper est paratum.
Vuestro tiempo siempre está preparado.
S. Juan, c. 7. v. 6.

Va á terminarse, cristianos, la obra mas portentosa, la ménos esperada, la mas increíble del amor y de la misericordia de Dios para con el hombre pecador. Ya llega el tiempo en que el Unigénito del eterno Padre padece voluntariamente la muerte afrentosa de cruz, por merecerle la preciosa vida de la gracia y abrirle la entrada de la gloria. Dejemos á los carnales judíos que se escandalicen; despreciemos á los necios gentiles que lo atribuyan á locura; no atendamos á los soberbios herejes que lo juzgan imposible despues de verificado; y entreguémonos nosotros á las dulces emociones del mas extraordinario júbilo por este fausto acontecimiento, procurando asegurar nuestra fe, animar la esperanza y encender la caridad. Dios muere para que vivamos nosotros! Qué consuelo no debe inspirarnos esta sola idea! Los males todos que lleva en pos de sí el funesto

(1) Para este dia hay otro sermon en la pág. 261 del tomo primero de los de *Mision*, y sobre el mismo asunto se ha puesto uno en la pág. 493 del tomo tercero.

pecado, todos sin excepcion van á desaparecer, porque va á perdonarse, á borrarse completamente el pecado en nuestras almas. Vamos á romper las duras cadenas que nos aprisionan, á salir del cruel cautiverio que nos oprime, á librarnos de los inminentes peligros que nos cercan, á hermosear de nuevo nuestras almas con la bella imágen de nuestro Criador, á recobrar el derecho á la herencia de los hijos de Dios; á ser compañeros de los santos, hermanos de los ángeles, templos del Espíritu santo...Qué mas? ya no nos asustará la muerte, no nos causará horror el juício, no temeremos el infierno, no sentiremos la amargura de las calamidades, gozaremos las inagotables delicias de la virtud, caminaremos sin obstáculo por la senda de la verdadera inmortalidad.

¡Qué inexplicable regocijo experimenta mi alma al anunciaros tantos bienes! Animáos, pecadores, que nada os faltará; nada echaréis ménos en la nueva vida que vais á emprender. Ambiciosos, vais á ser colocados en un trono infinitamente superior al de todos los emperadores de la tierra: glotones, vais á gustar los manjares mas delicados, los mas exquisitos, unos manjares que nunca pueden llegar á fastidiaros: voluptuosos, vais á disfrutar con la mas dulce libertad unos deleites tan puros, tan sólidos, tan deliciosos, que en su comparacion son despreciables todos cuantos os podéis figurar vosotros: avarientos, vais á ver colmados vuestros deseos; vais á ser dueños de unos tesoros inmensos, seguros, verdaderos, unos tesoros que os pondrán á cubierto de todas las miserias, unos tesoros que os hagan verdaderamente felices: pecadores, vais á caminar por la senda que conduce á la posesion de ese bien, tras cuya sombra habéis corrido ansiosos sin jamas haberla podido alcanzar.

Con efecto, señores, segura es nuestra dicha: á tiempo estamos de verificar este delicioso cambio de suertes. Pero es preciso resolverse; si queremos, en el instante lo conseguimos: toda la dificultad consiste en querer. Ni la multitud enorme, ni la horrorosa deformidad, ni la extremada malicia de nuestros crímenes; nada es capaz de impedirlo. Nuestro Salvador nos lo promete, asegurando que aún estamos á tiempo: *tempus vestrum semper est paratum.*

En la manifestacion de esta verdad me ocuparé al presente,

procurando excitar en vosotros una confianza prudente y cristiana en la divina misericordia; pero exhortándoos al propio tiempo á que no dilatéis vuestra conversion, pues aunque esta puede verificarse en cualquier tiempo de la vida, es muy incierto el momento de la muerte. El Señor se digne dispensarme sus soberanos auxilios para conseguir los frutos que deseo. Así lo suplico por la mediacion de su amantísima Madre y abogada nuestra. *Ave María.*

El demonio que nos incita al pecado, poniéndonoslo todo expedito, nos desanima despues con lo terrible de la divina justicia. Has ofendido, le dice al pecador, á un Dios infinitamente justo, infinitamente celoso de su honra; has perdido su gracia y amistad; has incurrido en su indignacion; ¿qué esperas en ese caso de su bondad? Despues de haberle injuriado tan continua y descaradamente, ¿cómo puedes esperar te franquee sus soberanos auxilios, sin los cuales de nada sirven todos los esfuerzos de los hombres y de toda la naturaleza? De este modo procura el enemigo conducirnos á una funesta desesperacion. Traidor! no se expresaba así cuando halagaba nuestra pasion.

Sin embargo nosotros sabemos que es tan infinita la misericordia de Dios como su justicia; sabemos que desea nuestra felicidad con mucha mas intension que nosotros mismos. Aborrece el pecado, es verdad; pero tambien lo es que no puede olvidar, que el pecador es hechura de su mano omnipotente, que es un soplo de su divina boca, que es una porcion, digámoslo así, de su mismo ser. ¿Llegará una tierna madre á olvidar al hijo que llevó en su seno, aunque sea desobediente y perverso? pues aunque esto pudiera suceder, nos dice Dios por el profeta Isaías (1), nunca sucederá que yo me olvide de vosotros. Aborrece el pecado; mas apénas el primer hombre se sujetó á la vergonzosa esclavitud de la culpa, le ofreció el Señor el medio mas seguro y eficaz de romper sus cadenas y volver al delicioso estado de que habia caído; y aunque siempre le habia amado, pero nunca le manifestó su amor con señales tan mar-

(1) *Isai. c.* 49. *v.* 15.

cadas y excesivas como despues del pecado. En el estado de su inocencia le hizo dueño de los peces, de las aves, de los reptiles, de todos los animales, de todo lo que alcanzaba su vista; pero todo era obra de las manos de Dios; todas estas cosas eran criaturas: despues del pecado le promete, y en efecto le hace donacion de su mismo Hijo, de su Hijo único, de aquel Hijo, que era el resplandor de su gloria, la imágen de su divinidad, una misma sustancia, un mismo Dios con el Padre: le da su Hijo, para que sea perseguido, atormentado, crucificado y muerto, por franquear el camino de la salud al hombre pecador.

Qué es esto, Dios mio! de dónde tanta misericordia? ¿Quién es capaz de medir la infinidad de vuestro amor al hombre, por mas que él os aborrezca? Y aún desconfiaremos de vuestras bondades?

La Iglesia santa, poseída de la mas justa gratitud, como que sale fuera de sí de alegría, y en vez de aborrecer, detestar y maldecir el pecado, lo celebra, por el contrario, lo aclama y felicita: *dichosa culpa*, dice con un santo entusiasmo, *dichosa culpa que ha merecido tan grande, tan benéfico, tan misericordioso, tan divino Redentor!* ¡Verdaderamente feliz el pecado que ha sido redimido con la muerte del mismo Dios, á quien ofendia! Y ¿temeremos nosotros que nuestros crímenes hayan agotado este inmenso raudal de las divinas misericordias? ¿Juzgaremos que ya no es tiempo de recuperar lo que hace tanto perdimos? Por mas que hayamos estado sumergidos en el abismo de los vicios mas abominables desde que empezámos á usar de la razon, aunque hayan estos penetrado hasta la medula de nuestros huesos, aunque tengan á nuestra alma mas fea y horrible que los condenados del infierno, *tempus semper est paratum*, no importa; en el instante en que nos convirtamos á Dios recobraremos por su gracia toda la belleza y felicidad que habíamos perdido; nuestra alma quedará mas blanca que la nieve, mas resplandeciente que los astros, mas hermosa que los cielos. Sus iras, su furor, su indignacion, todo se apaga enteramente al vernos arrepentidos. Mas aún; á pesar de su ciencia infinita y de su incomprensible eternidad, nos dice por el profeta Ezequiel (1), que si el pecador se arrepiente de sus peca-

(1) *Ezech. c.* 18 *v.* 21 *et* 22.

dos, los borrará de su memoria, de suerte que jamas volverá á acordarse de ellos.

El hombre miserable, esclavo vil de sus pasiones, especialmente de la soberbia, orígen de su perdicion; y tambien por un efecto de las infernales sugestiones de Lucifer, se resiste á creer que llegue á tal extremo la bondad de Dios; pero este Señor, movido de su infinita misericordia y conociendo que la fe de este atributo de su divinidad es el medio mas eficaz de librar al pecador de sus culpas, añadió el mas solemne juramento, para desvanecer cualquier duda que pudiera ocurrirnos y dejar nuestras almas llenas del mas dulce consuelo. *Por mi misma vida os juro*, nos dice (1), *que no quiero la muerte ni la condenacion del pecador; lo que de veras deseo, solicito y anhelo es su conversion*, para poderle dar la vida eterna y bienaventurada.

Si tan repetidas promesas, si tan solemnes juramentos no acaban de convenceros, recurrid, os diré con san Juan Crisóstomo, recurrid á la experiencia: lo mismo que sucedió á los primeros padres, ha sucedido á los demas pecadores. David, abusando de la autoridad real que Dios le habia confiado tan graciosamente, quita á un tiempo á Urías la mujer, el honor y la vida; pecados tanto mas graves cuanto mayores beneficios le habia dispensado el Señor. Sin embargo cuando él quiso, en el tiempo que reconocido llegó á exclamar, *peccavi*, el Señor le acogió con la mayor benignidad, le concedió un perdon completo, y aún se lo manifestó por un profeta para librarle del temor é incertidumbre. Tantos y tan terribles fueron los crímenes del impío Acab que no tuvieron semejantes, segun nos dice el mismo Dios (2); y este Señor, cuya paciencia es infinita, cansado ya de sufrirle, determina por último imponerle un castigo que sirva de ejemplar y escarmiento en todos tiempos y naciones; pero Acab, noticioso por el profeta Elías (3), se resuelve á cambiar de vida, aprovecha aquel momento que le parece mas oportuno, y obliga á Dios á revocar la sentencia. Manases, como si se hubiera propuesto provocar la ira de Dios, oponiéndose abiertamente á sus órdenes, solo por ser suyas, introduciendo en el templo santo los ídolos mas abominables, obligando á toda la nacion á dejar el culto del verdadero Dios,

(1) *Ezech.* c. 33. v. 11. (2) III. *Reg.* c. 21. v. 25. (3) *Ibid.* v. 27. *et* 29.

derramando injustamente y con la mayor abundancia la sangre de los inocentes; Manases, enemigo declarado de Dios, le hace de intento la guerra mas impía y obstinada. El Señor determina ya por tan horrendos crímenes descargar sobre él y sobre todos sus vasallos el pesado brazo de su justicia; y los entrega á los asirios sus enemigos, quienes luego llevan al impío rey sin honor, sin libertad, sin reino, cargado de cadenas, sujeto á una penosa esclavitud y amenazado de una muerte cruelísima. Quién no ve aquí los efectos de la ira del Señor? ¿quién no se persuadirá á que es llegado el tiempo de la perdicion de Manases? Sin embargo aún está á tiempo; si se reconoce, llora sus abominaciones, pide con lágrimas el perdon, aún está á tiempo de conseguirlo. Así lo hace con efecto, movido de la desgracia, y en el momento es perdonado, restituído á su reino y á la gracia de su Dios, convertido en un rey justo, religioso, en un verdadero penitente y amigo de la virtud. Los ninivitas...

Pero, qué! ¿me detendré á referir la historia de los patriarcas, de los profetas, de los jueces, de los reyes y capitanes del pueblo de Dios, para evidenciar con hechos no interrumpidos, que el hombre está siempre á tiempo de convertirse y recobrar el derecho á la bienaventuranza? ¿Trataré de imitar á David cantando eternamente las misericordias de Dios? Esto ni seria posible ni lo juzgo necesario.

Por otra parte, como pudiera parecer á alguno que nada tiene de particular el que Dios fuera misericordioso en la ley antigua, porque no le costaba sino querer; para responder, digo, á esta objecion, quiero presentaros hechos de otra especie, que no os dejen la menor duda. Llegád con la consideracion á Nazaret; entrád en la dichosa mansion de los santos ancianos Joaquin y Ana; penetrád hasta el retiro de María; oíd al mensajero de los cielos... Pero ¿dónde tenemos oídos para percibir, ni razon para comprender tan profundo misterio? Arcángel santo, ¿no te admiras, no te llenas de espanto, al ver tan abatida la majestad suprema de tu criador? ¿No se apodera de ti una santa envidia que te impida dar fin á tu comision, al considerar que Dios se hace hombre? ¿Puedes creer, á pesar de estarlo tú anunciando, que Dios se cubre de todas las miserias de la naturaleza humana, con lo que va á desaparecer su majes-

tad, su gloria, su grandeza, su poder, su inmensidad, su... puedes persuadirte tú mismo de todo esto?

Dejemos á este nuncio que termine su mision, y pasemos á Belen guiados, como los Magos, de la nueva estrella: miremos al tierno Hijo de María desnudo, sin mas abrigo que un establo que le ofrece la caridad, sin otra cama que un pesebre, sin otra compañía que unos brutos, sin mas auxilio que la compasion de los pastores: qué es lo que allí se ofrece á nuestra vista? qué es lo que con tan dulces himnos celebran los ángeles gloriosos? qué es lo que con tanto resplandor anuncia la estrella? qué es lo que vienen á buscar los reyes del oriente? á quién adoran los piadosos pastores? Un niño... Pero ¿es posible que este recien nacido sea hijo del eterno Padre? Ni ¿qué objeto podria tener tanta humillacion, tanta bajeza, tanto anonadamiento? ¿Qué fin habia de proponerse...? Oigámoslo al mismo Dios. Apénas se manifiesta á los pueblos, cuando nos saca de tanta admiracion diciendo (1): *yo no he venido en busca de justos sino de pecadores:* la miseria del pecador ha conmovido las entrañas de mi misericordia, y viendo que es incapaz de satisfacer por sí mismo á mi divina justicia, de recobrar mi amor, mi gracia y el derecho á mi gloria, me resuelvo á sacarle de tan lastimoso estado. Yo quiero dar á mi eterno Padre la satisfaccion que él no puede dar; yo quiero cargar con la culpa que él ha cometido; yo me obligo á pagar la pena que él debe; yo quiero padecer para librarle de los eternos tormentos que le esperan; yo quiero morir, porque viva él eternamente; este es el objeto de mi venida al mundo.

Hé aquí, cristianos pecadores, el fundamento mas sólido de vuestra esperanza; este es el testimonio mas evidente de una misericordia mil veces, mil millones de veces, infinitamente superior á la malicia de todas las criaturas; infinitamente mayor que los pecados juntos de todos los hombres y de los mismos demonios. Y teniendo un fiador de esta especie, un fiador omnipotente, y empeñado en redimir y salvar á toda la descendencia de Adan, ¿quién, digo, dudará, quién podrá desconfiar de que se le ha de conceder el perdon mas cumplido de sus culpas en cualquier tiempo que lo solicite?

(1) *Matth.* c. 9. v. 13.

Para reanimar mas vuestra esperanza, quiero haceros observar que nuestro Redentor es tambien infinitamente santo, y que su virtud y santidad no es melindrosa como la de los hipócritas. No se desdeña de hablar, familiarizarse y comer con los mas famosos pecadores; al contrario le ocupa siempre la idea de buscarlos, para reponerlos en la felicidad que habian perdido. No se dignará responder una sola palabra á las preguntas de Heródes; pero se detendrá á conversar muy despacio con una Samaritana, con una Magdalena, personas que dan muestras fundadas de aspirar á la virtud: su intento, su único deseo es buscar al pecador, seguirle, estar siempre á su lado, y poder perdonarle, cuando él se lo pida.

Cuando leo en el Evangelio, que aquel amoroso padre que tantas lágrimas habia derramado por la ausencia de su rebelde é ingrato hijo, sale fuera de sí al verle volver á su casa; corre presuroso á recibirle, sin que le detenga su edad avanzada; le estrecha entre sus trémulos brazos, sin reparar en lo andrajoso del vestido; estampa mil besos de amor en sus mejillas, sin advertir el hedor intolerable que despedia su cuerpo; olvida todos sus delitos, sin darle lugar á que le pida perdon de ellos, como lo tenia él pensado; alborota toda la casa, haciéndose vestir las mejores ropas y adornar con los anillos y joyas de mas valor; convida á todos los parientes; manda matar el becerro mas gordo, buscar los músicos de mas habilidad y celebrar la fiesta mas solemne, en demostracion de que nunca en su vida ha sentido un regocijo tan puro y extraordinario como ahora que acaba de recobrar al hijo que habia perdido; cuando leo este pasaje en la Historia sagrada, me parece ver retratado en él á nuestro amoroso Redentor, en el acto de volver á su gracia un alma que se habia extraviado por el camino de la perdicion. Oh! en tan delicioso momento recibe una alegría tan inmensa, un regocijo tan puro que excede todo encarecimiento. Entónces le son dulces y deliciosos los dolores, las afrentas, las ignominias y la muerte; entónces ve reunida la preciosa sangre que derramó por todo el género humano; entónces se cumple aquel intenso y eficaz deseo que le hizo descender desde el elevado trono de su grandeza hasta el oscuro lugar de la tierra, hasta este triste valle de miserias y lágrimas; entónces olvida que aquella alma fué pecadora; borra de su memoria para siempre

todos sus extravíos; cuanto descubre en ella, todo le agrada, todo le excita el amor mas intenso.

No extrañéis, cristianos, mis expresiones; todas ellas son tomadas el pié de la letra de la Escritura santa: todas ellas están comprobadas con hechos numerosos é incontestables. En el momento que Pedro reconocido detesta su pecado; en el momento en que contrito el buen ladron le ruega al Salvador que le tenga presente; en el momento en que arrepentida la Magdalena le busca en casa del fariseo y se arroja llorosa á sus piés publicando sus culpas; en el momento en que postrado en tierra Saulo dice: qué exigís, Señor, de mí? en el momento mismo sin esperar á mas, les concedió el perdon mas amplio de todas sus culpas; en aquel mismo momento... Pero ¿qué puede decirse de estas conversiones que no suceda en todas las demas? Apénas el pecador desengañado se vuelve á Dios, y se declara en favor de la virtud, se verifica en el amantísimo y misericordiosísimo corazon del Hombre-Dios el cambio mas glorioso. Su alegría es tal que, para celebrar aquel acontecimiento, quisiera consumir toda la infinidad de sus tesoros. Todo le parece poco para regalar, para embellecer, para glorificar aquella alma, cuyo amor le ha costado tantos sudores y fatigas, tantas lágrimas y penas. Los cielos resuenan por todas partes con los mas dulces y armoniosos himnos; los ángeles á competencia se empeñan en celebrar con las mas expresivas demostraciones su inmenso júbilo; los demas bienaventurados, poseídos de la misma alegría, le dan humildes el parabien, le bendicen, le alaban, le tributan el sacrificio de accion de gracias; y aquel padre amorosísimo embriagado de placer, no acierta á manifestarlo, y solo dice, repitiéndolo sin cesar: alegrãos todos; participád en el modo posible de las inmensas delicias que inundan mi alma; celebrád mi contento y mi felicidad: sabéd que ha vuelto mi hijo, mi amado hijo, el hijo de mi corazon, aquel hijo que hace tanto tiempo abandonó mi casa, aquel hijo predilecto, que yo he llorado tantas veces, por parecerme irreparable su pérdida.

Nada mas halagüeño que recordar estas felices expresiones. Pero, ay! ay! que nosotros ciegos y obstinados, como que formamos empeño en impedir que salgan de los labios de Jesucristo! ¡Nosotros desesperando de sus infinitas misericordias,

ó confiando en ellas demasiado, tratamos de inutilizar el copioso fruto del árbol de la cruz! Y por qué ha de ser así? Qué motivos tenemos para conducirnos de este modo? Por qué desconfiamos de la bondad de Dios? ¿Os parece poco lo que acabo de deciros, para afirmar vuestra esperanza? ¿Es posible que no lleguéis á persuadiros de que Dios solo espera vuestra resolucion para perdonaros? No os mueven á creerlo los ejemplos de Adan, de David, de Acab, de Manases, de la Samaritana, de la Magdalena, de san Pedro, del buen ladron, de Saulo...? ¿Os parecen cortas las demostraciones de afecto que nos da el Hombre-Dios en su encarnacion? Qué os detiene pues? quién es capaz de impedir vuestra felicidad? quién retarda vuestra conversion? la muchedumbre de vuestros pecados? Tal vez no igualarán á los de estos insignes pecadores; y aunque fueran infinitos, todavía no serian tan poderosos como las gracias merecidas con la muerte de Jesucristo. La justicia inexorable de Dios? Tambien lo era para ellos; pero tambien es infinita su misericordia. El largo tiempo que habéis continuado en vuestros desórdenes? Al buen ladron solo le restaban algunos momentos de vida, y los aprovechó para salvarse. No hay lugar á la menor disculpa. Á pesar de conocer el Señor perfectamente el infeliz estado de vuestras almas; no obstante el odio que profesa al pecado, ved cuán amoroso extiende sus brazos para estrecharos en su seno: aunque sabe que le dejáis por su enemigo, ved cómo levanta su mano poderosa para daros su bendicion. Llegád, llegád á él, pecadores; llegád, que este es el tiempo: *Tempus vestrum semper est paratum:* siempre tenéis tiempo, pero este es el mas oportuno; esta es la hora en que van á abrirse para vosotros las puertas de la salud; este es el tiempo en que se van á romper las duras cadenas de vuestra opresion; este es el tiempo en que vais á sacudir el yugo tiránico de Satanas; este es el felicísimo momento, en que va á correr para vosotros la sangre preciosa del Cordero inmaculado.

Llegád, pecadores; llegád á cogerla, para que sean rociadas con ella vuestras almas. Llegád todos, hombres y mujeres, ricos y pobres, ancianos y niños, llegád: aquí tenéis un Dios que os espera con impaciencia, que os llama con amor, que os perdona con liberalidad. Llegád, que aquí tenéis la satisfaccion por todos los hombres, y Dios queda plenamente satisfecho: llegád; que aquí está la hostia ofrecida por nuestra redencion,

y quedaréis completamente redimidos: llegád; que aquí está un Dios muerto por nuestro amor, y viviréis eternamente: llegád; no abuséis de ese tiempo que se os concede, porque ¿quién sabe si este será el último de vuestra vida? Llegád, y hacéd vuestros los méritos, vuestras las virtudes, vuestra la pasion, vuestra la sangre, vuestra la gloria del mismo Dios: todo es vuestro en el momento en que os decidáis. Llegád á aprovechár este momento, del que tal vez pende vuestra eterna felicidad, que á todos deseo. Amen.

DISCURSO.

NECESIDAD DE NO MALOGRAR EL TIEMPO,

Y DE PENSAR EN EL NEGOCIO DE LA SALVACION.

PARA EL MÁRTES DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

(DE TRONCOSO.)

Tempus meum nondum advenit; tempus autem vestrum semper est paratum.

Mi tiempo no ha llegado todavía: el vuestro siempre está á punto.

S. Juan, c. 7. v. 6.

¡Cuán rápidamente pasa la vida del hombre sobre la tierra! Cual meteoro fugaz, cual vana sombra que no deja tras sí el mas leve vestigio de su rápido curso, así es, dice Job, nuestra existencia en este mundo. Breves son y llenos de miserias nuestros dias; apénas nacemos, cuando ya marchitos, como la flor del campo, somos arrojados entre la podredumbre del sepulcro. ¡Y si este fuese el último término del hombre, si nada tuviese que temer, nada que esperar mas allá de la tumba!... Pero no; un porvenir, eternamente feliz ó desgraciado para siempre, nos está reservado al fin de nuestra carrera: un Dios justo, un juez inexorable, un tribunal severo, cuya sentencia debe decidir de nuestra suerte por toda una eternidad. ¡Oh, qué serie de reflexiones tan profundas, amados mios, se desprende de esta verdad católica! Imposible parece de todo punto que el hombre pueda permanecer tan insensible y apático á lo que debiera formar el asunto de una meditacion continua y jamas interrumpida. El sol que desaparece diariamente de nuestro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y quedaréis completamente redimidos: llegád; que aquí está un Dios muerto por nuestro amor, y viviréis eternamente: llegád; no abuséis de ese tiempo que se os concede, porque ¿quién sabe si este será el último de vuestra vida? Llegád, y hacéd vuestros los méritos, vuestras las virtudes, vuestra la pasion, vuestra la sangre, vuestra la gloria del mismo Dios: todo es vuestro en el momento en que os decidáis. Llegád á aprovechár este momento, del que tal vez pende vuestra eterna felicidad, que á todos deseo. Amen.

DISCURSO.

NECESIDAD DE NO MALOGRAR EL TIEMPO,

Y DE PENSAR EN EL NEGOCIO DE LA SALVACION.

PARA EL MÁRTES DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

(DE TRONCOSO.)

Tempus meum nondum advenit; tempus autem vestrum semper est paratum.

Mi tiempo no ha llegado todavía: el vuestro siempre está á punto.

S. Juan, c. 7. v. 6.

¡Cuán rápidamente pasa la vida del hombre sobre la tierra! Cual meteoro fugaz, cual vana sombra que no deja tras sí el mas leve vestigio de su rápido curso, así es, dice Job, nuestra existencia en este mundo. Breves son y llenos de miserias nuestros dias; apénas nacemos, cuando ya marchitos, como la flor del campo, somos arrojados entre la podredumbre del sepulcro. ¡Y si este fuese el último término del hombre, si nada tuviese que temer, nada que esperar mas allá de la tumba!... Pero no; un porvenir, eternamente feliz ó desgraciado para siempre, nos está reservado al fin de nuestra carrera: un Dios justo, un juez inexorable, un tribunal severo, cuya sentencia debe decidir de nuestra suerte por toda una eternidad. ¡Oh, qué serie de reflexiones tan profundas, amados mios, se desprende de esta verdad católica! Imposible parece de todo punto que el hombre pueda permanecer tan insensible y apático á lo que debiera formar el asunto de una meditacion continua y jamas interrumpida. El sol que desaparece diariamente de nuestro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

horizonte; la luz del dia sobre la cual la sombría noche viene á extender su negro y enlutado manto; las corrientes impetuosas de los rios, á las que vemos precipitarse hácia el Océano para perderse en sus abismos; todo en fin en la naturaleza nos predica nuestro destino; todo nos dice que nuestra vida es de pocos momentos, que solo Dios sabe y tiene presentes los dias y los meses que hemos de exisfir en esta mansion de destierro, y que nuestra verdadera patria es la eternidad. La eternidad! sí, católicos, hácia ella nos encaminamos todos los dias, á ella nos dirigimos á pasos agigantados; cada instante que pasa por nosotros, cada respiracion que sale de nuestros pechos, cada palabra que nuestros labios vierten, nos arrastra insensiblemente hácia aquel momento último, en que desapareciendo para nosotros todo cuanto existe, se disiparán los astros como el humo, cesará el tiempo, vacará el espacio, y solo nos veremos rodeados por todas partes de lo inmenso y de lo infinito. Hé ahí, católicos, *el tiempo de Jesucristo*, ese tiempo que hoy nos dice, *no ser llegado todavía;* pero que ha de llegar indefectiblemente, cuando en toda su gloria y majestad vendrá á juzgar el mundo por sus malas obras. Qué tiempo tan temible! qué momentos tan tristes! Allí el hombre solo, aislado, acompañado únicamente de sus obras que no le abandonarán jamas, verá elevarse en su presencia aquel juicio sin apelacion, que va á dar principio á una nueva era de goces sin término, ó de padecimientos sin fin; y entónces, ¡cuán distintos serán nuestros pensamientos, cuán diversas nuestras ideas de las que nos ocuparon miéntras vivímos! El impío, que en el mundo se elevaba insolente contra el Dios que la naturaleza le predicaba, insultando procaz al que temblando adoran los cielos y la tierra, reconocerá á su pesar, que su gloria duró poco, segun la expresion de Job, y su gozo no fué mas que de un momento. «¿De qué le servirá entónces el haber remontado hasta el cielo su altivez, y tocado con su cabeza las nubes? Al fin será arrojado fuera como basura, y los que le habrán visto, dirán: qué se hizo de él?» *Quasi sterquilinium in fine perdetur, et qui eum viderant, dicent: ubi est?* (1) No, no se oirán entónces aquellos gritos aleves, con que viviendo se exhortaban los malos á lanzarse en el piélago de las delicias, á ceñir sus sienes con olorosas flores, y abusar en los

(1) *Job, c. 20. v. 7.*

amenos prados del placer de los goces de una desenfrenada lascivia: oiránse sí los gritos de la desesperacion, el *Ay de nosotros, porque pecámos!* que corroyendo las entrañas del culpable mortal, le hará dirigirse hácia los montes y decir: desplomáos y caéd sobre mí; y á la tierra: abre tus senos y sepúltame entre tus ruínas. Pero en vano; la muerte, que en edad prematura cortó y abrevió el término de aquellos dias en que insultaba su aguijon y despreciaba su guadaña, insensible ahora á sus voces, huirá del que la invoca. El que un dia deseaba vivir para gozar de efímeros placeres, deseará entónces morir por no experimentar tormentos atroces; y á pesar de sus ansias por la disolucion omnímoda de su ser, vivirá, pero vivirá sufriendo, en llanto perpetuo y en amargura perdurable, sin que sus gemidos, ni sus clamores, ni sus lágrimas, ni su acerbo padecer puedan cambiar su suerte ni modificarla por toda una eternidad.

Á vista de esto, amados mios, ¿es posible que sea tal nuestra insensibilidad, tal nuestra indiferencia, y el olvido de nosotros mismos tan grande, que viendo pasar por nosotros los dias, los meses, los años; cual si de nuestro capricho dependiese el fijar el curso impetuoso del tiempo, como si nos fuese dado el disponer á nuestro antojo de los acontecimientos de un incierto porvenir, podamos vivir tranquilos y bien hallados en el seno de nuestros delitos, sin jamas lanzar una ojeada reflexiva hácia aquel término, á donde con tanta velocidad somos arrastrados? Qué demencia! qué fatuidad! qué estoicismo tan criminal é inexcusable! Verdad es que el Salvador nos dice en el presente Evangelio, *que nuestro tiempo siempre está á punto*, porque siempre podemos convertirnos á él, é ínterin respiremos, nos hallamos en estado de merecer la bienaventuranza eterna; pero es innegable que este tiempo es incierto y contingente, y por tanto siendo un puro efecto de la bondad de Dios, que solícito de nuestra eterna felicidad, nos espera, preciso es no malograrlo y pensar seriamente en el gran negocio de nuestra salvacion. Hé ahí el asunto importantísimo que hoy reclama de vosotros una atencion especial. Saludemos ántes á la Reina de los ángeles con las palabras de Gabriel. *Ave María.*

Que el tiempo no está en la mano del hombre, es una verdad

sobrado palpable y manifiesta, para que pueda ser contestada, ni admitir la menor duda de parte de un entendimiento juicioso y reflexivo. ¿Quién sino aquel Dios, que exento del dominio del tiempo, encierra en sí mismo la infinidad y la eternidad, y resume en la inmensidad de su ser lo pasado, lo presente y el porvenir, puede disponer de los tiempos segun place á su omnipotente voluntad? ¿Quién sino él mide la duracion de nuestros dias y señala el curso de nuestros años para los inefables designios de su incomprensible sabiduría? ¿Podemos acaso los mortales alegar el menor derecho á una existencia, de que nos hicimos indignos desde el instante mismo de nuestra concepcion en pecado? No nace con nosotros el gérmen de la muerte? Apénas salimos á la luz de este mundo, ¿no resuena ya en nuestros oídos aquel *morte morieris* (1), fulminado contra nuestro primer padre en el Paraíso, en pena de su pecado? Y este pecado que con su sangre inoculó en nuestras venas aquel hombre criminal, ¿no está siempre clamando por nuestro exterminio? Si pues vivimos, si existimos en un mundo que nos arroja de sí; si pisamos una tierra que mil veces hubiera abierto sus senos para engullirnos en sus hondas concavidades; si respiramos un ambiente que preñado á veces de mefíticos miasmas, hubiera podido emponzoñar nuestros espíritus vitales; si participamos de las benignas influencias de un cielo que nos prodiga sus tesoros, pudiendo lanzar sobre nuestras cabezas rayos vengadores, ¿á quién somos deudores de bondad tanta? ¿Quién sino aquel Mediador eterno, que eslabonó el cielo con la tierra y anudó el tiempo con la eternidad, pudo merecernos con su sangre de valor infinito, este tiempo precioso en que produciendo frutos de justicia y de santidad, podamos granjearnos la vida de la inmortalidad?

Esto es un hecho, católicos, y tal que no necesita de una especial demostracion. Solo pues nos importa llamar á nuestra alma á un exámen serio de lo que hacemos y debemos hacer, para no malograr este tiempo precioso, que cual tesoro inestimable, cual vena fecundísima de merecimientos nos ha franqueado la bondad del Señor.

Y desde luego ¿qué es lo que hemos hecho hasta aquí para conseguir nuestra eterna salud? qué uso hemos hecho del

(1) *Genes. c. 2. v. 17.*

tiempo? Volvamos nuestra vista hácia lo pasado; remontémonos hasta los dias de nuestra niñez; discurramos desde allí hasta el dia presente; preguntémonos cada cual, ¿cuántos años hemos vivido sobre la tierra? Mas no, no contemos nuestros años, contemos sí nuestras buenas obras; pero, ay! que estas son pocas, y muchos é innumerables nuestros crímenes. ¿Habemos por ventura pasado nuestros dias como Ezequías, considerando su brevedad en la amargura de nuestra alma? (1) ¿Hemos tenido presentes en todo momento, como el Salmista, los años eternos, pensando en reparar las quiebras de los dias antiguos de nuestra vida culpable? (2) ¿Cuál ha sido nuestra correspondencia á las inspiraciones de la divina gracia? ¿cuál nuestra fidelidad en el cumplimiento de nuestros respectivos deberes? ¿Hemos vivido ajenos á los efímeros goces de un mundo alucinador y fementido, ó bien apegados á ellos, hemos sacrificado nuestra conciencia y nuestros eternos intereses ante las inmundas aras de pasiones viles y degradantes? ¡Ay, católicos, qué larga serie de iniquidades ha manchado nuestra existencia! Rellenos están nuestros huesos de los pecados de nuestra juventud, y nada nos resta sino el tormento de nuestros mismos pensamientos, que devorando nuestras entrañas, despedazan, cual verdugos inexorables, nuestro mísero corazon.

¿No es esta una verdad, cuya confesion ingenua nos arranca á cada cual un exámen severo é imparcial de nuestra vida privada? Y si saliendo de nosotros mismos, reflexionamos sobre lo que se pasa en la sociedad, ¿qué es lo que hallamos? Cuando en medio de ese gran mundo, de esa prostituta Babilonia, por do quiera que crucemos las calles y plazas, no se presentan á nuestra vista sino corrillos políticos, reuniones en que solo se investiga con avidez el éxito de nuestros asuntos sociales; cuando toda edad, toda condicion y sexo solo piensa en inventar medios para agradar y ser correspondido; cuando el lujo, la moda, los trajes, eso que llaman romanticismo y elegancia, forma exclusivamente el ídolo de todas las clases, aún de las mas menesterosas; cuando en las públicas diversiones, en los liceos, en los teatros, á donde vemos correr precipitadamente multitud prodigiosa de personas de todas edades, no hallamos sino otras tantas cátedras de prostitucion, de escándalo y de

(1) *Isai. c. 38.* (2) *Psalm. 76. v. 6.*

incredulidad; cuando no se ven circular sino folletos impíos, que puestos en las manos de una juventud incauta, producen frutos tan funestos, frutos de muerte, de ateísmo y de inmoralidad; cuando el suicidio se mira ya como cosa de moda ó como un rasgo de marcialidad; cuando en suma todo lo que respecta á la moralidad, al órden, á la sumision filial, se considera ya como resto de la esclavitud introducida en tiempos de ominosa memoria; cuando todo esto vemos y contemplamos, ¿podremos ser calificados de intolerantes y exagerativos, si á vista de esta corrupcion, que cual cáncer horroroso corroe y mina la sociedad cristiana, nos atrevemos á decir con David, que *apénas hay uno que obre el bien* (1), que piense detenidamente en el negocio único y que debiera ser exclusivo de su felicidad eterna?

Y ¿cómo podríamos decir que este pensamiento nos ocupa seriamente, cuando aún en las personas ménos accesibles á las máximas del mundo hallamos una indiferencia marcada, una apatía funesta que les hace posponer este negocio á todos los demas, que solo miran á la vida animal? Decídlo vosotros mismos, cristianos oyentes, ¿no hay entre vosotros muchos, que consagrando la mayor parte del tiempo á vuestros intereses temporales, apénas halláis un instante para dedicarlo á pensar en vuestro eterno porvenir? La educacion de vuestros hijos, la moralidad de vuestros domésticos y las obligaciones de vuestro estado ¿merecen de vosotros una especial atencion, ó las miráis como un objeto secundario y de un órden inferior á los demas objetos terrenales? ¿Ponéis todo vuestro esmero en formar sus corazones á la virtud, imbuyéndoles desde su mas tierna edad las máximas indestructibles é indispensables de la Religion santa? ¿Cuidáis solícitos de que nada se omita en el exacto cumplimiento de los deberes que esta impone á todo hombre, desde el momento que llega á los años de la discrecion? ¿Castigáis con entereza sus renitencias y faltas de respeto y sumision? ¿Procuráis... Pero ¿cómo es posible que así suceda, si vosotros sois los primeros en dar el funesto ejemplo de la trasgresion á los divinos preceptos; si cuando se habla de la santificacion de las fiestas, de la observancia del ayuno y demas leyes eclesiásticas, ya que no os burléis de todo, como de prác-

(1) *Psalm.* 13. *v.* 3.

ticas introducidas por el fanatismo de los siglos de ignorancia, las miráis empero como prácticas difíciles, imposibles, tiránicas, y no hacéis el menor escrúpulo de traspasarlas? Y todo esto qué prueba? Lo que dijo Jeremías : «que no hay ninguno que medite de corazon en el único y solo necesario negocio de su salvacion eterna : » *Nullus est qui recogitet corde* (1).

Y cuál es el orígen de esta impasibilidad funesta? Yo lo hallo, señores, en la ilusion que los hombres se hacen acerca del tiempo. Como Jesucristo ha dicho en el presente Evangelio, que nuestro tiempo siempre está á punto; *tempus... vestrum semper est paratum*, persuádense comunmente que siempre será ocasion oportuna para volverse á Dios, y lo aplazan para la hora de la muerte, sin reflexionar que este momento es puntualmente *el tiempo de Jesucristo*, tiempo de venganza y de expiacion terrible : abusan de los años que les son concedidos para obrar el bien, é insultando la suma Bondad, pretenden legitimar su indolencia con un lenguaje hipócrita, que en sus labios es la ironía mas amarga. Qué! (dicen) estos mismos medios que hoy me concede el Señor para salvarme, ¿no me los concederá tambien mañana? ¿Qué inconveniente pues puede haber en diferir este negocio para tiempo mas oportuno? Gran Dios! ¿es concebible semejante delirio en hombres dotados de raciocinio? ¿Dilaciones, cuando se trata de una cuestion de vida ó muerte, de una felicidad eterna ó de una desgracia sin fin? Qué monstruosidad! Suponéd que á un hombre se le diga : mañana correrá riesgo tu existencia; tus dias se hallan amenazados; una suerte infausta te está preparada. ¿Permaneceria este hombre inmóbil en una engañosa seguridad, sin hacer investigaciones acerca de la verdad del aviso? Imposible! esto repugna al instinto de nuestra conservacion. Y ¿no repugna, señores, el reirse estoicamente de las amenazas de la Religion? Imaginád un viajero que cansado del camino, tiende sus miembros y reposa tranquilo al borde de un abismo; un movimiento involuntario, un sueño que le asuste, le precipita sin recurso. Un amigo pasa á la sazon, le contempla, se estremece, tiembla por los dias del desdichado, acércase á él y le arranca de aquel funesto sueño. Vosotros creeréis sin duda que este hombre al reflexionar el peligro en que se hallaba, va á abrazar á su protector prome-

(1) *Jerem.* c. 12. *v.* 11.

tiéndole un reconocimiento eterno. Os engañáis : ciego é insensible á tamaño beneficio, mira con desden acto tan generoso; conceptúalo una injuria, insulta á su amigo, le reconviene porque ha venido á turbar su reposo, y torna á dormirse con la misma seguridad. Católicos, os estremecéis de semejante fenómeno? Pues ese hombre sois vosotros mismos; sí... *vosotros dormis al borde de la tumba.* Una voz amiga, la voz del sacerdote ha intentado mil veces despertaros de ese letargo de muerte en que os tiene sumida vuestra indiferencia; mil veces os ha dicho : mirád que el camino que seguís, es peligroso; si gustáis de este placer, él os dará la muerte; si consumáis esa injusticia, ella os perderá; si rehusáis reconocer el signo de nuestra redencion, él os condenará; si despreciáis la Religion de Jesus, Jesus os despreciará; si buscáis los bienes de la tierra, perderéis indudablemente los del cielo; si aspiráis á los goces mundanales, las lágrimas serán vuestro patrimonio, y luto y desdicha y desesperacion eterna. Todo esto se os ha repetido en millares de ocasiones; y sin embargo no queréis escuchar estas verdades, las despreciáis cual si se os hablase un idioma desconocido, sin parar siquiera vuestra atencion sobre si estas palabras pueden tener algo de real y positivo. ¿No es esto, señores, marchar sobre un abismo, sobre una tierra movediza, cuyo estremecimiento amenaza sepultaros en sus hondas concavidades? ¡Y si al ménos esta impasibilidad comprometiese solamente nuestra existencia! Mas no; las relaciones entre los hombres son tan estrechas, que comprometiéndonos á nosotros mismos, comprometemos tambien la vida de nuestros semejantes : ellos siguen nuestro camino, y este ejemplo funesto ensancha el abismo, en donde los precipita nuestra propia ruína. Un padre tiene hijos á quienes entrañablemente ama; el menor peligro que pueda amenazar sus dias, alarma su corazon; nada omite para alejar cualquier obstáculo que pueda poner en riesgo su porvenir en el tiempo. Habládle con todo de la eternidad; ya no es el mismo : la ternura de padre no le permite alarmar la imaginacion de sus hijos. ¿Se trata de hacerles inquirir la veracidad de las terribles amenazas de la Religion? No es todavía tiempo, se dice; y espérase impasible la muerte para saber á qué atenerse acerca del infierno. ¡Error manifiesto, que resalta tanto mas en lo que dice relacion á nuestro eterno porvenir, cuanto que aún en las cosas de mero interes temporal, los

hombres prudentes han seguido siempre una conducta muy diversa, y jamas fiaron al tiempo venidero lo que podian hacer en el presente. Contemplád á Jacob buscando con solicitud á Laban en una tierra extranjera, y veréis que deseando ardientemente conocerle, pregunta, investiga, y sabiendo que era pastor, busca á los que en aquellos contornos apacientan sus ganados, y los examina minuciosamente acerca de cuanto puede contribuir al complemento de sus deseos (1). Josef corre tambien en pos de sus hermanos por vias ásperas y descarriadas, y como desea sinceramente hallarlos, no hay caminante á quien no pregunte, si los ha visto ó sabe el sitio donde apacientan su grey (2). Saúl sale á buscar las jumentas de su anciano padre, y ¿qué no hace, qué no sufre, qué no intenta por hallarlas? Trepa los mas escarpados riscos, atraviesa las mas espesas llanuras, desciende á los mas profundos valles, y no satisfecho con esto, dirígese á buscar en el profeta Samuel un oráculo favorable (3). Y por qué? porque mira aquel negocio, en sí mismo tan tenue, como un objeto que exije de él toda su solicitud. Ahora bien, ¿hacemos nosotros otro tanto, cuando se trata de un asunto tan serio y de tanta trascendencia, como es el de nuestro eterno porvenir? Su pensamiento nos ocupa dia y noche? á quién buscamos para pedir consejo? á quién preguntamos, para que nos dirija en el áspero y fragoso camino, en la senda estrecha y difícil que solo puede conducirnos á la vida sin fin? Y si nada de esto hacemos, ¿podremos decir con verdad y sin incurrir en una contradiccion monstruosa, que nos ocupamos seriamente de este negocio importantísimo?

Trasladáos, católicos, al desierto donde mora el Bautista, y desde donde enseña á las turbas las eternas verdades. Contemplád la solicitud infatigable con que todos le buscan por aquellas áridas llanuras y sufriendo las mas crueles privaciones. Qué es lo que allí los conduce? ¿Es por ventura una simple curiosidad de ver al precursor del Mesías? No, sino el deseo de saber de él lo que deben practicar para salvarse. Allí van los publicanos y le preguntan : *quid ergo faciemus?* allí van los hombres de negocios y preguntan : *quid ergo faciemus?* allí van hasta los soldados, y todos preguntan : *quid ergo faciemus?* ¿Qué es lo que debemos hacer para salvarnos? (4) No así nosotros, católi-

(1) *Gen. c.* 29. (2) *Gen. c.* 37. (3) I. *Reg. c.* 9. (4) *Luc. c.* 3. *v.* 10.

licos: si alguna vez, como aquel jóven del Evangelio, hemos preguntado á un confesor, *¿qué haré para conseguir la vida eterna?* ¿ha sido con un deseo sincero de ejecutar sus mandatos, de aprovecharnos de sus consejos, de no omitir medio alguno de cuantos nos propusiere para su consecucion; ó bien nos hemos apartado de su presencia, entregados á una cruel melancolía, tristes, taciturnos, despechados, porque se nos ha dicho que el reino de los cielos no se consigue sin violencia, y que es necesario domar nuestros apetitos, contrariar y enfrenar nuestras pasiones, combatir nuestras perversas inclinaciones, en una palabra, negarnos á nosotros mismos, tomar sobre nuestros hombros la cruz de Jesucristo y seguir sus huellas hasta el fin?

Concluyamos, señores, haciendo reflexion sobre un pasaje de los sagrados Libros, que debe confundir nuestra negligencia en el asunto importantísimo de nuestra eterna salud, al par que nos proporciona una leccion práctica de lo que debemos hacer, si es que sinceramente deseamos nuestra verdadera felicidad.

Enviado Eliezer por su señor Abrahan á la ciudad de Nacor en la Mesopotamia, para proporcionar á su querido Isaac una esposa cual convenia á su rango y cualidades, llega cansado despues de un largo y penoso viaje á la casa de Batuel, donde es recibido amorosamente y con las demostraciones del mas sincero cariño. Todos se apresuran á obsequiar del modo posible á su nuevo huésped: cuál se dispone á aliviarle de sus arneses; cuál se apresura á introducirle á lo interior de la casa; cuál contemplándole extenuado, procura que se le sirvan algunos manjares: *et appositus est in conspectu ejus panis* (1). ¿Pensáis acaso que él aceptará estas ofertas y diferirá un solo momento dar cumplimiento á su mision? No; ántes por el contrario jura que no probará alimento alguno hasta tanto que haya expuesto el objeto de su embajada. Instanle en vano: *Non comedam*, responde, *donec loquar sermones meos* (2); y diciendo, sin quitarse el vestido de camino que trae puesto, sin dar lugar para nada, sin sentarse, de pié comienza á exponer los motivos de su viaje: « Yo soy, » dice, « un siervo de mi señor Abrahan, enviado por él para buscar una esposa digna de su hijo Isaac. El Dios de mi padre me ha conducido á esta region;

(1) *Gen. c.* 24. *v.* 33. (2) *Ibid.*

he visto la hermosura de Rebeca vuestra hija, y la he elegido desde luego para esposa del hijo de mi señor. Ahora bien, si es de vuestro agrado, manifestádmelo en este momento, pues no me es posible dar á mis miembros el menor reposo, hasta haber llenado los designios del que me ha enviado. » De este modo, dice el eruditísimo Lira, manifestaba Eliezer que miraba aquel negocio como de suma entidad, y que absorbia toda su solicitud é interes: *in hoc ostendit habere se negotium sibi impositum cordi.*

Cotejemos ahora nuestra conducta con la de Eliezer, y veamos si en el negocio importantísimo de nuestra salvacion eterna empleamos la misma solicitud y ponemos el mismo interes en no diferirlo un solo momento. Si por nuestra desgracia llegamos á incurrir en alguna culpa grave que sabemos nos hace enemigos declarados de Dios, dignos de su odio y encono eterno, esclavos viles de Satanas y pábulo preparado para las llamas eternas; cuando nos consideramos en este estado lamentable, tan luego como por un efecto de la misericordia del Señor advertimos nuestra desventura, ¿qué hacemos? ¿por ventura decimos como Eliezer: *non comedam donec loquar, etc.*, no descansaré ni probaré alimento alguno, hasta tanto que haya ido á reconciliarme con mi Dios ofendido, manifestando mi culpa al sagrado ministro; iré al momento, y anegado en llanto y traspasado del dolor mas acerbo, imploraré su piedad, le importunaré hasta lograr desarmar completamente su divina justicia? ¿Lo hacéis así, católicos, ó bien envejeciéndoos en una criminal apatía, mirando vuestra desgracia con el mas frio estoicismo, dejáis pasar dias, meses y años sin pensar en vuestro eterno porvenir, amontonando cada vez mas tesoros de ira para el dia de la indignacion del Señor?

Si hemos cometido una injusticia atroz contra nuestro prójimo, si hemos mancillado su honor con nuestras viperinas lenguas, si hemos defraudado al pobre lo que de justicia le debíamos, ¿nos volvemos luego á nuestro corazon, meditamos seriamente nuestra maldad, la reconocemos con sinceridad, en una palabra, nos levantamos presurosos diciendo: *non comedam, etc.*, no admitiré reposo ni daré sueño á mis párpados, miéntras no me hubiere reconciliado con mi enemigo, miéntras no haya satisfecho mi injusticia, miéntras no haya restituído aquel honor que mis labios han vulnerado? *non comedam etc.*, no ex-

tenderá sobre mí la noche su manto lúgubre y sombrío, sin que yo haya dado cumplimiento á los deberes que la justicia, la probidad, la Religion me imponen. Ó por el contrario, católicos, ¿nos complacemos en nuestro infortunio y en las desgracias ajenas, y dejando llorar á nuestros semejantes, víctimas de nuestra crueldad, miramos con indolencia los clamores del inocente que pide contra nosotros venganza de aquel, que es el solo justo, bueno, y que da á cada uno su merecido? Y estos gritos no conmueven nuestras entrañas? ¿no nos persigue donde quiera que intentamos ocultar nuestros crímenes, la sombra del que hicimos desgraciado por nuestra culpa?

Por último, señores, ¿en qué fundamos nuestra negligencia, nuestro olvido, nuestro criminal desprecio en todo lo que respecta á nuestra eterna salvacion? La creemos acaso fácil? Trasladáos á los desiertos de Nitria, de Egipto y Tebaida; contemplád aquellos hombres que abandonando sus casas, bienes, comodidades y cuantas proporciones les prometia el mundo, se encerraron en la aurora de su vida en aquellos verdaderos sepulcros; vedlos cómo trabajan infatigablemente en el negocio de su eterna salud: cuál pasa toda la noche insomne en la contemplacion de las cosas celestiales; cuál postrado en tierra derrama raudales de lágrimas para aplacar la indignacion del cielo; este sentado sobre el frio suelo, cubierto de ceniza y ceñido de un áspero cilicio, contempla en el sepulcro que ha de dar reposo un dia á sus extenuados miembros; aquel se hiere continuamente el pecho con una dura piedra y despedaza sus carnes á impulso de la acerada disciplina que le baña en un mar de sangre; aquí uno medita seriamente las verdades eternas; allí otro desprècia el alimento preciso para sostener una vida, que mas bien es una còntinuada muerte. Piedad! clemencia! compasion! perdon! misericordia! hé ahí los únicos acentos que resonaban en aquel solitario albergue de la virtud. Y todo esto, católicos, lo hacian por salvar su alma, por no exponerse á una eterna condenacion. Muchos de ellos ignoraban los efectos del pecado; los mas habian conservado intacta su inocencia, y sin embargo aún les parecia poco lo que hacian, aún se creian siervos inútiles, aún... en el momento crítico de la muerte temblaban, se estremecian, imploraban la piedad del Señor. Y nosotros en qué pensamos? qué hacemos para salvarnos? ¿Hemos conservado la bella flor de la inocencia, ó la hemos marchitado

mil veces con toda especie de desórdenes? Si esto último hemos hecho, ¿qué esperamos? ¿por qué hemos de permanecer todavía en nuestros crímenes? ¿por qué hemos de exponer nuestra alma querida en manos de nuestros crueles enemigos? Ceguedad funesta! amados oyentes. ¡Los que el mundo llama imbéciles é ignorantes; los que el mundo persigue y acrimina como insensatos, arrebatan el cielo y van á gozar de las delicias eternas, y nosotros apacentándonos con nuestra ciencia, con nuestra ilustracion, con nuestras doctrinas tan bellas como mortíferas, nos revolcamos en el cenagoso lodazal de las mas degradantes pasiones!

No sea así, católicos; todo lo podemos en aquel Señor, que es nuestra fortaleza, nuestra virtud y nuestra recompensa. Su gracia se comunica á todos los que llaman á las puertas de ese padre de clemencia y Dios de toda consolacion. No cerremos pues por nuestra malicia las puertas de su divina misericordia; no seamos del número de aquellos insensatos, de quienes habla Salomon, cuya maldad llegaba hasta tender lazos y redes á su misma alma. Y ¿no seríamos tales, si haciéndonos ilusion á nosotros mismos, nos lisonjeásemos de poder vivir seguros de nuestra salvacion, fundados en las homicidas teorías de hombres incrédulos é impíos, y que ningun caso hacen de su propia alma? No, amados mios, no; entremos dentro de nosotros mismos, y pensemos seriamente desde este instante en este negocio único y solo necesario. *Vade*, os diré con Isaías, *vade, populus meus, intra in cubicula tua, claude ostia tua super te* (1). Vé pues, pueblo mio, enciérrate dentro de tu mismo corazon, consulta tu alma, mira el estado deplorable á que te ha conducido tu indolencia, y apresúrate á romper las duras cadenas y el ominoso yugo del pecado: *solve vincula colli tui, captiva filia Sion* (2). Ah! no miréis con criminal indiferencia esa alma, que tanto ha costado á Jesucristo, esa alma por que tanto ha llorado el Hijo de Dios, esa alma, precio de la sangre adorable del Cordero inmaculado que quita los pecados del mundo. No te endurezcas, hombre infeliz y desgraciado; ten lástima de esa pobre alma, que ha sido criada para disfrutar una eternidad de delicias. No seas cruel contigo mismo condenándola á ser pábulo de las llamas eternas; y si el número de tus ingratitudes,

(1) *Isai. c. 26. v. 20.* (2) *Isai. c. 52. v. 2.*

si la multitud de tus infidelidades, si la gravedad de tus delitos te detiene, hé ahí al que se ha constituído nuestro redentor, nuestro abogado constante para con su eterno Padre, y que esperándonos sin cesar, sin cesar tambien nos repite que *su tiempo no ha llegado todavía*, porque aún no ha decretado tomar justa venganza del mundo su implacable enemigo y perseguidor; *pero que nuestro tiempo siempre está á punto*, porque ínterin respiremos, podemos con nuestras obras reparar nuestras pasadas quiebras, y merecer una gloria eterna y una perdurable inmortalidad.

SERMON

SOBRE

LA OBSERVANCIA DE LA LEY.

PARA EL MIÉRCOLES SEXTO DE CUARESMA.

(DE TRENTO.)

Nonne scriptum est in lege vestra?
No está escrito en vuestra ley?
S. Juan, c. 10. *v.* 34.

Cuando despues de setenta años enteros de una dura esclavitud el pueblo cautivo de Israel partió por fin de las turbias riberas del Eufrátes, y fué trasladado por la mano piadosa del Señor á las bellas y deliciosas comarcas de su patria, para respirar otra vez el dulce aire de la libertad; el primero y principal cuidado del sumo pontífice Ésdras fué restablecer en su antiguo vigor la observancia de la divina ley, que por el largo y amistoso trato con los extranjeros estaba por la mayor parte puesta en olvido. Así que, congregado á son de trompeta el dia primero de cierto mes en la plaza mayor todo el pueblo, tomó el pontífice Ésdras en las manos el sacrosanto Libro, y limpiándolo del polvo que lo cubria, empezó con voz alta y clara á leer en un lugar elevado (1): *estas cosas dice del Señor*; á cuyas palabras sumamente estremecido el pueblo, inclinó hasta la tierra su cabeza, y en esta postura escuchó los preceptos siguientes: *Amarás á tu Dios y Señor de todo corazon; no tendrás dioses ajenos; no tomarás en vano el nombre de tu Dios y Señor* (2). Mas al oirlos, reconociendo que habia sido por mucho tiempo un infiel trasgresor de ellos, prorumpió en tan altos y tan do-

(1) II. *Esdr. c.* 8. *v.* 4 *et* 5.
(2) *Deut. c.* 6. *v.* 5 *et* 7. *Exod. c.* 20. *v.* 3. *et* 7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

si la multitud de tus infidelidades, si la gravedad de tus delitos te detiene, hé ahí al que se ha constituído nuestro redentor, nuestro abogado constante para con su eterno Padre, y que esperándonos sin cesar, sin cesar tambien nos repite que *su tiempo no ha llegado todavía*, porque aún no ha decretado tomar justa venganza del mundo su implacable enemigo y perseguidor; *pero que nuestro tiempo siempre está á punto*, porque ínterin respiremos, podemos con nuestras obras reparar nuestras pasadas quiebras, y merecer una gloria eterna y una perdurable inmortalidad.

SERMON

SOBRE

LA OBSERVANCIA DE LA LEY.

PARA EL MIÉRCOLES SEXTO DE CUARESMA.

(DE TRENTO.)

Nonne scriptum est in lege vestra?
No está escrito en vuestra ley?
S. Juan, c. 10. *v.* 34.

Cuando despues de setenta años enteros de una dura esclavitud el pueblo cautivo de Israel partió por fin de las turbias riberas del Eufrátes, y fué trasladado por la mano piadosa del Señor á las bellas y deliciosas comarcas de su patria, para respirar otra vez el dulce aire de la libertad; el primero y principal cuidado del sumo pontífice Ésdras fué restablecer en su antiguo vigor la observancia de la divina ley, que por el largo y amistoso trato con los extranjeros estaba por la mayor parte puesta en olvido. Así que, congregado á son de trompeta el dia primero de cierto mes en la plaza mayor todo el pueblo, tomó el pontífice Ésdras en las manos el sacrosanto Libro, y limpiándolo del polvo que lo cubria, empezó con voz alta y clara á leer en un lugar elevado (1): *estas cosas dice del Señor*; á cuyas palabras sumamente estremecido el pueblo, inclinó hasta la tierra su cabeza, y en esta postura escuchó los preceptos siguientes: *Amarás á tu Dios y Señor de todo corazon; no tendrás dioses ajenos; no tomarás en vano el nombre de tu Dios y Señor* (2). Mas al oirlos, reconociendo que habia sido por mucho tiempo un infiel trasgresor de ellos, prorumpió en tan altos y tan do-

(1) II. *Esdr. c.* 8. *v.* 4 *et* 5.
(2) *Deut. c.* 6. *v.* 5 *et* 7. *Exod. c.* 20. *v.* 3. *et* 7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lorosos gemidos y clamores, que sofocando la voz del legislador, fué necesario, para que se le pudiese entender, que los levitas se distribuyeran por entre la multitud, é imponiendo á todos silencio dijesen : *callád, hermanos mios, callád, no lloréis tanto, tranquilizáos* (1). Semejante partido se me ocurre á mí abrazar ahora, tomando en mis manos al presentarme á vosotros en esta cátedra de la verdad, el mismo divino y adorable libro de nuestra ley, para explicarlo con libertad á cuantos me escuchan; y recorriendo uno por uno todos los preceptos del Altísimo contenidos en él, preguntar despues á cada uno en particular, si ha sido puntual y exacto el en cumplimiento de ellos. Pero, ó amados oyentes! ¡cuán justo seria que al oir semejante pregunta, inundaseis de llanto este templo y lo hicieseis resonar con amarguísimos sollozos! ¿Hay por ventura muchos aquí entre nosotros, que puedan vanagloriarse con verdad de haber sido mas fieles observadores de los divinos mandatos que lo fueron los hebreos? ¿Á cuántos y respecto de cuántos preceptos pudiera yo preguntar con las mismas palabras del Redentor, *no está escrito en vuestra ley* este y este que habéis violado impunemente? Mas no quiero, católicos, entrar hoy en tal parangon, sino dejándolo aparte, exhortaros únicamente á una perfecta y exacta observancia de toda la ley santa de Dios, con especialidad por las tres razones siguientes : primera, por el respeto que debemos tener al Legislador; segunda, por la santidad de la ley que profesamos, y tercera, por el riesgo á que nos exponemos de no observarla en lo sustancial, si no la observamos perfectamente. Empecemos.

I. Desde aquellos primeros y venturosos momentos del siglo de oro, en los cuales el hombre formado de un vil barro creció entre las manos creadoras de Dios, y se elevó al ser y á la grandeza de hombre, se puede decir que Dios se hizo legislador del mismo hombre; pues entónces fué cuando comunicó á su corazon una vivísima é inextinguible luz, con cuya guia fueran, siempre que quisiesen, por el recto camino de la ley, aún aquellas gentes que vivian sin ley (2). Y tambien puede decirse

(1) II. *Esdr.* c. 8. v. 9.
(2) *Gentes, quæ legem non habent, naturaliter ea, quæ legis sunt, faciunt.* Rom. c. 2. v. 14.

que hizo de legislador suyo, cuando despues de haberle criado por su mucha bondad, vino por su mucha mayor bondad á repararle, trayendo consigo al mismo tiempo otra ley de suavidad y de amor, que derogando en parte, y en parte perfeccionando la antigua de temor y esclavitud, le sacó del infeliz y duro estado de esclavo, para honrarle con la bienaventurada y dulce condicion de hijo (1). Pero en estas ocasiones, si bien se considera, el ministerio de legislador fué solamente accesorio, no principal : accesorio, digo, primero al ministerio de criador, y despues al de redentor. Tan respetable carácter no lo hizo Dios ver con toda verdad, sino muchos siglos despues de la creacion y muchos ántes de la reparacion del mundo allá en el Sinaí.

Pero ¿os acordáis ahora, amados oyentes, de la ruidosa y terrible pompa, de que vino entónces acompañado para representar tan gran papel? ¿Quién que no estuviese instruído á fondo del hecho, no hubiera creído fácilmente, que era mas bien el tren de un Dios de los ejércitos que venia á vengarse, que no el de un Dios de paz que venia á promulgar la ley? Apénas rompió el alba del memorable dia que estaba señalado para este efecto, cuando de repente se oyó al aire dar fieros bramidos, y resonar y corresponderse de varias partes los truenos, como si formasen un armonioso concierto. Entre tanto levantándose poco á poco una densa niebla, se extendió y rodeó todo el monte, cubriéndolo de horror con una oscura y negrísima sombra. Oyóse al mismo tiempo el agudo sonido de una trompeta guerrera é invisible, que tomando cada vez mas cuerpo, articuló por fin voces humanas, á las cuales correspondieron por todas partes con sus ecos las rocas de aquel inmenso desierto, y dijo claramente : *esta es la ley*. Mas ¿por qué, digo yo, viniendo el Señor á desempeñar solamente el ministerio pacífico de legislador, quiere ostentar tanto y tan terrible aparato de majestad? ¿Por qué fuera de lo acostumbrado, usa al anunciarla de tan altas y tan imperiosas palabras? No habéis reflexionado sobre esto?

Comienza por decir : *yo soy tu Dios y Señor* (2). ¿Quién no sabe que el título con que hasta entónces habia gustado llamarse y hacerse llamar de su pueblo, era el dulce título de Dios

(1) *Rom.* c. 8. v. 15. (2) *Exod.* c. 20. v. 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Abrahan, de Isaac, de Jacob y de Dios de sus padres? (1) Pero haciendo de legislador, olvida y deja aparte estos nombres, por decirlo así, de familiaridad y satisfaccion, y se reviste enteramente del carácter de su autoridad, presentándose tansolo con el aire de un señor absoluto é independiente, y de un legítimo y soberano dueño. Con este título empieza, con este interrumpe de cuando en cuando la serie de los preceptos que va intimando; y si añade otros epítetos, es únicamente para aumentar y no para disminuir el terror; pues ademas de recordarles que es su Dios, les recuerda que es un Dios zeloso, un Dios fuerte, un Dios vigilante (2). Si les trae á la memoria algunos de los beneficios que les ha hecho, solo les hace presentes aquellas pruebas mas asombrosas de su poder, que ellos han visto con sus propios ojos. No es necesario, Israel, les dice, que vayas muy léjos á buscarlas. El Egipto de donde partiste poco há, las duras prisiones que te oprimieron allá largo tiempo, las estrepitosas ondas del Eritreo separadas y sostenidas en el aire, y despues derramadas sobre los egipcios que incesantemente arrojan armas, despojos y cadáveres á la orilla vecina, te suministran en abundancia y te muestran bien claro la fuerza de mi poder y las grandes hazañas de mi invencible brazo (3). Y ¿para qué, pregunto yo, á tan tremenda ostentacion de grandeza añade tan magníficas expresiones de autoridad? Para que por lo que dice de sí y de su majestad, tengamos mayor veneracion á un legislador que ya conocemos (4), como responde muy bien cierto gravísimo autor, conformándose con lo que sobre este punto habia declarado el mismo Moises á su intimidado pueblo: para insinuarnos una reverencia, un obsequio, un respeto el mayor que se lé pueda tener, no como Dios de las batallas, no como Dios de la majestad y de la gloria, sino como legislador.

Pues ahora, contraigámonos así. ¿Qué medio hay mas seguro y manifiesto para mostrar á un legislador la estimacion y veneracion que alguno le profesa, que abrazar todas las partes de la ley promulgada por él, someterse á las obligaciones que ella impone, aún á las de menor monta, considerarlas todas

(1) *Exod. c. 3 v. 15.* (2) *Exod. c. 20. v. 5. et c. 24. v. 14.*
(3) *Exod. c. 20. v. 2.*
(4) *Ut à notitia sui et ab insinuatione majestatis suæ cognitum legislatorem magis revereamur.*

de grande importancia, y en suma observarla en todos sus ápices con la mas escrupulosa exactitud? No me digáis que por leves trasgresiones que se cometan en la observancia de tal ley, no se llega á perder el respeto al legislador, y que únicamente sucede así, cuando se viola en los puntos importantes y sustanciales; porque aunque sea verdad que no le perdéis gravemente el respeto, ¿se lo tenéis tampoco? ¿se lo tenéis como debéis tenérselo á tanta majestad? *Quien teme y respeta verdaderamente al Señor*, se dice en el Eclesiastes, *nada omite de cuanto conoce que se dirige á él* (1), y *es verdaderamente bienaventurado*, añade David (2). Y por qué? No porque quiere observar en algun modo sus divinos mandatos, sino porque quiere observarlos con una absoluta, perfecta y generosa voluntad. « Acerca de los mandamientos de Dios, » dice sobre este pasaje el gran Basilio, « querrá demasiado: de lo cual se infiere con evidencia que no son del número de los que temen á Dios, los que dejan de observar alguno de sus preceptos, ó no lo observan con exactitud. » Y se observa así esta ley entre nosotros? Ó cristianos! ¿cómo no se nos llena el rostro de rubor y confusion? Hubo ciertamente pueblos que tuvieron en tanto aprecio las leyes que les dictó un Numa, un Solon, un Trismegisto, los cuales, por sabios que fuesen, al fin eran meros hombres, que no tansolo las escribieron en láminas de oro y las conservaron como preciosas reliquias en los lugares mas sagrados y ocultos, sino que tambien las comentaron y explicaron con el mayor cuidado, examinando todas sus sílabas y notando todos sus acentos; pero de la ley dictada por el verdadero, único, legítimo y supremo Señor de cielos y tierra, y sapientísimo legislador, ¿no se cree que deba hacerse una estimacion al ménos igual? Aquí solamente, segun el parecer del mundo insensato y del triunfante libertinaje, tienen lugar los escrúpulos, las vanas sutilezas, las sofisterías y las simplicidades de las personas virtuosas. Ó engañosas opiniones! ó falsos juícios! ó falacísimos jueces! ¿Puede acaso valer mas un código humano que el divino Evangelio? mas la ley de un hombre que la de un Dios? mas Licurgo que Jesucristo?

II. Sin embargo, para que hiciésemos de nuestra ley un justo aprecio, deberia bastarnos su misma santidad; otro motivo

(1) *Eccles. c. 7. v. 19.* (2) *Psalm. 111. v. 1.*

poderosísimo que debe estimularnos á observarla con el mayor rigor. La santidad, católicos, es un carácter propio de nuestra ley, así como lo es de nuestra Fe, y un carácter que las distingue á ambas de cualquiera otra ley y creencia, por muchas razones; es á saber, porque su autor es santísimo, ó por mejor decir, única y propiamente santo, cuando por el contrario los demas legisladores fueron tenidos por hombres viciosos y malvados; y porque todas las máximas y todos los preceptos, contenidos é inculcados en nuestra ley, están enteramente conformes con la rectitud y santidad (1), miéntras muchas por lo ménos de las máximas y muchos de los principios contenidos en otras legislaciones se apartan de la justicia y honestidad natural. En efecto solamente cuando se esparció esta ley por el mundo, se vió este trasformado. De una selva que era, como decia san Leon, de fieras indómitas y sanguinarias, se convirtió de improviso en un bellísimo jardin; y entónces y únicamente entónces se comenzó á ver con admiracion santos en la tierra, la cual dividida ántes en mil disparatadas sectas, no habia producido mas que hombres perversos. Pero cómo fué esto? Muy bien nos lo describe la incomparable pluma de san Agustin en su gran libro *de la verdadera Religion*. Oyeron los malvados, dice el santo, que no debian juntar fatales y arriesgados tesoros en la tierra, sino tansolo en el cielo, y quien ántes anhelaba por los bienes ajenos, se hizo liberal con los propios: oyeron los voluptuosos, que quien siembra en la carne, coge corrupcion de la carne, y que quien siembra en el espíritu, coge la vida eterna; y los que poco ántes eran todos sensualidad y molicie, compitieron poco despues con los ángeles en pureza: oyeron los soberbios, que quien se ensalza, será humillado, y por el contrario ensalzado quien se humilla; y dejando al punto su altivez y orgullo, tenian por una nueva gloria el verse afrentados y vilipendiados: oyeron los vengativos, amád á vuestros enemigos; y siendo así que ántes corrian furiosos á tomar venganza de ellos, despues se apresuraban por hacerles beneficios: oyeron en fin todos los hombres, no améis al mundo ni las cosas del mundo; y despreciando todas las cosas del mundo y al mundo mismo, solamente se mostraron amantes y deseosos del cielo y de los celestiales bienes. Así se

(1) *Omnia mandata tua æquitas.* Psalm. 118. v. 172.

santificó el mundo por nuestra ley, y el mundo santificado por ella fué una prueba clara y convincente de que nuestra ley era santa en comparacion y sobre cualquiera otra ley.

Esta es la prueba que ella espera de nosotros, y que nosotros mismos debemos procurar darle con el mayor empeño y la mayor publicidad; pero por mas que hagamos, todo será inútil, siempre que contentos solamente con sujetarnos por mayor ó en general á sus santísimas determinaciones, no nos propongamos someternos á ella enteramente, por manera que la observemos con toda perfeccion. Quiero, oyentes mios, explicarme con claridad para que vayamos de acuerdo. Nuestra ley no es santa cuanto lo es, ni fueron santos sus profesores cuanto lo fueron, únicamente, por ejemplo, porque ella prohibiese robar y ellos no robasen, porque prohibiese derramar injustamente la sangre del prójimo y ellos no la derramasen, porque prohibiese profanar el tálamo de otros y ellos no lo profanasen. Hasta aquí, pudieran decir los partidarios de tantas otras sectas, hasta aquí hemos llegado tambien nosotros; tambien nos está prohibido á nosotros todo esto, y tambien contamos tales santos nosotros. Su santidad propia y distintiva se manifestó en extenderse á prescribir mucho mas, y en cumplir sus profesores con exactísima fidelidad lo mucho mas que ella les prescribió. Así que únicamente debemos estar contentos de nosotros mismos, cuando obremos de tal modo que no solo no se oiga, por ejemplo, blasfemar el santo nombre de Dios, sino que se oiga siempre pronunciar con la mayor veneracion; que no solamente no se injurie al prójimo, sino que se responda siempre á las injurias recibidas con suma moderacion; que no solamente no se haga ningun daño al prójimo en su persona ó en sus bienes, sino que por el contrario le socorramos del mejor modo posible en sus necesidades; que no solo se abstengan las manos de obras inicuas y el corazon de impuros deseos, sino que tambien se abstengan los ojos de impúdicas miradas; que no solamente no se cometan irreverencias en el santo templo, sino que se esté siempre en él con la mayor devocion; y así podéis ir discurriendo por otros innumerables puntos, de cuyo complexo resulta la idea y la formacion del hombre santo y perfecto. De otra manera, amados católicos, ¡cuánto no caerá por causa nuestra del concepto de sus enemigos una ley tan santa! y ¡qué motivo, aunque injusto, no tendrán ellos, ya que no para im-

pugnarla y vilipendiarla, á lo ménos para hacer poca estimacion y poco aprecio de ella! Porque á la verdad lo que distingue nuestra Religion de las demas religiones, no es el formar buenos á los hombres de cualquier modo y hasta cierto punto, pues á esto tambien pudieron llegar muchas de las otras sectas; sino el saber y poder formar hombres perfectos y santos. Esto es propio únicamente de ella, y á tal término jamas pudo arribar ninguna.

III. Sobre todo, cristianos, desconfiád de vosotros mismos y temed el gravísimo riesgo á que os exponéis de no observar vuestra ley en lo sustancial, si no os dedicáis á observarla con perfeccion. No hablo ahora de aquellos que quizá se creen bastante seguros, solo porque guardan con exactitud algunos preceptos, aunque quebranten libremente otros; pues contra ellos pronunció una irrevocable sentencia el apóstol Santiago, diciendo, que *cualquiera que viole la ley en un solo punto, se hace culpable de la violacion de todos* (1); sino hablo de aquellos que pretenden observarlos todos, pero dentro de ciertos límites, cuya violacion seria evidentemente pecado grave; de aquellos por consiguiente que miran como cosa de ninguna importancia todas las trasgresiones que son leves en su dictámen; de aquellos, por explicarme aún en términos mas claros, que no hacen ningun caso de las culpas llamadas veniales; de aquellos, añadamos, que piensan tener derecho para hacer ú omitir cualquiera cosa que sea, siempre que les parezca poder asegurar que no es pecado mortal. ¿Cuánto no pudiera yo decir sobre esto para condenar y detestar tan deplorable relajacion y perniciosa temeridad? No me explico así, porque nosotros, segun la absurda opinion de los estoicos, como escribia san Gerónimo á Célancia, no reconozcamos desigualdad ó diversidad entre culpa y culpa; pues la reconocemos y creemos que no son todos los pecados de una misma gravedad; sino porque leemos que para nuestra seguridad nos importa el guardarnos de las cosas mas pequeñas, igualmente que de las mas grandes. Tanto mas fácilmente, dice el citado Padre, nos abstenemos de cualquiera culpa, cuanto mas la tememos, y no pasa muy pronto á cometer las mayores quien tambien teme las menores (2).

(1) *Jacob.* c. 2. *v.* 10.
(2) *Tanto enim facilius abstinemus á quocumque delicto, quanto illud magis metuimus; nec cito ad majora progreditur qui etiam parva formidat.*

Así que es muy probable que no resistirá al terrible fuego de las baterías enemigas aquella muralla, cuyo antemural está por tierra, y que no estará seguro el fruto de una viña, arruinada que sea la cerca que la rodea (1).

Mas á fin de no alargarme demasiado sobre este asunto, me contentaré con proponeros solo dos reflexiones muy oportunas para mi argumento. La primera es, que muchas veces tenemos por cosa leve la que en realidad no lo es para Dios; pues nosotros juzgamos frecuentemente segun el deseo, y no segun la verdad, segun el apetito, y no segun la razon. ¡Qué fácil es que esto suceda, con especialidad cuando la pasion ciega, la inclinacion seduce y cede, y la costumbre arrastra! Así como el hombre, segun la reflexion de Agustino fundado en la continua experiencia, por mas necio y estúpido que sea, está dotado de una penetracion agudísima para todo aquello á que le estimulan el interes y el amor; así su ingenio reflexiona y sutiliza sobre todo, para encontrar razones con que persuadirse á sí mismo, que es lícito y honesto lo que para él es útil y agradable, y que es conforme á la ley lo que solamente es conforme á la naturaleza. Y sabéis qué se origina de esto? Se origina que sobre innumerables puntos sustanciales de bienes, de contratos, de resentimientos, de amistades (en todo lo cual tenemos el mayor empeño por favorecernos á nosotros mismos ó condescender á nuestros deseos), pensamos y especulamos tanto que al fin, aunque poco á poco, nos formamos una conciencia errónea, falsa y disparatada que enteramente se debe reformar. Así pues cometemos culpa en no cuidar de hacerlo, ó en rehusar hacerlo, aún siguiendo, ó por mejor decir, por lo mismo que seguimos los dictámenes de semejante conciencia.

La segunda reflexion es, que en cierta especie de culpas, cualquiera que sea nuestro parecer, no hay absolutamente, por lo ménos respecto á la materia, ninguna que sea leve, ninguna que sea venial. Tal es aquel pecado abominable, aquel pecado ignominioso, aquel pecado que el Apóstol nos prohibe nombrar; pues siempre es mortal y gravísimo, siempre digno de condenacion, como vaya acompañado de un libre consentimiento. Y justamente en órden á esta materia, con especialidad

(1) *Luxit... antemurale, et murus pariter dissipatus est.* Thren. c. 2. v. 8. *Ubi non est sepes, diripietur possessio.* Eccl. c. 36. v. 27.

os pregunto yo: ¿no seria casi lo mismo, tocante al precepto que prohibe la impureza, no quererlo observar perfectamente, y ponerse á un riesgo manifiesto de no observarlo en lo sustancial? ¡Cuántas culpas enormes y graves se cometen, Dios mio, todos los dias por una escandalosa libertad de pensar, las cuales inflaman vuestra ira y arrastran á su última perdicion las almas que habéis criado y redimido! ¡Cuántas confesiones no se hacen todos los dias y se harán en adelante, solo por este capítulo inútiles enteramente y de ningun valor para Dios, y acaso detestables y odiosas para su divino corazon! No hay otro medio, mis amados oyentes, mas que resolvernos á cumplir con todas, y aún con las mas pequeñas obligaciones que la ley nos impone, no permitiéndonos nada que pueda ofender su perfeccion y santidad. En suma debemos decir á Dios con el real Profeta: *prohibí á mis piés andar por todo mal camino, para guardar tus mandatos* (1). Para asegurarme bien, Señor, de estar en el camino de vuestros divinos preceptos, no me he permitido dar ni un paso fuera de él; me he guardado de todo aquello en que he aprehendido alguna sombra de mal, para guardarme de todo aquello que fuese malo en realidad: no he osado en una palabra poner en otro camino ni un pié solo, por no exponerme al riesgo de salir con ambos de mi camino.

SEGUNDA PARTE.

Inculcando Moises á su pueblo, segun leemos en el Deuteronomio, la exacta observancia de aquella ley, que en medio de tanto estrépito de rayos y truenos, como hemos visto, habia recibido de Dios, le recomienda que *la estudie y medite continuamente sobre ella, ya esté en su casa sentado, ya vaya de camino; que se la ligue á las manos, y aún que la escriba y estampe en los umbrales y puertas de su casa* (2). Y para qué era todo este cuidado? Para que teniéndola siempre á la vista, la tuviesen asimismo impresa siempre en el corazon, y pudieran aplicársela siempre á sí mismos y arreglar por ella toda su conducta. En efecto el santo David entre los innumerables y penosísimos cuidados del gobierno de tan florido y vasto imperio, ningun ejercicio tenia mas frecuente y ordinario que el de meditar y estudiar la santa ley de Dios. Cuántas veces no lo protesta en sus salmos! *Meditaba*, dice, *en tus mandamientos* (1): *me ejercitaré en tus mandamientos* (2): *he meditado tu ley* (3): *tu ley es mi meditacion* (4). Y hacemos nosotros lo mismo, cristianos? Estudiamos nosotros esta ley santa de Dios? procuramos entenderla? ¿recurrimos á ella para que nos dirija en cualquiera empresa que meditamos? En la ley, amadísimo oyente, qué está escrito? cómo lees? (5) Vengamos á la práctica. Queréis poner un pleito, y ántes habéis registrado libros, leído escrituras y consultado abogados; pero y la ley ¿la habéis consultado? Y ¿si por ventura os mostrase el agravio que vais á hacer, ú os descubriese alguna razon por la que seria injusticia ó crueldad mover tal pleito? Queréis celebrar un contrato, ó entablar algun negocio, y pedís parecer á muchos, os informáis de quien está mas instruído que vosotros, y tomáis bien vuestras medidas para que os sea útil y provechoso; mas ¿os informáis y aconsejáis de la ley? os lo da ella por lícito? os lo permite? Queréis haceros alguna compensacion, queréis contraer alguna amistad ó matrimonio, queréis conseguir algun resarcimiento, ya respectivo á intereses, ya respectivo al honor; y la codicia, la altivez, la inclinacion os dictan lo que ha de hacerse; pero en la ley ¿qué está escrito? cómo leéis? Pues esta, católicos, debe ser nuestra única regla en toda nuestra vida, y solo á tenor de ella debemos resolver el sí ó el no de cuanto queramos hacer ó no hacer. Bienaventurado, dice el real Profeta, el que dia y noche tiene presente y medita la ley santa de Dios (6). Él será como un árbol fructífero, plantado en la orilla de una corriente de agua fecunda y viva, que siempre frondoso y vestido de bellas hojas, producirá á su tiempo la inmarcesible fruta de una eterna vida (7).

(1) *Psalm.* 118. *v.* 101 (2) *Deut. c.* 6. *v.* 7. 8 *et* 9.

(1) *Psalm.* 118. *v.* 47. (2) *Ibid. v.* 15. (3) *Ibid. v.* 70.
(4) *Ibid. v.* 77 *et* 92. (5) *Luc. c.* 10. *v.* 26. (6) *Psalm.* 50. *v.* 1 *et* 2.
(7) *Ibid. v.* 3.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON.

LA BLASFEMIA ES UNO DE LOS PECADOS MAS GRAVES (1).

PARA EL MIÉRCOLES DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

(DE GONZÁLEZ.)

Quia blasphemas.
Que blasfemas.
S. Juan, c. 10. v. 36.

Desde que hay religion en el mundo, han alabado siempre los hombres al objeto que reconocen por su Dios. El cristiano y el idólatra convienen en esto; y ¿cómo podrian disentir, cuando no puede darse ni concebirse la idea de la religion sin el tributo de las alabanzas? Por la virtud de la religion adoramos aquel Ser, que en nuestro concepto excede á todos los demas en la grandeza, en el poder, en la sabiduría, en la independencia, en la virtud. Ni es posible protestar el exceso en estas cualidades, sin alabarlas, porque no es otra cosa la alabanza que la publicacion de las buenas y excelentes cualidades de otro. Los idólatras, careciendo de la idea verdadera de la Divinidad, tributaban honores divinos á las criaturas, de quienes creían haber recibido y esperaban recibir algunos beneficios extraordinarios; por cuyo medio daban un público testimonio de su poder y beneficencia. De aquí la suposicion de que la gratitud, connatural al hombre, es el orígen del detestable monstruo de la idolatría. Así es que cuando los israelitas expusieron á vista del pueblo el becerro formado por ellos mismos, no se contentaron con decir, *esos son tus dioses, Israel;* sino que en su acceso añadian: *esos son los dioses que te sacaron de Egipto;* que equivale á decir: ¡qué cúmulo de perfecciones no han manifestado estos seres divinos en los prodigios obrados para librarte del yugo de Faraon! Del mismo modo son notables los elogios en que prorumpieron Moises y su hermana María al ver sumergido en el Mar rojo á Faraon con todo su ejército; los de los tres niños hebreos, cuando permanecian ilesos en el horno de Babilonia; los de Daniel y todos los demas profetas. Y la Iglesia santa, dirigida por la eterna Sabiduría, hace que resuenen todos los dias en boca de cada uno de sus ministros aquellas alabanzas, que á pesar de nuestra tibieza y falta de atencion, renuevan mas principalmente en nuestra memoria la idea de las grandezas del Señor, y encienden en nuestros corazones los afectos mas sensibles de admiracion, de respeto, de gratitud y de amor.

(1) Véase sobre la blasfemia la conferencia de la pág. 448 del tomo primero de los sermones de *Mision*.

Nada mas opuesto á este acto de la virtud de la Religion que la blasfemia; ese horrendo vicio por el que niega el hombre á Dios los atributos que le pertenecen, ó le atribuye cualidades indecorosas á su adorable majestad; ese monstruoso pecado que reprueban la gratitud, la razon y la naturaleza. Y puesto que los judíos, por una de aquellas inconsecuencias tan comunes á los impíos, acusaban de blasfemo á Jesucristo y querian castigarle como á tal, cuando lo eran ellos llamándole samaritano y endemoniado, quiero tratar en este dia de la blasfemia, haciéndoos conocer su orígen, su malicia, sus consecuencias y los medios de destruir este monstruo.

Para hablar dignamente de este asunto, dadme, Dios mio, aquel acierto y eficacia con que defendisteis vuestra causa, desmintiendo las impías acusaciones de vuestros enemigos. Así os lo pedimos todos por la intercesion de nuestra esclarecida Patrona. *Ave María.*

Cuanto una cosa dista mas del tiempo de su institucion, tanto mas se debilita y extingue su memoria. En el principio de la Iglesia se reunian los fieles en el templo para tributar al Señor sus alabanzas; en cuyo piadoso ejercicio pasaban la mayor

parte de la noche, aunque sabian de positivo que esto habia de ocasionarles la persecucion y la muerte. Siglos felices! mil veces bienaventurada época! Entónces era verdadera la Religion de los cristianos! ¡entónces era mas perfecta y mas viva que al presente la idea que tenian de Dios! ¡entónces se juntaba el cielo con la tierra, porque los ángeles acompañaban á los hombres en estos gloriosos cánticos! ¡entónces cada cristiano era un santo, un mártir, porque la entrada en la Iglesia era el camino para el martirio!

¡Qué confusion, cristianos, qué confusion es para nosotros el comparar aquellas costumbres con las nuestras! ¿Por ventura el Dios que nosotros adoramos, es otro que el que adoraban ellos? se ha debilitado su poder? se ha disminuido su grandeza? No son infinitas, como entónces, todas sus perfecciones? ¿son ménos considerables los beneficios, las gracias que á nosotros nos dispensa? ¿Por qué pues no han de ser tan continuas, sinceras y expresivas nuestras alabanzas? Oh! ciertamente desanima el considerar que los fieles ya no se ocupan en esto; que es un ministerio exclusivo del sacerdote, quien por justas disposiciones de la Iglesia tiene que desempeñarlo usando un idioma desconocido de aquellos: de modo que unos lo abandonan completamente; otros guiados por la costumbre lo hacen con un espíritu distraído; otros, llenos siempre de los cuidados temporales, repiten sin atencion y tal vez con fastidio lo que oyen al sacerdote. Este ve con sumo dolor que los fieles ni aún saben lo mas necesario acerca de la naturaleza y atributos de Dios; que la idea de un Ser supremo é independiente va desapareciendo de entre nosotros; y es de creer que muchos adorarian á Mahoma con la misma indiferencia con que adoran á Jesucristo. Qué dolor! nos aprovechamos del mundo como los brutos; empleamos como ellos nuestras fuerzas, hacemos uso de nuestra vida, sin atender jamas al verdadero principio y al objeto único de la creacion. El mundo entero publica sin cesar las glorias de su Criador, y solo las ignora el hombre que es el único capaz de conocerlas. Nuestra vida es conforme á nuestro conocimiento: no amamos á Dios, por no tener nociones de su bondad; no le tememos, por no tener idea de su justicia; no le obedecemos, por desconocer su omnipotencia; no le veneramos, por ignorar lo excelso de su majestad; en una palabra, le ofendemos, le insultamos, le blasfemamos como los fariseos,

por no conocerle. Con el pecado crece la ignorancia, y con la ignorancia se aumenta el pecado; y como es ya suma la ignorancia, el pecado ha llegado á su mayor incremento.

Aquí tenéis, cristianos, el orígen de la blasfemia; la ignorancia; esa ignorancia tan universal respecto á los atributos de la Divinidad, esa ignorancia sostenida por la perversidad del corazon, esa fatal ignorancia que ha conducido á los hombres al último extremo de corrupcion. Ya no se contentan con abusar de las criaturas; se empeñan en robar la gloria á su Criador: no se dan por satisfechos con pisar las leyes sacrosantas de su adorable providencia; le hieren ademas en lo mas vivo de su honra blasfemando su santo nombre: les parece poco convertirse de cristianos en gentiles; desean trasformarse en horrorosos monstruos del infierno.

Con efecto la blasfemia es el ejercicio continuo de los condenados y de los demonios en el infierno: la blasfemia es el carácter peculiar del Antecristo; es el distintivo de aquel, á quien llama Dios por excelencia *el hombre de pecado;* es la divisa de la bestia feroz, que representa san Juan en su Apocalípsis (1) haciendo á Dios y á su Religion santa la guerra mas impía. La blasfemia, dice san Gerónimo, es el mas horrible de todos los pecados. La blasfemia, en sentir de san Agustin, es un delito igual al de los judíos que crucificaron á su Dios; por cuya razon le es tan sensible y dolorosa como lo fueron los azotes, las espinas, los clavos, la cruz y la muerte. La blasfemia, escribe san Bernardo, es un horrendo sacrilegio, mas execrable aún que el de los fieros sayones que pusieron sus impías manos en el cuerpo sacratísimo del Señor. La blasfemia contra el Espíritu santo, dice el mismo Jesucristo, es un pecado irremisible; ni en la vida presente ni en la futura será perdonado. La blasfemia cierra todas las puertas de la divina misericordia; enciende su furor; aviva su indignacion, y arranca por último de su mano el castigo mas terrible y espantoso.

Uno de los medios mas á propósito para dar á conocer toda la malicia del pecado de blasfemia, y de la indignacion que causa al Señor, es referir algunos de tantos horrorosos castigos como ha impuesto en esta vida á los blasfemos. El impío Rabsáces á nombre de su rey blasfema al Dios de Israel en presencia

(1) *Apocal. c.* 13.

del ejército del piadoso Ezequías; y en aquella noche irritado el Señor desbarata su poderoso ejército por el ministerio de un ángel; degüella en un momento ciento ochenta y cinco mil soldados; y si permite y protege la huída del rey blasfemo, es con el fin de que sufra una muerte mas inhumana: en su corte, en el templo de sus ídolos, en todas partes le persiguen; sus propios hijos se arrojan sobre él, manchan sus impuras manos en su sangre, y le hacen bajar al sepulcro despojado de toda su gloria. El pérfido y obstinado Faraon, los sacrílegos Coré, Datan y Abiron, el soberbio Holofórnes, los impíos Nicanor y Antíoco... ¿qué horribles y prontos castigos no recibieron por sus execrables blasfemias? Oh! nada tiene de extraño, porque entre todos los pecados sola la blasfemia va directamente contra el honor del Santo por esencia; sola ella tiende á disminuir la gloria del Omnipotente; sola ella llena de afrentas y vituperios al Criador del universo. Todos los pecados tienen algun aliciente; la blasfemia ninguno. El injusto es movido por el interes, el soberbio por la vanagloria, el deshonesto por los placeres de la carne; el blasfemo... ah! no puede explicarse la causa de este pecado, sino por sola la malicia y perversidad, por un odio expreso y decidido de Dios, por la rabia y furor que tiene el hombre orgulloso de no poder arrancarle el poder y la divinidad.

No creáis que exagero: mirád á uno de esos monstruos que por desgracia se ofrecen con tanta frecuencia á nuestra vista; mirádle cuando poseído de un acceso de ira prorumpe en blasfemias contra su Criador, y veréis perfectamente retratado en su semblante cuanto tienen de horrendo y aterrador las furias infernales. Veréis su rostro desencajado, su color amarillento y negruzco, sus ojos despidiendo rayos de fuego, interrumpida la respiracion, los labios trémulos, la lengua moviéndose á todas partes, y vibrando á todos lados como la de la víbora el mortífero veneno de su rabia. No es un hombre; es una fiera encarnizada, un furioso energúmeno, un desesperado demonio. Si en aquella ocasion fuera capaz de contemplar su imágen en un espejo, ¿llegaria á conocerse? Al contrario, se espantaria, se horrorizaria de sí mismo: ¡tal es y tan opuesto á su naturaleza el furor que le agita y subyuga! Y á no ser así, ¿cómo habia de tener la insolencia sacrílega de insultar á su Criador omnipotente?

Tan monstruoso es este vicio que á su vista se horroriza la naturaleza, se estremece la razon, la Religion se avergüenza; hasta la impiedad misma le detesta. Apénas hay legislacion que no lo prohiba bajo las penas mas severas y terribles. En la ley de Moises no solo era excomulgado el blasfemo y separado del pueblo, sino que irremisiblemente habia de morir apedreado; en prueba de ello hoy se disponen los judíos á apedrear á Jesucristo, por parecerles que blasfemaba, cuando les anunciaba las verdades del cielo. No tan severas, pero mas imponentes, si se quiere, son las penas con que la primitiva Iglesia castigaba este delito. Ademas de las penitencias comunes á todos los pecadores, se le imponia al blasfemo la de entrar descalzo, con una soga al cuello y con las demostraciones del dolor mas vehemente, la primera vez que era admitido al templo del Señor, á quien de tal modo habia insultado. Si á esto se negaba, ó si recaía en el mismo pecado, quedaba excluído para siempre del gremio de la Iglesia, y condenado á que en su muerte fuera arrojado su cadáver á un hediondo muladar. Todos los reyes cristianos han establecido penas severísimas y aún crueles para castigar tan enorme crímen. Y lo que parece increíble, aún el impío Nabucodonosor promulgó un edicto expresado en estos términos: toda lengua que blasfeme contra Dios sea cortada, y completamente destruída la casa del blasfemo.

Aquí no puedo ménos, señores concejales, de llamar vuestra atencion. Las Autoridades supremas descansan en las leyes y los magistrados; los jueces superiores en sus subalternos, y aquellos en vosotros. Supuestas las determinaciones de la lei sois responsables en el tribunal del mas recto de los jueces de las blasfemias con que en este pueblo, confiado á vosotros, se ultraje su nombre sacratísimo; y este nombre adorable es blasfemado en este pueblo. Qué hacéis pues? ¿para que lleváis en la mano esa vara, sino para castigar semejantes desórdenes? Qué! ¿temeréis desagradar á los hombres, usando de vuestra autoridad y cumpliendo vuestro deber, y no teméis desagradar á Dios, abusando de esa misma autoridad y faltando á vuestros deberes? Hacéis una ostentacion, tal vez ridícula, de mirar por los intereses y el honor de vuestros hermanos, y ¿no os interesaréis en lo mas mínimo por la honra de vuestro Dios? Teméis la pérdida de los bienes temporales, y ¿no temeréis la de vuestra salvacion? En todos los pueblos se han tomado las mas sé-

rias providencias para la extincion de este monstruoso pecado, y solo en este se tolera, se deja impune y tal vez se patrocina ó promueve con el ejemplo. San Juan Crisóstomo opinaba que cualquier cristiano al oir una blasfemia estaba, no solamente autorizado, sino obligado á acercarse al blasfemo, advertirle su crímen, cerrarle la boca con una bofetada, y romperle la dentadura, aunque supiera positivamente que peligraba su vida por esta accion. Si llegara esto á suceder, dice este celoso padre, el que tal hiciere, santificaria su mano con el golpe, su lengua con la reprension, su alma con el celo, y si por ello perdiera la vida, seria mártir del Señor como el Bautista. Y si esta es la obligacion del particular, ¿cuál será la de los jueces y superiores? Yo tengo que limitarme á amonestar y reprender; no me es posible castigar á los blasfemos, porque no es propio de mi carácter, ni para ello estoy autorizado; pero me veré en la precision de imitar la conducta ejemplarísima de aquel sacerdote, que oyendo blasfemar desaforadamente de su Dios á un soldado, arremetió á él como un leon, y armado de un santo celo le dijo: *mientes, impío, Dios no es lo que tú dices, sino santísimo, justo, misericordioso, infinitamente perfecto*: á cuyas palabras mas enfurecido el soldado, y vomitando dicterios, imprecaciones y amenazas, echo mano á la espada para atravesarle. Entónces el sacerdote, postrándose á sus piés, le presentó el cuello y el pecho diciendo: *eso sí, hermano, di en buen hora cuanto quieras de mí, que nunca será suficiente para ponderar lo malo que soy; pero nada digas de nuestro Dios, que es la misma santidad y la misma gloria: pasa con tu espada este pecho miserable, y empapa tus manos en mi sangre; mas tu lengua no ose mancillar la honra de quien te ha criado.* Tal vez me veré precisado á imitar tan ejemplar conducta, porque no tengo mas armas que las palabras, ni mas vara que la lengua. Es verdad que Jesucristo usó del azote contra los profanadores de su santa casa; pero era un Dios omnipotente, y yo solo soy un débil mortal, un ministro indigno. Á vosotros, señores, compete atajar el contagio, porque en vuestra mano está la vara: sobre vuestros hombros descargan los pecados de esta especie que se cometan en el pueblo, y que pudierais y debierais evitar, ó castigar por lo ménos. Si lo hacéis, cumplís la mas indispensable y digna de vuestras obligaciones; de lo contrario, ay de vosotros en el último de los dias! Ay de vosotros! Ese mismo Dios cuya causa tan mal habéis defendido, os declarará ante todo el mundo traidores á la patria, traidores á la Religion, traidores á la naturaleza. Infelices! infelices tambien los que den lugar á esta reprension!

Yo me horrorizo, hermanos mios, al contemplar esto despacio. Cuando las lenguas todas de los ángeles son sumamente débiles para glorificarle; cuando todos los seres criados no alcanzan á tributarle las alabanzas y bendiciones que de justicia se le deben por su poder, sabiduría y santidad; no se oyen en boca de los cristianos sino desprecios é insultos á su adorable majestad. Los verdaderos cristianos se ven precisados á tener cerrados en casa á sus hijos porque no participen del contagio; los ancianos oyen con frecuencia lo que acaso no oyeron una vez en su juventud; las mujeres se estremecen al oir las horribles blasfemias, en que prorumpen sus infames maridos al castigarlas injustamente, y lo sienten mas que el mismo castigo; los inocentes parvulitos, esas desgraciadas víctimas del furor de sus desapiadados padres, han sido ofrecidos por ellos en sacrificio á los demonios; han mamado la irreligion con la leche, y sus balbucientes lenguas se han desatado con mil obscenidades y blasfemias que oían á aquellos. Niños infelices! en qué tiempo tan funesto han recibido la vida! Dios justo! cuidád de sus almas inocentes; apartád de su presencia la piedra del escándalo, quitando á sus impíos padres la vida que no merecen; llamádlos si no para vuestra gloria, ántes que con el uso de la razon éntre á dominarlos la impiedad.

Época desventurada! guerra cruel! qué terrible desolacion has sembrado en nuestro miserable suelo! ¡Cuánto mejor hubiera sido, cristianos, perecer á manos del feroz enemigo, que conservar la existencia para ver y lamentar los horrores que introdujeron en nuestras costumbres! ¡Cuánto mejor hubiera sido morir defendiendo la Religion y la patria, que vivir para ver la infamia de la patria y la deshonra de la Religion! Huesos áridos de nuestros mayores, levantáos; rompéd la pesada losa que os cubre; volvéd á vuestros pueblos, á vuestros hogares... Qué digo? profundizád mas vuestros sepulcros; ponéd sobre ellos los mas elevados montes; ocultáos bajo el mas profundo abismo, por no ver á vuestra patria convertida en un infierno, y en demonios á vuestros hijos; por no oir su lenguaje, que es el mismo que el de aquel lugar de desesperacion; esas blasfe-

mías é imprecaciones que jamas vosotros oisteis, y que profieren ahora como por diversion hasta los niños. Pero no digo bien; salíd, salíd á arrancar esas lenguas impías, á desgarrar esas bocas sacrílegas, á arrastrar con vosotros al sepulcro y sepultar en el infierno á esos monstruos. Deponéd ese afecto paternal que abriga vuestro corazon, pues ya no son los mismos que engendrasteis; son unas furias abortadas por el infierno.

Ministros de las iras del Señor, venid á defender su honra. Heladas, pedriscos, rayos, fuego, inundaciones, hambres, guerras, pestes y mortandades, á vosotros digo con los tres niños israelitas, con David y con toda la Iglesia; venid, alabád á vuestro Dios; confundíd á los impíos que le deshonran y profanan su santo nombre. Hombres buenos, mujeres piadosas, ancianos venerables, jóvenes robustos, empleád todas vuestras fuerzas, ponéd en movimiento todos los recursos posibles para ahuyentar un vicio tan abominable; valéos de vuestra virtud, de vuestros hechizos, de vuestras canas, de vuestra autoridad, para hacer enmudecer á los sacrílegos; dadles en rostro con su impiedad; detestád pública é incesantemente su lenguaje; huíd léjos de su compañía, para que como Caín vivan solos, prófugos en su misma patria. Padres de familia, apartád de su lado á vuestros hijos; y si estos, incitados por su ejemplo profiriesen semejantes expresiones, arrancádles la lengua en el acto. Ángeles de la gloria, potestades del infierno... Pero dónde voy? yo no puedo mas; tomád, Señor, por vuestra cuenta la defensa de vuestra gloria: presentáos á estos malos cristianos en el lastimoso estado á que os ha reducido su impiedad; recordádles aquella ominosa noche en que por su causa fuisteis el blanco de los escarnios y befas de los sayones, y decídles que aún sentís mas sus blasfemias: presentádles esa profunda llaga del costado, y hacédles ver que aún es mas profunda y cruel la que os hacen ellos en vuestra honra: presentádles esa cruz de tormento é ignominia, y decídles que aún os afrentan y martirizan mas sus sacrílegas profanaciones: presentádles esas punzantes espinas, esos agudos clavos...

Me detengo demasiado: recordád, os diré para concluir, recordád, amados mios, que el Señor á pesar de vuestros enormes delitos os sufre, os conserva la vida, cuida de vuestro alimento, sostiene vuestra fe, os llama sin cesar por su divina gracia, os espera á penitencia, os da su preciosa sangre, ofrece

por vosotros su vida, os convida con su gloria; recordád estos beneficios que son la prueba mas demostrativa de la grandeza del Señor y de su infinita misericordia; recordádlos y bendecídle con toda la efusion de vuestra alma. Bendigamos todos la grandeza del Señor: bendecídla vosotros, ángeles de la gloria; bendecídla, cielos inmensos; bendecídla, astros lucientes; bendecídla, animales brutos; bendecídla, plantas insensibles; piedras y metales, elementos y todas las criaturas, bendecíd, alabád su santo nombre; publicád su poder y su excelencia; decíd en vuestro idioma: bendito sea para siempre el nombre del Dios de los cristianos, porque él solo es el grande, el sabio, el poderoso, el bueno, el Dios verdadero, el único á quien se deben las alabanzas, el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON.

EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA NO PRODUCE SU EFECTO, SI NO SE RECIBE CON LA DEBIDA DISPOSICION.

PARA EL JUÉVES DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

(DE GONZÁLEZ.)

Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.
Se le han perdonado muchos pecados por su mucho amor.
S. Lúcas, c. 7. v. 47.

Solo por dos caminos podemos llegar al fin para que hemos sido criados, que es la bienaventuranza, á saber, ó por la inocencia, ó por la penitencia. La inocencia consiste en conservar hasta la muerte la gracia de Jesucristo que recibímos en el bautismo; la penitencia se reduce á recobrar esta misma gracia que perdimos por el funesto pecado: por este último camino llegó á la mansion de las delicias la insigne pecadora de que habla hoy san Lúcas en su Evangelio, y este es del que voy á tratar al presente.

Pero, ay! cuán duras os parecerán mis expresiones! cuánto han de contristaros! Porque habiéndome oído varias veces que son muy pocos los que se salvan del primer modo, estaréis tal vez persuadidos á que son muchos los que consiguen la gloria por el segundo. Error funesto, que voy á desvanecer, porque ninguno tiene tanto interes como yo en desengañaros y conduciros á la gloria. Este es mi único objeto; para esto he sido enviado á vosotros; mas yo no sé qué fatalidad es la mia que cuanto son mayores mis desvelos, cuanto me afano mas por

realizarlo, tanto mas me confirmo en que si son pocos los adultos que se salvan por la gracia bautismal, son muchos ménos los que lo consiguen por la penitencia; no porque este saludable sacramento carezca de la eficacia necesaria para perdonar todos los pecados y hacer salvos á todos los pecadores del mundo sin la menor excepcion, sino porque, como sienten san Ambrosio, la Iglesia de Jesucristo, los apóstoles, el mismo Dios (en lo que no podéis ménos de convenir vosotros conmigo), son muy raros los pecadores que lo reciben como deben para que produzca la gracia. La demostracion de esta verdad, y el instruiros en los medios que debéis adoptar para aprovecharos de su eficacia, será el objeto de mi discurso; sin que me retraiga el haberos hablado repetidas veces de este mismo asunto, porque, es tan útil, tan necesario, que aunque os fastidiara, debierais oirlo con el mayor gusto, como que de él depende indudablemente vuestra eterna salvacion, fuera de que no hay razon para que engendre fastidio, al ver que cada dia os presento nuevos y mas poderosos fundamentos, que encuentro sin dificultad para demostrar esta verdad terrible.

Vos, Señor, que de tal modo supisteis ablandar el endurecido corazon de la Magdalena, hacéd que se presten con docilidad los de mis oyentes á las verdades divinas que voy á anunciarles: infundidles el don de lágrimas, y aquel intenso amor que mereció á esta pecadora un perdon tan completo. Así os lo pedimos por la mediacion de la que os amó mas que ella, aunque jamas cometió la mas leve culpa. *Ave María.*

Si la penitencia verdadera consiste en la verdadera conversion del pecador, la vuestra nada tiene por lo comun de penitencia mas que el nombre. Convertirse es volver á Dios lo que tan injustamente se le ha robado por la culpa. Por el pecado roba el hombre á su Dios el dominio que tiene sobre él; no quiere que reine en su corazon, y se sujeta, se hace esclavo de las criaturas, entregándoles sus talentos, sus sentidos, sus bienes, sus trabajos, su vida, su alma, todo cuanto le pertenece. Todo el órden establecido por la Religion y la naturaleza es alterado completamente por la culpa; órden que es necesario restablecer por la penitencia, para que esta sea fructuosa. Por esta razon nos aseguran unánimes todas las sagradas fuentes de la Fe,

que la penitencia no consiste en palabras, ni en postraciones, ni en golpes de pecho, sino en la verdadera y completa conversion del corazon. *Convertíos á mí de todo vuestro corazon*, nos dice Dios por el profeta Joel (1). Nada de vuestro corazon ha de quedar para el mundo, nada para Satanas, nada para vosotros mismos; todo ha de ser mio; no ha de quedar en él lugar para las riquezas, para los deleites, para los honores; yo solo debo ocuparlo y poseerlo todo entero. Habéis de arrojar de vosotros toda inmundicia, dice por el profeta Isaías, toda iniquidad, todo pecado; habéis de aborrecerlo todo con sinceridad, y ejercitaros en las virtudes contrarias á los vicios que os dominan con un intenso deseo de agradarme. *Como empleasteis vuestros miembros en la inmundicia, en la maldad, haciéndolos de este modo servir al detestable monstruo del pecado, así los habéis de emplear en la justicia y en la virtud, si han de servir á vuestra justificacion*, dice el Apóstol (2), de suerte que no reine ya el pecado en vuestros corazones sino la virtud: *de manera*, dice el príncipe de los apóstoles (3) *que no viváis para los deseos de la carne*, para los del mundo, ni para los de los hombres, *sino precisamente para ejecutar la voluntad de vuestro Dios;* y esto no por un dia, ni por una semana, ni por un año, sino *todo el resto de vuestra vida*. No basta para conseguir el perdon de los pecados, dice el santo Concilio de Trento, dejar de pecar; no es suficiente empezar una vida nueva; se necesita ademas aborrecer con sinceridad, de corazon los pecados de la vida pasada.

¡Oh felices tiempos aquellos en que los pecadores confesaban ingenuamente sus culpas, protestaban que las aborrecian, prometian no volver á cometerlas, las lloraban con incesantes lágrimas, se sometian con humildad á la satisfaccion que el confesor les imponia! Felices! pues por ese medio se aseguraba la Iglesia de su arrepentimiento y les concedia con seguridad la absolucion; mas ahora, ay! ahora despues de un año entero de pecados los mas enormes, se juzga penitente el pecador, se tiene por seguro, pide con entera confianza la gracia de la absolucion, sin mas disposiciones que confesar brevemente algunas de las culpas que ménos le degradan; y por estas señales aparentes, hipócritas, embusteras arranca del confesor un perdon que no puede concederle el mismo Jesucristo; quiere que le perdone siendo impenitente, porque aquel perdonó á la Magdalena penitente; quiere que le perdone aborreciendo á su Dios, porque aquel perdonó á la Magdalena por amarle con mucha intension; quiere que le perdone ocupándose en proporcionar los deleites de la culpa, porque aquel perdonó á Pedro, á quien el dolor de un pecado solo hizo llorar toda su vida y hacer todos los esfuerzos posibles por morir crucificado para reparar esta falta. Así es que ni Pedro, ni la Magdalena volvieron á pecar despues de su penitencia, y que en los tiempos en que la Iglesia usaba sus rigores, se tenia como la mayor de las desgracias la reincidencia, cuando ahora despues de la confesion se repiten los pecados con la misma facilidad, con la misma frecuencia, con el mismo gusto que ántes: á la confesion sigue constantemente la recaída y á la recaída la confesion: despues de haber contraído un hábito vicioso por muchos años, despues de una repeticion nunca interrumpida de pecados, quieren ser absueltos sin la menor enmienda, sin mudanza alguna de su vida, empeorando cada dia sus costumbres, abismado su corazon en la sensualidad y en la lujuria, abrigando su alma el rencor y la venganza, lleno su interior de la injusticia y de todos los vicios, con el dolor solo en los labios, con la conversion en la apariencia, con la penitencia en el exterior.

(1) *Joël*, c. 2. v. 12. (2) *Rom.* c. 6. v. 16. (3) 1. *Petr.* c. 4. v. 2.

Pecadores, hombres envejecidos en el vicio, mujeres satisfechas en el desórden, jóvenes dominados de la torpeza, pecadores de cualquier estado, sexo y condicion que seáis, oíd una verdad terrible pero indubitable; la absolucion que tantas veces habéis solicitado y recibido sin un verdadero arrepentimiento, léjos de perdonar vuestras culpas, os imposibilita en cierto modo para conseguir el perdon; léjos de ganar vuestras almas para Dios, las asegura para el demonio; léjos de poneros en la deliciosa senda de la gloria, os conduce sin remedio á los hediondos calabozos del infierno, porque suponiendo perdonados aquellos pecados, no volvéis á acordaros de ellos, no volvéis á confesarlos, ni aún en el terrible momento de la muerte hacéis la menor diligencia para conseguir su perdon. No creáis que exagero; yo mismo he tenido el agudo sentimiento de preguntar á muchos en aquella formidable circunstancia, si les remuerde la conciencia en órden á la vida pasada, y generalmente he oído la triste respuesta de que han confesado todas sus

culpas. Con tan funesta seguridad, con tan maldita confianza salen del tiempo para entrar en la eternidad; salen de la vida para entrar en la mansion oscura de la muerte; salen del mundo para entrar... para entrar sin duda alguna en el infierno. Las opiniones de los hombres varían, mas no la verdad: los confesores pueden errar, pueden engañarse en vista de unas señales aparentes; pero los pecadores no pueden ser absueltos sin la verdadera penitencia, y esta no se halla sin la verdadera mudanza de vida. Los profetas, los apóstoles, todos los Libros santos, todos los Concilios, los Padres y teólogos aseguran sin restriccion, que la penitencia consiste en llorar, en aborrecer los pecados y en no volver á cometerlos. Entre los Padres de la antigüedad era un proverbio, que la penitencia verdadera consistia en una vida del todo nueva. La verdadera penitencia no debe repetirse, dice san Ambrosio, porque no permite la recaída en el pecado. El Señor, dice san Agustin, nos manda por Isaías, que nos lavemos en el baño de la penitencia de modo que quedemos perfectamente limpios, como se lavan aquellos que lloran las culpas cometidas y no vuelven á cometerlas; no como aquellos otros que lloran y no abandonan los pecados; que despues de llorar, vuelven á cometer las mismas culpas que habian llorado; porque estos tales se lavan y no quedan limpios, se confiesan y no hacen penitencia, vomitan los pecados por la boca y se quedan con ellos en el corazon. Las lágrimas que no hacen al pecador abstenerse de las culpas futuras, no lavan, dice san Fulgencio, no borran la mancha, no consiguen el perdon de las pasadas: no es penitente sino blasfemo, impío, mofador de la penitencia el que repite las culpas, de que dice estar arrepentido.

No quiero decir por esto que necesariamente se ha de condenar el que despues de hacer una sincera penitencia, tiene la desgracia de recaer alguna vez en la culpa por fragilidad. Sé que es demasiada la violencia de las pasiones, la destreza de los enemigos, la debilidad de nuestra naturaleza corrompida, y que es infinito el amor, que no tiene límites la misericordia de Dios; sin embargo esto sé de positivo, esto aseguro, esto diré sin cesar, que el que despues de confesado, no se enmienda, no mejora las costumbres, recae con la misma facilidad, con la misma frecuencia, con la misma satisfaccion en el pecado, no es verdadero penitente, sino un penitente fingido, hipócrita,

enemigo de la virtud y de Dios, esclavo del vicio y del demonio. En confirmacion de esta verdad no quiero apelar al juicio de los santos, al parecer de los sabios, á los decretos del mismo Dios: al mundo corrompido, á los pecadores preocupados, á vosotros mismo apelo; vosotros debéis ser los jueces en esta causa. Cuando á consecuencia de unas misiones, cuando apurado de una enfermedad peligrosa, se confiesa un pecador envejecido, da las señales mas demostrativas de un sincero arrepentimiento, llora con amargura, pide con las expresiones mas tiernas el perdon y la misericordia, deja por algunos dias los desórdenes con que habia escandalizado á todo el pueblo, frecuenta la oracion, sufre algunas privaciones, se sujeta al ayuno, á la mortificacion, es en fin un hombre nuevo en concepto de los que observan esta mudanza de vida; mas si á poco tiempo interrumpe los ejercicios de piedad y vuelve á sus antiguos desórdenes, á sus costumbres viciosas, á sus horribles escándalos; qué opináis de su conversion anterior? qué juicio hacéis de su penitencia? Respondéd; manifestád vuestros sentimientos...; mas no, que pronunciaréis contra vosotros mismos la sentencia mas terrible. Yo lo diré por vosotros: lo que se debe pensar, lo que es muy natural creer, lo que se sabe con evidencia, es que su conversion fué fingida, su penitencia hipócrita, su confesion sacrílega, la absolucion que recibió nula. Sí; nula, funesta, perjudicial, como que asegura su eterna condenacion.

No se crea por esto que mi ánimo es censurar la conducta de los confesores, ni mucho ménos afirmar que hacen una traicion escandalosa á Jesucristo, cuando absuelven á esta clase de penitentes: lo que digo es, que la absolucion sin la conversion, sin la mudanza de vida, sin la reforma de costumbre, sin la renuncia del mundo, sin la aversion al pecado, sin la verdadera penitencia, es un sacrilegio, una profanacion de los sagrados misterios; es echar las cosas santas á los perros; es, como dice san Cipriano, funesta para el que la da y mas funesta para el que la recibe; es la marca con que sella el demonio las almas. Echád una ojeada sobre toda vuestra vida; traéd á la memoria todas las confesiones que habéis hecho, las absoluciones que habéis arrebatado de boca de los ministros del sacramento; y mirád con atencion vuestras costumbres; si habéis dejado el vicio, si habéis renunciado la culpa, si habéis

mudado de vida, si habéis vuelto á Dios lo que le habiais robado por la culpa, si vivís solo para Dios ; en una palabra, comparád vuestra penitencia con la de la Magdalena, puesto que vuestros pecados no han sido ménos enormes, y ved si se parece en algo á la suya, Ay! ay! qué horrores se presentan á mi triste imaginacion! cuántos sacrílegios! cuántas profanaciones! Y al mismo tiempo cuántos infiernos veo abiertos! ¡cuántas almas descubren en la descarada frente de su vida e horrible sello de su condenacion! Tantas sin duda, cuantos son los pecadores cuya penitencia no ha sido verdadera.

Esta es, ó pecadores miserables, la voz de la verdad. Y á pesar de estar vosotros convencidos de ella, no os desengañáis? no detestáis el pecado? ¿aún tratáis de continuar en el vicio, valiéndoos de la credulidad del confesor, á quien engañáis sacrílegamente? ¿todavía no os resolvéis á imitar á esa verdadera penitente, á ese modelo de la penitencia, que con tanto interes os recuerda la Iglesia en este dia? ¿No ha de llegar nunca el tiempo, en que como ella, como san Pedro, como David y tantos otros, confeséis de buena fe vuestros extravíos, los lloréis con lágrimas de arrepentimiento, y pidáis de veras el perdon? ¿Es posible que jamas lleguéis á persuadiros de que vuestras conversiones fingidas, vuestras confesiones sacrílegas, vuestras absoluciones de palabra son los medios mas seguros de que se vale Satanas para asegurarse la posesion de vuestras almas? Me horrorizo al considerar el lastimoso estado en que os halláis! No creo que haya lágrimas bastantes para llorar vuestra desventura! Llorádla vosotros desde ahora : empezád á conocerla por lo ménos, si no queréis sentirla y llorarla por toda la eternidad : llorádla ahora á los piés de Jesucristo, que es el único capaz de libraros de ella : llorádla con lágrimas de contricion, si queréis conseguir el perdon de vuestras culpas : llorádla como la pecadora del Evangelio, de una vez para siempre, con toda eficacia, para que como ella tengáis un dia la imponderable satisfaccion de oir de boca del mismo Dios : *se os ha perdonado mucho, porque me habéis amado mucho;* se os han perdonado todos y cada uno de vuestros pecados, porque os habéis convertido de corazon ; se os ha perdonado toda la pena, porque vuestra penitencia es verdadera ; y esta se os concede con un grado muy sublime de gloria, porque fué mucha vuestra fe y muy ardiente vuestra caridad. Amen.

SERMON.

DE LA OBLIGACION DE SEGUIR A JESUCRISTO É IMITARLE.

PARA EL JUÉVES DE LA DOMINICA QUINTA DE CUARESMA.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Oves meæ vocem meam audiunt... et sequuntur me.
Mis ovejas oyen mi voz... y me siguen.
S. Juan, c. 10. *v.* 27.

El Hijo de Dios, cristianos, el Hijo de Dios, que nada hizo ni habló en este mundo, sino para el gobierno y la enseñanza de los hombres, nos da en el Evangelio de este dia, con dos solas palabras admirables, una instruccion preciosa y necesaria sobre la obligacion y la conducta que debemos tener todos los hombres, y mas particularmente los cristianos. Con motivo de una pregunta artificiosa que hicieron los judíos al Señor, sobre si era ó no el Mesías prometido á la nacion, y que si lo era, se lo dijese claramente, y los sacase desde luego de la perplejidad ó la duda en que se hallaban, les respondió, que su pregunta era inútil, temeraria y maliciosa, pues aunque les dijese que lo era, no por eso le creerian, habiéndose hasta entónces resistido al testimonio visible de sus grandes milagros y sus obras; testimonio mas convincente todavía que el testimonio de la voz y las palabras; pero que ellos, ni á lo uno ni á lo otro se rendian, por no ser ovejas suyas, siendo el carácter propio y distintivo de sus ovejas ó de sus discípulos, escuchar la voz de su doctrina y seguir sus huellas y pisadas.

mudado de vida, si habéis vuelto á Dios lo que le habiais robado por la culpa, si vivís solo para Dios ; en una palabra, comparád vuestra penitencia con la de la Magdalena, puesto que vuestros pecados no han sido ménos enormes, y ved si se parece en algo á la suya, Ay! ay! qué horrores se presentan á mi triste imaginacion! cuántos sacrílegios! cuántas profanaciones! Y al mismo tiempo cuántos infiernos veo abiertos! ¡cuántas almas descubren en la descarada frente de su vida e horrible sello de su condenacion! Tantas sin duda, cuantos son los pecadores cuya penitencia no ha sido verdadera.

Esta es, ó pecadores miserables, la voz de la verdad. Y á pesar de estar vosotros convencidos de ella, no os desengañáis? no detestáis el pecado? ¿aún tratáis de continuar en el vicio, valiéndoos de la credulidad del confesor, á quien engañáis sacrílegamente? ¿todavía no os resolvéis á imitar á esa verdadera penitente, á ese modelo de la penitencia, que con tanto interes os recuerda la Iglesia en este dia? ¿No ha de llegar nunca el tiempo, en que como ella, como san Pedro, como David y tantos otros, confeséis de buena fe vuestros extravíos, los lloréis con lágrimas de arrepentimiento, y pidáis de veras el perdon? ¿Es posible que jamas lleguéis á persuadiros de que vuestras conversiones fingidas, vuestras confesiones sacrílegas, vuestras absoluciones de palabra son los medios mas seguros de que se vale Satanas para asegurarse la posesion de vuestras almas? Me horrorizo al considerar el lastimoso estado en que os halláis! No creo que haya lágrimas bastantes para llorar vuestra desventura! Llorádla vosotros desde ahora : empezád á conocerla por lo ménos, si no queréis sentirla y llorarla por toda la eternidad : llorádla ahora á los piés de Jesucristo, que es el único capaz de libraros de ella : llorádla con lágrimas de contricion, si queréis conseguir el perdon de vuestras culpas : llorádla como la pecadora del Evangelio, de una vez para siempre, con toda eficacia, para que como ella tengáis un dia la imponderable satisfaccion de oir de boca del mismo Dios : *se os ha perdonado mucho, porque me habéis amado mucho;* se os han perdonado todos y cada uno de vuestros pecados, porque os habéis convertido de corazon ; se os ha perdonado toda la pena, porque vuestra penitencia es verdadera ; y esta se os concede con un grado muy sublime de gloria, porque fué mucha vuestra fe y muy ardiente vuestra caridad. Amen.

SERMON.

DE LA OBLIGACION DE SEGUIR A JESUCRISTO É IMITARLE.

PARA EL JUÉVES DE LA DOMINICA QUINTA DE CUARESMA.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Oves meæ vocem meam audiunt... et sequuntur me.
Mis ovejas oyen mi voz... y me siguen.
S. Juan, c. 10. *v.* 27.

El Hijo de Dios, cristianos, el Hijo de Dios, que nada hizo ni habló en este mundo, sino para el gobierno y la enseñanza de los hombres, nos da en el Evangelio de este dia, con dos solas palabras admirables, una instruccion preciosa y necesaria sobre la obligacion y la conducta que debemos tener todos los hombres, y mas particularmente los cristianos. Con motivo de una pregunta artificiosa que hicieron los judíos al Señor, sobre si era ó no el Mesías prometido á la nacion, y que si lo era, se lo dijese claramente, y los sacase desde luego de la perplejidad ó la duda en que se hallaban, les respondió, que su pregunta era inútil, temeraria y maliciosa, pues aunque les dijese que lo era, no por eso le creerian, habiéndose hasta entónces resistido al testimonio visible de sus grandes milagros y sus obras; testimonio mas convincente todavía que el testimonio de la voz y las palabras; pero que ellos, ni á lo uno ni á lo otro se rendian, por no ser ovejas suyas, siendo el carácter propio y distintivo de sus ovejas ó de sus discípulos, escuchar la voz de su doctrina y seguir sus huellas y pisadas.

Ved ahí la instruccion que en el Evangelio de este dia nos ha dejado á todos Jesucristo; instruccion que nos enseña claramente cuál es el carácter, cuál la obligacion y la conducta que debemos tener en este mundo. Porque si el Señor ha bajado de los cielos á ser el médico, el pastor y el maestro de los hombres; si ha venido á remediar los destrozos del pecado, á curar todos los males y dolencias, á enseñar el camino y los medios de salvacion; ninguno hay que no deba escuchar la doctrina de este Dios; ninguno que no esté obligado por su propia necesidad á seguir sus ejemplos y á imitarlos. Y si esto es general á todo el mundo, lo es mucho mas á los cristianos, que por su propio estado y vocacion hacen pública profesion y juramento de seguir en todo á Jesucristo, y de arreglarse á su conducta y su doctrina para ser sus fieles ovejas y discípulos.

Yo á la verdad, si san Pablo no predicaba, ni sabia predicar sino á este Dios crucificado por los hombres (1); si cuando el mundo miraba como una gran necedad y un grande escándalo la cruz, la pobreza, y la humildad de Jesucristo, el Apóstol no cesaba de anunciarle al mismo tiempo, como la fortaleza y la sabiduría de Dios, como la redencion, la vida y la salud de todo el mundo, ¿qué extraño será, que siguiendo las huellas del Apóstol, os predique sin cesar á Jesucristo, pobre, humillado y penitente, y que os le anuncie cada dia, como el único remedio de los hombres, como el único pastor y maestro de las almas? ¿Qué mucho que os hable de este Dios crucificado, en un tiempo y en un siglo como el nuestro, en que se le crucifica de tantas maneras diferentes, y en que apénas ha quedado ni fe, ni piedad, ni Religion entre nosotros? ¿Tiempo en que todo se le disputa y contradice á este Señor... la divinidad, el poder, los milagros, la gracia, la doctrina y aún la existencia tambien de su persona? ¿Tiempo, en que Dios ha permitido por nuestros grandes excesos y pecados, que una secta de sabios, pero sabios viciosos é ignorantes, haya combatido á la Religion cristiana en todos sus objetos, y llenado de vicios y de errores, de libertinaje, de insubordinacion y de impiedad á todo el mundo? ¿Tiempo, en que este desastre y este azote de la cólera de Dios contra nosotros se mira con una serenidad y una indiferencia escandalosa? ¿Tiempo, en que nada nos hace

(1) I. *Cor.* c. 2. v. 2.

impresion ni nos altera, nada interrumpe nuestras diversiones y delicias, nada contiene ni refrena este lujo asombroso, ni esta horrible inmoralidad en que se vive; nada en fin nos hace temer ni imaginar, que á tanta perversion de las costumbres, á tanto cúmulo de vicios y de males no puede dejar de sucederse muy de cerca una apostasía general y un trastorno entero de la Religion en los cristianos?

¿Qué mucho pues, católicos, que yo insista en predicaros siempre á Jesucristo? ¿en predicaros su pobreza, su cruz, su humillacion y penitencia? ¿en predicaros la necesidad, la obligacion, el interes y la importancia de seguir su doctrina y de imitar su vida y ejemplo? ¿No fué la predicacion de este Dios pobre y humillado la que convirtió al mundo? ¿la que atrajo á los pecadores á la cruz y les hizo abrazar la penitencia? No extrañéis pues que os proponga de continuo el mismo objeto; y que para atraeros á la imitacion y al amor de este Dios crucificado por los hombres, os haga ver hoy las razones y los títulos mas principales, que nos obligan á imitarle y á seguirle. Ved ahí lo que será el único objeto de este brevísimo discurso, si el Señor nos asiste con su gracia. *Ave María.*

La obligacion absoluta, católicos, la obligacion que todos los hombres, y particularmente los cristianos, tenemos de seguir y de imitar á Jesucristo, no es una obligacion que solo nazca de la voluntad pura de Dios, y de que así lo haya mandado y querido, sino que es una obligacion que nace y se origina al mismo tiempo de nuestra propia necesidad y de la multitud de nuestros males. Es verdad que Dios pudo mandarlo sin ninguna mira ni respeto á nuestra condicion y á nuestro estado, siendo libre y absoluto en disponer y arreglar como quisiere, la vida y la conducta de los hombres; pero no lo dispuso ni lo ordenó de esa manera, sino que lo hizo precisamente, porque el género humano tenia necesidad de ese remedio, y porque no le era posible ni curarse, ni volver á su gracia, ni salvarse sino por la mediacion y la conformidad con Jesucristo; y ved ahí el manantial y el orígen de donde nacen y dimanan las razones principales y los títulos de esta grande y general obligacion, que á todos nos alcanza sin reserva, es á saber, de nuestra misma ne-

cesidad y del profundo abismo de miserias y de males, en que todos nacemos sumergidos.

Vosotros bien sabéis que el pecado de Adan causó en el género humano y en el mundo una revolucion asombrosa y un destrozo universal y lamentable. Él nos quitó la justicia original, y con ella los dones, las gracias, la inocencia, la hermosura, la verdadera libertad y las virtudes. Él nos dejó á todos enemigos de Dios, reos y deudores al rigor de su justicia, sujetos á los castigos y á la muerte, esclavos infelices del poder de Satanas y sentenciados á los horrores del infierno. Él nos precipitó en una noche de oscuridad y de tinieblas, quiero decir, que el pecado de tal suerte oscureció nuestro entendimiento, que lo dejó en un cáos de errores é ignorancias, no solo en órden al conocimiento de Dios y al de los medios y caminos de salvarnos, sino tambien en órden al de nuestras obligaciones esenciales, y aún respecto de las ciencias humanas y el estado de las cosas de este mundo. Lo mismo sucedió con nuestra voluntad; porque perdido por la culpa el amor de Dios, que todo lo arreglaba y componia, nos quedó un amor violento de nosotros mismos, y una furiosa propension á gozar y apetecer las criaturas hasta el exceso vergonzoso de adorarlas, y hasta la indignidad y bajeza de servirlas. Él descompuso y destruyó el órden, la sumision y la armonía, con que el cuerpo obedecia dulcemente á la voz y al impulso del espíritu; él rompió el cetro de la voluntad y de la razon; disminuyó la grandeza de su autoridad y de su imperio; nos sujetó á la impetuosidad y tiranía de la imaginacion y los sentidos; amotinó las pasiones y excitó todos los movimientos de la carne, es decir, que el pecado puso en un desórden general nuestras potencias; nos dejó cubiertos de heridas, de debilidad y de flaqueza; nos llenó de orgullo, de ambicion, de sensualidad y de codicia; nos hizo á los ojos de Dios, y en realidad, injustos, impíos, delincuentes, muertos, abominables, corrompidos, y en suma hechos un espectáculo de horror y un objeto de toda su severidad y de su ira.

Esta, cristianos, esta no es mas que una pintura débil y una imágen desmayada del destrozo que hizo en los hombres el pecado; pero en fin es una pintura verdadera y una imágen cierta y efectiva de nuestra condicion y nuestro estado. ¿Quién será pues el que nos libre y nos remedie en tantos males? ¿cómo

saldremos de este abismo profundo de miserias? ¿Qué necesidad tan grande no tenemos de un salvador, que nos liberte de esta horrible situacion á que estamos por la primera culpa reducidos? ¿qué necesidad no tenemos de un mediador que interceda por nosotros y nos restituya á la gracia y amistad de nuestro Dios? ¿de un redentor que nos saque de la esclavitud de Satanas y rompa las cadenas con que á todos nos tiene aprisionados? ¿de un sacerdote y de una víctima, que se sacrifique por nosotros á la justicia del Señor, y le haga revocar la sentencia de nuestra condenacion á los suplicios del infierno? ¿de un maestro celestial, que nos enseñe la ciencia y el camino de volvernos á Dios y de salvarnos? ¿de un sabio médico, que cure nuestros males con remedios poderosos y oportunos? ¿de un pastor que nos recoja, nos guie, nos apaciente y nos defienda de los precipicios y los lobos que nos cercan y nos buscan? ¿de una cabeza en fin, que nos gobierne y comunique la luz, la fuerza, la gracia y la libertad, de que fuimos privados por la culpa, y últimamente de un modelo visible, donde aprendamos á reglar nuestras costumbres y á conformarnos en todo á su conducta?

¿Qué necesidad, vuelvo á decir, no tenemos de un remediador y de un remedio proporcionado á la grandeza y á la multitud de tantos males? Pues este remediador y este remedio es Jesucristo. Dios nos ha dado por una misericordia incomparable la persona misma de su Hijo, y le ha enviado al mundo, para que hecho hombre viviera y habitara entre los hombres, y para que los llenara de gracia y de verdad; para que pasase por ellos á su eterna justicia y los sacase del yugo de Satanas y del infierno; para que disipase nuestra ignorancia y ceguedad con la luz y el esplendor de su doctrina; para que nos enseñara el remedio de nuestros males con su mismo ejemplo y su conducta, y nos mostrase finalmente el único camino de la verdadera salvacion.

Todo esto y mucho mas ha ejecutado Jesucristo con nosotros, haciéndose médico, maestro, pastor y modelo de los hombres, y aún viviendo, como si fuera pecador y como enfermo, entre nosotros, para enseñarnos con su vida la regla y el gobierno de la nuestra. Pues ¿quién no ve aquí la extrema necesidad, el interes y la suma obligacion que todos tienen de escuchar la doctrina de este Dios, de seguir su ejemplo y de imi-

tarle? ¿Cómo se han de curar nuestros vicios y desórdenes, si no tomamos el remedio que ha tomado él mismo, para que aprendiésemos de su mismo ejemplo y conducta? Es verdad que el Señor ha hecho por sí solo, en la redencion del linaje humano, lo que no era posible á ningun hombre, como es el mediar con Dios, el satisfacer enteramente á su justicia, y el librarnos de la esclavitud de Satanas y del infierno. Mas por lo que mira á la curacion de nuestros males y miserias; por lo que hace á la ignorancia, á la sensualidad, á las pasiones, al orgullo, á la ambicion, á la vanidad, á la impureza y la codicia; como estos son vicios y defectos personales, ha sido y es forzoso que nosotros mismos, para su perfecta curacion, apliquemos las medicinas necesarias y oportunas; es menester que aprendamos y estudiemos la doctrina del Señor, que imitemos su conducta y sus acciones, y que vivamos de la misma manera y con los mismos sentimientos, que él ha vivido y tenido en este mundo.

Y á la verdad siendo todos, como somos, unos ciegos voluntarios y culpables, unos ignorantes soberbios, vanos, ambiciosos y avarientos, unos viciosos insaciables de placeres, de diversiones y delicias; siendo tambien curiosos, inquietos, delicados, habladores, impacientes, envidiosos, pegados á las cosas de este mundo y llenos de malos amores y deseos; es imposible sanar de estos achaques y estos vicios, si por nuestra parte no imitamos la pobreza, la humildad, la mansedumbre, la modestia, el silencio, el trabajo, el desvío, el desinteres, la privacion, la austeridad, la penitencia, la conducta en fin y los ejemplos del médico, del maestro, del pastor, de la cabeza y del modelo, que para nuestra enseñanza y curacion nos ha dado Dios en la humanidad y en la persona de su Hijo. Porque si este Señor ha vivido así en este mundo, no ha sido por su necesidad, sino solamente por la nuestra, y para enseñarnos en sí mismo y en la manera de vida que tuvo entre los hombres, el único remedio de todos nuestros males y el único camino de salvarnos.

Ved ahí las razones mas principales y precisas, de las cuales nace por un efecto de nuestra propia necesidad la indispensable obligacion de seguir y de imitar á Jesucristo; es á saber, por la imposibilidad de reconciliarnos con Dios, de pagar á su justicia y de remediar nuestros achaques y dolencias, sin imitar á este Salvador y seguir sus pasos y doctrinas. Yo pudiera

explicaros todavía una multitud de títulos preciosos, que aún hay de parte de Dios, de Jesucristo y de nosotros, para establecer esta obligacion de que tratamos; pero lo dicho hasta aquí bastará sin duda alguna, para que todos quedéis bien persuadidos de esta verdad incontestable, y de que siendo, como lo es, esta necesidad propia y personal de cada uno, y siendo igualmente Jesucristo el salvador, el médico, el maestro, el pastor, la cabeza y el modelo de todos los hombres y mujeres, de cualquiera estado que sean en el mundo, todas y todos estamos esencialmente obligados á escuchar su doctrina, á seguir sus ejemplos y virtudes, y á vivir finalmente en humildad y en penitencia, como él ha vivido por nosotros en todo el discurso de su vida.

Pues si esto es notorio y evidente; si esto es una necesidad absoluta y una obligacion indispensable, que todos hemos reconocido y jurado cumplir en el bautismo; si esta es la única regla de costumbres, el único remedio de los hombres y el único camino de los cielos, ¿cómo se tiene tan olvidada esta gran verdad entre nosotros? ¿cómo se hace tan poco caso de cumplirla? ¿cómo se tiene tanta repugnancia en seguir y en imitar á Jesucristo? ¿cómo no se vive, ni se piensa en otra cosa, sino en pompas, en diversiones y en delicias; sino en riquezas, en negocios, en usuras, en adulterios y torpezas, y en todo género de infamias y de vicios? ¿Pues qué, nos hemos abandonado á la desesperacion é impenitencia, como en otros tiempos los gentiles? ¿Hemos, por desgracia nuestra, renunciado á todas las promesas del bautismo y á todos los títulos tan justos que nos atan y nos unen con Dios y su Evangelio? ¿No nos importa mucho el salvar nuestras almas ni el librarnos de los horrores del infierno? ¿No nos obliga tampoco, ni nos mueve la inmensa caridad de Jesucristo, que para nuestro remedio y enseñanza se dignó vivir y morir por nosotros, abatido, pobre, humillado y penitente, y en una absoluta privacion de todos los placeres de este mundo? ¿Es posible que nos hemos de resistir á la grandeza de este ejemplo, y que siendo todos ovejas, hijos, discípulos y hechuras de sus divinas manos, hemos de volverle las espaldas y despreciar á un tal Dios, á un tal médico, á un tal pastor, tal maestro y nuestro padre?

Este es un asombro y un portento de insensibilidad y de malicia, de ingratitud y de dureza en los cristianos; este es un

abismo de amargura y de dolor para nosotros, y yo no hallo que decir ni que hacer en tal apuro, sino que nos postremos á los piés de Jesucristo, y que llenos de confusion y de vergüenza lloremos con lágrimas de sangre nuestro indigno proceder, nuestra ceguedad y nuestra conducta temeraria. Vamos pues á implorar desde luego la misericordia de este Dios; á pensar en una vida de penitencia y de humildad como la suya; á pedirle que se apiade de nosotros todavía; que nos conceda el perdon de nuestras culpas, que nos dé su gracia finalmente para amarle y seguirle en esta vida, y poder recibir de sus manos la corona de la eterna felicidad en el reino de los cielos. Amen.

SERMON.

DE LOS DOLORES DE LA VÍRGEN.

PARA EL VIÉRNES DE DOLORES.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Ecce mater tua.
Vé ahí á tu madre.
S. Juan, c. 10. *v.* 27.

No preguntéis, cristianos, no preguntéis, despues de haber oído esas palabras, si hay en el mundo todavía hombres de un corazon de fiera ó insensible. Vosotros y yo somos esos mismos y tal es el horrible carácter de nuestro corazon, si podemos oir con indiferencia unas palabras de tanto amor, de tanta ternura de tantas gracias y misterios. *Vé ahí á tu madre:* un Dios es, católicos, un Dios es el que se explica de este modo; pero un Dios que, ademas de la fineza de haberse hecho hombre por los hombres, así habla y se explica, no desde la eminente cumbre de los cielos ó desde la gloriosa cima del Tabor, dejándose ver allí como en el solio de su soberanía y entre los resplandores de su bienaventuranza; no tampoco desde el augusto templo de Salomon y entre los doctores de la ley, como cuando interpretaba las santas Escrituras con un aplauso y una admiracion universal, sino desde el monte funesto del Calvario, desde la cátedra sangrienta de la cruz, desde el patíbulo mas ignominioso y mas cruel; cuando este hombre Dios se ve mas perseguido y ultrajado de los hombres, mas cruelmente insultado aún de la gente mas vil del populacho, mas oprimido de mortales angustias y agonías; cuando se ve pendiente de un madero afrentoso con todo su cuerpo atormentado, herido, casi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abismo de amargura y de dolor para nosotros, y yo no hallo que decir ni que hacer en tal apuro, sino que nos postremos á los piés de Jesucristo, y que llenos de confusion y de vergüenza lloremos con lágrimas de sangre nuestro indigno proceder, nuestra ceguedad y nuestra conducta temeraria. Vamos pues á implorar desde luego la misericordia de este Dios; á pensar en una vida de penitencia y de humildad como la suya; á pedirle que se apiade de nosotros todavía; que nos conceda el perdon de nuestras culpas, que nos dé su gracia finalmente para amarle y seguirle en esta vida, y poder recibir de sus manos la corona de la eterna felicidad en el reino de los cielos. Amen.

SERMON.

DE LOS DOLORES DE LA VÍRGEN.

PARA EL VIÉRNES DE DOLORES.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Ecce mater tua.
Vé ahí á tu madre.
S. Juan, c. 10. *v.* 27.

No preguntéis, cristianos, no preguntéis, despues de haber oído esas palabras, si hay en el mundo todavía hombres de un corazon de fiera ó insensible. Vosotros y yo somos esos mismos y tal es el horrible carácter de nuestro corazon, si podemos oir con indiferencia unas palabras de tanto amor, de tanta ternura de tantas gracias y misterios. *Vé ahí á tu madre:* un Dios es, católicos, un Dios es el que se explica de este modo; pero un Dios que, ademas de la fineza de haberse hecho hombre por los hombres, así habla y se explica, no desde la eminente cumbre de los cielos ó desde la gloriosa cima del Tabor, dejándose ver allí como en el solio de su soberanía y entre los resplandores de su bienaventuranza; no tampoco desde el augusto templo de Salomon y entre los doctores de la ley, como cuando interpretaba las santas Escrituras con un aplauso y una admiracion universal, sino desde el monte funesto del Calvario, desde la cátedra sangrienta de la cruz, desde el patíbulo mas ignominioso y mas cruel; cuando este hombre Dios se ve mas perseguido y ultrajado de los hombres, mas cruelmente insultado aún de la gente mas vil del populacho, mas oprimido de mortales angustias y agonías; cuando se ve pendiente de un madero afrentoso con todo su cuerpo atormentado, herido, casi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enteramente desangrado, y para colmo de la inhumanidad y del horror, clavado allí con unas escarpias desgarrantes. Entónces, desde allí este gran Dios, en vez de prorumpir, lo mismo que allá en la montaña del Sinaí, con voces de truenos, de relámpagos y rayos para confundir, aterrar y exterminar á todos los mortales, no habla ni se explica sino en ese tono de amor y de ternura, capaz de hacer las mas vivas impresiones sobre quien no tenga un corazon enteramente insensible: *Vé ahí á tu madre.*

Porque no, no penséis que este Dios ofendido y ultrajado es un Dios que se explica así solamente con san Juan, solamente con ese discípulo querido; es un Dios, que en medio de ese abismo de oprobios y de injurias, se manifiesta como un bienhechor universal, que extiende estos efectos de su benignidad y su clemencia sobre todos los hombres, sin exceptuar aún los pecadores mas ingratos. Es un Dios infinitamente amante que, por uno de los sagrados excesos de su amor, se manifiesta mas cuidadoso de nuestra felicidad que del inmenso dolor de sus tormentos; y como si al pié de su cruz nos mirase á todos reunidos y representados en la persona de san Juan, así nos señala desde entónces para nuestra madre á aquella vírgen dichosa, que era tambien su madre verdadera. Ved ahí, hombres, nos dice, ved ahí á vuestra madre; y ved ahora que vosotros comenzaréis aquí á desenvolver á nuestra vista otra nueva serie de finezas, de misterios y prodigios.

Este Dios dulcísimo, este amabilísimo Hijo de María, que en calidad de salvador universal se dejó ver sobre el ara sangrienta de la cruz, como una víctima de propiciacion, destinada á morir, no solamente por el perdon de nuestros delitos personales, decia el mismo amado evangelista, sino para el perdon de todos los pecados de todo el universo; este Dios benigno, que despues de sacarnos del cautiverio infame de la culpa con el precio infinito de su sangre, se propuso el hacernos por la gracia hijos adoptivos de su Padre celestial, acreedores á las finezas de su amor y herederos de su bienaventuranza eterna; este Dios, este salvador, vuelvo á decir, se dignó tambien reconocernos como hijos adoptivos de María. Ó prodigios del divino amor! ó inefables finezas y misterios de la cruz! ¿los hombres hijos adoptivos de María? María, la emperatriz soberana de los cielos; María, la madre del mismo Dios ha de consentir en ser declarada nuestra madre? ¿Á quién de los espíritus angélicos ha dispensado esta Señora un timbre tan glorioso? ¿á quién de los ángeles ha dicho alguna vez: tú eres mi hijo, y yo soy tu madre, yo te he engendrado al pié de la cruz, entre los dolores mas fuertes y mas vivos? Y qué? un privilegio que no han logrado de mano de María los mismos espíritus del cielo, ¿lo ha de conceder esta Señora con una santa prodigalidad á todos los hijos de los hombres? Si ciertamente, responden de comun acuerdo los Padres de la Iglesia, y ese es como el fondo principal de esas palabras, *Vé ahí á tu madre.*

Por ellas quedamos los hombres, aunque indignos, elevados al honor de poder mirar á María como madre... ¿pero qué madre, cristianos? qué madre? Volvéd otra vez á reflexionar sobre estas palabras. *Vé ahí tu madre:* María es nuestra madre, pero una madre que nos ha engendrado, por decirlo así, al pié de la cruz, á costa de las mas terribles angustias y agonías; una madre amorosa, que por el amor que nos tuvo, aunque á todos nos veía pecadores; aunque veía que por este título le habíamos de costar, para ser nuestra Madre, los dolores mas agudos, mas penetrantes y violentos, sin embargo á todo se ofrece voluntariamente con la mira de poder adoptarnos á todos por sus hijos: una madre en fin, (y ved aquí todo el objeto de vuestra atencion y mi discurso) una madre la mas afligida y dolorosa para llegar á ser la madre de los hombres.

Decíd ahora vosotros, si será un corazon de fiera ó insensible el que se desentienda de esas palabras; pero decíd tambien, si no obstante eso hay muchos entre los cristianos que las oigan con la atencion y aprecio que merecen. ¿Cuántos son los que á imitacion de san Juan se mantienen firmes, al pié de la cruz de Jesucristo, quiero decir, cuántos son los que distantes de los placeres del mundo y de sus pompas, están inseparables de María en su afliccion, y que imitadores fieles de sus sentimientos y virtudes, manifiestan en toda su conducta, que no degeneran de hijos de María, que la honran, que la veneran y miran como madre? Se la invoca, es verdad, en las calles, en las casas y en los templos; se hace gloria de ser devotos de la Vírgen, liberales, magníficos, y aún santamente pródigos en costear sus cultos, en asistir y celebrar todos sus misterios con las adoraciones mas solemnes; pero por lo comun con el aparato de esta devocion superficial, se acaban todos los obsequios

de los que se persuaden ser hijos devotos de María. Y qué dice de esto Jesucristo? nos vuelve á repetir: devotos superficiales de María, mirád que esa devocion de pompa, de exterioridad y ostentacion, no es el culto principal de los que debéis á esta Señora. Pecadores ingratos, que acaso aún le negáis el honor de los cultos exteriores, mirád bien lo que le ha costado el extender las alas de su maternidad sobre vosotros: almas virtuosas, almas penitentes, venid á acompañar á esta Vírgen dolorosa, y á considerar en este breve rato la acerbidad y la vehemencia de sus penas, sufridas precisamente por elevarnos, siendo pecadores, á la dignidad augusta de hijos suyos. El mismo Jesucristo parece que nos lleva nuestra atencion hácia este punto: este aún es el mismo que la Iglesia se propone en el oficio de este dia y el que se propuso en el Concilio de Colonia cuando en el siglo XV condenó el impío error de los husitas, de aquellos herejes que no querian reconocer ni venerar á nuestra Reina como madre afligida y dolorosa.

Vírgen santa, alejád de nuestros pueblos la impiedad de todos los errores; conservádlos en aquella santa sencillez de nuestros padres y en aquella tierna devocion con que os veneraban y que nos han dejado por herencia: continuád vuestro cuidado maternal sobre nosotros; y pues sois madre de pecadores, asistídme á mí, que soy el mayor de todos ellos y tambien el mas necesitado de los socorros de vuestra gracia. *Ave María.*

Jamas hubo en el mundo una madre mas angustiada que María; pero al mismo tiempo, cristianos, jamas hubo tampoco otra madre que en medio de la afliccion haya tenido mas grandes y poderosos motivos de consuelo. Esta dichosa criatura, concebida sin pecado, escogida desde la eternidad para la ejecucion de los misterios mas sublimes, prevenida con todos los deseos del Espíritu santo, para ser asociada en cierto modo á la generacion del eterno Padre y ser verdadera madre de su divino Hijo, Madre y Vírgen, en cuyo favor se dispensaron las leyes mas constantes del órden de la naturaleza y la gracia; esta bendita y virtuosa criatura poseía en todos estos privilegios un manantial inagotable de dulces consideraciones, capaces de derramar torrentes de consuelo sobre su tierno y amante corazon. Por otra parte su alma preciosa enriquecida con los tesoros de la eterna sabiduría y acostumbrada al ejercicio de las mas heroicas virtudes, pudiera fácilmente haberse preservado de todo el rigor de los dolores y las penas. Y ciertamente, si los mártires á favor de sus virtudes hallaron muchas veces sus delicias en medio de los oprobios mas infames, en medio de los tormentos mas horribles, ¿por qué no hemos de atribuir otro tanto á lo ménos á las incomparables virtudes de María? Aquella fe sublime, con que estaba cierta de la pronta y triunfante resurreccion de su Hijo amado; aquella firme confianza de la redencion del mundo por medio de la muerte de su Dios; aquella luz profética que le estaba haciendo ver á todas las generaciones empleadas en alabarla y bendecirla; aquella perfectísima conformidad con todas las disposiciones de la divina providencia; estas, y por no molestaros, todas las virtudes de la Vírgen, superiores sin comparacion á todas las virtudes de los ángeles y santos, conocéis vosotros sin duda, católicos, que eran otros tantos motivos, muy bastantes para endulzar enteramente la amargura de todos sus dolores.

Pero siendo esto así, me preguntaréis acaso ahora, María en medio de eso ¿pudo estar dolorosa y afligida? Sí pudo, os responde por mí el Padre san Bernardo: María no solo pudo, sino que sintió en su corazon toda la violencia de los tormentos mas crueles y toda la vehemencia de los dolores mas acerbos. Los efectos que una pasion sangrienta pudo causar en el cuerpo sagrado de su Dios y de su Hijo, ¿por qué no los podria producir la compasion en el alma de la madre mas tierna y amorosa? Sí ciertamente, dice con igual dulzura el mismo Padre de la Iglesia; y al modo que la caridad incomparable con que nos amó Jesucristo fué la qué le hizo dar la vida por nosotros y expiar nuestras culpas entre los tormentos de la cruz, así tambien el amor de María fué el que la hizo compadecerse y afligirse hasta el extremo de ser la madre mas afligida y dolorosa, sin embargo de que tenia en sí misma los principios mas eficaces de consuelo. Qué hay que extrañarlo? Aunque quisiéramos por ahora prescindir de otras razones, ¿no veis que María en este lance se hallaba á los piés de la cruz de Jesucristo? Pues cómo queriais que estuviera? ¿como esas gentes del gran mundo, como esos católicos ilusos, que se creen devotos de María, miéntras que sedientos de placeres, hidrópicos de diversiones no viven con gusto, si no cuando se ven enajenados y sumergi-

dos entre las delicias de la carne y de la sangre? Qué ilusion, qué ceguedad! No, cristianos, no; acordáos de que ademas de estar María al pié de la cruz, no se trataba allí sino de nombrarla madre adoptiva de los hombres, y no extrañaréis ya el verla que á impulsos de su amor, acepte, admita y escoja por sí misma todos los dolores mas acerbos.

Que María sin detrimento de su virginal pureza conciba en su casto seno al Unigénito del Padre; que se constituya su madre verdadera, sin padecer fatiga alguna el fruto animado de su vientre; que en el punto de su feliz alumbramiento se vean inundados de alegría los cielos, la tierra y el amante corazon de esta Señora; todo esto era una consecuencia natural: los hijos de Eva delincuentes, los miserables sucesores de un padre prevaricador, los hijos de ira y de pecado, ¿cómo habian de ser concebidos, ni nacer á costa de los dolores de sus madres? Á esta costa pues, siendo como éramos reos todos en Adan, á esta costa debíamos nacer de los dolores de Eva á la vida de la naturaleza, y renacer de los dolores de María á la vida de la gracia. Hijos de Eva ó hijos de María, engendrados por la carne ó reengendrados por el espíritu; una y otra concepcion, uno y otro nacimiento, ya despues que fuimos pecadores, no hay remedio, solamente se habian de efectuar, sufriendo nuestras madres toda la penalidad de los dolores. ¿Qué queriais pues segun esto que hiciese María al pié de la cruz de Jesucristo? Oye que se le encomiendan en la persona de Juan por hijos adoptivos todos los hombres; entiende muy bien que estos hombres, siendo culpables, no pueden ser sus hijos adoptivos, ni tampoco verdaderos hijos de su Dios, si no es que sea mereciéndoles el don de la gracia y las virtudes; sabe que para esto era necesario satisfacer por las culpas de estos hijos pecadores, reintegrando á la divina justicia sus derechos por medio de los mas rigurosos sacrificios; ve que su Hijo ya los ofrece por su parte sobre el ara sangrienta de la cruz; pero aunque estos sacrificios eran por sí solos de infinito valor, sabe María que este hijo quiere sin embargo unir al dolor de sus tormentos la vehemencia de los dolores de su Madre, porque de este modo así como no quiso comenzar la grande obra de la redencion sin asociarse á María, no tomando nuestra carne humana hasta que María consintiese, así no quiere consumar la misma obra, sin que al pié de la cruz tambien le acompañe María en sus

dolores; y para decirlo de una vez, sabe María que cuando su Hijo la constituye madre de los hombres, la hace madre de unos hijos criminales, para cuya regeneracion María voluntariamente ha de someterse á aquella terrible maldicion fulminada contra Eva, la primera madre de los hombres. María todo lo sabe; y no rehusa ni se resiste á nada de esto. Mas qué digo no rehusa? María lo acepta todo con la mas heroica generosidad. María amaba á su Hijo, y eso bastaba para conformarse con él en sus dolores; María nos amaba, y esto era suficiente para sujetarse á ser la madre mas dolorosa y afligida, por hacernos á todos sus hijos adoptivos. Así pues María en este punto no se contenta con resignarse á la voluntad de Dios. La resignacion es un acto de simple aquiesciencia, ó de mero sufrimiento y tolerancia de aquello que no podemos evitar nosotros ó impedir. Es acto virtuoso; pero acto que viene á ser como el ínfimo grado de la virtud de la paciencia; y María es siempre heroica en el ejercicio de todas sus virtudes. Por eso no se contenta en sus dolores con una simple resignacion, la cual puede caber en un ánimo cobarde y encogido. María pues animada de una fortaleza sin ejemplo, toma y se bebe todo entero el cáliz de la amargura, por un deseo generoso de conformarse, cuanto le sea posible, con su Hijo.

Con este acto de conformidad tan heroica de María, en el amargo mar de sus dolores, no solo se niega á todos los consuelos, que podrian aliviarla, sino que de intento abraza y busca todos los arbitrios que le pueden facilitar su ciencia y sus virtudes, para llegar á lo mas profundo de la acerbidad y amargura en sus dolores. Ya se habia visto en el mundo un Jacob extremadamente afligido en la pérdida de su querido Josef, rehusar toda suerte de lenitivos á su dolor: se habia visto tambien á un David con un alma tan grande, que hacia frente á cuanto le podia consolar, al verse tan cruelmente perseguido de Absalon; en fin, de la misteriosa Raquel ya se nos habia asegurado, que entregada al llanto á vista del espectáculo sangriento de sus inocentes niños, no quiso sino quedar inconsolable. Pero lo que el mundo jamas habia visto, ni acaso esperaba jamas verlo, fué lo que al pié de la cruz vió en María á imitacion de Jesucristo, cuando renunciaba allí con un absoluto y generoso sacrificio á todos los consuelos que estaban en su mano; y que ademas de hacer parar todo el placer que en su

corazon se derramaria con el recuerdo de las glorias de su Hijo, dejaba correr toda su atencion sobre aquellos objetos dolorosos que la iban á afligir con mas vehemencia.

En efecto, estando al pié de la cruz, miraba á su Hijo con un nuevo aspecto de dolor, mucho mas sensible que todos los dolores de su vida. No hay duda, que cuando le vió recien nacido y ya sujeto al sangriento cuchillo de la circuncision, la cual fué como la época primera de las heridas del Hijo y de los sentimientos de la Madre; que cuando le vió como un tierno niño, y ya obligado á salir fugitivo de su patria, buscando en la ajena un asilo contra la crueldad furiosa de un Heródes; que cuando penetrada vivamente de dolor, le anduvo buscando perdido por tres dias; que cuando en fin le vió arrastrado de tribunal en tribunal, tratado como si fuera el malhechor mas execrable, sentenciado á muerte y condenado á llevar sobre sus hombros por las calles de Jerusalen el leño afrentoso del suplicio; no hay duda, digo, que cuando le vió en todos estos tristes sucesos de su vida, su dolor fué ciertamente inexplicable. Sin embargo parece que esta Señora se ve atormentada y oprimida de un modo mas sensible á la vista de su Hijo y su Dios crucificado. Qué vista esta, cristianos? Aquí necesitaba yo una elocuencia celestial, para tratar este punto dignamente y retrataros de algun modo el corazon angustiado de María. Por lo ménos era preciso que vosotros y yo tuviéramos unas ideas vivas del horror espantoso del pecado, para que así las tuviéramos mas justas de la afliccion y agonía de la Vírgen. Pero ¿qué distantes estamos de tener estas ideas, hallándonos tan familiarizados con las culpas, que léjos de horrorizarnos nos agradan? Como quiera que sea, aunque el ver espirar á su Hijo á la violencia de las mas crueles heridas y tormentos, era para María un dolor de vehemencia casi incomprensible, sin embargo, san Antonino asegura, que María hubiese estado allí presente, y si Dios se lo hubiese mandado, hubiera ejecutado por sí misma y sin repugnancia este doloroso sacrificio con mayor grandeza de ánimo que Abrahan, porque no habia otro que pudiese expiar las culpas de todos los hombres.

Pero estas culpas eran las que no solo la traspasaban de dolor, sino que como dice el Padre san Gerónimo, dejaban á su alma poseída del horror, y como hundida y abismada en un océano inmenso de penas y amargura. Á pesar de todo este

horror que María tuvo de las culpas, las mira, las contempla atentamente, y lo que es mas que todo, las mira sobre la cosa que mas estima, las contempla sobre su Hijo y sobre su Dios crucificado. Allí en la cruz le mira cargado con el oprobio de las maldades y delitos de todos los siglos y de todas las naciones; allí al que es la hermosura por esencia, le ve afeado con la espantosa deformidad de nuestras culpas: allí mirándole taladrada de espinas su cabeza, ve sobre él las odiosas señales de nuestros pensamientos vanos y orgullosos: allí mirando su desnudez y sus dolores, se llena de un pudor santo para ver los vergonzosos deleites de nuestras lascivas impurezas: allí en las heridas de aquel cuerpo todo desgarrado, ve con claridad las huellas sangrientas de la envidia, del odio, de la avaricia y la venganza; y para decirlo de una vez, con la expresion sublime de san Pablo, allí al que nos habia de llenar de bendiciones, le ve hecho por nosotros la misma maldicion.

Ó Madre la mas afligida y dolorosa! dónde hay dolor que iguale á este dolor? ¡Oh y cuánto os cuesta el recibir por hijos á unos ingratos pecadores! á unos pecadores tan ingratos, que como si todavía os fuera poco sensible ese espectáculo sangriento de vuestro Amor crucificado; como si fuera poco el verle humillado, desfigurado y confundido con la ignominia horrorosa de las culpas; como si fuera poco el verle en castigo de estas culpas, herido, y lo que es mas, casi abandonado de un Padre, cuya justicia parece haberse ensangrentado contra él, sin mas que por hallarle fiador de Adan y de sus hijos; como si os hubiera sido poco sensible todo esto, parece que se empeñan en aumentaros dolor sobre dolor. Porque ¿qué dolor, Madre y Señora mia, qué dolor no sentiriais, al ver tambien allí, que todo el fruto de la pasion de vuestro Hijo, todos los designios de vuestros dolores y trabajos, toda la grandeza de vuestros privilegios, todo vuestro poder, valimiento, proteccion, gracias y cuidado maternal, todo, Señora, todo lo habíamos de inutilizar para nosotros por nuestra monstruosa ingratitud? ¿Qué consuelo os quedaria despues de esto, en vuestros gravísimos dolores? Dolores por la pasion y por la sensibilidad de vuestro Hijo, y dolores por nuestra insensibilidad: de aquellos os pudierais consolar al ver el fruto de la redencion; pero ¡qué consuelo os restaria al ver que nuestra ingratitud iba á destruir todo el fruto de la pasion, y de tus dolores y trabajos!

Ó madre, vuelvo á decir! ó madre la mas afligida y dolorosa!

Pero, ó hombres! ó pecadores! vosotros sois los que la tenéis tan dolorosa y afligida, porque haciéndoos indignos de las gracias de la redencion con vuestra insensibilidad é impenitencia, dobláis y reproducís á esta Señora sus pasadas congojas y amarguras. Y ¿qué, cristianos, seremos nosotros del número de estos hijos inhumanos? ¿Pensaremos en martirizar mas á esta Señora? Ved ahí que segun los santos designios de la Iglesia, vamos á entrar en la semana de los misterios mas augustos; semana sacrosanta, escogida por el Hijo de Dios para santificar al mundo entero; semana bendita, en que no deberíamos respirar mas que gracias y alabanzas al Señor; semana en fin, en que como hijos de María la deberíamos imitar en su afliccion, doliéndonos á ejemplo suyo de las miserias de las culpas, mucho mas que de las miserias de los trabajos temporales. Pero quién lo dijera? Segun los designios del mundo y de las gentes, ved ahí que vamos á entrar en la semana de los mayores excesos y delitos; en la semana de los sacrilegios y profanaciones mas horribles; semana en que para honrar la pureza de la Vírgen, se trae á los templos el alma corrompida con toda la hediondez de la lujuria; para honrarla en sus penas, se trae el corazon embriagado de placeres; para imitarla en su humildad, se viene con todo el aparato de las modas, con todas las insignias de orgullo y con las cabezas llenas de locura y vanidad, en memoria de las crueles espinas que taladraron la de nuestro Redentor. Ah, cristianos! dónde está la fe? dónde la razon, dónde la humanidad? Es esto ser hijos devotos de María? ¿No es esto mas bien venir á insultarla con desvergüenza, y venirla á tratar con el último desprecio? ¿No es esto tener un corazon de fiera ó insensible? Confundámonos pues ya de nuestra ingratitud, acabemos con nuestra malicia é indolencia; no olvidemos los dolores de una madre tan angustiada y afligida: recibámosla desde hoy con afecto de hijos verdaderos, para que en la hora de la muerte como reina y madre nos reciba en los palacios eternos de su gloria. Amen.

SERMON.

NI LA MAYOR VIRTUD
NI LA MAS PERFECTA SANTIDAD
ESTÁN EXENTAS DE TRIBULACIONES.

PARA EL VIÉRNES DE DOLORES.

(DE GONZÁLEZ.)

Fecit Dominus quæ cogitavit, complevit sermonem suum, quem præceperat à diebus antiquis: destruxit, et non pepercit.

Hizo el Señor lo que pensó, cumplió su palabra que tenia ordenada desde los dias antiguos: destruyó y no perdonó.

Trenos de Jeremías, c. 2. v. 17.

Verdaderamente, Señor, que vuestros juícios son incomprensibles! El humilde cristiano los adora sin atreverse á profundizarlos, miéntras el orgulloso incrédulo los condena por querer someterlos al juício de su débil razon. En lo mismo en que el primero halla los mas sólidos argumentos con que demostrar la existencia de vuestra universal justicia, de vuestra adorable providencia, descubre el segundo razones, que en su opinion son las mas evidentes para impugnar estos atributos de vuestra esencia.

Tales son, cristianos, los caminos del Señor en la distribucion de los bienes y males de este mundo. Este misterio es un escollo inevitable para el hombre destituído de la luz clarísima de la fe; un escollo en que por necesidad se estrella, se pierde su ciega razon. Porque ¿cómo ha de conciliar la desgracia del justo y la prosperidad del malvado con la infinita justicia de un

Ó madre, vuelvo á decir! ó madre la mas afligida y dolorosa!

Pero, ó hombres! ó pecadores! vosotros sois los que la tenéis tan dolorosa y afligida, porque haciéndoos indignos de las gracias de la redencion con vuestra insensibilidad é impenitencia, dobláis y reproducís á esta Señora sus pasadas congojas y amarguras. Y ¿qué, cristianos, seremos nosotros del número de estos hijos inhumanos? ¿Pensaremos en martirizar mas á esta Señora? Ved ahí que segun los santos designios de la Iglesia, vamos á entrar en la semana de los misterios mas augustos; semana sacrosanta, escogida por el Hijo de Dios para santificar al mundo entero; semana bendita, en que no deberíamos respirar mas que gracias y alabanzas al Señor; semana en fin, en que como hijos de María la deberíamos imitar en su afliccion, doliéndonos á ejemplo suyo de las miserias de las culpas, mucho mas que de las miserias de los trabajos temporales. Pero quién lo dijera? Segun los designios del mundo y de las gentes, ved ahí que vamos á entrar en la semana de los mayores excesos y delitos; en la semana de los sacrilegios y profanaciones mas horribles; semana en que para honrar la pureza de la Vírgen, se trae á los templos el alma corrompida con toda la hediondez de la lujuria; para honrarla en sus penas, se trae el corazon embriagado de placeres; para imitarla en su humildad, se viene con todo el aparato de las modas, con todas las insignias de orgullo y con las cabezas llenas de locura y vanidad, en memoria de las crueles espinas que taladraron la de nuestro Redentor. Ah, cristianos! dónde está la fe? dónde la razon, dónde la humanidad? Es esto ser hijos devotos de María? ¿No es esto mas bien venir á insultarla con desvergüenza, y venirla á tratar con el último desprecio? ¿No es esto tener un corazon de fiera ó insensible? Confundámonos pues ya de nuestra ingratitud, acabemos con nuestra malicia é indolencia; no olvidemos los dolores de una madre tan angustiada y afligida: recibámosla desde hoy con afecto de hijos verdaderos, para que en la hora de la muerte como reina y madre nos reciba en los palacios eternos de su gloria. Amen.

SERMON.

NI LA MAYOR VIRTUD
NI LA MAS PERFECTA SANTIDAD
ESTÁN EXENTAS DE TRIBULACIONES.

PARA EL VIÉRNES DE DOLORES.

(DE GONZÁLEZ.)

Fecit Dominus quæ cogitavit, complevit sermonem suum, quem præceperat à diebus antiquis: destruxit, et non pepercit.

Hizo el Señor lo que pensó, cumplió su palabra que tenia ordenada desde los dias antiguos: destruyó y no perdonó.

Trenos de Jeremías, c. 2. v. 17.

Verdaderamente, Señor, que vuestros juícios son incomprensibles! El humilde cristiano los adora sin atreverse á profundizarlos, miéntras el orgulloso incrédulo los condena por querer someterlos al juício de su débil razon. En lo mismo en que el primero halla los mas sólidos argumentos con que demostrar la existencia de vuestra universal justicia, de vuestra adorable providencia, descubre el segundo razones, que en su opinion son las mas evidentes para impugnar estos atributos de vuestra esencia.

Tales son, cristianos, los caminos del Señor en la distribucion de los bienes y males de este mundo. Este misterio es un escollo inevitable para el hombre destituído de la luz clarísima de la fe; un escollo en que por necesidad se estrella, se pierde su ciega razon. Porque ¿cómo ha de conciliar la desgracia del justo y la prosperidad del malvado con la infinita justicia de un

Dios, que dirige todos los acontecimientos del mundo? Un Job, un Josef, un Tobías..., todos estos y otros inumerables fueron pecadores desde el momento de su formacion, y aunque el Señor tuvo la generosidad de perdonarles la culpa, no estimó conveniente condonarles al mismo tiempo toda la pena. Por grandes que fuesen la calamidad y la desgracia de que se vieron oprimidos, en nada ofendian los derechos de la divina justicia, que seguramente no les imponia aún toda la pena merecida. Hay sin embargo una gran diferencia entre estos y María santísima. Esta Señora es la única entre todos los descendientes de Adan, que fué pura, santa, inmaculada en su concepcion: es una criatura singular y prodigiosa que en todo el discurso de su vida no cometió el mas leve pecado, porque en nada ofendió ni desagradó á su Dios; es la escogida desde la eternidad para el destino mas sublime, para la santidad mas completa, para la gloria mas elevada. Ahora bien ¿debiera ser justamente esta Señora el blanco de la adversidad; habia razon para sumergirla en el abismo mas profundo de dolor y amargura?

Sí, cristianos; á eso se dirige mi discurso, á conciliar los derechos de la justicia divina con los dolores de María, á la cual, si la sensibilidad de mi corazon no me lo impide, voy á presentaros fieramente atravesada del mas agudo cuchillo, penetrada del dolor mas vehemente, con especialidad en aquel terrible momento en que veía espirar á su divino Hijo en una cruz ignominiosa, y recibia su último suspiro.

Dignáos, afligida Señora, comunicarnos una parte de ese justísimo dolor, para que aprendamos á sufrir con resignacion cristiana los trabajos con que nos regale la Providencia. *Ave María.*

Cuando los hijos del Zebedeo tuvieron la debilidad de pretender los primeros destinos en el reino de Jesucristo, les dió á entender este Dios de bondad y justicia, que la gloria á que ellos aspiraban, no se concedia sino á los que tuviesen toda la fortaleza necesaria para beber el cáliz amargo que á todos prepara la inexorable justicia del Padre celestial. De este pasaje podemos inferir con fundamento, que María ocupa el lugar mas elevado y glorioso en el reino de los cielos, puesto que excedió

á todos en aquella constancia con que agotó hasta las heces el amarguísimo cáliz, que bebió al mismo tiempo que su Hijo en la tierra.

No quisiera, cristianos, que acalorada la imaginacion con el recuerdo de los dolores de María, llegara á exaltarse en términos que me hiciera incurrir en el vicio de la exageracion, tan ajeno de este lugar santo, donde no debe resonar sino el idioma de la verdad en toda su pureza. Para evitarlo, me abstendré de hacer odiosas comparaciones entre las penas del Hijo y el sentimiento de la Madre: no llamaré vuestra atencion hácia la diferencia que hay entre el dolor sensible del cuerpo y la angustia mortal del espíritu; tampoco recordaré que la muerte dura un solo momento en el que la recibe, cuando en el que la presencia y sobrevive al difunto, con quien, por el amor que le profesaba, está en cierto modo identificado, es un prolongado martirio, porque se repite, se renueva en lo mas íntimo de su corazon cuantas veces le presenta á su memoria: nada de esto diré, sin embargo de que estas y cualesquiera otras reflexiones son incapaces de alterar en lo mas mínimo la verdad eterna que por boca de los profetas nos propone á Jesucristo como el mas atribulado de los hombres. Basta á mi intento demostrar que ninguna criatura ha sufrido tanto, ni puede ser comparada en sus penas con esta Madre vírgen.

Desde que el ambicioso Heródes, resuelto á destruir la inocente vida de su adorado Jesus, sacrificó con fiera inhumanidad todos los parvulitos de Belen y sus inmediaciones, sin que tantos sacrificios fueran suficientes á apagar la sed insaciable de sangre que devoraba á aquel monstruo; más aún, desde que el santo anciano Simeon le predijo la suerte que esperaba á aquel tierno infante que tenia en sus brazos, jamas dejó de herir su amantísimo corazon la penetrante espada que entónces le clavó. La muerte afrentosa de su amado estuvo desde aquel momento siempre fija en su alma; recuerdo que acibaraba todos sus placeres, llenaba de amargura todas sus delicias, convertia en insufribles penas los tiernos besos que aquel estamparia en sus mejillas. La prevision de un acontecimiento tan horroroso era un tormento insoportable, un continuado martirio, porque lo miraba como inevitable.

No cabe duda; aquella idea, que no podia apartar de su mente un solo momento, la atormentaba con exceso, pero aún no

se habia verificado lo que temia; y esto mitigaba algun tanto su afliccion, pues hasta que llega el fatal instante, se esfuerzan á borrar de la imaginacion su cruel idea la piedad, el amor, la propension que inspira la naturaleza. Al modo que el miserable reo, á quien apurados inútilmente todos los recursos, se le intima la sentencia de muerte, ve los preparativos, oye la campana que designa la hora fatal, es colocado en el cadalso, sin que por eso deje de formar en su debilitada imaginacion vanas ilusiones de un indulto, ó de cualquier accidente raro é imprevisto que impida la ejecucion; así como el enfermo postrado en el lecho de la muerte, desahuciado de los médicos, destituído de todas las fuerzas, sin razon, sin sentido, sin movimiento, presta aún grandes esperanzas de vida al padre, á la esposa, al hijo, al amigo, que no consultan mas que á los anhelantes deseos de su corazon, por cuyo medio su dolor se mitiga, y no llega á sentir todo el lleno de la desgracia que está ya cayendo sobre ellos, hasta que viene el momento, aquel momento terrible en que reciben como de repente un golpe que ántes parecian haber despreciado, ven desaparecer á su vista todo género de esperanza, y se entregan sin el menor consuelo al dolor mas vehemente, prorumpiendo en gritos descompasados, ó quedando sumergidos en el mas profundo abatimiento; así la Madre del Dios que espira...

Pero, ó afligidísima Señora! ¿con que es indispensable que os recuerde una escena tan dolorosa? con que yo he de atravesar de nuevo vuestro tierno corazon? ¿con que he de presentar otra vez á vuestra vista tan horroroso espectáculo? Y me será á mí mismo posible?

Ay! no extrañéis, cristianos, que al tratar de delinearlo, os dé un testimonio positivo de que soy hombre; que os manifieste mi sensibilidad; que os haga conocer prácticamente que mi corazon no es de bronce, ni de alguna fiera; no lo extrañéis; pues si me decido, es por verme precisado en virtud de un compromiso tal vez temerario. Lo referiré no obstante con la mas posible brevedad.

María, inseparable de la cruz afrentosa en que se hallaba inhumanamente clavado de piés y manos el Hijo de sus entrañas; María, fijos sus ojos en el amado de su corazon, veía abierto por todas partes su delicado cuerpo; veía correr en la mayor abundancia su preciosa sangre; veía extenderse por su

amable rostro la palidez y demas señales de muerte; veía adelantarse precipitadamente el fin de su vida; y despues de haberle oído encomendar su espíritu al eterno Padre, llega á percibir aquella esforzada y tremenda voz, con que manifiesta al mundo estar completamente acabada la obra portentosa para que habia sido enviado. Y cuando el sonido de estas aterradoras palabras la hacen volver en sí de aquella triste meditacion en que se hallaba, extiende su vista por todas partes, y descubre... Ay! Madre la mas afligida de todas las madres! qué objeto se presenta á vuestros ojos? Marías piadosas, ay! ay! qué circunstancia tan oportuna de ejecutar vuestra conocida piedad! jamas en vuestra vida habéis tenido otra semejante. Mirád que la muerte, esa furia implacable trata de sacrificar dos víctimas á la vez: al ejercer su furor en el inocentísimo Jesus, no dejará de extender su afilada guadaña, y descargar, si le es posible, el mismo golpe sobre su Madre santísima. Amado discípulo, si aún resuena en tus oidos el eco de esa lánguida voz con que tu espirante maestro te encomendaba el cuidado de su tierna madre, no te descuides: su triste situacion reclama imperiosamente tu piadoso celo. Corre, apresúrate á arrancar de ahí, de ese horroroso lugar á esa vírgen delicadísima, que se te acaba de dar por madre. No podrás hacer este pequeño sacrificio en su obsequio? ¿No te será posible al ménos usar algun disfraz, echar algun velo que le impida ver aquel espectáculo?

No hay arbitrio, no hay medio alguno de evitarlo: *fecit Dominus quæ cogitavit:* es indispensable que la serpiente infernal lance todo su veneno sobre la esforzada heroína, para que esta pise, destruya con su firme planta la erguida cerviz de aquel monstruo. *Complevit Dominus quæ præceperat à diebus antiquis:* cuatro mil años ántes habia dispuesto el Señor que pues la astucia del infierno consiguió seducir, esclavizar, hacer infeliz al hombre por medio de la debilidad de una mujer, sirviese de medio la heroica fortaleza de otra mujer, para triunfar de aquel astuto enemigo, destruir su imperio, devolver la libertad al hombre, y reponerle en la senda de la verdadera felicidad. La fortaleza heroica digo, sí; se necesitaba una fortaleza heroica, extraordinaria, la mayor de que fuera capaz la criatura.

Llegó el momento prefijado por la inexorable Providencia

para ejecutar la obra mas grande y estupenda del amor y de la misericordia divina; llegó el momento destinado para la mas lamentable y horrorosa catástrofe; llegó el momento en que el Señor habia determinado salvar al género humano; y por eso *fecit quæ cogitavit:* hizo ejecutarlo por los medios que habia adoptado su infinita sabiduría; puso por obra los adorables decretos de su providencia: *fecit quæ cogitavit: destruxit et non pepercit.*

Preparáos, madre afligida! preparáos, que es necesaria toda la fortaleza de vuestro espíritu, y tal vez no sea suficiente. Gran Dios! si sola la prevision de esta escena constituye á vuestro Hijo en tan mortal agonía que os veis precisado á enviar un ángel para que le conforte y conserve su vida, ¿cómo es posible que pueda soportar su presencia la mas delicada de las vírgenes, la mas amante de las madres? Enviád pues alguna de las Virtudes del cielo, para que sostenga á su esclarecida reina, y la ayude á recibir el desapiadado golpe que aparenta oprimirla.

El Señor se manifiesta sordo á mis súplicas, y aún parece acrecentar el horror de la situacion de María. Cuantos objetos la rodean en la tierra, como que conspiran contra ella obrando en oposicion á su naturaleza; el cielo se complace en abandonarla, y le arranca entre los mas tristes lamentos las expresiones, con que su moribundo Hijo se lamenta de su eterno Padre por el desamparo en que le deja. Pero ay! no solo el cielo la abandona: *destruxit et non pepercit:* el cielo justamente indignado descargó ya todo el peso de su infinita justicia; destruyó la obra mas grande que habia salido de sus manos; acabó con la mas preciosa de las vidas. *Destruxit;* ya dejó de existir aquel por quien existe toda la naturaleza; y la naturaleza toda se contrista, se estremece, se horroriza, porque teme llegado su fin. Los astros celestes apagan su hermosa luz y sepultan en densas tinieblas al mundo, para robar á su vista el mas sensible y doloroso de todos los espectáculos. La tierra se conmueve, como si se desquiciara y pretendiera sepultarse en el abismo, por no poder soportar la horrorosa muerte de su hacedor. Los mas duros peñascos se parten, revientan con la vehemencia del sentimiento. En este caso ¿cuál seria la angustia, cuán agudo el tormento, cuán insoportable el martirio de María, que no pudiendo separar la vista de su amado, veía apagarse la brillante luz de aquellos divinos ojos, enmudecer aquella lengua omnipotente, extenderse por su hermoso semblante la melancólica palidez de la muerte, caer lánguida é inmóbil sobre el pecho la cabeza, trasformarse en yerto cadáver aquel cuerpo, que el Espíritu santo habia formado tan prodigiosamente? Ay! qué dolor! ya espiró el Criador del universo, y si el eterno Padre dispone que le sobreviva la madre, es sin duda para que sufra el martirio de una muerte, tanto mas cruel cuanto mas prolongada. Todo lo que descubren sus ojos, cuanto perciben sus sentidos, cuanto se ofrece á su imaginacion, todo, todo contribuye á aumentar su afliccion y desconsuelo. Por aquí se le presentan con la mayor viveza todas las virtudes y gracias de su amado, su obediencia suma, su piedad inimitable, su pureza superior á la de todos los ángeles, su amor mas abrasado que el de todos los serafines, su beneficencia, su sabiduría, su poder...; pero ay! nada de esto existe ya; solo queda el recuerdo, y este no sirve para otra cosa, que para despedazar inhumanamente el corazon de una madre que todo lo ha perdido. Por allí se ofrecen á su vista objetos que le recuerdan la ignominia, la fiereza, la inhumanidad, la injusticia de la sentencia; la desnudez, los azotes, las espinas, los clavos, la cruz...; y las ideas que esto le suscita, son otros tantos agudísimos cuchillos que atraviesan sin cesar su inocente alma. Ya descubre en su imaginacion los ciegos, los mudos, los paralíticos, los endemoniados, los enfermos de toda especie curados por su misericordiosa mano; los desgraciados libres de sus miserias; los difuntos sacados por el imperio de su palabra del fétido sepulcro en que yacian; y aquel omnipotente Hijo, que tantos prodigios habia obrado, ciego, mudo, inmóbil, difunto y sin esperanza alguna, porque nadie en el mundo era capaz de impedir lo que se habia ejecutado por disposicion de la Providencia: *fecit quæ cogitavit.* Ya mira rasgado el velo del templo; oscurecida, convertida en ignominia su gloria; abolido su culto; terminada su esperanza; realizados la dispersion, el oprobio, la ruína de un pueblo, tan feliz y privilegiado hasta entónces; esparcida sobre la frente de aquellos monstruos y de todos los malos cristianos la sangre preciosísima del Redentor, no ya para lavar sus crímenes y apagar el fuego de la divina indignacion, sino para aumentar su responsabilidad y exigir de la divina justicia una venganza proporcionada al horrendo deicidio de aquellos y á

la sacrílega profanacion con que estos pisan aquella sangre adorable. Y ¿cómo podria resistir esta tierna madre á tan repetidos golpes, á tan crueles saetas, á tan agudos cuchillos, á tan penetrantes espadas, como hieren y despedazan su tierno y amable corazon con la mas inhumana fiereza?

Almas sensibles y piadosas, las que tan inmensos beneficios reportáis de la muerte del Salvador y de los dolores de su purísima madre, contemplád, contemplád atentamente la situacion tan crítica en que se encuentra esta Señora; ponéos en su lugar, y ved si podéis formaros alguna idea de su dolor, pues yo confieso que ni encuentro palabras para describirlo, ni me seria posible atendida la debilidad de mi espíritu. Vosotras debéis embotar tan fieros cuchillos; á vosotras toca mitigar su amarguísima situacion; vosotras estáis en el caso de proporcionarle algun consuelo contra tan insoportable afliccion, acompañándola, manifestándoos animadas de sus mismos sentimientos, oprimidas de su mismo dolor, y lamentando en lo íntimo de vuestro corazon, con igual sinceridad que la suya, la muerte de su Hijo y vuestro criador. Vosotras, ya que los malos cristianos tienen la bárbara inhumanidad de abandonarla, menospreciando los beneficios que á cada paso reciben del cielo, vosotras debéis confesar con ella, que todo, todo sin excepcion lo habéis recibido de su amantísimo Jesus; que sus disposiciones son siempre acertadas; que su providencia es justísima, santísima; que nada se hace que no esté decretado por ella desde la eternidad. Vosotras, solas vosotras debéis acompañarla; no el desventurado que aún arrastra las duras cadenas de la culpa, y cuya presencia le ocasiona un tormento mas agudo é insoportable que la muerte de su Hijo, como que reproduce, multiplica en su interior los tormentos que han acabado su inocente vida. Vosotras debéis trasladar á vuestro corazon el amargo dolor de que está penetrado el suyo, detestando la culpa como el mayor de los males, persiguiéndola como el mas abominable de los monstruos, alejando de vosotras para siempre hasta su nombre, purificando cada vez mas vuestras almas con las abundantes lágrimas de una verdadera penitencia.

¡Qué poderoso, qué dulce lenitivo será este para el fiero dolor que experimenta! Vuestras lágrimas enjugarán las suyas; templará el suyo vuestro sentimiento; vuestra afliccion derramará un inefable consuelo en su alma. Verá entónces llena de

júbilo el copioso é interesante fruto que ha producido la afrentosa muerte de su Hijo, dando una vida feliz á vuestras almas. Esta satisfaccion, la mayor y mas deliciosa que puede gozar un alma justa, no solo no le permitirá fijar su atencion en la pérdida que ha sufrido, sino que le representará en cada una de vuestras almas el objeto mas grato y embelesador. Verá en ellas gloriosísimamente retratado á su amado Hijo, cuya vista la colmará de un consuelo, de un gozo incomparablemente superior al sentimiento que le causó su muerte; gozo que experimentaréis tambien vosotros, si verdaderamente habéis participado de su dolor. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE

LA RESURRECCION DE LA CARNE (1).

PARA EL SÁBADO DE LA QUINTA SEMANA DE CUARESMA.

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Scio quia resurget in resurrectione in novissimo die.
Yo sé que resucitará en la resurreccion en el último dia.
S. Juan, c. 11. v. 24.

Así responde á Jesucristo Marta, hermana de Lázaro difunto, que yacia ya en el sepulcro, en ocasion que el Salvador venia á resucitarle, para manifestar su divinidad y confundir la incredulidad de los judíos. Y de las mismas palabras no dudo yo valerme en este dia, para radicaros mas y mas en un artículo de nuestro Símbolo, que por mas que lo impugnen los impíos y libertinos, se deberá siempre mirar como una de las verdades fundamentales de nuestra Religion: hablo de la resurreccion de los muertos, este grande objeto de la esperanza y de la fe de los cristianos, como san Agustin se explica, este apoyo de la caridad y del amor de Dios, que nos hace continuamente desear el principio de una feliz inmortalidad, que no conocemos aún sino con imperfeccion, como dice el mismo Padre.

La materia, señores, es de sumo interes, y aún necesaria en estos dias lúgubres, en que muchos jóvenes incautos, conducidos por fuerza á reinos extraños, se han dejado seducir de las

(1) Véase el discurso de Maccarthy sobre este mismo asunto, que precede en la pág. 116.

capciosas máximas de los impíos, con vergonzosa desercion de la Religion de sus padres. Á estos pues digo con san Agustin, si quitáis la resurreccion, aniquiláis el cristianismo, porque negar este principio, es segregarse del número de los creyentes, que apoyados en las Escrituras, en la tradicion y en la razon, han confesado siempre el dogma de la resurreccion de los muertos. Yo no haré mas que tirar algunos breves rasgos sobre estos tres principios, para manifestaros este artículo de nuestro Símbolo, y poneros á cubierto de las vanas cavilaciones de los incrédulos. Pidamos las luces del Espíritu santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. *Ave Maria.*

Nada está mas expreso en las santas Escrituras que la resurreccion de los muertos, para que se presenten á juício. El mas antiguo, segun algunos, de todos los Libros canónicos, es decir, el de Job, testifica expresamente este dogma. *Yo sé*, dice, *que vive mi Redentor, y que en el último dia he de resucitar de la tierra, y de nuevo he de ser revestido de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios, á quien he de ver yo mismo, y mis ojos han de contemplar, y no otro; esta es mi esperanza, que guardo en mi pecho* (1).

Queriendo el profeta Ezequiel confirmar á los judíos cautivos en Babilonia en la verdad de este dogma, y anunciarles el fin de su cautividad, les manifestó aquella prodigiosa multitud de huesos áridos que cubrian el campo, los cuales reanimados por Dios á la voz del profeta, se reunieron, tomaron carne y nervios, se pusieron en pié, y formaron un grande ejército (2).

Tan convencidos estaban de esta verdad los judíos, á excepcion de la secta de los saduceos, precursores en esta parte de los impíos de nuestro siglo, que preguntaron al Salvador los fariseos, ¿á qué marido perteneceria despues de resucitar, una mujer que se habia casado siete veces? La respuesta del Señor, al paso que confunde esta capciosa pregunta, los confirma en la fe de la resurreccion. « Vosotros erráis, les dice, porque no entendéis las Escrituras, ni conocéis el poder de Dios. Despues de la resurreccion, ni las mujeres tendrán maridos, ni los maridos mujeres: todos serán como los ángeles en el cielo. » (3)

(1) *Job, c. 19. v. 25. 26 et 27.* (2) *Ezech. c. 37.* (3) *Matth. c. 22.*

« No os admiréis, dice el mismo Jesucristo al pueblo de los judíos, no os admiréis, porque vendrá tiempo en que todos los que están en los sepulcros, oirán la voz del Hijo de Dios; y los que hubieren hecho buenas obras, saldrán de los sepulcros para resucitar á la vida, como los que las hubieren hecho malas saldrán para resucitar á su condenacion (1). La voluntad de mi Padre que me envió, es que todo el que vea al Hijo, y crea en él, tenga la vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia. » (2)

San Pablo descubre asimismo este dogma con un raciocinio capaz de convencer al mas protervo. Habla con algunos fieles de Corinto, que preocupados aún con las falsas ideas de la filosofía pagana, tenian dificultad en creer la resurreccion universal. El Apóstol los instruye de un modo capaz de disipar todas sus dudas. « Si es incontestable, les dice, que Jesucristo, Hijo de Dios, y jefe de los electos, ha resucitado, ¿cómo algunos de vosotros osan afirmar que no resucitarán sus miembros, despues de las promesas que les ha hecho? Si no hay resurreccion que esperar, todo el evangelio que habéis recibido, no es mas que un tejido de imposturas y absurdos; nuestra predicacion es inútil, vana vuestra fe, los apóstoles serian falsarios, que han testificado mentiras, y asegurado como cierto lo que Dios no ha hecho: ya no se debe contar con la virtud de los cristianos, ni con la remision de los pecados; los que murieron en los tormentos por Jesucristo, nada deben ya esperar; finalmente los fieles que esperan una otra vida y las recompensas sobre la divina palabra, serán los mas insensatos é infelices de todos los hombres. » (3)

¿Con qué expresiones mas enérgicas podia testificar san Pablo la resurreccion de los muertos? Pero aún no se contenta: quiere de paso refutar la principal objecion de los corintios, inculcada en estos últimos siglos por algunos incrédulos. ¿Cómo puede ser, dice en nombre de ellos, que muertos reducidos á polvo, cuya materia ha pasado por tantas formas y revoluciones, puedan volver á tomar su cuerpo como estaba?

Insensatos llama el Apóstol á los que así discurren. Hombres sin reflexion, les dice (4), el grano que sembráis, ¿no muere

(1) *Joann. c. 5. v. 28 et 29.* (2) *Joann. c. 6. v. 39.*
(3) *I. Cor. c. 15. v. 12 ad 19.* (4) *Ibid. v. 36 et seqq.*

ántes de producir su semejante, y no obstante lo veis renacer á su tiempo? Si la naturaleza resucita todos los dias de las semillas muertas ó destruídas, ¿por qué no queréis que su Autor resucite á los hombres muertos, á pesar de la corrupcion que han experimentado? Tambien vemos que el producto de la semilla es mas perfecto que ella, porque de ella nacen las plantas, árboles, frutos ó flores. No es pues de admirar que de un cuerpo muerto saque Dios uno otro con cualidades superiores á las que en su primitivo ser tenia; ni que de un cuerpo material haga un cuerpo glorioso. Acerca de lo cual no es ménos auténtico el testimonio de la tradicion que el de las Escrituras.

Una prueba nada equívoca de la fe del pueblo judaico en esta parte nos proveen las palabras de mi tema. Apénas Marta oyó decir á Jesucristo que resucitaria su hermano Lázaro, sin pensar hablase de su resurreccion en aquella hora, recurrió al principio de la resurreccion universal, protestando sabia bien que resucitaria en el dia novísimo; y esta creencia era tan general entre los judíos, que miraban como herejes á los saduceos, que no creían la resurreccion de los muertos. Pero qué mucho? ¿No fué esta la tradicion constante de la ley natural, que el santo Job nos testifica? Por lo que hace á la Iglesia cristiana, siempre ha creído este misterio. Seria muy prolijo insertar aquí todos los testimonios de los Padres depositarios de esta tradicion. Baste por ahora saber que Tertuliano, hablando de la resurreccion de los muertos, la llama esperanza de los cristianos, basa en cierto modo y fundamento de nuestra Religion. Baste saber con san Agustin, que ella es el grande objeto de la esperanza y de la fe cristiana, el apoyo de la caridad, el feliz principio de la inmortalidad, sin cuya fe no puede subsistir el cristiano.

Rehusáis, añade este Padre, rehusáis creer la resurreccion de Jesucristo, gaje de la vuestra, y sus consecuencias en la vida futura, porque no habéis visto á nadie que haya resucitado. Insensatos! el Soberano del universo ha resucitado. El cielo, la tierra, los infiernos, los ángeles os dirán que Jesucristo resucitó, y que sobre su palabra resucitaremos tambien nosotros, á recibir el premio ó castigo que nuestras obras hubieren merecido, conforme al oráculo de nuestro Salvador.

Añadíd á los testimonios irrefragables de la Escritura y de la tradicion el grave peso de las razones que persuaden este dog-

ma. La sentencia que Dios pronunciará sobre el hombre, no puede ser justa, dice Tertuliano, sino en cuanto comprenda las dos sustancias que componen su persona, para que sea juzgado todo entero. Él en efecto debe serlo segun ha vivido; es decir, que sobre su vida y sus costumbres debe recaer la sentencia que decidirá de su suerte eterna. ¿Ha sido por ventura simplemente el alma la que ha obrado? ¿No han tenido parte en las acciones del hombre el alma y el cuerpo? Luego es necesario que el cuerpo reciba, como el alma, el castigo ó las recompensas que le son debidas; para lo cual es indispensable la resurreccion de todo el hombre. Argumento irrefragable, y que jamas podrán debilitar los enemigos de nuestra Religion con todas sus objeciones.

Ellas por lo comun se reducen á incertidumbres sobre el modo de la resurreccion y sobre las cualidades de los cuerpos resucitados. Insensatos! el que los sacó de la nada, el que formó esta infinita multitud de objetos admirables é incomprensibles al hombre, ¿no sabrá unir las partes dispersas de los cuerpos, restableciéndolas en su primer figura, sin que sea necesario comprendáis el modo con que hará esto? Porque no comprendéis en qué consiste el flujo y reflujo del mar, la virtud del iman, la cuadratura del círculo, con otros muchos objetos que caen bajo vuestros sentidos, ¿osaréis por esto negarlos? ¿Ó será límite de la omnipotencia del Criador vuestra propia ignorancia? ¿Quién de vosotros ha sido consejero del Señor para la sábia disposicion de sus obras? ¿ó quién ha osado acercarse á ser curioso investigador de la Majestad, sin ser oprimido de su gloria?

Bástanos saber y creer lo que las Escrituras acerca de esto nos enseñan con las expresiones mas enérgicas; esto es, que en el último dia se oirá la voz del Hijo del hombre por ministerio de un arcángel, que tocará una trompeta; es decir, segun los Padres é intérpretes, que hará resonar el aire desde un extremo á otro de la tierra de un modo terrible y mas espantoso, como dice un sabio, que el que se dejó oir sobre el monte Sinaí, cuando descendió el Señor á dar su ley á Moises. Dada esta señal universal, aparecerá el Hijo del hombre con gran majestad sobre una nube; los muertos saldrán al instante de sus sepulcros: unos resucitarán en su estado natural; otros en un estado glorioso. Asegurados estos de su triunfo por los méritos

del Salvador, exclamarán: *ó muerte! dónde está tu victoria? ó muerte! dónde está tu aguijon?* Confundidos aquellos con el testimonio de su propia conciencia, dirán con un lamento inconsolable: *todo lo hemos perdido; caéd, montes, sobre nosotros.* Jesucristo en este momento (estremecéos, señores!) Jesucristo hará la separacion de los electos y de los réprobos. « Veníd, dirá á los primeros, veníd, benditos de mi Padre, poseéd el reino que os está preparado desde la constitucion del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fuí huésped, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; pues siempre que hicisteis esta caridad á los pobres, que son hermanos vuestros, la usasteis conmigo mismo. » (1)

Y volviéndose despues á los réprobos, que estarán á su siniestra, fulminará contra ellos estas terribles palabras: « Apartáos de mí, malditos, id á las llamas eternas, preparadas al demonio y á sus ángeles, porque habiéndome visto en necesidad en persona de mis pequeñuelos, no me disteis socorro alguno. » (2) De resultas de esta formidable sentencia, y sin apelacion, unos irán al fuego eterno, cubiertos de oprobio y de ignominia; otros entrarán en la posesion de una vida soberanamente feliz, para gozar de Dios por una eternidad. Tales serán los frutos de la resurreccion universal, frutos de consuelo y de gloria para los predestinados, pero funestos y orígen de un grito eterno para los réprobos; frutos finalmente que hemos de recoger nosotros mismos, sin distincion de personas, y á proporcion de nuestras obras.

Momento terrible, señores! ¡espectáculo el mas pavoroso de todos los siglos, que hemos de ver en esta misma carne, que hemos de tocar con nuestros propios sentidos, siendo nosotros mismos representantes de esta augusta tragedia, en que ha de terminar el mundo, para que entremos todos en una eternidad, respectivamente feliz ó infeliz, segun el mérito de nuestras buenas ó malas obras.

Por esta causa nos manda Jesucristo en su Evangelio, que oremos y velemos incesantemente, porque no sabemos el dia ni la hora en que ha de venir nuestro soberano Juez. Así como un hombre, dice, que despidiéndose para viajar, dejó su casa,

(1) *Matth. c. 25. v. 34. 35. 36 et 40.* (2) *Ibid. v. 41 et seqq.*

y encargó á cada uno de sus siervos todo lo que debia hacer, ordenando al portero que velase; velád vosotros, porque no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si de sobre tarde, ó á media noche, ó al canto del gallo, ó en la mañana; no sea que cuando venga de repente, le halle durmiendo. Lo que á vosotros digo, habla con sus discípulos, á todos lo digo; velád, porque de aquella hora nadie sabe, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre (1).

Para infundirnos pues un temor santo y convertir á todos los mortales al camino de la salud, les ha anunciado la caridad de Jesucristo de un modo tan terrible los espantosos preliminares de la resurreccion y juício universal; la ilusion, por ejemplo, de los falsos profetas, sostenidos del Antecristo, que se derramarán por todas partes, y harán prodigios tan engañosos como su doctrina infernal, para seducir á los hombres, aún á los electos, si posible fuera; las guerras civiles y crueles, que llevarán consigo la desolacion de todo el mundo; las hambres, las pestes, los grandes terremotos, que acompañarán este primer castigo, y que solo serán principio de los verdaderos dolores; la persecucion que suscitará el Antecristo; las enemistades, los odios que reinarán por todas partes, hasta en el seno de la Iglesia; los escándalos, las caídas, los desórdenes públicos; la fe, la caridad, la paz que casi desaparecerán del mundo; la abominacion de la desolacion, que profanará los lugares santos; el sol que no arrojará sino una luz triste y opaca; la luna que perderá la suya; los astros que caerán del firmamento con estruendo, y estas virtudes del cielo que se estremecerán, turbándose su curso en las cercanías del trastorno universal; ¿qué otra cosa significan sino que la última tribulacion, como dice un Padre de la Iglesia, debe ser precedida de otras muchas, á fin de despertar nuestro letargo, y de excitar en tiempo nuestros ánimos, para huir de la ira futura y tener parte en la resurreccion primera, si la queremos tener en la segunda y última? Es decir, segun el espíritu del Evangelio, que creyendo firmemente como un artículo de nuestra fe, que en el dia de la resurreccion universal de la carne hemos de ser juzgados por Jesucristo, y destinados á una gloria perpetua ó á un suplicio eterno, ordenemos en tiempo nuestra vida, observando

(1) *Marc.* c. 13. *v.* 32.

los mandamientos de Dios y de su Iglesia, para que nuestra muerte sea preciosa en su divina presencia, y podamos tener parte en esta resurreccion, de cuyo destino depende el de la eterna.

Este es, señores, el idioma de la Religion en órden á la resurreccion de la carne, artículo fundamental de nuestra Fe, apoyado en las Escrituras, confirmado por la constante tradicion de la Iglesia, y sostenido por la razon misma.

Resta que vosotros todos aspiréis desde este momento á la resurreccion de los justos, para recibir en cuerpo y alma, en aquella hora, la plenitud de la bienaventuranza celestial, que consiste en ver á Dios como es en sí, y gozarle eternamente. Mas para esto es indispensable, segun el Evangelio, conocer al Señor en esta vida, observar sus preceptos, y amarle hasta la muerte con todo nuestro corazon y nuestra alma. Así será nuestra herencia, nos resucitará gloriosos, y reinaremos con Jesucristo por los siglos de los siglos. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HOMILÍA.

LA ALEGRÍA POR EL TRIUNFO DE JESUCRISTO EN JERUSALEN NO DEBE HACERNOS OLVIDAR LA MUERTE QUE SUFRIÓ Á POCOS DIAS.

PARA LA DOMINICA DE RAMOS (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Dicite filiæ Sion : ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.
Decid á la hija de Sion : hé aquí tu rey viene manso para ti.
S. Mateo, c. 21. *v.* 5.

Este es el dia, en que da principio el solemne recuerdo de los misterios mas tristes y melancólicos, que tan amargamente lamenta el profeta Jeremías; y no obstante esto la Iglesia, que para preparar mejor á sus hijos á la celebracion de estos misterios, quiere que se entreguen á un llanto copioso y amargo en todo el tiempo de cuaresma, y ordena á sus ministros que les den con sus lágrimas un ejemplo edificante; esta misma cariñosa madre no solo suspende en este dia todas las demostraciones del dolor y la tristeza, sino que convida á todos á participar de su inmenso regocijo. Esto parece tanto mas extraño cuanto que el motivo que nos propone para inspirarnos este regocijo, deberia excitar con mas poderosa razon á una profunda tristeza, á un llanto inconsolable. Es verdad que hoy se presenta en medio de las mas festivas aclamaciones el Rey mas justo y poderoso, el Rey mas amable de los reyes, ostentando por su numerosa, lucida y entusiasmada comitiva las señales de un célebre y glorioso triunfo; pero este pueblo que de tal manera le honra, ¿no es la ciudad de Jerusalen? no es la ciudad deicida? ¿esa misma ciudad, en que hace pocos dias se ha decretado irrevocablemente su muerte? esa misma ciudad, en la que se le busca con la mas exquisita diligencia, para asegurarle y hacerle sufrir una sentencia tan inhumana? ¿esa misma ciudad, en que realmente ha de morir dentro de cinco dias?

(1) Dos sermones para este dia se hallan en el tomo cuarto de los de *Mision*, el uno en la pág. 156 sobre la eucaristía, y el otro en la 178 sobre el enorme delito de las comuniones indignas.

Si los hebreos, oprimidos con una cruel esclavitud, hubieran conocido que Moises se presentaba en la corte de Faraon por mision divina, hubieran experimentado un consuelo inexplicable, y entregádose á las demostraciones mas públicas y expresivas de su regocijo, si la falta de libertad no se lo impidiera, celebrando la entrada de su libertador, bendiciendo con humilde reconocimiento al Señor que se dignaba enviarle, y tributando mil elogios al enviado, que con tan heroica firmeza arrostraba los grandes peligros á que le exponia aquella empresa, cuyo objeto era poner fin á sus trabajos y conducirlos á la posesion de la tierra prometida. Nosotros que sabemos con certeza que el Rey que hoy entra triunfante en Jerusalen, viene precisamente para nosotros, para sacarnos de la esclavitud de Satanas, ¿cómo podremos ocultar nuestro regocijo, aunque preveamos su muerte, si no podemos dudar que nuestra salvacion pende de este sacrificio?

Esta es, señores, la causa de excitarnos hoy la Iglesia santa á la satisfaccion y al júbilo; y por esto mismo os exhortaré yo tambien á que, sin olvidar el sacrificio de la cruz, celebréis el misterio de este dia. Para poder hacerlo con acierto, y con la brevedad que exigen las circunstancias, pidamos al Señor los auxilios de su gracia soberana por la intercesion de su bendita Madre. *Ave María.*

Tal era la admiracion que ocasionó á las turbas la vista del poder, de la sabiduría y bondad de Jesus Nazareno, que estaban decididas á aclamarle públicamente por su rey; pero este amable redentor, movido de aquella humildad sublime que tanto procuraba inspirar á su pueblo, se ocultó á su vista por

una especie de milagro, para impedir lo que hubiera sido muy difícil permaneciendo en su compañía. Este notable acontecimiento tuvo lugar hace muy pocos dias; y á pesar de eso hoy se presenta él mismo sin que nadie le busque ni solicite al efecto; él mismo por un movimiento propio de su voluntad se presenta en Jerusalen de un modo no acostumbrado, con el fin de recibir los aplausos y aclamaciones de todos sus habitantes y de las mismas turbas, cuyos obsequios acababa de despreciar; él mismo se presenta á propósito para llamarse la atencion universal.

Si se trata de averiguar la causa de esta conducta, tan contradictoria al parecer, luego se ofrecen á la imaginacion otras circunstancias no ménos extrañas. Sin contar con nadie, ordena á dos de sus discípulos que se adelanten y conduzcan á su presencia dos jumentos, madre é hijo, que se hallaban á muy poca distancia, diciendo, por desvanecer cualquier temor ó recelo que pudiera ocurrirles, que su dueño no opondria la menor resistencia, apénas le hicieran entender que los necesitaba; lo que sucedió con efecto. Los discípulos, sin reparar tal vez en esta especie de prodigio, colocan sus vestiduras sobre las bestias, para que les sirvieran de adorno, y de comodidad á su maestro, y haciendo subir á este en una de ellas, se dirigen á Jerusalen, en cuya ciudad los esperaba un espectáculo verdaderamente raro. Una prodigiosa multitud de pueblo, hombres y mujeres, ancianos y niños, salen á recibirle con las demostraciones del mas completo regocijo; tienden por el suelo sus vestidos para que le sirvan de alfombras; adornan el paso con ramos de árboles, y llevando todos en las manos otros ramos de olivas y de palmas, le acompañan entusiasmados, celebran su entrada triunfante en la ciudad, cuyos principales habitantes tanto se afanaban por ver humillado y abatido, por quitar del medio al amantísimo Jesus; y creyendo llegada la ocasion que ántes habian perdido, le aclaman por su rey verdadero con las voces mas expresivas, le colman de bendiciones como á un rey extraordinario, como á un rey superior á todos los reyes, como á un rey que les ha enviado de lo mas alto de los cielos el Padre celestial.

Qué escenas tan maravillosas é inesperadas! ¿Quién es capaz de descubrir la causa, y mucho ménos de comprender esto mismo que se está viendo? ¿Lo creéis, lo comprendéis vosotros,

obstinados pontífices, orgullosos fariseos? Decídnos, ¿quién os impide ejecutar ahora la sentencia cruel que contra ese inocentísimo cordero habéis ya fulminado? ¿Cómo no aseguráis al supuesto reo, á ese pretendido delincuente, á quien habéis perseguido con tan enconado furor, denunciándole públicamente como perturbador del órden? ¿En qué consiste que dejáis en libertad á ese Nazareno, en cuya muerte creéis cifrarse la tranquilidad y la dicha de toda la nacion? Será tal vez por temor de la plebe? No, ciertamente, porque concluídas las aclamaciones, despues de haber cesado el aparato y retirádose la multitud que le rodeaba al entrar en la ciudad, permanece allí cinco dias sin ocultarse de vosotros, y celebrando la Pascua con sus discípulos, sin que nadie le oponga la menor resistencia; y si se retiró al huerto de las olivas, fué por su gusto y sin el menor disimulo. Qué es pues lo que os detiene? Ciegos! ¡qué no lleguéis á descubrir una fuerza superior que se opone á vuestros infernales proyectos! Abrid esos ojos cerrados por desgracia á la evidencia, y experimentaréis el poder irresistible de su voluntad, palparéis su omnipotencia, conoceréis su divinidad. Volvéd sobre vosotros mismos; comparád vuestro proceder con vuestros sentimientos y no podréis ménos de quedar convencidos. Vuestro odio contra él en nada se ha disminuído; vuestro furor recibe cada dia un aumento considerable; de ningun modo desistís del impío proyecto de hacerle morir en una cruz, y á pesar de eso no os sentís con fuerzas suficientes para ejecutarlo; vuestras manos se hallan atadas al querer prenderle; vuestros piés quedan inmóbiles al tratar de acercaros... Confesád, miserables, lo que ya no podéis desconocer; confesád que todo es efecto de su divina omnipotencia. Reconocéd el dominio que como á criador universal le compete, como lo reconoció sin duda el dueño de los jumentos, al decirle que él los necesitaba. Reconocédlo y confesádlo de buena fe. Qué! ¿será tan extremada vuestra ceguedad, que no os deje ver realizada en el triunfo del Nazareno la figura misteriosa, con que en la fiesta de los tabernáculos se celebraba todos los años por órden de Dios la grata memoria de uno de los mas señalados beneficios que habia dispensado á su pueblo, de la libertad que le proporcionó por Moises?

Esta obcecacion, señores, no puede ménos de sorprenderme, porque no solo era idéntica la figura, sino que eran las mismas

las ceremonias y todas las circunstancias, al ménos en su esencia. Si entónces celebraba el pueblo aquella festividad en virtud de una ley que se le habia intimado pública y solemnemente, ahora celebra esta en virtud de otra inspirada por el mismo Dios, aunque en el interior de cada uno : si entónces celebraba la libertad que el Señor le habia concedido por ministerio de Moises, ahora sin conocerlo celebra otra libertad incomparablemente mas feliz y gloriosa, que proporciona á todo el género humano por medio de su propio Hijo. Libertad dichosa! libertad encantadora! Bendito sea el Hombre-Dios que se digna así favorecernos! ¡Bendito sea ese divino Mesías, que viene en nombre del Señor á sacarnos de la odiosa esclavitud de Satanas! ¡Bendito sea ese glorioso triunfador, cuya entrada en Jerusalen se celebra con tantas aclamaciones!

Reparád, amados hermanos mios, en esa multitud de palmas que se ofrecen á vuestra vista, y descubriréis en ellas el triunfo mas completo de nuestro divino Salvador, no contra los príncipes temporales, sí contra el orgulloso príncipe de la soberbia, á quien vence con las armas de la humildad y mansedumbre : *venit tibi mansuetus*. Fijád vuestra atencion en los ramos de oliva, y veréis significada en ellos la paz apreciable que se ofrece este dia, no solo al pueblo de Israel, sino á todos los habitantes del universo ; porque en las dos bestias, madre é hijo, en las turbas que precedian y en las que iban en pos del Salvador, están representados los pueblos judío y gentil, ó lo que es lo mismo, todos los descendientes de Adan sin excepcion alguna. Atendéd á todas las ceremonias de este glorioso dia, y os convenceréis de que está destruído el imperio de Lucifer, del pecado y de todo el infierno ; llegaréis á conocer que este es el momento feliz en que se llama á todos á la posesion del reino mas abundante, mas poderoso, mas seguro, mas delicioso, mas inconquistable ; que á todos se convida con el perdon de sus delitos, con la gracia del divino Rey y con la herencia de su reino celestial.

Todo, hasta la mas mínima circunstancia tiene mucha significacion en este misterio. Los judíos aclaman á Jesus por su rey ; le consideran como el rey mas fuerte, el mas desinteresado, el mas amante de sus vasallos, porque conocen que nada necesita, puesto que nada exige de ellos, sino su amor, su gratitud, y esto para poder derramar sobre ellos, sin derogar los

derechos de la justicia, los inmensos tesoros de su reino. Por eso dicen los profetas que viene precisamente para nosotros : *venit tibi*. Ah! ¡qué reflexiones tan edificantes pudiera yo haceros con san Agustin comparando estas concisas palabras con aquellas otras *bajulans sibi crucem* (1), si las circunstancias me dejaran el tiempo necesario! Pero me contentaré con deciros de paso y valiéndome de las palabras de este Padre, que el Rey supremo de los cielos, viniendo á este valle de miserias, solo busca para sí la prision, los azotes, las espinas, los clavos, la cruz, la hiel, los tormentos y la muerte, y trae la salud, la vida, la paz, la abundancia y la gloria de toda la eternidad, para repartirlas entre nosotros á manos llenas, de modo que cada uno reciba sin otra medida que su deseo : *venit tibi*.

Y es de admirar que en medio de un júbilo tan puro y universal solo el Salvador se manifiesta triste, como poseído de un agudo pesar, que no pudiendo ocultar en su corazon, se descubre exteriormente ; sus ojos vierten copiosas lágrimas al ver la obstinada dureza de los judíos, aquella imprudente pertinacia que les hace repeler tan apreciables beneficios, que por lo mismo se convierten en males de la mayor consideracion. ¿Quién no conoce que esta sola prevision es mas que suficiente para acibarar el dulce placer que experimenta, viéndose tan festiva y gloriosamente aclamado por rey de todo el universo, cuando su venida tiene por objeto único y exclusivo el colmar de bienes á todos sus vasallos? *venit tibi*. Pero no digo bien ; ni el regocijo es universal, ni solo Jesucristo padece interiormente en esta ceremonia. Los prodigiosos elogios que la plebe sencilla tributa al nuevo rey, son otras tantas saetas que traspasan el corazon de los escribas y fariseos, de los pontífices y demas interesados en perderle : se ven precisados á guardar el mas profundo silencio ; no se atreven á manifestar el furor de que se hallan animados ; se conducen en la apariencia como unos de tantos, como si creyeran la divina mision del Nazareno ; tal vez sus lenguas, dirigidas por una fuerza desconocida, se moverán para bendecirle, y sus elogios se mezclarán con los de la plebe ; pero en su interior le desconocen, le niegan, le juran un odio eterno, un horror que ni aún ha de acabar con la muerte.

(1) *Joann.* c. 19. v. 17.

Ah hermanos mios! ¡cuánto mayor que la de estos es nuestra ceguedad y locura, si desconocemos el sumo interes que nos resulta de la solemne aclamacion de Jesucristo y de su glorioso triunfo! ¡Cuánto mas criminal nuestra ingratitud, si conociéndolo, presenciamos con indiferencia su recuerdo, no tomando en él una parte muy activa! Nosotros sabemos lo que aquellos ignoraban: para nosotros ha descorrido la fe el denso velo que ocultaba á sus ojos la realidad, dejándoles solo percibir una debilitadísima y oscura sombra de tan interesantes misterios. Á pesar de todas las apariencias que rodean esta ceremonia, no obstante la pobreza, el abatimiento y la humildad, no nos es permitido dudar que nuestro amabilísimo Jesus, que verifica hoy su entrada en Jerusalen, es nuestro verdadero rey, nuestro redentor, nuestro juez, el Unigénito de Dios; tan infinitamente sabio, justo, poderoso, bueno y perfecto como su Padre, con quien y con el Espíritu santo es el único Dios criador, conservador y dueño de cielos y tierra; un padre amantísimo en fin, que abrasado del mas intenso amor hácia el hombre, viene á cortar de raíz todas sus miserias, y poner en posesion de todos los tesoros y delicias celestiales á cuantos quieran reconocerle con sinceridad, adorarle en espíritu y en verdad, y aprovecharse de su beneficencia.

Acompañémosle con el mayor regocijo; depongamos con generosidad á sus piés todo lo que pueda cebar nuestra vanidad y codicia; aclamémosle con toda la energía posible rey soberano de la tierra y de los cielos, de los hombres y de los ángeles; publiquemos llenos de confianza que aunque su propia morada es la inmensidad de los cielos, en que recibe sin cesar el homenaje y la adoracion de tantos millones de millones de ángeles, se digna hoy precisamente, por nuestro amor y para nuestro provecho, presentarse en la tierra y ofrecerse para el sacrificio mas aceptable á Dios y mas interesante á nosotros; para aquel sacrificio, de que recibieron todo su valor y eficacia cuantos se le han ofrecido siempre; para el sacrificio que por una necesidad absoluta ha de apagar el fuego de la indignacion divina, satisfacer abundantísimamente á su infinita justicia, reparar en su totalidad el honor y la gloria de su divina Majestad ofendida, y obtener para nosotros el perdon y la bienaventuranza; para el sacrificio de la cruz, de esa vara misteriosa, cuyo contacto hará que se abran seguramente para nosotros las puertas del templo material, cerradas por el pecado, y nos franqueará la entrada en el de la inmortalidad, del mismo modo que el contacto de la vara de Moises obligó á las aguas á retirarse y abrir en medio del mar paso franco á los israelitas para la tierra de promision; para el sacrificio de la cruz, que nos proporciona en la mayor abundancia á todos los cristianos un alimento espiritual, incomparablemente mas dulce y saludable que el maná y las codornices, que para sustento de los judíos envió el cielo á ruegos de Moises; un alimento que nos asegura la vida por toda una eternidad. Si las venenosas serpientes...

Me olvido de lo que prometí al principio. Concluyo: cuanto las serpientes infernales son mas temibles que las terrenas; cuanto es mas duro y odioso el yugo de Lucifer que el de Faraon; cuanto son mas sensibles los tormentos del infierno que los trabajos que oprimian á los hebreos en Egipto; cuanto son mas apreciables y abundantes los tesoros y delicias del cielo que la fertilidad de la Palestina; cuanto excede la duracion de la eternidad á la del momento, y la perfeccion infinita de Dios á la de sus criaturas, tanto debe ser mayor, mas sólido, mas religioso el júbilo con que debemos manifestar nuestro reconocimiento por el imponderable beneficio que viene á dispensarnos nuestro divino Salvador, que el que pudieran y debieran manifestar los judíos por los que el eterno Padre les concedió por el ministerio de Moises. Detestemos la pérfida obstinacion de estos, y mezclados con las turbas reconocidas, contribuyamos en cuanto nos sea posible á solemnizar el triunfo de Jesucristo, reconociéndole y confesándole por rey de Israel, el Mesías deseado en todos los siglos, por el redentor, salvador y glorificador del género humano, por el Dios único verdadero; y jurando sacrificar cuanto tenemos y somos, en obsequio de quien se ha sacrificado á sí mismo por nuestra eterna felicidad, bendigámosle en la tierra, para que él nos glorifique en el cielo. Amen.

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO RECINTO DE RIO PIEDRAS SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON.

LA HUMILDAD PREPARA EL CAMINO DEL CIELO.

PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Acceperunt ramos palmarum, et processerunt obviam ei.
Salieron á recibirle con ramos de palma.
S. Juan, c. 12. *v.* 13.

Esos gozosos clamores, esos trasportes de alegría, esos himnos de alabanza, esas coronas de oliva, esos ramos de palma, ¿qué representan? La victoria de la Iglesia sobre la impiedad, la entrada en triunfo de Jesus en Jerusalen, las misericordias del Señor en favor de los tristes pecadores. La Iglesia fortalecida con las promesas y auxilos de su celestial esposo, se ostenta otra vez gozosa y triunfante de sus perseguidores. Con la palma de la victoria en la mano, marcha oprimiendo como siempre con sus divinas plantas la cerviz soberbia de la impiedad. Los corazones fieles laten de santo placer al eco de las dulces canciones de Sion, con que las turbas y los niños de los hebreos completan la entrada triunfal del Salvador del mundo en la ciudad de David, llenando los aires con los alegres tonos y loores que consagraron al Soberano inmortal de los siglos entre las aclamaciones y obsequios que le tributaron en Jerusalen. Abrasada la Esposa de este Rey divino por el celo de su gloria, consolando á sus predilectos hijos, los cristianos católicos, parece que llena de un valor y fortaleza que solo vienen de Dios, desafía en su triunfo á las potestades, al abismo y al

imponente furor de sus perseguidores, clamando con el Profeta rey: *¿por qué bramaron las gentes y los pueblos meditaron cosas vanas?* (1) Rompamos el afrentoso yugo de la impiedad...; pero no, pues el que mora en los cielos, se burlará de ellos, y el Señor los escarnecerá; el momento terrible para los malos, está ya muy cercano: *juxta est dies perditionis, et adesse festinant tempora* (2).

Esta escena es tan singular y misteriosa, y su vista sola produce reflexiones tan importantes para los fieles, que la premura del tiempo no me exime de llamar vuestra atencion sobre una solemnidad tan grande. La Iglesia mezcla sus cánticos con los himnos de los hebreos, celebrando el mas humilde, pero el mas glorioso triunfo que vieron las naciones del orbe, puesto que ninguno de sus conquistadores ha podido obtenerlo de los pueblos de su dominacion. No, no son los arcos triunfales, ni los carros magníficos tirados por los prisioneros de guerra, los trofeos de esta victoria; todo es aquí modesto y humilde; pero su misma sencillez lleva consigo una majestad y pompa, que admiran las Virtudes, los Tronos y Dominaciones del cielo. Esta misma sencillez nos descubre el principio divino y conservador de las sociedades, que no pueden ménos de caer y hundirse, si no descansan sobre un cimiento tan sólido y duradero como la revelacion. Esta misma sencillez ostenta la prueba mas pública y solemne del amor, omnipotencia y sabiduría de Dios. Es cierto que nuestro divino Salvador halló en los hombres en recompensa de su bondad y misericordia, ingratitud y contradicciones; pero sus milagros formaron y eran el testimonio y como la escolta de su divinidad. Los sacerdotes mezclados hoy con los fieles, con las mas dulces efusiones de santa alegria, destilando aquellos de sus labios el panal de miel de la pura doctrina, y preparando estos sus corazones con la fe y la santidad; debemos celebrar el triunfo y engrandecer el poder de Jesus, tomando en nuestras manos la palma de la victoria contra la incredulidad, ó el ramo de oliva, símbolo de paz y de reposo, y diciendo tambien: *Hosanna filio David!* Loor y bendicion al Señor que se ostenta lleno de gloria y de poder, enseñándonos el camino de la verdad y de la vida, y libertándonos de la tiranía de Faraon por la destruccion de sus rencorosos enemigos.

(1) *Psalm.* 2. *v.* 1. (2) *Deut. c.* 32. *v.* 35.

Mi pensamiento en este discurso es descubriros en la procesion de los ramos el camino del cielo, trazado sobre la humildad y mansedumbre del Rey pacífico en su entrada triunfante en Jerusalen, y la importancia de una leccion tan sublime para la santificacion de los hombres. Una empresa tan superior á mis fuerzas exige, católicos, que imploremos del Espíritu santo los auxilios de la divina gracia, por la soberana mediacion de la Vírgen nuestra señora, que saludamos con el ángel. *Ave María.*

En tanto que los filósofos y los sabios del siglo no doblen su frente ante la revelacion de las santas Escrituras; en tanto que rehusen el homenaje de su reconocimiento á la Religion de Jesus, en vano se agitan por despejar el oscuro laberinto y enmarañada senda á una ciencia orgullosa y mundana, porque los adelantos, aún en las ciencias naturales, segun el pensamiento de un sabio y piadoso obispo español, marchan al nivel de la docilidad del hombre en someter su inteligencia al imperio del principio divino, que funda la gloria del talento y de la sabiduría en el temor de Dios. Cuando las obras de la naturaleza y del genio no son como una escala, por donde sube el hombre al conocimiento y adoracion del Ser supremo, en vez de ser entónces los instrumentos de su dicha, son un grave obstáculo que le extravía; porque sin el sentimiento consolador de la Religion, no hay galas, no hay hermosura, no obra perfecta en el mundo, ni esperanza de progreso en las obras del arte, del saber y del talento humano. Sobre ella descansa el edificio social, y sin ella es vano el empeño de unir á los hombres en sociedad, por cuanto la libertad, la paz y el órden de los pueblos son imposibles, cuando se levanta el edificio sobre unos elementos anárquicos y disolventes, que solo producen ruínas, estragos, la desolacion y muerte de las naciones; solo en el catolicismo ha tenido cumplimiento esta profecía de Jesucristo: *cuando yo fuere alzado, atraeré á mí todas las cosas por la mision y caridad recíproca de los hombres.*

Y en verdad otra region superior es la patria de las almas, donde la reina de las virtudes les destina una herencia inmortal, adquirida por la sangre de nuestro divino Redentor; y es preciso que sea muy grande la demencia y ceguedad del hombre, para que se le figure este mundo una mansion estable, y para

que la niebla y vapor de sus pasiones no le dejen considerar la vida que se le disipa como una fugaz sombra, cual nave despalmada que surcando las hondas, no deja rastro alguno de su derrota, y que todo pasa rápidamente como la figura de este mundo, que á los ojos del cristiano solo presenta como una gran feria, en que los hombres entran y salen sin cesar un solo instante. Sí, católicos, los hombres en la tierra son unos personajes de teatro; la duracion de la escena un punto en el tiempo, nada en la eternidad; la muerte, esa hija maldita del pecado, sin descanso alguno descarga terribles golpes en su veloz carrera, por todos los confines del orbe: el rico bajo sus dorados techos, el infeliz que yace en la miseria, el guerrero coronado de laureles, el monarca rodeado de una corte brillante, la pajiza choza del pastor, el albergue del miserable, todos sin distincion son objeto de su implacable saña, todo lo aniquila, todo lo iguala su ensangrentada segur. Pero ¿quién será tan dichoso que tema ménos la muerte en el paso de la vida á la eternidad? Aquel cuya peregrinacion está adornada con la humildad y mansedumbre que ostenta el divino Salvador en su entrada en Jerusalen, emblema de las virtudes que deben abrir á los verdaderos fieles las puertas del cielo.

Venid, opulentos del siglo, viciosos cercados del sacrilegio, de la injusticia y del crímen, ¿podréis formar parte ó aumentar las filas de tan solemne procesion? Los gustos, la sensualidad y los vicios que os devoran, ¿os parecen medios seguros de llegar triunfantes con Jesucristo á la celestial Jerusalen? ¡Dichosos los que imitándole, fueron mansos y humildes de corazon; mas ay de vosotros desdichados! En un solo momento y al primer golpe de vista, la muerte separando lo mal adquirido, las usuras, los robos, los sacrilegios, solo os dejará remordimientos atroces que devoran el corazon, precursores de la impenitencia final, que os arrastrará á los fuegos abrasadores del infierno: cuando el cristiano irreprensible, que lleno de bienes de fortuna, se deshace en lluvia de oro para consuelo de la humanidad, templa la sed y mata el hambre del pupilo, de la viuda y del huérfano; el pobre que sufre resignado los rigores de la miseria; el noble en fin y el plebeyo, todos los mortales, de cualquiera condicion y estado que sean, viviendo sinceramente de la fe, marchan con paso tranquilo y majestuoso hácia la eternidad, espiran con la bendicion de Dios y de los hombres, mue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ren como el sol. Sí, solo el hombre de honor, el virtuoso, el justo, el que pasa la brevedad de la vida haciendo bien, se levanta rodeado de los ángeles, sobre vistosos grupos de nubes, entra con Jesus triunfante en la celestial Jerusalen, y recibe la corona inmarcesible de las virtudes que le adornaron sobre la tierra.

Todas las obras del Hombre-Dios son un claro testimonio de su amor y omnipotencia, cuando todos los seres de la creacion explican á Dios, manifiestan á Dios, hablan de Dios, y no hay un árbol en la márgen de un arroyo, una flor en los campos, un granito de arena en las orillas del mar, ni una estrella en el firmamento que no publique la gloria del Señor; pero nunca se manifestó mas amoroso y grande que en los últimos momentos de su preciosa vida, dignándose recibir los obsequios que los hebreos le tributaron como rey de Israel. Poco ántes habia rehusado este homenaje ocultándose de ellos, cuando penetrados de gratitud por la multiplicacion de los panes y los peces en el desierto, quisieron hacerle rey, manifestándoles de este modo, que su reino no era de este mundo; mas hoy se presenta en la ciudad de David, entra triunfante en Jerusalen, lleno de paz y mansedumbre, pues ha llegado la hora de manifestarse como libertador del pueblo; no con el terror de la fuerza y de la espada, sino adornado de las excelsas virtudes que allanan el camino que conduce á los fieles á la bienaventuranza.

Ea pues, católicos, ¿estáis dispuestos á completar el triunfo de Jesus, con la santidad y ejercicio de las costumbres cristianas? ¿Estáis dispuestos á dejar para siempre los caminos de la perdicion? No hay conquista mas preciosa á los divinos ojos que la de los humildes y contritos corazones. ¡Ay de vosotros, si Jesucristo no entra primero en ellos! Hallaréis como las vírgenes fatuas, cerradas las puertas del Esposo divino; no marcharéis por los caminos de la vida eterna. Será posible? Ó dolor! ¡qué sentidos lamentos afligen los oídos piadosos! La tribulacion y quebranto de la Iglesia, y la desolacion y ruina de la patria convierten los cánticos de gozo en sentidos clamores que penetran el cielo; el santuario se llena de lúgubres lamentaciones, en desagravio de los ultrajes que se cometen en nuestros dias contra la majestad de Dios. La esposa inmaculada del cordero yace cubierta de luto, rasgada y salpicada con sangre su túnica preciosa, despedazado su seno por los esfuerzos de la

impiedad, por el desenfreno de las costumbres de los que se dicen sus hijos, empeñados en desterrarla del suelo clásico de las virtudes. Embriagada con la amargura del ajenjo á la vista del cuadro melancólico, sombrío y desolador que ofrece un estado de cosas é ideas, tan cruel que tiende á la perdicion de las almas redimidas con la sangre de su divino Esposo, repite la sentida exclamacion del Profeta: *Sálvame, Señor, porque las aguas han entrado hasta mi alma*, y sus fieles hijos responden: *¿cuándo querrá el Señor que salga la paloma del arca mística, y torne á nosotros con el ramo de oliva?* El Señor lo sabe, señores; á nosotros toca solo adorar los arcanos de la Providencia, que guiando la nave por entre las negras y furiosas olas del averno y del siglo, haciendo sentir á los pecadores el golpe y amargura de las aguas, á todos nos llama para conducirnos, dentro de ella, al suspirado puerto de la paz.

Este venturoso dia tal vez no está léjos de nosotros, si todos los hombres de probidad y de saber, si todos los varones que no doblaron la rodilla ante el ídolo de Baal, uniendo sus esfuerzos al celo de los pastores, pelean con valor seguros de vencer, sin otras armas que la oracion, el ejemplo y sana doctrina, que esparciendo en todas partes la fragancia de las virtudes, serán el terror de la impiedad y de los vicios que devoran la sociedad moderna; se hundirá en el abismo la multitud de libros y folletos inmorales; cesarán las horribles imprecaciones del blasfemo, y las conversiones aplacarán la ira de Dios, tan declarada contra los delitos de los hombres. Tal es el objeto de la solemne procesion que acabamos de hacer, tan alto el fin que nos ofrecen sus augustos misterios. Los ramos de oliva son el símbolo de la paz que nos dejó y nos promete el Señor; las palmas el emblema de la victoria contra el furor de los vicios y el desenfreno de las pasiones. Sin esta victoria no podrá entrar el divino Salvador en nuestros corazones por la comunion pascual, sin hacernos reos de un castigo eterno. Si los que estando inmundos tocaban la carne muerta de los toros, eran castigados con pena de muerte por la ley de Moises, ¿qué será de los pecadores que con un corazon inmundo tocan y profanan la carne viva é inmaculada de Jesus? exclama san Basilio. Si tendemos la vista sobre la conducta de muchos cristianos, ¿creerán estos que reciben á Jesucristo en la eucaristía? No es posible, porque si vieran que este singular favor estaba vinculado á un

corto número de fieles, sin duda creerian que estos estaban obligados á purificar sus corazones en la soledad y santidad posible á sus costumbres, para recibir en sus pechos á Jesucristo.

Luego los cristianos han perdido la fe; luego sus clamores y deseos no pasan de sus labios, semejantes á las aclamaciones de los judíos que le recibieron hoy con los ramos, para clavarle mañana en la Cruz; y son mil veces peores, porque le ultrajan y crucifican todas las veces que comulgando sacrílegamente, sin abandonar los vicios ni las ocasiones del pecado, colocan el cuerpo santísimo de Jesus en el local inmundo de su corazon; el Santo por excelencia queda horriblemente profanado, y cúbrense los cielos de luto, viendo el pan de los ángeles arrojado á los perros. ¿Qué mucho pues que tamaños ultrajes y delitos sean seguidos del escarnio, de la impiedad, de la disolucion, de la proscripcion del cristianismo? ¿Qué viene á ser en tal caso la procesion de ramos ó la mística entrada triunfal de Jesus en nuestros corazones? Lo mismo que la cruz, *necedad para unos y escándalo para otros* (1); pero no, católicos; apresurémonos á neutralizar los esfuerzos que hace el príncipe de las tinieblas para apagar la antorcha de nuestra fe.

Si los incrédulos se mofan de los santos misterios, los hijos fieles de la Iglesia los celebran con ternura, y el aniversario del triunfo de nuestro Salvador nos hace derramar lágrimas de alegría, tributando á su nombre, como los hijos de Judá, nuestras alabanzas y bendiciones. Si los enemigos de Jesus y de su santa Religion desprecian las augustas ceremonias de la Iglesia, madre divina y amorosa que los ha criado á sus pechos con la leche de su doctrina celestial; si á ingratitud tan monstruosa añaden la blasfemia del santo nombre del Señor, nosotros en desagravio de tantas ofensas y en señal de gratitud á tantos favores, digamos con los niños de los hebreos : *Hosana al hijo de David!* ¡Bendicion y loores al que viene en nombre del Señor para salvarnos! Hagamos á nuestro buen Jesus el obsequio de nuestro corazon, como á nuestro Dios y nuestro buen pastor; nosotros que somos su pueblo y ovejas de su rebaño, como hijos de la Iglesia santa, una, católica, apostólica, romana, fuera de la cual no hay salvacion, así como los que se hallaron fuera

(1) I. *Cor.* c. 1. v. 23.

del arca de Noé, figura de la Iglesia, todos perecieron en el diluvio universal.

Dios santo é inmortal! á vos se debe la gloria y el honor, la bendicion y alabanza, que os tributamos, solo porque derraméis sobre nuestras almas la compasion y la misericordia. Al entrar hoy con vos en Jerusalen, con ramos de oliva en las manos, os pedimos el triunfo de nuestros corazones : dignáos pues; para merecer tan singular favor, de purificarlos con la santidad de la vida y adornarlos con las virtudes de nuestros mayores, para que merezcan ser templos del Dios vivo. Cesen por nuestra parte, amados fieles, los escándalos del vicio y de la impiedad, y volverán los tiempos de nuestra prosperidad y gloria. Cumplamos el suave precepto del amor con la humildad y mansedumbre de Jesus, y ceñiremos la corona de la justicia en la celestial Jerusalen. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HOMILÍA.

LA HUMILDAD DE CORAZON
CONDUCE DIRECTAMENTE Á LA BIENAVENTURANZA.

PARA LA DOMINICA DE RAMOS.

(DE GONZÁLEZ.)

Dicite filiæ Sion : ecce Rex tuus venit tibi mansuetus, sedens super asinam et pullum filium subjugalis.

Decid á la hija de Sion : hé aquí tu Rey viene manso para ti, sentado sobre una asna y un pollino de la que está bajo de yugo.

S. Mateo, c. 21. *v.* 5.

Para que en ningun tiempo pudiera olvidar el pueblo de Israel la misericordia inapreciable con que le sacó el Señor de la dura esclavitud que sufria en el Egipto, le ordenó entre otras cosas que celebrara todos los años la solemnidad de los tabernáculos, en la que con ramos de palmas y otros árboles manifestase su regocijo en la presencia de Dios por espacio de siete dias. De este modo, decia el Señor á los israelitas, obligaréis á vuestros hijos á que tengan siempre en su memoria cuáles fueron las primeras casas que habitasteis despues de vuestra deseada libertad. Á imitacion suya determinó la Iglesia casi desde su orígen que todos los años renovasen en este dia los cristianos, con iguales demostraciones de júbilo, la memoria de la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalen para sacarlos de una esclavitud mucho mas penosa, y ponerlos en una libertad infinitamente mas apreciable : tal es el objeto de la presente festividad.

El Salvador de los hombres, enemigo declarado de las glorias mundanas, que por medio de una pronta huída supo evitar algun tiempo ántes que el pueblo le aclamase por su rey, llama hácia sí la atencion de los judíos con un milagro mucho mas brillante que los anteriores, cuando ve aproximarse el tiempo de su sacrificio, y determina despues entrar en la ciudad por medio de un inmenso pueblo, que con ramos en las manos y tendiendo sus vestiduras en el suelo, para que pasase sobre ellas el jumentillo en que iba sentado, le acompaña con las demostraciones de un júbilo verdaderamente religioso, entonándo sin cesar los mas solemnes himnos en honor y gloria del que reconocian por Rey de Israel. En esta suposicion ¿le agradará hoy la gloria mundana, que tan expresamente reprobó y condenó entónces? De ningun modo : lo que le agrada es vernos caminar por la senda segura de la gloria celestial. Este es el fin, este es el objeto de su reinado; por lo que debemos tomar una parte mas activa que los ciegos judíos en el regocijo de esta solemnidad.

Á esto es á lo que trato de exhortaros con la brevedad que exigen las circunstancias de este dia. Si consigo haceros despreciar los honores que suele tributar el mundo para seducir á los mortales, tengo conseguido mi objeto. Pidamos al Señor esta gracia por conducto de aquella Señora, que por su extremada humildad mereció ser elevada sobre todas las criaturas, rezándole con la mayor devocion el *Ave María.*

Una de las cosas que mas afligian á los israelitas en el tiempo de su desgracia, era la falta de un rey de su nacion que pudiera defender sus derechos y sacarlos de la penosa opresion en que se hallaban. De esto se lamentaban los compañeros de Daniel en medio de las llamas (1); esto lloraba Jeremías con lágrimas abundantes, y el Dios de los profetas no hallaba otro consuelo á su dolor que ratificarles la solemne promesa de enviarles algun dia aquel Rey justo, fuerte y pacífico en que tenian cifradas todas sus esperanzas. Despues de anunciarles una felicidad que colmara de júbilo á todo Israel, de terror á los caldeos y de admiracion á todas las naciones, compendia todos y cada uno de los bienes, de cuya reunion habia de resultar su

(1) *Dan.* c. 3.

felicidad, reduciéndolos á su verdadero principio. *Yo*, dice (1), *haré que de la familia de David nazca un hombre justo, un Rey sabio, un príncipe poderoso, que seguramente ha de salvar á todo Israel, haciéndole vivir en adelante libre de temores y lleno de la mas segura confianza.* En los mismos términos con muy corta diferencia lo promete á Daniel y á los demas profetas, añadiendo las circunstancias de la duracion, solidez y extension de su reino, y determinando el tiempo en que habia de tener su principio.

No era posible que los judíos en general ignoraran estas circunstancias, como que eran el fundamento de la Religion que los distinguia de los gentiles: tampoco es posible que las ignoren los cristianos; mas por si ocurriera á alguno la menor duda, quiero desvanecerla completamente en mi discurso.

No se puede llamar profecía, sino una relacion circunstanciada de lo ocurrido en Jerusalen, lo que tantos años ántes habia dicho Zacarías por estas palabras (2): *entrégate, ó hija de Sion, al mas completo regocijo; manifiesta con las mas expresivas demostraciones tu inmenso júbilo, hija de Jerusalen, porque hé aquí que viene tu Rey justo y salvador, pero pobre y humilde, sentado en una jumenta y en un hijo aún tierno de la misma bestia.* Podemos desafiar á todos los judíos, dice el P. san Juan Crisóstomo, á que nos digan si han visto á alguno de sus reyes en semejante cabalgadura; si han tributado en algun tiempo iguales honores á un rey, que no trae mas insignias de su poder y majestad, que la mansedumbre y la pobreza. Es verdad que jamas habian visto á un rey, que tuviera poder de resucitar á los muertos ya corrompidos en el sepulcro, hasta que vino Jesucristo; mas ¿por qué este poder sobre los difuntos le ha de dar un derecho de dominar á los vivos? ¿En qué consiste que al desatar los apóstoles las caballerías, que de ningun modo les pertenecen, nadie se les resiste, ántes bien se las dejan llevar como si fueran propias, con solo decir: *el Señor las necesita?* ¿Quién, sin tener antecedente alguno, reúne en un mismo momento á todo el pueblo, le obliga á cubrir de ramos el camino, á tender por él sus vestidos; para que sirvan de alfombra á los viajeros? ¿Quién pone en las lenguas de todos los habitantes,

(1) *Jerem. c. 23. v. 5.*
(2) *Zachar. c. 9. v. 9.*

hasta de los simples parvulillos, unas mismas aclamaciones, unos mismos elogios, unas mismas palabras?

Obstinados fariseos, aprendéd de los sencillos é ignorantes lo que se debe al Redentor de los hombres y Criador del universo: acabád de conocer que de las inocentes bocas de los niños saca la divina Sabiduría unas alabanzas las mas justas y solemnes, unos elogios capaces de confundir á sus mismos enemigos. Reconocéd en este glorioso acontecimiento que el Señor revela á los humildes, á los necios en concepto del mundo los arcanos mas interesantes; esos misterios que oculta justamente á los hinchados filósofos. ¿Cómo es posible si no, que el pueblo ignorante comprenda mejor en esta ocasion el sentido de las Escrituras que los doctores de la ley? ¿En qué consiste que ese dichoso pueblo entendió, como acabáis de oirlo á la Iglesia, que el solemne triunfo con que el Nazareno entra en Jerusalen, es una representacion, es el preludio de la completa victoria, que muriendo viene á conseguir de la muerte, del pecado y del infierno? ¿En qué consiste que vea claramente, que la libertad que proporcionó Moises á sus padres en el Egipto, era muy inferior, no era una sombra siquiera de la que van ellos á conseguir por medio del Salvador?

No sin misterio, dice san Juan Crisóstomo, mandó el divino Maestro á sus apóstoles que le condujesen la jumenta, símbolo de los judíos, y el hijo de aquella, que representaba á los gentiles; y en sentir de san Gerónimo solo en este hizo su viaje, para manifestar la justa reprobacion de los judíos, y la feliz y graciosa eleccion de los gentiles. Estos gloriosos ascendientes de los cristianos, habitadores de todo el orbe, preparados ya con la doctrina de los apóstoles, iban á tomar sobre sí el suavísimo yugo de la ley, á depositar el inapreciable tesoro de la gracia, á reportar el beneficio incomparable de la redencion, que les llevaba el Deseado de las gentes, el Mesías suspirado, el Redentor verdadero de los hombres. No era pues para solos los judíos el triunfo, la libertad y la gloria que habia de merecer Jesucristo en Jerusalen. Este rey grande sobre todos los reyes, este Dios fuerte, á cuya voluntad nada puede oponerse de cuanto existe en el universo, este príncipe glorioso de la paz, que viene hoy, no á posesionarse de un reino temporal, sino á hacer la mas solemne manifestacion del incontestable derecho que le asiste para dominar completamente en el corazon

de todos los hombres; derecho que le compete por su naturaleza, como Hijo único del Rey de todos los reyes; derecho que reconquista por medio del triunfo que consiguió de las potestades infernales, que tan injustamente se lo habian usurpado, y á quienes derrotó del modo mas completo; derecho que adquiere de nuevo comprándonos á todos con el precio infinito de su sangre; derecho en fin, que nosotros mismos hemos tenido la dicha de confirmar, eligiéndole voluntariamente por nuestro rey y señor al incorporarnos en su Religion sacrosanta; este Rey, digo, viene hoy á traernos la paz mas feliz y duradera, deshaciendo el poder y enervando las fuerzas de todos nuestros enemigos. Qué consuelo tan inexplicable! Todos, todos sin excepcion van á quedar sumergidos, como los egipcios, en el Mar rojo de la sangre del Cordero. Ya no podremos experimentar una nueva guerra; y si algun enemigo, demasiadamente orgulloso y confiado en unas fuerzas que no tiene, se decide á hacernos frente, conseguiremos de él la mas completa victoria con solo querer vencerle. Este Rey todopoderoso no viene como Saúl á tomar para sí lo mas precioso de nuestras haciendas é intereses; dueño soberano de todos los tesoros de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, viene á hacernos participantes de todos sus bienes sin reserva alguna. No se propone sacrificar nuestras vidas, para vengar sus injurias personales y asegurar el cetro, cuya posesion debe á una injusta usurpacion, sino sacrificarse á sí mismo para librarnos de una terrible y eterna desgracia, y colocar sobre nuestras cabezas la corona inmortal de su gloria. No es un déspota que trata de aterrarnos y hacernos enmudecer con sola su presencia; es un abismo de humildad y mansedumbre que oculta todo el brillo de su majestad y grandeza, para facilitarnos el acceso al trono de sus misericordias; para que depuesto todo temor nos lleguemos á él como al padre mas tierno y cariñoso: es un modelo de generosidad que nos inspira la mas segura confianza, nos manifiesta los mas vivos deseos de que le roguemos, y empeña su palabra de acceder siempre á lo que le pidamos, si no es contrario á los designios de su providencia y á nuestro bien. Más aún; él mismo pide por nosotros, y cede en nuestro favor todos sus méritos, para que podamos exigir por un derecho de rigurosa justicia el galardon que tiene prometido á sus adoradores. No viene, como los Alejandros, á conquistar el mundo á costa

de millares de víctimas sacrificadas á su ambicion desmedida, sino á darnos el cielo conquistado con su preciosa sangre. No viene á alimentarse de nuestra sustancia y regalarse con el producto de nuestro sudor, sino á darnos en alimento su cuerpo y sangre, su alma y divinidad.

¿Qué mas puede decirse, ni qué otra cosa podemos apetecer nosotros? Por ventura seríamos capaces, ni aún de imaginar, una felicidad tan inmensa, si él mismo no nos la hubiera propuesto? Ved si decia con fundamento en el principio de este discurso, no solo que debíamos entregarnos á la mas pura alegría, sino tomar ademas en esta solemnidad una parte mas activa que los judíos! *Exulta satis*, os diré con Zacarías (1): saltád de alegría y regocijo, al presenciar la feliz aclamacion de Jesucristo por rey soberano de todo el universo. *Exulta satis:* entregáos á las mas excesivas demostraciones de enajenamiento, al veros admitidos en este venturoso dia á la participacion de un reino tan feliz y glorioso. *Exulta satis:* celebrád con el regocijo mas puro, humilde y religioso los triunfos de nuestro Salvador, poniendo á sus piés esos miserables fomentos de nuestra vanidad y soberbia, y adornando con lo mas bello y florido de las virtudes el camino por donde quiere conducirnos á sus eternos palacios. *Exulta satis:* entonád, aunque á despecho de las potestades infernales, en honor de quien tantos bienes os proporciona, los mas sonoros himnos de bendicion y alabanzas; y si algun dia os abriere por medio de la cruz y de la tribulacion las puertas del templo de la inmortalidad, mezclád las lágrimas de una humilde gratitud al copioso llanto, que arranca de sus divinos ojos la consideracion del peligro en que nos ve de precipitarnos en la mayor de las desgracias. Detestád ese fausto, ese brillo aparente de la gloria mundana; huíd, como de vuestros mas perjudiciales enemigos, de los que os tributan elogios, que aunque sean justos, pero pueden seros muy funestos excitando algun sentimiento de orgullo. Mezcláos y mezclémonos todos con los verdaderamente humildes y mansos de corazon, para exclamar en alta voz: bendito sea el que viene en nombre del Señor; viva por una eternidad nuestro divino Rey; viva y reine en nuestras almas para siempre: viva y vivamos en su compañía en la gloria por los siglos de los siglos. Amen.

(1) *Zachar. c. 9. v. 9.*

PLÁTICA

SOBRE

LAS DISPOSICIONES PARA LA COMUNION [1].

PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

(DE CHEVASSU.)

Dicite filiæ Sion: ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.

Decid á la hija de Sion: hé ahí á tu Rey que viene lleno de mansedumbre.

S. Mateo, c. 21. v. 5.

Estas palabras de san Mateo en el Evangelio que la Iglesia canta en este dia, envuelven en sí el cumplimiento de la profecía de Zacarías, perteneciente á Jesucristo, aquel rey pacífico, cuya entrada triunfante en la ciudad de Jerusalen nos representa hoy nuestra madre la Iglesia, para obligarnos á prepararle otra aún mas honrosa en nuestros corazones por medio de la santa comunion. Nosotros, hermanos mios, como ministros de este Rey de la gloria, estamos encargados de publicar su triunfo y anunciar su llegada á cada alma figurada por la hija de Sion: *dicite filiæ Sion*. Pues, cristianos, ved ahí á vuestro Rey: *Ecce Rex tuus*. Es el mas justo de todos los reyes en sus conquistas, puesto que nos ha conquistado á costa de su sangre. Es el mas liberal y desinteresado en sus comunicaciones; se da indiferentemente á todos, á los pobres como á los ricos, á los últimos y mas miserables, como á los primeros y mas distinguidos entre los hombres: *Venit tibi;* viene para cada uno de nosotros. Es

(1) Sobre esta materia se ha puesto una doctrina de Santander en la página 169 del tomo cuarto de los sermones de *Mision*.

un rey tan lleno de bondad, que se digna venir á hospedarse dentro de nosotros bajo la extension de una pequeña hostia, y hacer su entrada en nuestras almas bajo las pobres especies de pan, figuradas en la humilde disposicion con que hizo su última entrada de Jerusalen; y pues él tiene sus delicias en venir á nosotros, hagamos nosotros, cristianos, todos los esfuerzos posibles para recibirle bien.

Á esto nos ha exhortado incesantemente la Iglesia en todo este tiempo de cuaresma; y para despertar nuestra atencion, aún nos advierte hoy que está cerca este Rey de la gloria; á fin de que redoblemos nuestros cuidados y correspondamos en el modo de recibirle al honor que nos hace: *Ecce Rex tuus venit tibi*. Convencidos de la importancia de esta grande accion y de la necesidad de prepararnos para ella, sin duda desearéis saber, qué es lo que debéis practicar para recibirle bien. Á esto procuraré satisfacer en este discurso, en el cual explicaré primero, qué es lo que se debe hacer ántes de comulgar; y segundo, qué es lo que se debe hacer despues de la comunion. Las disposiciones para la comunion y la accion de gracias despues de la comunion, son los dos puntos en que voi á ocuparme.

PUNTO PRIMERO.

Cuando estamos para recibir la comunion del cuerpo y sangre de Jesucristo, debemos, como dice san Efren hacer á Dios esta oracion: concedédnos, Señor, la fe, la santidad y el deseo con que debemos llegar á recibiros: *Largire, ut cum fide, desiderio ac sanctificatione accedamus* (1). La eucaristía es un gran misterio; es necesario acercarse á él con fe: *Cum fide:* es un sacramento de vivos, es necesario recibirlo en estado de gracia: *Cum sanctificatione:* es un misterio de amor; es necesario tener un gran deseo de participar de él: *Cum desiderio*. Así la instruccion de la fe, la pureza de conciencia y el deseo de alimentarnos de Jesucristo, son las principales disposiciones con que se debe venir á comulgar.

I. Noto en el Evangelio, que lo primero que hizo Jesucristo, cuando quiso instituir la eucaristía, fué probar la fe de sus discípulos. *Id*, les dice, *y preparád lo que se necesita para comer*

(1) *De extrem. judicio et compunctione.*

la Pascua (1). Señor, ¿á dónde queréis que vayamos, respondieron ellos, no teniendo casa ni facultades para buscarla? Qué queréis que hagamos? *Ubi vis paremus tibi comedere Pascha?* (2) Id á la ciudad, continúa Jesucristo, y al entrar en ella encontraréis un hombre cargado con un cántaro de agua: seguídle y decídle: nuestro maestro quiere celebrar la pascua en vuestra casa con sus discípulos. Inmediatamente os enseñará un cuarto grande bien alhajado: preparád en él todo lo que sea necesario. Los discípulos lo creen, se ponen en camino, y lo encuentran todo como Jesucristo se lo habia dicho: *Et invenerunt sicut dixerat illis* (3). Ved ahí la primera virtud que exige de ellos, ántes de darles el sacramento de su cuerpo y de su sangre; conviene á saber, la fe; y esta es tambien la primera disposicion que nos pide para comulgar. Cuando nos acercamos á Jesucristo, debemos hacerlo, dice san Pablo, con un corazon sincero y con plenitud de fe: *Accedamus cum vero corde et in plenitudine fidei* (4). Es necesario que el Salvador habite en nosotros por la fe, ántes que le recibamos por medio de la santa comunion.

Mas cuál debe ser nuestra fe? Debe ser ilustrada, obediente y respetuosa. Primero, debe ser ilustrada: es necesario estar instruídos de las verdades que la Iglesia nos enseña tocante á este adorable misterio, particularmente en este tiempo, en el cual los herejes de los últimos siglos, habiendo abandonado la fe de sus padres, se han esforzado á pervertir y corromper la de los católicos. Segundo, nuestra fe debe ser obediente y libre de toda curiosidad, como dice san Cirilo Alejandrino: *In susceptione divinorum mysteriorum fidem nos habere oportet omnis curiositatis expertem* (5). Nuestros sentidos no tienen parte alguna en este misterio; vemos una cosa, y debemos creer otra; gustamos una cosa, y debemos sentir y estar persuadidos de que es otra: *Ne judices rem ex gustu*, nos dice san Cirilo Jerosolimitano. La fe os debe dejar plenamente convencidos de que comulgando, recibís verdaderamente el cuerpo y sangre de Jesucristo: *Sed citra ullam dubitationem fides certum reddat, quod sis dignus factus, corporis et sanguinis Christi particeps fieri* (6). No solo debemos cautivar nuestros sentidos bajo el yugo de la fe, sino tambien nuestro entendimiento. Persuadidos que nuestros misterios son superiores á la razon humana, no digamos, ¿cómo podrá ser que Jesucristo nos dé á comer su carne y á beber su sangre, y que su mismo cuerpo que está en el cielo esté en el santísimo Sacramento? Este *Quomodo* es el que apartó de Jesucristo á los judíos de Cafarnaúm, como lo nota san Cirilo Alejandrino (1). *Si no coméis mi carne y no bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros.* ¿Cómo, replicaron ellos, cómo puede este hombre darnos á comer su carne? Esto es cosa dura; quién tendrá paciencia para oirla? *¿Durus est hic sermo, et quis potest eum audire?* Duro es, dice san Agustin, explicando estas palabras (2); pero para los incrédulos: *Durus est, sed incredulis.* Duro es, pero para los herejes, que semejantes á los judíos carnales, quieren mas abandonarse á vanos razonamientos, que deferir á la autoridad de Jesucristo y de la Iglesia: *Durus est, sed incredulis.* Pero nosotros, hermanos mios, nosotros que nos gloriamos de ser hijos y discípulos de los apóstoles, reconozcamos con san Pedro, que Jesucristo tiene palabras de vida eterna, y creamos, sin que nos quede la menor duda, cuanto nos ha dicho de este adorable misterio. Tercero, nuestra fe no solo debe estar exenta de toda curiosidad, sino tambien llena de respeto. Cuando vamos á comulgar, debemos acercarnos con un santo temor. Si el rey os convidara á su mesa, ¿cuál seria vuestro respeto y vuestra modestia? Pues considerád, como dice san Juan Crisóstomo (3), que sois llamados á la mesa del Rey de los reyes; que el mismo Dios os presenta en ella la carne de su Hijo Jesucristo; ¿cuál deberá ser vuestro respeto en esta ocasion? Y en medio de eso, ¿cómo asistís á este divino banquete? Confesáis la presencia real de Jesucristo en la eucaristía, y tratáis á este sacramento sin religion y sin piedad. ¿De qué os sirve decir que no dais ninguna señal de ello? Acabo de haceros ver, que la fe es la primera disposicion con que debéis venir á comulgar.

II. La segunda es una gran pureza de conciencia, disposicion que se nos manda expresamente en estas palabras del Apóstol (4): *Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat, et de calice bibat.* ¿Qué quiere decir en esto san Pablo, pregunta san Gregorio, sino que echemos fuera de nuestro corazon la

(1) *Luc. c. 22. v. 8.* (2) *Matth. c. 26. v. 17.* (3) *Marc. c. 14. v. 16.*
(4) *Hebr. c. 10. v. 22.* (5) *Lib. 4. in Joann.* (6) *Cathec. mystag.*

(1) *Cyr. Alex lib. 4. in Joann. 6.* (2) *Serm. 2. de verb. apost.*
(3) *Hom. 33. in Christ. nat. 5.* (4) *I. Cor. c. 11. v. 28.*

malícia del pecado para acercarnos á la mesa del Señor? (1). *Quid est enim hoc loco probare, nisi evacuata peccatorum malitia, se probatum ad dominicam mensam exhibere?* Ved aquí cómo san Juan Crisóstomo establece la necesidad de esta disposicion en una de sus homilías sobre la Epístola á los hebreos, en la cual no nos propone precisamente su parecer, sino que explica las palabras, que segun el uso de su tiempo se decian en la Iglesia durante la celebracion de los santos misterios, *Sancta sanctis*. Para que nadie, expone el santo (2), pueda decir, yo no tenia noticia del peligro que acompaña á esta accion, el sacerdote puesto sobre un lugar elevado levantaba la mano, como los reyes de armas cuando publican los decretos del príncipe, y haciendo resonar su voz en medio de un profundo silencio que imprime el respeto y el temor, llama á los unos y desecha á los otros. Y aunque no haga esta separacion con las manos, su lengua la hace con mas eficacia que pudiera hacerlo su misma mano, porque pronuncia públicamente estas palabras: las cosas santas son para los santos; es lo mismo que si dijera: si hay alguno que no sea santo, no se llegue á esta mesa: *Si quis non est sanctus, non accedat.* No es necesario detenernos mas en establecer esta verdad, porque nadie ignora que siendo la eucaristía un sacramento de vivos, es preciso estar en gracia para acercarse á él. Si no os halláis en este estado, recurrid á la penitencia, como dice el Concilio de Trento (3), es decir, confesád vuestros pecados arrepintiéndoos de ellos; formád un firme propósito de no volver á cometerlos, y expiádlos de suerte que merezcáis que se os perdonen por una verdadera absolucion. En una palabra, pecadores, debéis mudar de vida, si queréis recibir la vida, como dice san Ambrosio (4): *Mutet vitam, qui vult accipere vitam.*

III. La tercera disposicion para comulgar dignamente, es un verdadero deseo de uniros á Jesucristo en la eucaristía, para reconocer en algun modo el que tuvo su Majestad de comunicársenos en este adorable sacramento, y que nos dió á entender por estas palabras que dijo á sus apóstoles: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum* (5). Ay! pues que el mismo Jesucristo ha deseado tanto celebrar esta Pascua con nos-

(1) *Lib. 2. in I. Reg.* (2) *Hom. 11. in Epist. ad hebr.*
(3) *Sess. 13. de euchar.* (4) *Serm. 4. Adv.* (5) *Luc. c. 22. v. 15.*

otros, ¿no será muy justo, hermanos mios, que deseemos tambien nosotros celebrarla con él? Mas para no engañarnos sobre una disposicion tan necesaria, examinemos cuál debe ser este deseo. Debe ser sincero y verdadero: *Debemus esurire Christum cibum nostrum, intimo corde considerando*, dice santo Tomas (1). Este deseo no debe provenir de una devocion ligera é indiscreta, que solo busca distinguirse por las exterioridades de la piedad; debe salir del fondo del corazon, que sintiendo su miseria recurre al único que puede curarlo, y que absteniéndose perfectamente de todo lo que desagrada á Dios, merece ser saciado en este divino banquete y participar plenamente de la virtud de este augusto sacramento, como dice san Gregorio el Magno (2): *Non saturantur nisi famelici, quia vitiis perfecte jejunantes, divina sacramenta percipiunt in plenitudine virtutis.* Antes de llegar á la sagrada mesa del altar, es necesario, sirviéndome de la expresion de Job, suspirar: *Antequam comedam suspiro* (3): con suspiros de dolor y penitencia por nuestros pecados pasados que nos hacen indignos de acercarnos á ella; con suspiros de humildad y de confusion á vista de la poca disposicion con que nos presentamos; con suspiros de amor y celo por conseguir las gracias que Jesucristo nos ofreció; con suspiros en fin, que nos hagan buscar este divíno alimento con el mismo ardor, con que el ciervo desea apagar la sed en las fuentes de las aguas, segun la expresion del real Profeta (4): *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus.* Considerád bien, hermanos mios, esta comparacion; reflexionád la energía y la eficacia de aquel *quemadmodum*. Mirád con cuánta ligereza corre el ciervo sediento á las fuentes, y corréd vosotros, os dice san Agustin, de ese mismo modo á las aguas de la gracia: *Impigre curre, impigre desidera fontem* (5). Los naturalistas notan que el ciervo tiene la virtud de atraer con el aliento las serpientes que están en los agujeros de la tierra; pero que despues de haberlas comido, de tal manera enciende sus entrañas este alimento, que si no encuentra agua prontamente, muere sin remedio. Pues á la manera que el ciervo en este estado atraviesa con la mayor celeridad las montañas y los collados, apresuráos

(1) *Opusc. 48. de Sacram.* (2) *Lib. 2. in Reg.* (3) *Job, c. 3. v. 24.*
(4) *Psalm. 41. v. 1.* (5) *Aug. in hunc Psalm.*

vosotros á buscar á Jesucristo, y decidle: Señor, mi alma os desea y suspira por vos: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus.* Las serpientes que debéis devorar y consumir, añade el mismo Padre, son vuestros vicios y vuestras imperfecciones: *Serpentes vitia tua sunt:* consumíd las serpientes de iniquidad, y entónces desearéis con mas ardor la fuente de la verdad: *Consumme serpentem iniquitatis, et tunc desiderabis fontem veritatis.*

Ved ahí las disposiciones con que debéis venir á comulgar. Pues ahora bien, hermanos mios, ¿habéis traído estas disposiciones, cuando os habéis acercado á la sagrada mesa? ¿Habéis tenido aquella fe viva, llena de temor y de respeto que exige este adorable misterio? ¿Habéis tenido aquella pureza de conciencia que es el vestido nupcial, sin el cual, como se os ha dicho muchas veces, no podéis asistir á este divino banquete? ¿Habéis tenido aquel ardiente deseo de alimentaros de Jesucristo, que es un efecto del amor que le debéis, y que incesantemente os debe mover á corregiros de vuestros defectos y adquirir las virtudes que os faltan? Dejo á vuestro cuidado el examinaros sobre todo esto, porque ya es tiempo de deciros dos palabras sobre lo que debéis hacer despues de comulgar, que es la materia del

PUNTO SEGUNDO.

Lo primero que debemos hacer despues de haber comulgado, es dar gracias al divino Huésped, que nos ha hecho el honor de venir á hospedarse en nuestra casa, anonadarnos en su presencia, explayar nuestro corazon en alabanzas, reconocer nuestra impotencia para dárselas debidamente, y convocar á todas las criaturas á que le alaben por nosotros en reconocimiento de tan gran beneficio. Esto nos da á entender el sacerdote, cuando así que se aparta del altar, empieza inmediatamente á rezar el cántico: *Benedicite omnia opera Domini Domino etc.*, convidando á cuanto hay en el mundo, á que bendiga á Dios por él. Esto mismo nos enseñaron los apóstoles con su ejemplo, porque, como dice expresamente el Evangelio, despues de haber celebrado este divino misterio, rezaron un cántico de accion de gracias y fueron despues á continuar su oracion al monte de las

olivas: *Et hymno dicto, exierunt in montem Oliveti* (1). Y notád que Júdas no lo hizo, sino que despues de haber comulgado indignamente, salió al punto para ir á entregar á Jesus á los judíos. Seamos pues fieles en el cumplimiento de esta obligacion. Habéis comulgado; pues sabéd que el don que habéis recibido es el mas excelente de todos los dones y el precio de nuestra redencion. ¡Ó alma cristiana, si conocieses que el don que Dios te hace, es de todo un Dios: *Si scires donum Dei* (2), cuál seria tu aplicacion á darle gracias!

Lo que debemos hacer en segundo lugar, despues de la comunion, es conversar con Jesucristo, ofrecerle todo cuanto somos, exponerle nuestra miseria y nuestras enfermedades, suplicarle encarecidamente se apiade de nosotros, pedirle las gracias que necesitamos para trabajar en el negocio de nuestra santificacion. *Dic animæ meæ, salus tua ego sum* (3): Señor, pues que estáis viendo mi pobreza y mi miseria, concedédme las virtudes que me faltan; la victoria de las tentaciones que me ponen continuamente en peligro de perecer; la gracia de santificarme en mi estado, cumpliendo santamente con mis obligaciones. Nuestra alma, dice Ricardo Victorino, es como un jardin cultivado por el mismo Jesucristo, el cual planta en él muchos y buenos árboles, para que le devolvamos los frutos. Por eso cuando la Esposa de los cantares convida con su casa á su Esposo, le dice, no solamente que venga á su jardin, sino tambien que venga á comer de la fruta de sus árboles: *Veniat dilectus meus in hortum meum, et comedat fructum pomorum suorum* (4). Almas fieles, ved ahí lo que debéis hacer despues de la comunion: convidád á Jesucristo á que venga á vuestro corazon como á su jardin, no para ver en él las flores y las hojas de una higuera infructuosa, sino para recoger los buenos movimientos, los pensamientos piadosos y los santos afectos que él mismo os ha inspirado. Como solo él es el que da el acrecentamiento á todas las cosas, pedídle eche su bendicion sobre vuestros buenos designios; suplicádle haga que deis frutos dignos de presentársele.

Lo que debemos hacer en tercer lugar, despues de haber recibido á Jesucristo por medio de la santa comunion, es formar un firme propósito de permanecer siempre unidos á él, pues

(1) *Matth.* c. 26. v. 30. (2) *Joann.* c. 4. v. 10. (3) *Psalm.* 34. v. 3. (4) *Cant.* c. 5. v. 1.

este es el fin que se propuso en la institucion de este sacramento. Jesucristo, dice san Juan (1), sabiendo que se le llegaba la hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado á los suyos, que le habian acompañado en la tierra, quiso darles la última prueba de su caridad, instituyendo este augusto sacramento en testimonio de que los amaba hasta el fin: *In finem dilexit eos.* Llegando á tratar de su sangre, no habla de ella como de la sangre de un testamento figurativo y pasajero, sino como de la sangre de un testamento nuevo que habia de durar perpetuamente: *Novi et æterni testamenti.* Este divino Salvador declaró á sus apóstoles, que estaria con ellos hasta la consumacion de los siglos: verdad que se ha cumplido á la letra en este adorable misterio, por medio del cual está al mismo tiempo en el cielo y en la tierra, y por un artificio admirable de su amor, satisface á las dos Iglesias, dándose á la una y á la otra realmente sin dividirse; á la triunfante, sin velo ni rebozo para ser objeto de su bienaventuranza; á la militante, bajo los accidentes de pan y vino, no solo para ejercitar su fe, sino tambien para ser el modelo de su fidelidad. Sí, de su fidelidad, porque tal es la intencion del Salvador; siendo esta su union con la Iglesia por medio de la presencia real y permanente figura, y aún lo que es mas, idea y principio de la union moral é indisoluble, que quiere tener por medio de la gracia con los que le reciben. *Como mi Padre, que me ha enviado, vive, y yo vivo por mi Padre, del mismo modo, el que me come, vivirá tambien por mí:* como si dijera: mi vida es la misma que la de mi Padre, yo vivo en él, y él vive en mí; el que come mi carne y bebe mi sangre, vivirá de la misma manera en mí y yo en él: *Et qui manducat me, et ipse vivet propter me.* Así que, cristianos, Jesucristo quiere habitar en nosotros, no por algunos momentos, por algunos dias, por algunas semanas ó por algunos años, sino para siempre. Cuando no por la presencia real, desea habitar en nosotros á lo ménos por su gracia; de suerte que despues de haber comulgado, no debemos vivir sino para él. *Et qui manducat me, et ipse vivet propter me.* ¿Qué diremos despues de esto de aquellos cristianos inconstantes, que así que acaban de comulgar, vuelven á cometer los pecados que al parecer habian dejado, que se empeñan de nuevo en los mismos

(1) *Joann. c.* 13. *v.* 1.

hábitos viciosos, que miran con la misma indiferencia el negocio de su salvacion, que están tan apegados al mundo y á sus vanidades, y que son tan vengativos, impuros, soberbios, avaros, etc., como ántes? ¿Será esto vivir por Jesucristo y para Jesucristo, y corresponder á los designios que tuvo en unirse á nosotros?

Si hemos sido omisos en la accion de gracias, y particularmente en este punto, procuremos ser mas diligentes en adelante. Perdonádnos, Señor, nuestras infidelidades pasadas y el poco fruto que hemos sacado de tantas comuniones. Inspirádnos el reconocimiento que exige de nosotros un don tan precioso, cual es el de vuestro adorable cuerpo, para que sea saludable para nuestras almas este manjar inmortal. Hacéd, Señor, que por la virtud de vuestra carne divina, vivamos y vivamos solo para vos. No sucede con este celestial manjar lo que con el maná de que se alimentaban los israelitas en el Desierto, que aún despues de haberlo comido, murieron; pues el que come con la debida disposicion este pan bajado del cielo, vivirá eternamente: *Qui manducat hunc panem, vivet in æternum.* Hacéd, Dios mio, que lo comamos de suerte, que por una fiel perseverancia en vuestra gracia merezcamos gozar todas las delicias de la gloria. Esto es, hermanos mios, lo que os deseo, etc.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE LA OBLIGACION DE CORRESPONDER Á LOS AVISOS DE DIOS.

PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

(DE EGUILETA.)

Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.
Hé aquí tu Rey viene manso para tí.
S. Mateo, c. 21. v. 5.

Hoy nos dice el Evangelio, amados fieles mios, que viendo Jesucristo se llegaba ya el tiempo de padecer y morir por nuestro bien y remedio, se acercó á Betfagé, poblacion pequeña, que estaba junto al monte de las olivas, y no léjos de Jerusalen; y que desde allí envió á dos de sus discípulos, que, segun san Hilario y san Vicente Ferrer (1), fueron Pedro y Felipe, á una pobre aldea, que estaba enfrente, advirtiéndoles que hallarian en ella una jumenta con su pollino; que la desatasen y se la trajesen; y que si alguno llegase á ponerles algun reparo, le respondiesen, que el Señor los necesitaba.

Obedientes los discípulos ejecutaron puntualmente lo que les mandó su maestro; y llevando la jumenta con su cria la prepararon con sus capas ó mantos, enfin con la mayor decencia que les fué posible, para que subiese á caballo el Redentor. Hízolo así Jesucristo, dando cumplimiento á una profecía de Zacarías (2); y de esta suerte se fué acercando á Jerusalen, de donde

(1) *Hilar. in Matth. c. 21. Vinc. Ferr. Serm. 2. hic.*
(2) *Zach. c. 9. v. 9.*

con la noticia de que iba el Salvador, salieron á recibirle con raras demostraciones de alegría y de honor. Unos echaban las capas en el suelo, para que pasase sobre ellas y le sirviesen de alfombras; otros cortaban ramos de oliva, de palma y de otros árboles, para hacer la entrada mas plausible; y todos entonaban aquella insigne aclamacion: *Hosanna filio David: benedictus, qui venit in nomine Domini*, que quiere decir, segun expone san Vicente Ferrer (1), ruégoos, Hijo de David, que nos salves en las alturas: bendito sea el que viene en el nombre del Señor; confesándole de esta manera por su rey, por su salvador y Mesías prometido.

Esta es, fieles mios, la letra del Evangelio, todo reducido, como habéis oido, á manifestar la pompa con que Jesucristo entró en la ciudad de Jerusalen; y esta solemnísima entrada significa en el sentido moral la que pretende hacer su Majestad en la mística Jerusalen, que es nuestra alma. Por eso dice el Evangelio, que viene para nosotros, *venit tibi;* para nuestro bien, para nuestra propia utilidad, para que salga el pecador del infeliz estado de la culpa, y corresponda despues agradecido á sus excesivas finezas. Si así lo haces, cristiano, lograste, dice san Juan Crisóstomo (2), los efectos de su venida; como por el contrario, dice el santo, si no te das por entendido, vendrá contra ti, el que viene para ti. Á consecuencia de esto, fieles mios, ha de ser mi asunto esta tarde, proponeros la suma importancia que nos va en corresponder á la vocacion de Dios, á sus auxilios, inspiraciones ó llamamientos. Oh qué punto este! Dios quiera darme acierto para proponerlo, y á vosotros atencion para escucharlo con fruto. Pidamos ántes la divina gracia, diciendo: *Ave María.*

Dos extremos, verdaderamente contrarios, son hoy, amados fieles mios, los que me tienen atónito y suspenso; y se reducen, á que así como en un instante, si lo aprovecha, puede mejorarse del todo una alma, que estaba en el último extremo de perdida, así tambien del mismo instante, si lo malogra, puede pender su eterna perdicion: en un instante aprovechado me

(1) *Vinc. Ferr. de Ram. Serm. 2.*
(2) *Chrysost. Hom. 23. in Matth. et Homil. 21. imperf.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

puedo salvar, y en el mismo instante malogrado me puedo condenar. Para decirlo mas claro: de corresponder ó dejar de corresponder á una inspiracion ó llamamiento de Dios en tal ocasion, que yo no sé cuál es, y solo Dios lo sabe, puede pender, ó mi salvacion eterna, ó mi eterna condenacion. Espantosa materia por cierto! ¡terrible punto, pero al paso que terrible, verdadero! *Territus terreo*, os digo con el grande Agustino (1): todo me lleno de espanto, de miedo y de terror.

Es del todo cierto y verdad católica, que todo esto, que á nuestros ojos y á nuestra ignorancia parece una contingencia ó un acaso, no lo es en realidad, sino disposicion altísima, que allá desde su eternidad la está Dios previendo con su infinita sabiduría. Acaso puede parecer el entrar en una iglesia y oir por entónces al predicador; acaso puede parecer el que se toque en una visita la conversacion espiritual, que hiera y punce el alma; acaso puede parecer el llegar á un confesor, cuyas verdades y desengaños le hagan sospechar con fundamento sobre sus confesiones y comuniones; acaso puede parecer el que se presente á los ojos un entierro, que le dé un vuelco al corazon; acaso puede parecer una desgracia ó una pesadumbre, que le manifieste los desengaños del mundo; y con todo eso no son acasos ó casualidades, sino medios de que Dios se vale para convertir al pecador, y de cuyo aprovechamiento puede pender nada ménos que la eterna salvacion.

Pues, católicos oyentes mios, hoy viene Jesucristo, como habéis oido, con vivos deseos de que le admitan los pecadores en sus almas, alistándose debajo de sus banderas y rompiendo la infame alianza, que han tenido hasta aquí con el demonio. ¿Quién sabe, si de esta ocasion está pendiente, ó su eterna dicha, si la logra, ó su condenacion eterna, si la pierde? ¡Ay, fieles mios, y qué contingencia tan formidable! Esto es lo que me hace temblar y estremecer todo de piés á cabeza, dice el apostólico Séñeri (2).

Válgame Dios! ¡que de corresponder ó no corresponder á una inspiracion ó auxilio, puede pender el salvarse ó condenarse! Así es, oyentes mios; artículo es de fe, y por consiguiente verdad infalible que no puede faltar. Justos y pecadores, cargád la consideracion sobre este punto. De un auxilio aprovechado, aunque parezca muy ligero, v. gr. no perder una doctrina, dar una corta limosna, sufrir con paciencia un desacato, y otro cualquiera que sea, puede pender vuestra felicidad eterna; como por el contrario, de un auxilio malogrado, aunque sea muy pequeño, puede pender vuestra eterna desgracia.

(1) *August. Homil.* 11. *int.* 50. (2) *Señeri, Serm.* 21. *quar.*

Volvéd pues ahora los ojos hácia vosotros mismos, y examinád cuántos avisos os ha dado la Majestad del cielo en esta cuaresma, para que miréis por la salud de vuestras almas; pero ¿quién podrá decirlos ni ponderarlos? Si damos una ojeada por los justos, hallaremos que les ha comunicado la bondad de Dios luces las mas vivas y penetrantes. ¡Oh cuántos auxilios, para que dejen aquel afecto oculto del corazon, que les inclina miserablemente á que los celebren y aplaudan de virtuosos! ¡oh cuántos avisos, para que mejoren de vida, cortando aquella inclinacion de hablar inútilmente, y aún de censurar el buen ó mal proceder de su prójimo! oh cuántas aldabadas, para que corten aquellas aficiones y complacencias de sí mismos, de sus prendas y de sus personas! ¡oh cuántos remordimientos sobre su paradero, despues de tan repetidas confesiones y comuniones! Si ponemos los ojos en los pecadores, veremos igualmente que no ha cesado la divina misericordia de llamar por varios medios á las puertas de su corazon. Oh qué latidos les ha dado tan crueles! qué sobresaltos tan tremendos! ¡qué angustias tan mortales, al considerar el estado miserable de sus almas! Aún hoy mismo, sin embargo de sus continuas deslealtades, viene de nuevo franqueándoles los tesoros de su piedad, *ecce Rex tuus venit tibi;* hoy viene mostrándose compasivo y con eficaces deseos, de que le aclamen por su Rey, poniéndose debajo de su divina proteccion, y dando de mano á la infame amistad, que han mantenido hasta aquí con su mas cruel enemigo, el demonio.

Hasta cuándo pues ha de durar la ingratitud? Almas cristianas, hombres que há tanto tiempo que vivís en el peligroso letargo de la culpa, ¿será posible que aún no se rinda vuestro corazon á vista de tanta piedad? Ya veis las repetidas aldabadas con que Dios ha llamado á las puertas de vuestro pecho; ¿será posible que aún os hagáis sordos y desentendidos! Siete dias, que son los de la semana, rodearon los sacerdotes con sus trompetas á la ciudad de Jericó en tiempo de Josué, y sin otras má-

quinas militares cayeron sus muros en el dia sétimo (1). Pues no siete dias solos, no una semana sola, sino siete hace ya que los sacerdotes del Señor andan cercando la ciudad de las culpas con las tubas ó trompetas de la predicacion evangélica; ¿y será posible que aún no caigan los muros de la viciosa Jericó! Á los cuarenta dias recibe la vida y alma el hijo varon en el vientre de su madre, segun dice, con el Filósofo (2) san Cirilo Alejandrino (3); esos mismos dias, ó muy cerca de ellos hace, que nuestra madre la Iglesia está formando varones en su seno para la campaña espiritual. Hijos de tan buena madre, ¡será posible que aún no tengáis alma de verdadera virtud y la vida verdadera de la gracia! ¿En qué os fundáis para tan grande ingratitud, arrojo y temeridad? ¿Quién sabe si este es el último aviso y desengaño, y por consiguiente pende de él, por no aprovecharlo, vuestra eterna condenacion? ¡Infelices de vosotros, si os sucede, como justamente lo podéis temer, en pena y castigo de tanta rebeldía y obstinacion!

No puedo negar, fieles mios, que está en manos de Dios el negocio de nuestra salud eterna; pero advertíd igualmente, que aunque Dios quiere que todos se salven, quiere asimismo que todos se ayuden, poniendo por su parte los medios y correspondiendo á los auxilios del Señor; y por falta de esta correspondencia se va retirando de nosotros, y abandonándonos á nosotros mismos; es decir, que en castigo de nuestras ingratitudes y delitos, nos niega su Majestad aquellas luces vivas y penetrantes, que otras veces nos daba con suma liberalidad.

Es Dios nuestro Señor un padre tan amoroso, que sin embargo de las repetidas ofensas de los hombres, movido de sus entrañas piadosas, los visita y llama frecuentemente, ya con avisos, ya con sermones, ya con trabajos, ya con el buen ejemplo de su prójimo, ya proporcionándoles en fin un buen confesor, que los instruya, que los desengañe y se desvele para ponerlos en carrera de salvacion; pero qué sucede? Ó abismo de la justicia divina! Unos hay, que sin embargo de las voces del Señor, se hacen sordos voluntarios, llegando á cegarse de tal

(1) *Josue, c. 6. ex v. 3.* (2) *Arist. l. 7. Hist. animal.*
(3) *Cyril. Alex. l. 8. et 15. de adorat.*

suerte, que no ven su estado miserable, y cada dia se precipitan mas y mas; ni hacen caso de la palabra de Dios, en que pudieran hallar, como hallan otros, su remedio; ni hay confesor por zeloso que sea, que les abra los ojos y pueda contenerlos en la carrera de sus vicios, porque permite Dios que malogren sus avisos: aún por altos juícios del Señor, no encuentran confesor que los amoneste y haga frente á sus desórdenes; por lo que viven con una falsa seguridad; en una palabra van soltando la rienda insolentemente á sus gustos infames, con mil ignorancias, juícios errados y torcidos modos de concebir en órden á la salvacion, porque Dios en castigo les va retirando su luz.

Otros hay, que se animan y se levantan, recurriendo á su Hacedor divino, para que los forme de nuevo en el ser de la gracia; y en virtud de su compuncion, de sus lágrimas y arrepentimiento, los que ántes eran vasos de inmundicia y de contumelia, quedan ahora vasos de honor, y escogidos; pero por cuánto tiempo? No ignoro que muchos con firmeza y perseverancia, y aún adelantando cada dia mas y mas en el camino de la virtud, como se vió en san Pablo, en la Magdalena y en otros innumerables; mas, ó dolor! la mayor parte de los mismos vasos de esplendor, al impulso de una pasion torpe ó de sus apetitos desarreglados, vuelven á caer, se quiebran y vierten el licor de la gracia de Dios, y de esta suerte prosiguen cayendo y levantando, hasta que por último, cansado ya su Majestad de tanta ingratitud y rebeldía, los deja vasos rotos, vasos de ira y de reprobacion. Sirva si no de ejemplo lo que hizo Cristo nuestro Señor con el infame y alevoso Júdas en la noche de la Cena.

Bien sé, le dice (1), bien sé la traicion que tienes dispuesta contra mí; acaba de ponerla por obra, dáte prisa. Dios y Señor mio, qué es esto? Vos mandáis tan gran maldad? No es mandato, dice san Juan Crisóstomo (2). Vos, suma bondad, aconsejáis tal accion? No es consejo, repite el santo. Pues qué viene á ser? Ya lo dice el santo doctor, y lo mismo san Ambrosio y Teofilacto (3); fué justo juício, con que el soberano Maestro desamparó á Júdas, como incorregible. Oíd, fieles, la justificacion de este oculto y temeroso juício.

(1) *Joann. c. 13. v. 27.*
(2) *Chrysost. in Joann. c. 13. Homil. 71. vers. Quod facis, fac citius.*
(3) *Chrysost. ibid. Ambros. l. 2. de Abel. Theophil. in Joann. c. 13.*

Viendo nuestro Redentor la resolucion de Júdas, empieza compasivo á enviarle avisos, para que se enmiende; ya le muestra la fealdad de su culpa y la esclavitud del demonio (1); pero no se aprovecha. Dícele su estado miserable, afirmando á sus discípulos, que estaban limpios de pecado, aunque no todos (2); no hace caso. Pasa tambien á manifestarle la pena y desdicha que le aguarda, asegurando que mejor le hubiera sido no haber nacido (3); se hace sordo. No contento con esto se arroja tambien á sus mismos piés, y se los lava con sus preciosas y divinas manos (4): ni aun así se da por entendido. Llega por último, para obligarle mas, á darle amigablemente la mayor fineza, que se ha visto, ni se ha de ver jamas, pues no fué ménos, que su mismo cuerpo y su misma sangre (5); pero él endurecido ya, desprecia tantos favores. Ea Júdas, dice Jesucristo, ya no hay mas plazos, ya se cumplió el número de mis avisos, acaba de irte de mi presencia; véte de aquí, que estás incorregible; acaba ya, que desamparado por tus culpas, despues de venderme y entregarme, morirás desesperado y te condenarás para siempre.

Ó admirable escarmiento de pecadores! ¿Qué será de ti, alma cristiana, si este es el último aviso, y lo desprecias? ¿de quién te podrás quejar, si te sucede lo que á Júdas? Ya se ve, que de ti misma; y si no díme para tu mayor desengaño: si un juez severísimo, despues de haber resuelto, que diesen asalto á un malhechor, para prenderle y ahorcarle, como lo pedian sus delitos, le enviase un recado confidencialmente, para que se pusiese en salvo, ¿no dirias que no queria el juez hacer justicia con este hombre? Y si despues de este aviso, ¿le enviase otro y otros, no lo dirias con mas razon? Pero si con todo esto el malhechor permaneciera en su casa, y llegado el punto determinado le prendiesen, y por consiguiente le ahorcasen, ¿quién tendria la culpa? de quién podria quejarse? No es verdad que de sí mismo?

Pues, hombre pecador, reflexiona bien este símil, que de medio á medio te comprende. ¡Cuántos avisos te ha enviado ya el juez mas recto, Jesucristo nuestro Señor, de que por tus pecados estás sentenciado á eterna muerte! Oh cuántos y cuán

(1) *Joann. c. 6. v. 71.* (2) *Joann. c. 13. v. 10.* (3) *Marc. c. 14. v. 21.*
(4) *Joann. c. 13. v. 5.* (5) *Joann. c. 13. v. 26.*

eficaces! Te avisó por medio de los trabajos y contratiempos; te avisó por medio de los predicadores y confesores; te avisó con el remordimiento de tu conciencia; te avisó con la muerte que pasó delante de tus ojos, y por otros muchos medios que tú sabes: aún ahora mismo te llama su piedad, y te está diciendo á las puertas del corazon: deja esa torpe amistad; da de mano á esos tocamientos inmundos; abandona ese trato injusto que te precipita miserablemente al abismo: apártate de esas malas compañías, que son la causa de tu perdicion eterna; resuélvete por último á buscar tu remedio en las aguas de una buena confesion, que es el único medio para lograr el cielo. Y ¡que sin embargo no hayas querido darte por entendido! ¡Que aún ahora mismo desprecies el particular impulso, que Dios te envía! Guárdate pues, que no sabes el dia ni la hora; guárdate, que no sabes, cuál será el último pecado; guárdate, que no sabes, cuál será el último aviso; guárdate bien, porque de lo contrario vendrá sobre ti, cuando ménos lo pienses, el golpe de la divina justicia, dice el profeta Ezequiel (1). Bien claramente lo has visto en el ejemplo de Júdas; pero á mayor abundamiento quiero, que lo veas tambien en otro pasaje de la Escritura. Pon los ojos en el rebelde Faraon; mírale anegado, cuando ménos lo pensaba, en las aguas del Mar bermejo (2). Sabes por qué? Ya lo dice san Gerónimo (3). ¿Qué no hizo Dios por atraer á Faraon á su rendida obediencia? Le habló por medio de Moises y Aaron repetidas veces, ya benigno, ya severo (4); hizo maravillas las mas asombrosas en su reino para el mismo fin, por medio de la vara de Moises (5); le afligió por espacio de dos meses, y aún, en sentir de muchos doctores, por espacio de un año (6), con diez plagas y calamidades horribilísimas, para que volviese sobre sí; pero sin embargo se mantuvo siempre duro é insensible como una piedra. Ved pues ahí dice el doctor máximo, por qué muere por ultimo en lo profundo del mar, cuando ménos lo piensa en castigo de su dureza, en castigo de su rebeldía, en castigo de su sordera infame á tantos avisos del Señor.

Ó ejemplar el mas asombroso! ¡ó ejemplar digno de estamparse en nuestros pechos para perpetua memoria! Hombres

(1) *Ezech. c. 33. v. 5.* (2) *Exod. c. 14. ex v. 24.*
(3) *Hieron. in Jerem. c. 32.* (4) *Exod. c. 5. v. 7. et seqq.*
(5) *Exod. c. 7. ex v. 9.* (6) *Tirin. in Exod. c. 8. vers. nota tertia.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

infames, almas abandonadas, corazones empedernidos, veis la justicia de Dios? ¿Veis cómo pone límites á su paciencia, y da fin á sus auxilios, cuando quiere y como quiere? ¿Quién pues ha de ser tan temerario, que quiera exponerse á tan triste suerte? Pecador, que me oyes, ¿cómo no tiemblas y te estremeces? ¿cómo no te caes muerto, al considerar, que no ménos que Faraon, tienes tú merecido igual castigo? Bien sabes los muchos é innumerables avisos, que te ha dado la bondad de Dios, para que te pongas en carrera de salvacion, y ¡todavía sordo y ciego como Faraon! ¡Pobre de ti, si no escarmientas en aquel infeliz y en el infame Júdas; pobre de ti en vida, y mucho mas en la hora de la muerte! Oye si no para tu escarmiento, lo que sucedió al malvado Semeí, porque á la verdad es un vivo diseño de lo que justamente puedes temer, que llegue á pasar por ti.

Fué, fieles, el caso que Semeí cometió los mayores insultos contra David, hasta maldecirle y apedrearle con la mas villana descortesía y deslealtad (1); llegó despues á pedirle misericordia, y el piadoso rey le perdonó por entónces (2), pero al tiempo de morir le recuerda á su hijo Salomon los excesos de Semeí, para que no los deje sin castigo (3). Entra Salomon en el reino, y al punto hizo llamar á Semeí para prevenirle, como le previno, que podia edificar casa en Jerusalen y vivir en paz, puesto que su piadoso padre le perdonó la vida; pero que advirtiese, no habia de salir de la ciudad mas que hasta el torrente Cedron, porque de lo contrario pagaria la salida con su muerte. Pasa un año, dos y tres, y sabiendo Semeí, que se le iban fugitivos unos esclavos, pónese luego en camino para traerlos; tiene el rey noticia del caso, y al punto le manda quitar la vida (4). Hasta aquí es la Historia sagrada; notád ahora con el Pictaviense (5), que desde el principio de su reinado pudo Salomon quitar la vida justamente á Semeí; pero no lo hizo, sino que, para mayor justificacion de la causa, le esperó piadoso, y no solamente le esperó, sino que le previno con avisos, para que mirase por sí. Por consiguiente si Semeí hubiera observado los avisos de Salomon, nunca hubiera venido á fin tan desgraciado, porque continuaria el rey su misericordia, y

(1) II. *Reg.* c. 16. *v* 6. (2) II. *Reg.* c. 19. *ex v.* 18. (3) III. *Reg.* c. 2. *v.* 8.
(4) *Ibid. ex v.* 36. (5) *Berchor.* 2. 12. *mor. in* III. *Reg.* c. 2.

si llegó á experimentar de golpe la justicia, fué porque se olvidó neciamente de sus avisos. No te lo dije ya? le dice el rey; no te previne? Paga pues con la vida el desprecio de mis avisos.

¡Oh válgame Dios, y quién viese á este desdichado en la presencia del rey, cuando le notificó la sentencia! ¡Oh quién le viese, cuando ya Banájas desenvainaba la espada para matarle! Cómo tendria entónces su corazon? qué le diria su conciencia? ¡Oh pobre de mí, que por haber salido tras de mis esclavos, he venido á tanta desdicha! Pues qué haré? pediré misericordia? Pero ya no es tiempo. Alegaré alguna excusa? Pero cómo podré, si me avisaron? Oh nunca hubiera salido de Jerusalen! Pero tarde lo conozco, pues ya no tiene remedio. Veisle, fieles, convencido! Pues mirád á un pecador, de quien es imágen la mas viva.

Mírate, mal cristiano, en la hora de la muerte; tú que despreciando la ley santa y la voluntad soberana de tu Dios, sales desatinado tras de tus esclavos los apetitos, mírate ya delante de Jesucristo; mira, cómo te hace cargo en el juício del abominable desprecio que hiciste de su eterno Padre, de la piadosa espera, con que te aguardó su misericordia; pero muy en particular del olvido ingrato de sus inspiraciones ó avisos. Ven acá, pecador, te dirá, como Salomon á Semeí; no te previne? no te avisé? ¿no te dije que abandonases los viles gustos del mundo, y la torpe amistad que tú sabes? ¿no te díje, que cada dia ibas atesorando mas y mas ira contra ti con ese mortal odio y venganza, con esos juramentos y blasfemias, con esa vida en fin disoluta y licenciosa? Qué responderás entónces? Oh cómo puedes temer la misma suerte que Semeí! Atencion si no á lo que dice su Majestad en los Proverbios, hablando con los pecadores (1): *porque os avisé, y no hicisteis caso; porque alargué mi mano para sacaros de la culpa, y dejasteis pasar la ocasion sin resolveros á dejarla; porque, saliendo de la culpa, volvisteis á ella, despreciando mis consejos para conservar la gracia; porque tuvisteis en poco las amenazas de mi justicia, abusando de mi piedad y misericordia; yo*, dice Dios, *me reiré de vosotros al morir; me reiré cuando infelizmente os vea perecer;* me reiré de vuestra perdicion y eterna calamidad; me reiré sin

(1) *Prov.* c. 1. *v.* 24. *et segq.*

compasion, cuando vea que os atormentan los demonios; me reiré de vosotros, pues no hicisteis caso de los avisos, con que benignamente os llamé. Ó fieles, y qué formidable sentencia! ¿Quién no tiembla y se estremece, aún solo de imaginarla?

Ved, fieles mios, en lo que viene á parar el desprecio de los auxilios de Dios; ved el fin desastrado que se puede prometer quien se hace sordo á sus amorosas voces. Justos y pecadores, no perdáis jamas de vista esta contingencia tan formidable: de un auxilio aprovechado, aunque parezca muy pequeño, puede pender vuestra felicidad eterna; como por el contrario, de un auxilio malogrado, aunque sea el mas ligero, puede pender vuestra eterna desgracia. Por eso he querido predicaros sobre materia tan importante, para que aprovechéis las inspiraciones del Señor, sean de la clase que fuesen, y no perdáis esta ocasion, que puede ser la última que haya ordenado la divina Providencia para salud de vuestras almas. Hasta cuándo pues ha de durar la ceguedad? ¿No es ya tiempo de abrir los ojos, para evitar siquiera el golpe que os amenaza? ¿Qué adelantáis con resistiros ahora á los avisos de Dios, si es preciso, que algun dia os pese amargamente? Mirád, fieles mios, que á Dios nada le importa el que vosotros os perdáis; pero vosotros interesáis mucho en salvaros. Ahora es el tiempo de propiciacion; pues por qué ahora no le buscáis? ¿por qué ahora no correspondéis á sus amorosas inspiraciones? Ahora tenéis la penitencia para hacer las paces con Dios; para cuándo pues la dejáis? En el juício supremo se muestra Dios ofendido; en el juício de la penitencia se muestra Dios amoroso: en el juício supremo no se admite apelacion; ahora podéis apelar desde el mismo Dios para mí, su indigno ministro, y se aplacará su justísima ira: en el juício de Dios salen condenados los delincuentes; en el juício de la penitencia salen absueltos los condenados: en el juício supremo preside Dios como juez; en el juício de la penitencia asiste como abogado.

Pues á qué aguardáis? Han llegado ya los dias de perdon y de misericordia; todos los tesoros del cielo van á derramarse en la tierra; la voz de la sangre de Jesucristo clama ya por vuestro bien y remedio: su misma cruz os está ejecutando por la mudanza de vida. Pues á qué aguardáis? vuelvo á repetir y repetiré mil veces. No es ya tiempo, alma cristiana, de que vuelvas sobre ti? ¿no es ya tiempo de que reconozas tus yerros, y te

des por obligada de los avisos de un Dios? ¿no es ya tiempo de que reconozcas por tu rey, á quien sin mas interes que tu propio bien, viene hoy á convidarte, para que te alistes debajo de sus banderas?

Abre ahora los ojos, pecador, ántes que veas por experiencia propia el desengaño; levántate del infeliz estado en que vives y has vivido, si no quieres parar en un infierno: mira que Dios te llama; mira que te busca; mira que te ruega, y aún quiere perdonarte compasivo: *Ecce Rex tuus venit tibi.* Á este fin viene hoy, sin embargo de tus continuas ingratitudes, llamándote con ternura y ofreciéndote de nuevo el perdon de tus pecados: hoy viene para ti, *venit tibi;* para ti viene ahora, si te das por entendido, repito, y concluyo con el Crisóstomo, porque de lo contrario vendrá contra ti, el que viene para ti.

¿Quién pues no se rinde á tan misericordioso llamamiento? quién se hace sordo á tan amorosas voces? Hay alguno en mi auditorio? Oh no lo permita el cielo! Llegád pues, fieles mios, á los piés de Jesucristo con el mas profundo respeto, dolor y sentimiento; llegád á sus plantas soberanas, y avivando vuestro espíritu, pedídle misericordia: mil infiernos merecemos por el desprecio que hemos hecho de su sangre sacratísima y de sus auxilios soberanos; pero al fin qué ha de hacer un pobre pecador? Á dónde ha de recurrir sino á quien le puede socorrer? ¿á dónde sino al amparo de su Dios y amabilísimo redentor?

Ó Jesus amoroso! ó Jesus dulce! ó Jesus amable! á vos nos acogemos los pobrecitos pecadores con lágrimas y suspiros; á vos nos acogemos con el mas vivo dolor y sentimiento de haber pecado. ¿Qué resta ya, ó Jesus amorosísimo! qué resta, sino que experimentemos vuestra misericordia infinita? Ciegos hemos vivido, ingratos y sordos á vuestras voces; por lo mismo, Señor, justísimo era, que, como lo habéis hecho con otros, nos arrojaseis tambien de vuestra presencia; pero, Dios amabilísimo, vuestra suma bondad ¿habia de permitir tragedia tan horrible? Vuestra sangre soberana ¿se habia de malograr de esta manera?

Ó Padre de las misericordias y Dios de toda consolacion! permite que te hable dos palabras yo el menor y mas indigno de tus sacerdotes. Es verdad, Señor, que pecámos; pero ¿cuándo se vió que un átomo impidiese á la grandeza del sol, el co-

municar sus benignos rayos á la tierra? Pues si son ménos que un átomo nuestras culpas á vista de lo grande é infinito de tu misericordia, ¿será bien que ménos que un átomo impida sus influencias benignas? Bien conozco que por nuestros pecados somos merecedores de una y muchas muertes; pero si nos dais la muerte, ¿cómo enmendaremos la vida en adelante? Perdonád, Señor, mi atrevimiento; esto, Dios mio, se ha de acabar; el enojo no ha de pasar adelante: ó salgamos á otro partido: desenójate, Dueño de las almas, y mas que nos quites la vida, pues no hay muerte tan sensible como tu enojo; pero qué digo muerte? Seamos amigos, y mas que nos arrojes al infierno, que no será infierno el padecer por tu amor. Pues qué? ¿habia de llegar sobre los pecadores el golpe de tu indignacion? ¿habia de llegar sobre las almas, que tan devotas, como contritas, buscan vuestra clemencia en este sagrado templo, y en un tiempo tan dichoso, como el que tenemos delante de nuestros ojos? en una Semana santa? ¿en un tiempo, en que vinisteis á derramar vuestra sangre, y aún á dar la vida por nuestro bien y remedio? Eso no, Dios amantísimo, que pesa mucho el crédito de tu misericordia; eso no, que si merecimos el golpe por haber despreciado tus avisos, y no haber llevado frutos de buenas obras, ya con tu gracia llevaremos frutos de firme y verdadera penitencia. No lo prometéis así?

Sí, Dios mio, sí; todos, todos os damos esta palabra, y para mayor firmeza os la damos delante de la reina de los ángeles, María santísima, vuestra madre. Ó madre amantísima, y madre de pecadores! Como buena madre, amparád nuestra peticion: poderosísima sois en el cielo y en la tierra; no permitáis que se pierda la sangre de vuestro Hijo. Hemos pecado, es verdad; pero aquí nos tenéis, ó madre amabilísima! humildes y reconocidos; aquí nos tenéis, llorando nuestros desaciertos con amargura y quebranto: ya nos pesa con el mas vivo sentimiento, por haber ofendido á vuestro Hijo. No es así, fieles mios? ¡Ojalá que de dolor no me podáis responder! Ánimo pues y aliento para obligar á María y á su Hijo soberano; no mas ingratitud contra un padre tan amoroso; ántes morir que pecar; lloremos sí nuestras culpas; clamemos con amargura, diciendo de todas veras: *Señor mio Jesucristo, etc.*

PLÁTICA

DEL LAVATORIO DE LOS PIÉS.

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DE TRENTO.)

Tu mihi lavas pedes?
Tú me lavas los piés?
S. Juan, c. 13. v. 6.

Humildad y caridad fueron las dos virtudes que admiraron siempre los Padres en la grande obra que hizo hoy el Redentor de lavar los piés á sus apóstoles, de manera que aunque la miraron con diversos aspectos y semblantes, siempre quedaron deslumbrados y aturdidos por la luz de una humildad profundísima y de la mas inflamada caridad. Mirád pues, oyentes mios, si podia ser justa en ninguna manera la excusa de Pedro para no dejarse lavar de él los piés diciendo: *tú me lavas los piés?* Ántes justamente por lo mismo que soy quien soy, pudo responder Jesus, quiero lavártelos por humildad, y por ser tú quien eres, te los quiero lavar por caridad: bellas virtudes, en las cuales quiso dejar un insigne y brillantísimo ejemplo á todos, y con particularidad en mi dictámen á los grandes de la tierra, y aún con mas particularidad á los grandes de la Iglesia, como en pocas palabras voy á mostrar.

No puede ciertamente ser mas magnífico el exordio del Evangelista al referir el misterioso lavatorio de hoy. *Sabiendo Jesus*, dice, *que el Padre lo puso todo en sus manos, y que de Dios salió, y á Dios va...* (1) Mas por lo mismo ¿no os parece, seño-

(1) *Joann. c. 13. v. 3.*

municar sus benignos rayos á la tierra? Pues si son ménos que un átomo nuestras culpas á vista de lo grande é infinito de tu misericordia, ¿será bien que ménos que un átomo impida sus influencias benignas? Bien conozco que por nuestros pecados somos merecedores de una y muchas muertes; pero si nos dais la muerte, ¿cómo enmendaremos la vida en adelante? Perdonád, Señor, mi atrevimiento; esto, Dios mio, se ha de acabar; el enojo no ha de pasar adelante: ó salgamos á otro partido: desenójate, Dueño de las almas, y mas que nos quites la vida, pues no hay muerte tan sensible como tu enojo; pero qué digo muerte? Seamos amigos, y mas que nos arrojes al infierno, que no será infierno el padecer por tu amor. Pues qué? ¿habia de llegar sobre los pecadores el golpe de tu indignacion? ¿habia de llegar sobre las almas, que tan devotas, como contritas, buscan vuestra clemencia en este sagrado templo, y en un tiempo tan dichoso, como el que tenemos delante de nuestros ojos? en una Semana santa? ¿en un tiempo, en que vinisteis á derramar vuestra sangre, y aún á dar la vida por nuestro bien y remedio? Eso no, Dios amantísimo, que pesa mucho el crédito de tu misericordia; eso no, que si merecimos el golpe por haber despreciado tus avisos, y no haber llevado frutos de buenas obras, ya con tu gracia llevaremos frutos de firme y verdadera penitencia. No lo prometéis así?

Sí, Dios mio, sí; todos, todos os damos esta palabra, y para mayor firmeza os la damos delante de la reina de los ángeles, María santísima, vuestra madre. Ó madre amantísima, y madre de pecadores! Como buena madre, amparád nuestra peticion: poderosísima sois en el cielo y en la tierra; no permitáis que se pierda la sangre de vuestro Hijo. Hemos pecado, es verdad; pero aquí nos tenéis, ó madre amabilísima! humildes y reconocidos; aquí nos tenéis, llorando nuestros desaciertos con amargura y quebranto: ya nos pesa con el mas vivo sentimiento, por haber ofendido á vuestro Hijo. No es así, fieles mios? ¡Ojalá que de dolor no me podáis responder! Ánimo pues y aliento para obligar á María y á su Hijo soberano; no mas ingratitud contra un padre tan amoroso; ántes morir que pecar; lloremos sí nuestras culpas; clamemos con amargura, diciendo de todas veras: *Señor mio Jesucristo, etc.*

PLÁTICA

DEL LAVATORIO DE LOS PIÉS.

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DE TRENTO.)

Tu mihi lavas pedes?
Tú me lavas los piés?
S. Juan, c. 13. v. 6.

Humildad y caridad fueron las dos virtudes que admiraron siempre los Padres en la grande obra que hizo hoy el Redentor de lavar los piés á sus apóstoles, de manera que aunque la miraron con diversos aspectos y semblantes, siempre quedaron deslumbrados y aturdidos por la luz de una humildad profundísima y de la mas inflamada caridad. Mirád pues, oyentes mios, si podia ser justa en ninguna manera la excusa de Pedro para no dejarse lavar de él los piés diciendo: *tú me lavas los piés?* Ántes justamente por lo mismo que soy quien soy, pudo responder Jesus, quiero lavártelos por humildad, y por ser tú quien eres, te los quiero lavar por caridad: bellas virtudes, en las cuales quiso dejar un insigne y brillantísimo ejemplo á todos, y con particularidad en mi dictámen á los grandes de la tierra, y aún con mas particularidad á los grandes de la Iglesia, como en pocas palabras voy á mostrar.

No puede ciertamente ser mas magnífico el exordio del Evangelista al referir el misterioso lavatorio de hoy. *Sabiendo Jesus*, dice, *que el Padre lo puso todo en sus manos, y que de Dios salió, y á Dios va...* (1) Mas por lo mismo ¿no os parece, seño-

(1) *Joann. c. 13. v. 3.*

res, el ménos propio y conveniente? Si se quiere considerar el lavatorio como un acto de benevolencia que solia ejercitarse con los extranjeros, segun se infiere de lo que dijeron Abrahan y Lot, á aquellos peregrinos huéspedes suyos, ¿por qué no se habia de decir que amando Jesus á sus discípulos (1), con los cuales habia conversado hasta entónces como huésped, quiso ántes de separarse de ellos darles esta última é inesperada prueba de su ternura? Si se quiere considerar como un oficio de un humilde criado, como á ejercitarlo con este carácter se ofreció Abigaíl á David, cuando le dijo: *hé aquí á tu sierva, que será una esclava para lavarte los piés* (2), ¿por qué no se habia de decir que reflexionando Jesus sobre haber tomado, haciéndose hombre, la forma de siervo (3), quiso dar ántes de restituirse á su Padre, un testimonio irrefragable de su humilde condicion? Si se quiere considerar en fin como desahogo y prueba de una gran contricion en un alma penitente, cual se mostró en la Magdalena que empezó á regar con lágrimas sus piés (4), ¿por qué no se habia de decir que pensando Jesus en el papel que hacia de pecador (5), tuvo por conveniente dar como tal una prueba manifiesta de la confusion y dolor que sentia, lavando á sus discípulos los piés? Todo esto á la verdad parecia mas oportuno y conforme con aquello que dice despues: *sabiendo Jesus que el Padre lo puso todo en sus manos, y que de Dios salió, y á Dios va...* De semejante principio ¿qué se debia naturalmente esperar? Si sabe, dice Agustino, que tiene en su mano todas las cosas, sabe que tiene tambien en su mano á los judíos y aún á Júdas (6); y si reflexiona sobre su soberano é independiente dominio, miéntras que aquellos conspiraban contra su vida y este trataba de venderla, ¿por qué otro motivo se debe discurrir que sea, sino por desvanecer las tramas de aquellos envidiosos políticos, y castigar al mismo tiempo la perfidia de aquel perverso traidor? Pero no; por otra causa muy diferente quiere darnos á conocer su poder inmenso y su inefable grandeza. Sabiendo que tiene en su mano todas las cosas, sabe que tiene asimismo en su mano nuestro amor propio y nuestra soberbia; y no á sus enemigos, sino estos vicios, como

(1) *Ibid. v.* 1. (2) I. *Reg. c.* 25. *v.* 41. (3) *Philip. c.* 2. *v.* 7.
(4) *Luc. c.* 7. *v.* 38. (5) *Rom. c.* 8. *v.* 3.
(6) *Ergo et ipsum traditorem; traditor jam traditus erat ei, quem tradere cupiebat.*

dice el Padre san Gregorio, quiere destruir con su humildad y su caridad (1). Cuando considera que es hijo del Altísimo, cuando considera los tesoros inexhaustos de omnipotencia que el Padre ha depositado en él, y cuando considera que es tan noble por su orígen, tan grande por su gloria y tan tremendo por su potestad; cuando considera, digo, todo esto, es cuando se levanta de la mesa (2), cuando se quita sus vestiduras, y poniéndose en traje de criado se ciñe una toalla; cuando echa con sus divinas manos agua en un lebrillo, y postrándose á los piés de sus apóstoles, se puso á lavarlos con el mayor esmero y á limpiarlos caritativamente, llenos de polvo como estaban, con aquellas mismas manos fabricadoras de la aurora y del sol. Ó caridad! ó humildad! Asombráos, cielos, de tan prodigioso exceso de abatimiento y de amor (3), y al mismo tiempo vosotros, grandes de la tierra, aprendéd (4). El considerar su elevacion, que sirve á muchos para fomentar su orgullo, sirvió á Jesus de estímulo para humillarse. Por tanto, aunque por otras razones fué distinguido con el bello título de lirio, se llama lirio de los valles, y no de los montes (5), para que se entienda, como advirtió el dulce Bernardo, que es corona de humildes y no de soberbios (6).

Concluído el misterioso lavatorio se levantó el divino Maestro, se puso sus vestiduras, volvió á sentarse (7), y dirigiéndose á sus atónitos y aturdidos discípulos, les dijo: ¿habéis visto, mis amados discípulos, habéis visto lo que he hecho? No es ninguna gran cosa que Eliseo sirva á Elías el agua para lavarse las manos, que el criado sirva á su señor, ni que el discípulo sirva á su maestro; pero ¿qué os parece de que el maestro sirva al discípulo y el señor al criado, y que el mismo Elías sirva á Eliseo el agua, no para lavarse las manos sino para lavar los piés? No obstante esto es lo que he hecho con vosotros, y no he querido mas testigos que este cenáculo y vosotros mismos, porque á vosotros con especialidad he querido daros este grande ejemplo. Y por qué á ellos con especialidad? Acaso porque eran unos pobres pescadores, unos hombres humildes y bajos?

(1) *Ut superbum non esse hominem, doceret humilis Deus.*
(2) *Joann. c.* 13. *v.* 4. *et seqq.* (3) *Jerem. c.* 2. *v.* 12.
(4) *Psalm.* 2. *v.* 10. (5) *Cant. c.* 2. *v.* 1.
(6) *Corona humilium, non superborum.*
(7) *Joann. c.* 13. *v.* 12. *et seqq.*

Nada ménos, pues á ser por esto no habia motivo para excluir tanta gente vulgar de Jerusalen y de toda la Judea. Dió con especialidad tal ejemplo á sus doce discípulos, porque los habia elegido, para que fuesen las doce piedras fundamentales del grande edificio que habia resuelto erigir, para que fuesen la basa y el apoyo de su naciente Iglesia, para que fuesen en suma los grandes de aquel nuevo reino de la gracia que intentaba fundar. Así que hace con sus discípulos una obra tan estupenda, de tanta humildad y de tanto amor, para que del mismo modo que siendo su superior, lo ha hecho con ellos, lo hagan ellos con los demas sus inferiores (1).

Oíd, prelados, alza otra vez la voz san Bernardo, oíd, prelados, que ocupáis la cátedra de la enseñanza y del gobierno de la Iglesia; ¿pensáis que seguís el ejemplo del Señor? (2) Ó Dios mio! peca el hermano, resbala y cae en alguna culpa, se ensucia y se mancha; pero no hay quien tenga la humildad ni la caridad de bajarse á socorrerle y á lavarle (3). Ó caridad, ó humildad de Cristo! dónde te has ido? (4)

(1) *Joann. c.* 13. *v.* 15.
(2) *Audite, prælati, qui cathedram tenetis regiminis; putatisne tenetis exemplum Domini?*
(3) *Non est pelvis, non est aqua, non est qui se præparet ad lavandum.*
(4) *O pelvis Domini, o humilitas Christi quam longe recessisti.*

SERMON.

EL EJEMPLO DE JESUCRISTO

NOS OBLIGA A SER HUMILDES.

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum feci vobis, ita et vos faciatis.

Os dí el ejemplo, para que hagáis del mismo modo que lo hice con vosotros.

S. Juan, c. 13. *v.* 15.

Los judíos carnales y ambiciosos, aquella tropa de gente cruel y maliciosa, que Dios habia consentido en el mundo, para hacer por ella la mas magnífica ostentacion de su poder y justicia, no tuvieron luces para discernir que las promesas hechas á los antiguos padres de la ley, sobre la venida y grandeza del Mesías, debian cumplirse por un medio y modo enteramente opuesto á su soberbia, ambicion y locura. Ellos creían vanamente que habia de renovarse en aquel punto la opulencia toda, que adquirió el reino de Judea en tiempo de David y Salomon; que su imperio se habia de fundar sobre las ruínas de las demas naciones, y que las victorias, tan repetidas veces insinuadas en los divinos oráculos, les darian ámplio derecho para oprimir á todos sus enemigos. Aquellos gloriosos epítetos de *príncipe del siglo*, *terrible*, *Dios fuerte*, *Señor de los reyes de la tierra*, y otros admirables títulos aplicados á nuestro soberano Redentor por el Espíritu santo, fundaron en la nacion réproba una firme, aunque falsa, persuasion de poner bajo su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nada ménos, pues á ser por esto no habia motivo para excluir tanta gente vulgar de Jerusalen y de toda la Judea. Dió con especialidad tal ejemplo á sus doce discípulos, porque los habia elegido, para que fuesen las doce piedras fundamentales del grande edificio que habia resuelto erigir, para que fuesen la basa y el apoyo de su naciente Iglesia, para que fuesen en suma los grandes de aquel nuevo reino de la gracia que intentaba fundar. Así que hace con sus discípulos una obra tan estupenda, de tanta humildad y de tanto amor, para que del mismo modo que siendo su superior, lo ha hecho con ellos, lo hagan ellos con los demas sus inferiores (1).

Oíd, prelados, alza otra vez la voz san Bernardo, oíd, prelados, que ocupáis la cátedra de la enseñanza y del gobierno de la Iglesia; ¿pensáis que seguís el ejemplo del Señor? (2) Ó Dios mio! peca el hermano, resbala y cae en alguna culpa, se ensucia y se mancha; pero no hay quien tenga la humildad ni la caridad de bajarse á socorrerle y á lavarle (3). Ó caridad, ó humildad de Cristo! dónde te has ido? (4)

(1) *Joann. c.* 13. *v.* 15.
(2) *Audite, prælati, qui cathedram tenetis regiminis; putatisne tenetis exemplum Domini?*
(3) *Non est pelvis, non est aqua, non est qui se præparet ad lavandum.*
(4) *O pelvis Domini, o humilitas Christi quam longe recessisti.*

SERMON.

EL EJEMPLO DE JESUCRISTO

NOS OBLIGA A SER HUMILDES.

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum feci vobis, ita et vos faciatis.

Os dí el ejemplo, para que hagáis del mismo modo que lo hice con vosotros.

S. Juan, c. 13. *v.* 15.

Los judíos carnales y ambiciosos, aquella tropa de gente cruel y maliciosa, que Dios habia consentido en el mundo, para hacer por ella la mas magnífica ostentacion de su poder y justicia, no tuvieron luces para discernir que las promesas hechas á los antiguos padres de la ley, sobre la venida y grandeza del Mesías, debian cumplirse por un medio y modo enteramente opuesto á su soberbia, ambicion y locura. Ellos creían vanamente que habia de renovarse en aquel punto la opulencia toda, que adquirió el reino de Judea en tiempo de David y Salomon; que su imperio se habia de fundar sobre las ruínas de las demas naciones, y que las victorias, tan repetidas veces insinuadas en los divinos oráculos, les darian ámplio derecho para oprimir á todos sus enemigos. Aquellos gloriosos epítetos de *príncipe del siglo*, *terrible*, *Dios fuerte*, *Señor de los reyes de la tierra*, y otros admirables títulos aplicados á nuestro soberano Redentor por el Espíritu santo, fundaron en la nacion réproba una firme, aunque falsa, persuasion de poner bajo su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

yugo y voluntad á todo lo criado, en el mismo instante en que se hiciese compañera y cohabitadora suya la Sabiduría que habia de bajar de los collados eternos.

Pero las almas santas, aquellas que sin apartarse de la justa idea que tenian formada del carácter del verdadero Mesías, penetraron el espíritu sencillo de las antiguas predicciones, si bien estaban seguras de su venida, jamas creyeron que seria un Dios que hablase como en otro tiempo en medio de las llamas; un juez severo que por la falta mas tenue hiriese con un rayo de su diestra á tantos Ozas imprudentes, y finalmente un tirano que cautivase para servicio de los judíos á todas las generaciones. Sin mas que registrar los lugares mas obvios de Isaías, historiador verídico de su venida, conocian con evidencia que su Rey glorioso habia de ser manso y apacible, que Jerusalen no debia prometerse otro esplendor, que el establecer unas máximas de abnegacion y de humildad; y finalmente que ordenándose los fines del Redentor á traer á todos los pueblos al conocimiento de su persona, no de otro modo podia verificarse esta reunion portentosa, sino por medio del abatimiento, como dice san Leon.

En efecto, señores, luego que segun el Apóstol, apareció la benignidad de nuestro Redentor, para consumar la obra grande y mas interesante para nosotros, hasta que dió por concluído semejante ministerio, se empleó solamente en repetidas obras de humildad. Esta virtud sola parece que era necesaria á su augusto carácter de Salvador. Ya habia muchos siglos que la humildad santa era desconocida y despreciada: los hombres amantes de sí mismos huian de semejante práctica, en cuanto se oponia á su amor propio; y si entre ellos habia alguno que fuese humilde, se desdeñaban los demas, dice san Agustin, de imitar su ejemplo. Era pues necesario que el mismo Dios se humillase, para que conociendo los hombres su grandeza en la misma humillacion, conociesen claramente la gloria que les resultaria de seguir su ejemplo, prescindiendo de los actos humildes que practicó en toda su vida. Ya me parece que estais notando á Jesucristo lavar los piés á sus discípulos. El Hijo de Dios vivo no podia ser humilde de espíritu, porque conociéndose á sí mismo, no hallaba cosa alguna en su persona que fuese acreedora del desprecio: fué humilde de corazon, porque despues de haber tomado la forma despreciable de siervo, quiso ser el oprobio de los hombres, y hoy se postra delante de sus criaturas. El ejemplo pues de Jesucristo nos obliga á ser humildes de corazon; pero como colocado á los piés de los discípulos, nada pierde de su grandeza, ántes ella misma adquiere un nuevo lustre, nos da á conocer con evidencia que en la humillacion consiste precisamente nuestro mayor encumbramiento. Mi designio es probaros que así como Jesucristo es grande en medio de la humillacion del lavatorio, del mismo modo los hombres son grandes, cuanto mas se humillan. Imploremos para esto los auxilios de la mayor y mas humilde de todas las criaturas, María santísima, diciéndole con el ángel: *Ave María.*

La soberbia ha sido en todos tiempos la caída mas peligrosa del hombre: formado este por la mano poderosa del Excelso para ser árbitro de todo lo criado, conservó en su corazon estas primeras impresiones de su orígen: hallando continuamente en su interior los dictámenes secretos de su excelencia, que no borró del todo su fatal caída, se entregó muy al principio á ideas tan lisonjeras, que pretendió elevarse de grado en grado hasta el trono augusto de su Hacedor omnipotente. El hombre mismo tuvo el loco pensamiento de que se le tributasen los honores que se deben á Dios solo, y el universo todo adoró como á sus autores á unos insensatos, á quienes habia visto nacer, y que eran muy posteriores á su existencia. De aquí principió aquella sed insaciable, con que los infelices mortales corren presurosos en pos de la ambicion y grandeza, en donde colocan á su parecer todo el cúmulo de sus felices esperanzas. Los judíos solo suspiraban por un Mesías carnal, que sometiendo á todas las naciones, las hiciese tributarias de Jerusalen. Los filósofos pedian el remedio de sus males por los vanos esfuerzos de una razon enferma; y el mundo finalmente estaba persuadido de que la grandeza del Mesías consistia tansolo en un fausto exterior.

Mas la conducta de Jesucristo debia ser enteramente opuesta á unas ideas tan poco conformes con sus misterios principales: persuadido firmemente de que la humildad santa es la que con propiedad convenia tanto á su carácter como á la esencia del cristianismo, desprecia al parecer todos los vicios de majestad y grandeza, y abraza gustosísimo los mayores abatimientos. Si

venia á dirigir al hombre pervertido y extraviado por el orgullo, era necesario é indispensable, dice el grande Agustino, que la redencion se hiciese por el camino de la humildad. Si aquel se habia precipitado por la sugestion de un ángel soberbio, solo podia repararse su fatal caída por un humilde mediador, que le inspirase unas máximas tan sanas como santas. Finalmente era necesario que instruídos los cristianos en la union hermosa de la soberanía y humildad, que el Redentor acreditó en todas sus obras, y con especialidad en la de esta tarde, quedasen enteramente convencidos de que la gloria verdadera se cifra precisamente en la humildad. Recorréd si no todos los pasos de su vida, y notaréis con asombro estas dos cualidades unidas con la armonía mas prodigiosa. Si nace en un portal desvalido y expuesto á las inclemencias de un tiempo el mas cruel, los ángeles pueblan los aires de acentos armoniosos y publican con gozo que su orígen en la tierra no solo es grato al Excelso, sino que une á los hombres con su Padre con pacto sempiterno é inmutable. Cuando ofrecido en el templo pretende confundirse con los pecadores, un anciano justo y una mujer santa declaran su futura grandeza, y esperan con rostro alegre el fin dichoso de sus dias, despues de haber visto al que llaman luz del mundo, salud de las naciones y gloria de Israel. Nada importa que pida é inste al Bautista para que ejecute en su persona lo que practicaba en las riberas del Jordan; el hijo de Zacarías se postrará en su presencia, y el cielo todo dará á conocer con la mayor claridad que es el Primogénito de toda criatura: solo trata en el Tabor de su pasion sacrosanta, é inopinadamente le miran los discípulos rodeado de una luz hermosa que hacia brillar su rostro como divino.

Pero en esta tarde parece que se halla cubierto con el velo de los mas profundos abatimientos, sin manifestar vislumbre alguno de su gloria. No se deja ver ahora poderoso en obras y palabras, ni poniendo con sus milagros los inmobles fundamentos de la ciudad santa en la tierra. Si ántes le habian admirado los discípulos como profeta prometido por Moises, un Dios de justicia anunciado por Joel, una luz viva cuyos hermosos brillos dirigian á los que caminaban ciegos por la region lúgubre del pecado, como manantial fecundo de salud para los enfermos, de consuelo para los afligidos, de doctrina, bondad y misericordia para con todos los hombres; nosotros le contemplamos esta tarde como una criatura de la mas ínfima esfera, y que solo acredita palpablemente el heroísmo del abatimiento. En buen hora que instituyendo el augusto sacramento de la eucaristía, no puedan comprenderse mayores rasgos de poder y de grandeza; pero ¿se verifica esto mismo, cuando se coloca en tierra para lavar los piés á los discípulos? Nada ménos: el evangelista mismo refiere con las cláusulas mas sencillas la presente ceremonia. *Sabiendo Jesucristo*, dice, *que se llegaba la hora de pasar de este mundo á la presencia amada de su Padre, concluída la cena, se despoja de sus vestidos, y ceñido con una toalla, da principio al lavatorio de los piés.* ¿Qué significa pues esta narracion sencilla, sino que el Dios del universo se olvida de su soberanía y poder, y funda solo su principal intento en la humillacion? ¿Quién creyera que el que estaba postrado en presencia de los apóstoles, era el mismo que en otro tiempo no se manifestaba sino entre velos, y no declaraba su voluntad sino en medio de truenos y relámpagos? ¿Cómo podia caber en el entendimiento ciego de los pérfidos judíos, que el Rey grande y magnífico, á quien se dirigieron sus clamores por el largo espacio de cuarenta siglos, ejecutaba la accion al parecer mas despreciable? Y nosotros ¿qué notamos con la luciente antorcha de la Fe? No otra cosa sino que da principio al lavatorio aquel Rey glorioso anunciado por Isaías, para establecer en el suelo de Israel una nueva ley de anonadamiento, el cual se haria un lugar muy distinguido en los corazones de los hombres por su heroicidad en esta virtud. Sí, católicos, Jesucristo colocado á los piés de sus discípulos se despoja, si me es lícito hablar así, de su divinidad misma; pero esta humillacion es la que conviene con toda propiedad á su augusta grandeza. Cuando reflexiona que es Hijo del eterno Padre, engendrado ántes que la existencia del firmamento y de los tiempos; cuando comprende los insondables tesoros de omnipotencia de que se halla poseído; cuando contempla que es el Dios terrible de Faraon, que tiene en sus manos los rayos y las tempestades, y que como jugando sostiene el universo; finalmente, cuando considera que es tan noble por su orígen, tan grande por su gloria y tan tremendo por su potestad, es cuando se levanta de la mesa para lavar los piés. Mas benévolo que Abrahan, da á aquellos con quienes habia conversado como huésped, la última y nunca de ellos esperada prueba de humil-

dad. Mirádme aquí, discípulos mios, les diria, como Abigaïl á David, mirádme aquí vuestro siervo, que se ocupa solo en el lavatorio de vuestras plantas. Nada importa sea yo el mismo que me manifesté en otro tiempo á los patriarcas, para confirmarles en la esperanza de mi venida; á los profetas, para que la publicasen; y á quien toda la naturaleza esperaba impaciente para ser eximida de la maldicion, á que se habia hecho acreedora por sus iniquidades. Los hombres extraordinarios que hubo en los siglos antecedentes, eran unas imágenes imperfectas de mi persona: el sacerdocio en el Melquisedec, la cualidad excelente de padre de los creyentes en Abrahan, el sacrificio de Isaac, Moises mediador, Josué triunfante, eran unos toscos rasgos de mi grandeza. Yo llamé á Ciro por su nombre ántes de su existencia, y santifiqué al Bautista para que me preparase los caminos. La Belen famosa me ha visto nacer en su recinto; las ciudades de Judea, los confines de Tiro y de Sidon, las infieles tierras de Samaria, han sido testigos oculares de mis prodigios; pero todos estos nobles epítetos los estimo en nada respecto de la gloria que me resulta en el acto mismo de postrarme á vuestros piés.

¡Qué leccion tan grande para los espíritus soberbios! Vosotros que llenos de una vanidad que no reconoce límites, recreáis vuestros oídos con los elogios lisonjeros que os tributan, presentáos llenos de rubor en el cenáculo. Los que os descomponéis de repente y dais á conocer en el semblante colérico el enojo que habéis concebido por el mas tenue desprecio, advertíd llenos de una confusion asombrosa, si se conforma vuestra conducta con la de Jesucristo. Los que pretendéis levantaros sobre vuestros mismos envilecimientos en la estimacion de los hombres sensatos y de buen juício; los que teniendo alguna superioridad sobre otros, los tratáis con altivez, hablâis con imperio, os explicáis en su presencia con tono de autoridad, y los tenéis en una sujecion dura y dependencia del todo servil, mirád al Rey de la gloria, que colocado á los piés de sus discípulos, no disminuye en nada los rasgos magníficos de su grandeza. En una accion humilde y baja como la que ejecuta la víspera de su muerte, resplandece mas y mas su augusta soberanía y majestad; él mismo confiesa, en persona del evangelista, que ha depositado el eterno Padre en sus manos todo el órden de lo criado, para disponer de ello segun su arbitrio, y se atribuye al mismo tiempo la cualidad excelente y noble prerogativa de señor y maestro.

Instruído el grande apóstol san Pedro de semejantes sentimientos, prorumpe penetrado de un entusiasmo santo: *Vos, Señor, habéis de lavar mis piés?* Tú á quien sirve el ejército numeroso de los ángeles, y príncipe superior á todo lo del mundo, ¿has de ensuciar tus manos con lavar los piés de esta criatura, del ínfimo de los apóstoles, el pecador mas abominable? El Verbo creador se ha de postrar ante su hechura, el que gobierna con impulso irresistible la grande máquina del universo, esas manos que son el depósito de la potestad de Dios Padre, las has de emplear en tocar los piés inmundos de unos hombres miserables? Nada ménos, señor y maestro mio; no consentiré de modo alguno se emplee vuestra Majestad en el vil oficio y ministerio de siervo. Tengo muy presente que ostentasteis lo grande y magnífico de vuestro poder, cuando os confesé abiertamente hijo de Dios vivo; no se me ha olvidado el modo admirable y estupendo con que se vistió de gloria vuestra humanidad en las alturas del Tabor. Permitídme pues que postrado á la presencia de mi Dios, adore y bese con el rendimiento mas profundo esas plantas venerables, estando resuelto como estoy á no permitiros tal exceso de humildad.

Suspendéd vuestra admiracion, amados mios, y si os halláis sobrecogidos cuando notáis al Redentor postrado á los piés de Pedro, renovád sin comparacion vuestra sorpresa al contemplarle conmigo á los del pérfido Júdas. Esto fué, dice san Agustin, el mayor fondo de la humildad de Jesucristo. Lavar los piés con el amor propio de un padre fino y obsequioso, á un hijo que preparaba su corazon para la vil y torpe mancha de su entrega, es un rasgo de abatimiento que cabe solo en la idea de un Hombre-Dios. Advertíd no obstante que luego que enjuga sus piés inmundos, imprime en ellos con sus labios el ósculo mas cariñoso. Dios grande! qué es lo que hacéis? ¿á dónde os conduce una humildad sin semejante? Yo veo, señores, que los ángeles mismos se sorprenden en un todo, y apénas dan crédito á lo que advierten. Jesucristo prorumpe al parecer en amargas quejas contra el vil discípulo. Yo me abatí, le diria, para la redencion de todo el linaje humano; pero para tí llegó ya tarde mi desvelo. Atiende, querido mio, lo fino de mi amor para con tu persona, pues habiendo podido escoger mis discí-

pulos, tú fuiste el agraciado con un don tan particular : adviertе con suma confusion, que tu salud eterna está solo pendiente de este punto. Mi Padre eterno espera tu resolucion pronta, ó para colocarte en el número de los electos, ó firmar tu reprobacion por los siglos de los siglos. ¿Es posible que te olvides de que he sido tu luz, y de que en todo el tiempo de nuestra peregrinacion, te he dado las mas relevantes pruebas de mi divinidad? ¿No adviertes á los demas apóstoles preparados con osadía pronta para morir por mi causa y defenderla? ¿No vas á sazonar tu espíritu con mi mismo cuerpo y sangre, habiéndote concedido una facultad para dispensar una gracia, que envidian los habitantes de la Sion santa? Mírame pues, hijo mio, que como pastor solícito, solo pretendo tu salud, y conducirte como oveja perdida sobre mis hombros al rebaño de la Iglesia.

Señores, nada tiene de extraño que Eliseo sirva á Elías el agua para lavarse las manos; que Abigaíl pretenda aplacar la ira que el rey David habia contraído contra su marido, ofreciéndose de criada para ministerio semejante ; como tampoco el criado y discípulo al maestro y al señor. Pero ¿qué os parece, que el mismo Elías sirva á Eliseo, y el maestro sirva al discípulo y criado? Sin duda os veréis precisados á confesar conmigo que este es un rasgo de la humildad mas heroica. Pues esto mismo es lo que se practica hoy en el cenáculo memorable de Jerusalen. Jesucristo, Hijo unigénito del eterno Padre, cuya grandeza es tan incomprensible como su esencia, se olvida de todos los dotes y cualidades magníficas con que se halla ennoblecido, y solo trata de la humillacion. El Señor de todo lo criado coloca su mayor grandeza en obsequiar á sus criados y discípulos. Embelesado con un rapto de humildad, no tiene embarazo en postrarse á los piés de un pérfido, y exhortarle con los términos mas cariñosos á la conversion que tanto le interesaba ; y todo esto para qué? Ah ! el mismo Señor lo declara en los términos mas sencillos. Concluído el lavatorio y sentado segunda vez á la mesa, dirige á sus discípulos estas expresiones : vosotros me llamáis con toda verdad vuestro señor y maestro ; si reconociendo pues mi dignidad y grandeza, os he lavado los piés, sea esta mi última leccion, por la que os digo, que así como me habéis visto humilde y obsequioso ocultar toda mi soberanía, fijando mi principal cuidado en la humillacion, donde me resultaba la mayor gloria, podéis inferir justamente,

que cuanto sea mayor vuestra bajeza, tanto será mayor el honor que os resulte.

Si Jesucristo pues ha decidido que la mayor grandeza se cifra en la humildad, esta sola expresion debia ser suficiente para que vosotros la guardaseis, convencidos de una máxima que es tan clara como su orígen. El mismo Señor une el ejemplo, el consejo y el precepto de esta virtud. En el tiempo crítico en que los apóstoles, todavía carnales y groseros, disputan fogosamente á quién se debe el primado de excelencia en esta vida, les declara en la persona de un niño, que la grandeza verdadera se funda en la humildad, como en una base firme é inmutable. De aquí adelante no se debe clamar con el Apóstol, que os humilléis en presencia de la augusta persona del Señor, sino que practiquéis las obras, de las que él mismo se os muestra en esta tarde el modelo mas perfecto.

Los hombres mismos habian instruído á su posteridad en muchas de las virtudes que forman el cuadro hermoso de la Religion. Todas estas cualidades excelentes habian tenido su héroe : la penitencia en Adan, la fidelidad en Noé, la obediencia en Abrahan, la paciencia en Job, la castidad en Josef, la mansedumbre en Moises y el perdon de los enemigos en David : sola la humildad, solo el heroísmo de humildad parece no podia ocupar otro lugar, sino en la persona de Jesucristo. ¿Qué mayor gloria para un cristiano que emplearse en una virtud, de la que el Verbo encarnado hizo una estimacion tan imponderable? Si el suplicio de cruz, que anteriormente se reputaba por ignominia, adquirió un superior lustre despues que padeció muerte en él el Redentor del mundo, ¿con cuánta mayor razon no ha de ser acreedor á todos los encomios el que siga las humildes huellas de este mismo Salvador? El impío Acab, aunque cubierto de iniquidades, llama las atenciones del Omnipotente, cuando se presenta lleno de humillacion. David, ceñido con la real diadema y lleno de la gloria que correspondia á un rey de Judá, al tiempo mismo que hace figuras, al parecer indecentes á los carnales ojos de una orgullosa, nunca es mas grande á la halagüeña vista del Dios de sus padres, que cuando se muestra humilde delante del Arca.

Entre el humilde y el soberbio se halla esta diferencia tan notable, que buscando el segundo la gloria, no la halla, encontrándola el primero sin buscarla, y aún sin apetecerla. El mis-

mo Dios, cuyas promesas son superiores á todo evento, asegura con decreto irrevocable que se dirigen sus desvelos, á ensalzar al humillado y abatir al soberbio y altanero. No hubo otro pecado en nuestro primer padre que la soberbia, y esta sola fué la causa de que el Señor le despojase de los dotes con que su benéfica mano le habia ennoblecido, tanto á él como á su descendencia. Los ángeles réprobos fueron objetos de la indignacion de todo un Dios, porque quisieron compararse con aquel de quien habian recibido su existencia. Jamas se borrará de la memoria de los hombres la conducta del publicano declarando su miseria, cuando el altanero fariseo pedia casi por justicia la eterna patria, mereciendo las oraciones del primero un pronto despacho, y decretándose en el consistorio eterno la reprobacion de las del segundo. Moises se llena de pavor, cuando oye de la boca del mismo Dios las grandes empresas á que le destinaba; pero su humildad es la principal causa para asegurarle con toda certeza, que le hará la gracia de ser superior á los brazos fuertes de los poderosos de la tierra. La humildad es grandeza sólida, en expresion del Crisóstomo, porque no tiene otro principio que el mismo Dios. Ella sujeta el entendimiento á las oscuras luces de la Fe, é impide que se precipite en una culpable curiosidad: ella contiene á la esperanza en los límites de una confianza justa, eximiéndola, como á la del publicano, de una presuncion vana: ella sola es la que formando en el hombre los primeros sentimientos de la caridad, le hace salir fuera de sí mismo: ella es en fin la que arregla las principales obligaciones de justicia, enseña la resignacion con la voluntad divina, y mantiene la paz y union entre los hombres por una dulce condescendencia: la humildad sola es la que hace comprender con evidencia las enfermedades del cuerpo, los errores é ignorancias en el espíritu, las pasiones y malignidad en el corazon, la corrupcion en la voluntad, la propension en el deleite, la inconstancia en el bien, y en una palabra los pasos extraordinarios en su conducta. Instruídos nosotros en unas máximas tan interesantes, clamaremos por instantes al augusto trono de la gracia, de donde saldrán en abundancia todos los socorros de misericordia, en cuya influencia se cifra nuestra grandeza verdadera. Semejantes sentimientos, son los que exige Jesucristo de nosotros. La conducta misma del Redentor debe ser el blanco á que se dirijan nuestras miras. Si el Señor manifiesta

su grandeza en medio de la humildad, sin duda nuestros abatimientos darán un lustre y nuevo realce á nuestras obras. Sí, Redentor amable, dulce iman de nuestros cariños. Todos los que hemos concurrido en esta tarde á contemplar el exceso de vuestro abatimiento, estamos resueltos á graduar nuestra conducta con un tan vivo modelo como vos. Si sois grande en medio de los excesos de la humillacion, imitando nosotros vuestro ejemplo, adquiriremos un nombre memorable en la tierra y en la gloria. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DEL MANDATO.

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DE BOCANEGRA.)

Sciens Jesus quia venit hora ejus ut transeat ex hoc mundo ad Patrem; cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

Sabiendo Jesus que era ya llegada su hora de pasar de este mundo al Padre; como hubiese amado á los suyos que estaban en el mundo, continuó amándolos hasta el fin.

S. Juan, c. 13. *v.* 1.

SEÑOR,

Que en fin te vas y nos dejas! ¿Que se llegó ya el tiempo de la partida? que se acercó ya vuestra hora? ¿que por fin llegó ya el dia de partiros para el Padre? ¿y que os habéis de ir por fin tan distante de la tierra? Pero tenéis mucha razon, Señor, tenéis mucha razon en hacerlo así; que si los hombres os pagan tan mal, si son tan ingratos á vuestras finezas, si son tan desatentos á vuestros beneficios, si son tan desconocidos á vuestros favores; ¿qué habéis de hacer sino dejarlos por sus ingratitudes, y buscar otra region donde tengáis otra correspondencia? Sean en hora buena los ángeles los que gocen de vuestra vista; sean aquellos espíritus abrasados los que experimenten vuestro amor, supuesto que ellos son los que os saben dar la debida alabanza, y corresponder como es justo á vuestras finezas. Sean ellos, digo, en buen hora los que gocen de esta dicha; y nosotros abandonados, desamparados y huérfanos en

este destierro, experimentemos desde hoy el merecido castigo, ya que por nuestro pecado y nuestra maldad somos tan indignos de vos.

Mas ay, oyentes mios! que no es esta la causa de lo que lloramos; no es este el motivo de que Cristo se nos ausente. ¿No oísteis poco há el Evangelio que se cantó? ¿no atendisteis á las voces con que se explica en él el evangelista amado y amante? Pues sabéd que la causa de ausentarse Cristo, el motivo de partirse hoy para el cielo, no fué nuestra ingratitud, sino su amor; no nuestro desconocimiento, sino su piedad; no la justa queja que tenia y podia tener de nuestras culpas, sino el deseo de explicarse hácia nosotros con mayores finezas. Vedlo en este símil. ¿No sabéis todos que el mar es de donde salen los rios, y que despues de circular la tierra todos ellos vuelven al mar? Sí, que así lo dice la Escritura (1). Pues paráos un poco ahora, y reparád en un rio cuando ya está cercano al piélago. Ved qué rápido, qué impetuoso, qué violento va hácia la orilla: ved cómo pierde la serenidad con que corre, cómo se acelera á dejar la tierra que baña, cómo se apresura á huir los campos que fertiliza, con qué fuerza sale de sus márgenes, con qué ansia busca el fin de su curso, con qué violencia vuelve á su centro, sirviéndole como de estorbo aún las pequeñas guijas que encuentra al paso. Y ¿por qué muestra el rio tanta inquietud al tiempo en que se acerca al mar? Será solo por amor á su orígen? No. Pues por qué? — Por qué ha de ser? Por salir otra vez del mismo mar; por mantener con la tierra la misma comunicacion; por no cesar un punto de comunicarle sus aguas; por continuarle incesantemente sus beneficios; por repetirle perenemente sus finezas. Es verdad que vuelve al mar; mas no por esto pára su curso; vuelve á su orígen; pero sin dejar por eso la tierra. Pues ved aquí bien pintado el amor de Cristo para con los hombres, y la causa de volver hoy con su eterno Padre.

De él salió, dice Isaías, como rio violento, *quasi fluvius violentus* (2), para regar el mundo con sus beneficios; y hoy quiere volver al Padre, para que no cesen sus misericordias. Corre como rio benéfico al mar de su eterno Padre; pero sin dejar la tierra que fertilizaron sus cariños. Salió del Padre, porque ama-

(1) *Eccles. c.* 1. *v.* 11. (2) *Isai. c.* 59. *v.* 19.

ba á los hombres, y se vuelve á él por el amor de los mismos hombres que amaba. Esta es la causa de acrecentarse hoy tanto su fineza; esta la razon de aumentarse tanto su ternura, y este en fin el motivo de suspirar tanto por esta hora: *hora ejus*. Su amor fué, oyentes mios, su amor fué el que le obligó hoy á dejar la capa; el que le hizo levantarse de la mesa; el que le movió á echar agua en la bacía; el que le indujo á ceñirse la toalla; el que le humilló á lavar los piés de los hombres; y finalmente por el que, como si todavía no bastasen tantas pruebas de su fineza, instituyó para los mismos hombres ese Sacramento soberano, en que nos dejó todos los regalos de su cariño y todas las dulzuras de su amor; quedándose en él para siempre con los que amaba, para templar con esta compañía la amargura que nos causa hoy su ausencia, y correr siempre en nuestro favor como un rio de caridad sin fin: *in finem*. Así triunfó hoy del corazon de Cristo el amor á los hombres. Mas para explicar mejor los excesos de su fineza, cotejemos este amor con el odio del demonio. Este será el asunto de este dia; pero pidamos ántes la gracia, y sea por medio de María nuestra Señora, á quien ya se llegó la hora de pedir, y no puede excusarse Cristo, como en las bodas de Caná, diciendo que no ha llegado su hora. *Ave María*.

¡Oh, qué distinta es la tentacion que hoy tiene Cristo en el cenáculo, de la que algun dia tuvo en el desierto! En el desierte le tentó el odio; en el cenáculo le tentó el amor. En el desierto le tentó el odio, porque el tentador fué Lucifer, que pretendia nuestra ruína. En el cenáculo fué el tentador su mismo amor, porque él fué quien dió la traza para burlar á Lucifer. El fin de este en tentar á Cristo fué destruir á los hombres, y el fin de Cristo en burlar á Lucifer fué edificar y exaltar á estos mismos hombres. Ved aquí la competencia entre el amor y el odio, que fué hoy el exceso sin fin del amor de Cristo para con los suyos; y ved aquí tambien explicado este amor con tres finezas correspondientes á aquellas tres tentaciones. Con aquellos tres asaltos empezó Cristo su milicia en este mundo; y con estas tres finezas labró hoy su amor la última palma al partirse al cielo, dejando contra las tres tentaciones que ideó el odio, tres excesos que trazó el amor. Las tres tentaciones del desierto fueron que Cristo convirtiese las piedras en pan (1), que se dejase caer desde el pináculo del templo, y que se abatiese humilde á los piés del demonio. Estos fueron los tres modos con que fué combatido Cristo en el desierto; y estos mismos son tambien con los que hoy le tienta su amor en el cenáculo. De las tres cosas que pidió el demonio, no pudo lograr ni aún sola una; pero como el amor para con los hombres podia tanto en aquel divino pecho, para confusion del mismo demonio hizo hoy todas las tres por el amor. Esta es toda la idea y la division de ella. Válgame para explicarla aquel Señor á quien la dedico, y por cuya imitacion he subido hoy á este puesto, despues de haber repetido, aunque con imperfeccion, la humilde ceremonia del cenáculo.

PARTE PRIMERA.

Viniendo pues á la primera tentacion del desierto, que fué el que Cristo convirtiese las piedras en pan, parece muy difícil de entender que esto se verificase hoy, porque nada se lee en el Evangelio, donde se indique ese milagro, ni de donde se pueda colegir una accion tan ilustre. Pero, ó católicos! ¿cómo puede decir eso quien confiesa la verdad de ese sacramento eucarístico? ¿Qué es este pan soberano sino aquella misma piedra, que fué tentada en el desierto, *lapidem probatum?* (2) ¿aquella piedra angular y preciosa que hace del hombre y Dios una cosa misma, y que por no apartarse un punto de los que amaba, ni perder un instante de estar con ellos, ideó hoy ocultarse en esa sagrada hostia, para servirles de dulce comida y acompañarlos siempre en esa mesa? Así se verificó el prodigio grande de que saliese un cordero de una piedra, que era la peticion del profeta Isaías: *Emitte agnum, Domine, dominatorum terræ, de petra deserti* (3). Pues de ella salió ese manjar soberano, que es propiamente el Cordero que quita los pecados del mundo: de la piedra del desierto salió ese Pan de los ángeles, para que se obrase hoy por los hombres el mismo milagro que negó Cristo al demonio.

Pero ¿cuándo la piedra del desierto no brotó dulzuras para el

(1) *Matth. c.* 19. *à v.* 1. *usque ad* 10.
(2) *Isai. c.* 28. *v.* 19. *Psalm.* 117. *v.* 21. (3) *Isai. c.* 16. *v.* 1.

pueblo escogido? Dígalo san Pablo: *Bibebant autem de spiritali, consequente eos, petra* (1). Dice que los israelitas (que somos los hijos de la Iglesia santa) bebian de una piedra espiritual que siempre los seguia. ¡Raro amor é inclinacion de piedra, no saber apartarse de los que amaba! Y quién era esa piedra con tanto amor? *Petra autem erat Christus:* Cristo solamente era esa piedra. Ya lo discurriera yo, aunque no lo dijese Pablo, pues piedra que amaba tanto á los hombres, que los seguia en todos sus caminos, que hacia con ellos sus jornadas y les servia de viático en la peregrinacion del Desierto, ¿quién podia ser sino Cristo? Cristo solamente era esa piedra, porque solo Cristo podia hacer ese milagro. Convertirse en alimento para sustentar á los hombres, desatarse en dulce bebida para su recreo, seguirlos y acompañarlos en el camino, es una fineza tan extraña y tan sobre todo amor, que solo Cristo la pudo hacer.

Pero ¿cuándo obró el Señor esta fineza tan inaudita? ¿en qué ocasion dispuso una maravilla tan grande? Díjolo tambien el Apóstol: *In qua nocte tradebatur* (2): en la misma noche en que habia de ser vendido; en la misma hora en que habia de verse preso. Ó divino amante! y ¿en esta noche misma os prevenis á accion tan piadosa? Sí, católicos, en esta noche misma, porque esta es la noche de su piedad, esta es la hora de su amor, esta es la hora de sus mayores ansias, y en fin esta es la hora de derretirse hasta las mismas piedras: *Hora ejus.* Por eso instituyó hoy ese Sacramento soberano, donde desleída á tanta ternura aquella piedra del Desierto, se nos dió en manjar suave y bebida deliciosa, para que bebiésemos siempre de sus espirituales dulzuras: *Bibebant autem de spiritali, consequente eos, petra.* Ó piedra enamorada, qué benéfica eres para los hombres! Siempre los sigues, siempre los amas, siempre los recreas, siempre los mantienes, y cuando te hubiste de apartar de los tuyos que estaban en el mundo, entónces fué cuando mostraste mas tu amor, derritiéndote para ellos en deliciosa suavidad.

Pero ¿á qué impulso, católicos, á qué impulso dió de sí tan dulces aguas la piedra del desierto? Tendréislo acaso por ficcion; pero lo que la Escritura nos dice, es que con dos golpes

(1) I. *Cor.* c. 10. v. 4. (2) I. *Cor.* c. 11. v. 23.

que le dió Moises: *Percutiens virga bis silicem* (1). Tomó Moises aquella vara con que hizo tantos portentos como ya sabéis, y haciendo con ella en la piedra dos heridas, inmediatamente se desató toda en dulces aguas: *Egressæ sunt aquæ largissimæ.* ¡Ó Jesus amoroso y dulcísimo dueño nuestro! ¡con cuánta propiedad te copió el Apóstol en aquella figura, haciendo sombra de tu amor la generosidad de aquel pedernal! Á fuerza de golpes dió aquella piedra el raudal de sus entrañas, y no de otra suerte que á fuerza de dos heridas manasteis tambien vos ese licor precioso de vuestras venas. Así respondiste en esta hora á la ingratitud de dos discípulos, que con otros dos grandes golpes hirieron tu corazon amante; uno entregándote traidoramente á tus enemigos, y otro negándote con infidelidad y desconociéndote por su maestro. Pero así lo habiais de hacer, Señor, para ser la piedra Cristo desatada en agua para la salud del pueblo, y convertida en pan para confusion del demonio. Esta fué la gran fineza que contrapuso Cristo á su primer asalto. Veamos ahora cuál fué la que ideó su amor contra el segundo.

SEGUNDA PARTE.

Fué este, como oisteis poco há, que Cristo se precipitase desde el pináculo del Templo; y para animarlo á la accion, y que no le negase esta seña que él pretendia tener de su ser divino, acordóle las palabras del Salmo: *Angelis suis Deus mandavit de te* (2), en que le ofrece Dios la asistencia de sus ministros, y que seria llevado siempre en manos de ángeles. Pero ¡qué corto anduvo el demonio en proponer la eminencia del templo! Mucho mayor es la altura de donde hoy se arroja Cristo. Sabe, ó Lucifer, que piensa en mucho mas su humildad, pues para mostrar á los suyos las dulces llamas de su amor, no se arrojó desde la altura del pináculo, sino desde la cumbre de su ser divino; desde la celsitud de su grandeza, desde la eminencia de su gloria, desde lo elevado de su dignidad. No desde el templo de Jerusalen, que era material y limitado, sino desde el de sí mismo, de quien aquel era solamente un bosquejo: *De templo corporis sui* (3).

(1) *Num.* c. 20. v. 11. (2) *Psalm.* 90. v. 11. (3) *Joann.* c. 2. v. 21.

Y esto para qué? No para que le admirasen los hombres, viéndole servido de ángeles, sino para que se admirasen los ángeles viéndole servir á los hombres. ¿No sabias tú que este gran Rey vino á la tierra á servir, y no á ser servido? ¿Por ventura ignorabas que para este fin tomó la forma y vestido de siervo? Acaso no alcanzarias este arcano tan inaudito, porque se te haria increíble tanta humillacion á vista de tu vanidad. Pero si no crees todavía en Cristo este amor, esta humildad, este abatimiento, deja por un rato esa altura, y ven conmigo al cenáculo. Atiende á lo que va á hacer con los hombres el Hijo de Dios, por si al verle ocupado en accion tan humilde, caes algun tanto de tu vanidad y soberbia. Mírale bien cómo se quita la capa, cómo echa agua en la bacía, cómo se ciñe la toalla, cómo se arrodilla ante sus discípulos, que eran unos pobres pescadores; mira cómo les lava los piés, cómo pone en ellos aquellas manos, cómo los enjuga, cómo los limpia, cómo los abraza, cómo los besa. ¿Parécete pues si será esto algo mas que echarse desde el pináculo? Quiéresle todavía mas caido? quiéresle mas abatido? quiéresle mas humillado? quiéresle mas obsequioso? ¿y en fin quiéresle todavía con mas señales de siervo?

¿Mas para qué gasto palabras con quien no las oye? ¿para qué hablo con quien no me escucha? ¿para qué tanto sermon con quien no se enternece? Déjote pues á ti, ó Satanas, por protervo, por cruel, por inflexible, y vuélvome á los que por lo mismo que son frágiles en pecar, tienen accesible el corazon. Decídme pues, amados oyentes, ¿podrá subir á mas la fineza que á lo que hizo hoy en esta accion este Dios amante? ¿Habrá habido algun amor, por fino que sea, que haya obligado á humillarse así? Ó amados mios! ¿con qué corresponderemos á este amor? Lenguaje es propio de los amantes ostentar esclavitudes en los afectos; pero esto es una ficcion: solo en Cristo fué hoy verdadera la voz *esclavitud;* solo en Cristo fué verdadera, pues solo él fué el que tomó la forma de esclavo, el que se mostró verdaderamente rendido, y el que para manifestar su amor á los hombres, se puso hoy humildemente á lavarles los piés, mostrando en esta accion tan baja hasta dónde llegaba su fineza, y dejando de esta suerte acreditada del todo su servidumbre. Válgame Dios! y es posible esto, católicos? es posible? ¡El resplandor del Padre reducido á tal bajeza! ¡el que descansa sobre querubines, puesto así á los piés de los hombres!

Pero ¿qué nos admiramos de que Cristo haga esto en la tierra, si hace lo mismo en el cielo? Se ceñirá en él, dice san Lúcas, otra toalla como la del cenáculo, y poniendo á sus escogidos en aquella mesa (que es la cena grande á que nos convida), pasará con la mayor humildad por todos los hombres, ejerciendo eternamente su servidumbre: *Præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis* (1). Tanto gusta á Jesucristo el traje de esclavo, que no lo desdeña, ni aún cuando se ostenta señor. ¿Qué mucho pues que haga esto hoy con sus discípulos, si aún cuando se muestra rey, quiere parecer siervo?

Bien dice san Pablo, que su venida al mundo fué para evacuar ó dejar vacíos á los principados y potestades: *Cum evacuaverit omnem principatum et potestatem* (2). Los ángeles fueron criados para servir á los hombres; que aún por eso el demonio, en la segunda tentacion del desierto, citó puntualmente las palabras del Salmo: *Angelis suis Deus mandavit de te* (3). Este fué el destino que tuvieron desde su creacion, y el que ejercieron siempre desde el principio del mundo hasta nuestra edad. No obstante alguna vez se dejaron servir de los mismos hombres, y admitieron de ellos obsequios muy rendidos, como se vió en Lot y en Abrahan, de quien se dejaron lavar los piés y servir á la mesa, como afirma de uno y otro la santa Escritura (4).

Pues ved aquí ya el vacío que vino á descubrir Cristo en los ángeles, dice san Gregorio (5), ó el descubierto que manifestó haber tenido estos en sus ocupaciones y oficios; pues tomando su Majestad hoy la forma de esclavo, y dignándose de ejercitar la servidumbre hasta el exceso de lavar los piés á unos pescadores, parece que al tomar la bacía y ceñirse la toalla, quiso decir á las potestades del cielo: «ea, ministros mios, atendéd bien á esta accion; reparád en esta humildad; enrojecéos de este abatimiento; aprendéd aquí á servir á los hombres, que ese es el oficio que os di, y ese el que quiero que ejercitéis; que si vosotros, aún siendo criados para servir al hombre, os dejasteis lavar los piés de uno tan santo como Abrahan, yo me bajo hoy á lavarlos á doce, y uno tan ruín como Júdas.» Ved

(1) *Luc.* c. 12. v. 37. (2) I. *Cor.* c. 15. v. 24. (3) *Psalm.* 90. v. 11.
(4) *Gen.* c. 18. v. 4. *et* c. 19. v. 2.
(5) *Greg. Magn. Serm. de cœna Domini.*

si fué esto propiamente deslucir á los ángeles; pero mas parece que fué avergonzar al demonio, pues cuando creyó este tentar á Cristo con que se dejase ver de los hombres en manos de ángeles, él abatiéndose hoy á la mayor y mas inaudita bajeza, quiso dar leccion de servir á los mismos ángeles, haciendo que le viesen puesto á los piés de los hombres. Mas para que las tentaciones del cenáculo dejen al demonio mas confuso, vengamos ya á la tercera del desierto.

PARTE TERCERA.

Llevó pues el demonio á Cristo á un monte muy alto: mostróle desde él las cortes, las ciudades, los reinos y todas las grandezas del mundo; y despues de haberle representado como en un mapa todas sus glorias, le dijo: *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me* (1): todo esto que ves, será tuyo, si te postras delante de mí, y me das por un instante adoracion. Y á esta tentacion del demonio ¿cuál fué la respuesta de Cristo? La que debió ser: llenóse su Majestad de una ira santa, indignóse altamente contra aquel maldito, y no pudiendo ya sufrir tanta altivez, tanta soberbia, tanta hinchazon, echóle de sí con grande aspereza, diciendo: *Vade retro, Satana;* quítate allá, Satanas. Cómo me hablas así? ¿no sabes que esa humildad está reservada solo á Dios? ¿Está solo para el Criador, que es á quien por su ser soberano se debe todo el rendimiento, toda la adoracion y toda la servidumbre?

Pero, ó Señor mio, ¡cómo se muda el tiempo y las circunstancias de él! ¡qué distinto es el desierto del cenáculo! ¡y cuánta mas fuerza os hace el amor del hombre que la oferta del demonio! ¡Oh, qué mal le salió á este la traza con que quiso entónces tentar á Cristo! Ven acá, infeliz, otra vez; y eres tú el discreto? eres tú el sabio? eres tú el astuto? eres tú el tentador? Pues yo me atrevo á decirte que no sabes tentar. Si tú dieses á Cristo por la suya, tú le rindieras, tú le abatieras y tú le hicieras, aunque fuesen mil veces, arrodillarse y postrarse; pero si no sabes el modo, ¿qué has de conseguir sino un *vade retro?* Vas á ofrecerle mundos, vas á ofrecerle reinos, vas á ofrecerle tesoros, y ¿no quieres quedar desairado? Muda de

(1) *Matth. c. 4. v. 9.*

estilo; prueba otro medio; estudia otra frase, y le verás postrado, le verás humillado, le verás abatido, como le vemos hoy. Dále por lo que quiere, no por lo que desprecia, dále por lo que ama, no por lo que desestima: no le des riquezas, sino quítale almas; no le des tesoros, sino quítale hombres; no le des mundos, sino róbale uno de los suyos que están en el mundo; que aunque ese hombre sea un malvado, aunque ese hombre sea un ingrato, aunque ese hombre sea un ruín, aunque ese hombre sea un traidor, le verás arrodillado y puesto á tus piés, sin reparar en su altura, sin reparar en su grandeza, sin reparar en su dignidad, sin reparar en que es Hijo de Dios.

¡Pero, ó Señor mio, qué tarde viene esta advertencia! ¡Qué prevenido estuvo el demonio en este modo de obligaros, escarmentado sin duda de las repulsas del monte! Ya, Señor, ya llegó el dia de veros á sus piés; ya llegó la ocasion de veros de rodillas delante de sí. Apoderóse de aquel mal discípulo, á quien tú tanto amabas; aposentóse en el corazon de aquel hombre, que era uno de los tuyos que estaban en el mundo; y y por ver si podias apartarle de él, por ver si lograbas reducirle otra vez á tu amor, sin mirar su alevosía, sin atender á su infamia, sin acordarte de su traicion, con gran gusto le lavaste hoy los piés y te postraste delante de Satanas. ¿Podrá haber mayor humildad? podrá idearse mayor fineza? Cristo á los piés de un traidor! Cristo postrado ante Lucifer! Ó Pastor divino! ¿no te bastaba, para acreditarte de amante, llevar sobre tus hombros la oveja, sino que tambien quisiste estar á los piés del lobo?

Sin duda estarás muy ufano, ó tentador maldito, de tener á tus piés ese trofeo. Pero no cantes todavía la victoria; que esa misma humillacion que ahora te deslumbra, teniéndola por palma, esa misma ha de ser la que te desvanezca. ¿No te acuerdas de la piedrecita que sin impulso ajeno rodó del monte? (1) ¿No sabes que esa representaba á Cristo, que bajó del monte del cielo, concibiéndose en María por virtud soberana, sin intervenir obra de varon? (2) ¿Ignoras que era la piedra Cristo la que rodaba por el desierto tras de los que amaba; aquella á quien derritió el amor en dulce bebida para su alivio, y convirtió en pan para su sustento? Díme mas: ¿no estabas tú representado

(1) *Dan. c. 2. v. 34.*
(2) *Ambros. Serm. 70.*

en aquella grande estatua de Nabuco (símbolo el mas propio de tu vanidad), á quien esta piedrecita destrozó y redujo á polvo con solo caer á sus piés? Pues si todo esto sabes, ¿cómo puedes cantar ese triunfo? Mas razon habia para que lloraras tu sonrojo. Cayó esta piedrecita de lo alto, rodó del monte, se abatió á tus piés; pero á qué fin? para adorarte como pretendias? para idolatrar en ti como deseabas? No por cierto. Pues para qué? Para arruinarte y deshacerte; para desvanecerte y destruirte; para dar tus cenizas al viento; para ajar tu vanidad, y en fin para abatir de tal forma tu presuncion, que nunca mas volvieses á parecer. Así sucedió entónces en figura, y así lo acreditó la realidad en esta hora, en que postrándose Cristo á los piés del demonio por ganar á un hombre, dió á entender con evidencia cuánto era el amor á los suyos que estaban en el mundo, pues lo que no pudo Lucifer con todas sus dádivas, logró un Júdas con todas sus traiciones.

Ved aquí, aunque mal pintado, el amor de Cristo para con los suyos: ved tambien á su Majestad triunfante del odio y vencido del amor. Resta ahora exhortaros á su ejemplo, que es con lo que él concluyó el sermon de esta tarde: *Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis* (1). ¿Y quién creerá que haya alguno que deje de seguir este ejemplo? Pues cotejemos nuestras acciones con las de Cristo. Cristo tan zeloso de las almas, que para ganar la de un Júdas, no dudó postrarse á los piés de Lucifer; y nosotros tan dormidos y descuidados de su salud, que nada se nos da de su perdicion. Cristo tan amante de nuestra pureza, que por lavar las mas leves manchas, se abate á los piés de los hombres (que eso significa propiamente lavar hoy los piés á sus discípulos); y nosotros tan omisos en precaver las mas graves, que no estorbamos ni aún las escandalosas y enormes. Cristo tan cuidadoso de nuestro bien, que para alimentarnos se dió por pastó á sí mismo, convirtiendo en pan de vida su sagrado cuerpo, y en bebida su preciosa sangre; y nosotros tan insensibles á las miserias de los pobres, que no solo no les damos lo nuestro, sino que les negamos lo suyo, faltándonos de un todo la compasion, y dejándolos lastimosamente perecer de hambre y de necesidad. Ó qué dolor! ¡qué diversa es esta conducta de la de

(1) *Joann.* c. 13. v. 15.

Cristo! ¡y qué distinto nuestro carácter del de la piedra del desierto! Oyentes mios (especialmente los constituídos en dignidad eclesiástica), cuidado con estos menores, á quienes el Señor llama *suyos;* cuidado con estos desechos que vosotros tanto despreciáis; y seguid de aquí adelante el ejemplo que os da hoy, atendiendo á su remedio, cuidando de su limpieza, estudiando en su disciplina y velando sobre el bien de su alma, aunque sea menester para ello poneros á los piés del demonio. No tendréis disculpa en su recto juício, si no imitáis su caridad y su zelo: *Exemplum enim dedi vobis.*

Y vosotros, á quienes la suerte hizo inferiores en el destino, atendéd tambien á este ejemplo; y cuando Cristo os llama *suyos* por el amor, no os hagáis ajenos de él por la ingratitud. ¿Podré esperarlo de vosotros, amados oyentes? ¡Oh cómo me temo que no, porque es mucho lo que puede el aire de nuestra vanidad! ¿Cuántos habrá en mi auditorio que aún á vista de este ejemplo no quieran perdonar á su enemigo, no quieran humillarse á su hermano, y aún despues de haber oído este amor de Cristo, se lleven en el corazon todo su odio? Pues no ha de ser así, oyentes mios, no ha de ser así; fuera desde ahora sinrazones: ya no mas, Señor, ser ingratos, ya no mas ser desatentos. Mas para esto, Señor mio, ayúdenos vuestro dulce amor; aquel amor con que lavaste hoy los piés á Júdas; aquel amor con que convertiste las piedras en pan; aquel amor con que instituíste ese Sacramento; y finalmente aquel amor con que te despediste hoy de los tuyos que estaban en el mundo. Así lo habéis de hacer, ó divino amante! por el triunfo que tuvisteis hoy del demonio en sus tentaciones; por la gloria que os dieron los ángeles viéndoos arrodillado á sus piés; que nosotros rendidos y postrados, como debemos á los vuestros, os ofrecemos desde hoy una voluntad tan fina, tan constante y tan arreglada á lo que merece vuestro amor, que no haya punto ni instante en que no nos amemos, teniendo siempre presente vuestro amor sin fin, *in finem*, para que nunca pueda llegar el fin de nuestro amor. Así lo esperamos, Señor, de vuestra clemencia, mediando para ello vuestra gracia, que es prenda segura de la gloria. Yo os la deseo.

SERMON.

PARA SER VERDADEROS DISCÍPULOS DE JESUCRISTO HEMOS DE IMITAR SU HUMILDAD EN EL CENACULO.

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DE GONZÁLEZ.)

Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.

Ejemplo os he dado para que hagáis como yo he hecho.

S. Juan, c. 19. *v.* 15.

Cada vez que presento la reproduccion de la augusta ceremonia que con tanta solemnidad ofrece á nuestra vista la Iglesia en el dia presente, me admiro y me lleno de confusion. Si atiendo al abatimiento tan profundo en que se ostenta la Majestad infinita, descubro una cosa tan superior á la capacidad de mi débil razon, que sin poder dar un paso adelante al querer contemplarla, me veo sumergido en un abismo insondable. Si mirándome á mí mismo, me considero representado en uno de los discípulos que asisten al cenáculo, y si pasando mas adelante, supongo postrado á mis piés al único verdadero Dios... Oh! cómo pudiera yo manifestar lo que pasa en mi interior! Una humildad tan sin ejemplo presenta á mi vista el horroroso cuadro, en que se pinta mi soberbia con los mas vivos colores. ¡Tánta dignacion, no puedo ménos de exclamar, tánta dignacion de parte de un Dios infinitamente perfecto, y un orgullo tan insufrible de parte de la mas indigna y miserable de todas

las criaturas! Mi imaginacion se halla toda ocupada de esta sola idea, sin que me sea permitido dar entrada á otra alguna.

Repetidas veces he hablado desde esta sagrada cátedra de este misterio, y aunque conozco que cada página del Evangelio ofrece abundante materia para muchas y variadas reflexiones, no acierto, no puedo fijarme en otra idea que en la del ejemplo asombroso de humildad, que en el lavatorio de los piés nos da nuestro amabilísimo Redentor. Porque si bien parece que no es posible un abatimiento mas profundo que el de su encarnacion y el de su muerte afrentosa de cruz, sin embargo el primero no se deja percibir de los sentidos, y en el segundo vemos un juez que le condena, unas turbas que le conducen como por fuerza al patíbulo, unos verdugos que le crucifican. En el cenáculo todo es palpable; la escena es la mas tierna; el traje, la actitud, el ejercicio, todo es humilde en sumo grado: en esa humillacion no interviene precepto ni coaccion alguna, todo es sensiblemente voluntario. Últimamente las palabras tan terminantes con que nuestro divino Maestro nos exhorta á imitar su ejemplo, no me dejan libertad para proponer otro asunto: él será por tanto el objeto de vuestra atencion.

El Señor que por un efecto de su abrasada caridad se dignó enseñarnos una virtud, de cuya práctica pende nuestra salvacion, nos conceda la gracia de imitarle. Pidámosela por la intercesion de su humildísima Madre. *Ave María.*

Estaba en el órden que el hombre, á quien su soberbia habia precipitado de una elevacion que no pudiera merecer, al abismo de una miseria que no le fuera dado evitar por otro medio, se humillara todo lo posible para reparar su caída; esto era muy regular, digo; mas que un Dios, á quien por la mas inviolable justicia son debidas las adoraciones de todas las criaturas; que un Dios, incapaz de reconocer otro principio y de dirigirse á otro fin que á su misma divinidad; que un Dios, que en su inmutable naturaleza reúne cuanto puede contribuir á la gloria infinita de su majestad; que un Dios, supremo señor y absoluto dueño del universo, se humille, deje oscurecer el resplandor de su gloria, se degrade, si me es permitido decirlo así, hasta lo sumo, solo por engrandecer á la vil criatura, que correspondiendo con la mayor ingratitud al amor sin límites que le habia

profesado, se habia rebelado contra su adorable majestad; esto es una cosa extraordinaria; esta conducta es enteramente desconocida del hombre, una conducta que solo puede dirigir la caridad mas acendrada.

La caridad! ¿Quién sino esta pudiera obligar al Unigénito de Dios á que descendiese del elevado trono de los cielos, para confundirse entre los miserables habitantes de la tierra? Tocaba ya en el término de su carrera mortal este padre de bondad en cuya crítica circunstancia es preciso que se aumentara, que se manifestara por todos los medios posibles aquel amor inmenso, precisándole á arriesgarlo todo, á sacrificarlo todo por el hombre, que de ningun modo podia salir de su miseria sino por la humillacion.

La continuada experiencia, las lecciones mas instructivas, los mas expresos y repetidos preceptos, nada parecia poder arrancar del corazon de esta vil criatura la soberbia que era la raíz de todo su mal: para conseguirlo era necesario recurrir al último extremo; este no era otro que un ejemplo el mas eficaz. Con este objeto, concluída la misteriosa cena, en que Jesucristo habia dado á todos y cada uno de sus discípulos las pruebas mas palpables de un amor el mas intenso, como si no fuera suficiente para ello el haber cubierto su gloria con el velo asqueroso de nuestra naturaleza, y ocultado su santidad esencial sujetándose á las miserias que en todos los hombres son efecto de su pecado, resuelve hoy desfigurar su grandeza, disfrazar su majestad, descendiendo hasta á ocuparse en el ministerio mas ínfimo: hace sentar á sus discípulos, y ciñéndose una toalla y poniendo agua en un lebrillo, se arrodilla y se empeña en lavarles los piés.

Cómo es posible formar idea de una humillacion tan heroica? ¿Quién, á no asegurarlo los sagrados evangelistas, dejaria de tenerlo por una paradoja? Cuanto la considero con mas atencion, tanto mas me confundo y me pierdo en inútiles reflexiones. Trato de examinar algunas de las circunstancias de esta misteriosa escena, y léjos de adelantar algo, acrecientan mi confusion. Quiero preguntar á Pedro; pero este asombrado, atónito, casi fuera de sí, enteramente enajenado, en vez de satisfacer mi curiosidad, prorumpe en estas palabras dirigiéndose al Salvador: *Domine, tu mihi lavas pedes?* Sin embargo la energía con que este grande apóstol profiere estas concisas palabras

anuncia que llegó á entrever, aunque muy en confuso, lo que no puede declarar de otro modo que poniendo de manifiesto su extraordinaria admiracion. Yo por tanto las examino de nuevo, y encuentro lo que sin ellas no pudiera concebir. Toda la gloria del Señor, aunque infinita, parece que se descubre con solo compararla con la miseria del hombre, y la vileza toda del hombre llega á percibirse claramente contraponiéndola á la majestad y gloria del Señor. Tú lavarme á mí los pies! tú á mí! tú, el ser por esencia, el eterno, el infinitamente perfecto! ¡á mi que hace un momento era nada, que al presente no soy mas que un leve vapor, una vana sombra, un piélago de miserias, y que dentro de poco me confundiré con los mas asquerosos gusanos! Tú, el infinitamente santo! ¡á mí, en quien es tan antiguo el pecado como la vida! ¡Tú...

Pero parece en cierta manera una temeraria presuncion querer penetrar el santuario misterioso de la naturaleza de Dios, porque ¿quién sino él mismo es capaz de comprender la infinidad de sus perfecciones? Nadie, nadie absolutamente fuera de él: sus obras indican algo, pero muy en confuso. Pregunto á la naturaleza, y enmudece: ó á lo mas ofreciendo á mi vista una inmensa multitud de plantas, de insectos, de animales, de hombres, creo oirle decir: sola una hormiga es bastante para demostrar la sabiduría infinita, el infinito poder, la perfeccion y la gloria infinitas del Criador. Pregunto á los cielos, que con un misterioso silencio me dicen: nada éramos, pero el Eterno quiso, y en el momento fuimos formados con esta perfeccion que tan justamente te admira, aunque no es mas que una completa debilidad, si se compara con la perfeccion de nuestro Hacedor: con esta inmensidad que te parece infinita, pero que es ménos que un átomo imperceptible al lado de la suya; con esa multitud asombrosa de astros cuya luz y resplandores te deslumbran, pero que son una sombra oscura, un cáos tenebroso á vista de la gloria de aquel. Pregunto á los infiernos, cuyos orgullosos príncipes al oir tan augusto nombre se postran, le adoran desesperados, dando un testimonio irrecusable de su poder y majestad, de su gloria incomprensible. Me resuelvo á preguntar á Pedro, á pesar de que su admiracion no es ménos fundada y extraordinaria que la mia, y se me figura oir por única respuesta: yo, yo mismo he presenciado sus obras prodigiosas, y he llegado á covencerme de que nadie es capaz de resistir al me-

nor impulso de su voluntad soberana: la vida y la muerte, el cielo y los abismos, la naturaleza toda está pendiente de sus labios: á su imperio desaparecen las enfermedades mas inveteradas é incurables, restituye la muerte sus presas, los príncipes de las tinieblas abandonan sus conquistas, el Eterno desciende de lo alto á dar testimonio de su divinidad..., yo mismo he visto un leve reflejo de su gloria, á cuya presencia me suponia en el término de la felicidad. Y despues de esto ¿pudiera yo consentir verle abatido, degradado hasta el extremo de lavarme á mí los piés? á mí...!!!

Ah! qué es el hombre, si se compara con su Dios? Qué es el hombre, aún prescindiendo de esta comparacion? Qué es el hombre en sí mismo? Para conocerlo, no necesitamos consultar á cosa alguna exterior; dentro de nosotros mismos tenemos testimonios bien degradantes, testimonios que á pesar nuestro y para nuestra confusion se presentan en todas partes, á todas horas, en todas circunstancias. Á ninguno puede ocultársele su ignorancia, su debilidad, su imperfeccion y miseria. Todos y cada uno conocen que el hombre en su primera edad es el mas inepto, el mas estúpido, el mas necesitado de todos los animales; que dueño ya de su razon, pasa á ser un monstruo empeñado en invertir el órden de la naturaleza, puesto que huye de aquello mismo que conoce serle favorable, y busca con incesante anhelo lo que mas le perjudica. Si hubiera de consultarse tan imprudente conducta, se podria asegurar que la naturaleza solo le ha inspirado el deseo de la felicidad para atormentarle y hacerle el mas infeliz de los vivientes; y que léjos de proveerle de los medios de conseguirla, le arrastra con un peso irresistible al extremo contrario. Por desgracia puede mirarse como un conjunto de todos los peligros, de todos los trabajos, de todos los males; así es que sin conocimiento alguno de la revelacion la filosofía por sí sola ha llegado á descubrir en la naturaleza un desórden universal, un pecado que afecta á cada uno de los individuos, y al que debe atribuirse tan justo castigo. Tal es el hombre; el único entre todas las criaturas corpóreas que se ha degradado, que ha merecido ser, y ha sido positivamente despojado por su soberbia de la belleza, de la justicia, del honor, del derecho á la gloria que recibió con la vida; el único entre todas ellas que se ha atraído el odio y la maldicion de un Dios, que le habia formado precisamente para colmarle

de bienes y bendiciones. Esta consideracion hizo que el santo Job tuviera por ajeno é indigno de la divina Majestad el fijar su vista en el hombre, y aún que le llamara á su presencia para juzgarle; en cuyo caso ¿qué tiene de particular que Pedro se admire, se resista, se niegue absolutamente á presentar sus piés inmundos al Señor, que se los pedia para lavarlos? Nada, nada tiene de extraño, ántes bien esta resistencia manifiesta en cierto modo su humildad; pero es incomparablemente mas profunda la de su divino Maestro, quien no dándose por satisfecho con manifestar su designio á los discípulos, les hace ver que á toda costa está resuelto á ponerlo en ejecucion. Al efecto, y no siendo suficiente declararles que tiene para ello motivos que despues les haria saber, recurre al imperio, y luego á las amenazas, por cuyo medio logra convencer al discípulo y reducirle á la debida obediencia.

Venid, hombres orgullosos, venid al cenáculo, y veréis al mas grande y poderoso de los reyes, á todo un Dios postrado á los piés de sus criaturas: venid y le veréis arrodillado en presencia del mas perverso de los hombres, del mas abominable de los monstruos. Orgulloso fariseo, tú que suponias indigno de la grandeza de un profeta que permitiera lavar sus piés con las lágrimas de una pecadora reconocida, ven, entra en el cenáculo, y verás á ese mismo Señor, no un mero profeta, sino el que inspiró á los profetas de todos tiempos, lavando con sus benditas manos los piés de un obstinado y horrendo pecador, purificándolos é imprimiendo en ellos sus purísimos labios: mírale, y cubierto de confusion, adora á quien te da un ejemplo tan singular de humildad y de amor.

Ó humildad, ó amor de Dios para con el hombre! un Dios que para nada puede necesitar á sus criaturas; un Dios cuya gloria se manifestaria del mismo modo en el castigo ejemplar del pecador que en el perdon mas benigno; un Dios á cuya penetracion no puede ocultarse la felonía de Júdas, la negacion de Pedro, el abandono de los demas discípulos; este Dios bueno y misericordioso por esencia todo lo olvida, en nada se detiene, á todos manifiesta una ternura verdaderamente paternal; este Dios grande se humilla solo porque los ama; el deseo de hacerlos felices le obliga á buscarlos por los caminos mas escabrosos, por los de la humillacion y abatimiento, sin cuya práctica sabe muy bien que no pueden salir del profundo abismo

de miseria en que los ha precipitado su orgullo. En otras ocasiones ha tratado de inspirarles estas ideas; pero ellos, si bien han quedado admirados de su doctrina, no han llegado á comprender sus intenciones. Viendo por último cuánto se les resiste la práctica de la humildad, recurre al presente al ejemplo mas poderoso y persuasivo, con el fin de hacérsela amable. *Exemplum*, les dice, *dedi vobis:* lo que no es indigno de la majestad suprema del Criador, ¿será indecoroso á la infinita vileza de la criatura? ¿se desdeñará el discípulo ignorante de imitar las obras del mas sabio y prudente de los maestros? *Si ego lavi pedes vestros dominus et magister, et vos debetis alter alterius lavare pedes.*

Pero es tal la benignidad de este amante Padre, que aún se contenta con mucho ménos; quiere tansolo que nos apliquemos á conocer nuestra miseria, nuestro pecado; cualidades que nos hacen indignos de todos los bienes y acreedores á todos los males: quiere que convencidos de que no tenemos mérito alguno, recibamos igualmente sumisos el honor y la ignominia, la riqueza y la indigencia, la salud y la enfermedad, el beneficio y la injuria, atribuyendo á sola su liberalidad los que suponemos bienes, y á su inflexible justicia los que decimos males: quiere que considerando las causas segundas como instrumentos de la Providencia, olvidemos los agravios, léjos de volvernos contra los que nos los hicieren; alejemos de nosotros todo lo que pueda excitar el resentimiento, perdonemos de corazon la injuria, amemos con sinceridad á nuestros enemigos y ofensores; y que si las circunstancias lo exigen, pues todos los hombres son nuestros hermanos en Jesucristo, nos humillemos hasta buscarlos y conducirlos por la senda de la caridad. Cuántos males evitaríamos por este medio! cuánto mereceríamos para con Dios! Cuán acreedores nos haríamos al amor de Jesucristo! Sí; porque obraríamos conforme á lo que él mismo nos encarga por medio de exhortaciones, nos enseña con su ejemplo, nos manda con imperio. Consideremos que las lecciones que da un padre á sus hijos, cuando se halla postrado en el lecho del dolor y próximo á morir; cuando rompiéndose el velo con que tenian sus ojos vendados las pasiones, distingue la verdad de la mentira, la realidad de la sombra, los intereses verdaderos de los aparentes; son las mas sábias é instructivas, y que por tanto no pueden ménos de serlo estas que nos da nuestro adorable Redentor pocas horas ántes de su sacrificio; de aquel sacrificio á que se entrega, no por necesidad, sino voluntariamente por nuestro amor. Consideremos que acompaña esta leccion de heroica humildad con los testimonios mas relevantes de su cariño, de su ternura y benignidad, precisamente en el momento en que, por un prodigio que no ha tenido ni tendrá semejante, nos deja para siempre su cuerpo sacratísimo por prenda de su amor. Consideremos por último, que no debiendo ser el discípulo de mejor condicion que el maestro, es irremediable nuestra eterna desgracia, si no nos humillamos con Jesucristo; así como es infalible, segura nuestra exaltacion y felicidad, si imitamos el ejemplo que nos da en este dia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE LA PREPARACION

PARA RECIBIR DIGNAMENTE

LA SAGRADA EUCARISTIA (1).

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DE ARMAÑÁ.)

Accepit ergo Jesus panes, et cum gratias egisset, distribuit discumbentibus.

Tomó pues Jesus los panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban sentados.

S. Juan, c. 6. v. 11.

Ansioso del mayor bien de las almas el amantísimo Redentor, no solo instituyó para nuestro alimento espiritual el santísimo sacramento de la eucaristía, en que se nos da su sagrado cuerpo y su sangre preciosísima, sino que para excitar en el corazon humano consideraciones y afectos dignos de tan singular fineza, preparó ántes los ánimos con las mas vivas expresiones. Dijo que *él era el pan vivo que habia bajado del cielo* (2); que *el que comeria tan precioso pan, viviria eternamente* (3); que *no era como el maná, que solo conservaba por algun tiempo la vida corporal sin librar de la muerte, á los que lo comian, sino que el pan celestial que nos daria, nos haria inmortales* (4), y que *á los que lo comiesen, los resucitaria en el fin del mundo para*

(1) En la pág. 298 se ha puesto otro sermon sobre la misma materia, y allí se ha citado el que se halla en la pág. 169 del tomo cuarto de los de *Mision*.

(2) *Joann. c. 6. v. 51.* (3) *Ibid. v. 52.* (4) *Ibid. v. 59.*

la vida eterna y gloriosa (1). Declaró que *aquel pan era su propia carne* (2); que *su carne era verdadera comida y su sangre verdadera bebida;* que *para gozar una vida digna de este nombre, era necesario comer su carne y beber su sangre* (3); que *el que comiera su carne y sangre, quedaria en él, y él quedaria en aquel que la comiese* (4). Estas y otras expresiones de Cristo Señor nuestro ¿qué eran sino felices anuncios del favor especialísimo, que habia de recibir el linaje humano, ilustrando con ellas á un tiempo los entendimientos para el conocimiento de tan alto misterio, inflamando los corazones para el fervoroso deseo de tan estimable fineza, con la cual se habian de gozar tan dichosos efectos? Al mismo fin quiso dar como una prenda de su favor con el convite prodigioso que nos refiere el Evangelio que he citado. No sin misterio, al empezar el sagrado evangelista la relacion de aquel admirable suceso, advierte que se acercaba la Pascua de los judíos (5) : *Erat autem proximum Pascha, dies festus judæorum:* quizá quiso acordarnos con esta Pascua la que celebró el Salvador en la ceremonia que hoy nos recuerda la Iglesia, en la cual instituyó el santísimo Sacramento. Al acercarse pues la solemne Pascua del pueblo hebreo, figura de la que celebra con tanto gozo y con tanta dicha el pueblo cristiano, dió Cristo un convite propio de su bondad inefable, como una prenda del convite eucarístico que disponia su amor. Le seguia en gran número el pueblo, dulcemente atraído de su amable presencia. Se hallaba en un desierto, distante de sus propias casas y falto de toda provision. Para suplir la falta, no tenian mas los apóstoles que cinco panes y dos peces : ¿qué era esto para innumerable gente? Sin embargo Cristo hace sentar á todo el concurso, toma los panes en sus poderosas manos, levanta los ojos al cielo, da gracias al eterno Padre, los bendice, los multiplica con su infinito poder, los distribuye con tierno amor, y abundan tanto, que saciado el apetito de todos los convidados, resta no poco para sustento de otros.

En este maravilloso suceso ¿quién no ve un bello diseño de la sagrada eucaristía, que instituyó Cristo Señor nuestro en la última cena para espiritual alimento de los fieles durante su peregrinacion en este mundo? No se multiplica el pan en este

(1) *Joann. c. 6. v. 55.* (2) *Ibid. v. 52.* (3) *Ibid. v. 54.* (4) *Ibid. v. 57.* (5) *Ibid. v. 4.*

convite, sino que se convierte su sustancia en el cuerpo de Cristo, y la del vino en su sangre; pero con ser uno mismo el cuerpo y una misma la sangre, como si se multiplicase, lo recibe todo cada uno: no solo el cuerpo y sangre, todo Cristo Dios y hombre verdadero se recibe en el santísimo Sacramento bajo cualquiera de las dos especies. Este es el gran misterio de nuestra santa Fe, tan glorioso para la católica Religion, como profundo. Este es el precioso convite á que nos llama el amor de Cristo desde aquella sagrada mesa, repitiendo tácitamente aquellas dulces palabras: coméd los que os preciáis de amigos mios (1), coméd mi pan (2): yo soy el pan vivo que bajé del cielo para vuestro mayor bien (3), para daros una vida inmortal, feliz y eterna; yo que soy el pan de ángeles, quiero ser el alimento de vuestras almas (4): venid pues, y alimentádlas con tan saludable alimento.

Al eco de tan amorosas voces ¿qué corazon habrá tan duro que no se abrase en vivos deseos de recibir el especialísimo favor que se le ofrece? ¿quién no suspirará vivamente por aquel pan celestial? Pero para recibirlo dignamente, debemos disponer nuestros corazones; y ¿cuál ha de ser esta disposicion? Veis aquí, amados oyentes, lo que voy á exponernos con el ejemplo de los que lograron en el desierto ser alimentados por el Salvador. Contemplád aquella multitud numerosísima, tan desprendida de los bienes terrenos, que deja su patria, sus casas y todas las comodidades; tan deseosa de la presencia del Salvador, que ningun trabajo, ninguna pena, ninguna dificultad los acobarda: ni las asperezas del desierto, ni la falta de alimento, ni las molestias indispensables de un largo viaje pueden retraerlos de su seguimiento. Con esto tenéis expresada la principal disposicion para recibir dignamente á Cristo, y ella será todo el objeto de mi paterna solicitud, ponderando en mi discurso, cuánto importa desprender el corazon de todas las cosas del mundo, y fijar su afecto en el Señor de infinita bondad que se ha de recibir, para gozar los preciosos efectos del santísimo Sacramento. Saludemos ántes á la Vírgen con el *Ave María*.

¡Gran dicha del hombre poder alimentar su espíritu aún en

(1) *Cant. c. 5. v. 1.* (2) *Prov. c. 9. v. 5.* (3) *Joann. c. 6. v. 51.*
(4) *Psalm. 77. v. 25.*

esta vida con el pan del cielo, en quien se contienen todas las verdaderas dulzuras; poder gozar en su pecho la fuente de todos los bienes y el soberano Autor de todas las gracias! Pero ¡gran desgracia de aquellos cristianos, que logrando tan excelente beneficio, se privan voluntariamente de sus admirables efectos por falta de disposicion! Vemos que se frecuenta en el pueblo cristiano la sagrada comunion; pero no tenemos el consuelo de ver el correspondiente fruto. La vanidad y el lujo, léjos de abominarse como merecen, se aumentan con indecible furor; los abusos y escándalos se multiplican á nuestra vista con tanto descaro, que parece hacerse gala de la infamia; se resfría mas y mas de cada dia la caridad; se desprecia con insolente orgullo la verdadera devocion; y por decirlo de una vez, se han relajado tanto las costumbres, que apénas se descubren vestigios de su perfeccion antigua. Para mayor desdoro de nuestra santa Religion, se nota este desórden aún en gran parte de aquellos que comulgan con frecuencia. ¿Veis por ventura despues de tantas comuniones, que dejen el teatro, el juego, el baile, las modas profanas, los trajes inmodestos, los tratos y diversiones peligrosas? En los mismos dias que comulgan ó celebran, ¿veis que observen mas retiro, mas modestia, mas humildad, mas templanza y mortificacion? ¿Los veis ménos afanados en adquirir por cualesquiera medios, honras, riquezas, comodidades terrenas y gustos carnales? ¿Los veis mas pacíficos, mas comedidos con el prójimo, mas liberales con los pobres, mas fervorosos en el culto de Dios, mas exactos en su servicio? Generalmente se ven los mismos vicios, los mismos abusos, el mismo tenor de vida sensual, no digo solo en los dias de comunion, sino casi con la sagrada eucaristía en la boca, dejándose llevar luego de la fuerza de sus pasiones, que no han procurado reprimir; de suerte que podemos decir de algunos cristianos lo que admirado decia de los israelitas el real Profeta (1), que aún tienen en la boca la comida con que Dios por especial favor los ha regalado, cuando ya con sus excesos provocan contra sí el divino enojo: *Adhuc escæ eorum erant in ore ipsorum, et ira Dei ascendit super eos.*

Haria yo agravio tanto á la verdad, como á la sólida devocion de no pocos católicos, si los comprendiera á todos en la

() *Psalm. 77. v. 30.*

triste pintura que acabo de hacer. Son inegables los felices efectos de la sagrada comunion en muchas almas verdaderamente devotas, preservadas por especial beneficio del torrente impetuoso de la corrupcion general. Ojalá fuese su número mayor! ojalá fuese mas comun este fruto! ¡Qué consuelo para la santa Iglesia y sus fieles ministros! Á pesar de nuestros vivos deseos, es demasiado notoria la relajacion, para que podamos disimularla; y veis aquí el justo motivo no ménos de asombro que de lágrimas. ¿No es la comida eucarística la que muda felizmente al hombre, dándole nueva vida espiritual? Así lo prometió Jesucristo cuando dijo (1): *el que me come, vivirá por mí;* esto es, no vivirá ya para el mundo, para la carne, para sí mismo, sino solo por mí y para mí, conformando su voluntad con la mia, renunciando por mi amor los placeres carnales, despojándose del hombre viejo y vistiéndose de un nuevo hombre, con la reforma de sus costumbres. En confirmacion de esta sagrada doctrina, decia el Señor á mi padre san Agustin, hablándole al corazon luego de convertido: « yo soy manjar de grandes: crece pues, y me comerás; pero entiende, que comiéndome no me mudarás en ti, como sueles mudar y convertir la comida corporal, sino que tú te mudarás en mí (2). » ¿Cómo pues no se mudan los hombres carnales con la frecuencia del manjar celestial? ¿Cómo no reforman sus costumbres, no dejan los placeres y vanidades mundanas, no muestran un nuevo tenor de vida, sino que prosiguen en vivir tan carnales, tan esclavos de sus pasiones, tan arrastrados de los antiguos vicios, tan enamorados de sí mismos como ántes?

Jesucristo, que se recibe en el santísimo Sacramento, ¿no vino á encender en el mundo los corazones humanos? Lo afirmó el mismo (3); y aún por esto decia san Juan Crisóstomo, que debiéramos levantarnos de la sagrada mesa como leones respirando centellas (4). ¿No es el sacramento eucarístico el que da fuerza y valor, no solo para resistir las tentaciones del enemigo infernal, sino tambien para sufrir con invencible fortaleza los mas horrorosos tormentos que pueden inventar sus ministros? ¿Quién sino este sacramento, dice mi padre san

(1) *Joann. c. 6. v. 58.*
(2) *Cibus sum grandium, cresce et manducabis me. Nec tu me in te mutabis sicut cibum carnis tuæ, sed tu mutaberis in me.* Aug. Conf. l. 7. c. 10.
(3) *Luc. c. 12. v. 49.* (4) *Joann. Chrys. Hom. 61. ad pop. Antioch.*

Agustin (1), dió á los mártires tan admirable fortaleza para padecer con firme constancia, y aún con especial gusto sus atrocísimos martirios? Bien persuadido de esta verdad san Cipriano, á pesar de su inflexible celo por el cumplimiento de las penitencias públicas, de las cuales era una parte la privacion de la sagrada eucaristía, cuando vió excitada contra la Religion cristiana una furiosa persecucion, acortó los plazos, dispensó en el rigor de la disciplina, concediendo á los penitentes la sagrada comunion ántes del tiempo prescrito, para poder con este fortísimo escudo hacer frente al furor de los perseguidores, y conseguir la palma del martirio (2). Pues ¿cómo ahora con el mismo escudo, con las mismas armas, con el mismo sacramento, se hallan tan flacos y se dejan vencer tan fácilmente de cualesquiera tentaciones los que comulgan, no tal cual vez, sino á menudo? En fin, siendo la sagrada eucaristía, en sentir de todos los Padres de la Iglesia, el remedio de nuestros males, el antídoto de los vicios, la fuente de salud espiritual y la verdadera vida del alma, ¿es posible que despues de haberla recibido tantas veces, queden los vicios con toda su fuerza, las pasiones con todo su furor, las enfermedades del alma con igual peligro? Para sanar las enfermedades corporales, bastaba tocar una vez el vestido de Cristo (3), y para disminuir las espirituales ¿no ha de bastar que se reciba el mismo Cristo en nuestros pechos con frecuencia, ni aún cada dia? ¿Cuál puede ser el obstáculo de tan propios efectos?

No tenemos que buscarlo, amados oyentes, fuera de nosotros: en nuestros corazones está todo el impedimento. Los halla la sagrada eucaristía ocupados de las cosas mundanas, de los bienes caducos, de los deleites carnales, de los cuales no se desprendió el afecto, como debiera, para recibir á Cristo Señor nuestro. Por mas que sea saludable la comida corporal, si halla el estómago cargado de crasos humores, en vez de nutrir y corroborar el cuerpo, lo debilita mas, hasta poner su vida en peligro. Así sucede, dice san Juan Crisóstomo (4), con el alimento eucarístico. Por lo mismo que es manjar celestial y pan de ángeles, no se compone bien con afectos terrenos y carnales; ni con estos hay que esperar sus preciosos efectos.

(1) *Aug. Tract. 27. num. 12. in Joann.*
(2) *Cypr. Ep. 54. ad Cornelium, nov. ed.*
(3) *Matth. c. 14. v. 36.* (4) *Joann. Chrys. Hom. 27. in I. ad cor.*

El maná, que fué figura especial del santísimo Sacramento, ni lo concedió el Señor á los hebreos hasta que se hallaron distantes de Egipto, ni les continuó aquel beneficio desde que se acercaron á la tierra de Canaan (1). No los juzgó dignos del celestial regalo, miéntras tuvieron á la vista unos pueblos abominables, teatros de vanidad, de disolucion, de idolatría. Lograron aquel alimento prodigioso en el Desierto; pero ¿experimentaron todos igual fruto? No por cierto. Al paso que los fieles siervos de Dios, los que tenian puesta en la divina bondad su confianza y deseo, se nutrian maravillosamente con el maná y sentian su dulzura inexplicable (2), á los ingratos, á los rebeldes, á los que suspiraban ansiosos por las ollas, pepinos, ajos y groseros manjares de Egipto, no solo les causaba náusea (3), sino que, léjos de darles mayor fuerza y robustez, los enflaquecia notablemente (4).

Si esto se observó con la figura del santísimo Sacramento, ¿cuánto mas con la misma realidad? El cristiano, que tiene los ojos y los deseos puestos en las cosas del mundo, embelesado el corazon con sus pompas y vanidades, ansioso de sus falsos bienes, arrastrado de sus honras, anhelando con todo el conato por sus placeres, en fin con un espíritu y afecto todo terreno, carnal y mundano, ¿podrá considerarse digno del pan de ángeles, de la comida verdaderamente celestial, del mismo Jesucristo, que es la suma santidad y pureza? ¿Podrá prometerse de tan sagrado alimento, por mas que lo tome, los dulces y copiosos frutos, para los cuales lo instituyó el divino Amor?

Dirán sin duda, que ántes de comulgar, si los acusa la conciencia de pecado mortal, procuran reconciliarse con Dios por medio del sacramento de la penitencia. Lo creo, amados oyentes, de todos vosotros, porque no puedo pensar tan mal de alguno, que de propósito cometa un sacrilegio tan horrendo, que san Juan Crisóstomo lo comparó á la maldad execrable de los que crucificaron á Cristo (5). No puedo pensar que voluntariamente quiera el que conserva sentimientos de nuestra santa Religion, juntar en su pecho á Dios y á Belial; conculcar con execrable descaro al mismo Hijo de Dios y profanar su sangre preciosísima (6); que quiera tragarse con el cuerpo y sangre de Jesu-

(1) *Exod. c.* 16. *v.* 35. (2) *Sap. c.* 16. *v.* 20 *et* 21. (3) *Num. c.* 21. *v.* 5.
(4) *Num. c.* 11. *v.* 6. (5) *Joann. Chrys. Hom.* 60. *ad pop. Antioch.*
(6) *Hebr. c.* 10. *v.* 29.

cristo el juício, la muerte, la mas formidable sentencia (1); que quiera en fin provocar la divina ira, para que descargue sobre su cabeza los terribles rayos de su indignacion, de que ha dado tantas y tan funestas señales aún en esta vida para nuestro escarmiento. Creo pues que ántes de recibir la sagrada comunion, procuráis todos reconciliaros por el sacramento de la penitencia con aquel Señor que habéis ofendido. Tambien el perverso Absalon procuró reconciliarse con su padre David, á quien habia injuriado con graves desacatos. Pero ¿por ventura con esto ya le juzgó el buen padre digno de su presencia? ¿le admitió luego en su casa y en su mesa? ¿Ya, sin mas diligencia, le honró con los favores de su apreciable trato? Nada de todo esto (2). Temeria naturalmente la consumada prudencia del padre, que dominasen aún en el corazon del pérfido hijo el orgullo y la ambicion que le habian precipitado á sus enormes excesos; temeria que aún quedasen fuertes y poderosas en su pecho las malas inclinaciones que habian echado profundas raíces. Con efecto el tiempo declaró con la obstinada perfidia de aquel turbulento príncipe, cuán fundados fueron los temores de su padre y cuán justa la repulsa.

No se gobierna el conocimiento de Dios como el de los hombres por exterioridades; penetra todo el fondo del corazon humano, y ve claramente cuanto en él se oculta; ve los deseos, las inclinaciones, los afectos desordenados. Miéntras que dominan estos en nuestro interior, ¿podremos lisonjearnos de una perfecta reconciliacion con su divina Majestad? Debo persuadirme que la procuráis con la confesion sacramental. Pero una confesion hecha de prisa, con un exámen á bulto y un arrepentimiento pasajero; una confesion, mas de ceremonia tal vez, que de riguroso juício, ¿podrá ser bastante para considerarse digno el pecador de la sagrada eucaristía, y levantarse confiado del tribunal de la penitencia para la divina mesa, despues de haber llevado todo el año, y acaso muchos años, una vida mas brutal que cristiana? ¿Tan pronto se hace digno comensal de Cristo, el que fué tanto tiempo vil esclavo de Satanas? ¿Tan pronto se halla en estado de comer el pan del cielo, el que hasta entónces ha saciado sus apetitos de torpeza? ¿Así se borran las impresiones de una larga vida toda carnal? ¿así se cortan las hondas

(1) I. *Cor. c.* 11. *v.* 29. (2) II. *Reg. c.* 14. *v.* 21.

raíces de unas pasiones envejecidas? Aquí vienen bien las graves exclamaciones en que prorumpió el zelo de san Cipriano (1). Ah! decia el santo prelado, que vuestras llagas no se cerraron, solo se cubrieron. Aún huelen vuestras manos á la corrupcion de sus torpes acciones; aún exhalan vuestros pechos el fétido aliento de los vicios abominables que los inficionaron; aún dominan estos en vuestros corazones; y en un estado tan fatal, ¿os consideraréis dignos de la sagrada comunion? Teméd el divino castigo que experimentaron los infelices Nadab y Abiú (2), por haber tenido la osadía de entrar en el santuario con fuego profano, los que os atrevéis no solo á entrar en el santuario del Señor, sino á sentaros en su mesa, y alimentar vuestras almas con su sacratísimo cuerpo, ardiendo aún en vuestro interior la torpísima llama del amor sensual.

No es ya el tiempo de las humillaciones de nuestro buen Dios, que quiso nacer entre brutos, vivir entre fieros enemigos, morir entre ladrones. Despues que triunfó del mundo, de la muerte y del infierno; que está sentado á la diestra de Dios Padre para ser adorado de los ángeles, temido de las potestades infernales, respetado con profundo rendimiento de todas las criaturas, cuando quiere y debe ser justamente reconocido de todo el mundo por supremo Señor; ya que se digna de honrar con su real presencia nuestros pechos, han de ser estos dignos de tan gran majestad con la limpieza y decencia; no dándose lugar en ellos á objeto alguno que pueda desagradar á un Señor de tanta grandeza, y de otra parte tan zeloso de su respeto y amor.

Observád, oyentes carísimos, que luego de muerto el Redentor, su preciosísimo cuerpo, tan afeado, que apénas conservaba su venerable figura, ya es tratado con los mas reverentes obsequios. Dedícase para embalsamarle una cantidad crecidísima de preciosos ungüentos (3); se envuelve con una sábana, no andrajosa y sucia, sino muy limpia (4); se le prepara un sepulcro, no asqueroso ni ocupado de huesos ó cenizas, que lo hagan hediondo, sino nuevo, en el cual nunca se habia puesto cuerpo alguno (5). ¿Qué significa todo esto, sino la pureza de nuestros corazones, que para recibir dignamente el sagrado

(1) *Cypr. Lib. de laps.* (2) *Levit. c.* 10. *v.* 2. (3) *Joann. c.* 19. *v.* 39.
(4) *Matth. c.* 27. *v.* 59. (5) *Joann. c.* 19. *v.* 41.

cuerpo del Señor, ó han de ser del todo nuevos, de modo que no haya entrado en ellos objeto alguno abominable á los divinos ojos; ó renovados por una séria penitencia, cuyas lágrimas los lave de sus manchas y los deje del todo limpios?

Si esto es así, ¿quién, diréis vosotros, podrá juzgarse digno de recibir el cuerpo santísimo de Cristo, teniendo que tratar, miéntras vive con los mortales, negocios mundanos, de los cuales con suma dificultad puede dejar de contraerse aquel polvo terreno que mancha los corazones? No es mi ánimo, amados fieles, retraeros con esta consideracion de la comunion eucarística, ni de su frecuencia. Líbreme Dios de tal intento, cuya práctica podria soltar las riendas no solo á la disolucion y libertinaje, mas aún á la irreligion. Mis exhortaciones, conformes, como deben ser, con las del santo Concilio de Trento (1), se dirigen solo á promover la mayor devocion y pureza, que os hagan dignos del santísimo Sacramento y de sus estimables frutos. Los fieles de la primitiva Iglesia solian comulgar cada dia, tomando el pan celestial como sustento cotidiano de sus almas. ¡Felices tiempos, en que se hallaban los cristianos, no tal cual vez, ó en tal cual dia, sino todos los dias y casi siempre con la debida disposicion para recibir á Cristo! No arrastraban su afecto las honras y riquezas, que despreciaban generosos: no suspiraban por los teatros, bailes, juegos y diversiones mundanas, que constantes aborrecian: no buscaban las comodidades de la vida, cuando estaban prontos á sacrificarla por amor de Cristo, y ofrecer sus cuerpos á los crueles suplicios, que por instantes los amenazaban. Su pensamiento, su afecto, su anhelo todo lo tenian puesto en Dios, en la gloria celestial, en los bienes espirituales y eternos. Con toda propiedad se verificaba entónces, que al rededor del cuerpo se congregaban las águilas (2): *Ubicumque fuerit corpus, illuc congregabuntur et aquilæ*, porque los que asistian al incruento sacrificio del alttar, para participar los divinos misterios y recibir en sus pechos el sacrosanto cuerpo del Señor, no eran cuervos ávidos de la carne ó de los deleites carnales, no eran de aquella casta de aves que vuelan siempre cerca de la tierra, y tienen puestos en ella sus ojos; eran águilas nobles, que tenian fijado su afecto en lo mas arduo y sublime (3): su vida era verdaderamente la que despues

(1) *Conc. tr. sess.* 13. *de Euch. c.* 8. (2) *Luc. c.* 17. *v.* 37. (3) *Abd.* 4.

deseaba san Ambrosio, cuando dijo : « Vive de modo, que merezcas cada dia recibir el cuerpo del Señor (1). » Si tal fuera ahora la vida de los cristianos, ¿cuál seria nuestro consuelo con su frecuente y diaria comunion? Mas ¡ay, que va mucho de aquellas costumbres á las nuestras! El fervor de la caridad se resfrió; el desprecio de las honras y riquezas se ha convertido en ambicion y codicia; el aborrecimiento del mundo en un furioso amor de sus placeres; el sacrificio voluntario de los cuerpos en una solicitud ardiente de sus comodidades y deleites. En suma, una disolucion deplorable ha sucedido al rigor de la disciplina cristiana.

No por esto, vuelvo á decir, intento retraeros de la sagrada mesa : solo deseo que purifiquéis vuestros corazones para recibir dignamente y con fruto el santísimo Sacramento, de suerte que si no imitamos la sublime perfeccion de los antiguos cristianos, suplamos su falta con la intension del dolor y el rigor de la penitencia. No basta para esto un leve dolor ni una confesion de ceremonia : es necesario un dolor profundo, que arroje de vuestros corazones los objetos que arrastraron vuestro afecto, y quizá os han hecho caer no pocas veces en graves culpas. Debéis detestar los antiguos vicios, pelear contra las inclinaciones perversas, mortificar los apetitos, limpiar con esmero vuestras conciencias, para presentaros dignamente á la sagrada mesa y recibir el pan celestial. Es esto lo que verdaderamente hacéis? ¿es esto lo que hacen todos aquellos que cada dia ó muy á menudo comulgan? Ojalá fuera así! pero el testimonio de los propios ojos deja frustrados en este punto nuestros vivos deseos. ¿Podremos pensar que ha procurado limpiar su corazon de todo afecto mundano la mujer vana, que manifiesta su loca vanidad aún en la sagrada mesa? ¿Da muestras de procurarlo el que se levanta de los piés del confesor, solicitando con afectada prisa la sagrada comunion, para volver mas pronto á sus gustos, á sus intereses, á sus pretensiones, á sus tratos y divertimientos acaso inmodestos? ¿Lo procuraria el sacerdote (tiemblo al pensarlo), que de las vanas conversaciones, de las expresiones iracundas, de los tratos, negocios y entretenimientos impropios de su estado, sin preceder la confesion sacramental, sin señal de serio arrepentimiento, sin tomar, como

(1) *Ambr. l. 5. de sacram. c. 4.*

decimos, agua bendita, con una breve genuflexion y dos golpes de pecho, ó tal vez sin estas expresiones externas, tomase ó arrebatase las sagradas vestiduras, se fuese al altar y ejerciese luego el tremendo ministerio, con un exterior tan indevoto, que léjos de causar edificacion como debiera, descubriese las pasiones que le dominaban?

San Juan Crisóstomo, con ser devotísimo del sacrificio de la misa, se abstuvo un dia de celebrar, solo por haberle ocurrido ántes alguna disputa, en que tuvo que manifestar su fervoroso zelo en defensa de la verdad. Hablaria sin duda el modestísimo prelado con la mansedumbre, que hacia su especial carácter; se contendria en los límites de la caridad y prudencia, que tanto resplandecian en todas sus obras : temiendo sin embargo que se hubiese algun tanto acalorado, se privó aquel dia del suspirado consuelo de la santa comunion y sacrificio. Sabemos de otras personas que con una vida ejemplar, con una severa mortificacion de sentidos, con una virtud perfecta, no dejan de prepararse muy de espacio para comulgar y celebrar, purificando mas y mas sus corazones, desprendiéndolos de todo lo mundano y terreno, fijando todo su pensamiento y afecto en aquel Señor que han de recibir. Consideran el sumo cuidado de la Esposa santa en conservar los piés limpios de todo polvo cuando tenia que presentarse ante su Esposo (1); la exquisita limpieza con que debia entrar el sacerdote al antiguo santuario, donde solo se representaban los misterios augustísimos de nuestra santa Religion; las muchas purificaciones con que se preparaban todos los que habian de sacrificar ó participar de los sacrificios; de aquellos sacrificios en que se inmolaba la carne y sangre de los animales, inferiores incomparablemente al nuestro, en que se ofrece y se recibe la carne y sangre purísima del Hijo de Dios. Estas consideraciones les hacen exclamar en su interior con san Juan Crisóstomo (2), ¿qué manos podrán ser bastante limpias para tratar la carne purísima del Cordero inmaculado? ¿Qué boca, qué lengua, qué pecho será tan puro, que sea digno de recibir la misma pureza? ¿No ves, dice el mismo santo, cuán limpios, cuán primorosos, cuán resplandecientes son los vasos que sirven al santo sacrificio del altar, y mas los que inmediatamente contienen el cuerpo y sangre de Jesucristo? ¿Te atreverias, ó cristiano, á tocar la sagrada hostia

(1) *Cant. c. 5. v. 3.* (2) *Joann. Chrys. Hom. 60. ad pop. Antioch.*

con las manos impuras? ¿No procuras ántes limpiarlas con mucha diligencia? ¿Puedes mirar sin indignacion y horror, que sirvan para la sagrada mesa vasos, lienzos, ni cosa alguna que no sea muy limpia? ¿Cualquiera deformidad, cualquiera mancha, por leve que sea, no te parece indecente á su sagrado destino? Pues ¿cuánto mayor debe ser nuestro esmero en la limpieza de nuestros corazones, en lavar con lágrimas de una verdadera penitencia cualesquiera manchas que hayan contraído con el trato y los negocios del mundo?

Así purificados los corazones, podrán poner su afecto, como es justo, en lo que han de recibir, suspirando con vivas ansias por tan apreciable bien. Para esto debiera bastar la sola consideracion de lo que se ofrece á todos en la sagrada eucaristía. No se ofrece ménos que el soberano Autor de todos los bienes y gracias, la fuente inagotable de dulzuras, ó usando de la célebre expresion de santo Tomas (1), la dulzura espiritual en su propia fuente. Se nos ofrece aquel Señor, que con sola su vista llena de alegría á los ángeles, y el cielo de gloria. Se nos ofrece y se nos da Jesucristo Señor nuestro, verdadero Dios y hombre: no se puede ponderar mas. Contemplando un objeto tan dulce, tan amable, tan excelente, ¿qué corazon será tan duro, que no se abrase luego en amorosos deseos de recibirle? En los antiguos patriarcas eran tales las ansias de gozar la presencia de Cristo, que no tenían voces para explicarlas. Abrahan rebosaba de gozo solo con verle en sombras (2). El santo viejo Simeon, derretido su devoto corazon en ternuras con el sagrado Niño en los brazos, ya no queria tener otro gozo en esta vida (3). Y nosotros, á quienes cupo la dicha especialísima de poder gozar tanto bien, no en sombras, sino con toda realidad; no solo en los brazos, sino dentro de los pechos, ¿estaremos con el corazon helado, sin afecto, sin suspiros, sin vivos deseos de gozarle?

Por afrenta del cristianismo, hemos llegado á tan infelices tiempos, que son menester en algunos que blasonan de cristianos, no solo exhortaciones, mas aún graves preceptos, y tal vez conminacion de penas, para que comulguen siquiera una vez al año. En otros tiempos, mas felices para la Iglesia, una de las mayores penas era privar al pecador de la sagrada comunion; pero ahora se necesita todo el zelo y eficacia de los pas-

(1) *Th. Aquin. in opusc.* 57. (2) *Joann.* c. 8. v. 56.
(3) *Luc.* c. 2. v. 29. *et* 30.

tores eclesiásticos para que nadie se prive de ella. Por desgracia de Israel, nos dice la sagrada Historia, que muchos no habian celebrado la Pascua, segun estaba mandado en la lei de Moises, y tuvo que aplicar el piadoso rey Ezequías los esmeros de su ardiente zelo, para que todos la celebrasen (1); pero en fin aquella Pascua se habia de celebrar con un cordero, en quien estaba figurado Cristo. Mas nosotros que tenemos la gloria de celebrarla con el mismo Cristo, que se digna entrar en nuestros pechos y servir á nuestras almas de alimento, ¿hemos de ser tan desidiosos que necesitemos de preceptos y conminaciones para tanto beneficio? ¡Ó dureza de unos corazones que tienen el sello y la divisa del mismo Cristo! ¿Creen que en el santísimo Sacramento está realmente este Señor, y que se recibe real y verdadero en la sagrada comunion? Lo creen sin duda, ni yo puedo pensar tan mal de su fe que atribuya su dureza á la falta de creencia; solo puedo y debo atribuirla al sobrado apego de su corazon á los negocios y gustos temporales. Bien quisieran recibir á Cristo en sus pechos, si para esto no fuera necesario desprenderse el avaro de sus usuras, el desidioso de su comodidad, el sensual de sus deleites brutales, de la mujer que le domina, del trato y de la ocasion que le pierde. Estas son las rémoras, que deteniendo su corazon, le impiden que llegue á la sagrada eucaristía. Los convidados al banquete nupcial, de que habla el evangelista san Lúcas, ¿qué motivos pudieron tener para negarse á tan generoso convite? Lo dicen ellos mismos: uno porque no puede dejar su hacienda; otro porque ha de estar con sus bueyes; y otro en fin porque no puede apartarse de su mujer. De suerte que no es la aversion á la mesa la que los retrae del convite, sino el sobrado apego á ciertas conveniencias, de las cuales no queria su excesiva pasion desprenderse ni un momento, para gozar de aquel favor. En aquellos tres géneros de conveniencias, entiende Tertuliano todos los objetos que nuestro corazon ama con afecto desordenado; y estos son en la realidad los que privan á tantos cristianos de frecuentar ó acercarse á la mesa celestial del santísimo Sacramento, por mas que la Fe les muestre el sumo bien, la fuente de dulzuras y la copia imponderable de gracias, que contiene y ofrece.

(1) II. *Paral.* c. 30.

No permita Dios, oyentes carísimos, tanta desgracia en alguno de vosotros. Ya que la fe que profesáis y de que hacéis especial gloria, os propone tanto bien, tanta dulzura, tantas gracias en el santísimo Sacramento; ya que todos creéis firmísimamente, que contiene real y verdadero á Jesucristo, fuente y autor de todos los bienes, digno de todo nuestro amor; avivád vuestros deseos, rompéd cualesquiera demoras, cortád cualesquiera obstáculos, dejád cualesquiera objetos, que puedan ser impedimento para gozarle; y puesto en él todo vuestro afecto, decídle con el mismo: como el ciervo desea sediento la fuente de aguas, así mi alma os desea, ó Dios y Señor mio, fuente inagotable de dulzuras. Ya no he de buscar mas los charcos corrompidos; ya no apetezco los manjares groseros de Egipto: vayan fuera de mi corazon todos los bienes y gustos terrenos, para que hagan lugar solo á vos, bien infinito y eterno: solo á vos deseo; solo á vos quiero; solo por vos suspiro con toda mi alma, pues que solo vos podéis saciar su apetito, darle cumplido gusto, y hacerlo verdaderamente y para siempre feliz. Conozco y siento con el mas vivo dolor, que me han hecho indigno de vuestra dulce presencia mis vicios, mis culpas, mis afectos terrenos y carnales; conozco bien cuán distante está mi corazon de aquella pureza y santo fervor con que debiera recibiros, bien sumo. Esta consideracion me hace prorumpir en aquella exclamacion del apóstol san Pedro: apartáos de mí, porque soy pecador: *Exi à me, quia homo peccator sum* (1). Me considero indignísimo no solo de recibiros, sino de acercarme á esa sagrada mesa, de estar en vuestra presencia; y confundido de mí mismo, justamente humillado, apénas me atrevo á levantar los ojos para fijarlos en ese trono de vuestra majestad infinita. Pero es tanta vuestra benignidad y tan grande vuestro amor, que me llamáis, me convidáis, me os ofrecéis para que os reciba en mi pecho. Ansioso deseo recibiros; pero temo mi propia indignidad; hacédme, os ruego, digno de tan inestimable beneficio; limpiád mi corazon, encendéd en él santos y devotos afectos; hacédle digno con los auxilios de vuestra gracia, de la sagrada comunion y de sus copiosos frutos, con los cuales amándoos y sirviéndoos, como debo, en esta vida, logre gozaros en la otra por toda la eternidad. Amen.

(1) *Luc. c. 6. v 8.*

DISCURSO

DE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

PARA EL JUÉVES SANTO POR LA NOCHE.

(DE TRONCOSO.)

Dilexit nos, et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo.
Jesucristo nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.
Apocal. c. 1. v. 5.

Pueblo cristiano, ¿qué objeto te congrega esta noche en este sagrado recinto? La palidez de vuestros rostros, la santa tristeza que se deja ver en vuestros semblantes, esos suspiros que lanzan vuestros corazones, interrumpiendo el silencio de esta mansion de dolor; ese aparato lúgubre que adorna las paredes de este templo, esas antorchas fúnebres que iluminan aquel altar... Mas qué miro? un monumento sepulcral. Ah! tristes indicios.

¿Venís por ventura á honrar la memoria de algun caro objeto de vuestro corazon? ¿venís á llorar sobre la tumba de un padre amoroso ó de una madre tierna? Á quién consagráis estos fúnebres obsequios? ¿Es por ventura á algun Jonatas amable sobre el amor de todas las mujeres? ¿es algun Abel inocente, sacrificado al furor de un hermano fratricida? ¿Es un Isaac sencillo y obediente que ha ofrecido su cuello al cuchillo, para hacerse hostia aceptable y holocausto de pacificacion? ¿Es...

Amor! por qué guardas silencio? Responde de tu víctima: tú fuiste el ministro del atentado mayor que presenciaron los siglos; tú fuiste quien armaste la omnipotente diestra para que

No permita Dios, oyentes carísimos, tanta desgracia en alguno de vosotros. Ya que la fe que profesáis y de que hacéis especial gloria, os propone tanto bien, tanta dulzura, tantas gracias en el santísimo Sacramento; ya que todos creéis firmísimamente, que contiene real y verdadero á Jesucristo, fuente y autor de todos los bienes, digno de todo nuestro amor; avivád vuestros deseos, rompéd cualesquiera demoras, cortád cualesquiera obstáculos, dejád cualesquiera objetos, que puedan ser impedimento para gozarle; y puesto en él todo vuestro afecto, decídle con el mismo: como el ciervo desea sediento la fuente de aguas, así mi alma os desea, ó Dios y Señor mio, fuente inagotable de dulzuras. Ya no he de buscar mas los charcos corrompidos; ya no apetezco los manjares groseros de Egipto: vayan fuera de mi corazon todos los bienes y gustos terrenos, para que hagan lugar solo á vos, bien infinito y eterno: solo á vos deseo; solo á vos quiero; solo por vos suspiro con toda mi alma, pues que solo vos podéis saciar su apetito, darle cumplido gusto, y hacerlo verdaderamente y para siempre feliz. Conozco y siento con el mas vivo dolor, que me han hecho indigno de vuestra dulce presencia mis vicios, mis culpas, mis afectos terrenos y carnales; conozco bien cuán distante está mi corazon de aquella pureza y santo fervor con que debiera recibiros, bien sumo. Esta consideracion me hace prorumpir en aquella exclamacion del apóstol san Pedro: apartáos de mí, porque soy pecador: *Exi à me, quia homo peccator sum* (1). Me considero indignísimo no solo de recibiros, sino de acercarme á esa sagrada mesa, de estar en vuestra presencia; y confundido de mí mismo, justamente humillado, apénas me atrevo á levantar los ojos para fijarlos en ese trono de vuestra majestad infinita. Pero es tanta vuestra benignidad y tan grande vuestro amor, que me llamáis, me convidáis, me os ofrecéis para que os reciba en mi pecho. Ansioso deseo recibiros; pero temo mi propia indignidad; hacédme, os ruego, digno de tan inestimable beneficio; limpiád mi corazon, encendéd en él santos y devotos afectos; hacédle digno con los auxilios de vuestra gracia, de la sagrada comunion y de sus copiosos frutos, con los cuales amándoos y sirviéndoos, como debo, en esta vida, logre gozaros en la otra por toda la eternidad. Amen.

(1) *Luc. c. 6. v 8.*

DISCURSO

DE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

PARA EL JUÉVES SANTO POR LA NOCHE.

(DE TRONCOSO.)

Dilexit nos, et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo.
Jesucristo nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre.
Apocal. c. 1. v. 5.

Pueblo cristiano, ¿qué objeto te congrega esta noche en este sagrado recinto? La palidez de vuestros rostros, la santa tristeza que se deja ver en vuestros semblantes, esos suspiros que lanzan vuestros corazones, interrumpiendo el silencio de esta mansion de dolor; ese aparato lúgubre que adorna las paredes de este templo, esas antorchas fúnebres que iluminan aquel altar... Mas qué miro? un monumento sepulcral. Ah! tristes indicios.

¿Venís por ventura á honrar la memoria de algun caro objeto de vuestro corazon? ¿venís á llorar sobre la tumba de un padre amoroso ó de una madre tierna? Á quién consagráis estos fúnebres obsequios? ¿Es por ventura á algun Jonatas amable sobre el amor de todas las mujeres? ¿es algun Abel inocente, sacrificado al furor de un hermano fratricida? ¿Es un Isaac sencillo y obediente que ha ofrecido su cuello al cuchillo, para hacerse hostia aceptable y holocausto de pacificacion? ¿Es...

Amor! por qué guardas silencio? Responde de tu víctima: tú fuiste el ministro del atentado mayor que presenciaron los siglos; tú fuiste quien armaste la omnipotente diestra para que

nos privase de la mas preciosa vida. Tú, amor, eres el autor de la escena lamentable que hoy registran nuestros ojos. Tú pusiste en armas al pueblo mas ingrato del universo, para que cometiese el mas horrendo sacrilegio que pudo imaginarse. Responde pues, repito, responde de tu víctima; dínos, ¿quién es ese en quien, cual sañuda fiera, te has ensangrentado? Mas, ah! enmudeces? No pronuncies su nombre; ya lo sé. Su túnica rasgada y empapada en su sangre inocente, me dice que él es : no el pequeñuelo Josef, hijo de Jacob, sino el amabilísimo jóven Jesus, el hijo del eterno Padre, el engendrado desde el nacimiento de la aurora en el esplendor de los santos, el objeto de los suspiros de los santos patriarcas y de los votos de los profetas, el deseado de los collados eternos. Esta es, católicos, esta es la víctima del amor. Del amor? Sí, de aquella caridad perpetua con que el Verbo distinguió al mundo desde la eternidad, y que hoy se ha convertido para él en un tirano cruel é inexorable. Ó Jesus adorable! ya entiendo tu lenguaje; ya comprendo lo que querias significar en aquel bautismo que tanto anhelaba tu corazon amante, cuando decias á tus amados discípulos : *baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usquedum perficiatur?* (1) Llegó pues el tiempo, ya se cumplieron tus deseos, esposo de sangre; permíteme pues al ménos que al contemplarte en el lastimoso estado á que te ha conducido el amor hácia los hombres, derrame los afectos de mi corazon al pié de esa cruz adorable, de hoy mas monumento precioso de nuestra libertad : permíteme que convide á los pueblos y naciones del universo á contemplar y admirar la grande obra, el prodigio máximo de vuestro amor sobre la tierra. Venid pues, cristianos, y ved esta obra única é inimitable de un amor nuevo y nunca visto; girád conmigo en torno de Jerusalen y oiréis la voz que sale de sus muros : amor, amor! Esto dicen los mismos peñascos frios é insensibles; esto mismo repiten los aires que hienden en giro de esa ciudad deicida; esto dice... Ah! al Gólgota, al Gólgota, cristianos; allí sobre la cima de ese monte de Dios, monte pingüe de maravillas, allí podremos contemplar de cerca al Hombre-Dios, que muere por los hombres, víctima de su amor y del deseo de su salvacion eterna.

Pero ántes, ó cruz benditísima! lecho y trono de la Sabiduría

(1) *Luc. c.* 12. *v.* 50.

eterna, tú eres la única á quien puedo en este dia volverme, á fin de buscar aquella ciencia, aquella elocuencia que me es indispensable para pintar el bello cuadro del amor de un Dios, que te eligió cual cátedra eterna en donde aprendiésemos sus invenciones fecundas. Á ti pues recurro con todo mi afecto y mi corazon; alcánzame te ruego de aquel, á quien amorosa diste los brazos, los auxilios necesarios para publicar su amor inefable hácia los hombres, en morir por ellos y por su salvacion. Déjate obligar de la ternura y respeto con que todos y yo postrados te decimos : *O crux, ave, spes unica etc.*

Cuando os propongo, católicos, la pasion y muerte dolorosísima de nuestro Salvador como la obra grandiosa de su amor inefable hácia el hombre, no hago sino repetir lo que este mismo Señor dijo á sus apóstoles, cuando en la noche que precedió al dia de su sacrificio, congregado con ellos para celebrar la última cena y dar con ella fin á las observancias legales, les dirigió su voz en estos términos : *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum ante quam patiar* (1); con grandísimo y eficaz deseo esperaba yo el momento de celebrar con vosotros esta Pascua. Y ¿qué otra cosa (exclama san Lorenzo Justiniano) son estas palabras sino la expresion viva del amor? Lo mismo escribe y con mucha mayor energia el discípulo amado : « Sabiendo (dice) nuestro amantísimo redentor Jesus que se aproximaba ya la hora tan suspirada de morir y de volver al seno de su eterno Padre, no obstante que habia amado mucho á los suyos en el discurso de su vida santísima, los amó mucho mas al fin de sus dias. » (2) Esto es, sumamente, infinitamente, como comenta el Crisóstomo con Teofilacto : *extremo amore et summe dilexit eos.* Y ved cómo empieza á manifestar este amor sumo é inefable, no sufriendo su corazon amante el abandonar á los hombres solos en este valle de lágrimas; viéndose por otra parte en la precision de separarse de ellos con su muerte, agota, por decirlo así, los inefables tesoros de su eterna sabiduría, y su amor, ingenioso siempre y siempre fecundo, halla el secreto de separarse de ellos sin dejarlos, y de existir sobre la tierra volando á la diestra de su Padre. En efecto

(1) *Luc. c.* 22. *v.* 15. (2) *Joann. c.* 13. *v.* 1.

sentado el Señor con sus discípulos á la mesa, toma con sus santas y venerables manos el pan, eleva sus ojos hácia el cielo, y dirigiendo su corazon á su Padre celestial, le tributa las mas reverentes gracias, lo bendice, lo parte, lo distribuye á sus discípulos, y les dice: «Tomád y coméd; este es mi cuerpo que ha de ser entregado por vosotros; hacéd esto en memoria de mí;» y haciendo lo mismo con el cáliz, se lo distribuyó tambien, diciendo: «Tomád y bebéd; este es mi cáliz, el cáliz de mi sangre, que ha de ser derramada por vosotros y por muchos para la remision de los pecados.» (1) ¡Qué serie de prodigios se encierran en estas breves palabras! Ah! triunfaste, amor, triunfaste: ya está con nosotros Jesucristo y lo estará hasta la consumacion de los siglos: la institucion del sacramento augusto de la eucaristía es el lazo que nos une íntimamente al Señor para no separarnos jamas: obra por cierto digna de ser llamada con san Bernardo el amor de los amores. Ó Redentor amabilísimo! exclamaré aquí con el Justiniano, ¿de dónde ó por qué tanto amor? ¿No te arredran tantas humillaciones como ya prevés en tu fecundísimo entendimiento, ni tan negras ingratitudes de que has de ser horrible víctima, ni abatimientos tan sensibles, ni... nada en fin puede hacerte vacilar un momento? Ah! ¿no ves á los hombres que cual tigres carnívoros te esperan para saciar su saña en tu sacratísima humanidad? y aún los amas? ¿y quieres unirte á ellos, hasta hacer de sus corazones y del tuyo un solo corazon? ¿me excederé, ó divino Jesus, si me atrevo á decir con el mismo santo Padre, que la divina é infinita sabiduría, la sabiduría esencial del Padre se ha convertido en fatuidad en fuerza del amor hácia los hombres? *Vidimus sapientiam, amoris nimietate infatuatam?*

Lo cierto es, católicos, que su corazon rebosa de júbilo en aquel momento, y explicando sus sentimientos por medio de un himno eucarístico, se dirige con sus discípulos hácia el huerto de Getsemaní, para allí en el silencio de la noche tratar con su eterno Padre los intereses de la salud del mundo. Mas, ay de mí! que el gozo de Jesus queda anegado en las corrientes del torrente Cedron, segun expresion de un sabio. Todas las pasiones de su ánimo se arman contra aquel divino corazon; el temor, el tedio, la mas profunda tristeza inundan su alma

(1) *Luc. c. 22. v. 19 et 20.*

benditísima en un mar de amargura. Vedle postrado en la presencia de su eterno Padre. Allí se le representan las ideas mas lúgubres y tristes: su vista espantada no advierte sino objetos horribles: ve las potestades todas del averno armadas contra su persona; los rayos de la divina justicia prestos á ser fulminados sobre su augusta cabeza; ve todos cuantos delitos, maldades y perfidias deben cometerse en el universo; ve que uno de sus apóstoles le ha de entregar, otro le ha de negar, y todos le han de abandonar; oye las villanías, blasfemias y execraciones que se han de vomitar contra él; cuenta una por una las bofetadas, los empellones, los ultrajes que se han de cometer contra su cuerpo adorable; ve prepararse cadenas, azotes, espinas, clavos, cruz; ve... (y hé aquí el mayor tormento de su corazon amante) ve que su muerte ha de ser inútil é infructuosa para muchos; su sangre preciosa hollada; sus ministros hechos el objeto de la burla y el sarcasmo, ultrajados, perseguidos y atrozmente asesinados; sus sacramentos profanados; ve su Iglesia dilacerada, rasgada por el cisma y la herejía, avergonzada con los escándalos, insultada por la impiedad, allí nos ve á nosotros, católicos, y ve nuestras infidelidades y prevaricaciones, nuestros crímenes horrendos; todo lo ve en suma con aquella prevision infinita de que está adornado desde la eternidad. Y á vista de objetos tan horribles, «¿es pues en vano (dijo), ó Padre mio, mi sacrificio? ¿Seréis ultrajado todavía á pesar de tantas humillaciones con que yo te honro? ¿Han de renovarse aún los pecados despues de tantas lágrimas con que yo pretendo lavarlos? ¿Perecerán todavía los hombres despues de rescatarlos con mi preciosa sangre?» En tales pensamientos se recoge, se turba, permanece inmóbil, hiende el aire con sus profundos suspiros; ya llora, ya la angustia de su alma suspende sus lágrimas: no se oyen sino acentos interrumpidos. Por fin, con voz lánguida y moribunda, exclama: «Ó Padre mio! ten piedad de tu hijo. Si es posible, quita, aparta de mí ese cáliz amargo.» *Si possibile est, transeat à me calix iste* (1).

Qué es lo que dices, ó divino Jesus? infelices de nosotros! Si rehusas beber el cáliz de la cólera del Padre, ¿á quién tocará beberlo sino á nosotros? Fuerza será perecer: mas no, católicos; si Jesus desea que se aleje de su presencia, no es porque

(1) *Matth. c. 26. v. 39.*

rehuse el apurarlo hasta las heces; él quiere sí que conozcamos que su humanidad padece crueles y mortales angustias; que sufre como verdadero hombre: *Orat transire calicem*, dice el V. Beda, *ut ostendat quod vere homo erat*. Pero no temamos: su amor generoso y fuerte no le consiente abandonar á los hombres en manos de la divina justicia; la naturaleza, si bien frágil y enferma, cede en fin á su amor. « Vengáos, ó Padre mio, (exclama Jesus) vengáos; castigád sin piedad el pecado en mi persona adorable; aceptád á vuestro Hijo como fiador de vuestra justa cólera. » Con estas palabras la angustia se acrecienta; la vista eclipsada, pálido el semblante, los labios cárdenos, cae en la mas penosa agonía; un sudor copiosísimo de sangre baña su sacratísimo cuerpo y empapa la tierra; pero su oracion no se interrumpe; redobla sus esfuerzos y repite sin cesar: Padre mio, no se haga mi voluntad sino la vuestra: *non sicut ego volo, sed sicut tu* (1). En esto un ángel aparece y le conforta: levántase Jesus, dirige sus pasos hácia sus amados discípulos que duermen profundamente, y *levantáos*, les dice, *¿por qué dormís?* velád y orád para no entrar en tentacion (2).

Mas no bien el Salvador habia pronunciado estas palabras, cuando hé aquí se presenta Júdas á la cabeza de la chusma infernal. Acércase solo á su maestro con temerario atrevimiento, le saluda, pídele un ósculo de falsa paz, señal que habia dado á los conjurados, para distinguirle de los demas y consumar su sacrílega perfidia. Mas, ó clemencia del divino Jesus! á pesar de tamaña perfidia, su lengua no pronuncia sino palabras de suavidad y de clemencia; recibe el ósculo, le da en retorno un tierno abrazo, y con voz benigna, si bien llena de sentimiento, le dice: *amigo, á qué has venido? qué es lo que haces? Ah Júdas! así entregas á tu maestro en manos de sus enemigos con un ósculo de falsa paz?* Y dirigiéndose á los que venian con él, les dijo: *á quién buscais? A Jesus Nazareno*, responden. *Yo soy*, dice con voz enérgica el Salvador; *y al oirlo*, cual en los dias de Josué al eco de las trompetas cayeron por tierra los muros de la soberbia Jericó, no de otro modo al eco de la voz omnipotente de Jesus, *retroceden aquellos pérfidos ministros, y caen por tierra despavoridos* (3).

Y ¿pensáis, cristianos, que este milagro de su amor y de su

(1) *Ibid.* (2) *Luc. c.* 22. *v.* 46. (3) *Joann. c.* 18. *v.* 4. 5 *et* 6.

poder, ni la benignidad y dulzura con que trata al mas pérfido de los hombres y al mas hipócrita de los nacidos, sea capaz de suavizar aquellas corazones empedernidos? No; ántes por el contrario, no bien hubieron vuelto de aquel movimiento de estupor que les habia causado la respuesta del divino Maestro, cuando cual tigres feroces, cual fieras rabiosas se abalanzan á su cuello, le arrastran, le maltratan, y por último atan sus divinas manos como al mas vil malhechor. Gran Dios! qué es lo que miro? Un Dios atado!... y por quién? Por un poco de polvo; por el hombre, que es respecto de su Dios cual si no existiese. Las manos omnipotentes que fabricaron la aurora y el sol; aquellas manos que sacaron del cáos todo cuanto existe en los cielos y en la tierra; aquellas manos que conmueven las elevadas montañas del Basan y del Carmelo; aquellas manos que desgajan los mas encumbrados cedros del monte Líbano; esas manos divinas están amarradas con cordeles. Gran Dios! yo desfallezco, y solo me resta exclamar con el Justiniano: ¡ó caridad, ó amor, cuán fuertes son tus lazos, pues fueron capaces de aprisionar al mismo Dios! *Oh charitas, quam magnum est vinculum tuum, quo Deus ligari potuit* (1).

De este modo el divino Jesus, rodeado de aquella turba insolente, insultado, zaherido, ya cayendo, ya arrastrando, entre el ruidoso estrépito de las armas, enmedio de los gritos y vocería de la plebe, y precedido del bronco sonido de una trompeta, es conducido por las calles de Jerusalen. Aquí es donde se verificó lo que de él habia vaticinado su Profeta, cuando dijo: *Ego... sum vermis et non homo; oprobrium hominum et abjectio plebis* (2); yo soy un vil gusano, y no un hombre; el oprobio de los hombres y el desprecio de la plebe. Ah! yierais, dice el P. san Agustin, la crueldad ingeniosa de aquel pueblo insano para insultar y saciar su furor contra aquel, á quien debieran mirar como á su rey y libertador. En unas partes tienden sogas en el suelo, y enlazándoselas en los piés tiran y le arrastran con furia infernal. En otras, dice san Buenaventura, le arrojan piedras, lastimando cruelmente su inocente cuerpo. Cuál le empuja hácia adelante; cuál le impele hácia atras; este le mofa, aquel le hiere, y todos forman de él el objeto de su diversion y de su crueldad.

(1) *Justin. De lig. vit. c.* 6. (2) *Psalm.* 21. *v.* 7.

Llega por fin todo maltratado en presencia del pontífice Anas, el cual se goza extraordinariamente por ver ya entre sus manos una presa que tanto habia deseado. Mirád al Dios de las eternidades en la actitud humilde de un reo, en presencia del soberbio pontífice, el cual lleno de cólera é indignacion le habla en estos términos: *¿con qué autoridad te has hecho maestro y agregado discípulos á tu compañía? ¿Dónde están estos, y cuál es la doctrina que has enseñado? Yo,* dice el Señor lleno de mansedumbre, aunque con santa energía, *yo no he enseñado solo á mis discípulos, sino que siempre he hablado en público, en el templo y en la sinagoga; y así preguntád á los que me oyeron, pues ellos darán testimonio de mi doctrina.* Ó Religion! ó cristianismo! ó Fe sacrosanta! tú sola merecias este testimonio glorioso de tu divino Autor; tú sola eras acreedora á una apología tan sublime. Vosotras solas, doctrinas católicas, podéis exponeros al testimonio de todos aquellos que las escuchan, seguras siempre de vuestro triunfo. Tú solo, sacerdocio católico, puedes decir á la faz del universo todo: yo no he predicado en sitios solitarios ni á personas determinadas; yo he enseñado en público, en los templos, en las plazas, en las calles, á todos sin distincion de condiciones ni sexos. Yo he hablado un lenguaje capaz de ser comprendido por el mas ignorante; yo he emitido las doctrinas católicas como ellas son en sí mismas: á ellas pues me remito; ellas darán un testimonio irrefragable de su veracidad y de la divina mision de su Autor inefable. Preguntád pues á los que las han escuchado; que es lo mismo que decir, recorréd los mas ocultos rincones del universo, atravesád los mares, pasád á esas regiones poco há sumidas en las tinieblas del error y del politeísmo; preguntád, examinád y veréis; ¿qué otras sino esas doctrinas han civilizado hordas inmensas de estúpidos salvajes? ¿quién sino ellas han llevado la ilustracion, la prosperidad, el órden social? Preguntád, y todos os dirán que esta doctrina es una doctrina de paz, de sumision, de amor, de desinteres, de sólida y verdadera felicidad. No temas, sacerdocio católico, ser en tiempo alguno desmentido, porque la historia y esa multitud prodigiosa de monumentos elevados por tu genio creador, están prontos á responder en tu favor y confundir cualquiera suposicion maligna ó falsa en este punto. Dí pues á los que, abrogándose una facultad que nadie pudo darles, te preguntaren acerca de tu creencia y doctrinas; díles

sí con santa intrepidez: no me preguntéis á mí sobre esta materia, en la que tal vez me juzgaréis parcial; preguntád sí á esos ante quienes he predicado, y ellos os satisfarán: *Ego palam locutus sum... ecce hi sciunt quæ dixerim ego* (1).

Así pues respondió el Señor; y como si esta respuesta hubiera sido una injuria atroz, un insulto personal, una blasfemia horrible, no bien la hubo pronunciado, cuando uno de los mas viles ministros que estaban en derredor de Jesus, con furor horrible levanta su mano sacrílega, y descarga sobre el rostro divino la mas bárbara bofetada, que hace brotar raudales de sangre de aquel semblante celestial, que forma las delicias del empíreo; y con voz airada, con ceño torvo, con atrevida insolencia le dice: así respondes al pontífice? *Sic respondes pontifici?* (2) Gran Dios, vos secasteis la mano del audaz Jeroboan, porque osó levantarla contra el profeta de Judá, y ¿permitís ahora que una mano sacrílega ensangriente el rostro de vuestro unigénito Hijo? ¿Reconoceréis ya en él el espejo sin mancilla, el esplendor eterno y figura de vuestra sustancia? *Respice in faciem Christi tui* (3). ¿Es ese, ante quien mandó tu profeta David que inclinasen sus cabezas y le adorasen los ángeles del cielo? *Adorate eum omnes angeli ejus* (4). Y vosotros, espíritus celestes, ¿por qué no armasteis vuestras diestras y fulminasteis rayos vengadores contra esa mano desventurada? Elementos! ¿pudisteis mirar con indiferencia que un hombre vilísimo, un poco de polvo, un... nada, pues tal es en frase de Isaías toda criatura, borrase y desfigurase el retrato mas vivo de la gloria del Excelso, el mas bello y agraciado entre los hijos de los hombres? Ah! hombres vengativos y soberbios, venid y admirád el mas bello ejemplo de dulzura y mansedumbre, que solo puede ser enseñado por el que es el autor de la santidad misma: *Si hablé mal,* dice Jesus al agresor, *manifiéstame en qué; y si no, por qué me hieres?* (5) ¿Y no es esta la respuesta que ha dado siempre el ministerio sacerdotal, cuando, en recompensa de las protestas mas solemnes de sumision, de deferencia y respeto á la Autoridad, no ha experimentado sino injurias, extrañamientos, cárceles y la misma muerte? ¿No es esta la respuesta que han dado en todos los siglos los verdade-

(1) *Joann.* c. 18. v. 20 *et* 21. (2) *Ibid.* v. 22. (3) *Psalm.* 83. v. 10.
(4) *Psalm.* 96. v. 7. (5) *Joann.* c. 18. v. 23.

ros discípulos de Jesus en presencia de los verdugos y tiranos? ¿No es esta... Ah! fuerza es ahogar, católicos, los afectos que ocupan mi corazon en este instante, y dejarlos para ocasion mas oportuna; permítaseme con todo que pague al ménos un justo tributo de reconocimiento al Autor de doctrina tan sublime. ¡Loor pues eterno, ó Jesus, loor y bendicion á esa caridad y amor inefable, con que quisiste con tu sufrimiento enseñar al hombre esa máxima, que jamas hubiera podido inspirar la ciencia humana, de perdonar las injurias y detestar la venganza!

Sigamos al Señor á la casa del pontífice Caifas, y contemplemos la escena mas lastimosa que jamas presenció el universo. Armase contra él la perfidia de los ministros; sobornan contra Jesus mil testigos que depongan falsamente contra su conducta; pero sus deposiciones, como nacidas del odio, se contradicen unas á otras; la mentira se descubre palpablemente; nada hay que pueda motivar una sentencia. Sin embargo, el pontífice lleno de rabiosa prevencion, le dice: *¿Qué respondes á lo que estos declaran contra ti?* (1) Pero viendo el silencio profundo que observa, se levanta, y acercándose al Señor en tono de superioridad, dirígele la palabra en estos términos: *conjúrote por Dios vivo que nos digas si tú eres Cristo, Hijo de Dios* (2). Á esta pregunta, aquel mansísimo cordero, hasta entónces insensible á los ultrajes, despliega sus labios para dar un testimonio de su divinidad y de la de su Padre. *Sí*, le dice, *yo soy; y en verdad os digo que llegará un dia, en que veáis al Hijo del hombre, sentado á la diestra de Dios y rodeado de las nubes del cielo para juzgar al mundo* (3). Pero la malicia del pontífice no puede escuchar tranquilamente una respuesta tan llena de majestad: levántase precipitado, y lanzando una mirada furibunda á Jesus, rasga sus vestiduras y dice á los circunstantes: *Blasfemado ha; ¿qué necesidad hay pues de mas testigos? qué os parece?* (4) Que muera! claman todos, que muera! *Reus est mortis* (5); y diciendo esto, arremete contra él toda aquella turba furibunda; y ansioso cada cual de saciar en él su saña, nada omiten para hacer toda aquella noche sobre su adorable persona cuanto el infierno pudo inspirar de mas amargo, de

(1) *Matth. c.* 26. *v.* 62. (2) *Ibid. v.* 63. (3) *Ibid. v.* 64. (4) *Ibid. v.* 65. (5) *Ibid. v.* 66.

mas cruel, de mas ignoble: cúbrenle los ojos con un paño, y poniendo en sus manos una caña en señal de cetro, le abofetean, le insultan, hincan ante él la rodilla y le dicen: *adivina quién te ha herido* (1). Quién escupe en su divino rostro, quién le hiere con la misma caña; el uno le insulta, el otro le blasfema... Mas hable por nosotros el P. san Gerónimo, y él nos dirá que es tan imposible el llegar á comprender las injurias, oprobios y dolores que el Salvador sufrió en aquella noche, que solo el dia del juício podrá revelarlos, y los revelará efectivamente á la faz de todo el universo. « Entretanto, ó pueblo ingrato! » exclama el P. san Leon, « en vano pretendes cubrir los ojos á quien te los dió. Tú no haces sino anunciar tu reprobacion, y nos significas que el Salvador ha tomado en realidad ese velo; y que como tú lo pusiste sobre sus ojos, lo ha puesto él sobre los tuyos para que no le conozcas. »

Ya amanece el dia mas lamentable de todos los siglos. Jesus es conducido ante el presidente Pilátos, seguido como un malhechor de un tropel inmenso de malvados que le insultan. Pilátos reconoce su inocencia, y le remite á Heródes: este rey impío se burla del divino Salvador, hácele vestir de una túnica blanca como á un hombre ignorante y fatuo: « Le desprecia, » dice san Buenaventura, « como á impotente, porque se negó á hacer en su presencia los milagros que de él exigia; como á ignorante, porque rehusó contestar á sus insultantes preguntas, y como á fatuo, porque no se defendió de las acriminaciones que se le hacian: » *Sprevit illum tanquam impotentem, quia signum non fecit; tanquam ignorantem, quia verbum non respondit; tanquam stolidum, quia se non defendit.* Sabiduría eterna! Verbo divino! vos tratado de loco? Amor! hasta dónde ha de llegar tu imperio? ¿No es verdaderamente una fatuidad, dice el P. san Agustin, el amar con tanto extremo al hombre? *Nonne vere insania est?* Pues aún no se ha llenado la medida de su corazon: es preciso que se verifique el vaticinio de Jeremías, y que este divino Redentor sea saciado de oprobios: *Saturabitur oprobriis* (2).

Vuelto á conducir el Salvador ante el presidente Pilátos, y convencido este de la inocencia de aquel que se le presentaba como un criminal, lo declara públicamente, y dice que él no

(1) *Luc. c.* 22. *v.* 64. (2) *Thren. c.* 3. *v.* 33.

halla causa alguna que pueda motivar una sentencia, cual desean y exigen sus importunos acusadores: *nullam in eo invenio causam* (1). Pero fluctuando entre sus convicciones y los deseos de no descontentar al pueblo, propone un medio, injurioso es verdad, que las circunstancias le proporcionan, y que él juzga oportuno para librarle. Con motivo de la festividad de la Pascua, era costumbre introducida entre los judíos dar libertad á un criminal. Hallábase á aquella sazon uno llamado Barrabas, hombre famoso por toda suerte de infamias y crímenes, con que babia sembrado el terror en toda la comarca. Hace pues un infame paralelo entre la Bondad por esencia y la maldad personificada; entre el milagro de la inocencia y el monstruo de la inhumanidad y fiereza. *¿A quién*, les dice, *queréis que ponga en libertad? á Jesus ó á Barrabas? — A Barrabas!* exclama vociferando aquel pueblo fementido: *á Barrabas! —¿Y qué se ha de hacer de Jesus que se llama Cristo?—Quítale de ahí; que muera; crucifícale* (2). Ah! ¡cuántas veces repite este mismo grito el pecador atrevido, cuando por seguir el impetuoso torrente de pasiones viles y degradantes, no duda preferirlas á su Dios, cuya gracia desprecia! « Ó prodigio! » exclama aquí san Bernardo, « qué es lo que miro? El mas alto ha venido á ser el mas bajo; el Excelso se ha envilecido; la gloria de los ángeles es el oprobio de los hombres. Ó gracia, ó fuerza del amor de un Dios! (prosigue el mismo) ¿cómo es que el Señor de todas las criaturas ha venido á ser el objeto de su desprecio? ¿quién ha causado una mudanza tan insólita? El amor (responde el santo); sí, todo lo ha hecho el amor de Jesus hácia los hombres. » *Quis hoc fecit? Amor.*

Este mismo amor conduce á Jesucristo á sufrir el castigo mas vil y á que solo estaban sujetos los esclavos. El pérfido Pilátos, vendido á los caprichos de un pueblo insano, juguete vil é instrumento de sus exigencias, sentencia á Jesus á ser azotado; bárbaro medio de aplacar la sed de sangre de aquellas fieras insaciables. Ángeles del cielo! veníd á presenciar este espectáculo horrendo; veníd á derramar lágrimas de sangre, ya que no os sea permitido el sustraer á vuestro Criador de las manos de sus crueles verdugos. Amarrado el Redentor á una coluna con fuertes ligaduras, en una completa desnudez, empiezan aquellos

(1) *Joann. c. 19. v. 4.* (2) *Luc. c. 23. v. 21.*

inhumanos á descargar sobre su inocente cuerpo crueles golpes que hacen temblar todo el pavimento. « Cuál, » dice Pedro Damiano, « sacude en el pecho, cuál en las divinas espaldas, este en las piernas, aquel en los costados, ya en la cabeza, ya en los brazos, » la sangre corre á torrentes por todas las partes de aquel cuerpo sacratísimo; tíñense de aquel licor sagrado los azotes, la coluna, las manos y rostros de los sayones; y hasta en la tierra se ve un charco de la sangre preciosa que se ha formado en el seno purísimo de María. Cinco mil y mas azotes han formado ya una sola llaga de toda aquella humanidad sacratísima. Seis feroces verdugos, segun la doctrina del P. san Gerónimo, han agotado ya sus fuerzas, y caen desfallecidos por tierra. Las espinas y abrojos, los cordeles nudosos, las cadenas de hierro, los garfios acerados se han cebado en aquella carne virginal, y no han dejado parte alguna sana, segun la expresion de Isaías (1). Qué mas resta? Ah! en vano Pilátos, lisonjeándose de mover el corazon de aquellos tigres, preséntales al Salvador en este lastimoso estado, taladrada su cabeza con una corona de punzantes espinas, cárdeno y ensangrentado el rostro, eclipsados y turbios sus divinos ojos: *Ecce homo*, les dice, hé aquí á este hombre; este hombre que apénas lo parece; este bombre, que me presentáis como un criminal y en quien yo no veo sino un inocente; ¿qué pues queréis de él? Pero, ¡ó barbarie de un pueblo ebrio de furor! todos claman á una voz: senténciale á muerte: crucifícale! *Crucifigatur.* Puede concebirse inhumanidad mas horrible? Caton lloró, cuando vió los cadáveres de los romanos, contra los cuales habia movido sus armas; lloró Tito, cuando vió los cadáveres de los judíos, á quienes habia perseguido; y aún aquel Alejandro que, á costa de los mayores sacrificios y sin perdonar fatiga ni medio alguno, habia procurado quitar del mundo á Darío, con todo eso cuando llegó á vista de su cadáver ensangrentado, no pudo contener las lágrimas. Solo Jesus no halló en sus perseguidores compasion; ántes claman, y como sedientos de su sangre, piden á voces que sea crucificado: *crucifigatur.* ¡Crucifícale; venga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos! Piedad, compasion, misericordia, dónde estáis? Juez impío, ¿temes perder la amistad del césar, y no temes perder la de tu Dios? ¿Y qué di-

(1) *Isai. c. 1. v. 6.*

remos, católicos, á vista de la ingratitud monstruosa de ese pueblo vil y desnaturalizado? Él vocifera que no reconoce otro rey sino el césar; y nosotros ¿á quién reconocemos? quién es nuestro solo y verdadero rey? Los placeres? el mundo? los caprichos criminales? No, dulcísimo Redentor; vos sois nuestro único rey: *Non habemus regem nisi Jesum.* Vos sois nuestro monarca; y ningun otro fuera de vos reinará en nuestros corazones. Dominádlos pues, sentáos en ellos como en vuestro trono: *Non habemus regem nisi Jesum.*

Pero ya Pilátos ha pronunciado la sentencia de muerte contra el Autor de la vida. Pasmáos, cielos! Y ¿qué delito, dice aquí llorando el devotísimo Bernardo, qué delito habéis cometido, por el cual hayáis de ser condenado á muerte, y muerte de cruz? Ah! *Peccatum tuum est amor tuus:* tu amor excesivo hácia el hombre, ese es tu pecado; ni puede haber otra causa, dice san Buenaventura, que os haga acreedor á una muerte tan cruel, á no ser este mismo amor: *Non video causam mortis, nisi superabundantiam charitatis.* Olvidados los judíos de los sentimientos naturales, como crueles elefantes, embravecidos con la vista del ensangrentado cuerpo del Salvador, apénas oyen la sentencia del juez mas inicuo que jamas ha visto el mundo, cuando acometen al Señor en tropel con alboroto y vocería, y le ponen sobre aquellos delicados hombres el instrumento de su último suplicio, la cruz. Ya está preparado el inocente Isaac, para salir del pretorio cargado con la leña que ha de servir al sacrificio. Salíd pues, hijas de Sion, y ved al mas inocente Abel, que se dirige al campo para morir á manos de sus hermanos. Ahí va el justo Noé, cargado con el arca que ha fabricado, para que os salvéis en ella. Ahí va (hablemos sin enigmas) el Hijo unigénito del Padre, el esplendor y rey eterno de la gloria, que camina con paso lento hácia el Gólgota. No oís el eco de esa lúgubre trompeta? No penséis que es la voz de un pregonero que manda hincar la rodilla ante el afortunado Josef; no, es la voz de un infame ministro, que manda sea llenado de injurias y baldones el mas inocente y santo de los nacidos. Mas, ah! cielos, desquiciáos! estremecéos, colunas del firmamento! Jesus desfallece con el peso enorme del sagrado madero, vacila, titubea, y por último cae en tierra el Dios omnipotente, el gran Dios de los ejércitos, que con sola una palabra arruinó las gentes y redujo á polvo los montes mas soberbios

del siglo; aquel Dios de fortaleza, ante quien se arrodillan los que cargan sobre sus hombros el orbe; el que crió los cielos y la tierra y todo lo visible é invisible. Almas cristianas, ved en tierra caído sobre su rostro y exhausto de fuerzas, á ese Sanson divino, cuya fortaleza era poco há la admiracion de todo Israel, ved al inocente Amasa, bañado en su propia sangre, caído en el camino, sin hallar quien se conduela de su afliccion; ved... vosotros, soberbios, veníd y contemplád á vuestro Redentor, agobiado bajo el peso aún mas insufrible de vuestro lujo, fausto y ostentacion. Vuestras injusticias, hombres avaros, vuestras impurezas, hombres lascivos, y vuestros pecados, pecadores todos, son los que han hecho caer por tierra á ese Dios amoroso. En ese leño ha puesto el Señor todas nuestras iniquidades, segun la expresion de Isaías. Detenéos pues un momento; con vosotros habla ese Dios humillado, y de lo mas profundo de su abatimiento os dice: ¡ó vosotros los que pasáis por el camino, atendéd y ved si hay dolor semejante á mi dolor! Como si os dijera, ¿por qué pasáis, ó crueles, sin tenerme por digno aún de una mirada amorosa? ¿Pòr qué no alargáis vuestra mano para levantarme, pues vuestros pecados me han puesto en este estado? Detenéos, mirád mi abatimiento, y ved si halláis un hombre que haya padecido penas semejantes á las mias; mas yo veo que proseguís vuestro camino, sin dejarme por prenda última de vuestro amor ni una sola lágrima, cuando tantas derramáis por el mundo: *sustinui qui simul contristaretur, et non fuit; et qui consolaretur, et non inveni* (1).

Mas qué es lo que miro? á dónde caminas, ó Agar benditísima? Ó María! detenéos, no paséis adelante! ¿cómo podrá sufrir vuestro corazon la vista de vuestro Hijo dulcísimo? ¿queréis sucumblir en fuerza del sentimiento? ¿es posible...; pero nada es capaz de detener á esta Madre afligida, que cual tierna cervatilla herida de una punzante saeta, corre en pos del Hijo de sus entrañas. Ó dulcísimo Hijo mio! diria, ó espejo sin mancha! ó tierno objeto de mi amor! ¡quién me diera á mí que yo muriese por ti! Entretanto ya comienza á oir el estruendo y alaridos de aquella vil canalla; ya ve el tumulto y confusion; ya descubre á lo léjos el pedazo de su corazon debajo de los

(1) *Psalm.* 68. *v.* 21.

piés de los judíos. ¡Qué dolor para una madre que ve á su hijo en tan lastimoso estado! ¡qué dolor para un hijo que ve á su madre tan dolorida y angustiada! Ó encuentro cruel! Aquí es donde la luna mística del mundo María se ha convertido en sangre y ha perdido sus resplandores. María se halla oprimida del mas acerbo dolor, y Jesucristo su hijo... Mas ya mi lengua se traba; no puedo proseguir. Abandonemos escena tan lúgubre y sigamos á Jesus, el cual exhausto de fuerzas, titubeando con el peso, y cayendo á cada paso, camina afanado para llegar al Calvario, como al teatro de sus aflicciones y dolores. Ya llega á la puerta judiciaria; ya sus ojos divisan aquella montaña; ya...; mas no tengo aliento para seguirle mas. Animáos vosotros, y seguídle hasta la cumbre del Calvario; allí veréis cómo le despojan con violencia renovando cruelmente sus llagas; veréis cómo le extienden bárbaramente sobre aquel madero; veréis cómo barrenando sus sacratísimos piés y manos, los taladran con agudos clavos; veréis cómo le elevan en la cruz, quedando suspendido entre el cielo y la tierra, para que sea todo el universo testigo de su muerte; veréis cómo le dan á beber hiel y vinagre, para introducir el tormento adonde no habian podido llegar los golpes; veréis como, insultándole sus enemigos, pide á su eterno Padre que los perdone, excusándolos con su ignorancia; veréis cómo perdona al buen ladron haciéndole participante de su reino; veréis cómo viendo á su dolorida Madre al pié de la cruz afligida y llorosa, la encomienda al discípulo amado; oiréis cómo se queja á su eterno Padre del desamparo en que se halla. Pero qué esperáis ya, justicia divina? hé ahí á aquel que se hizo responsable por el hombre; llegado es el dia de las venganzas, el dia del abandono y del olvido que tanto habia llorado Isaías, nada pues resta en la víctima que consumirse; ya no hay en él parte alguna sana para recibir los golpes: oíd, ó Padre eterno, cómo clama vuestro Hijo unigénito: ya todo está consumado; cumplido he todo lo que exigia vuestra divina justicia para salvar á los hombres: *Consummatum est!* Así clamó Jesus, y su clamor fué tan grande y excesivo, que su eco, al sentir del P. san Buenaventura, fué oído hasta en los mismos infiernos: clamor que horrorizó á los judíos; partió el velo del templo, dividió los peñascos y obligó al centurion á confesar su divinidad. Así clamó, dice san Hilario, oprimido del dolor; y como si ya le faltasen las fuerzas para sufrir, llama á su Padre para entregarle su espíritu: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum:* é inclinando sobre el pecho su lánguida cabeza, ciérranse sus divinos ojos, y exhala el último suspiro: *et inclinato capite emisit spiritum.* Murió en fin Jesus; el Hijo del eterno Padre, el rey inmortal de todos los siglos, el autor de la misma vida: murió Jesus; ó cruel pecado! tú fuiste el implacable verdugo que pusiste fin á una vida tan preciosa; pero mas que el pecado fuiste tú, ó amor cruel, desapiadado amor.

Sí, pecadores, ved aquí la grande obra del amor de nuestro divino Redentor: ved la lastimosa mudanza que ha hecho en su persona adorable, y conocéd el exceso de su caridad. Estos ojos que con sus miradas suavizaban los corazones mas duros, ya no son mas que dos astros lánguidos que padecen un horroroso eclipse; esta boca que ha pronunciado tantos oráculos, y de donde se derivaba el consuelo para los tristes, ya enmudeció y permanece en eterno silencio: estas manos que han llenado el cielo de maravillas y la tierra de prodigios, ya no tienen movimiento: estos piés que tantos pasos han dado para nuestra salud, traspasados están cruelmente con duros clavos. ¡Ah, Redentor mio, qué pago habéis recibido de los hombres! ¿Es esta la recompensa debida á vuestro amor? porque vuestro amor ha sido quien os obligó á sufrir tamaños dolores, ultrajes tantos, muerte tan infame y cruel. Y si no decídme, Jesus mio, ¿qué son esas llagas que cubren todo tu sacratísimo cuerpo? *Quæ sunt plagæ istæ?* Ellas son, responde el sapientísimo abad Ruperto, señales indelebles, testimonios auténticos de su amor y el precio de nuestra redencion: *Sunt monumenta charitatis, pretium redemptionis.* Testigos son esta cruz, estos dolores, esta muerte afrentosa é ignoble. Todo en él clama amor, todo repite amor, todo demanda amor. Esta cabeza inclinada para darnos el ósculo de paz, estos brazos extendidos para abrazarnos, este corazon abierto para recibirnos en su seno; ¿no os moverán, cristianos, á amar á este dulcísimo Jesus, víctima preciosa del amor?

Sí, amabilísimo Jesus mio, reconocemos el exceso de tu caridad, y por lo mismo lloramos amargamente nuestra pérfida ingratitud. Ó Redentor nuestro! ó amante Jesus! os amamos y deseamos morir crucificados con vos, ya que por amarnos ha-

béis muerto en este duro leño. Eterno Padre! pecado hemos; sí, os hemos ultrajado; pero ved aquí á vuestro santísimo Hijo que ha satisfecho por nosotros, y os ofrece su vida en sacrificio de expiacion por nuestros crímenes. Aceptád os rogamos esta hostia de placacion, ínterin que poseídos nuestros corazones del mas vivo sentimiento, al par que del arrepentimiento mas amargo, no cesamos de repetir: *Señor mio Jesucristo, etc.*

DISCURSO

SOBRE

LA PASION DE N. S. JESUCRISTO.

PARA EL JUÉVES SANTO POR LA NOCHE.

(DE TRONCOSO.)

Vidimus eum... virum dolorum..., et percussum à Deo... propter iniquitates nostras.

Vímosle... como un hombre de dolores..., herido por la mano de Dios... á causa de nuestras iniquidades.

Isaías, c. 53. v. 2. al 5.

Pueblo cristiano, llegado es el gran dia, dia llamado por excelencia de las misericordias y de las venganzas divinas; dia que Dios habia visto desde el principio de los tiempos, y sobre el cual debia girar el órden invariable de sus eternos designios; dia de eterna memoria, que debia ofrecer un espectáculo el mas digno para el cielo, un triunfo el mas cumplido para la tierra, una época para siempre célebre en los anales del mundo; dia en que iba á comenzar en el universo la sorprendente revolucion que no finalizará, sino cuando concluyan los siglos; dia que los patriarcas habian designado en diversas edades y generaciones; que los profetas habian anunciado con tanta pompa bajo emblemas misteriosos y magníficas alegorías; dia que los justos habian apresurado con sus votos, y en pos del cual los penitentes habian lanzado tan ardientes suspiros; dia en que el cielo, la tierra, el mar, los peñascos, la naturaleza, los seres todos ofrecen un tributo de compasion, un sacrificio de lágrimas y un holocausto de admiracion y asombro, al pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

béis muerto en este duro leño. Eterno Padre! pecado hemos; sí, os hemos ultrajado; pero ved aquí á vuestro santísimo Hijo que ha satisfecho por nosotros, y os ofrece su vida en sacrificio de expiacion por nuestros crímenes. Aceptád os rogamos esta hostia de placacion, ínterin que poseídos nuestros corazones del mas vivo sentimiento, al par que del arrepentimiento mas amargo, no cesamos de repetir: *Señor mio Jesucristo, etc.*

DISCURSO

SOBRE

LA PASION DE N. S. JESUCRISTO.

PARA EL JUÉVES SANTO POR LA NOCHE.

(DE TRONCOSO.)

Vidimus eum... virum dolorum..., et percussum à Deo... propter iniquitates nostras.

Vímosle... como un hombre de dolores..., herido por la mano de Dios... á causa de nuestras iniquidades.

Isaías, c. 53. v. 2. al 5.

Pueblo cristiano, llegado es el gran dia, dia llamado por excelencia de las misericordias y de las venganzas divinas; dia que Dios habia visto desde el principio de los tiempos, y sobre el cual debia girar el órden invariable de sus eternos designios; dia de eterna memoria, que debia ofrecer un espectáculo el mas digno para el cielo, un triunfo el mas cumplido para la tierra, una época para siempre célebre en los anales del mundo; dia en que iba á comenzar en el universo la sorprendente revolucion que no finalizará, sino cuando concluyan los siglos; dia que los patriarcas habian designado en diversas edades y generaciones; que los profetas habian anunciado con tanta pompa bajo emblemas misteriosos y magníficas alegorías; dia que los justos habian apresurado con sus votos, y en pos del cual los penitentes habian lanzado tan ardientes suspiros; dia en que el cielo, la tierra, el mar, los peñascos, la naturaleza, los seres todos ofrecen un tributo de compasion, un sacrificio de lágrimas y un holocausto de admiracion y asombro, al pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

senciar los funerales del Hombre-Dios; dia en fin que la Iglesia consagra á acompañar con la compuncion mas profunda á nuestro divino Redentor en el misterio augusto de su pasion acerbísima y de su muerte cruel. Esos velos que enlutan los santos altares; esas antorchas que con su luz lánguida nos recuerdan el pálido semblante de la muerte; esos acentos fúnebres que retiñen bajo las bóvedas sagradas de este melancólico recinto; los gemidos, las lágrimas, los suspiros, todo lleva hasta el fondo del alma el enternecimiento y la consternacion, todo anuncia el acontecimiento mas memorable que ha conocido el universo.

Poder de mi Dios! qué golpe tan funesto vas á descargar! Trompetas sagradas que anunciáis á Israel sus festividades y sacrificios, caéd de las manos de los sacerdotes y levitas, y despedazáos contra el sagrado pavimento. Y vosotros, ecos de Sion que tantas veces hicisteis resonar los sagrados oráculos, lanzád hondos suspiros y no repitáis sino lamentaciones y lágrimas. Silencio del alma, quebranto del corazon, gritos del amor y de la compasion mas tierna; yo os invoco; á vosotros solos pertenece en este dia el derecho de honrar la muerte y el sacrificio de un Dios salvador.

Cuál es pues mi deber, ó cristianos? ¿Qué podéis esperar de mi ministerio en este momento? Jesus, el nuevo y mas inocente Isaac, es conducido al lugar de la expiacion; su Padre arma su brazo del cuchillo, descarga el golpe, y la víctima es inmolada. Á presencia de este espectáculo, la fe titubea, extravíase la razon, la naturaleza se conmueve, y el hombre pasmado pregunta, cuál puede ser la causa de tan lamentable catástrofe. Y será preciso que yo os la diga? Ah! ¿no escucháis en el fondo de vuestro corazon una voz que grita: pecador, reconoce tu obra, mira tu pecado expiado por un Dios? Sí, católicos, el pecado del hombre y la reparacion del mismo hombre, hé ahí la solucion del mas incomprensible misterio, de la obra maestra de las bondades y misericordias de un Dios.

Venid pues á cubriros de luto con el resto de la naturaleza; venid á agruparos en torno de la cruz y recoger los últimos suspiros de Jesus espirante; venid á reconocer lo grande de vuestros delitos en la grandeza de la víctima que los expía; venid en fin á contemplar á Jesucristo tratado como hombre, sufriendo como Salvador, y muriendo como Dios. Tratado como hombre para expiar la malicia del pecado; hé aquí el mérito de su pasion: sufriendo como Salvador para reparar los desórdenes del pecado; ved ahí el misterio y el prodigio de su pasion: muriendo como Dios para confundir á sus enemigos y á los autores del pecado; y hé aquí su gloria y su triunfo. *O crux ave, spes unica!*

PRIMERA REFLEXION.

El Hijo de Dios no tuvo otro objeto en revestirse de la humana naturaleza, dice san Ambrosio, que el ponerse en estado de expiar los pecados del mundo. Para ejecutar este gran designio, se despoja de toda la brillantez de su gloria, sométese á todas las miserias de la humanidad, y aparece, segun la expresion del Apóstol, como uno de nosotros: *quasi unus ex nobis*. ¡Anonadamiento bien grande por cierto para un Dios! pero siempre realzado en el curso de su vida mortal, por el brillo de sus milagros y por las maravillas de su omnipotencia. Por manera que hasta este momento la Divinidad no habia sido eclipsada por la humanidad; siempre se dejaba ver un Dios por entre los celajes del hombre.

Pero llegó el gran dia, dia por excelencia de la humanidad del Salvador, en el que, como habian anunciado los profetas, debia aparecer como hombre y con todas las debilidades de la humanidad; el dia de la cruz en que, para comenzar la grande obra de la expiacion, le vemos tratado como hombre, mas bien como el último de los hombres. Y por quién? Por su Padre y por sus enemigos; por su Padre que le abandona, y por sus enemigos que, no reconociendo límites á su furor, ejercen á la vez contra él el ultraje y la injusticia. Por manera que tanto de parte de Dios como de parte de los hombres, reducido Jesucristo al estado que requeria la expiacion de la culpa, que es al tiempo mismo el mayor mal de Dios y del hombre, se presenta á nuestra vista como un varon de dolores: *vidimus eum virum dolorum*.

Jesus pues, tratado como hombre de parte de su eterno Padre; hé ahí la primera degradacion del Hombre-Dios en su pasion y la expiacion primera de la malicia del pecado. En efecto llegó la hora en que su Padre no debia reconocerle por Hijo

suyo. ¡Momento cruel en que debia comenzar aquella lucha sangrienta entre el cielo y la tierra, entre el Padre eterno y su Hijo adorable! ¡Instante fatal en que iba á sonar para Jesus la señal del sacrificio! Ya la noche habia cubierto con su enlutado manto la brillantez del sol, y Jesus separado de sus discípulos, ocupado todo del gran pensamiento de la salud del universo, dirige sus pasos hácia el huerto de las olivas. Vedle cómo entra solo en aquel jardin, primer teatro de sus dolores, en donde debe comenzar su agonía. Atencion, católicos, pues nada hay indiferente, dice san Bernardo, en los pasos del Salvador; todo en esta serie de padecimientos que va á comenzar, parece revestirse de un alma y de un lenguaje á propósito para instruirnos; todo aquí es misterioso y simbólico. Ese jardin al que Jesus encamina sus pasos, no es aquella mansion deliciosa y encantadora en donde el primer hombre, nadando en la abundancia y rebosando felicidad, dió principio al pecado, sumergiendo en la desventura á toda la humanidad: es el huerto en donde el Hombre-Dios viene á destruir el pecado; el jardin de la muerte, en donde deben brotar las primeras raíces del árbol de la cruz, que ha de sustituir á aquel árbol fatal, causa del primer atentado consumado por el primer Adan, y cuya expiacion va á realizar el segundo, Jesus el hijo de María. Vedle pues cuál penetra solo, entregado á sí mismo y á sus ideas en esa mansion del horror, en donde reina el mas profundo silencio, y tinieblas y soledad espantosa. Ángeles tutelares que debéis acompañarle en todos sus caminos, ¿cómo es que no le seguís á ese sitio funesto? Mas qué dije? Los ángeles? No bien ha entrado en el huerto Jesucristo, cuando su propia divinidad parece separarse de él; ocúpale el terror, abandónanle las fuerzas, titubea, sucumbe en fin, y prosternado en presencia de su Padre, pegado con la tierra su semblante, oscurecido su espíritu con las mas trágicas imágenes, oprimido el corazon en fuerza del dolor, con voz apénas perceptible, *Padre mio*, exclama, *si es posible, que se aleje de mi este cáliz*. Qué es esto, católicos? ¿es este por ventura el lenguaje propio de un Dios? ¿es vuestra voz la que escucho, Jesus dulcísimo? Esa voz de trueno, que un dia mandaba á la naturaleza y á la muerte, que pronunciaba oráculos y fulminaba anatemas, que habia deslumbrado á la sinagoga, confundido á los fariseos, hecho enmudecer á los sabios y á los filósofos, é instruído á los grandes

y al pueblo; esa voz tan terrible ántes, mírola reducida al lenguaje humillante de la plegaria y de la debilidad? *Si es posible*, decís! ¿Pues quién os ha despojado de vuestra omnipotencia? No sois vos el Dios grande y terrible? Ved ahí, nos dice san Agustin, el nudo misterioso, cuyo desenlace debe explicarnos todo cuanto pudiera escandalizar nuestra razon orgullosa en los padecimientos del Salvador. Jesus siempre era Dios, jamas podia dejar de serlo; mas en su pasion, y sobre todo en este momento, parece despojarse de su divinidad, en fuerza del pacto que habia hecho con su Padre de que, cuando él obrase para la expiacion del pecado, ya no seria mirado sino como un hombre, y hombre de dolores: *virum dolorum*.

¿Y en dónde sino en ese jardin debia abrirse la escena de los dolores de Jesus? Ah! ¿quién será capaz de explicar lo que pasaba en este augusto secreto entre el Padre y el Hijo? El Padre presenta á su Hijo el proyecto de la reconciliacion del mundo: el Hijo, aceptándolo todo, suscribe y ratifica el fallo de muerte que contra él se pronuncia; el Padre ofrece al Hijo el cuadro del mundo en el porvenir; preséntale el diluvio de crímenes y de iniquidades, de cismas y de errores que han de levantarse en la sucesion de los siglos; hácele ver esa Iglesia que se eleva en medio de tantos escándalos, tempestades y persecuciones, siempre fluctuante y agitada, y siempre invencible y victoriosa; ese mundo que debia insultar á su Evangelio; esa muchedumbre de cristianos cobardes y débiles que debian deshonrarle con sus costumbres perversas; todo lo ve Jesus en aquel instante funesto; pero léjos de arredrarse á vista del peso tan enorme que va á caer sobre su cabeza, doblega su cerviz bajo ese mundo de iniquidades, consiente en llevarlas todas sobre sí, y devorado su corazon del fuego del amor hácia los hombres y del deseo de salvarlos á todos, Padre mio, exclama, no rehuso el sacrificio que me pedís, héme aquí, preparado está mi corazon, hágase tu divina voluntad: *fiat voluntas tua*.

Á estas palabras que resonaron en lo mas excelso de los cielos é hicieron estremecer los abismos, el infierno descarga todo su furor contra el Cordero sin tacha. Rásganse las nubes, y aparece un ángel que le presenta la copa de la amargura. Al aspecto de este horrible cáliz, ¡qué movimientos tan rápidos se suceden en el pecho del Salvador! Tiembla, se estremece, su corazon abrevado de angustia se mira hundido en un mar de

afliccion sin igual; la muerte se presenta á su imaginacion con todo el horror que es capaz de infundir; la cruz, las espinas, los clavos, las derrisiones del pueblo, la rabia de sus verdugos, los insultos de los soldados, todos los tormentos se reúnen de consuno para afligir al inocente Jesus; un sudor frio se manifiesta en todos sus miembros palpitantes; la sangre brota de sus venas y se derrama hasta teñir el suelo donde yace en un estado de mortal agonía. Si habla á su Padre, no es escuchado; si se dirige á sus discípulos, duermen profundamente; toda la natúraleza ha enmudecido para el Salvador. Padre justo, ¿habéis acaso olvidado que ese es aquel Hijo vuestro, á quien en el Tabor rodeasteis de los resplandores de vuestra gloria y declarasteis objeto único de vuestras complacencias? ¿Y por qué, ó Padre inexorable, rehusaréis á vuestro Hijo en su dolor el consuelo, que en otro tiempo prodigasteis á los hombres en sus aflicciones? Vos que tantas veces enviasteis vuestros ángeles á vuestros profetas para consolarlos en el desierto, y que no os desdeñasteis de bajar hasta el muladar, donde yacia el afligido Job, ¿qué es lo que percibís sobre esa montaña de Getsemaní, para de este modo apartar de ella vuestros ojos? Mas, ah católicos, el pecado, el horrible monstruo del pecado es lo único que el Padre eterno mira en su Hijo; no porque lo haya cometido, sino porque ha cargado con toda su responsabilidad, y esto es lo que hace que retire de él toda especie de consuelo y le deje abandonado á los efectos de su eterna justicia. Ved pues ahí pecadores vuestra obra, ved cómo el Hijo del Excelso comienza á expiar en su alma y en su cuerpo los delitos con que mancillasteis vuestra alma, é hicisteis de vuestros cuerpos santificados por el Espíritu santo una cloaca inmunda de corrupcion y hediondez insufrible. Terrible expiacion! Así paga el inocente lo que el culpable habia merecido; de este modo apura el cáliz amargo de la afliccion aquel Dios-Hombre, cuyos labios jamas gústaron la encantadora copa, con que Babilonia pérfida nos embriagó del ponzoñoso néctar que nos dió la muerte. Sí, católicos, el hombre apartó sus ojos del cielo, no quiso reconocer á Dios por padre, y por eso ahora su Hijo dilectísimo se mira abandonado en el huerto; no hay para él ni Padre en el cielo, ni justicia sobre la tierra. Dios le trata como un puro hombre, y los hombres... como el mas despreciable de los nacidos de mujer.

¿Veis esa chusma furibunda y amotinada, esa legion de soldados armados que se avanza hácia el huerto á favor del silencio y de las tinieblas de la noche? ¿Y ese monstruo audaz que marcha á la cabeza, quién es? ¿Qué significa ese aire misterioso, ese mirar feroz, esa arrogancia pintada en su frente? Mas él se adelanta hácia Jesus, *Dios te salve*, le dice, y le abraza y le besa y... Pérfido, hipócrita malvado! en vano intentas ocultar tu designio. Jesus penetra el fondo de tu corazon. *Júdas, á qué viniste?* le pregunta en efecto el Salvador: *¿es posible que con un ósculo de paz entregues á tu maestro en manos de sus enemigos?* ¿Es este el premio que reservabas á tu bienhechor en cambio de tantos servicios, de tantas bondades y beneficios?

¿Y qué otra cosa hace, señores, el hombre, cuando abusando de las gracias é inestimables beneficios de su Dios, abrevado con su sangre preciosa y alimentado con su carne sacratísima, se olvida de su bienhechor y le entrega en manos de las mas viles pasiones? Empero apresurémonos á presenciar la suerte que ha de caber á ese Salvador divino, vendido pérfidamente por el discípulo aleve. Ya se avanza tras sus huellas la cohorte infernal, hinchendo pavorosamente los aires con sus gritos y algazara: ya le rodean cual lobos hambrientos de carnicería y de sangre; cual águilas voraces lánzanse á porfía sobre la inocente presa, y le insultan y le golpean, y...; pero avertíd como en el mayor abatimiento del hombre se deja ver todo el poderío de un Dios. *A quién buscáis?* pregunta Jesus á aquella horda de bárbaros verdugos: *Quem quæritis? A Jesus Nazareno*, dicen. *Yo soy*, contesta el Salvador, y á esta voz caen todos en tierra llenos de pavor y cubiertos de estremecimiento; y si Jesucristo hubiese querido desplegar toda la fuerza de su brazo omnipotente, yertos cadáveres hubiesen permanecido sus enemigos en el huerto. Mas no, no era todavía llegado el momento de hacer perfectamente ostensible su divinidad; ántes por el contrario. *Levantáos*, les dice; *hé aquí vuestra hora y el poder de las tinieblas*. Qué expresion, católicos! *la hora del hombre!* hora terrible! momento fatal! instante de horror! ¿Qué pues podrá esperar ya el divino Jesus, sino ser tratado como el mas despreciable de todos los hombres? Ah! mirádle cómo es conducido por aquella tropa feroz y bárbara, amarrado como un vil esclavo, rodeado de armas y de soldados, bien así como criminal á quien se ha sorprendido en un delito de estado. Así

entra en la ciudad en medio de la gritería y de los insultos de toda aquella plebe despreciable, y en esta disposicion es arrastrado de tribunal en tribunal, ya á casa de Anas, ya á la de Caifas, ora á la de Pilátos, despues á la de Heródes, y aquí y en todas partes befado, insultado, herido y tratado como el mas despreciable de los hombres. Este le pregunta, qué cosa es la verdad? aquel le interroga acerca de sus discípulos y doctrina; el uno le conjura que declare si él es el Cristo, hijo de Dios vivo; el otro exige que sincere su conducta y se defienda de las acusaciones que contra él hacen llover sus enemigos; y todos á porfía quieren hallar en él un crímen que pueda condenarle. Pero en vano os fatigáis, jueces venales; «su crímen,» dice san Gerónimo, «son los oráculos que ha pronunciado, la ciencia y sabiduría con que os ha confundido, y los prodigios con que ha hecho brillar su divinidad; su crímen es el haber reducido al mas vergonzoso silencio á los fariseos y doctores de la sinagoga, el haber curado á los enfermos, dado vista á los ciegos, y arrancado á los difuntos de la oscuridad del sepulcro; su crímen es Lázaro á quien poco há resucitó; portento que por sí solo bastaba á confundir á los enemigos del Salvador, pues que era una apología viva y palpable de su divinidad.» Hé ahí los grandes crímenes que han sublevado á ese pueblo feroz y bárbaro, excitado la rabia de los escribas y sacerdotes, y conmovido ese furor de sangre y de deicidio que alimentan los corazones pérfidos de esos que pocos dias há le aclamaban el *Bendito que viene en nombre del Señor*. ¿Y ahora le preguntáis si él es el Cristo, y pedís milagros que testifiquen ser él el Hijo de Dios vivo? Así es, católicos; pero Jesucristo no responde á sus importunas cuestiones sino con el mas profundo silencio. Ni os cause extrañeza que Jesus enmudezca, dice el P. san Agustin, él no solamente veía en aquel momento la ciega incredulidad de los judíos y de la sinagoga, la incredulidad de Heródes y de Pilátos, sino que veía tambien esas ruidosas legiones de incrédulos que en los siglos venideros debian levantarse en la Iglesia combatiendo sus milagros, su Evangelio y la divinidad de su Religion. En los grandes de la corte de Heródes contemplaba los grandes de todos los siglos, esos hombres atrevidos que debian citarle un dia al tribunal de su orgullosa ignorancia, afectando deseo de conocer la verdad, para hacer de ella el objeto de sus derrisiones impías. En los doctores de la

sinagoga veía esos falsos sabios, hinchados con una ciencia vana y superficial, que queriendo someterlo todo al juício de su razon extraviada, se burlan de los milagros y tornan en ridículo cuanto hay de mas santo y venerable en el cristianismo. ¿Qué pues haria el divino Jesus á vista de este porvenir que se le presentaba con tanta claridad? Bien hubiera podido conceder á Heródes el milagro que este le pedia; y acaso este solo prodigio obrado en presencia de una corte tan brillante como la de aquel monarca, le hubiera dado mas esplendor y valídole una reputacion mayor que todos cuantos hasta entónces habia hecho delante del pueblo de la Judea; pero esto hubiera sido satisfacer la curiosidad y halagar el orgullo de los grandes y magnates del pueblo; y Jesus venia á revelar sus misterios á los pequeñuelos y humildes, no á los espíritus arrogantes y soberbios. Por eso enmudece, y con este silencio confunde á la vez la malicia de los incrédulos, y les prueba que despues de los milagros tan autorizados que han establecido la Religion, el que aún se atreve á exigir nuevos portentos, no es merecedor de la mas leve respuesta: *et non respondit verbum*. Silencio misterioso de Jesucristo, mas elocuente que todos los discursos; silencio por el que la verdad parece confundida ante la mentira, la inocencia ante la iniquidad, y la sabiduría ante la ignorancia; pero que en la realidad no es sino la prueba mas inequívoca de la verdad, inocencia y sabiduría de un Dios, que permite ser tratado en su humanidad como el mas despreciable de todos los hombres, para enseñar á los hombres á respetar los derechos de la divinidad.

No basta, católicos, que Jesus haya sido juzgado, interrogado y denostado por los hombres. Para que aparezca en toda su extension como verdadero varon de dolores, se hace preciso que sea tambien condenado por el hombre. Y á qué género de suplicio? Angeles del cielo, venid á presenciar el nuevo espectáculo que se desenvuelve á nuestra vista en el pretorio del presidente Pilátos. Ved, cristianos, ved al inocente Jesus despojado de sus vestidos, en la mas ignominiosa desnudez, amarrado á una coluna y rodeado de una muchedumbre de verdugos sedientos de la sangre de esa pura víctima: vedlos con el furor en los ojos, la blasfemia en la boca, el despecho y la rabia en el corazon, armadas sus manos de varas espinosas, de cordeles y aceradas cadenas. Ya comienzan á descargar sobre

aquella carne virginal golpes que hacen estremecer el pavimento y crujir las paredes de aquel edificio; multiplícanse los azotes como el granizo lanzado por la tempestad; sucédense unos á otros los tiranos para rehacerse del cansancio. Ah bárbaros, inhumanos! vosotros os cansáis de herir, y Jesus no se cansa de sufrir vuestros golpes: heríd sin compasion, redoblád los azotes, ellos están contados desde la eternidad, y aquel que sujeta á su voluntad nuestra obediente rabia contra el justo, sabrá contenerla tan luego como el número se haya llenado; heríd pues... Mas qué es lo que miro? arroyos de sangre inundan ya el pretorio, Jesus desollado de piés á cabeza no es ya mas que una sola llaga, es como un hierro candente al salir del fuego, que, golpeado por el martillo, nada da de sí sino fuego, es... ¡Cielos, ocultád vuestra luz para que la naturaleza no presencie este horrible espectáculo! Ángeles del empíreo, ¿en dónde estabais que no acudisteis á cubrir con vuestras alas el deshonor del Dios á quien adoráis? Profetas del Altísimo, veníd á ver aquel á quien anunciasteis tantos siglos há, caído al pié de la coluna, nadando en su propia sangre, y sin tener siquiera aspecto de humanidad. Ya se cumplió lo que habiais predicho, lo que David habia anunciado, cuando en sus salmos cantaba: *quoniam ego in flagella paratus sum* (1); preparado estoy, Señor, para los azotes. Cristianos, reconocéis ya la obra de vuestros delitos? ¿No veis cuál han parado vuestros crímenes al mas inocente y santo de los hijos de los hombres? Sí; vosotros le veis cual leproso, humillado por Dios y por los hombres, cual si hombre no fuese, maltratado para expiar la malicia del pecado. Tiempo es ahora que le contempléis sufriendo como Salvador para reparar los desórdenes del pecado, y muriendo como Dios para confundir á sus enemigos y á los autores del pecado. Hé aquí el misterio, la gloria y el triunfo de la pasion de Jesucristo, y el asunto de mi

SEGUNDA REFLEXION.

Los dos grandes desórdenes que Jesucristo venia á reparar en calidad de Salvador, eran, de parte del hombre, un loco deseo de independencia que le llevaba á no reconocer otro señor ni otro rey que á sí mismo; y de parte de Dios, la cólera y el odio que nos cerraban para siempre la entrada en el cielo. Preciso era pues que Jesucristo, como Salvador, reparase el uno y el otro, declarándose por sus sufrimientos nuestro rey y nuestra víctima; nuestro rey, para curar nuestra funesta independencia: nuestra víctima, para reconciliarnos con su Padre celestial. Uno y otro hizo Jesus: veámosle primeramente declarado nuestro rey en su coronacion; en ella es, dice el P. san Ambrosio, en donde los velos se rasgan y los grandes secretos de la Providencia se hacen ostensibles; en donde el infierno parece triunfar, y sin embargo queda uncido al carro vencedor del Monarca de los siglos.

(1) *Psalm.* 37. *v.* 18.

Mal satisfecho de la flagelacion del Salvador el furor de los judíos, meditan contra su adorable persona nuevos y de cada vez mas humillantes atentados. Instruídos de que en su vida se habia proclamado rey, decídense á coronarle por derrision y befa. Figuráos á Jesus conducido en medio del pueblo para esta insultante ceremonia. Uno de los soldados se presenta á él con una diadema hecha de ramos espinosos entrelazados unos con otros. Despójanle despues violentamente de sus vestidos, renovando todas sus llagas y el dolor en todos sus miembros, y cubriéndole con un desaliñado manto de púrpura, en medio de una confusa gritería, de una muchedumbre de ultrajes, de insultos y bofetadas, le clavan en sus divinas sienes aquella punzante corona, y, Dios te salve, dicen, rey de los judíos: *Ave, rex judeorum.*

No os turbéis, católicos, exclama san Ambrosio, no titubee vuestra fe ni se subleve vuestra razon á vista de este espectáculo: hé aquí el gran misterio de los sufrimientos del Salvador; hé aquí lo sublime y divino de su pasion dolorosísima. Jesucristo coronado de espinas confunde á los judíos y se ostenta vuestro verdadero rey y el mayor de todos los monarcas del mundo. ¿Y á quién mejor podia convenir esa diadema de tribulacion y de dolor, que á aquel que, nacido en la humillacion y viviendo en la pobreza, venia á establecer sobre la tierra el reino de la tribulacion y de los padecimientos? ¿Acaso convenia una corona de flores al que debia ser el rey de los mártires, el rey de los penitentes, el rey de las vírgenes, de los solitarios y de los afligidos? ¿Cómo hubieran podido mejor inaugurar sus

enemigos la especie de dominacion que venia á ejercer, que coronándole de punzadoras espinas? Triunfo admirable de Jesus! exclama san Bernardo. Corónense en buen hora los reyes de la tierra de oro y pedrerías; ciñan los héroes laureles gloriosos, arrancados á sus enemigos en mil y mil peleas en los campos de Marte; arrastren los vencedores á sus víctimas encadenadas al carro de su victoria: Jesus, rey de reyes y monarca del universo, no quiere sino espinas por símbolos de sus triunfos. Esa sangre que corre por su frente, es la uncion sagrada de su dignidad real; y esa diadema de ignominia bien presto la veréis trocada en trofeo glorioso, tras el que correrán al combate innumerables héroes. Los mártires volarán al suplicio por conseguir una parte de esa corona de gloria; los reyes humillarán sus púrpuras para adorar la púrpura del divino Rey del Calvario; los sabios, los filósofos, los potentados vendrán á deponer los homenajes de su ingenio y de su poderío, para defender su reino que no tendrá fin; y las vírgenes, y los anacoretas, y el tierno niño, no ménos que el robusto jóven, todos se postrarán ante Jesus, y le dirán, no ya en tono de befa y de irónico desprecio, sino con el lenguaje del respeto y con el afecto del amor y de la adoracion: *Ave, Rex:* Dios te salve, Rey inmortal é invisible de los siglos. Bendicion, loor, alabanza, virtud y divinidad al Cordero que se ha sacrificado por la salvacion del mundo. ¿Y es acaso esto una simple exageracion ó una figura oratoria? No; es un hecho, y hecho que jamas podrá desmentir la calumnia de los enemigos de Jesus. Veníd si no, vosotros los que osáis despreciar á ese Dios-Hombre humillado por el hombre, incrédulos, escépticos, libertinos, bellos espíritus, veníd y decídme, ¿no es esa caña frágil que por cetro dieron los judíos al Salvador, la que, trocándose en aquella vara de hierro profetizada por David, ha despedazado los cetros de los monarcas, y hecho crujir los cimientos de los mas poderosos imperios? Sí; con esa caña es con la que Jesucristo ha vencido al infierno y á los demonios, derrocado los ídolos y los altares del paganismo, destruído la sinagoga, y extendido el imperio de su reino de un polo al otro polo, y desde las orillas del rio hasta las extremidades del mar. Con esa caña ha desgajado los mas erguidos cedros del Líbano y humillado las potestades de la tierra. Césares, príncipes, verdugos, tiranos, ¿de qué os ha servido afilar vuestras espadas y vuestras armas contra el Cristo? Despedazado se han contra ese cetro, y nada os resta sino la confusion y la ignominia. Y esa púrpura teñida con la sangre de Jesus ¿qué otra cosa es sino el símbolo de los triunfos que su sangre debia reportar de todo el universo? Ella es la que anunció los combates, las guerras y las persecuciones que debian seguir á su pasion y muerte; es como el ensangrentado pendon que llamó á la liza á los héroes del cristianismo, que se han lanzado sin temor en medio de los suplicios y de los tormentos, por imitar á su Redentor y sellar con su sangre el testimonio de su divinidad; es el cuadro simbólico que figuró los mares de sangre, en que se ha visto nadar la barquilla de Pedro, pero que léjos de ser sumergida, ha sabido salir victoriosa de todos sus enemigos. Esa púrpura en fin que en los césares era la señal del terror y de la servidumbre, es en Jesucristo el glorioso emblema de la paz, en torno del cual deben agruparse los hijos del amor.

Pero volvamos todavía á las ignominias del Salvador, para mejor apreciar la reparacion insigne del pecado. Coronado ya de espinas, abrevado de injurias y denostado con tantos vilipendios, que segun el P. san Gerónimo, solo el dia del juício podra revelar á los humanos lo que sufrió ese divino Cordero en aquella noche cruel, ¿qué mas le resta que sufrir? ¿El ser puesto en paralelo con un infame malhechor? Pues vedle comparado á Barrabas, forajido el mas insigne que se conocia en aquellos contornos. *¿A quién queréis dé por libre,* dice Pilátos al pueblo, *á Barrabas ó á Jesus que se llama Cristo? Quitád á ese la vida*, contestan furibundos, *y librád á Barrabas.* En vano el pontífice convencido de su inocencia, ofrece á aquella muchedumbre turbulenta el espectáculo mas lastimero que han visto los siglos; en vano les presenta á Jesus ensangrentado, desfigurado, molido y casi sin aliento, y les dice, *Ecce homo;* ved ahí á este hombre; ¿qué mas queréis que en él se ejecute para saciar vuestra saña? Á esta pregunta una confusa gritería se levanta por todas partes: *Crucifigatur;* crucifícale! crucifícale! *Ninguna causa hallo en él,* contesta Pilátos. *Crucifícale,* repite el pueblo, *de lo contrario te declaramos enemigo del césar: crucifícale!* ¿Es posible, pontífice venal, que convencido de la inocencia de ese Dios-Hombre, le has de condenar? ¿prefieres la amistad de un rey terrenal á la de un monarca que debe decidir un dia de los destinos de los césares? Probidad,

justicia, compasion, ¿dónde estáis? Mas, qué digo? El interes ha hablado al corazon de Pilátos, y este sentimiento ha ahogado todos los sentimientos de su corazon. Pérfido, decida! inútilmente lavas tus manos para protestar que nada tienes que ver con la condenacion de ese justo; su sangre se derramará, porque tú quieres, y esta sangre manchará indeleblemente tu alma: pronuncia en buen hora esa sentencia cruel; tú no haces sino servir de instrumento á la justicia del Eterno. Sí; el Eterno ha dicho tambien: *Crucifigatur*, sea crucificado mi Hijo dilectísimo, para que se salve la humanidad; perezca el inocente para que el culpable viva: *Crucifigatur*. ¡Ó espada de las venganzas del Señor, cuán terrible eres! ¡cuán amargo es el cáliz de tu saña contra el pecado! *Crucifigatur*, resuena en las bóvedas celestes: sea crucificado! A estas palabras, que no son sino la voz de la justicia del Padre, y cuyos ecos son los judíos, descórrese el velo, ábrese la escena, el Calvario aparece, y Jesus, el mas inocente Isaac, camina cargado con el leño de la expiacion. Al Calvario pues, católicos, al Calvario acudamos presurosos; no os paréis á contemplarle caído en tierra, cual divino Sanson, bajo el peso enorme de la cruz; no os detengáis á mirarle en el doloroso encuentro con su divina madre en la calle de la Amargura, ni en su llanto con las mujeres de Jerusalen, ni... marchád, marchád, que los tiempos se abrevian, los instantes pasan, las profecías se cumplen: marchád, que ya se oyen resonar los golpes del martillo, que traspasan las manos y piés del divino Salvador: marchád, corréd, ved que ya lo elevan entre el cielo y la tierra en el horrible patíbulo; ya comienzan á correr los cinco rios de la sangre de Jesucristo, que mejor que las aguas de los rios del Paraíso, han de lavar los pecados del mundo. Lleguemos á recoger alguna gota de aquel precioso licor; lleguemos á recibir la bendicion de aquel divino Jacob; recojamos el último suspiro de nuestro padre. Mas ay, católicos, todo se ha consumado: *Consummatum est*, exclama el agonizante Salvador. Sí; la rabia de los judíos, el encono de la sinagoga, la justicia del cielo, todo está consumado; nada pues resta sino que Jesus incline su cuello y espire. Muerte, cruel muerte, detén el golpe. Mas qué horror! El velo del templo se rasga, las piedras chocan unas con otras con un ruído espantoso, oscurécese el sol, palidecen las estrellas, ábrense los sepulcros, las sombras de la muerte cubren toda la naturaleza,

y de enmedio de aquella hórrida mansion del espanto déjase oir una voz que estremece los cielos y hace crujir los abismos: *Padre mio, en tus manos encomiendo mi espíritu.*

Murió Jesus, católicos; murió el autor de la vida, murió el destructor del pecado, el impasible, el eterno, el Dios de Sabaot, el monarca de los ángeles y de los hombres, pero muere como un Dios, porque quiso, porque así lo habia anunciado él mismo y hecho anunciar por sus profetas. Murió Jesus, á quien Isaac, Jacob, Abel habian prefigurado con sus sacrificios, y á quien David, Salomon, Isaías habian celebrado en sus oráculos. Figuras, promesas, parábolas, sacrificios, los siglos todos se han cumplido en un instante: *Consummatum est.*

Muere Jesus; y miéntras que la gloria de los hombres mas grandes finaliza con su muerte, Jesus con la suya inaugura una nueva era de gloria y de engrandecimiento, un nuevo reino que no tendrá fin. Desde lo alto de la cruz desecha al antiguo pueblo y crea un pueblo nuevo, que ha de darle gloria sobre Israel, destrona los césares y los falsos dioses, llama al Capitolio los apóstoles y los pontífices, y su último suspiro hunde la sinagoga y engendra la Iglesia católica: *regnavit à ligno Deus.*

Muere Jesus; y muriendo confunde á sus enemigos, juzga al mundo y las potestades del mundo; la tierra empapada en su sangre produce millares de escogidos, triunfa de los corazones, convierte al mismo que le acompaña en el suplicio, manifiesta su divinidad, y hace que sus verdugos al descender de aquella montaña santa, exclamen convencidos: *Vere filius Dei erat iste:* verdaderamente que este era el Hijo de Dios! triunfo admirable de la muerte del Salvador! Ella ha hecho caer en descrédito la humana sabiduría de los filósofos, ha abatido el poderío de los grandes, ha llevado sus conquistas desde uno á otro extremo del globo, y extendiendo sus brazos en la cruz, ha traído á sí á todos los hombres.

Pueblos que me escucháis, ¿osariais resistir á este Dios-Hombre, que hoy muere triunfando de todo el mundo, de los hombres y de sus pasiones? ¿Osariais renovar todavía con vuestras culpas la crucifixion de ese Dios-Hombre, que para expiarlas ha sufrido la muerte mas cruel? ¿Romperéis otra vez la alianza eterna que ha sellado con su preciosa sangre? ¿Convertiréis en objeto de reprobacion eterna lo que ha servido de precio de vuestra eterna redencion? Pecadores, mundanos que

bien hallados en el seno de una vida muelle y ociosa, apénas os dignáis lanzar una mirada hácia la cruz de vuestro Redentor, vosotros que embriagados del sabroso néctar con que os brinda Babilonia, holláis la cruz y el Dios de la cruz; fieros y arrogantes enemigos del Salvador, detenéd un momento vuestros pasos, fijád vuestra vista en este Dios-Hombre, y ved si en él reconocéis la imágen de la Divinidad : *Respice in faciem Christi tui*. Mirád pues á vuestro Cristo, aquel que desde la eternidad os amó con una caridad perpetua... Él os ha dado su sangre y su vida, y ¿vosotros rehusariais darle vuestros corazones y vuestros homenajes? Él ha pensado en vosotros hasta el fin, teniéndoos siempre presentes en su corazon, y ¿vosotros esperáis al fin de vuestra vida para pensar en él y creer en su Religion? Ingratos! fijád todavía una vez vuestras miradas en este Dios muerto por vuestro amor : ah! tal vez sea la última que podáis contemplarle. ¿Veis esa cabeza inclinada, esos brazos abiertos, ese pecho traspasado á impulso de una lanza? Pues bien; esos brazos desean estrecharos, esa cabeza os señala su corazon, y de ese corazon, de ese costado sale una voz dulce y consoladora que os dice : *Redite, prævaricatores, ad cor* (1) : tornád, prevaricadores, tornád á mi corazon; yo os espero, yo os convido, veníd; francas están las puertas de mis bondades y misericordias.

Acudamos presurosos, católicos, y postrados á los piés de nuestro divino Salvador, digámosle con toda la efusion de nuestros corazones : *Señor mio Jesucristo etc.*

(1) *Isai. c.* 46. *v.* 8.

SERMON

DE LA PASION DE JESUCRISTO.

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Mirabiliter me crucias.
Me atormentas portentosamente.
Job, c. 10. *v.* 16.

Con que en fin, ó eterno Padre, ¿estáis resuelto á sacrificar á vuestro Unigénito, á la figura de vuestra propia sustancia, al esplendor de vuestra gloria? ¿Con que el santo é inocente por esencia ha de ser el desgraciado objeto de vuestra justa cólera contra el pecado? ¿Con que el amor que tienes al hombre, ha de ejercer en tan grata víctima los opuestos oficios del verdugo mas cruel y desapiadado? Sí, señores, tal es la escena trágica que hoy nos representa el Evangelio en el lúgubre teatro de la afligida Iglesia. Tal es la conducta sábia y admirable de la Providencia, incomprensible y adorable siempre, de nuestro gran Dios. Aflige, humilla, abate y atormenta al que mas ama, al paso que con pasmo y asombro estúpido de los que no le conocen, prospera el camino de los impíos y malvados.

Job, aquel hombre justo, que en su virtud no tuvo semejante, y cuya rectitud y justicia fué encomiada por la boca del mismo Dios, del mismo Dios que le amaba con predileccion y distinguida ternura, tambien fué atormentado de un modo maravilloso, abatido y vilipendiado. Este fué un milagro incomprensible del amor, que ya figuraba á otro que habia de ser el asombro de todos los siglos y de la eternidad. Este es el que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bien hallados en el seno de una vida muelle y ociosa, apénas os dignáis lanzar una mirada hácia la cruz de vuestro Redentor, vosotros que embriagados del sabroso néctar con que os brinda Babilonia, holláis la cruz y el Dios de la cruz; fieros y arrogantes enemigos del Salvador, detenéd un momento vuestros pasos, fijád vuestra vista en este Dios-Hombre, y ved si en él reconocéis la imágen de la Divinidad : *Respice in faciem Christi tui*. Mirád pues á vuestro Cristo, aquel que desde la eternidad os amó con una caridad perpetua... Él os ha dado su sangre y su vida, y ¿vosotros rehusariais darle vuestros corazones y vuestros homenajes? Él ha pensado en vosotros hasta el fin, teniéndoos siempre presentes en su corazon, y ¿vosotros esperáis al fin de vuestra vida para pensar en él y creer en su Religion? Ingratos! fijád todavía una vez vuestras miradas en este Dios muerto por vuestro amor : ah! tal vez sea la última que podáis contemplarle. ¿Veis esa cabeza inclinada, esos brazos abiertos, ese pecho traspasado á impulso de una lanza? Pues bien; esos brazos desean estrecharos, esa cabeza os señala su corazon, y de ese corazon, de ese costado sale una voz dulce y consoladora que os dice : *Redite, prævaricatores, ad cor* (1) : tornád, prevaricadores, tornád á mi corazon; yo os espero, yo os convido, veníd; francas están las puertas de mis bondades y misericordias.

Acudamos presurosos, católicos, y postrados á los piés de nuestro divino Salvador, digámosle con toda la efusion de nuestros corazones : *Señor mio Jesucristo etc.*

(1) *Isai. c.* 46. *v.* 8.

SERMON

DE LA PASION DE JESUCRISTO.

PARA EL JUÉVES SANTO.

(DEL PÚLPITO ESPAÑOL.)

Mirabiliter me crucias.
Me atormentas portentosamente.
Job, c. 10. *v.* 16.

Con que en fin, ó eterno Padre, ¿estáis resuelto á sacrificar á vuestro Unigénito, á la figura de vuestra propia sustancia, al esplendor de vuestra gloria? ¿Con que el santo é inocente por esencia ha de ser el desgraciado objeto de vuestra justa cólera contra el pecado? ¿Con que el amor que tienes al hombre, ha de ejercer en tan grata víctima los opuestos oficios del verdugo mas cruel y desapiadado? Sí, señores, tal es la escena trágica que hoy nos representa el Evangelio en el lúgubre teatro de la afligida Iglesia. Tal es la conducta sábia y admirable de la Providencia, incomprensible y adorable siempre, de nuestro gran Dios. Aflige, humilla, abate y atormenta al que mas ama, al paso que con pasmo y asombro estúpido de los que no le conocen, prospera el camino de los impíos y malvados.

Job, aquel hombre justo, que en su virtud no tuvo semejante, y cuya rectitud y justicia fué encomiada por la boca del mismo Dios, del mismo Dios que le amaba con predileccion y distinguida ternura, tambien fué atormentado de un modo maravilloso, abatido y vilipendiado. Este fué un milagro incomprensible del amor, que ya figuraba á otro que habia de ser el asombro de todos los siglos y de la eternidad. Este es el que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hoy se celebra en la Iglesia santa con sentimiento espontáneo y casi innato en todos los que lo ven.

Hoy vemos á la Esposa del Cordero inmaculado desnudarse de sus propias galas y vestirse de luto y amargura. Vemos suceder á los himnos y cánticos de alegría, con que acostumbran resonar las bóvedas del templo del Señor, las lamentaciones, los gemidos, los ayes ¡los tristísimos ayes! signos todos del dolor mas acerbo. Vemos á los fieles, hijos de la Iglesia, y hasta á los que no lo son, tomar parte en la memoria de este suceso. Desde el monarca poderoso que manda á su arbitrio los pueblos, hasta el mas humilde mendigo, participan del sentimiento que inspira un recuerdo el mas funesto, al mismo tiempo que el mas portentoso que vieron los siglos. Y si volvemos la cara atras, sin mas que la fe humana que merecen los hechos calificados de la historia, hallaremos repetidos por el espacio de mil ochocientos cuarenta y mas años, los mismos extremos de dolor, de tristeza y amargo llanto en todos ellos, y en cuantos nos han precedido. Hallaremos sí, tambien al empezar la era, cuando tuvo lugar la horrenda catástrofe, tomar parte, y no la ménos principal para hacerla memorable, hasta á los seres inanimados é insensibles. Avergonzado el sol, como lo habian anunciado los profetas, por no ver la barbarie é injusticia de los hombres, corre un oscuro velo sobre su rostro y no quiere ser testigo del deicidio horrendo. La luna se convierte en sangre, que destila y llora en vez de lágrimas de dolor; los planetas salen de sus órbitas, suspenden el giro de su carrera y se paran, porque el cielo todo está suspenso y asombrado. Los montes y peñascos se conmueven y trastornan. La tierra se abre y lanza de su seno á los pacíficos durmientes, el aire se enrarece, y el mar da espantosos bramidos. En vista de trastorno tanto y de escena tan desusada, la filosofía observadora exclama imparcial por la boca de uno de sus sabios: «ó el Dios de la naturaleza padece, ó se disuelve la máquina del mundo.»

Para pintaros yo pues un suceso tan espantoso, cual es debido á la dignidad del asunto, y cual lo exige la misma piedad que os conduce al lugar santo, ¿á quién acudiré por gracias hoy en este momento? El eterno Padre está justamente irritado, y mira con faz airada á su mismo Hijo, porque ha tomado el hábito del pecado; el Espíritu santo con su divino amor ejecuta la fatal sentencia; la Vírgen madre, anegada en un mar de

sentimientos y amarguras; los ángeles se ocupan en consolar á Jesus; los apóstoles tímidos y cobardes huyen y le abandonan; ¿á quién pues acudiré yo? Mas á quien, sino á ti mismo, ó buen Jesus mio, que aunque triste, humillado y muriendo, te has quedado en ese augusto Sacramento, para ser la sabiduría, la ciencia y la gracia de tus ministros que te supliquen? Á ti pues, ó Señor, me dirijo para que me ilumines, á fin de que pueda en algun modo bosquejar lo que el amor te hizo padecer por los hombres en tristezas, en afrentas y en dolores. *O salutaris hostia! Ave María.*

Jesucristo tomó sobre sí y á su cargo el padecer por los hombres criminales todo lo que ellos debian para satisfacer á la justicia ofendida de su eterno Padre: el amor que Dios nos tuvo siempre, fué el que pudo hacer esta conmutacion ó sustitucion de persona; porque á no ser así, jamas pudieran los hombres dar una condigna satisfaccion. Todo el hombre pecó, y todo Jesucristo padeció. Representado en aquel Samaritano, á quien dejaron por muerto los ladrones, y mas bien en el justo Job, cuya pintura sigo desde luego, ni en su alma santísima y bienaventurada, ni en su honor y gloria inamisible, y ni en su sacrosanta humanidad quedó parte alguna sana, que no sufriese los mas crueles tormentos. En su alma, por medio de la tristeza y desolacion mas afligente; en su honor, por las afrentas y humillaciones mas degradantes; y en su cuerpo, por los tormentos mas crueles y la muerte mas acerba.

Entrád conmigo en esa populosa y memorable ciudad de Jerusalen, penetrád hasta el cenáculo, y empezaréis á ver con vuestros propios ojos la verdad de lo que digo. Sigamos á Jesus, y observaréis las pruebas. Acabada la cena legal, en la que este Señor echó por sí mismo los sólidos cimientos á su Iglesia santa, dando el mas brillante y pasmoso ejemplo de humildad y amor á los hombres; al despedirse de aquella sociedad santa, al darle el último á Dios, como enajenado y fuera de sí, echó los brazos al cuello á su esposa la Iglesia, y no quiso separarse de ella hasta el fin del mundo: pensó el modo de hacerlo, lo consultó con su eterno Padre, y en una elevacion de sus divinos ojos halló el maravilloso secreto de ocultarse sacramentado, y aunque iba á morir por los hombres, quedarse con ellos sin

jamas apartarse. Permitídme, que enajenado yo tambien, y aunque saliéndome de mi propósito, exclame aquí con el profeta Habacuc: « Señor, oí tu voz, y temí; consideré tus obras, y quedé pasmado. »

El Salvador del mundo, lleno de gozo y de celestial placer con la invencion de un secreto tan prodigioso, salió seguido de sus discípulos entonando himnos y cánticos de alegría, y se dirigió hácia el monte de las olivas, para allí á sus solas conferenciar con su eterno Padre sobre el importante negocio de la salvacion del mundo que iba á emprender. Mas, ay de mí! que este santo gozo, este indecible placer de Jesus, pronto, muy pronto se ha de convertir en un torrente de amarguras! Las corrientes rápidas del torrente Cedron se han de llevar tanta alegría y han de dejar á Jesus con la mayor tristeza, desolacion y desamparo.

Así es, señores, y así sucede. Al paso del torrente dejó á sus discípulos; le siguieron todavía los tres mas amados; pero al internarse en el huerto, los dejó tambien y se retiró solo á lo mas oculto, para dar lugar á que se apoderasen bien de su santísima alma las grandes ideas, que como enmarañado bosque é intrincado laberinto, ya la ocupaban. Allí puesto de rodillas ante su eterno Padre, pegado á la tierra su divino rostro, y derramando un diluvio de lágrimas, oraba y decia: *Padre mio, si es posible, pasád de mí este cáliz tan amargo de mi pasion.* ¿Pero qué caliz y que pasion es esta? Ah! el espectáculo mas triste, humillante y aterrador que presentaba á Jesus su ciencia divina en los sucesos de los pasados siglos, en las cosas presentes y que ya las tocaba de cerca, y en las de los venideros que las veía como presentes; todo se ofrecia con toda su extension, circunstancias y consecuencias; y todo contribuía para ponerle en el estado mas angustioso. Ya miraba cumplidas en su sacratísima humanidad todas las figuras de la antigua ley, y puestos en ejecucion con el mayor rigor los tormentos que solo en sombra habian sufrido los justos de todas las edades, y que en él iban á tener cumplido efecto. Por consecuencia de esta idea, ya se veía sacado al campo como Abel, y muerto á manos de la envidia y del odio mas impío; cargado como Isaac con la leña para el sacrificio, en que él era la desgraciada víctima; vendido como Josef y puesto en duras prisiones y cárceles; atado á la coluna como Sanson sufriendo un diluvio de golpes y otro mayor de improperios; hecho objeto de escarnio y de ignominia, y presentado por rey de burlas como David, herido de piés á cabeza, hecho un varon de dolores como Job, y aún así todavía insultado de sus amigos y favorecidos, muerto en fin, y encerrado como Jonas en la ballena del sepulcro y entregado al desprecio y al olvido.

Para llegar á un fin tan trágico y doloroso, consideraba los medios que su eterno Padre permitiria á los hombres poner en juego, y los instrumentos y resortes tan desusados é injustos de que se habian de valer estos. La negra traicion de un discípulo, la envidia vil de sus enemigos, el falso celo de los que mas quebrantaban la ley, la ingratitud atroz de sus mejores amigos, la ceguedad loca de un pueblo amotinado, y la mas débil cobardía é injusticia de un juez, monstruo el mas horrendo del mundo. Reunidas de acuerdo tan bajas pasiones, veía Jesus sobre sí los insultos, las amenazas, las humillaciones, los tormentos y la muerte; y á sus enemigos valerse del perjurio, de la blasfemia, del falso testimonio, y abusar de la nimia credulidad de un pueblo necio, para conmoverlo é insurreccionarlo en contra suya. De aquí es que con la mayor viveza y toda su intension se le presentaban las prisiones, los insultos, los menosprecios é injurias, así como los dolores de golpes, empellones, espinas, azotes y crucifixion. Tan amargo, triste é inevitable porvenir, que veía ya próximo y aún presente, le sumergia en la agonía mas angustiosa, y hacia que su alma bienaventurada huyese y temiese sin aliento.

Pero qué es esto, ó buen Jesus mio? poco hace que lleno de alegría dijiste tenias un gran deseo de que llegase este momento, y ¡ahora que ya está próximo, lo temes, lo huyes, lo quieres evitar, y así lo ruegas y suplicas á tu eterno Padre! Saliste del cenáculo entonando himnos, que tan pronto se han convertido en llanto, lágrimas, tristeza, desfallecimiento y sudor de sangre! pobre Jesus!

Yo, señores, veo dos Jesus en esta ocasion; uno que se esfuerza, anhela, desea y se afana por morir, y otro que teme la muerte, la huye y hace instancias por evitarla. Y no es extraño, porque cortada por milagro la comunicacion de la parte superior con la inferior de su alma, para sufrir así mas y mas, quedó sin aquel sosten y poderoso consuelo que le venia de la bienaventuranza; y nada sino tristeza, abatimiento y desolacion

encontraba. Meditaba los dolores y angustias de todos los mártires, y cotejábalos con los suyos y los hallaba mayores sin comparacion, y le parecian insufribles: no teniendo modo de evitarlos, se abandonaba á la tristeza mas afligente y á la pena mas sin consuelo. Trata de buscarlo en sus queridos discípulos, los llama; pero los encuentra dormidos, y este nuevo y triste desengaño de verse solo, aumenta su tristeza y lleva hasta la agonía su desconsuelo: *triste está mi alma hasta la muerte!* exclama. Sí, triste, porque voy á padecer mas que todos los que me han precedido y figurado, y con vuestro sueño me indicáis ya la indiferencia con que vosotros y el mundo ha de mirar mi pasion. Ese sueño me es ya un funesto presagio del desprecio que el mundo ha de hacer de mis tormentos, y acaso los mismos, á quienes se les aplique eficazmente, han de ser los primeros en hacerse indignos de la gloria que á tanta costa les voy á ganar: *Triste está mi alma hasta la muerte.*

Sin ser posible por entónces que Jesus apartase de su imaginacion el oscuro cuadro de estas ideas, y la espantosa perspectiva de la ingratitud de su pueblo, y mas la de los cristianos que se habian de perder, estaba casi exánime y fuera de sí. Su misma sacrosanta humanidad, abrumada y violenta con el peso y fatiga de meditacion tan triste y cruel, empezó á presentar síntomas de muerte y completa disolucion en un sudor de sangre, que corria por todo el cuerpo de Jesus y caía hasta bañar la tierra. Jesus enajenado, ya se levantaba, ya iba hácia sus discípulos, ya volvia atras, andaba, desandaba y giraba hácia todos lados, pero siempre dentro del círculo de su dolor. Pedia socorro á su eterno Padre, el cual aunque inexorable, le envió un ángel para que le confortase, pues si no, hubiera allí muerto Jesus, oprimido en su alma de la tristeza mas profunda y afligente con que el amor por los hombres le atormentó milagrosamente, y milagrosamente le sostuvo tambien, para obrar en su honor un segundo milagro, atormentándole con las afrentas y humillaciones mas degradantes.

SEGUNDA PARTE.

Ni el terror infundido en los ministros del prendimiento, á quienes con sola su respuesta hizo caer en tierra el Salvador; ni el milagro obrado á vista de todos, con que curó la oreja del

criado del pontífice, á quien el celo de Pedro la habia derribado; ni la mansedumbre y dulzura de Jesus, capaz de enamorar á los mas fieros caribes, fueron bastantes estímulos para que abandonasen su injusta empresa, ni dejasen de atar á aquel manso cordero, y llevarlo como á un facineroso, en triunfo de la codicia y del odio á la verdad. Un discípulo traidor, ladron é infame, apegado al dinero, fué el primer instrumento de la perdicion de Jesus. Unos escribas y fariseos hipócritas y viciosos se valieron de él para deshacerse del Dios de la verdad, cuyas reprensiones les eran molestas y un obstáculo para seguir en su perdida y mala vida. ¡Cuántos Júdas que se prestan por codicia á vender á Cristo, hay en el dia! ¡cuántos escribas y fariseos, hipócritas predicantes de la mentira, que se valen de aquellos para oprimir la verdad!

Entró Jesus preso en Jerusalen, que estaba conmovido esperando para escarnecer al que seis dias ántes recibió en triunfo. Esta es la alternativa de las glorias del mundo. Aprended, míseros relumbrones, fiád poco de los mismos que mas os adulen. Reunidos estaban en la casa del pontífice todos los jurados enemigos de Jesus, y al verle, como para salvar las ritualidades irrisorias de verificar la identidad de la persona y aprender el cuerpo del delito, despues de examinar falsos y discordantes testigos que le acusaban de sedicioso, seductor, sacrílego y blasfemo, el pontífice le preguntó sobre su doctrina. Jesus respondió lo que convenia á la verdad; mas á una confesion tan sincera y verdadera, un humilde criado de escalera abajo, un ingrato soez, sin guardar decoro ni al tribunal, ni al acto, ni ménos á la santidad é inocencia misma del Dios de las virtudes, levantó su furibunda mano, y dió una terrible bofetada en el rostro del Hijo de Dios. Aquel rostro divino, en quien desean con ansia mirarse los ángeles; aquel á quien alaban y saludan de gozo y júbilo los hijos de Dios; aquel rostro á quien adoran con santo temor los bienaventurados; aquel el mas hermoso entre todos los hijos de los hombres; ahora desfigurado, ofendido, ajado é ignominiosamente maltratado por un ser despreciable! Ah! mira, monstruo, recuerda que hace un momento que te ha hecho el beneficio de curarte la oreja; ten presente, párate, reflexiona... pero no, la ingratitud es el patrimonio de las almas bajas; desde hoy hasta la eternidad serás tenido por el mas vil de los vivientes. Te atreves á cometer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ese ultraje humillante, cuando si ese buen Jesus no mediase, habria Pedro acabado contigo y con todos. Pero, señores, Pedro he dicho: moderád vuestro justo odio contra el malvado que dió á Jesus la bofetada, porque va á recibir otra mucho mas sensible, por quien la da; mucho mas humillante, porque es en su honor.

Pedro, aquel discípulo privilegiado, distinguido sobre todos, y que en la cena ofreció no abandonar á su maestro, aunque hubiese de padecer la muerte; ahora le niega y jura que jamas le ha visto ni conocido. Qué afrenta para Jesus! hasta su primer discípulo se avergüenza de serlo! Pedro, Pedro! ¿en esto han venido á parar aquellas tus promesas y valerosos ofrecimientos? ¿Dónde está aquel santo, impertérrito y decidido celo, con que hace nada tiraste de la espada para acabar con los enemigos de Jesus? Tan pronto te amilanas y abates? ¿Una criada y dos miserables lacayos son bastantes para hacerte negar á Cristo? Pero, ah! señores: humillémonos delante de Dios, considerando nuestras propias miserias; desconfiemos de nuestra fidelidad y constancia, y en vez de juzgar á Pedro, el que esté en pié, mire no caiga. Templemos nuestro celo contra el discípulo, no sea que entre tanto nos olvidemos de su Maestro.

El Salvador ya salió de la presencia del concilio sentenciado como reo de muerte. Al oir de su boca el pontífice la sincera confesion de que era Hijo de Dios, respetándose poco á sí mismo y á la solemnidad del acto, respetando ménos á Dios, rasgó despechado sus vestiduras y dijo: *este blasfema, ya lo habéis oido; es reo digno de muerte.* Así se disolvió la impía reunion, y Jesus quedó entregado en manos de la soldadesca, metido en prision el resto de la noche; y qué noche para Jesus! En el dia terrible del juício se nos hará ver lo que padeció en ella este Señor, para ponerla en cotejo con tantas otras en que nosotros acaso hacemos renovar las injurias y ultrajes al Redentor, ó las subimos de punto con nuestros desórdenes. En ella se le tomó por objeto de burla y pasatiempo, deshonrando nada ménos que hasta la misma Divinidad. Los unos le vendaban los ojos, y dándole recios golpes, bofetadas y empellones, le decian: supuesto que eres Dios, profetiza y dí quién es el que te ha dado: los otros en mofa le hincaban la rodilla, para simular fingida adoracion, y le saludaban con improperios y desvergüenzas. Fué tanto lo que Jesus padeció y sufrió de insultos y baldones, que hablando humanamente, no podria sobrevivir á penas tan grandes.

Aún no bien amanecia el gran dia del mundo, cuando reunidos de nuevo sus jurados acusadores y enemigos, le arrastraron al pretorio ó tribunal de Pilátos, para que confirmase la sentencia de muerte, que ellos ya habian pronunciado, y dispusiese la ejecucion. Lo hicieron, como siempre lo hacen, los que maquinan pretensiones injustas. Conmovieron al populacho brutal, feroz y estúpido y fácil á dejarse ir sin reflexion hácia lo que les inspiran los magnates, y mas fácil á ser sobornado y corrompido. Como afectaban hipócritas la observancia de la ley, se guardaban de entrar al pretorio, por no mancharse en una causa criminal, haciendo de acusadores; pero andaban mezclados y confundidos en los grupos, insinuando á tiempo á la multitud lo que les acomodaba que gritase. Pilátos al principio con sangre mas fria é imparcial oyó los clamores del pueblo contra la vida de Jesus; oyó que le acusaban de sedicioso y blasfemo: le preguntó, y Jesus calló á todo, ménos cuando fué necesario dar público testimonio de la verdad de ser Hijo de Dios. Alerta, cristianos, á este ejemplo: siempre debemos sufrir y callar; pero no cuando es preciso confesar á Jesucristo.

No halló Pilátos méritos bastantes para condenar á Jesus; antes sí le declaró inocente. Mas para sosegar al público, les propuso si querian que le indultase en favor de su fiesta; ¿y cómo habia de suceder esto? El pueblo infame, ganado y seducido, pidió su muerte, y el indulto para un asesino, llamado Barrabas. Dolorosa y humillante ignominia para Jesus! ¡El mas inocente y santo de los hombres, el Hombre-Dios puesto en paralelo, echado en suerte con un bribon, con un malvado, y pospuesto á él! El corazon late con movimientos convulsivos, y no puede sufrir una obcecacion é injusticia tamaña. Pero humilde y paciente, Jesus mio, no será esta la vez sola que el mundo haga público alarde de posponerte, y preferir ántes que á ti al demonio, á las pasiones y á la locura. Y si no metamos cada cual la mano en nuestro pecho, registremos nuestra conciencia.

Entre las voces que oyó Pilátos, fué una la de que Jesus era galileo, y hallándose por suerte en Jerusalen Heródes, que era

juez de Galilea, con quien estaba indispuesto, se lo remitió, para que le juzgase, y hacer así las amistades. No podia ser de otro modo, pues el Dios de la paz, aún en ocasion tan triste, á su costa la habia de proporcionar hasta entre sus enemigos. Fué pues Jesus conducido á la presencia de Heródes; se alegró este mucho, porque deseaba verle: le preguntó de su doctrina y de sus discípulos; pero un hombre tan perverso era indigno de oir la palabra de la boca de Dios; y así Jesus no le respondió cosa alguna. Incomodado Heródes, hizo vestir á Jesus con una túnica blanca, que era el traje de los locos, y le devolvió á Pilátos.

Yo quiero, señores, que reflexionéis un momento sobre este incidente, que aunque parece de ménos importancia, no lo era ni en Jesus, ni en las circunstancias. El Dios de las virtudes, de la prudencia y sabiduría infinita, el juez del universo, ¿tratado de insipiente y loco? y llevado así por entre un pueblo conmovido para que le insultasen, ¿no era acreditar Heródes su propia influencia, imbecilidad y locura?

Mas, pasemos adelante, que aún es poco; nada hemos visto todavía de las humillantes deshonras que sufrió Jesus, aunque van dichas tantas. Devuelto á Pilátos, otra vez le presentó al pueblo y les dijo: me habéis traído este hombre como sedicioso, y yo, despues de examinado, no encuentro en él causa alguna para condenarle; y ni Heródes, á quien le he remitido, la encuentra tampoco; así yo le corregiré y le dejaré libre; ¡qué contradiccion tan loca, injusta y monstruosa! Sabes Pilátos lo que te dices? ¿No encuentras en Jesus causa, y piensas corregirle? ¿De qué le has de corregir, si tú mismo dices que es inocente? Enmendado, le dejaré libre dice? Y de qué se ha de enmendar? Ya no deberá segun eso curar los paralíticos, sanar los leprosos, ni saciar otra vez la multitud hambrienta. De qué se ha de enmendar? ¿Será de dar vista á los ciegos, agilidad á los tullidos y vida á los muertos? Ó juez inicuo y perverso, por débil y miserable. Permitídme aquí, señores, que yo aumente algo á la reflexion del Padre san Agustin. Dice, que Pilátos fué en comparacion con los judíos mas inocente que ellos; y yo digo que es la suma de la perversidad é injusticia conocer y confesar públicamente la inocencia, y castigarla; los judíos tuvieron sobre sus ojos un oscuro velo, una losa para no conocer á Jesus, y así le condenaban por criminal; Pilátos le conoció

por inocente, y le quiso enmendar y corregir. Monstruo horrendo! y ¿qué enmienda ó correccion es la que piensa hacer este malvado? Ya la veréis.

El que condenaba al inocente violando todas las leyes é insultando á la razon, no era de esperar fuese mas comedido en la especie de correccion que el demonio le habia sugerido. Así es que entrega Pilátos á Jesus á disposicion de los satélites de su inicuo tribunal, y sin hacer mérito de que lo prohibia la ley, le manda azotar. Viéndose ellos en las suyas, le desnudan y atan á una coluna, como si fuera una fiera indómita, y sucediéndose unos á otros hasta rendirse todos, le descargaron tantos y tan crueles azotes, que en ellos hubiera muerto mil veces, si no fuera Dios. Ya tenéis, señores, al fuerte y temible Sanson ligado en términos, que no escapará de las manos de sus enemigos; ya tenéis al Dios omnipotente reducido á la mísera suerte de un vil esclavo, y en poder de la potestad de las tinieblas en la hora que les estaba permitida. Aquel Dios y Señor del universo, cuya voz terrible troncha los encumbrados cedros, que convierte en humo á los montes con solo tocarlos, y que con tres dedos sostiene la pesada mole del mundo; aquel Dios y Señor de la majestad, ante cuya presencia los serafines se llenan de temor y espanto, y le adoran rendidas todas las Potestades del cielo, aquel Dios y Señor, ah!... Pero, ministros tigres é infernales, decíd, ¿cuántos azotes habéis dado á ese humilde y manso cordero? Pero no lo diréis, porque el demonio os tiene ciegos, y vuestro diabólico furor ni sabe ni piensa mas que en desfogarse, ni se cansa. Al ménos vosotros, ángeles del cielo, decíd cuántos azotes contasteis; mas los ángeles atónitos y confusos cubrieron sus rostros con sus alas de oro, y no pudieron hacerlo de vergüenza. Pues entónces tú mismo, ó pacientísimo Jesus, dínos cuántos fueron los azotes que recibiste, para que nosotros sepamos apreciar tus infinitos padecimientos. Mas ay! cristianos, ni el mismo Señor que los sufrió, puede decirlo. Así lo dice por boca del profeta: *se congregaron sobre mí los azotes, y no pude saber su número.* Una nube desoladora y estrepitosa, los rabiosos brazos de verdugos infernales, toda la furia del demonio descargó en confusa multitud precipitadamente sobre mí, y no puedo decirlo. En el libro de la eternidad están apuntados, y se nos dirán algun dia para con-

fusion nuestra y en justa reconvencion del nimio cuidado con que miramos por nuestros cuerpos.

Cuando al monstruo Pilátos le pareció, mandó suspender la correccion, mucho mas grave que mil suplicios, y vistiendo á Jesus con unos andrajos de púrpura, poniendo en su divina cabeza una corona de punzantes espinas y una caña por cetro, le presentó al público. Creia y esperaba que se apiadaria ya al verle en estado tan lastimoso, y para mas llamar la atencion, les dijo : *Ecce homo* : ved á este hombre. Mirádle bien : examinád cómo le he corregido; ved cuál yo me he anticipado y aún excedido vuestros deseos de quitarle la vida, porque así es imposible que no muera : mirádle como os le pinta el profeta, herido, humillado como un leproso, sin figura de hombre, sin especie de hermosura. Mirádle bien; ya no os podrá infundir temores ni sospechas; así, decídme, ¿qué es lo que hago? Crucifícale, crucifícale, responden. — Pero qué mal ha hecho? les repone Pilátos otra vez, confesando la inocencia de Jesus, y otra vez contradiciéndose. — Crucifícale, crucifícale. — ¡Ah sinagoga impía! ah pueblo judío, infiel, ingrato y desconocido! Ah, cristianos! el corazon desfallece, la imaginacion se seca y la lengua enmudece al considerar un ultraje, un encono y una ingratitud tan cruel y escandalosa. Yo soy hombre cargado de defectos á millares, pero cuando veo á un ingrato, ú oigo referir una ingratitud, no soy dueño de mí mismo; me abate el sentimiento y me duele mas que mil muertes. ¿Cuál seria la pena de Jesus, al oir clamar contra su vida á aquel mismo pueblo, cuyos enfermos habia curado, cuyos desvalidos habia socorrido y cuya moralidad habia enmendado? Y en situacion tan amarga, cuando estaba ya hecho un varon de dolores, llagado de piés á cabeza y sin poder vivir, ¿cuánta seria su humillacion al ver que ni aún la compasion racional cabia en pechos de tigres? Crucifícale, crucifícale, caiga su sangre sobre nuestra cabeza y sobre la de nuestros hijos. Pues sí, infame, cruel, brutal pueblo, así será; tú lo quieres, tú impones la sentencia á tu revolucionaria barbarie; tú deshonras, humillas, abates y desprecias á Jesus; caerá gota á gota sobre tí y sobre todas tus generaciones su sangre salvadora del mundo y vengadora de ti.

Harto de oprobios y de humillaciones Jesus, deshonrado, envilecido y ultrajado en su honor, ante el cielo y la tierra, sobreviviendo por un milagro patente del amor poderoso que tiene á los hombres, es condenado á muerte de cruz, para que el amor ejecute su martirio en lo único que ya le queda, acabándosela á la violencia de los mas acerbos dolores.

TERCERA PARTE.

Alentáos, cristianos, contra vuestros temores, y ved salir á Jesus por entre la chusma furiosa de aquel pueblo fanático y sanguinario, cargado, como otro Isaac, con la leña para el sacrificio, en el cual él mismo es la víctima. Un juez el mas inicuo é injusto que vieron los siglos, por no disgustar á un pueblo loco, atizado por gente perversa, condenó al confesado inocente por sus labios; lavó sus manos engañándose á sí mismo, al publicarle inocente, é hizo cargar sobre los hombros de Jesus, entregado á la voluntad de los judíos, la cruz en que iba á ser clavado, y salir camino del patíbulo entre dos ladrones. Llegád hasta aquella calle verdaderamente de Amargura, y veréis al Unigénito del Padre, al engendrado en el esplendor de los santos, ántes que el lucero de la mañana, al mas hermoso entre todos los hijos de los hombres, agobiado con el enorme peso de la cruz, y mas aún con el de los pecados de todo el mundo que en ella iba á expiar; veréis su sangre divina correr á rios de todo su sacratísimo cuerpo y regar con ella el largo camino : aquí desfallece, allí se desmaya, allá cae en tierra, de la que una turba de inhumanos tigres le arrastran y levantan á empellones. Animáos un poco mas, y subíd al sitio del suplicio, y le veréis desnudar de sus vestidos al que puebla de estrellas el cielo, cubre los campos de flores y frutos, y engalana á las aves y hasta á las criaturas mas insensibles. Veréis mas : clavarle de piés y manos en el madero, levantarle en alto y dejarle pendiente entre el cielo y la tierra por espacio de tres horas, hasta dar el último aliento en medio del mayor desamparo, en los brazos de la muerte mas cruel é infame. Yo, señores, cuando oigo ponderar la cultura y sabiduría de la legislacion romana, y hallo en ella este género de suplicio, digo, que la barbarie de los que no conocian á Dios, se tiene por ilustracion entre los que aún hoy dia le aborrecen. Pues qué, ¿no hay mas que dejar vivo á un hombre en situacion tan desesperada? Meditádlo bien y comprenderéis algo de lo que sufria Jesus. Sí,

allí sufrió crueles tormentos, su vida fué destilándose con su sangre gota á gota por las fuentes de sus heridas, hasta que con la última espiró. Oyó blasfemias execrables, insultos atroces, imprecaciones y denuestos los mas groseros, con tanta longanimidad y paciencia, que en lugar de venganzas, pedia á su eterno Padre perdon é indulgencia á favor de los que tan inhumanamente le trataban.

Pecadores, ya está consumada vuestra obra : ahí tenéis la cruz de Jesus moribundo, que es la cátedra del verdadero maestro que os enseña. Mirádle clavado de piés y manos, y en ellos todos los vicios y concupiscencias; mirád su cabeza, que es la del Dios de la gloria, de la grandeza y majestad, taladrada con punzantes espinas, y en ella castigado el orgullo, la ambicion y soberbia mundana; mirád su boca y lengua creadora y omnipotente, que con una sola palabra sacó el universo de la nada, ahora seca, árida y sedienta por la salvacion de todos los hombres, y en ellas castigadas nuestras blasfemias, indecencias y escándalos. Mirád su corazon purísimo, tálamo de la divinidad, centro y acogida de todos los necesitados, traspasado con una cruel lanza, y en él martirizados todos los proyectos impíos de iniquidad é injusticia; mirád sus entrañas piadosas en favor del mundo, acibaradas con hiel y vinagre, y en ellas castigados los planes horrendos de crueldad y de venganza. Mirád su humanidad sacrosanta despedazada, y en ella castigadas las impurezas y regalos que los mundanos permiten á sus cuerpos; mirád su alma feliz y bienaventurada, triste, afligida y desamparada hasta de su eterno Padre, enseñándonos á padecer las tristezas y miserias de la vida; mirád su honor, su gloria y santo nombre humillado, ultrajado y hecho el escarnio y la parábola de un populacho feroz é ingrato, y hasta de sus discípulos, amigos y favorecidos; con todo lo que nos enseña á despreciar los aplausos y honras mundanas, y á ser humildes en su presencia y la de los hombres. Mirádle en su vida natural hecho un varon de dolores, herido de piés á cabeza, sufriendo los mas imponderables tormentos y muriendo en los brazos de la muerte mas ignominiosa, cruel é infame. Oíd de su agonizante lengua una leccion la mas importante. *Padre, perdónalos que no saben lo que se hacen.* Esta es, cristianos, la suma y compendio de la ley de Jesucristo, la caridad : si no la tenemos, no somos cristianos. Este divino ejemplo con los demas

que dió Jesus en la cruz, surtió allí mismo en los que estaban presentes el prodigioso efecto de ser ya reconocido por verdadero Hijo de Dios. Así lo confesó el centurion, y así se retiraban hiriendo sus pechos de penitencia, arrepentimiento y dolor los que habian presenciado aquel grande espectáculo : *Verdaderamente era este Hijo de Dios.*

Y nosotros lo confesamos así? Ay, hermanos mios! ya lo veremos : llegado es el tiempo de la prueba. Hasta ahora quizá no haya en este templo uno que con sus malas obras, vicios y desórdenes no haya negado mil veces á Jesucristo; veremos quién le confiesa ó niega con la lengua. Veremos quién oye y sigue su voz en la del Evangelio. El que sigue otra, niega su fe; no aprende las luminosas lecciones de la cruz, y ni ama á Jesucristo, ni es cristiano. Pues yo os conjuro y reniego con el Apóstol: el que no ama á nuestro Señor Jesucristo, sea anatema, sea separado del pueblo cristiano, sea borrado del libro de la vida.

No permitáis, Señor y buen Jesus mio, que tal suceda á ninguno de mis hermanos, en la ocasion presente ni jamas. Fortalecéd nuestra fe con vuestra santa pasion, animád nuestra esperanza en vuestra cruz; inflamád nuestra caridad con vuestro divino ejemplo. Queden para siempre borrados nuestros crímenes, y rociados con vuestra sangre; fíjense altamente en nuestras almas las virtudes que nos habéis enseñado; seamos valerosos cristianos para imitarlas y seguir siempre impávidos los pasos de vuestra pasion adorable, peleando contra el error y el vicio, hasta merecer el premio en la Jerusalen de la gloria. Amen.

PATRIMONIO DOCUMENTAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE LA PASION DE JESUCRISTO.

PARA EL VIÉRNES SANTO.

(DE GONZÁLEZ.)

Christus pro nobis mortuus est.
Cristo murió por nosotros.
S. Pablo á los rom. c. 5. v. 9.

Almas tiernas y compasivas, ¿tendréis valor para presenciar la escena mas trágica, el espectáculo mas triste y lamentable que ha podido representarse en todos los siglos? ¿No os faltará el ánimo, al escuchar la historia mas sangrienta y horrorosa que puede imaginarse? ¿Os permitirá vuestra compasion ver en medio de los mas crueles tormentos, de los martirios mas terribles á aquel que tan de veras os ama, á aquel cuyo amor excede al que os profesan todas las criaturas juntas? ¿Vuestra ternura os dejará ver el desconsuelo y las angustias del que alegra á los cielos con su presencia, los dolores del que es impasible por naturaleza, las agonías crueles y la ignominiosa muerte del Autor de la vida? Disponéos pues, preparád vuestro corazon, hacéd acopio de lágrimas, que por mucho que sea vuestro valor, no podréis ménos de verterlas en abundancia, al oir una relacion capaz de arrancarlas á un tigre; una relacion que ablandaria sin duda alguna un corazon de bronce, y desharia una piedra, si estos seres fueran sensibles.

Miserables pecadores! ¿queréis saber hasta dónde llega el horror de la culpa? deseáis conocer los estragos que ocasiona? Venid, venid á oir esta sangrienta historia, y por mucha que sea vuestra perversidad y obstinacion, no podréis permanecer

insensibles; haréis los mas firmes propósitos de no cometer nuevamente un pecado que tan graves males ocasiona. Venid, no movidos de una vana curiosidad, sí solo de la mas tierna compasion; porque se trata nada ménos que de la sagrada pasion, de la muerte cruelísima del mas inocente de los hombres, del Unigénito de Dios.

Pero, ay de mí! tendré yo valor para referirla? ¿Podré haceros la relacion de unos sucesos en que tengo tanta parte? ¿Cada paso no me recordará que yo mismo he contribuído y contribuyo todos los dias á atormentar á aquel divino Jesus, á darle inhumano la muerte? No hay duda; cada palabra que profiera, presentará á mi consideracion que mis escandalosas é impías ingratitudes son los azotes, las espinas, los clavos, los sayones, la cruz. Ó monstruo horrible! me dirá continuamente mi conciencia; ¿sabes quién padece, quién es atormentado, quién muere oprimido de angustias y dolores? — Quién? el mismo Dios que te ha criado; el mismo que te ha enriquecido con tantos y tan apreciables beneficios; el mismo que hermoseó el cielo con tanta multitud de astros y planetas; el mismo que adornó la tierra, el agua y el aire con tantas y tan diversas especies de animales y plantas; el mismo que da el ser, el movimiento y la vida á todos los vivientes; el Unigénito del eterno Padre. Y por qué muere? Precisamente porque tú vivas, porque tú te salves, porque tú seas eternamente feliz. Qué confusion! Dios padece por mí, y yo aumento sus padecimientos! ¡Dios muere por mí, y yo hago mas cruel su muerte despreciando este beneficio, y ofendiéndole con mayor osadía! Y ¿aún me atreveré á referir sus dolores, á hablar de sus clavos y de su cruz? ¿Insistiré todavía en excitar vuestra compasion por sus tormentos, y vuestra gratitud por el singular beneficio que os dispensa con su muerte, cuando he permanecido insensible á aquellos y no he sabido apreciar este?

Puesto, Dios mio, que quisisteis sufrir tan crueles tormentos por nosotros, por nuestra salud, por nuestra felicidad, hacéd de modo que sepamos aprovecharnos de ellos. No despreciéis, Padre eterno, la súplica que por nosotros os dirigió vuestro Unigénito desde la cruz. Es verdad que nosotros le hemos crucificado; pero recordád que atribuyéndolo él mismo á ignorancia, os suplicaba al tiempo de espirar que nos perdonaseis: *Pater, ignosce illis, nesciunt quid faciunt.* Esta misma súplica

os hago yo ahora : compadecéos de nuestra miseria; disimulád nuestra culpa, hija de una fatal ignorancia. *Nesciunt quid faciunt :* no sabíamos, Señor, el terrible efecto que nuestros crímenes producen en vuestro santísimo Hijo. Dádnoslos pues á conocer, para que los evitemos en lo sucesivo. Recurrimos á vos que sois el único capaz de infundirnos este conocimiento; y para mas obligaros á que nos concedáis esta gracia, os recordamos cuanto padeció por nosotros el inocente Jesus, y las angustias de su bendita Madre, viéndole en tan lastimoso estado.

Aunque la Iglesia ofrece hoy á nuestra consideracion el recuerdo de vuestras penas y aflicciones, nosotros sabemos no obstante, Vírgen santa, que estáis en la morada de los justos, donde no hay trabajo ni dolor alguno; por tanto, y sin temor de aumentar vuestro desconsuelo, nos atrevemos á solicitar vuestra proteccion rezándoos, como en otras ocasiones, la oracion del *Ave María.*

Ya conocia el Salvador cuán intensos habian de ser sus dolores, cuán excesivos sus tormentos, puesto que para sufrirlos se prepara con la oracion : ejemplo digno de imitarse por cierto. Concluída la instructiva leccion que dió á sus discípulos en la institucion del santísimo sacramento de la eucaristía, y conociendo que era llegada la hora en que habia de dar principio su pasion, elige tres de los que mas amaba y se retira con ellos al huerto de Getsemaní, donde apartándose un poco, se postró en tierra para considerar despacio la escena que iba á representar; todos los tormentos, todas las circunstancias que hacian mas sensible su pasion se presentan al punto y con la mayor viveza á su memoria. En aquel momento ve á su eterno Padre sumamente irritado contra el hombre, y conoce que no se aplacará su indignacion sino con el precio de su sangre, que era preciso derramar por lo mismo. Allí ve la prision, las ignominias, los crueles martirios que le esperaban; allí ve la cruz afrentosa en que habia de exhalar su último aliento; allí ve el desamparo de sus discípulos, el desconsuelo de su bendita madre, el menosprecio de los hombres; allí ve el escaso fruto de su pasion, y nuestros inumerables y enormes pecados que habian de impedirlo; y esta consideracion es sin duda la que le atormenta hasta el extremo de derramar por su corazon la mas profunda

tristeza, exclamando al mismo tiempo : *triste está mi alma hasta la muerte. Padre eterno, pase de mí, si es posible, este cáliz de amargura y de dolor;* pase, porque si solo su recuerdo me pone á punto de morir, ¿qué me sucederá cuando lo beba? ¿Qué sentimiento producirá en mi alma la pérdida y condenacion de tantos pecadores, cuando sola su representacion me coloca al borde del sepulcro? No habrá remedio, amantísimo Padre mio? ¿está resuelto en los decretos eternos que yo he de apurar este cáliz? vuestra voluntad es irrevocable en este punto? En tal caso cúmplase : venga, que yo lo apuraré hasta las heces : vengan los tormentos, que yo los sufriré resignado. ¡Qué dolor tan agudo sentiria, viendo que su Padre desoye tan justas súplicas, y se niega á prestarle el menor consuelo en tan penosa situacion! Pero ¡cuánto se aumentaria tambien su tristeza hallando dormidos á los discípulos, á quienes volvió despues de su oracion!

Consideremos esto despacio, cristianos pecadores, porque en esta conducta de los apóstoles está representada la nuestra. ¡El Señor velando solícito por nuestro remedio, al tiempo que nosotros descuidados dormimos sin temor alguno! ¡El Hijo de Dios padeciendo por nosotros agonías de muerte, y nosotros olvidados de su pasion y de nuestros intereses, nos entregamos al mas profundo sueño! Ó ingratitud, ó ciega locura de los mortales! ¿no conocéis que le obligaréis de ese modo á que se vuelva á retirar, oprimido de dolor y desconsuelo? Así lo hace con efecto viendo dormidos á sus discípulos; repite por dos veces la misma oracion, y cada vez mas angustiado se apodera de su cuerpo una mortal congoja, que le produce un copiosísimo sudor de sangre, cuyas gotas caian hasta el suelo. Movido el eterno Padre de un desfallecimiento que jamas habia sentido su Hijo, se ve, digámoslo así, en la precision de enviarle un ángel de su gloria, para que confortase su humanidad, y le animase á padecer y morir.

Aquí, aquí es donde yo reclamo toda vuestra atencion. ¡El omnipotente y criador universal es confortado por una de sus mismas criaturas! ¡El consuelo de los afligidos es consolado por uno de sus siervos! Inferid de aquí cuán oprimido se hallaria su corazon; y persuadios á que la causa de esta afliccion no es otra que el recuerdo de nuestra ingratitud á lo mucho

que iba á padecer por nosotros, y el presentimiento de nuestra desgracia.

Pero pasemos mas adelante, y veamos que acabada su oracion se levanta animado y fortalecido, y espera con firme resolucion la turba de ministros armados que, capitaneados del mas indigno de los hombres, del mas infiel de los mortales, del mas ingrato de los vivientes, del perverso Júdas, llegan á prenderle con desapiadada furia como si fuera el peor de los malhechores. Vedle con cuánta resignacion sufre que el traidor imprima en su divino rostro aquellos labios sacrílegos é impíos en señal fingida de amistad, pero verdadera de perfidia, pues era la que tenia dada á los ministros, para que pudiesen conocer á Jesus y prenderle en el acto.

Ah monstruo horrible! ¿era acreedor á tan infame conducta ese mismo que te habia elegido entre tantos millones de hombres, para ser uno de sus apóstoles? ¿Es regular que correspondas de ese modo á los inumerables beneficios de todo género que te ha dispensado? ¿No te avergüenzas de pagar tan mal el interesante servicio de haberte lavado los piés con tanta humildad, y alimentado con su cuerpo y sangre, del mismo modo que á los demas discípulos que se le conservaban fieles? Tantos milagros como ha obrado á tu presencia, y la prevision misma de tú crímen ¿no te han podido convencer de que ese que vendes por tan vil precio y á personas tan inhumanas, es el verdadero Mesías, el Hijo eterno de Dios? Si aún resistes á esta verdad, eres mas irracional que los brutos, y si la crees, eres el mas horroroso de los monstruos, el peor de los demonios. ¡Vender á Dios que es infinitamente apreciable, que da precio y valor á todas las cosas, por un vil y maldito interes! por treinta dineros!!! Ah detestable codicia! ah interes abominable! ah ingratitud monstruosa!

Ved, cristianos, representada en esta venta toda nuestra vida. Cada vez que pecamos, vendemos interiormente á Jesucristo, no por treinta dineros, sino por un precio mucho menor; por un deleite momentáneo, y á veces de balde, que es aún peor, le entregamos en manos de sus enemigos, como lo hizo Júdas en las de las turbas, que con la mayor impiedad, sin hacer caso de que con sola una palabra les echó á todos por tierra; sin atender á la benignidad con que restituyó á uno de ellos la oreja

que habia cortado Pedro; sin conocer por estas señales su divinidad, se arrojan sobre él, le atan con la mayor inhumanidad las manos, le echan otra soga al cuello, y tirando de ella con una fiereza y crueldad nunca vistas, empiezan á caminar entre confusion y gritería, como si hubieran conseguido el triunfo mas completo.

Qué oprobio! el redentor de los hombres tratado de este modo por los mismos que venia á redimir! Su figura lastimosa, la bárbara alegría de sus enemigos, la conducta de sus discípulos, de aquellos amados discípulos que él habia elegido para sus compañeros, y que apénas le ven perseguido y atado, le abandonan, huyen de él ocultándose por no sufrir su misma suerte; todo esto es digno de la atencion de los cristianos, principalmente esta última circustancia, que es la que nosotros imitamos todos los dias. Sí: desamparamos á nuestro Dios, despues que nosotros mismos le hemos entregado; despues que nosotros mismos le hemos atado las manos, impidiendo con nuestros escándalos las buenas obras que empezaba á obrar en nuestros prójimos por medio de la gracia; se las atamos con nuestra ingratitud y desconfianza, estorbando que nos dispense sus beneficios; se las atamos con nuestra soberbia y vanagloria, impidiendo que nos comunique los bienes que se habian de convertir en daño nuestro por este vicio; se las atamos con la demasiada soltura de las nuestras para la deshonestidad, para el hurto, para todos los desórdenes, y luego le abandonamos, le dejamos solo, como lo hicieron los apóstoles, en medio de sus enemigos, que llenándole de injurias, dicterios y malos tratamientos, le llevan á empellones por las calles, como si fuera un público malhechor, hasta presentarle en casa de Anas, digno suegro del malvado pontífice de aquel año.

Este es el primero de los tribunales, en que es presentado en clase de reo el juez de vivos y muertos: aquí espera y sufre con la mayor resignacion que le pregunten por su doctrina y discípulos, y responde con una serenidad, que daba bien á entender cuán tranquila y segura estaba su conciencia: yo siempre he hablado en público; mi doctrina es manifiesta á todo el mundo, porque jamas he enseñado á escondidas: preguntád á los que me han oído, y esos darán testimonio de mis palabras. Esta respuesta tan humilde, tan cortés y comedida se recibió con muestras de la mayor indignacion. Al oirla uno de aquellos

impíos, tuvo la osadía sacrílega de dar como en castigo una fuerte bofetada al Redentor. ¡Ó malaventurada mano que así has maltratado á aquel, en cuya presencia se postran los ángeles y toda la naturaleza criada! ¿Por qué afeas de ese modo el rostro mas hermoso de los hijos de los hombres? ¿Te parece digna de ese castigo una respuesta dictada por la Sabiduría infinita?

Ofensa es por cierto atroz é injusta; mas por desgracia ni será la mayor ni la última que reciba esta noche; este es el principio de sus tormentos. Desde aquí es conducido á casa del pontífice Caifas, donde le esperaban juntos los escribas, sacerdotes y ancianos, los cuales preocupados ya contra él, no cuidan de averiguar la verdad de los crímenes que se le imputan; su empeño es hallar algun falso testigo que deponga contra él, para poder dar á su sentencia visos de legalidad. Allí descargan sobre el Santo por esencia, no una, sino inumerables bofetadas; allí, para mayor afrenta y vilipendio, se atreven á escupir en aquel rostro, espejo lucidísimo de los cielos: allí cubren con un paño sus ojos y le toman por juguete y mofa: allí le tratan de blasfemo, porque confiesa ingenuamente la verdad que es el fundamento de nuestra Fe, el sosten de nuestra esperanza y la basa de nuestra Religion: allí pasa toda la noche sufriendo las mas injuriosas afrentas y los mas dolorosos tormentos: allí tiene el desconsuelo de ver que el discípulo mas decidido, el que tantas veces y con tanta seguridad le habia dicho que le amaba mas que todos, el que habia sido testigo de su gloriosa trasfiguracion, empezando á ser bienaventurado en esta vida, el que poco ántes decia estar dispuesto para morir en su compañía, este mismo, á una leve pregunta de una criada desenvuelta, le niega, se avergüenza de ser su discípulo, asegura con juramento que no le conoce; injuria que sintió mucho mas que cuantas hasta entónces habia sufrido.

Qué haces, Pedro? ¿ignoras que con esa negacion manifiestas aprobar todo cuanto los judíos hacen con tu maestro? ¿No conoces que con esa conducta indicas no creer en sus palabras, no reconocerle por hijo verdadero de Dios? Qué! tan mal concepto has formado de él, que te avergüenzas ya aún de haberle conocido? No ves que le condenas primero que los pontífices? ¿No adviertes que por lo mismo que el Señor te aprecia tanto, ha de sentir mas tu horrenda ingratitud? Así es á la verdad; se

olvida enteramente de los escarnios que le han hecho los sayones, y atiende solo á la conducta desleal de este apóstol, á quien mira compasivo, haciéndole conocer su culpa con esta mirada expresiva y retirarse de allí para llorarla amargamente.

¡Ay de mí, que instruído en esta circunstancia de lo mucho que ofende al Señor este modo de proceder, le he negado tantas veces, y me he avergonzado de parecer cristiano! Queréis saber cuándo nos conducimos de este modo? Siempre que dejamos de hacer las buenas obras que podemos y debemos, ó nos entregamos á la práctica de las que nos están prohibidas; cuando nos negamos á recibir con frecuencia los sacramentos, no nos apartamos de las malas compañías, no perdemos la maldita costumbre de murmurar, ántes bien tratamos de hacer mas divertida la murmuracion añadiendo algunos chistes picantes; en todas estas ocasiones y otras, que no me detengo á referir, nos avergonzamos de parecer discípulos de Jesucristo, aseguramos no conocerle, le negamos y nos conducimos con las obras del mismo modo que san Pedro de palabra. Insensatos! despues de aumentar increíblemente los tormentos del Salvador, nos hacemos acreedores á aquella terrible sentencia que él mismo fulminó diciendo (1): *el que se avergonzare de parecer mi discípulo delante de los hombres, el Hijo del hombre se avergonzará de reconocerle por suyo, cuando venga con toda su majestad y gloria.* ¡Ay de aquellos que se hallen incluidos en este tremendo anatema! ¡Ay de nosotros, si merecemos oir en aquel dia estas funestas palabras! Terrible, pero bien merecida desgracia por nuestra vergüenza! ¡Horrendo, pero digno castigo de nuestros desórdenes; de esos chistes deshonestos, con que tantas veces escupimos á Jesucristo en su misma cara! ¡Cruelísima, pero correspondiente pena al descaro, con que todos los dias ofendemos á Dios, como si tuviera los ojos vendados para no ver nuestros crímenes! Continuád, si os parece, esa vida desarreglada; fomentád cuanto os sea posible la desenvoltura, la sensualidad, la murmuracion; dad de bofetadas á Jesucristo; oscurecéd con salivas su divino rostro; avergonzáos de ser sus discípulos; hacédle el objeto de vuestros desprecios é injurias; divertíos con él toda la noche, es decir,

(1) *Marc. c. 8. v. 38.*

todo el tiempo de vuestra vida desarreglada, haciéndole sufrir cuantos malos tratamientos sea capaz de sugeriros su mayor y mas encarnizado enemigo: y si aún os parece que le habéis atormentado poco, hacéd un estudio serio por corromper cada dia mas vuestras costumbres; añadíd á vuestros vicios otros mas groseros; llevádle como por la mano á Pilato, para que fulmine contra él la sentencia de una muerte afrentosa; seguíd la marcha de aquellos malaventurados... Pero qué os aconsejo? Seguídla, mas no con las obras, sí solo con la consideracion, para que veáis que despues de tantos baldones y menosprecios como hicieron sufrir al Hijo de Dios en aquella larga noche, le llevan á casa del adelantado Poncio Pilato.

Dios mio! ¡con qué gritería y algazara, con qué voces y clamores, con cuánta confusion é ignominia sois conducido á presencia del que ha de fallar vuestra sentencia! Atado, cubierto de oprobio y rodeado de una chusma insolente, llegáis de dia á casa del presidente, á quien no piden que sustancie vuestra causa, sino expresamente que os condene á la última pena. ¡Cuánto dolor os causaria esta conducta de parte de un pueblo, que pocos dias ántes os habia recibido en triunfo! Sin embargo, ménos imprudente que los otros jueces, procura examinar la verdad, escucha con atencion vuestras admirables respuestas, se informa acerca de vuestra conducta, y hallándoos inocente, no se atreve á condenaros. *Crucifige, crucifige eum*: crucifícale crucifícale, es la respuesta de los judíos.

Ó lenguas descomunales! qué es lo que pedís? la muerte del inocente! la muerte del justo! la muerte del que os ha dado la vida! la muerte de vuestro Dios! *Quid enim mali fecit?* pregunta con razon el presidente; qué motivo tenéis para pretenderlo así? qué pecados ha cometido? de qué crímenes podéis acusarle? ¿Será tal vez de haber abierto los ojos á los ciegos, de haber hecho oir á los sordos, de haber restituído el uso de la voz á los mudos, de haber lanzado los demonios de los cuerpos, de haber dado movimiento á los paralíticos, de haber resucitado los muertos, de que aún quiere resucitar á las almas, para que nunca vuelvan á morir? *quid mali fecit?* O ingratitud! ó locura! estos son los únicos perjuícios que os ha hecho: decídme si no, ¿qué otra culpa halláis en él, para que sea condenado á muerte? *Crucifige, crucifige eum*, es la respuesta.

Ah maldita obstinacion! ah ceguedad de los pecadores! en llegando á endurecerse un pecador, no se conduce de otro modo: desprecia las mas sólidas razones; cierra los ojos para no ver la luz, y los oídos para no percibir la verdad; por mas esfuerzos que hagan por convencerle de su error, por mas que le quieran hacer conocer su locura, aunque le manifiesten el peligro que corre; todo lo desprecia: *tolle, tolle*, responde como los judíos: *crucifige eum*, crucifícale; crucifica á ese Señor que me impone la ley de contrariar mis orgullosos é imprudentes deseos.

Esta era la respuesta de la plebe á las reflexiones de Pilato; *crucifige eum*, crucifícale, crucifícale. — Pero por qué razon? qué motivo hay? — *Crucifige.* — Eso seria una injusticia, puesto que no hay causa para fallar esta sentencia. — *Tolle, crucifige.* — ¿Es posible que desconozcáis su inocencia, que atribuyáis á delito lo que es una buena accion? — *Crucifige eum:* crucifícale, crucifícale: — no hay que esperar otra respuesta.

¡Monstruosa obstinacion, que de tal modo cierra la puerta á las impresiones de la verdad y de la razon! ¡funesto pecado que en tales términos pervierte el corazon de los hombres! No há cuatro dias que esos mismos celebraron con las demostraciones mas puras de alegría, de gratitud y de reconocimiento la entrada del Nazareno en Jerusalen, saliendo á recibirle con palmas en las manos, tendiendo en el suelo sus vestiduras, para que pasara sobre ellas, exclamando sin cesar, *Hosanna filio David:* gloria sea dada al Hijo de David, Hijo verdadero del Dios de nuestros padres; y ¡ahora le maldicen, le colman de afrentas, y piden á grandes gritos su muerte! ¿Qué sentiria aquel que en tan corto tiempo habia experimentado tan diversas acogidas? ¿Qué sentirian los santos ángeles, testigos de uno y otro suceso, y que oían tan distintas voces? ¿Qué sentiria el mismo presidente, puesto que se obstina cada vez mas en librarle de las manos de aquella chusma?

Pero veamos la impaciencia con que caminan los crueles soldados á casa de Heródes, de quien esperaban conseguir la sentencia, que el presidente se habia negado á darles: consideremos tanto mas atentos esta conducta, cuanto que en ella está representada la nuestra. Cuando obstinados en conseguir el logro de nuestros criminales deseos, se frustran las primeras tentativas, no desistimos por eso; instamos cada vez mas; re-

currimos á la adulacion, á la lisonja, á las mas degradantes humillaciones, á la mas conocida injusticia; aumenta considerablemente nuestra impaciencia; en ninguna parte encontramos sosiego; la luz del dia se nos hace insoportable, el sueño huye de nuestros ojos, y todo sin otro objeto que el empeño de vencer aquella dificultad. Tal es nuestra conducta en la que procuramos por todos los medios posibles renovar la sentencia de muerte contra el Salvador. No podemos conseguirla en el tribunal de los romanos, y le conducimos al de los galileos; es decir, frustrado nuestro intento por un camino, recurrimos á otro.

Orgulloso Heródes en sumo grado, quiere satisfacer su curiosidad presenciando alguno de los milagros de Jesucristo; mas este que solo los hace cuando lo juzga oportuno, se niega en esta ocasion; por cuyo motivo aquel le desprecia, le califica de loco, y como á tal manda tratarle y conducirle de nuevo á Pilato. No faltaba sino esta injuria para completar aquella horrible fiesta. Acusado de alborotador, de hechicero y endemoniado, de glotón, de hombre malvado que se asociaba con publicanos y pecadores, de hereje y blasfemo, restaba solo que le tuvieran por loco, que es precisamente lo que hace Heródes.

Pilato, teniendo de nuevo en su presencia al supuesto reo, y á vista de la obstinacion de sus acusadores, se considera en el último apuro: ó le absuelve como á inocente atrayéndose el odio de aquellas gentes, y exponiéndose á los excesos de su furor, ó le condena contra el dictámen de su conciencia y las leyes todas de la justicia. En tan angustiosa situacion cree hallar un término medio, imponiéndole un castigo, por el que sin privarle de la vida, satisfaga la inhumanidad de aquellos monstruos: al efecto manda que sea públicamente azotado.

Ahora, cristianos, es necesaria una particular atencion; injurias y afrentas, aunque mas sensibles tal vez que los dolores corporales, pero ménos perceptibles para nosotros, son las que ha padecido el Salvador; mas en lo sucesivo presenciaremos los tormentos del cuerpo, ménos dolorosos, pero mas á propósito para excitar nuestra compasion: la rabia y el furor van á descargar sus terribles golpes sobre la inocencia; el infierno satisfará completamente su ira, atormentando aquel cuerpo mas puro y hermoso que todas las criaturas juntas; los bárbaros sayones van á azotar al Cordero sin mancilla. Qué horror! ¡imponerle un castigo de que por la ignominia estaban libres los ciudadanos romanos! El real Profeta nos dice (1), que es altísimo el lugar de refugio del Señor; que no llegará mal alguno adonde él esté, y que el azote no tendrá que ver en su morada: ¿cómo conciliar con este suceso la verdad de la profecía? Almas compasivas, cerrád vuestros ojos por no presenciar un espectáculo que llena de horror á la naturaleza toda; mas abrídlos vosotros, pecadores obstinados, hombres mundanos y escandalosos, mujeres impuras y deshonestas, abrídlos y ved desnudo al que viste los cielos de hermosura y resplandor, al que cubre de pieles á los cuadrúpedos, de plumas á las aves, de escamas á los peces, de plantas á la tierra; ved cubierto de ignominia aquel rostro divino, imágen la mas viva del pudor.

Dios omnipotente! vos que tantas veces cubristeis repentina y milagrosamente la desnudez de algunas puras vírgenes que padecian por vuestro amor, ¿por qué no cubrís ahora la vuestra? ¡Tantos milagros entónces, y ahora os negáis á hacer uno solo! ¿Será que con las injurias haya disminuído vuestra omnipotencia?

No, no por falta de poder, sino de voluntad, dejó de hacerlo. Dueño de los tesoros de la naturaleza, pudiera vestirse del modo mas decoroso á su dignidad, sin que nadie en el mundo fuera capaz de impedirlo; pero no quiere hacerlo, para enseñarnos á ser humildes, á despreciar el lujo, las galas con que tantos procuran atraer hacia sí los corazones apartándolos de su Dios; quiso conducirse de este modo, porque así convenia y estaba determinado para nuestro remedio. Y con este objeto permitió que le atasen fuertemente á una coluna, y empezaran á descargar sobre sus sagradas espaldas los mas furiosos golpes. Estos se repitieron hasta tal punto, que como dice un sabio contemplativo, abrieron una herida tan profunda, que á poco mas se descubririan los huesos blancos entre la carne colorada. Arroyos de sangre brotaban de las heridas, regando aquella tierra infame, que sostenia á los bárbaros ejecutores de aquella injusta sentencia. La ley de Moises mandaba que los azotes, con que se castigaba á los malhechores, no llegasen á cuarenta (2),

(1) *Psalm.* 90. *v.* 9 *et* 10. (2) *Deut. c.* 25. *v.* 3.

porque no cayera delante del verdugo la carne de su hermano horrorosamente despedazada; pero no tienen fuerza las leyes cuando se trata de Jesucristo. Aquellos monstruos no desisten hasta que se hallan rendidos del cansancio, y el benignísimo Jesus se ve precisado á sufrir el dolor de mas de cinco mil azotes. ¿Es posible que sólo se ha de quebrantar la ley para castigar al Autor de todas las leyes? ¿Será porque sus delitos superen á los de todos los malhechores?

No, Dios mio, no son vuestros pecados, sino los mios los que se castigan; mis hurtos, mis homicidios, mis liviandades merecen una pena infinita, y esa es la que vos estáis padeciendo. Ved, pecadores, el fruto de vuestras iniquidades; mas no creáis que es esto solo; la cabeza, adonde no habian llegado los azotes, ahora será atormentada de un modo no visto hasta esta ocasion. Las punzantes espinas de una corona, tejida de juncos marinos, penetran por todas partes aquella sacratísima cabeza, haciendo brotar abundancia de sangre que corria por todo su cuerpo. Vistiéndole otra vez la ropa encarnada, le pusieron una caña en la mano, y arrodillándose en su presencia, le dicen para mayor escarnio: Dios te salve rey de los judíos; le escupen en el rostro y le hieren con la caña que le habian puesto por cetro en las manos. Ó dulcísimo salvador mio! exclama un teólogo; ¿cómo no se parte mi corazon de dolor, cuando miro ese espectáculo tan doloroso? Bien doloroso en verdad, puesto que la sangre que salia de las heridas, caía por el rostro oscureciendo su divina hermosura.

Miserable de mi! ¡cómo habrán puesto á mi alma mis pecados, cuando los ajenos desfiguraron de tal modo á mi redentor, que juzgando el presidente que era bastante su figura para aplacar la ira de aquellas fieras, se le presentó diciendo: *ecce homo:* ved aquí el que deciais ser causa de los alborotos; mirád cuán humilde y comedido se manifiesta: *ecce homo:* ved al que queriais fuese condenado á muerte; ya ha sufrido unos tormentos mayores que la muerte misma: *ecce homo:* ved ahí un objeto capaz de mover á compasion á los mas duros pedernales; mas insensibles que ellos seréis, si aún tratais de atormentarle mas!

Ecce homo: mirád, almas cristianas, á vuestro Maestro y Rey; *ecce homo:* mirád, débiles pecadores, á vuestro Redentor: *ecce homo:* ved el resultado de vuestros crímenes, y considerád si es acreedor á tan infames tratamientos el que con tal intension os ama; *ecce homo*: vedle, y decíd si aún puede hacer mas por vosotros. *Ecce homo:* considerád el modo con que venga Dios sus ofensas, y cuán rectísima es su justicia; pero no olvidéis al mismo tiempo, que si esto ha permitido en su Hijo por los pecados ajenos, permitirá mucho mas en vosotros cargados de culpas propias.

Cada vez mas obstinados los judíos, léjos de compadecerse viendo á Jesus en aquel estado, piden con mayor empeño su muerte. *Crucifigatur*, claman; que sea crucificado. Conociendo el presidente cada vez mas su inocencia, les propone un medio por el que juzga salvarle. Un reo de muerte esperaba el momento de la ejecucion, justo castigo de sus homicidios y alborotos; este era Barrabas: y como en la solemnidad de la Pascua acostumbraban á soltar á alguno; ¿á quién queréis, les dice, que ponga en libertad, á Barrabas ó á Jesus Nazareno? Pero, ó maldad inaudita! todos á una claman, que sea libre Barrabas. Y qué he de hacer con Jesucristo? pregunta Pilato. *Crucifigatur*, responden enfurecidos: entregarle á la muerte, crucificarle.

No de otro modo nos conducimos, cuando queremos satisfacer nuestras pasiones. La conciencia reprende al avaro, haciéndole ver que no puede desear los bienes del prójimo, y mucho ménos tomarlos sin apartarse de Dios; pero su perversa voluntad, *non hunc*, responde, *sed Barrabam:* llénense mis arcas, tenga yo en mis manos el dinero, y vaya Dios léjos de mí. Y qué haremos de él? repone la conciencia. *Crucifigatur*, responde la voluntad: sea lo que quiera, sáciese mi apetito, y muera el Hijo de Dios. Se resiste á nuestras inicuas solicitudes una honesta doncella, proponiéndonos la malicia de aquella accion, la indignacion con que Dios mira la impureza, la severidad con que ha castigado siempre á los lascivos. Es necesario despreciar esas ideas, responde el solicitante: en esta vida no hay otra felicidad que la satisfaccion de las pasiones; satisfagámoslas pues. Pero ¿y Dios que lo ve todo, y nos prohibe estos delitos? Dios no se acuerda ahora de nosotros; tiempo tenemos de servirle, sirvamos al presente á nuestro cuerpo: *non hunc sed Barrabam.* Ó injuria, ó vilipendio! ¡preferir un vil deleite, un gusto momentáneo á los placeres de la virtud! ¡estimar en mas la satisfaccion de nuestros apetitos que la gracia y amistad de Dios!

¡pedir la muerte de Jesucristo, por conseguir un bien imaginario que ha de acarrear la muerte á nuestras almas!

Viendo los judíos la intencion del presidente, le amenazan con la autoridad del césar: si le perdonas no eres amigo del césar, le decian. Flaquea entónces su constancia, se dispone á firmar la sentencia mas inicua, condena á muerte al inocente. Infeliz! qué has hecho? ¿tienes en mas el favor del césar que la tranquilidad de tu conciencia? sabes quién es ese cuya muerte has firmado? ¿olvidas que es el mismo, que te ha dado la potestad de juzgar, y que poco ántes te ha dicho: *non haberes potestatem adversus me ullam, nisi tibi datum esset desuper?* Y si fuera eso solo! pero es el mismo que te ha de juzgar en el mas terrible de los dias, época fatal en que no se dejará vencer de respetos humanos como tú; no imitará tu injusto proceder, sino que observará una rigurosísima justicia.

Tambien nosotros le imitamos por desgracia, desatendiendo nuestras obligaciones por no desagradar al mundo, abandonando la ley de Jesucristo por conseguir los bienes temporales. El lisonjero procura granjearse el afecto de sus superiores, halagando sus pasiones y desacreditando en su presencia á sus enemigos. La mujer desprecia su honestidad, por conseguir el amor ó las riquezas de su impuro cómplice. Todos los pecadores prefieren agradar al mundo á conservar la vida de Jesucristo.

Veamos por último las demostraciones de alegría, con que es acogida la sentencia; escuchemos el griterío y algazara con que aquellos infelices celebran su triunfo; veamos cuán diligentes se ocupan en inventar nuevos géneros de martirios para satisfacer su crueldad. Colocan sobre los hombros del mas inocente y santo de los hombres el pesado madero en que habia de ser crucificado, sin atender á la costumbre religiosamente observada hasta entónces, de ocultar al reo los instrumentos de su muerte. Veamos al divino Jesus llevando sobre sí el enorme peso de nuestras culpas, carga superior á las fuerzas de todos los hombres; veámosle caminar á paso lento y caer oprimido en tierra, y entónces conoceremos lo que pesa el pecado mortal. Todo un Dios no puede con él, y nosotros insensatos ¿ni aún sentimos su carga? ¿nosotros alegres repetimos las culpas, añadimos pecados á pecados, que es lo mismo que hacer caer á Jesucristo segunda y tercera vez, y levantarle á golpes, ó tirando con furia de la soga que lleva al cuello?

Temible era que el Salvador no pudiese llegar al Calvario; por tanto buscan uno que le ayude á llevar la cruz, aparentando una compasion que no tienen, y ejercitando en realidad la mayor y mas espantosa crueldad; tratan de aliviar su cansancio, para que no muera en el camino y les prive del bárbaro placer de crucificarle vivo. ¡Quién tuviera la satisfaccion de poder aliviar á este Señor tan maltratado! Quién se encontrara en el lugar del Cirineo! ¡Quién fuera tan feliz, que mereciera ver abierta su mano con el duro clavo que atraviesa las del Omnipotente!

No es posible detenerme á referir todo lo ocurrido en el Calvario: suplan el silencio y vuestra consideracion lo que mi dolor no permite expresar á mi balbuciente lengua. Judíos ingratos, ya tenéis crucificado al objeto de vuestro odio, ya habéis conseguido saciar vuestra rabia y furor para con él. Vuestra perversidad ¿será capaz de sugeriros nuevos medios de atormentarle? Levantádle en alto para que sea visto de todos: dejád caer de golpe ese madero en que está crucificado, para que se renueven las llagas y brote de nuevo esa sangre dispuesta á redimirnos. Colocádle para mayor afrenta entre dos ladrones; hacédle el objeto de vuestras burlas y menosprecios.

Así lo hacen: pasando delante de la cruz y moviendo la cabeza, ah! le dicen, tú que asegurabas que habias de destruir el templo de Dios, y lo reedificarias en tres dias, cumple lo prometido: si eres Hijo de Dios, baja de la cruz; ¿con que salvaste á otros, y no puedes salvarte á ti mismo? Dónde está ese poder de que tanto blasonabas? Y cómo creéis que correspondia á tan atroces insultos? Compadeciéndose de los mismos que le insultaban, pidiendo al eterno Padre que les perdonara, y disculpándolos atribuyendo á ignorancia su infame conducta. *Padre, perdónalos*, dice, *que no saben lo que hacen;* primera palabra que pronunció en la cruz.

Ó amor infinito! ó caridad inimitable é incomprensible de mi Dios! ¡pedir tan de veras el perdon para sus mismos enemigos, al tiempo que con sus ofensas y ultrajes cometian el mayor de todos los pecados! ¡inventar nuevos beneficios para aquellos que sin acordarse de sí mismos, están proyectando nuevo género de tormentos y afrentas para el mismo bienhechor! Qué contraste!

Qué habéis hecho, judíos ignorantes! á quién habéis coloca-

do en esa cruz afrentosa? á quién injuriáis con tan groseras ofensas? Ay! al mejor, al mas amable, al mas benéfico de todos los hombres; al que es devorado de la sed mas ardiente por vuestra felicidad. Así lo dice él mismo: *sitio:* sed tengo.

Cuánto puede el amor verdadero, Dios mio! vos sediento! ¡vos que supisteis sacar agua de un duro peñasco para refrigerar la sed de los israelitas! vos que con el mismo fin dulcificasteis las aguas del mar! ¡vos que enviasteis el ángel, para que manifestase á Agar el pozo, de donde sacó agua para su hijo, expuesto á morir de sed! Pero cuál es la sed que os molesta? Ah! no es de agua material, sino de la salud de nuestras almas; no deseáis vuestro refrigerio, sino la felicidad de todos los hombres. Estos agradecerán como es justo tan singular beneficio; templarán vuestro ardor presentándoos una bebida fresca y dulce. Ay que no es así! lo que os presentan, es un vinagre mezclado con la hiel mas amarga.

Viendo nosotros que nuestro Redentor bebe un cáliz tan amargo, ¿tendremos valor para buscar licores exquisitos, manjares delicados? ¿nos esmeraremos... Pero oigamos esa tremenda voz que sale de la boca del Salvador. *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?* exclama con el acento mas triste.

Vos, Dios mio, desamparado de todos hasta del Padre eterno! ¿Á quién sino á vos ha faltado hasta ahora un amigo, un pariente, un conocido, una alma compasiva, que le haya prestado algun consuelo en sus tribulaciones, que le haya reanimado en sus tormentos? Siendo así que á la menor insinuacion de vuestra voluntad se os enviarian innumerables legiones de ángeles que os acompañaran y sirvieran, ¿por qué permitís tan general desamparo? ó en otro caso, por qué prorumpís en esas quejas?

Lo que con esta conducta quiere demostrarnos Jesucristo, es que el mayor mal que puede sobrevenir al hombre es el ser desamparado de Dios, y que la prueba eficaz de nuestra ingratitud es el abandonarle, cuando está padeciendo por nosotros. Este desamparo, este abandono es el que lamenta; este es el que le hace prorumpir en tan amargas quejas; este es el que le coloca á punto de morir; y con este sentimiento exhala el último suspiro.

Circunstancia terrible! ya consumó, cristianos, la obra para

que fué enviado, el Salvador: ya se acabó el sacrificio mas doloroso y el único capaz de aplacar la ira del Padre eterno. *Consummatum est:* ya se sació completamente la crueldad y envidia del infierno, al oscurecerse la mas brillante luz, al extinguirse el aliento que resucitaba á los muertos, al enfriarse los extremos de aquel cuerpo pendiente de la cruz, al helarse la poca sangre que habia quedado en sus venas. *Consummatum est:* ya un sudor frio se extiende por todos sus miembros; ya enmudece aquella lengua, cuya palabra hizo salir de la nada á toda la naturaleza; aquella lengua va ya perdiendo su movimiento, de suerte que apénas acierta á encomendar su espíritu al eterno Padre: una voz lánguida, sumamente débil deja oir aquellas memorables palabras: *in manus tuas commendo spiritum meum. Consummatum est:* ya se vuelve pálido y desfigurado aquel rostro que era la hermosura de los cielos; ya se cierran aquellos ojos clarísimos; la imágen de la muerte se pinta en aquella frente pura y serena. *Consummatum est:* el cielo se cubre de luto, los elementos se alteran, el sol va ocultando sus luces, la tierra, las piedras, el velo del templo, todo, hasta el corazon de María se rompe de dolor.

Madre amantísima, apartáos de tan horroroso lugar, que no podréis soportar la vista de vuestro Hijo difunto. Difunto! sí, ya espiró, cristianos; ya murió nuestro padre, nuestro amigo, nuestro bienhechor, nuestro Dios. Tiempo es ya de que todas las criaturas se deshagan en llanto, habiéndoles faltado su criador. Ángeles gloriosos, llorád la muerte del que era vuestra gloria: llorád, cielos, la muerte del que os concedió vuestra hermosura: astros, llorád la muerte del que os comunicaba vuestros resplandores: llorád, brutos, la muerte del que os preparaba el alimento: llorád, aves, la muerte del que os vestia de plumas: llorád, plantas, la muerte del que conservaba vuestras producciones: llorád piedras, llora naturaleza toda..., llorád vosotros principalmente, hombres, á cuya vida ha sacrificado la suya. ¿Quién tiene mas motivo para llorar que nosotros? nuestro amor, nuestro remedio, nuestra salud, nuestra eterna felicidad le han conducido á la muerte. Las injurias, los desprecios, los azotes, la corona, la cruz, los tormentos, todo se lo hemos proporcionado nosotros; nosotros le hemos pospuesto á Barrabas; nosotros le hemos crucificado: lloremos pues. Pero qué digo? llorar! yo me contentaria con que no repitierais á

cada paso la sangrienta escena del Calvario; me daria por satisfecho con que no renovarais todos los dias sus llagas, con que no atravesarais su costado despues de haberle muerto, como el bárbaro sayon hizo con su lanza: nada me importaria que no llorarais la muerte del Redentor, si emplearais vuestras lágrimas en otro objeto no ménos digno de ellas, cual es vuestra desgracia y la de vuestros hijos, que fué á lo que él mismo nos exhortó, cuando iba cargado con la cruz por las calles de Jerusalen: *no lloréis*, dice, *por mí; llorád por vosotros y por vuestros hijos*, porque si yo he sido tan fieramente atormentado y tan afrentosamente muerto, ¿quién será capaz de comprender la inmensidad de los tormentos y la crueldad de la muerte que os aguarda á vosotros? Ay de nosotros, si se verifica esta terrible amenaza! ¡Ay de nosotros, infelices pecadores, si llega á caer sobre nuestras cabezas y sobre las de nuestros hijos esta sangre preciosísima, que los bárbaros judíos llamaron sobre sí en los momentos mas terribles de su furor! Con ella vendrá la mas completa venganza del eterno Padre, por la ingratitud con que correspondemos á tantos beneficios.

Pero, ó Dios de bondad! caiga, sí, caiga sobre nosotros, no para castigar nuestros delitos, sino para lavar nuestras almas, para plantear en ellas el gérmen de las virtudes, para que sepamos en algun modo agradecer el beneficio y aprovechar el fruto de vuestra pasion. Caiga, que ya nos arrepentimos firmemente de haberos ofendido, y os decimos cada uno de lo íntimo de nuestro corazon: Señor mio Jesucristo, criador y redentor mio, por ser vos quien sois, y por lo mucho que me amáis, os amo con todo mi corazon, y me pesa en el alma no haberos amado siempre; me pesa de haberos ofendido; me pesa de haber aprobado y aún ejecutado vuestra muerte con mis culpas. Ojalá hubiera muerto yo mil veces ántes! mas ya que lo hice, me pesa, y prometo no volver á pecar, no volver á ofenderos, no haceros morir otra vez. Y pues habéis muerto para salvarme, salvádme por vuestra pasion, por vuestra sangre, por vuestra muerte: hacédme participante de vuestros méritos, para que lo sea tambien de vuestros premios eternos. Amen.

SERMON

SOBRE

LAS SIETE PALABRAS

QUE HABLO JESUS EN LA CRUZ.

PARA EL VIÉRNES SANTO.

(**DEL PÚLPITO ESPAÑOL.**)

Multifariam, multisque modis olim Deus loquens patribus in prophetis, novissime diebus istis locutus est nobis in Filio.

De muchas maneras y de diversos modos habló Dios en otro tiempo á nuestros padres por medio de los profetas: en estos dias nos ha hablado á nosotros novísimamente por medio de su hijo.

S. Pablo á los hebreos, c. 1. v. 1 y 2.

Dios nos amó desde la eternidad. Cuando preparaba la hermosa estructura de los cielos, cuando fijaba los fundamentos de la tierra, cuando rodeaba los mares en su término y ponia leyes á las aguas, para que no traspasasen sus límites, ya nos amaba. Cuando afirmaba los aires arriba, cuando abria las fuentes de las aguas, cuando ordenaba toda la naturaleza en su prodigioso é inalterable curso, ya nos amaba. Cuando hacia nacer en los cielos una luz indeficiente, cuando embellecia los prados y llenaba de vida y de esperanza los collados eternos, cuando componia todas las cosas, ya nos amaba, y eran sus delicias el estar con los hijos de los hombres. En prueba de eso, su encendido amor no dejó jamas de dirigirles su cariñosa y santa palabra en lecciones de vida eterna. Ya por medio de ostentosos y nunca vistos signos y estrellas en el firmamento, ya por las instrucciones de sus profetas, ya por las criaturas irra-

cada paso la sangrienta escena del Calvario; me daria por satisfecho con que no renovarais todos los dias sus llagas, con que no atravesarais su costado despues de haberle muerto, como el bárbaro sayon hizo con su lanza: nada me importaria que no llorarais la muerte del Redentor, si emplearais vuestras lágrimas en otro objeto no ménos digno de ellas, cual es vuestra desgracia y la de vuestros hijos, que fué á lo que él mismo nos exhortó, cuando iba cargado con la cruz por las calles de Jerusalen: *no lloréis*, dice, *por mí; llorád por vosotros y por vuestros hijos*, porque si yo he sido tan fieramente atormentado y tan afrentosamente muerto, ¿quién será capaz de comprender la inmensidad de los tormentos y la crueldad de la muerte que os aguarda á vosotros? Ay de nosotros, si se verifica esta terrible amenaza! ¡Ay de nosotros, infelices pecadores, si llega á caer sobre nuestras cabezas y sobre las de nuestros hijos esta sangre preciosísima, que los bárbaros judíos llamaron sobre sí en los momentos mas terribles de su furor! Con ella vendrá la mas completa venganza del eterno Padre, por la ingratitud con que correspondemos á tantos beneficios.

Pero, ó Dios de bondad! caiga, sí, caiga sobre nosotros, no para castigar nuestros delitos, sino para lavar nuestras almas, para plantear en ellas el gérmen de las virtudes, para que sepamos en algun modo agradecer el beneficio y aprovechar el fruto de vuestra pasion. Caiga, que ya nos arrepentimos firmemente de haberos ofendido, y os decimos cada uno de lo íntimo de nuestro corazon: Señor mio Jesucristo, criador y redentor mio, por ser vos quien sois, y por lo mucho que me amáis, os amo con todo mi corazon, y me pesa en el alma no haberos amado siempre; me pesa de haberos ofendido; me pesa de haber aprobado y aún ejecutado vuestra muerte con mis culpas. Ojalá hubiera muerto yo mil veces ántes! mas ya que lo hice, me pesa, y prometo no volver á pecar, no volver á ofenderos, no haceros morir otra vez. Y pues habéis muerto para salvarme, salvádme por vuestra pasion, por vuestra sangre, por vuestra muerte: hacédme participante de vuestros méritos, para que lo sea tambien de vuestros premios eternos. Amen.

SERMON

SOBRE

LAS SIETE PALABRAS

QUE HABLO JESUS EN LA CRUZ.

PARA EL VIÉRNES SANTO.

(**DEL PÚLPITO ESPAÑOL.**)

Multifariam, multisque modis olim Deus loquens patribus in prophetis, novissime diebus istis locutus est nobis in Filio.

De muchas maneras y de diversos modos habló Dios en otro tiempo á nuestros padres por medio de los profetas: en estos dias nos ha hablado á nosotros novísimamente por medio de su hijo.

S. Pablo á los hebreos, c. 1. v. 1 y 2.

Dios nos amó desde la eternidad. Cuando preparaba la hermosa estructura de los cielos, cuando fijaba los fundamentos de la tierra, cuando rodeaba los mares en su término y ponia leyes á las aguas, para que no traspasasen sus límites, ya nos amaba. Cuando afirmaba los aires arriba, cuando abria las fuentes de las aguas, cuando ordenaba toda la naturaleza en su prodigioso é inalterable curso, ya nos amaba. Cuando hacia nacer en los cielos una luz indeficiente, cuando embellecia los prados y llenaba de vida y de esperanza los collados eternos, cuando componia todas las cosas, ya nos amaba, y eran sus delicias el estar con los hijos de los hombres. En prueba de eso, su encendido amor no dejó jamas de dirigirles su cariñosa y santa palabra en lecciones de vida eterna. Ya por medio de ostentosos y nunca vistos signos y estrellas en el firmamento, ya por las instrucciones de sus profetas, ya por las criaturas irra-

cionales, ya por los prodigios multiplicados, ya en fin por las amenazas y los castigos, siempre y en todo tiempo nuestro buen Dios estuvo hablándonos como en testimonio eterno de su amor. Sin embargo velaba su rostro omnipotente y se hacia inaccesible á los ojos mortales, ó con una nube, ó con el humo de un incendio, porque tenia dicho: *no me verá el hombre viviendo;* (1) y hablaba ya en palabras simbólicas y misteriosas como en Oreb, ya en idioma aterrador y formidable como en el Sinaí.

Hoy, cristianos, nos da la prueba mas grande de su amor; y por eso nos habla cara á cara por medio de su Hijo Jesus, patente y descubierto á la vista de todos, entre el cielo y la tierra, desde la cátedra de su cruz, en que está, no sentado cual maestro y Dios, sino colgado de un horrendo patíbulo, fijo en él con duros, agudos y mortales clavos como en actitud suplicante, en el acto mismo de firmar su doctrina con su sangre y de sellarla con su muerte. El testamento eterno del Hombre-Dios es lo que vamos á oir; las palabras sublimes, divinas, de paz, de vida y salvacion, que reconcilian al cielo con la tierra y que abren de par en par las puertas de la gloria, cerradas por el pecado en mas de cuatro mil años. Toda la esencia de su ley santa, todo lo mas importante para la vida cristiana, todo lo mas dulce y consolador que encierra el Evangelio, sale en sentenciosos y cortados conceptos de los agonizantes labios del Unigénito del Padre, en el largo espacio de tres horas que dura su terrible y mortal padecer. Horas tristísimas para toda la naturaleza, horas de lágrimas y dolor para los bienaventurados, horas de mortal tormento para la Madre santísima que está presente; pero horas preciosas y benditas para nosotros los cristianos, enseñados en ellas y redimidos por ellas.

¡Y qué enseñanza tan inmensa, tan fecunda en resultados para el mundo! Ella, señores, será en el dia del juicio, si la aprendemos y aprovechamos, el título de nuestra gloria; y si la desatendemos cerrando el corazon á su influjo benéfico y salvador, la sentencia de nuestra eterna desgracia.

Vamos pues á oir cómo habla nuestro amante Jesus, al tiempo de morir, y durante su penosa y amarga agonía. Alcemos con piadoso y humilde corazon nuestra vista á ese augusto trono, en que está pendiente la sabiduría increada, y á sus piés

(1) *Exod. c.* 33. *v.* 20.

no dejemos de registrar á esa purísima criatura, á la Vírgen madre, que tambien agoniza de pena con su Hijo divino. Digamos á Jesus con su discípulo: *Señor, tienes palabras de vida eterna* (1), *¿á quién pues iremos sino á ti para aprender?* A ti, ó buen Jesus, estamos ya rendidos: *hablád, Señor, que vuestros siervos dócil y humildemente os escuchan* (2). Y tú Vírgen desconsolada, alcánzanos la gracia de la docilidad á todos, y de la uncion santa á mí, para que yo hable cual es debido en este asunto, y para que los fieles oigan y se aprovechen como les conviene, de las luminosas lecciones de Jesus: te lo pedimos todos y te saludamos para ello con devocion y confianza. *Ave María.*

PRIMERA PALABRA.

Pater dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.
Padre, perdónalos, que ignoran lo que hacen.
S. Lúcas, c. 23. *v.* 34.

Cristianos, el mansísimo cordero Jesus, conducido á ser víctima sin abrir su divina boca para lamentarse de tantos tormentos y ultrajes, y de muerte tan acerba y dolorosa, al fin, próximo á espirar, la desata solo para dirigirse á su eterno Padre, demandando, no justicia, castigos ni venganza contra sus fieros verdugos, sino indulgencia y perdon. ¡Leccion sublime, jamas oída ni esperada en toda la sucesion de los siglos. Advertíd, señores, que no es aquí un justo Job, que disimula á su insultante mujer y á sus imprudentes amigos las injustas reconvenciones que le hacen por su sufrimiento y virtud; que no es un Moises que pide perdon del desacato que contra Dios comete el pueblo, y esto despues de haber desfogado su cólera; ni es un David que encarga la custodia de Absalon rebelde, al paso que destaca un ejército contra él: es Jesus, el Hombre-Dios; es el mismo que recibe los ultrajes, que sufre las

(1) *Joann. c.* 6. *v.* 69. (2) I. *Reg. c.* 3. *v.* 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

penas, que arrostra los dolores y la muerte, con resignacion y paciencia infinitamente mayor que la de todos los afligidos, que todos los desgraciados y que todos los mártires de los pasados y venideros siglos. No forma argumentos y discursos para convencer la injusticia é indiscrecion; no saca la espada vengadora y busca parciales que le ayuden á derramar la sangre de los idólatras; no dispone tropas ni ejércitos que exterminen y anonaden á sus contrarios, aunque pudiera rogar á su Padre, que le enviase mas de doce legiones de ángeles. Ruega sí á su Padre, pero es por el perdon de aquellos mismos que le crucifican; y las razones de que se vale, y los medios de que echa mano y las armas en que se apoya, son la ignorancia de sus mismos enemigos, que le sirven de argumento para excusarlos: *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.*

Ellos, aunque debieran conocerme, al fin es cierto que no me conocen; aunque tienen sobrados motivos para saber que yo soy el verdadero Mesías, su bienhechor, su salvador y su Dios; pero es seguro que todo lo han olvidado, de todo se han desentendido, porque mi rival y enemigo está ciego, y tambien á ellos los ha cegado, y así *no saben lo que se hacen.* «Es cierto, cristianos, dice san Agustin, que no lo sabian; si hubieran conocido á su Dios, nunca le hubieran crucificado.» Y tambien lo es, añade este santo Padre, que el demonio se engañó, creyendo que obtenia un gran triunfo, atizando contra Jesus la cólera de los judíos, cuando por este medio servia sin saberlo á las altas miras de la redencion, que le disminuían considerablemente el imperio sobre todos los redimidos.

Con estas razones, ese buen Jesus, esfuerza su voz penetrante, poderosa y divina, muda y silenciosa hasta entónces, para pedir por ellos indulto y perdon á su eterno Padre: *Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.* Leccion sublime y divina, repito; leccion importante y necesaria para nosotros, cristianos; leccion que el mundo no conoce, ni aprende, ni quiere nunca practicar. En vez de buscar razones, pretextos y motivos para disminuir y salvar la culpabilidad de los que injurian y dañan, es moneda corriente la de inventar sutilezas, fingir razones y soñar circunstancias para agravar, engrandecer y dar importancia á las culpas ajenas, acaso imaginarias. Pues sabéd, hermanos mios, que las costumbres y prácticas del mundo son enemigas de Dios; que en cien lugares de la divina ley se nos encarga, se nos recomienda y manda expresamente el perdon de los enemigos, el disimulo de las injurias, el indulto de los agravios. *No perdona Dios al que á otro no perdona*, dice el Catecismo: *perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*, decimos cada dia al rezar el Padre nuestro. Ahí está la sentencia pronunciada por nuestros mismos labios: si no perdonamos á los que nos dañan, perjudican y ofenden, nosotros mismos pedimos al Señor que no nos perdone.

Esta celestial doctrina, que es lo mas grande y excelso de la Religion cristiana, fué la primera que Jesus nos enseñó con su ejemplo en la cruz. Pero no solo perdonar y excusar á los enemigos; sino hacerles bien y pedir á Dios por ellos, es lo que se nos manda; porque así lo practicó Jesus nuestro maestro y nuestro salvador: *Padre, perdónalos!* Por grandes que sean los agravios que nos hagan, por irreparables las injusticias que en perjuicio nuestro cometan, por dolorosos los padecimientos que nos hagan sufrir, por inmensos los daños, injurias y males que nos irroguen, ¿llegarán á crucificarnos? Y si llegasen, ¿qué mayor gloria para nosotros que la de imitar á Jesucristo? Pero atendéd: esos mismos que os dañan, perjudican y persiguen, ¿lo harian, si supiesen y estuvieran convencidos de que obran mal, y de que el mal se lo hacen á sí mismos? Creo que no; luego hay la misma razon siempre, que tuvo Jesus para perdonarlos y pedir por ellos; la ignorancia: *perdónalos, porque no saben lo que se hacen*, debemos repetir, cuando nos veamos perseguidos y agraviados.

Ea ya, hombres vengativos, iracundos, soberbios, perdonád á vuestros enemigos, á los que os hacen daño, porque Jesus los perdona y pide por ellos: tambien pide por vosotros, que le ofendéis y crucificáis, cuando ofendéis á vuestros hermanos, ó cuando no los perdonáis. Esta es la primera palabra que habla Jesus en la cruz, y la primera que debemos aprender. No quede ya ninguno en este templo, en mi auditorio, que no se abrace con su enemigo, que no lo perdone de corazon, y que no pida á Dios por él. El que no esté dispuesto á hacerlo sinceramente y con verdad, huya de aquí, sálgase de la iglesia, destiérrese del gremio de la Religion, porque para él no hay redencion: lo oís?

No mi buen Jesus! todos perdonamos ya á los que nos han

ofendido para que tú nos perdones; todos repetimos de lo íntimo de nuestra alma, verdaderamente arrepentidos y reconciliados: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen.*

SEGUNDA PALABRA.

Hodie mecum eris in paradiso.
Hoy estarás conmigo en el paraíso.
S. Lúcas, c. 23. v. 43.

Jesucristo sufrió entre sus ignominias y afrentas, la de ser crucificado entre dos facinerosos ladrones: uno de ellos, convencido de la injusticia con que los judíos daban la muerte á Jesus, cuya divinidad é inocencia llegó á conocer en aquella hora suprema, por gracia y misericordia del mismo Señor, le pidió perdon y el don de la salvacion en estos términos: *Acuérdate, Señor, de mí, cuando estés en tu reino.* Jesus, conociendo su fe y su arrepentimiento, en consecuencia práctica y en prueba demostrativa y evidente de la sublime doctrina que ya habia enseñado, por su primera palabra; le consoló, le perdonó y dijo: *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* Y esta fué la segunda que habló en la cruz.

Observemos, cristianos, los medios rápidos, pero indispensables, por donde el buen ladron llegó tan lijera y repentinamente á ganar y obtener su justificacion y salvacion; observemos la infinita misericordia del Señor, y aprendamos á imitar al desgraciado y á no desconfiar jamas de la bondad y clemencia de nuestro gran Dios.

El ladron estaba oyendo las injurias y blasfemias que vomitaban contra Jesus las fieras lenguas de sus implacables enemigos. Oyó tambien, con dolor y extrañeza, por lo que se vió despues, que su infeliz compañero imitaba á aquella chusma feroz, y que blasfemaba asimismo contra el Señor, sin considerar la triste suerte en que todos se hallaban, ni la mas triste aún y eternamente desgraciada que le iba á suceder en breve; y dirigiéndole la palabra con una sentida y enérgica reconvencion, le dijo (1): *ni tú tampoco temes á Dios, porque sufres la misma pena; pero nosotros con justicia, pues que recibimos el condigno castigo de nuestros hechos; mas este nada malo hizo.* Y en seguida le dice á Jesus: *Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu reino.* Conoció á Jesus este infeliz indudablemente; tuvo fe, y fe verdadera, y fe eficaz, porque confesó su divinidad: la publicó y la defendió con valor y energía. Conoció tambien sus delitos, y tambien los confesó con dolor y arrepentimiento; pidió perdon y lo obtuvo; porque ¿qué otra cosa que una fe ardiente, eficacísima de la divinidad de Jesucristo, son esas palabras: *ni tú temes á Dios en cuya pena*, esto es, en lo que sufre Dios, *estás complicado?* ¿Qué otra cosa que confesion y arrepentimiento significan las otras: *nosotros sufrimos el condigno castigo de nuestros hechos, y con justicia?* ¿Y qué sino amor grande, encendido para con Dios, demuestra la defensa que hace de Jesus, la publicacion de su inocencia y la súplica del perdon? ¡Qué fe, qué amor, qué arrepentimiento, qué confesion y qué confianza, señores, mas sinceras, verdaderas y saludables, que las que están lacónicamente expresadas en las últimas voces de su súplica, *Señor, acuérdate de mí, cuando estés en tu reino!*

Si nosotros tuviésemos todo este cúmulo de virtudes, aunque fuese en la proximidad de la muerte, seguros podríamos estar de nuestra salvacion: seguramente oiríamos las dulcísimas y consoladoras palabras de Jesus: *hoy estarás conmigo en el paraíso.* Pero ah! no es fácil confiar en tan santas disposiciones en aquella hora tremenda, si ántes se ha vivido mal. Es verdad que el ladron tambien fué malo, facineroso y perverso, y se salvó; pero Dios quiso por su infinita misericordia inspirarle aquellas santas disposiciones: ¿sabemos nosotros, podemos penetrar, nos atreveremos con ojo perspicaz y temerario á escudriñar en los impenetrables decretos de la sabiduría infinita, los motivos que tuvo el Señor para obrar esta conversion tan maravillosa? No.

Con todo es indudable que la obra, grande y estupenda de esta conversion, fué hija de la gracia y misericordia infinita del Señor. Conozcámosle siempre, defendamos su fe, su santidad é inocencia, invoquemos su piedad aún en la hora de la muerte;

(1) *Luc. c. 23. v. 40 y 41.*

pero arrepentidos como el ladron, y tengamos firme confianza en su misericordia, que como él oiremos la dulce promesa y seguridad de la salvacion.

TERCERA PALABRA.

Ecce filius tuus... ecce mater tua.
Hé ahí á tu hijo... hé ahí á tu madre.
S. Juan, c. 19. v. 26 y 27.

¡ Palabra de inefable consuelo para los hombres, es la tercera que pronuncia Jesus, pendiente del patíbulo ignominioso y cruel, en que le han puesto los mismos hombres! En la persona del discípulo amado nos declara por hijos adoptivos de su misma madre. Aquella Vírgen purísima que habia dado á luz al Hijo de Dios encarnado, no pudiendo ya tener en la tierra presente para su gloria, alegría y consuelo al Hijo de sus entrañas, porque iba á morir por los hombres, recibe como legado suyo á los mismos hombres, con quienes ejerza el cariñoso oficio de madre, y de quienes reciba los debidos obsequios y atenciones de hijos. Encargo recíproco, que si bien nos proporciona todos los encantos y dulzuras de la Madre del Amor hermoso, tambien nos empeña á cumplir con esta Señora los altos cuidados y respetos de humildes y afectuosos hijos.

Un grande y distinguido consuelo, cristianos, es el que en esta palabra nos suministra, para la vida del mundo y para la eterna, el agonizante Jesus; pero un consuelo, que exige de nosotros obligaciones y deberes sagrados de la mas elevada importancia. ¿Por dónde, en qué títulos, con qué razones hubieran podido creer jamas los míseros hijos de Adan, los desapiadados verdugos, que con sus pecados y maldades crucificaban al Hijo de Dios, que entónces mismo, cuando le iban á sacrificar, él hubiera de subrogarles á su propia Madre? ¿Puede darse mayor prueba del amor y ternura que el Señor nos tuvo desde la eternidad? Reflexionádlo bien, pecadores; la Vírgen inmaculada, la criatura mas justa, mas santa y querida de Dios, su verdadera madre es ya madre nuestra: *hé ahí á tu madre.*

Pero tambien somos nosotros sus hijos: *hé ahí á tu hijo.* Pues bien; cuidado que este incomparable legado, este inmenso y rico tesoro exige un esmero y una fidelidad sin límites para su custodia. Ya verá el Señor la vigilancia y escrupulosidad con que lo guardáis; la pureza, la humildad, el respeto con que la servís; la atencion y miramiento con que la obedecéis; la prontitud y fidelidad con que ejecutáis sus mandatos: sabéd que al que mucho se le ha dado, mucho se le pedirá. Sois hijos de María, vírgen pura, santa virtuosa, en tan alto grado que con justicia se la llama *reina de las virtudes.* Pues el mejor modo de cumplir con los oficios de hijos suyos, es imitarla y esforzarse á copiar cada cual en su conducta las virtudes de esta digna madre.

Tenéd entendido ademas, que Jesus para eso os declara por sus hijos. Mirád bien, repito, la ocasion y circunstancias en que os comete este encargo, y el objeto por que lo hace. Va Jesus á exhalar el último aliento muy pronto, y debéis acompañar á su triste y desconsolada Madre. ¿Se engañará Jesus en la confianza que hace de vosotros? ¿Seréis ingratos á su distinguido favor?

No, buen Jesus! jamas olvidaremos tan importante encargo, nunca seremos desconocidos á tan singular beneficio. De hoy adelante nos portaremos como dignos hijos de María. Y vos, Madre afligidísima, aquí tenéis en cada uno de nosotros, un hijo adoptivo, solícito para agradaros, humilde para obedeceros y tierno para compadecer vuestras penas: *hé aquí á tu hijo.* Nuestra vida toda y todos nuestros anhelos serán el imitar vuestras virtudes, el acompañaros en vuestra orfandad y el ser tus dignos hijos. *Monstra te esse matrem:* manifiéstanos tú que eres nuestra madre con tu proteccion y amparo en todos los peligros y lances difíciles de la vida. Alcánzanos gracia, santidad y virtud, para que nosotros podamos siempre decirte dignamente: *hé aquí á tu hijo;* en el mundo y en la eternidad.

CUARTA PALABRA.

Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?
Dios mio, Dios mio, por qué me has desamparado?
S. Mateo, c. 27. v. 46.

Encargada al cuidado del discípulo Juan la Vírgen, y en él puestos bajo la egida cariñosa y maternal de esta Señora todos los hombres, por cuya salvacion moria el Hombre-Dios; llegándose ya el término de su penosa agonía, pues era cerca de la hora nona, esto es, las tres de la tarde, y por consiguiente hacia ya cerca de tres horas que Jesus estaba pendiente de la cruz, haciendo el Señor un esfuerzo extraordinario, y levantando su voz, en tono lastimero y penetrante, se quejó á su eterno Padre del desamparo en que le tenia constituído. *Dios mio, Dios mio,* le dice con una grande voz, *¿por qué me has desamparado?*

Cristianos, ved la situacion tristísima y lamentable en que está el Hijo del Altísimo; ni discípulos, ni amigos, ni Madre, porque ya lo es de Juan, ni criaturas insensibles, ni sus fieros verdugos, mas encarnizados é inhumanos que tigres, le consuelan; todos le abandonan y desamparan: busca alivio y consuelo en su eterno Padre, y en él encuentra tambien el mismo desamparo. Así lo habian anunciado los profetas, y así debia cumplirse, y se cumplió. ¿Pero cómo, ó eterno Padre, cómo abandonas así á tu Hijo amado, á ese Hijo, que es la figura de tu sustancia, el esplendor de tu gloria, y en el que has dicho que están cifradas tus complacencias? ¿Por qué causa sobreviene ahora tanto desvío, tanto enojo, tan cruel desamparo? No ha sufrido ya bastante? ¿Es justo acaso aumentar la aflicion al afligido? ¿Qué delitos ha cometido, si es la misma inocencia, la justicia y santidad misma? ¿Por qué pues se le niegan hasta aquellos tristes consuelos, que excita la natural compasion, hasta la humanidad misma, en favor de los criminales mas famosos? ¿Por qué no le enviáis un ángel que le conforte ahora y sostenga como en el huerto? ¿Ó era que allí aún no

estaba en poder de la justicia, bajo la potestad de las tinieblas, y porque no huyese, y para que fuese aprisionado, le quisiste sostener? Y ahora que ya se ve atado y fijo en la cruz, con duros clavos que le desgarran sus divinos piés y manos, ¿queréis hacerle que beba y apure hasta las heces el cáliz amargo de tu ira contra el pecado?

Ah señores! la imaginacion se pierde en un abismo de dudas y temores, y el corazon se anonada y palpita azorado, al considerar el extremo de angustia y mortal agonía, en que se halla Jesus. ¡El pecado y solo el pecado, por quien ha salido responsable, es la causa de tan amargo penar! Si así se corta en el leño verde de la inocencia de Jesus, ¿qué sucederá en el seco de nuestras maldades? ¿Y extrañaréis ya, pecadores, si os veis abandonados de Dios, en justo castigo de vuestros pecados?

Por solo la semejanza de pecador y por la obligacion voluntaria que acepta Jesus de satisfacer por el pecado, su eterno Padre le desampara, le mira con enojo, se le declara en guerra y le deja en el mayor desconsuelo y abandonado á sí mismo, sin otro consuelo que el de su propio dolor. Las fuerzas naturales de hombre le faltan y desfallecen; y las sobrenaturales de Dios se las retira el eterno Padre, por un milagro, para hacerle mas padecer; y hé aquí el motivo de su queja y desmayo.

Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado? Pobre y afligidísimo Jesus de mi alma! ¿quién te consolará, si el eterno Padre te desampara? Nosotros? Ah miserables! ¡si somos cabalmente la causa del desamparo de Jesus! Meditádlo bien: ¿sois capaces, cristianos, de condoleros del desamparo y abandono en que se ve el Hijo del eterno Padre, vuestro salvador y redentor? ¿Os atrevéis á suministrarle algun lenitivo, algun consuelo en su extrema afliccion? Podéis hacerlo?... Sí podéis.

El arrepentimiento y el dolor de vuestros pecados es el único bálsamo de consuelo que de vosotros espera. En qué os detenéis? Arrojáos á sus piés, con el corazon dividido por el dolor y la contricion: decídle de lo íntimo de vuestra alma: ó mi Jesus, desamparado por mis culpas; arrepentidos ya de veras, nos tenéis aquí para ofreceros el consuelo de una firme resolucion de no ofenderos ya mas; admitídlo, Señor, y consoládnos

á nosotros en las aflicciones, en que de continuo nos ponen nuestros extravíos : no nos desamparéis en esta vida, ni nos dejéis de vuestra mano misericordiosa hasta la eternidad.

QUINTA PALABRA.

Sitio.
Sed tengo.
S. Juan, c. 19. *v.* 28.

El inocente y desterrado Ismael, abandonado de su padre Abrahan, y lanzado de su casa con su infeliz madre Agar, cansado y fatigado en medio del desierto, se abrasa de sed ; llora, gime, se desconsuela levantando su voz al cielo, porque tiene sed. Esto mismo dice Jesus con voz apagada y agonizante : *Sitio :* sed tengo. Era un efecto natural de la falta de sangre, que es el líquido de la vida, y de la cual ya le quedaba muy poca, porque la habia derramado gota á gota por su smortales heridas. Era un efecto amoroso de su caridad, porque aún no estaba satisfecho de padecer por los hombres y tenia sed de padecer mas. Era una invitacion enérgica y misteriosa que hacia á todos los pecadores, de cuya salvacion tenia sed : no le bastaban los innumerables justos que por su redencion se habian de salvar, desde el principio del mundo hasta el fin ; deseaba que ninguno se perdiese, y tenia aún sed de que fuesen mas copiosos los frutos sobreabundantes de su pasion. *Sitio,* dice Jesus ; sed tengo !

Lo oís pecadores? Aunque Jesus se ha hartado de oprobios, como dijo Jeremías, aunque ya no caben en la posibilidad humana mas tormentos y martirios, pues que ha derramado á torrentes su preciosísima sangre en tantas llagas y heridas como tiene abiertas su sacratísima humanidad ; el concilio, el pretorio, la casa de Anas, Caifas y Pilátos, las calles de Jerusalen, el camino del Calvario y el Calvario mismo está todo regado de esa sangre divina, precio de la redencion del mundo ; no extrañéis que Jesus tenga sed : ese es un tormento mas, una fatiga

cruel, una angustia inexplicable, capaz por sí sola de hacerle morir : considerádlo bien y condoléos de este nuevo martirio. Oh ! y quién pudiera templar la sed del abrasado corazon del Hijo de la Vírgen ! Angeles del paraíso que oisteis enternecidos el llanto de Ismael y le suministrasteis agua, ¿cómo no refrigeráis ahora al Hijo del Eterno ? al hijo de la mejor Agar? Pecadores, corréd con un vaso de agua á templar la sed del que muere por vosotros. *Sitio :* sed tengo, dice Jesus.

Pero no, no lo comprendéis. Esa sed es de padecer mas : no está satisfecho Jesus, quiere mas tormentos, mas azotes, mas espinas, mas empellones, mas heridas, mas clavos, mas cruz : desea padecer mas todavía ; nuevas afrentas, mayores injurias, otras blasfemias, desusados insultos : quiere, anhela, desea, tiene sed y pide que le deis otra muerte, mil muertes ; pues su amor por vosotros es infinito, inmenso, no tiene límites ni término, ni tampoco su deseo de padecer. *Sitio :* así pues, pecadores, armád vuestra diestra sin piedad, y descargád cuantos golpes queráis y os sugieran vuestras pasiones, vuestra malicia y el demonio sobre el despedazado y adorable cuerpo del pacientísimo Jesus ; los aguarda, los espera, tiene sed de ellos : no dejéis que su paciencia se canse, que su sed se mitigue y satisfaga ; mirád que si quiere padecer mas es porque ninguno se pierda ni condene. Haya abundantes martirios para Jesus, para que haya abundante número de redimidos y santos.

Sitio : no bastan en la inmensa caridad y ardiente celo de Jesus por la salvacion de los hombres, el prodigioso número de patriarcas, profetas y justos de la antigua ley ; el lucido escuadron de tantos millones de mártires, que darán su vida por la defensa de la nueva, que es el Evangelio sellado con su sangre ; el cándido coro de las vírgenes, el penitente rango de los anacoretas ; el respetable colegio de los confesores y la prodigiosa multitud de tantos y tantos varones y mujeres ilustres, que renunciando el mundo y practicando la virtud perfecta, habian de ser un irrefragable testimonio del poder salvador de su cruz ; no quiere que ninguno se pierda y así tiene una sed devoradora por salvarlos á todos : *Sitio.*

Y nos salvaremos nosotros? ¿Seremos del glorioso número de los que mitiguen y sacien la sed del Redentor por mas almas ? En nosotros consiste. Ninguno se pierde sino por su propia causa. Así pues, cristianos, vamos á procurar en adelante

saciar la sed que tiene Jesus por hacer justos y santos, siéndolo nosotros.

SEXTA PALABRA.

Consummatum est.
Todo está consumado.
S. Juan, c. 19. *v.* 30.

Todo está ya acabado. La iniquidad de los hombres, la injusticia de los judíos, la impiedad de la sinagoga, la envidia cruel de los escribas y fariseos, y la pasion de Jesucristo, y la redencion del mundo, y la satisfaccion que Dios exigia por el pecado, para abrir de par en par las puertas del cielo á los delincuentes hijos de Adan; todo está ya hecho, todo está cumplido, todo está consumado : *Consummatum est.*

Ah cristianos! Jesus lo dice, colgado de un horrendo patíbulo entre el cielo y la tierra : *todo está consumado.* Ha podido hacer mas por nosotros? ¿No ha bajado desde el seno del Padre para tomar nuestra naturaleza? ¿no ha cargado sobre sí todas nuestras miserias para remediarlas? ¿no le veis en esa cruz próximo á morir para que nosotros vivamos? ¿Pues qué otra cosa ha debido hacer, que no la haya hecho? *quid ultra debui facere vineæ meæ, et non feci?* El establecimiento de una Religion santa y consoladora, toda amor y caridad, en cuyo gremio solamente nos podemos salvar; las abundantes gracias que se nos franquean liberalmente en los santos sacramentos para conseguir por su medio la salvacion; la ley santa del Evangelio, sellada con su preciosa sangre; el inefable consuelo de la presencia augusta del mismo Señor, que se queda con nosotros sacramentado para servirnos de alimento; en fin la bienaventuranza anticipada que se nos prodiga y prepara; todo, todo está ya hecho.

Pero lo está igualmente por nuestra parte? Pregúntese cada uno á si mismo, y con la mano en el corazon resuelva la respuesta. Las iras, las venganzas, la vida licenciosa ó indiferente,

la inmoralidad, la irreligion en las obras; las blasfemias, los juramentos, las obscenidades y escándalos en las palabras; la torpeza, la deshonestidad, los juícios temerarios, los proyectos inicuos, los planes impíos en el pensamiento ¿están ya acabados? ¿Pensamos ya solo en Dios y en la eternidad? ¿hablamos solo para edificar á los otros y para dar gloria á Dios? ¿Obramos solo acciones dignas de penitencia, de arrepentimiento y virtud cristiana? Si así no es, digamos que aún no está todo consumado : digamos que nuestra vida es y será, como hasta aquí, vida de disipacion, de desórden y de abandono; y que no está todo acabado, porque falta consumarse nuestra condenacion eterna. Resolvédlo pues vosotros, pecadores.

De otra manera es indispensable que empecemos una vida nueva, desnuda del hombre viejo y de sus actos, como nos encarga el Apóstol, y vestida del nuevo, que esté adornada segun Dios, de justicia, santidad y verdad. Acábese todo lo que ofende á los ojos de la majestad de nuestro Dios, y que ha consumado el sacrificio de su hijo Jesus. Enmendemos nuestras costumbres, y seamos tan firmes en el propósito de vivir bien, que podamos decir con verdad á Jesucristo : Señor, *consummatum est:* todo está ya consumado tambien por nosotros; los vicios, la mala vida, los pecados, vuestras ofensas, todo, todo se ha concluído. Seremos buenos cristianos, fieles y agradecidos á los beneficios que nos habéis consumado con vuestra muerte y pasion, pues para verificarlo contamos con vuestra gracia, de la que nadie, ni nada del mundo será capaz de apartarnos, porque nuestra santa resolucion está consumada.

SÉTIMA PALABRA.

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum.
Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.
S. Lúcas, c. 23. *v.* 46.

Cristianos, esforzád vuestros temores; animáos todavía, cobrád aliento y preparáos para el último golpe; ya Jesus enco-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mienda su purísima alma, agitada con el espasmo de la muerte, en las manos de su eterno Padre. Da el último á Dios al mundo, la postrera leccion : tenédla presente. Su alma santa y bienaventurada desde el feliz momento, ántes y en el momento mismo de ser criada por Dios y unida á la santa humanidad en el vientre virginal y purísimo, parece que es una redundancia el entregarla ahora en las manos del Padre, pues siempre estuvo en ellas, y siempre gozó de la vision beatífica. Pero Jesus obra aquí como hombre para instruir á los hombres, y enseñarles un importante deber, que ha de echar necesariamente el último sello á la vida cristiana, y ha de ser como la llave maestra que cierre la puerta al mundo, y á la vez abra la de la eternidad.

Hé aquí, á un golpe de vista, toda la sublime enseñanza que nos da el Maestro divino desde la cátedra sangrienta de su cruz, al tiempo de morir. Las obras mas perfectas de la caridad cristiana, que consisten en amar, perdonar y hacer bien á los enemigos, esforzándose con decidido anhelo y ardiente sed, porque consigan su salvacion. Esto lo vemos enseñado por Jesus en sus primeras cuatro palabras, y practicado con su divino ejemplo, salvando al ladron y dejándonos por madre y maestra á su Madre misma, que es la viva representacion del amor mas tierno y de la virtud mas perfecta. La otra parte de la caridad, que es el amor de Dios, está asimismo claramente manifiesta en las tres últimas, cerrando toda la leccion misteriosa, esa entrega voluntaria, aunque precisa, que debemos hacer todos, de nuestro espíritu en las manos de Dios que lo crió á su imágen y semejanza. ¡Ojalá que nuestra dicha sea tan cumplida, y nuestro destino en el mundo tan fielmente desempeñado, que al fin vaya nuestra alma al seno de Dios, que la crió para salvarla!

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu, dice por último Jesus. Mi mision sublime sobre la tierra, que era la redimir á los hombres con mi propia sangre y vida, se ha llenado en todas sus partes; ya voy á unirme á aquel que me envió. Procuremos, cristianos, llenar la nuestra aprendiendo y practicando las importantes lecciones que nos ha dado el Maestro divino. Sea tal nuestra vida, que al acercarse el nuncio de la muerte, podamos confiados decir con el Apóstol, *yo he peleado una buena pelea, he consumado mi carrera, he conservado la fe, ya no me resta mas que recibir la corona de justicia que me tiene preparada y dará el justo juez :* sea tan pura y perfecta nuestra virtud, nuestro amor de Dios y del prójimo, como con su divino ejemplo nos lo ha enseñado Jesus; y apoyados en él, tengamos tanta fe en su santa palabra, que al oir la triste noticia de la muerte, se exalte de júbilo nuestra alma y digamos con el Profeta : *me he regocijado en las cosas que se me han dicho; ya voy á la casa de mi Señor.* En fin nuestra fe, nuestra confianza y nuestro deber cristiano, es siempre dejar nuestra alma y cuanto á su salvacion toca, en las manos de Dios, y principalmente á la hora suprema, en fiel imitacion de Jesucristo.

Padre : en tus manos encomiendo mi espíritu, dijo por última palabra Jesus : *et hæc dicens spiravit,* dice el evangelista. Lo habéis entendido? *y al decirlo espiró.* Ahora, pecadores, sí que está consumada vuestra obra : ya os podéis dar por satisfechos, porque Jesus ha muerto á vuestras manos, á manos de vuestros pecados; queréis mas? No os basta lo que habéis hecho? Pues entónces tomád lanzas y abrídle su corazon amoroso, sacádle cuanta sangre le quede, si es que le resta alguna por derramar; herídle, tirádle piedras, blasfemád de su santo nombre, deshonrádle con vuestra conducta impía y atroz; pero teméd su justicia.

Ah pecadores! muévaos esta á contricion, si ya no os mueve su amor; muévaos á la enmienda de la vida, al arrepentimiento y al dolor. Porque sabéd, repito, que nosotros le hemos crucificado y muerto : á nuestro Jesus, á nuestro Dios, á nuestro redentor y salvador! Este conocimiento, esta confesion pide lágrimas, en lugar de reflexiones, en vez de palabras. Derramádlas en abundancia á los piés de este buen Señor, y de lo íntimo del alma decídle : Señor mio Jesucristo, ya no queremos vivir, sino morir con vos y para vos eternamente. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DEL ENTIERRO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

PARA LA NOCHE DEL VIERNES SANTO.

(DE VALDIGNA.)

Et accepto corpore, Joseph involvit illud in sindone munda; et posuit illud in monumento suo novo, quod exciderat in petra.

Y tomando Josef el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia; y lo puso en un sepulcro suyo nuevo, que habia hecho abrir en una peña.

S. Mateo, c. 27, v. 59 y 60.

Murió la salud de los hombres, falleció la vida de los mortales, acabó sus dias el criador de los meses, de los años y de los siglos; feneció nuestro bien, nuestra felicidad, nuestro maestro, nuestro pastor, nuestro sacerdote, nuestra víctima, nuestro Padre dulcísimo. De un golpe hemos quedado huérfanos de tal padre, y privados de todos los bienes. Maligna envidia, ya habrás quedado satisfecha, pues has vomitado tu veneno contra la mayor inocencia que verán los siglos, contra el héroe mas grande que hay en los cielos y en la tierra. Ya habrás quedado satisfecha, pues te han salido como deseabas todas tus perversas maquinaciones, para dar afrentosa muerte á aquel Señor, á quien has aborrecido con odio implacable, porque daba vista á los ciegos, oído á los sordos, el uso de la lengua á los mudos, libertad á los endemoniados, vida á los difuntos, salud á todos los enfermos, y porque era bienhechor universal de todos los hombres. Ya has logrado verle en una cruz, como si fuera un ladron, y en compañía de ladrones, blasfemado, escarnecido,

desnudo, desamparado, hecho el oprobio de los hombres, el desprecio de una plebe vil, el escarnio de las naciones; con lo cual piensas que su nombre ha de ser borrado de la memoria de los mortales, ó que será el borron de todos los siglos. Maligna envidia, tienes algo mas que hacer? ¿te queda algun veneno que vomitar contra aquel Señor, á quien no solo has atormentado vivo, sino tambien has injuriado difunto, abriéndole el pecho con un golpe de lanza, sin duda porque no querias que le quedase sangre alguna que derramar? Si has hecho todo lo que deseabas, aparta, huye, deja el Calvario, que aquí ya no queda lugar para tu fiereza: Dios ya no quiere mas satisfaccion de su amado Hijo, pues ya la ha exigido toda. Despues de tus crueldades, es razon que tenga algun lugar la piedad; y que tratemos de dar honorífica sepultura á aquel santísimo cuerpo, en quien la rabia de sus enemigos, aliada con el poder de las tinieblas, ha ejecutado cuanto ha querido. Bien quisiera el odio de los pontífices y demas enemigos de nuestro Salvador, que su santísimo cuerpo pasase por las demas afrentas, que eran comunes á los otros reos que morian en el afrentoso suplicio de la cruz, los cuales eran sepultados en el mismo sitio del Calvario, en donde no tenian otra honra, que la de estar entre otros facinerosos. Mas la divina Providencia habia determinado, que el sepulcro de nuestro divino Salvador fuese glorioso y honorífico, como ántes lo habia vaticinado el profeta Isaías (1). Y ¿qué honras y exequias tiene prevenidas el eterno Padre para su Hijo? ¿para aquel Hijo, que por su amor y por su obediencia se sujetó á la impiedad de los juícios humanos y al furor de sus enemigos? ¿Serán sus exequias tan honoríficas, como las que le dispuso Abrahan á Sara (2), Isaac á Abrahan (3), y Betulia á Judit? (4) Muy escasa es esta honra para la que se debe á tan grande héroe. ¿Serán estas exequias como las que hizo Josef á su padre Jacob? Muy honoríficas fueron estas. Murió Jacob en Egipto, y ántes de espirar mandó á su hijo Josef, que su cuerpo fuese trasportado desde aquella provincia á la tierra de Canaan, ó tierra de Promision, en donde estaban sepultados sus antecesores. En cumplimiento de este mandato, así que espiró Jacob, fué ungido su cuerpo con preciosos aromas, y despues de haberle llorado setenta dias, segun la costumbre de los

(1) *Isai. c. 11. v. 10.* (2) *Gen. c. 23.* (3) *Ibid. c. 25.* (4) *Judith. c. 16.*

egipcios, emprendió Josef el largo viaje, llevando consigo el cadáver de su amado padre. Iban en su comitiva todos los senadores y magnates de Egipto; los hermanos de Josef con todos sus hijos, excepto los párvulos; un tren considerable de carrozas y caballos, multitud de sirvientes y un concurso muy grande y muy lucido. Despues de muchos dias de viaje llegó esta comitiva á las orillas del Jordan, y habiendo llorado allí por espacio de siete dias la muerte de Jacob con muchas lágrimas y demostraciones vivísimas de dolor (1), le sepultaron en aquel mismo sitio que Abrahan compró para su sepultura. Estas son unas de las exequias mas honoríficas que nos acuerdan los Libros sagrados, y acaso serán figura ó sombra de las que el Padre eterno dispuso para su amado Hijo. Murió Jacob el luchador; murió tambien nuestro Señor Jesucristo, luchador invencible, que triunfó de la muerte, del demonio y del pecado. No quiso Jacob ser enterrado entre los infieles egipcios; tampoco quiso el eterno Padre, que su Hijo fuese enterrado entre delincuentes. Estuvo Josef encargado de hacer las exequias á su padre; otro Josef tomó á su cargo el hacerle las honras á su Maestro. Mas ¿dónde están en las exequias de nuestro divino Salvador, el aparato, la pompa, el tren y lucido acompañamiento que tuvo Jacob? ¿dónde las lágrimas y el llanto de tantos dias, que son las demostraciones con que se explica el dolor, que ocasiona la pérdida de los grandes héroes? No falta pompa, oyentes, ni faltan lágrimas en estas exequias. Estádme atentos, miéntras que os demuestro, cuán honoríficas fueron las exequias que le dispuso el Padre eterno á su amado Hijo.

Josef de Arimatea, uno de los senadores que componian el supremo consejo de Jerusalen, era discípulo de nuestro Señor Jesucristo, aunque oculto, porque el odio y la envidia, que profesaban al Señor los demas que componian aquel tribunal, inspiraba no poco temor á las personas nobles, que se habian aficionado á la doctrina del Maestro de la vida. Mas así que espiró nuestro Salvador en la cruz, así como el centurion le confesó por Hijo de Dios, convencido de los portentos que observó, sucedidos miéntras el Señor estuvo en la cruz, así tambien Josef,

(1) *Gen.* c. 50. v. 10.

depuesto el temor que hasta entónces le habia hecho ocultar que era su discípulo, despreciando los riesgos con que le amenazaba el furor de los pontífices, lleno de ánimo y aún de osadía, como dice el sagrado texto, se fué á Pilátos, y le pidió el cuerpo del ya difunto Señor, para darle honrosa sepultura. Esta fué una accion muy honorífica para Jesucristo, pero de sumo riesgo para Josef. Era el suplicio de la cruz sumamente afrentoso: *ninguna muerte era mas ignominiosa que esta*, dice el Padre san Agustin (1). Eran malditos de Dios los que morian en semejante patíbulo, de suerte que mandaba Dios en el Deuteronomio, que en el mismo dia en que fuesen ajusticiados estos reos, fuesen depuestos del patíbulo y sepultados, para que no quedara manchada la tierra con el aspecto de tales facinerosos (2). Por consiguiente no habia ejemplar que á ninguno de estos ajusticiados se le diera honorífica sepultura; ántes con la prisa que llevaban para arrojarlos cuanto ántes de su presencia, los sepultaban entre los demas delincuentes en el Calvario. Por donde se ve que esta accion de Josef, no solo llevaba consigo la nota de novedad, queriendo tratar con honra al que era maldito de Dios, sino que por lo mismo era una expresa reprobacion de todo lo que los pontífices, el pueblo y el presidente Pilátos habian ejecutado contra la venerable persona del Salvador del mundo. Esto era significar expresamente, que Jesucristo no era lo que se le habia imputado; que no era ambicioso, ni alborotador, ni blasfemo; y que los pontífices se habian movido de envidia, el pueblo llevado de una precipitacion diabólica, y el mismo presidente de una condescendencia injusta é indigna de un superior. Todo esto queria decir en suma la accion de Josef al querer dar sepultura honorífica á Jesucristo nuestro bien. ¿Cuánta seria la indignacion de sus ánimos, viendo que aquel á quien habian desamparado los públicos discípulos de su escuela, era honrado de los que hasta entónces habian sido apasionados ocultos? ¿y que aquel nombre que ellos habian procurado hacer abominable, habia quien pretendia hacerlo honorífico, dándole sepultura tan distinguida? Si hubiéramos de dar crédito á ciertas actas que se han publicado, que se suponen hechas de órden del emperador Tiberio contra Pilátos, por la injusticia que cometió contra Jesucristo, seria pre-

(1) *Illa morte nihil pejus in omni genere mortium.* Aug.
(2) *Deut.* c. 21. v. 23.

ciso decir, como consta de ellas, que Josef estuvo preso á instancia de los pontífices, por haber dado honrosa sepultura á nuestro Salvador. Pero estas actas no tienen reputacion alguna entre los eruditos, se tienen por falsas y supuestas, y este sagrado puesto en que me hallo, es cátedra de la verdad, de donde debe estar muy distante toda especie de falsedad ó mentira. Lo que es ajeno de toda duda ó por lo ménos muy verosímil, es que nunca dijera el sagrado texto, que Josef llegó con osadía á Pilátos á pedirle el cuerpo de nuestro Salvador, si esta demanda no fuera muy arriesgada, pues no hay osadía sino en aquellas acciones, que tienen mucho riesgo en su ejecucion. Mas así como Pilátos despreció los intentos de los pontífices, y puso en el título de la cruz escrito en tres lenguas, que Jesucristo era legítimo rey de los judíos, así Josef movido de particular inspiracion de Dios, que queria honrar á su Hijo en la sepultura, despreciando los procederes de los pontífices y del mismo presidente, su envidia, su rabia, y todos los riesgos que le amenazaban, lleno de una santa animosidad, llegó á Pilátos, y sin estudiadas sumisiones ni preámbulos de adulacion, le pidió el cuerpo del difunto Señor, para darle sepultura correspondiente á su carácter, ó á lo ménos la mas honorífica que pudiese, para que ya que habia sido deshonrado vivo, fuese honrado difunto. Condescendió desde luego Pilátos á la súplica, y consolado Josef con esta gracia, en compañía de otro discípulo del Señor llamado Nicodémus, prevenidos de cien libras de ungüentos aromáticos y de los sudarios precisos para envolver el sagrado depósito, acompañados de criados y de sirvientes, se encaminaron al Calvario, para dar principio á las piadosas exequias del Hijo de Dios.

No es mi ánimo detenerme en descifraros ahora el dolor de estos piadosísimos discípulos, cuando desenclavaron de la cruz el sagrado cuerpo, y examinaron de cerca los efectos de la envidia farisaica y el horrible estrago que hicieron en la inocentísima carne del Hijo de Dios los golpes, las espinas, los azotes, los clavos y la cruelísima lanza. Sus corazones quedaron penetrados de sentimiento, traspasados de una vivísima pena; y tal vez por no aumentar la que martirizaba á la dolorosísima Madre, ahogarian los suspiros, oprimirian los gemidos y desearian contener las lágrimas de sus ojos: harian lo que podrian; mas cuando la pena es mucha, no hay artificio para disimularla. Cede toda industria á la grandeza del dolor: tampoco os quiero referir la amargura inexplicable, que inundó el corazon de la gran Reina del cielo, cuando tuvo en sus manos la corona de espinas que atormentó aquella sagrada cabeza, encargada del gobierno de todo el mundo, y los durísimos clavos, que quitaron la vida al que es vida de todos los que la tienen. Ni os referiré la penetrante espada que atravesó el corazon virginal, cuando tuvo en sus brazos á su difunto Hijo, y le vió todo ensangrentado, herido y trasformado en una llaga desde la cabeza hasta los piés. Acaso entónces haria comparacion de la primera vez que le tuvo en sus brazos, con esta última que le tenia en los mismos. Cuán diferentes habian sido los sucesos! ¡cuánta diferencia habia entre la dulzura de Belen, y las amarguras del Calvario! Entónces todo fueron finezas; ahora todo amarguras: entónces todo delicias del amor; ahora todo aflicciones de la pena: entónces adorado de testas coronadas; ahora vilipendiado entre malhechores: entónces venerado como sumo sacerdote; ahora sacrificado por la envidia de los sacerdotes: entónces reconocido como supremo monarca; ahora reputado por peor que un sedicioso, que un homicida y que un ladron. Nada de esto quiero referir, porque si me detengo al pié de la cruz, es tanto lo que hay que considerar en este suceso, que me faltará tiempo para que acompañemos á nuestro Salvador hasta el sepulcro.

Así pues que aquellos piadosos varones, acompañados del evangelista san Juan, bajaron á nuestro Señor de la cruz, despues de un breve espacio que permitieron á la afligida Madre que le tuviera en sus brazos, para que esta Señora no desfalleciese en su pena, le quitaron de ellos y comenzaron desde luego á embalsamar el sagrado cuerpo, empleando en esto todas las cien libras de aromas, pues segun costumbre de los hebreos, en la uncion de los cadáveres de las personas nobles se acostumbraba emplear toda esta cantidad de ungüentos. Luego fué colocado el sagrado cuerpo en un lienzo de lino muy delgado y grande, capaz de envolver todo el sagrado depósito; y puesto el sudario en el rostro, y afianzado este y la sábana con preciosas ligaduras, Josef, Nicodémus, el evangelista san Juan y el centurion levantaron el sagrado cuerpo, y aplicando á él sus hombros con toda veneracion y respeto, llevando sobre sí la verdadera Arca del testamento, tristes, llorosos, y arrancando

profundos suspiros de lo íntimo del corazon, se encaminaron hácia el sepulcro, seguidos de la afligidísima Madre, y de aquel pequeño número de mujeres, discípulas fidelísimas de nuestro Salvador. Y qué? no hubo mas pompa en este entierro que la que vemos? no hubo mas acompañamiento? ¿no hubo otro concurso que este, que no excede de ocho personas principales? Si ántes os dije, que las exequias de Jacob fueron parecidas á las de nuestro Redentor, ¿dónde está la similitud? Si aquel entierro tuvo un crecido número de personas ilustres que vertian lágrimas, y un acompañamiento tan lucido, ¿dónde está aquí el lucido acompañamiento y la muchedumbre de los afligidos, que lloren la muerte de nuestro amado Dueño? ¿No tiene el Padre eterno prevenidas mejores honras para su difunto Hijo? Sí, amados hermanos mios: otro acompañamiento hubo, otros personajes ademas de los referidos, que acompañaron á esta piadosa funcion. Sentemos, señores, por cosa cierta, que Jesucristo nuestro bien no tuvo ángel custodio que le guardase, como le tenemos los demas hombres desde el instante en que se nos infundió el alma racional, porque como Jesucristo es Dios por la union de las dos naturalezas en la persona del Verbo, no necesita de alguno que le guarde ó le defienda, siendo este Señor el defensor de todos los suyos, contra cuyas fuerzas nada pueden las de sus contrarios. Mas aunque no tuvo ángeles en su defensa y custodia, los tuvo para su obsequio y servicio, y no uno ú otro ángel, sino todos los celestiales espíritus, todo el numerosísimo ejército de estas excelentes criaturas, los cuales se esmeraban á competencia en obsequiar á su legítimo Señor. Así cuando san Pedro hirió en el huerto al criado del pontífice, le dijo el Señor: *vuelve la espada á su lugar: ¿piensas tú, que si yo lo pido á mi Padre, no me enviará al instante doce legiones de ángeles para mi defensa?* (1) De la misma suerte despues que nuestro Salvador venció y burló en el desierto la astucia de Satanas, que le tentó de gula, de ambicion y de presuncion, al punto estuvieron prontos los santos ángeles para obsequiar á su Rey triunfador, *sirviéndole la comida en aquella soledad* (2). Y baste saber que nuestro Señor Jesucristo es tan dueño de los ángeles, como de todas las demas cosas criadas, para comprender, que en cualquier ocasion tenia prontos á todos estos soberanos espíritus para su obsequio y servicio. Pues si los ángeles estuvieron tan prontos á obsequiar á este Señor, cuando consiguió un pequeño triunfo de Satanas, ¿qué obsequio no le harán ahora que acaba de conseguir el mas esclarecido triunfo que han visto ni verán los cielos, en el cual han quedado postradas y deshechas las fuerzas del pecado, de la muerte y del infierno; en que ha sido despojado el Fuerte armado, que por el largo espacio de cuarenta siglos estaba en la tiránica posesion del linaje humano, que gemia bajo tan pesado yugo? ¿Cómo es posible que estos fidelísimos criados dejaran de obsequiar en esta ocasion á su difunto Dueño? No es verosímil esto, oyentes devotísimos; y así es preciso conceder, que en esta ocasion en que el Padre eterno habia determinado honrar á su Hijo, asistirian sin duda los santos ángeles á las exequias y á las honras de nuestro divino Salvador.

(1) *Matth.* c. 26. v. 52 *et* 53. (2) *Matth.* c. 4. v. 11.

Por tanto yo me figuro que desde el Calvario hasta el sepulcro, en donde iban á colocar á nuestro Señor Jesucristo, se formaron los santos ángeles en dos órdenes y en diversos coros, para cantarle las exequias á su legítimo Rey y Señor. Puede ser que los serafines, como ministros de superior jerarquía y mas allegados al trono de la Divinidad, aplicaran tambien sus hombros á llevar el sagrado cadáver; que aunque de él estaba ausente el alma, quedaba unido á la Divinidad. Con este órden y con este acompañamiento comenzó á hacerse esta dolorosísima procesion. No son capaces los celestiales espíritus de sentimiento, porque son bienaventurados, y no es compatible en ellos alguna pena, estando llenos de suma gloria; mas si hubieran sido capaces de dolor, en esta ocasion lo hubieran experimentado tan grande, que hubiera acabado con su vida, viendo á su divino Dueño tan maltratado, tan herido, y aún deshecho á violencia de la furia de sus enemigos. *Entónces,* como dice el profeta Isaías, *hubieran llorado amargamente los ángeles de paz* (1). Mas lo que no hacian las lágrimas, lo hacian las admiraciones y los cánticos. Yo, diria algun ángel, yo fuí el que detuvo el brazo de Abrahan, para que no descargara el golpe sobre su amado hijo Isaac para el sacrificio: aquel sacrificio fué figura del que este Señor ha hecho en la cruz. ¡Oh, quién hubiera podido detener el brazo de la divina justicia, para que el

(1) *Isai.* c. 33. v. 7.

Padre eterno no hubiera permitido, que sobre su amado Hijo se diera un golpe tan fiero y tan sangriento! Yo, diria otro ángel, fuí aquel que le anunció á Abrahan, que habia de tener un hijo, en quien habian de ser benditas todas las gentes. Y veis aquí cumplida esta profecía, pues en la pasion y muerte de este Señor serán benditas todas las naciones del mundo, extendiéndose á todas el fruto de su copiosa redencion. Yo, diria otro ángel, fuí destinado á hacer centinela en las puertas del Paraíso, para que no entrase en él alguno de los mortales, despues que fué arrojado de aquel sitio el primer hombre. Mas veis aquí ajada y destruída esa santísima Humanidad, mucho mas amena y floreciente que el otro Paraíso; de la cual salen, no cuatro, sino cinco caudalosos rios de sangre, para fertilizar la tierra maldita de los hijos de Adan. Yo, diria otro soberano espíritu, fuí aquel que di la muerte á todos los primogénitos de Egipto, cuyas puertas no estaban esmaltadas con la sangre del cordero. Mas veis aquí el cordero divino, que con su sangre ha esmaltado á todos los hombres, de suerte que todos pueden, si quieren, evitar la muerte eterna. Yo, diria otro, fuí aquel ángel que precedia en el Desierto á todo el ejército hebreo, que de noche le alumbraba como una coluna de fuego, y de dia le protegia de los ardores del sol, como una espesa nube lo hace; y ved aquí, que este Señor con su pasion ha deshecho las tinieblas de la culpa, y ha mitigado los ardores de la concupiscencia. Yo, diria otro ángel, fuí aquel que estuvo toda la noche luchando con Jacob, el cual quedó herido en el muslo. Mas aquí veis al que ha luchado con el príncipe de las tinieblas, y con todos los ángeles apóstatas, venciéndolos en campal batalla; mas ha quedado herido en la cabeza, en las manos, en el costado, en los piés y en todo su santísimo cuerpo, ha recibido en sí todas las heridas, para curar de las suyas á los hombres. Yo soy aquel ministro, diria otro de estos soberanos espíritus, que en una noche pasé á cuchillo á ciento y ochenta y cinco mil hombres del ejército de Senaquerib, para castigar su insolencia; mas ¿qué tiene que ver esta victoria con la que acaba de conseguir este Señor, que con su muerte ha destruído todo el furor de la muerte, y ha despojado los principados y potestades de las tinieblas, para castigar su envidiosa tiranía? Yo, diria tambien otro, soy aquel ángel, que para castigar la vanagloria de David, de órden del Señor encendí una peste cruel en

aquel pueblo, que en solo tres dias quitó la vida á setenta mil personas. Pagó el pueblo la culpa de un príncipe, que tal vez por inconsideracion quiso saber, en qué consistian todas sus fuerzas militares. Mas ahora los delitos de todo el género humano los ha pagado su legítimo Príncipe, en quien no hubo ni pudo haber la mas mínima culpa. Veisle aquí *despedazado por los delitos de su pueblo*, para que se cumpliera el vaticinio de Isaías (1). Yo soy aquel ángel, diria otro, que á los tres mancebos que fueron arrojados en el horno de Babilonia, les templé los ardores de las llamas, de modo que los convertí en un blando rocío, y salieron intactos de aquel incendio. Mas veis aquí al Señor, á quien las llamas ardentísimas de su amor le han abrasado, le han consumido, haciendo que se ofreciera en holocausto á su eterno Padre, para librar á los hombres de las voraces llamas del fuego infernal. Yo soy aquel ángel, diria otro, que tenia á su cargo conmover el agua de la fuente de Jerusalen, conocida por el nombre de Piscina, para que el primer enfermo que se introdujese en ella despues de la conmocion de las aguas, lograse la salud, curando de cualquier enfermedad. Mas ved aquí otra fuente en este santísimo cuerpo, con cinco pórticos ó cinco llagas patentes y abiertas para todo el mundo, para que reciba la salud, no solo el primero que éntre, sino el primero y el postrero, y todos los que quieran entrar. Aquí se da á beber aquella agua, que quien la gusta, nunca jamas estará sediento. De esta suerte cada uno de aquellos espíritus angélicos á competencia haria cánticos de alabanza al Señor, y cánticos, que no los pueden explicar ni entender mis cortos alcances. Eran cánticos dictados de un saber altísimo, de un respeto profundo, de un amor encendido, y en ocasion de un triunfo el mas señalado. Porque como en las exequias se suele hacer memoria de las acciones de los grandes héroes; ¿quién duda que estos soberanos espíritus, altamente instruídos de las acciones del Verbo humanado, le alabarian por todas ellas, haciendo suavísimos cánticos á su paciencia inefable, á su invencible fortaleza, á su obediencia insigne, á su incomprehensible mansedumbre y á su encendidísima caridad? Sin duda que esto es muy verosímil; no dejarian de honrar en esta ocasion á nues-

(1) *Isai. c. 53. v. 8.*

tro difunto Redentor los soberanos espíritus, criados fidelísimos de este Señor.

Y qué? ¿fueron estas todas las honras, que recibió nuestro difunto Dueño en este lance? Pues que su benditísima Madre nada dijo? Esta soberana Señora, mas sábia que todos los ángeles juntos, en cuyo pecho habia mas amor que el que estaba distribuído entre todos los serafines, ¿guardó silencio en esta ocasion? A la verdad, oyentes, mas dispuesta estaba para rendir el último aliento de su vida, que para articular palabra alguna, porque la grandeza del dolor así le habia ocupado todas sus potencias y sentidos, que aunque magnánima, apénas le quedaba aliento para otra cosa que para llorar y gemir. Los ángeles alabaron al Señor, admirados de la grandeza de sus obras, mas sin verter lágrimas; pero esta Señora, que tenia mas conocimiento de las obras de su Hijo, y de todo lo que encierran las santas Escrituras figurativas de este suceso, le alababa y le engrandecia; mas la pena y sentimiento la martirizaban. Y ¿qué haré yo sin ti, diria la afligidísima Reina dentro de su corazon? ¿Qué haré sin ti, lumbre de mis ojos, blanco de todos mis deseos, descanso de mis potencias y sentidos, y único bien mio? Habiéndote perdido á ti, ¿qué consuelo puedo tener? No habia para mis males otro alivio, sino morir contigo: esto me fuera algun consuelo, porque vivir sin ti no es vida; es muerte, es un cuchillo que no se aparta de mi corazon. ¿Así, bien mio, así te paga la sinagoga los beneficios que le has dispensado? ¿Este es el pago que te ha dado ese pueblo, que elegiste entre todas las naciones del mundo para pueblo tuyo? ¿Vertiendo tú sobre él tus misericordias, él ha derramado ahora sobre ti todas sus iras? Oh, si las hubiera dirigido contra mí! oh, si contra mí sola hubiera dirigido su furor! ¡Con cuánto gusto hubiera yo ofrecido mi vida por salvar la tuya! Mas ahora entrambos la hemos perdido: vos, Hijo mio, porque estáis muerto, y yo porque sin vos estoy sin aliento. Vos, dueño mio, muerto entre tantas penas, no porque habéis hecho mal, sino por haber hecho bienes; no porque sois malhechor, como dice la rabia de vuestros enemigos, sino porque los habéis colmado de favores, curando sus enfermos, consolando á los tristes, dando libertad á los endemoniados, enseñando á los ignorantes y resucitando á los muertos. Si por todo esto merecéis su amor y su veneracion, ¿por

qué os han de pagar estos beneficios con tan horribles agravios? Ah envidia cruel! ¿Por qué no has convertido contra mí tu saña, dejando intacto al mayor bienhechor? Ahora veo que *el amor es fuerte como la muerte, y la emulacion dura como un infierno* (1): si no es que diga, mas fuerte que la misma muerte, porque me hace experimentar mortales agonías, sin concederme el descanso de morir. Mas por lo ménos, dulce bien mio, concedédme una de dos cosas, ó que seáis sepultado dentro de mí, ó que yo sea colocada con vos en el sepulcro. Dentro de mis entrañas ya estáis acostumbrado á estar vivo: dignáos pues ahora de estar difunto. Tierra soy, descendiente soy del barro, bien que por tu dignacion no soy tierra maldita, como los demas hijos de Adan, soy tierra sacerdotal, exenta de los tributos comunes á los demas hombres. Aquí pues en este barro y en esta tierra puedes ser sepultado. De esta suerte, aunque tenga la pena de verte muerto, tendré el consuelo de tenerte conmigo; y si no soy merecedora de este favor, permitídme á lo ménos, que sea sepultada en vuestra compañía. Esto es lo único que, no solo dará alivio á mis penas, sino que acaso sostendrá mi vida, para que no la pierda; porque si el sepulcro de vuestro siervo el profeta Eliseo fué bastante para restituir la vida á un difunto, el estar sepultada en vuestra compañía será toda mi vida, ó el único remedio para conservarla. Así me parece, oyentes, que hablaria dentro de su corazon esta angustiada Madre. Pero qué digo? Hablaria cual ninguno habló jamas; gemiria cual ninguno ha gemido, aunque gimieran los ángeles y hablaran todos los espíritus celestiales. Estas fueron las honras y exequias, que se hicieron á Jesus difunto en esta ocasion. Así, acompañado y engrandecido de los ángeles, obsequiado de aquellos piadosos varones, entre las lágrimas de todos y entre los gemidos de la amantísima Madre, llegó esta devota procesion á aquel huerto, en donde Josef tenia labrado para sí un sepulcro nuevo. Bajaron de sus hombros el sagrado depósito, lo dejaron en el suelo con toda reverencia, y levantando la lápida del sepulcro, colocaron en él al divino Señor, dejándose todo el acompañamiento en aquel lugar sus corazones: con especialidad dejó allí el suyo, sus sentidos, sus potencias y su alma la dulcísima Madre. Bien quisieran todos quedarse allí en

(1) *Cantic. c. 8. v. 6.*

compañía del sagrado cadáver, postrados en el suelo, como los amigos de Job, y llorando amargamente la pérdida de su bienhechor; mas la noche que entraba á toda prisa, y la ocasion que no permitia irritar mas á los enemigos del Señor con estas demostraciones piadosas, les obligó á cerrar el sepulcro, y poner fin á esta piadosa funcion.

Mas detenéos un poco, piadosos varones: no echéis la lápida al sepulcro; no cerréis tan presto ese divino tesoro, que todavía hay quien obsequie á ese Señor, y es justo que á los siervos se les permita obsequiar y llorar á su legítimo dueño difunto. Qué ¿nosotros no hemos de concurrir á las exequias y llorar la pérdida de nuestro padre, y de nuestro bienhechor liberalísimo? Ya que hemos acompañado á este Señor con la fe, ¿no será justo que le paguemos el tributo del amor? Y qué tributo es este, me diréis vosotros? ¿Qué exequias podrán hacerle los pobres y los ignorantes, á quien se halla obsequiado de tan excelentes criaturas, en quienes el saber y el amor se están haciendo competencia? Aunque nuestros tributos, amados oyentes, sean pobres y limitados, debemos pagarlos. En las exequias de Efestion, privado é íntimo amigo de Alejandro el Grande, se compitieron á un mismo tiempo la riqueza y la profusion. Doce mil talentos, que son mas de diez y ocho millones de pesos de nuestra moneda, empleó este príncipe en las exequias de su amigo. Tantos fueron los aromas, los bálsamos, los tapetes, las telas preciosas, el oro y los diamantes, que se arrojaron dentro de aquella hoguera, en donde se abrasaban los huesos y el cadáver de Efestion: con lo cual manifestó aquel príncipe el vicio de su prodigalidad y el exceso de su amor. Este rito de quemar los cuerpos de los difuntos lo adoptaron casi todas las naciones del mundo: el cuerpo de Saúl y de Jonatas fueron quemados en las exequias que se les hicieron (1). Igualmente fué quemado el cuerpo de Asa, rey de Judá (2), y el de otros muchísimos; y nuestro Señor mandaba en el Levítico, que los cuerpos de aquellos animales, cuya sangre se habia derramado para rociar con ella el santuario, que era el sacrificio que se hacia por los pecados, que estos cuerpos, digo, miéntras que el ejército hebreo estaba acampado, fueran quemados en un lugar apartado del campamento; y cuando estos sacrificios se

(1) I. *Reg.* c. 31. v. 12. (2) II. *Paralip.* c. 16. v. 14.

hacian en el templo, fueran quemados estos cuerpos fuera de las puertas de la ciudad. Y como la muerte de nuestro Señor Jesucristo estuvo figurada en aquellos sacrificios, por eso dice el apóstol san Pablo, que padeció nuestro Señor fuera de las puertas de Jerusalen (1). De donde se ve, oyentes, que el sagrado cuerpo de nuestro Salvador está ardiendo, se abrasa, no entre llamas de fuego material, sino en los incendios de su purísimo amor. Esto vemos con los ojos de la fe; presente lo tenemos. Y qué? ¿nada echaremos nosotros dentro de esa hoguera, para hacerle las exequias á nuestro amado Redentor? No nos pide oro, ni plata, ni diamantes, ni aquellas preciosidades que arrojaban los gentiles en las hogueras en que abrasaban los huesos de sus amigos: no nos pide otra cosa, como dice el mismo Apóstol, sino que salgamos fuera del campamento de este mundo; *que dejemos la aficion de las cosas terrenas, y que llevemos en las manos ó en nuestros corazones las afrentas y oprobios que padeció por nuestro amor* (2). Veis aquí, amados mios, cómo hemos de hacer las exequias á nuestro difunto dueño. Y ¿seremos nosotros tan crueles, que no tengamos memoria de estas afrentas de nuestro Salvador? ¿Qué cosa hay, oyentes, que no nos acuerde este beneficio? La santa cruz, que vemos colocada por los caminos, por las calles, en vuestra misma habitacion, y que formamos frecuentemente sobre nosotros mismos, ¿qué otra cosa es que un vivísimo recuerdo de la pasion de Jesucristo? Los santos sacramentos, que con tanta frecuencia recibimos, ¿qué otra cosa son sino unas fuentes copiosísimas, que dimanan del costado de nuestro divino Salvador, por las cuales se nos comunican los méritos de su pasion y muerte? El sacrificio de la misa, que con tanta frecuencia vemos celebrado en nuestros templos, ¿qué otra cosa es que una reiteracion de aquel sacrificio, que este Señor hizo de sí mismo en la cruz? No hay otra distincion entre uno y otro, sino que el de la cruz fué dolorosísimo, y este sin dolor; en la cruz vertió su preciosísima sangre, y en el altar no se derrama. Pues ¿cómo, á vista de tantos recuerdos de la pasion de nuestro Dueño, podremos estar sin la memoria de este beneficio, y sin tenerlo estampado en el alma? Toda la gloria de un cristiano es la cruz;

(1) *Hebr.* c. 13. v. 11 *et* 12. (2) *Hebr.* c. 13. v. 13.

toda la nobleza de un cristiano es la cruz; toda la felicidad de un cristiano es la cruz; todas las riquezas de un cristiano son la cruz: de suerte que la cruz y pasion de nuestro divino Salvador es nuestro tesoro, nuestra felicidad, nuestra gloria y nuestra nobleza. Veis aquí cómo hemos de hacer las exequias á nuestro difunto Dueño, dejando las aficiones de las cosas terrenas y estampando en nuestro corazon las afrentas de Jesus: así hemos de acompañar á este Señor hasta el sepulcro. Y si en nosotros hay algun amor, ¿cómo podremos dispensarnos de arrojarnos con intrepidez á aquellas llamas de caridad, en que está ardiendo el difunto cuerpo de nuestro redentor Jesucristo? Introduzcámonos dentro de su sagrado pecho; abierta está la puerta á violencia de una lanza: por muchos que sean los que quieran entrar, para todos habrá acogida. Esa es la oficina del amor; ahí está aquel prodigioso fuego, que Jesucristo vino á encender sobre la tierra; ahí están aquellas llamas, que nos han de purificar de todas las aficiones terrenas. Esta es aquella piedra del desierto, herida con la vara, no de Moises, sino de la divina justicia, que se ha desatado en copiosos raudales, y en rios abundantísimos, para satisfacer la sed de todo el mundo. Vamos pues á beber todos los sedientos; no apartemos de ella nuestros labios ni nuestro corazon: aquí hemos de quedar en compañía del Señor. Gustos, placeres mundanos, falsos halagos de los sentidos, engañoso mundo, quédate allá, y ¡ojalá que nunca hubiera yo experimentado tus traiciones. Ya para nosotros no hay mas felicidad ni mas gloria, que estar sepultados en compañía de nuestro Dueño: por lo ménos allí han de quedar para siempre nuestros corazones. Ea, varones santos, ponéd la lápida; cerrád ya el sepulcro; mas encerrádnos tambien á nosotros. Y para que no desmerezcamos esta dicha, procuremos lavar primero nuestra alma y nuestro corazon con la contricion verdadera. ¡Ó fuente divina, en donde son lavadas nuestras manchas! lavádnos de todas ellas. Os protestamos, Señor, con todas las fuerzas de nuestro espíritu, que las aborrecemos; no podemos ver vuestro santísimo cuerpo maltratado y difunto sin que leamos en sus heridas la fiereza de nuestras culpas. Ó culpas mas amargas que la hiel! ó formidables engaños! Nos pesa de todo corazon de haber incurrido en ellos. Dignáos, Señor, de tener piedad de nosotros: no permitáis que seamos por

mas tiempo indignos de los frutos de vuestra pasion: no permitáis, que se aparte jamas de vos nuestra memoria, nuestro entendimiento y nuestra voluntad. Estos son los dones, que ofrecemos á esas llamas en que ardéis: recibídlos con benignidad. Concedédnos que seamos sepultados con vos, para que siendo participantes de vuestra sepultura, seamos tambien participantes de vuestra resurreccion en la gloria. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE LA SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.

PARA EL VIÉRNES SANTO.

(DE SANTANDER.)

Posuit me desolatam, tota die mœrore confectam.
Me puso desolada, consumida de tristeza todo el dia.
Jerem. Lament. c. 1. v. 13.

¡Qué espectáculo tan funesto es el que se presenta á nuestra vista en este templo! ¡Qué objetos tan melancólicos registra nuestra consideracion en todo el orbe! La santa Iglesia omite sus alegres cánticos, y sustituye en su lugar tristísimas lamentaciones; cubre sus altares de luto y oculta sus mas preciosos adornos; apaga sus brillantes luces y todo queda en silencio y en tinieblas. El mundo parece va á dar los últimos suspiros; el Sol murió al medio dia, y está como amortajado en un saco ceniciento ó de silicio; la luna perdió su luz, cambiando su argentada claridad en negro luto, que viste todo el cielo; la tierra tiembla, los sepulcros se abren, las piedras se parten, los muertos resucitan, el velo del templo se rasga, y todo nos manifiesta que perece el mundo, ó que el Dios de la naturaleza padece. Qué es esto, cristianos mios? Ay! si yo pudiera llevaros conmigo, y con un rápido vuelo haceros presente aquel dia, aquella hora, que no conoció el mundo ni conocerá otra mayor para su remedio; aquel dia que mas que otro alguno empeña nuestra consideracion para compadecernos; aquel dia, aquella tarde del viérnes santo; aquel monte, aquel Calvario, aquella Jerusalen, aquel cadalso en que se daba afrentosa muerte á los

malhechores. Qué veríamos? que oiríamos? Ay qué horror! qué espanto! qué estremecimiento! Á la escasa luz que permitirian las tinieblas que inundaban toda la tierra; al corto espacio que á la quieta consideracion darian la turbacion de los hombres, el espanto de los demonios y la admiracion de los ángeles, veríamos tres hombres lastimosamente afrentados y clavados en tres cruces: los dos facinerosos, y en medio de ellos, ya difunto á violencias de la crueldad y la injusticia, al que es la suma inocencia, al autor de la vida, al triunfador de la muerte, al Mesías prometido en la ley y en los profetas, al Hijo del eterno Padre; á Jesus Nazareno, rey de los judíos, que es todo lo escrito que se lee sobre su sacratísima cabeza, y toda la causa que ha hallado la envidia para que muera.

Veríamos aún mas, amados mios; veríamos al pié de la cruz en que pendia Jesucristo, constante y conforme con los decretos divinos á su amable Madre, á la Madre de Dios, que le dió el ser de hombre, á la madre de los hombres, á quienes recibió por hijos de su adopcion, á la reina de los ángeles, á quien sirven, obedecen y adoran; veríamos en fin á María santísima, emperatriz del cielo y de la tierra, en la mas amarga soledad: *Posuit me desolatam, tota die moerore confectam.* Sola veríamos á la Señora de todas las naciones, á la llena de todas las gracias, á la bendita entre todas las mujeres, á la mas pura de todas las vírgenes. Veríamos... pero, cielos, qué es esto? Sabemos que Dios ha muerto, y que su Madre ha quedado en la mas dolorosa soledad, ¿y vivimos sobre la tierra? Las piedras se rompen, los monumentos se abren, la tierra con espantosos sacudimientos se estremece, el cielo se enluta, el sol se eclipsa, la luna se oscurece, y aún las criaturas insensibles por su naturaleza hacen sentimiento en la muerte de su Criador y en la soledad de su Madre; y el hombre ¿no se avergonzará de llamarse sensitivo y racional, cuando sabiendo que Dios muere y que padece la muerte, por darle á él la vida, no forma sentimiento, ni el corazon se le oprime con el dolor y el llanto? ¡Ó estupidez é insensibilidad de los miserables hijos de Adan, dignas de llorarse con lágrimas de sangre! ¿Cómo podremos tratar dignamente de vuestra amarga soledad, ó dulcísima Madre nuestra, cuando nosotros aumentamos vuestro tormento con nuestra torpe ingratitud? Si en vos cupiera indignacion, podriais tenerla muy grande con las tristes almas de los peca-

dores, que aumentan vuestras penas, cuando multiplican sus culpas; pero acordáos, Señora, que como ministro de vuestro santísimo Hijo vengo á vuestra presencia para interceder por ellos : *Recordare quod steterim in conspectu tuo, ut loquerer pro eis bonum* (1). No puedo persuadirme á que falten en mi auditorio almas justas que tiernamente os amen, que os veneren y acompañen con la mas viva fe y fervorosa devocion en vuestra triste soledad. Merezcan, Señora, los fieles corazones de los justos que se temple la indignacion de vuestro Hijo para con los pecadores: *Ut averterem indignationem tuam ab eis* (2).

Y para que los justos perseveren en la gracia, y los pecadores salgan del estado lastimoso de la culpa, derramád en mis labios un rio de dulzura y suavidad, para que debidamente les proponga cómo quedasteis sola al morir vuestro santísimo Hijo: sola cuando le tuvisteis en los brazos, y sola cuando le depositasteis en el sepulcro. Sola sin el alma, sola sin el cuerpo, y sola sin el alma y el cuerpo de vuestro muy amado hijo Jesus. Esta triplicada soledad es la que os aflige; esta es la que os martiriza y atormenta; esta la que os compele á exclamar : *Posuit me desolatam, tota die moerore confectam.* ¡Oh, quiera el cielo que yo hable de tal manera que todos aborrezcamos el pecado que fué la causa de vuestra soledad y de la muerte de vuestro Amado! Sencillo es el pensamiento, y tan obvio y natural, que él mismo se presenta á la menor consideracion que se haga de tan venerable misterio; pero esta misma naturalidad debe hacérnoslo mas apreciable. Saludemos á la Vírgen rezándole devotamente una *Ave María.*

PRIMERO.

El santo profeta Jeremías, hijo de Helcías, oriundo de Anatot en la tribu de Benjamin; aquel hombre singular y extraordinario que fué santificado en el vientre de su madre, y hecho profeta ántes de nacido, perpetuamente vírgen y perpetuamente justo y santo; aquel hombre poderoso en obras y palabras, que reunia en su persona el carácter de sacerdote, doctor, profeta, apóstol enviado por Dios á su pueblo israelítico, é ilustre

(1) *Jerem.* c. 18. v. 20. (2) *Ibid.*

mártir del Señor Dios de los ejércitos, por su fe y su esperanza de la venida del Mesías, y su caridad y celo por la salvacion de sus prójimos; el santo profeta Jeremías, vuelvo á decir, lleno de admiracion y pasmo, al mirar el triste estado de Jerusalen, exclamaba considerándola como á una mujer afligida y sumamente dolorosa : *Quomodo sedet sola civitas, plena populo? Facta est quasi vidua domina gentium; princeps provinciarum facta est sub tributo* (1). ¿Es posible, decia, que la ínclita y magnífica ciudad de Jerusalen, el emporio de la Siria, el paraíso del Asia, el jardin del Oriente, la reina del mundo, las delicias de los hombres, la visitada por los ángeles, el trono de Dios, el taller de la Religion, la lámpara de la fe, la cuna de la Iglesia, se vea hoy sola, desamparada y envilecida? ¿Es posible que en este dia la lloremos como una triste viuda, sin su rey Sedecías, ya cautivo, sin su pontífice Saraía, muerto por los caldeos, sin sus príncipes y magistrados, presos, desterrados, cautivos ó muertos? ¿Que la lloremos como una ciudad desierta, sin los gentiles comerciantes que la frecuentaban por sus temporales intereses, y sin los judíos religiosos que concurrian en tropas á la celebracion de sus pascuas y solemnidades? ¿Es posible, continua diciendo el santo profeta, que la princesa de las provincias, la que en tiempo de los jueces sabios, de los Macabeos valerosos y de los monarcas insignes, como David y Salomon, dominaba como reina los estados de los filisteos, los moabitas, los sirios, los amonitas, los idumeos y otras naciones, se mire hoy sierva de los bárbaros caldeos, y les pague un duro tributo? ¿Es posible que la que se adornaba con un vestido de gloria por los ilustres triunfos de sus hijos, hoy se vea cubierta de luto, llorando amargamente dia y noche, sin hallar quien la consuele entre todos sus amigos? *Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus : non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus* (1).

Estas tristes lamentaciones del santo profeta Jeremías, que hemos repetido en estos dias conforme al espíritu de nuestra santa madre la Iglesia, para considerar los venerables misterios de nuestra redencion, que en ellos se nos representan, podemos acomodar y aplicar con la mayor naturalidad á la Vírgen

(1) *Thren.* c. 1. v. 1. (2) *Ibid.* v. 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

María, nuestra madre, en su amarguísima soledad. Esta preciosísima Señora es místicamente la ciudad santa de Jerusalen, vestida del sol, calzada de la luna, coronada de estrellas, temida de los demonios, venerada de los hombres, servida de los ángeles y madre verdadera de nuestro Dios; es la mas pura de todas las vírgenes, la mas fecunda de todas las madres, la llena de todas las gracias, el modelo de todas las virtudes, y la reina de todas las criaturas; y sin embargo podemos preguntar con Jeremías: *Quomodo sedet sola civitas plena populo? Facta est quasi vidua domina gentium.* ¿Cómo una ciudad, tan magníficamente gloriosa por la virtud del Omnipotente, se halla hoy tan sola? se halla dolorosa? se mira anegada en lágrimas inconsolables? Ay amado pueblo! la pasion de su Hijo, de aquel su amado y único Hijo, la ha dejado como viuda sin hallar consuelo entre sus caros amigos. Los discípulos de su Hijo están dispersos, tímidos y cobardes; los enemigos de su Hijo tratan de abreviarle tumultuosamente la vida, y se preparan á bajar del Calvario llenos de confusion y asombro, luego que consumen el formidable deicidio; el cielo se enluta; el infierno se confunde, la tierra tiembla; y ¿no queréis que llore la mas amable madre la falta de un Hijo el mas amado? ¿de un Hijo, que era un Hombre-Dios? de un Hijo, que era su criador, su redentor, su único y sumo bien? *Plorans ploravit in nocte, et lacrymæ ejus in maxillis ejus: non est qui consoletur eam ex omnibus charis ejus.*

Pero, Señora, permitídme una palabra. Ya que no halláis consuelo en las criaturas, buscádlo en vuestra ciencia; buscádlo en vuestros propios conocimientos, y hallaréis acaso algun alivio, pues tantos años ántes estabais cerciorada de cuanto habia de padecer vuestro amantísimo Hijo. Nada ignorabais, todo lo sabiais, y no hubo momento, desde la encarnacion del divino Verbo en vuestras purísimas entrañas, en que pudiese caber olvido de cuanto le habia de suceder. Parece, dulcísima Madre mia, que unas noticias tan ciertas, unos pensamientos tan claros y unos conocimientos tan universales podrian disminuir vuestra pena, y acompañaros en vuestra amarga soledad. Pero ay! no sé lo que me he dicho. Perdonád mi insipiencia y necedad: yo mismo la condeno, y me reprendo, como en otra ocasion decia el santo Job: *Ideo insipienter locutus sum, et quæ ultra*

modum excederent scientiam meam... Idcirco ipse me reprehendo, et ago poenitentiam in favilla et cinere (1). Ahora conozco que esta divina y universal ciencia, de que os habia dotado el Altísimo entre otras innumerables gracias, era como una espada agudísima que traspasaba vuestro amable corazon todos los instantes de vuestra vida. Efectivamente, amado pueblo mio, desde el feliz momento que encarnó en sus entrañas el Unigénito del eterno Padre, con esta ciencia miraba las divinas Escrituras, meditaba sus cláusulas, descifraba sus misterios, y comprendia con la mas amarga pena cuantos fúnebres oráculos hablaban de la pasion y muerte de su Hijo amado. Treinta y tres años vivió crucificada la Madre en los tormentos y en la cruz en que habia de padecer su Hijo. Siempre le parecia estar resonando en sus oídos aquellas tristísimas profecías de Isaías: *A planta pedis usque ad verticem capitis non est in eo sanitas* (2); no hay parte alguna en su cuerpo, desde los piés á la cabeza, que esté sana y sin dolor. Jamas dejaba de oir al mismo santo profeta, que le decia: *Non est species ei neque decor* (3); perderá su hermosura, se parecerá á un leproso, á un gusanillo humilde á quien todos pisan y maltratan. Nunca se cicatrizaban en su corazon las penetrantes heridas que en él hacian estas palabras: *Propter scelus populi mei percussi eum* (4); le castigué, le prendí, le azoté y le crucifiqué por el pecado de mi pueblo. Estos y otros divinos oráculos traspasaban el corazon y el alma de nuestra dulcísima Reina con la mas sensible pena; pero la agradable presencia de su Hijo, y el poner los ojos en su bellísimo semblante, endulzaba sus penas, mitigaba sus ansias y minoraba sus tormentos. Todo dolor se templaba, cuando la inocente Madre miraba á aquella grande alma en su compañía; á aquella alma servida de los ángeles, adorada de los serafines y reverenciada de todos los cortesanos del cielo; á aquella alma, que unida con su cuerpo á la persona del Verbo, era un solo divino supuesto que dignificaba á su Madre con la incomparable gloria de ser madre del mismo Dios. Pero al acercarse á su ocaso aquel divino sol de justicia, quedó el corazon de su madre cubierto de las mas negras sombras y de las tristezas mas profundas. Al llegarse aquel momento en que la dichosí-

(1) *Job*, c. 42. v. 3 et 6. (2) *Isai.* c. 1. v. 6. (3) *Isai.* c. 53. v. 2.
(4) *Ibid.* v. 8

sima alma de Jesus, que era todas las delicias de María, habia de separarse de su cuerpo y de la presencia de su Madre, dejándola en su primera soledad, sintió de un golpe esta Señora la pérdida de su alegría, de su gozo, de su descanso, de su felicidad y de su gloria: *Et egressus est à filia Sion omnis decor ejus* (1).

Imaginád, oyentes mios, para que podáis de algun modo comprenderlo; suponéd una madre la mas tierna y compasiva; una madre hermosa, prudente, sábia, llena de gracia y santidad, que ama con el cariño mas tierno á su unigénito hijo, adornado de las prendas mas relevantes y apreciables: considerád el gusto con que mira á su hijo ocuparse en sanar enfermos, dar vista á los ciegos, piés á los cojos, movimiento á los tullidos, habla á los mudos y vida á los muertos; pensád el gozo con que le veía mandar á los vientos, serenar los borrascosos mares, ahuyentar á los demonios, y encaminar con obras y palabras á los hombres por las sendas de la gloria; reflexionád la alegría con que considera cómo las gentes, atraídas de la santidad y prodigiosas obras de aquel bello jóven, le siguen, le oyen, le obedecen, le aman y le adoran. Qué complacencias para su madre! qué gozos! qué placeres tan puros! Pero suponéd tambien que á su presencia, y en el dia mas solemne y de mayor concurso, se le acerca una inhumana fiera, y arrebatando llena de saña al hermoso jóven, le arrastra, le maltrata, y al fin le da cruelísima muerte entre sus garras. Qué os parece, cristianos? ¿habria corazon en la madre para ver morir á su hijo, y quedar ella con vida? ¿Podria sin morir presenciar una desgracia tan sensible? ¿Quién hallaria términos, quién encontraria expresiones para darle algun alivio en la soledad en que la dejaba la desgraciada muerte de su hijo? *Cui exæquabo te, et consolabor te, virgo filia Sion?... Quis medebitur tui?* (2)

Volvéd pues, amados mios, la vista á aquellos santos altares, y veréis el original de cuanto acabo de insinuaros: mirád la mejor madre, atendéd el mejor Hijo; considerád la fiera sinagoga cómo le prende, cómo le maltrata, cómo le azota, cómo le corona de espinas, cómo le burla, escarnece y blasfema, y cómo al fin le crucifica. O gran Dios, y qué tormento tan terrible! Sin embargo la Fe nos enseña que estaba la gran Reina firme, constante y en pié cerca de la cruz, en que aún vivia su cora-

(1) *Thren.* c. 1. v. 6. (2) *Thren.* c. 2. v. 13.

zon, porque aún vivia Jesus, y no habia llegado su madre á lo sumo de la pena en su primera soledad. Es cierto que verle sediento y precisado juntamente á morir de sed, ó refrigerar sus abrasados labios con hiel y vinagre, no dejaba de abrirle en el espíritu una llaga mui profunda. Oirle cómo se queja á su eterno Padre por su desamparo misterioso, era una herida, que sin sacar sangre, le traspasaba el corazon; mirarle por tres horas puesto en una penosísima agonía, era probar su Vírgen madre todos los rigores de la muerte: observar atentamente cómo se iban ennegreciendo las carnes, cómo se le retiraban los ojos hácia el cerebro, cómo se le levantaba el pecho, cómo se iba inclinando su cabeza, cómo todo el cuerpo sostenido de los agudos clavos se iba descoyuntando con su natural peso, cómo por momentos iba apretando sus cordeles el dolor cruel, acercándole con pasos lentos, y por lo mismo mas penosos, á la muerte; todo esto, es verdad, hacia una carnicería lastimosa en el afligido corazon de la dulce Madre; pero aún vivia su Hijo: *Sufficit mihi, si adhuc filius meus vivit*, podia decir mejor que Jacob de su amado hijo Josef (1): me basta para tener algun consuelo el que mi hijo viva. Le veo padecer, es verdad; siento sus penas, es así; me traspasan el corazon sus dolores, no hay duda; pero aún puedo sufrir las penas, los dolores y las angustias, porque aquella grande alma de mi Hijo no me ha dejado, no me ha desamparado, aún vive mi Hijo: mi Hijo aún no ha muerto: *Sufficit mihi si adhuc filius meus vivit.* Pero ay Señora! que se llegó ya el tiempo de experimentar vuestra primera soledad; llegó ya el tiempo de quedar sin vuestro Hijo, y de ausentarse de vos aquella alma que tanto os favorecia. Preparád vuestro purísimo corazon para una pena que no habéis jamas experimentado, ni volveréis á experimentar. Oíd, escuchád á vuestro Hijo, que cubierto todo el cuerpo de una palidez tristísima, y con una voz ya lánguida y desmayada, os habla desde la cruz, y dice: mujer, ve ahí á tu hijo; y vuelta un poco su dolorida cabeza hácia el discípulo amado, añade, ve ahí á tu madre: *Mulier, ecce filius tuus, deinde dicit discipulo, ecce mater tua.* ¡Ó palabras de Jesus, y qué llenas estáis de misterios y amarguras! Parece que era lo mismo que decir: hasta a hora habéis sido mi madre, y yo vuestro hijo: hasta

(1) *Genes.* c 45. v. 28.

ahora he estado en vuestra amable compañía, os he obedecido como á verdadera madre, y al mismo tiempo era el original de donde vuestro purísimo espíritu copiaba las heroicas virtudes que le adornan. Vos me habéis correspondido con amor de verdadera madre, y toda habéis sido para mí, y yo para vos; pero desde este momento os quedáis sin mí; desde ahora os quedáis sola, y sin mas compañía que mi discípulo Juan: *Ecce filius tuus.* ¿Creeréis vosotros, carísimos oyentes, que traspasada el alma de la afligidísima Vírgen con estas palabras, dejaria de formar en su interior estos ó semejantes discursos? Hijo mio, ¿con que ya me habéis últimamente abandonado? ¿Pensáis dar á mi pena algun alivio, sustituyendo en lugar vuestro á Juan, vuestro discípulo? ¡Oh qué conmutacion para mí de tanta pena y dolor! una criatura por el Criador! ¡El hijo del Zebedeo por el Hijo del eterno Padre! el discípulo por el Maestro! Aún cuando queráis que yo acepte tan triste conmutacion, admitiendo á Juan por hijo mio, y en él á todo el linaje humano, ¿por qué me tratáis con tan extraño rigor llamándome mujer, y negándome el dulce nombre de madre? Pues qué, no sois mi hijo? no os crié con amor? no os alimenté con cuidado? no os serví con fidelidad? Padre eterno, ¿queréis tambien vos castigarme negándome el tratamiento de hija vuestra, así como mi Hijo, y vuestro, me niega el título de madre suya? Espíritu santo, de quien yo tantas veces he sido llamada esposa querida, ¿me abandonaréis tambien, dejándome como á una viuda en la amarguísima soledad en que me hallo? Santos ángeles... Pero ay! que mi Hijo inclina la cabeza, cierra los ojos y entrega el espíritu en manos de su eterno Padre: *Inclinato capite, emisit spiritum.* ¿Es posible, diria la triste madre, causando compasion á los peñascos mismos, es posible que ha muerto mi Jesus, quedando yo con vida? ¿Es posible que yo viva, quedando sola sin el alma de mi amado? ¿Qué hacéis elementos y criaturas todas, viéndome en soledad, y muerto vuestro Criador? ¿Qué se han hecho, hombres, vuestros sentimientos y vuestras lágrimas? Murió vuestro redentor, vuestro padre, vuestro maestro, vuestro protector y vuestro hermano, y ¿os quedáis mas insensibles que las piedras? Ay de mí! Murió mi Hijo, mi amable Jesus ha muerto; pues llore yo que soi su madre, y quedo sumergida en lo profundo de mi primera soledad.

Así podemos considerar que se lamentaria nuestra amabilísima Reina, viéndose sola sin el alma de su amado. Y ¿habrá algun cristiano en mi auditorio, que pretenda aumentar sus penas volviendo á multiplicar sus culpas, sabiendo que estas son las que han dado la muerte al Hijo, y causan la soledad de su madre? Ah, señores! ¡pluguiera al cielo que esta cuaresma que vamos finalizando, fuera tambien el término de todos nuestros pecados! ¡Oh si la comunion pascual, que se acerca, renovase en María santísima su alegría, al vernos resucitados á la gracia desde la muerte lastimosa de la culpa! Ay! cómo entónces se mitigarian sus penas! cómo cesarian sus lamentos! Cómo tendrian término sus lágrimas! ¡Pero qué temible es que prosiga en su soledad, quedando no solo sin el alma de su Hijo, como lo hemos considerado, sino tambien sin el cuerpo, como vamos á decir ahora.

SEGUNDO.

Para que forméis desde luego alguna idea de la segunda triste soledad de María santísima, cuando tuvo á su Hijo muerto en sus brazos, escuchád con atencion este admirable suceso del rey Áquis, como nos lo refiere Plutarco. Era aquel príncipe dotado de todas las prendas que pueden desearse en un monarca: la prudencia, la afabilidad, la justicia, la magnanimidad y sobre todo el celo de mejorar las costumbres de sus súbditos formaban su carácter. Estas virtudes, que debian hacerle amado de sus vasallos, le hicieron tan odioso á los rebeldes y díscolos, que empezando su insubordinacion por murmuraciones públicas contra la conducta del rey, se fueron precipitando hasta romper el freno de la obediencia, y sacrificar á su furor la vida del mas virtuoso príncipe. Apénas llegó la noticia de esta desgracia á su afligidísima madre, salió llena de dolor en busca de su hijo, cuyo cadáver cubierto de heridas y de sangre halló en una de las calles de la ciudad. Abalanzóse á él, le estrechó entre sus brazos, y acomodándole en su amorosísimo regazo, clavaba los ojos en el cielo, y hecha un mar de lágrimas, repetia muchas veces: *Heu me, fili mi! nimia bonitas tua, nimia mansuetudo et humanitas, te simul, et nos perdidit!* ¡Ay hijo de mis entrañas, tu bondad, tu humanidad, tu

mansedumbre nos ha perdido á entrambos! Si tú hubieras sido ménos bueno, ménos amable, no hubiera quedado sola esta tu triste y afligida madre, ni se hallara con el inexplicable dolor de tenerte muerto en sus brazos á la violencia de la ingratitud y de la crueldad de tus vasallos. Tu demasiada bondad, hijo mio, ha sido tu delito, y tu virtuosa conducta ha armado el brazo y afilado los puñales que han destrozado tu cuerpo y traspasado mi corazon.

Ya tenéis en este caso, carísimos oyentes, alguna semejanza de lo que pasó sobre el Calvario. Mirád, si no lo impiden las lágrimas, cómo descendiendo de la cruz el difunto cuerpo de Jesus los piadosos caballeros José de Arimatea y Nicodémus, acompañados de san Juan, la Magdalena y las otras Marías, lo colocan así denegrido, lleno de sangre, cubierto de heridas y de llagas entre los brazos de su dulcísima Madre. *Quis est homo qui non fleret Christi matrem, si videret in tanto supplicio?* ¿Quién será el hombre de tan duras y empedernidas entrañas, á quien no conmueva ni enternezca este espectáculo tan doloroso para los ángeles mismos? ¿Quién podrá dignamente explicar los arroyos de lágrimas, que se desprenderian de los virginales ojos de María, los profundos suspiros que arrancaria de su afligido corazon, y los tiernos sentimientos en que prorumpiria? *Heu me, fili mi! nimia bonitas tua, nimia mansuetudo et humanitas, te simul, et nos perdidit!* Ay de mí, diria la Vírgen! ¡ay amado Hijo mio, tu mansedumbre, tu beneficencia, tu bondad y caridad sin límites te han conducido á la muerte! Ó ingratos hombres! ó pérfidos hebreos! ó tristes pecadores! Mostrád en qué os ha ofendido mi Hijo amado: decíd, ¿en qué podréis acusarle para justificar vuestra crueldad? ¿en qué os ha ofendido, para haberos armado contra Dios y su Cristo? ¿No habéis confesado públicamente vosotros mismos que todo lo ha hecho bien? ¿Serán sus delitos curar á vuestros enfermos, dar vista á vuestros ciegos, lengua á vuestros mudos, oído á vuestros sordos y vida á vuestros muertos, imprimiendo en todas partes adorables señales de su beneficencia y bondad? ¿Y esta es la retribucion que le dais por tantos beneficios? así pagáis tantos favores? ¿Tal es la recompensa á vuestro Padre amorosísimo y á vuestro magnífico bienhechor? Si hubiera sido un perseguidor cruel de vuestros intereses, un díscolo enemigo de vuestra paz, un defraudador de vuestros derechos y

libertades, un asesino de vuestras vidas; ¿podria pretender vuestro resentimiento mayor castigo por sus delitos que el que le habéis dado por sus virtudes¿ ¡Ó Padre eterno, mirád á la que por vuestra dignacion llamáis amada hija, mirádla en el extremo de la mayor afliccion á que puede reducirse una criatura! Yo no tengo ya espíritu ni corazon para mirar en mis brazos los sangrientos despojos que ha dejado en ellos la crueldad de los judíos. Mirád al Hijo que os pertenece por derecho de eterna generacion, y ved si le conocéis por el vestido: *Vide utrum tunica filii tui sit, an non* (1). Mirád si tantas llagas y sangre, como se ven en este sacrosanto cuerpo, son idénticas señales de la túnica hermosa de la humanidad, de que yo le vestí en mi seno virginal por vuestra soberana dignacion. Vos, Señor, no podréis dejar de conocerle por vuestra sabiduría infinita; pero á mí las señas me le hacen desconocer, aunque el corazon me lo asegura. ¿Desnudo mi Hijo amado, que viste al cielo de estrellas, á la tierra de flores y frutos, á las aves de plumas, á los animales de pieles y á los peces de escamas? Vos Hijo mio, erais ántes todo hermoso y todo deseable, ¿y ahora vestido de afrentas, cubierto de oprobios y hecho una llaga desde los piés á la cabeza? Ó Hijo mio! ¡y qué de otra manera te he visto en mis brazos! diria la Vírgen, dejando caer dos rios de lágrimas de sus ojos, é imprimiendo mil ósculos afectuosos en el rostro y cabeza ensangrentados del Salvador. Allá en Belen te miraba recien nacido de mis entrañas, mas hermoso que los cielos, y ahora te miro todo oscurecido y afeado: entónces eran tus dos ojos fuentes de luz, ahora los veo fuentes de sangre: esta frente clara y serena, donde tenia su asiento la majestad, se halla atravesada de penetrantes espinas: este rostro lleno de gracia, en que reverberaba la divinidad, en que se miraban como en un purísimo espejo los ángeles, y en que contemplaban abrasados de amor los serafines, es ahora como un sol eclipsado y oscurecido entre las negras sombras de la muerte. ¡Es posible, continuaba lamentándose la Vírgen, es posible que estas manos tan heridas y sangrientas sean aquellas mismas manos del Omnipotente, de las cuales son hechura los ángeles y los hombres! ¡Es dable que este costado, abierto con una cruel lanza, sea el de mi Hijo! ¡Que haya habido va-

(1) *Gen. c. 37. v. 32.*

lor en los corazones humanos para ejecutar en el deificado cuerpo de Jesus tantas crueldades! Ay Hijo mio! si el amor de mi corazon no me asegurara que sois vos, podria por las señas desconoceros. ¿Qué se hizo aquella belleza antigua y siempre nueva? ¿aquel esplendor, aquella gracia, aquella dulzura de palabras, aquella hermosura que admiraban los cielos y la tierra, y elevadas en éxtasis de gozo nunca podian alabar condignamente las estrellas de la mañana? *Fera pessima devoravit filium meum*. La horrible y pésima fiera del pecado ha hecho este estrago en mi Hijo inocentísimo, que no pudo por su impecabilidad cometerlo, y murió por arruinarlo. ¡Ó feliz culpa que mereció tener tal y tan gran Redentor! Así podemos considerar que se lamentaria la Vírgen, y abrazándose afectuosísimamente con el venerable cadáver de su amado Hijo, se quedaria muriendo de dolor, porque efectivamente no moria.

Ahora pues, pecadores de mi alma, si hay alguno en mi auditorio que no piense en dejar las culpas, sino en repetirlas de nuevo, y volver con sus reincidencias á crucificar á Jesucristo, cobre aliento, y lleno de un bárbaro y sacrílego furor abalánzese á la Vírgen, arránquele su Hijo de entre sus brazos, y vuélvale á fijar sobre la cruz. Divida aquellos dos unidos corazones, separe aquellos enlazados brazos, aparte aquellos dos cercanos rostros, y deje sola á la Madre sin el cuerpo de su Hijo, pues si en la cruz quedó sin su alma por nuestro amor, tambien ahora por nosotros quedará sin el cuerpo, por mas abrazado y unido que á si lo tenga. Jóvenes libertinos, que dominados de vuestras pasiones queréis ántes negar la ley que mudar el corazon, llegád vosotros los primeros, pues no seréis los últimos en continuar vuestros desórdenes. Llegád, hombres carnales é impuros, y si tenéis valor para ofender á la Madre como injuriáis al Hijo, arrancádle de sus brazos y volvédle á crucificar. Acompañádlos vosotros, hombres envidiosos y vengativos, que consumiéndoos las entrañas al ver la felicidad de vuestros rivales, les vais urdiendo la tela de su ruína fraudulenta y mañosamente, hasta que preparados todos los resortes de vuestra venganza, les deis un golpe mortal, paliando, como Caifas, vuestra maldad con el especioso pretexto del bien público. Seguídlos vosotros tambien, hombres ambiciosos, que atropellando los mejores derechos de los concurrentes á los empleos, solo tratáis de elevar vuestra fortuna á cualquiera

costa, y fomentar á vuestros parientes, paisanos y recomendados por cualesquiera medios, aunque sean los ménos conformes á la equidad, á la justicia, á la razon y á la divina ley. Llegád, bebedores, llegád soberbios, iracundos y murmuradores, y acompañados de esas infelices pecadoras, que á pesar de la natural piedad de su tierno corazon, proseguirán en las ofensas del Señor, hacéd lo que no hicieron los hebreos: ellos, despues de crucificado el Salvador, se bajaron del Calvario, asombrados, confusos y dándose golpes en el pecho; y vosotros despues de haberle visto con los ojos de la fe, como le descendieron de la cruz y le pusieron en los brazos de su santísima Madre, ni os llenáis de confusion por vuestras culpas, ni aborrecéis vuestros pecados, y excediendo en insensibilidad á los mismos peñascos, todavía os halláis con ánimo de arrancar el cadáver de Jesucristo de los brazos de su madre, y volverlo á crucificar por la repeticion lastimosa de vuestras culpas: *Rursum crucifigentes sibimetipsis filium Dei*, como nos lo asegura san Pablo (1). ¡Con tan resuelto furor y formidable crueldad os halláis, ó miserables pecadores! Sí, ciertamente: tan atrevidos volveréis á pecar: tan olvidados de los grandes, de los innumerables, de los infinitos beneficios que acabáis de recibir del Hijo y de la Madre; tan temerarios reincidiréis en vuestros vicios, sin reflexionar que Dios tiene puesto número y tasa á los auxilios que os ha de dar, á los dias que habéis de vivir, y á los pecados que habéis de cometer, y el primero podrá ser el último; el primero podrá completar los terribles y ocultos juícios del Señor; el primero podrá poner el sello á vuestra eterna reprobacion. Qué temeridad, amados pecadores de mi alma! ¡qué ingratitud para con un Dios tan bueno y una madre tan amable! Entrád en vosotros mismos, reflexionád estas verdades tan útiles para vosotros, y resolvéos á dejar el vicio y practicar la virtud; resolvéos á separaros de las malas compañías, á huir de las ocasiones peligrosas, á poner en arreglo vuestra conciencia y los temporales asuntos de vuestras casas, á buscar un confesor sabio y virtuoso, á frecuentar segun su direccion los sacramentos, á dedicaros á la oracion, á mortificar las pasiones y cumplir con las obligaciones de vuestra oficina, de vuestro tribunal, de vuestro taller y vuestros campos; amando á vuestras mujeres,

(1) *Hebr. c. 6. v. 6.*

doctrinando en santo temor de Dios á vuestros hijos, y procurando como buenos ciudadanos el bien de vuestro pueblo. Si de este modo arregláis vuestras costumbres, Dios perdonará vuestros pecados, se olvidará de vuestras iniquidades y os colmará de sus grandes misericordias. Pero ay, ay de vosotros, si dejáis pasar este tiempo aceptable y de salud! Ay, si sordos á estas amorosas voces que os da vuestra santa Religion por medio de este su indigno ministro, continuáis en vuestros desórdenes! Porque si Dios ahora calla, ahora sufre, ahora permite que le insulten, que le atropellen, que le ultrajen y le ofendan, tiempo vendrá y bien presto, en que mandará que comparezcáis en su rectísimo tribunal para darle cuenta de vuestra conducta. Entónces, qué será? cómo lo pasaréis entónces, amados pecadores? quién os favorecerá? quién os dará seguridad? Pensádlo bien; pensádlo ahora bien, si no queréis perecer por toda la eternidad. Y vosotras, almas virtuosas, almas justificadas, que habiendo lavado con lágrimas vuestras culpas en el tribunal de la santa penitencia, os halláis en gracia y amistad de Dios, veníd, veníd conmigo, y ofrezcamos todos á la Vírgen algun obsequio. Ofrezcámosle los brazos para sostener alguna parte del peso, que la Vírgen experimenta con el difunto cuerpo de su Hijo amado; ofrezcámosle las lágrimas de nuestros ojos, para lavarle las heridas y la sangre; ofrezcámosle las telas de nuestro corazon para envolverle y depositarle en un sepulcro nuevo. Veníd conmigo, y aunque la dejemos sola, supliquémosla que nos conceda el venerable cadáver, para darle sepultura en compañía de Josef de Arimatea, Nicodémus, san Juan y las Marías.

TERCERO.

Efectivamente, amados mios, la divina Sabiduría habia ordenado que así como Jonas estuvo tres dias en el vientre de la ballena, de la misma suerte el Hijo del hombre habia de estar en el corazon de la tierra; y como la Reina soberana no ignoraba esta profecía, consintió entregar el cuerpo de su Hijo, para que le diesen sepultura. Atendéd cómo caminan los dos piadosos caballeros Josef y Nicodémus llevando en unos lienzos el lastimado cuerpo del Salvador: eran seguidos del discípulo amado, de la discípula amante y de las otras Marías, pa-

rientas muy cercanas de Jesus: iba cerrando la mas lúgubre procesion que vieron jamas los siglos, la afligidísima Madre, vertiendo arroyos de lágrimas de sus ojos, y arrancando del corazon los mas profundos suspiros. Los ángeles del cielo no dejarian de acompañar el triste entierro, mostrando la interior amargura de su espíritu, á pesar de su misma impasibilidad (1). Todos caminarian con paso grave, con porte recogido, con semblante triste y con el mayor silencio, interrumpido solamente con los lamentos de aquella afligidísima comitiva. Los planetas mirarian desde el cielo con susto y veneracion la escena trágica; los árboles y peñascos darian señas de sentimiento, y los elementos callarian, no habiendo aún podido recobrar la voz desde que la perdieron por el horror y escándalo del deicidio. Así caminarian hasta el monumento; y si damos á san Bernardo la fe que se merece, estando ya los nobles varones para dejar caer la piedra que cerraba el sepulcro, y robar de los ojos de la Vírgen los despojos sangrientos de su Hijo, les rogó con muchas lágrimas que descubriesen un poco por la última vez el rostro de Jesus, pues queria darle el último de sus abrazos y maternales ósculos. Condescendieron á su piadoso deseo, y levantando el sudario ó lienzo que lo cubria, se arrojó amorosa sobre aquel rostro repitiendo el cambio de lágrimas por sangre, lavando el rostro de su Hijo con las avenidas de sus ojos, y señalándose el rostro de la Madre con la sangre de las heridas del Hijo. ¡Qué lágrimas tan devotas derramarian los piadosos varones, el evangelista amado, María Magdalena y las otras devotas mujeres, mirando á la Vírgen madre, abrazada cariñosamente con el dulce Nazareno, acercándole á su corazon, venerándole con el afecto mas puro, honrándole con los suspiros mas tiernos, y sin poder separarse de aquel amable objeto de sus amores! Señora, no mas, dirian Josef y Nicodémus; madre mia, diria san Juan, maestra mia, clamaria la Magdalena, basta ya, Señora, tanto llorar. Ponéd término á vuestras lágrimas; bastante habéis llorado para demostracion de vuestro amor y desahogo de vuestra pena: hacéos violencia, ó dulcísima Madre de nuestro crucificado Redentor, porque no lleguéis al término de vuestra vida con la fuerza de tanta pena

(1) *Ecce videntes clamabunt foris, angeli pacis amare flebunt.* Isai. c. 33. v. 7.

y dolor. Si la muerte de vuestro Hijo, y nuestro santísimo y sapientísimo maestro, nunca puede llorarse bastantemente, consoláos siquiera con que ninguna otra criatura ha llorado mas amargamente, ni mas virtuosamente que vos; y si no habéis ya muerto de dolor, al veros sola sin vuestro Hijo amado, contádlo por un milagro estupendo de la divina Providencia. Nuestros corazones se parten de dolor á la presencia del cadáver de nuestro divino Maestro y de vuestra dolorosísima soledad: no nos obliguéis, Señora, muriendo finalmente vos á la violencia de vuestros sentimientos, á hacer dos entierros en un sepulcro mismo. Pero ay! ¡qué desgracia tan apetecida de la Vírgen, haber muerto en aquel abrazo afectuosísimo de su Hijo! ¡Oh, con cuántas ansias deseaba ser enterrada con su Jesus! Ninguna otra mansion de la tierra le era mas apetecible que aquel sepulcro, si por entónces funesto y lóbrego, despues feliz y eternamente glorioso. Consideraria la Vírgen madre una superabundante recompensa de todas sus amarguras, si la muerte hubiera dado á su vida un golpe tan apetecido y tan oportuno, que le proporcionase el ser enterrada en el sepulcro mismo de Jesucristo su Hijo. Y si esta gracia en el conocimiento que tenia María santísima de los sucesos futuros de la santa Iglesia, para cuya defensa y propagacion la conservaba el Omnipotente, era de difícil concesion, ¿cuánto hubiera deseado el que ella misma sirviera de sepulcro en aquella ocasion, para que por un círculo dichoso reposase difunto el cuerpo de su hijo Jesus en el mismo tálamo virginal de su madre, donde habia sido concebido? Pero ya que la Vírgen madre no consiguió ser enterrada con Jesus, ni ser el sepulcro de Jesus, enterró á lo ménos con Jesus su alma, su corazon y todos sus amores, como dicen san Fulgencio y san Gerónimo: *In tumulo sepelivit amores suos.*

Ya no convenia diferir mas el entierro del autor de nuestra salud, y por tanto, volviendo á cubrir el rostro con el sudario, acompañando el movimiento de la grande piedra que cerraba el sepulcro, con nuevos gemidos y nuevas lágrimas de toda aquella dolorida comitiva, quedó enterrado, cerrado y sellado el sacrosanto cuerpo de nuestro salvador Jesus. Levantó entónces la Vírgen mas altos los suspiros, fueron mas abundantes y mas amargas sus lágrimas, mas tiernos y expresivos sus sentimientos, abrazaba la piedra con el afecto mas sensible, le daba

mil dolorosos ósculos, le hablaba con suavísimas palabras, y al parecer pretendia dar sepultura en su corazon al venerable sepulcro del Redentor. La dura piedra dió señales de enternecerse, y como si no quisiese perder la ocasion de poder testificar el intensísimo dolor de la dulce madre, conserva hoi dia, dice san Bernardo (1), las señales de sus lágrimas: *Ejus lacrymæ apparere dicuntur in monumento, indicativæ doloris intimi.*

¡Ó afligidísima Señora, estóy firmemente persuadido á que así como esta fué vuestra última soledad, quedando sin el cuerpo y sin el alma de vuestro amado, así tambien fué esta la mayor pena que traspasó vuestro purísimo corazon! Ay de mí! ¡que sola la memoria de la soledad en que quedáis, me llena el espíritu de funestas imágenes, y deja caer sobre mi corazon una oscurísima noche! ¿Qué haciais, Señora, en qué os ocupabais, ó dulcísima madre nuestra, cuando volviendo á vuestra casa os visteis sola en ella? ¡Ó carísimos oyentes, qué pensamiento tan natural, pero qué melancólico, qué doloroso, qué triste! Aquí, diria la Vírgen, aquí está el aposento en que mi unigénito Hijo oraba á su eterno Padre: aquí pedia por la conversion de los pecadores y la santificacion de los justos: aquí derramaba amorosas lágrimas por la redencion del mundo todo: aquí meditaba aquella grande obra, que despues habia de consumar en el Calvario: aquí se fraguó la destruccion de la ciega gentilidad, la dispersion de la ingrata sinagoga, y el establecimiento de la suave y santa ley de gracia: aquí dispuso el terror del infierno, la muerte del pecado, el triunfo de la muerte, la abertura de las puertas del cielo, el remedio de los hombres, la alegría de los ángeles y la mayor gloria de Dios: aquí se establecieron y ordenaron en la divina mente de mi Hijo tan magníficos sacramentos: aquí mismo, este propio sitio está bañado con las lágrimas de aquellos amables ojos. Pero ay! ellos no existen sobre la tierra. Veo aquí sus lágrimas, mas no los ojos que las lloraron con una caridad infinita.

Este otro aposento, continuaria lamentándose la Vírgen, es donde trabajaba mi Hijo con mi santo y casto esposo José, para dar ejemplo á los hombres de toda virtud. Aquí trabajaban aquellas manos que criaron los cielos y la tierra. Pero ay de

(1) *Bernard. de lament. Virgin.*

mí! ya se me ausentó aquel dulce objeto de mi amor; y el taller es para mí un recuerdo triste de mi amarga soledad. Esta es la tarima en que como hombre verdadero descansaba; esta la mesa en que se alimentaba con las viandas que esta su afligida madre le servia; estos los muebles de que usaba, cuando vivia entre los hombres; pero ahora... ahora ya mis ojos no le descubren; y mirando religiosamente todos los aposentos de su humilde casa, no dejaria en toda ella sitio alguno que no honrase con sus lágrimas, por haber sido consagrado con la presencia de su Hijo Jesus, Dios y hombre verdadero. Lleno su espíritu de tristes imágenes, y fecundos sus pensamientos de especies dolorosas, recorria con la imaginacion todos los lugares, donde su Hijo habia estado y padecido algun tormento, y veia en ellos toda la serie de su dolorosísima pasion. Repasaba en su entendimiento que las impías y sacrílegas intenciones de Júdas le vendian y entregaban á los judíos; cómo estos le prendian y ataban; cómo con repetidas contumelias le afligian; cómo abofeteaban y escupian en aquel hermoso y divino rostro, en que deseaban mirarse los ángeles; cómo le azotaban y coronaban de espinas con la crueldad mas furiosa é inaudita; cómo le hacian llevar hasta el Calvario la sacrosanta cruz en que le clavaron en el dia mas solemne, ante el concurso mas numeroso, en la corte misma, en el lugar de los ajusticiados, entre los lamentos de los que le lloraban, entre los oprobios de los que le escarnecian, entre los insultos de los envidiosos, entre las complacencias de los que le maldecian, y entre las irrisiones de los que le despreciaban. Esta innumerable multitud de oprobios, irrisiones, calumnias, desprecios, afrentas, clavos, cruz, lanza, penas, dolores y muerte, era toda la triste compañía de nuestra amable Reina en su amarguísima soledad. Sola quedó cuando espiró su Hijo en la cruz; pero tenia el consuelo, aunque débil, de mirar su cuerpo, ya que le faltaba su alma. Sola quedó cuando le soltó de sus brazos, por haberse desprendido aún del cuerpo de su amado, para entregarlo al sepulcro; mas entretanto logró el alivio, aunque pequeño, de estrecharlo entre sus brazos y acercarlo á su corazon; pero ahora en esta tercera y última soledad, ni tenia el alma, ni poseía el cuerpo de su amado, y solo experimentaba en el espíritu tristezas inconsolables y afectos dolorosísimos: en su entendimiento ideas de afliccion, en su memoria recuerdos

penetrantes, en sus ojos objetos melancólicos, en sus oídos las contumelias é irrisiones, en su paladar la hiel y vinagre que ofrecieron á su Amado para apagarle la sed, en la cabeza las espinas, en los piés y manos los clavos, en los hombros la cruz y en el corazon la lanza. *Modo ludibria*, dice el devoto Padre san Bernardo, *modo crucis angaria, modo clavorum vulnera, modo mortem, mortem autem crucis, amaro corde opprobriosam Filii sui passionem revolvebat*. En suma, amado pueblo mio, María santísima Señora nuestra quedó en la mas triste, en la mas profunda y en la mas universal soledad que puede imaginarse, por haber quedado sola en la muerte de su Hijo, sola cuando le dejó de sus brazos, y sola cuando le depositó en el sepulcro. Sola sin el alma, sola sin el cuerpo, y sola sin el cuerpo y el alma de su amado Hijo Jesus, Dios y hombre verdadero: *Posuit me desolatam, tota die moerore confectam*.

Acabo de representaros del modo que he podido la triste soledad de María santísima. El asunto excede la capacidad humana. Se trata de un Dios verdadero, eterno, infinito, inmenso, omnipotente, que hecho hombre por amor del hombre, padece la muerte mas cruel é ignominiosa por la redencion de todo el linaje humano; y se trata de su purísima Vírgen madre, llena de todas las gracias, de todas las virtudes y de todos los dones del Espíritu santo, que se compadece y siente de un modo, solo comprendido de su grande alma, la muerte de su Hijo amado. No extrañéis que haya llenado tan débilmente vuestras esperanzas y mis deseos en la explicacion de unos misterios tan superiores al entendimiento de los hombres, y aún á la comprension de los mismos ángeles. Sin embargo lo poco y mal dispuesto que he dicho, es mas que suficiente, si tenéis fe, para mover vuestro corazon á la detestacion de los vicios, al amor de las virtudes, al agradecimiento de las misericordias de Jesus, y á la mas tierna y sólida devocion á María santísima su madre. Nada mas útil, nada mas importante y necesario para vosotros y para mí que la verificacion de este santo pensamiento. ¡Qué feliz seria yo, si pudiese llegar á los piés de la Vírgen con la conquista de algunas almas, que hasta ahora se habian resistido á las eternas y pavorosas verdades que desde esta cátedra del Espíritu santo les han anunciado en esta cuaresma! ¡Qué afortunados seriais vosotros, si yo pudiera con verdad decir á esta triste madre: este cristiano, Se-

ñora, era un hombre impuro, que con sus liviandades azotaba las carnes inmaculadas de Jesus; este otro era un soberbio que con sus atrevidos pensamientos le coronaba de espinas; aquel era un rencoroso, que negando el perdon á su enemigo, aumentaba el enorme peso de su cruz; el otro era un avaro, que ocultando codiciosamente sus bienes á la presencia de las urgentes necesidades de los pobres, le clavaba en la santa cruz; este era un injusto que perjudicando gravemente á su prójimo, pasaba el pecho de vuestro Hijo con la lanza de su pecado. Pero ahora, Señora, todos arrojan las armas, todos se rinden y todos piden misericordia á vuestro Hijo Jesucristo, condolidos de vuestra amarguísima soledad. Recibíd, ó dulce Madre mia, todas estas almas: defendédlas con vuestro poder, asistídlas en la vida, acompañádlas en la muerte, y procurádles con vuestra eficacísima intercesion el eterno descanso de la gloria, donde todos os veamos por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE LA SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.

PARA EL VIÉRNES SANTO.

(DE GONZÁLEZ.)

Idcirco ego plorans... quia longe factus est à me consolator convertens animam meam: facti sunt filii mei perditi, quoniam invaluit inimicus.

Por eso yo estoy llorando... porque se ha alejado de mí el consolador que convierte mi alma: mis hijos se han perdido, porque prevaleció el enemigo.

Jerem. Lament. c. 1. *v.* 16.

No tengo necesidad, cristianos, de explicar los motivos que han hecho convertir en un triste luto las preciosas galas de la Iglesia: vosotros sabéis muy bien que la Madre del Eterno, del Omnipotente, del Unigénito de Dios, la causa de nuestro júbilo, como la llama la Iglesia, el apoyo mas firme de nuestro consuelo y de nuestra confianza, María vestida de luto, oprimida de dolor, desfigurado su rostro, sumergida en un profundo abatimiento, lánguidos sus ojos, é inhumanamente atravesado su corazon al recuerdo de lo que ha perdido en su amado Hijo; María constituída en la mas cruel y terrible angustia, considerando al Salvador del mundo afrentosamente muerto y trasladado al sepulcro, es el objeto que hace cambiar en demostraciones de dolor y de consternacion los festivos cánticos de las solemnidades religiosas.

Y á la verdad ¡qué situacion tan amarga para la mas delicada de las vírgenes, para la mas tierna y amante de las madres! Paremos, cristianos, la consideracion en esta circunstancia, la mas crítica de la vida de esta Señora, y tratemos de acompañarla y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñora, era un hombre impuro, que con sus liviandades azotaba las carnes inmaculadas de Jesus; este otro era un soberbio que con sus atrevidos pensamientos le coronaba de espinas; aquel era un rencoroso, que negando el perdon á su enemigo, aumentaba el enorme peso de su cruz; el otro era un avaro, que ocultando codiciosamente sus bienes á la presencia de las urgentes necesidades de los pobres, le clavaba en la santa cruz; este era un injusto que perjudicando gravemente á su prójimo, pasaba el pecho de vuestro Hijo con la lanza de su pecado. Pero ahora, Señora, todos arrojan las armas, todos se rinden y todos piden misericordia á vuestro Hijo Jesucristo, condolidos de vuestra amarguísima soledad. Recibíd, ó dulce Madre mia, todas estas almas: defendédlas con vuestro poder, asistídlas en la vida, acompañádlas en la muerte, y procurádles con vuestra eficacísima intercesion el eterno descanso de la gloria, donde todos os veamos por los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE LA SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.

PARA EL VIÉRNES SANTO.

(DE GONZÁLEZ.)

Idcirco ego plorans... quia longe factus est à me consolator convertens animam meam: facti sunt filii mei perditi, quoniam invaluit inimicus.

Por eso yo estoy llorando... porque se ha alejado de mí el consolador que convierte mi alma: mis hijos se han perdido, porque prevaleció el enemigo.

Jerem. Lament. c. 1. *v.* 16.

No tengo necesidad, cristianos, de explicar los motivos que han hecho convertir en un triste luto las preciosas galas de la Iglesia: vosotros sabéis muy bien que la Madre del Eterno, del Omnipotente, del Unigénito de Dios, la causa de nuestro júbilo, como la llama la Iglesia, el apoyo mas firme de nuestro consuelo y de nuestra confianza, María vestida de luto, oprimida de dolor, desfigurado su rostro, sumergida en un profundo abatimiento, lánguidos sus ojos, é inhumanamente atravesado su corazon al recuerdo de lo que ha perdido en su amado Hijo; María constituída en la mas cruel y terrible angustia, considerando al Salvador del mundo afrentosamente muerto y trasladado al sepulcro, es el objeto que hace cambiar en demostraciones de dolor y de consternacion los festivos cánticos de las solemnidades religiosas.

Y á la verdad ¡qué situacion tan amarga para la mas delicada de las vírgenes, para la mas tierna y amante de las madres! Paremos, cristianos, la consideracion en esta circunstancia, la mas crítica de la vida de esta Señora, y tratemos de acompañarla y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

consolarla en medio de tantas angustias. Pongámonos á su lado, luego que los piadosos amigos, arrepentidos tal vez de haber colocado en sus brazos el cadáver enteramente desfigurado de aquel Hijo divino, que ántes habia sido todas sus delicias, todo su tesoro, todo su honor, toda su gloria, se le arrebataron para depositarle en el sepulcro. No veremos correr por sus mejillas las lágrimas como corrieron por las del Salvador, al acercarse al sepulcro de Lázaro; pero en la vehemencia de su dolor veremos demostrada la ternura con que le ama, y la justicia con que exige de nosotros una reconocida correspondencia; y oiremos de su misma boca que si bien la falta de su Hijo atraviesa fieramente su alma; pero la causa principal de su dolor es, *quia longe factus est à me consolator, convertens animam meam: facti sunt filii mei perditi, quoniam invaluit inimicus;* porque la muerte inhumana la ha arrebatado á su adorable Jesus, en quien estaba cifrado todo su consuelo; y las potestades infernales le arrebatan continuamente los hijos que debieran sufrir la falta de aquel. De estas palabras podemos inferir la parte tan considerable que nos cabe y que debemos tomar en las angustias de María.

Pidámosle por lo que en esta ocasion padeció su alma santísima, nos alcance de su Hijo la gracia de conocer el motivo, por que le fué tan amargo este cáliz, para que podamos imitarla en el heroísmo de su caridad. *Ave María.*

Yo no puedo saber en qué se funda la opinion del padre san Gregorio respecto á la sensacion que hacen los golpes imprevistos. Es verdad que cuando de antemano se nos han anunciado, está preparado el ánimo y libre por este medio del golpe de una sorpresa, que suele ser mortal á las veces; pero no lo es ménos que, si el mal que nos amenaza, es inevitable, su anticipado conocimiento anticipa tambien el dolor, y que esta misma prevision suele hacernos conocer mas individual y circunstanciadamente los bienes de que vamos á ser privados, amarlos con mas intension y hacer por este medio mas sensible el dolor que nos causa su pérdida.

Desde que María santísima presentó en el templo de Jerusalen al niño Jesus, supo ya con toda seguridad la triste suerte que á ella y á su querido Hijo les estaba preparada; y ¿quién

sabe si se le comunicaria este funesto acontecimiento al anunciarle su gloriosa maternidad? Desde aquel momento no dejó de atravesar su amante corazon un cuchillo, tanto mas cruel, cuanto mas vehemente era el amor que profesaba al Hijo de sus entrañas; porque esta misma prevision como que la precisaba á considerar con mas detencion sus prendas singularísimas, sus gracias extraordinarias, sus relevantes cualidades, que cuanto le hacian mas apreciable á sus ojos, tanto mas acrecentaban el dolor de haberle de perder un dia; de suerte que convirtiendo esta funesta nueva en acíbar amarguísimo todos los consuelos y delicias de su vida, ni la libraba del pesar, ni hacia ménos dolorosa la necesidad de apurar hasta las heces este cáliz amargo. Ah! no por esto habia de serle ménos sensible aquel furioso golpe.

Lo tenia previsto, sí; su alma estaba preparada: tal vez jamas se apartó de su memoria la profecía del viejo Simeon. Resignándose con la mayor humildad á los decretos soberanos de la voluntad de Dios, y adorando la justicia de su sábia providencia, habria repetido mil y mil veces las memorables palabras de su adorado Jesus: *non mea voluntas, sed tua fiat;* mas aún no habia recibido el golpe verdaderamente terrible: consideraba muy distante la pérdida de aquel que tenia á su vista.

Yo no sé qué género de esperanza nos anima, cuando se trata de personas que nos interesan: por mas seguridades que nos den los facultativos de la proximidad á la muerte; por mas señales que percibamos nosotros mismos, el amor, la pasion, el deseo de su vida nos infunde una especie de esperanza, que sirve de consuelo ó de lenitivo al ménos á nuestro dolor. Aún verificada la muerte todavía no llega á su colmo el sentimiento; la vista del cadáver es suficiente á engañar nuestro amor, y nos daríamos por satisfechos con que nos dejaran gozar mas tiempo de su presencia. Pero el canto fúnebre viene á herir nuestros oídos, anunciándonos al mismo tiempo que va á ser arrancado de nuestra compañía para no volver á verlo mas: entónces el dolor llega al último extremo; las lágrimas, los gemidos interrumpen nuestra silenciosa meditacion; la calma en que yacíamos como adormecidos, es reemplazada por la inquietud, por la zozobra, por la desesperacion.

María, instruída del sacrificio que ha de ofrecerse al eterno Padre de la sangre y de la vida de su adorado Unigénito, cree

con firmeza lo que se le anuncia; pero en tanto que no llega el momento de verse sola, aún al tiempo de verificarse la muerte, no desconfia, ántes la consuela la reflexion de que tal vez le suceda lo mismo que al patriarca Abrahan, que levantado ya el brazo y dispuesto á descargar el mortal golpe sobre su inocente Isaac, vió con el mayor placer realizadas sus esperanzas, de que á pesar de todas las apariencias se conservaria su preciosa vida. Llega el terrible momento en que espira su amado Jesus en una cruz afrentosa; mas como todavía le veía en su presencia, y principalmente habiendo depositado en sus brazos los piadosos amigos el sagrado cadáver, se forma mil ilusiones, con que procura hacer ménos terrible su situacion; pero cuando se lo arrebataron para conducirlo al sepulcro y ocultarlo á su vista, ay! ¿qué lengua podrá declarar, qué imaginacion será capaz de figurarse las angustias, el desconsuelo, el insoportable martirio que sufrió su amorosísimo corazon?

Glorioso arcángel, desciende nuevamente, pero no le recuerdes, como en otra ocasion, que es llena de gracia, porque al presente tiene sobre sí todo el peso de la culpa: no le digas que Dios está en su compañía, ay! eso seria una especie de insulto para una madre, que está llorando la pérdida de un hijo, cuya preciosa vida ha terminado á su presencia, y cuyos sagrados despojos se le acaban de arrebatar, para ocultarlos entre la oscuridad del sepulcro. Desciende pues á consolarla en su inmensa afliccion, á fortalecerla en su extrema congoja, á evitarle el fiero pesar de buscar inútilmente á su Amado.

No, madre amorosa, no os molestéis tendiendo la vista á todas partes; el objeto en que pretendéis saciar vuestros ojos, está oculto en las entrañas de la tierra; buscádlo en vuestra imaginacion; pero tenéd entendido que en ella descubriréis cuanto conduzca á acrecentar hasta lo sumo vuestro desconsuelo. Las innumerables entradas que abrieron las espinas en aquel sagrado cerebro, pondrán de manifiesto el tesoro infinito de la sabiduría eterna que tenia allí oculto la diestra del Altísimo. Los ojos ya oscurecidos y cerrados á la luz os recordarán la felicidad con que penetraba los senos mas ocultos del corazon, y los misterios escondidos en el profundo abismo de la eternidad. Los labios cárdenos ya é inmobles os le representarán como pronunciando aquellas palabras eficacísimas, á cuyo eco desaparecian las enfermedades, restituían sus presas la muerte y el

sepulcro, se retiraban vencidos y desesperados los infernales espíritus, y las almas pecadoras recobraban la hermosura de la gracia, el brillo de la virtud y el derecho á la bienaventuranza. La sangre, las salivas y bofetadas que habian desfigurado su rostro divino, retratarán con los mas vivos colores aquella hermosura, en que excedia sin comparacion á todos los hijos de los hombres, y cuya amable vista hacia suspirar ansiosos á los mismos ángeles. Las manos os dejarán ver por entre las heridas de los clavos la virtud de la omnipotencia que se habia depositado en ellas. El cuerpo todo acardenalado, cubierto de sangre, deshecho, marcado con tantos y tan infames sellos de la afrenta, de la ignominia, de la infamia, de la maldicion, del pecado, de la muerte, os recordará con la mayor viveza ser el anunciado en tantas profecías, el prometido por el Criador para remediar los males de todas las criaturas, el esperado con tan vivas ansias de todos los patriarcas, de todos los justos, de todos los mortales, como el único que habia de sacarlos del estado de miseria en que yacian. Digámoslo de una vez: todo os recordará, os demostrará, os hará palpar la pérdida irreparable que nunca, nunca podrá ser dignamente llorada; la pérdida de vuestro Hijo, que lo era al mismo tiempo del eterno Padre; la pérdida del Unigénito de Dios, del sumo bien, de la misericordia infinita, del infinitamente perfecto.

¿Qué extraño, cristianos, que constituída en tan lamentable situacion diga con Jeremías (1): *idcirco ego plorans..., quia longe factus est à me consolator, convertens animam meam?* ¿qué extraño, si el dolor que la aqueja, es el mas intenso, el mas cruel, el mas insoportable? Reúnanse todas las criaturas angustiadas y perseguidas de la desgracia; compárense sus males, su pérdida con los males y pérdida de María; oh! la comparacion seria una especie de blasfemia. ¿Qué es lo que todas ellas pueden perder con lo que ha perdido María? María ha perdido á todo un Dios. El mundo entero con todos los seres que lo componen, millones de mundos mas perfectos que él, todo es ménos que un átomo imperceptible, todo es una verdadera nada en su presencia; nada es capaz de suplir su falta por un solo momento. El tierno corazon de la mas amante de las madres experimenta un vacío inmenso, un vacío que nada será ca-

(1) *Thren. c. 1. v. 16.*

paz de llenar: su alma embriagada de amor sufre una aflicion extremada: y en ninguna otra cosa puede hallar consuelo sino en el mismo bien que ha perdido: *idcirco ego plorans..., quia longe factus est à me consolator, convertens animam meam.* Ay! su alma habia sido criada para solo amar á su Dios; y para que nunca se disminuyese su amor, fué siempre santa, aunque unida á una naturaleza pecadora: la Providencia la conservó exenta hasta de la mas leve culpa, en medio de tantos peligros á que el mundo y el infierno exponian continuamente su acendrada virtud. El Señor la elige entre todas las criaturas para el ministerio único, el mas honorífico, el mas sublime y elevado, para madre de su eterno Verbo; y por un prodigio que ni tiene, ni tendrá semejante, forma de su sangre purísima por la virtud del Espíritu santo y sin el mas leve detrimento de su virginal pureza, la humanidad santísima de este Hombre-Dios; y despues de haber visto anunciada su divinidad por los ángeles, publicada por los cielos, adorada por los magos y demostrada por innumerables prodigios, ha disfrutado sin interrupcion su amabilísima compañía por espacio de treinta y tres años, en los que no ha visto sino rasgos extraordinarios de una virtud la mas heroica, sin advertir jamas el menor defecto; una misericordia sin límites, que en ningun tiempo ha violado los derechos de la justicia; un amor, una bondad...

Mas ¿cómo es posible recordar todo esto sin que se la oprima el corazon de dolor, ó se divida en tantas partes cuantos son los recuerdos? porque el sentimiento no puede ménos de ser proporcionado á la pérdida, y si cuando se le desapareció de niño en Jerusalen, ántes aún de que pudiera dar testimonios prácticos de la grandeza de su alma, de la inmensidad de su amor, del poder omnipotente de su brazo, de la eficacia suma de su palabra, de su identidad con el eterno Padre; si entónces pudo ya esta madre tierna manifestarle la vehemencia del dolor que le habia causado una separacion de tan corto tiempo, ¿con qué expresiones, con qué afectos lo podrá manifestar ahora, despues de haber conocido su infinito precio por sus palabras, por su doctrina, por sus virtudes, por sus milagros, por su incomparable beneficencia? ¿ahora que ya no espera hallarle entre sus parientes, en casa de sus amigos, en el templo, ni en otra parte alguna, pues sabe que descansa en el frio sepulcro? Ah! en lugar de las amorosísimas quejas que le dirigió en

el templo, inundada de alegría por haberle encontrado, repetirá ahora con una cruel ansiedad las que él dirigió á su eterno Padre en lo mas acerbo de su pasion, manifestándole la horrorosa situacion en que le colocaba su abandono: *Deus, Deus meus, ut quid me dereliquisti?* ¿por qué, Hijo y Señor mio, por qué abandonas así á una madre..., á una madre... ay! ya dejé de serlo con tu muerte! ¿Por qué, ó Dios mio, has de tratarme con un rigor tan ajeno de tu clemencia, siendo tan generoso con todos? Oh! arrebatárasme ántes la vida, la vida que yo te he dado. ¿Para esto tanta elevacion, tanto engrandecimiento, tantas distinciones, tan singulares beneficios? ¡Ojalá, diria con el paciente Job, que jamas me hubieras extraído de mi humilde condicion! en ella estaria mi alma satisfecha, tranquila, libre de los dolores que ahora la atormentan. ¿Será posible que haya sido elevada á la cumbre del honor y de la grandeza, solo para que el golpe de mi caída fuese mas terrible, mas doloroso, mas inhumano? Vida mia, amor mio, único consuelo de mi corazon, ay! *idcirco ego plorans...* mi mal queda sin remedio; mi alma traspasada con la fiera lanza, no se ejercitará mas que en los suspiros, en el llanto, en las quejas, porque habiéndome faltado mi Hijo, no es posible que yo halle consuelo alguno: *quia longe factus est à me consolator.*

Y por cierto, en dónde pudiera buscarlo? El Hijo ya no existe; el cielo que ha descargado todo el peso de su indignacion sobre el Criador, no será mas compasivo con la criatura; los ángeles...; pero si se presentaron al Salvador en lo mas cruel de su agonía, fué solo para declararle que era irrevocable el decreto de su muerte; los hombres... Ah! *idcirco ego plorans... facti sunt filii mei perditi.* El único lenitivo que pudiera ofrecerse á su dolor, era el saber que con la pérdida de su Hijo natural se adquiria una multitud de hijos adoptivos, que libres de la esclavitud, de la miseria y del pecado, adornados con la cualidad de hijos de Dios, compañeros de su gloria, herederos de su reino llenarian en parte los deseos de su amor acompañándola en su soledad, ya que no pudieran reparar completamente la pérdida de aquel; mas ay! *facti sunt filii mei perditi, quoniam invaluit inimicus:* el infierno enemigo de todas sus glorias, acrecentado su orgullo, enardecido su furor, aumentada considerablemente su indignacion con la muerte afrentosa del Unigénito de Dios, se ocupa en remachar los hierros de la esclavitud en que gemian oprimidos los mise-

rables hijos de Adan : este monstruo ha conseguido con sus sugestiones que conviertan los hombres en su propio daño el mayor de todos sus beneficios.

Sí; la muerte del Hombre-Dios, que debia ser el orígen de nuestra vida, la puerta de las misericordias y la fuente de la bienaventuranza, es por nuestra monstruosa ingratitud la ocasion de nuestra mayor desdicha; lo que irrita mas el furor y la indignacion de Dios contra nosotros; lo que mas nos aleja de su gracia; lo que nos hace mas incapaces de perdon y de misericordia. Nosotros mismos nos hemos hecho reos del mas enorme de los delitos, pidiendo, decretando y poniendo por obra la sentencia de una muerte infame en aquel Hijo de Dios, que nos amaba hasta ofrecer su sangre por merecernos la vida de la gracia. Puede imaginarse un atentado mas execrable? La naturaleza toda se ha cubierto de horror; el cielo se ha robado á nuestra vista, escondiendo sus luces para ocultarnos el camino de la gloria; la tierra enfurecida ha abierto una multitud de bocas, para devorarnos y sumergirnos en los abismos; el hombre, solo justo en esto, ha pronunciado contra sí la sentencia mas espantosa, declarándose responsable de la sangre infinitamente preciosa de su Dios. Es verdad que los miserables que prorumpieron en tan horrorosa imprecacion, pecaron de pura ingorancia, como dice el apóstol san Pablo, y aún creyeron hacer en ello un obsequio muy agradable al Señor; pero en esto mismo se conoce el predominio tan despótico que sobre ellos ejercia el enemigo, pues los cegó hasta el extremo de no dejarles ver la luz mas brillante, y de impedirles el conocimiento de la mas demostrada é interesante de todas las verdades : *invaluit inimicus.*

Y ¿se conducen de otro modo los cristianos, á quienes no es permitido ignorar, ni aún abrigar la menor duda acerca de la divinidad de Jesucristo? ¿No le están crucificando de nuevo á todas horas, cuando desprecian su majestad, insultan su paciencia, huellan su ley, por dar gusto á una carne de corrupcion y de pecado, á una vil y sórdida codicia, á una soberbia ruinosa y degradante, á un mundo de vanidad, de locura, de perdicion? ¿No llega su depravacion hasta el extremo de profanar los lugares, los tiempos, los misterios mas sagrados? ¿no arrojan con un imperdonable vilipendio, no pisan con un execrable sacrilegio, no sepultan con el mas horrendo ultraje el augusto sacramento del cuerpo y sangre del Señor en el lugar

mas inmundo, mas hediondo, cual lo es una alma de pecado? Abominable monstruosidad! ¡qué estragos no causará semejante desventura en el corazon angustiado de María, cuando los nuestros, aunque pecadores, quedan oprimidos, consternados, deshechos en lágrimas, prorumpiendo secretamente en las mismas expresiones : *facti sumus perditi, quoniam invaluit inimicus!* Y ¡ojalá que la despótica tiranía de Satanas se hubiera contentado con eso! pero pasa mas adelante conduciendo á los hombres á los mayores desórdenes. ¿Quién hubiera creído que entre los cristianos se hallara quien tomase á su cargo el impugnar, ridiculizar, hacer una irrision diabólica de las verdades, de los misterios, de los sacramentos de Jesucristo?

Piadosos esclavos de María, á vosotros pertenece enjugar sus lágrimas, prestar algun consuelo á su dolor, mitigar su pena, dulcificar en algun modo la amargura de su soledad. Compadézcaos su triste situacion, á vosotros al ménos que os gloriáis de ser sus amigos, sus hijos. ¡Qué inmenso tesoro de gracias no os dispensa la Iglesia, por acudir al templo á acompañarla recordando sus tormentos y angustias! No queráis privaros de tan imponderable beneficio, y á vuestra Madre de tan dulce consuelo por una indolente desidia : prestád atentos oídos á los lamentos con que esta desconsolada Señora se quejaria de vuestra ingratitud. *Viæ Sion lugent*, exclamaria entónces con el profeta (1): los caminos de este templo están consternados, horrorizados al verse siempre desiertos sin que nadie se digne venir por ellos á dar culto, á promover la gloria, á acabar con las penas de María : *sacerdotes ejus gementes* (2): sus sacerdotes oprimidos de dolor é inundados en lágrimas lloran la desercion y abandono del lugar santo : *et ipsa oppressa amaritudine* (3): y la Reina soberana de la gloria se ve en extremo afligida y angustiada con el desprecio y abandono de sus mismos hijos. No, amados hermanos mios; no añadáis esta nueva afliccion á las aflicciones de esa Señora : emprendéd y emprendamos todos una vida penitente, virtuosa, caritativa, humilde, propia de unos verdaderos cristianos, y aprovechando la sangre del Cordero, y venciendo á nuestro comun enemigo, la consolaremos, gozando en su compañía el fruto de la pasion y muerte de su Hijo. Amen.

(1) *Thren. c. 1. v. 4.* (2) *Ibid.* (3) *Ibid.*

SERMON

DE LA RESURRECCION DE JESUCRISTO.

PARA LA DOMINICA DE PASCUA.

(DE GONZÁLEZ.)

Surrexit Dominus vere.
Ha resucitado el Señor verdaderamente.
S. Lúcas, c. 24. v. 34.

Convencidos los apóstoles de la divinidad de Jesucristo por su resurreccion, se difunden por los diversos países del globo, para ofrecer á los hombres los bienes inefables, la bienaventuranza inmortal, que solo pudieran obtener por ese medio. España, esta nacion que tan obstinada resistencia opuso siempre á los esfuerzos de los conquistadores, se rinde sin la menor oposicion á estos débiles desconocidos que vienen á conquistarla para el cielo; se alista en las banderas del Crucificado; abraza su Religion y la conserva en toda su pureza é integridad despues de diez y ocho siglos. Las diferentes convulsiones políticas, la mutacion de dinastías, la variacion de los sistemas en el gobierno, nada ha sido capaz de alterar el carácter español en punto á su Religion. Cuantos gobiernos se han conocido, todos han considerado la Religion católica, única verdadera, como el principal y mas sólido fundamento de su existencia: seria por tanto inútil, y tal vez ofensivo á la gloria de los españoles el empeño de convencerlos formalmente de la existencia de la resurreccion de Jesucristo, que es como el dogma fundamental de la Religion cristiana. Sin embargo, como en otros países no se haya mirado con el mismo aprecio, ni conservado con tanto esmero la Religion revelada, y como en muchos de sus

libros se oculte el veneno cruel de la infidelidad, he determinado presentar en compendio á mi auditorio algunas de las razones, en que se apoya este hecho, verificado al tercero dia despues de la muerte de Jesucristo, para impedir, si me es posible, que sean miserablemente seducidas algunas almas que carecen de la debida precaucion.

Preservádnos, Señor, de una muerte tan desventurada, como que asegura una eterna desgracia. Á este fin os pedimos vuestros soberanos auxilios por la intercesion de esa Señora, cuya alegría, al ver gloriosamente resucitado á su Hijo, no puede desconocerse. *Ave María.*

Si no tuviera el hombre la desgracia de abusar tan frecuente como funestamente de su razon, ni necesitaria, ni pudiera dársele otra prueba mas convincente de la verdadera resurreccion de Jesus Nazareno que el testimonio del mismo Dios; pero ha llegado á tal extremo su soberbia que, despues de haberle cegado, le ha hecho establecer como dogma fundamental la suma ignorancia, el escepticismo universal, para sacar de aquí un argumento demostrativo, con que impugnar las verdades anunciadas en los Libros santos por la Sabiduría infinita; argumento tan conluyente como el de un insensato, que con solo cerrar los ojos pretendiera demostrar, que el Omnipotente no habia formado la luz y los colores que perciben claramente aún los brutos incapaces de razon. No es mi ánimo detenerme á convencer á semejantes sabios, con quienes juzgo no debe usarse el raciocinio y sí otro género de pruebas mas sensibles; me dirijo á otros que presumiendo de sabios en todo el rigor de la palabra, se desdeñan de creer que Dios haya hablado á los hombres, para manifestarles unas verdades superiores á la capacidad de su comprension. Para esto, prescindiendo por ahora de la cualidad de inspirados de Dios, de que se hallaron dotados los evangelistas que refieren unánimes el hecho de que se trata, no me valdré de su testimonio, sino como pudiera hacerlo del de cualesquiera otros historiadores, testigos oculares de los sucesos que refieren. Tendré buen cuidado de no apartarme un ápice de las reglas de una severa crítica, de esa ciencia en que tantos adelantamientos han hecho los referidos sabios (no sé si todos con buena intencion).

Previas estas advertencias, digo, que son irrecusables los testigos que deponen en favor de la resurreccion de Jesucristo. Todos refieren de un mismo modo un hecho, á que se hallaron presentes; lo refieren al mismo tiempo, en el mismo pueblo, delante de los hombres mas poderosos y mas obstinados en impugnarlo; lo refieren despues de un severo exámen, y fundados en unas pruebas que los convencen, sin dejarles la mas mínima duda. No, no se podrá decir jamas que creyeron ligeramente y que precipitaron su juicio. Las piadosas Marías les anuncian esta prodigiosa nueva, y aquellos hombres ignorantes, cuya credulidad es tan satíricamente censurada de Porfirio, no solo dudan de su verdad, sino que por entónces califican á aquellas infelices mujeres de ilusas, entusiastas y delirantes. Movidos sin embargo de un superior impulso, se dirigen al lugar donde estaba sepultado su Maestro; llegan al sepulcro, lo hallan abierto, y aunque ven que falta el cadáver, suspenden el juicio en medio de una extraordinaria admiracion. El mismo Resucitado se ofrece á su vista; les habla, les da en rostro con su poca fe; y aún así no se resuelven todavía á creer un hecho tan prodigioso, temiendo no fuera una ilusion, hasta que el Señor les hace tocar su cuerpo con las manos, obligándolos por este medio á palpar la verdad, para que se resuelvan á creerla.

Hay mas: uno de los discípulos que no se hallaba presente en aquella ocasion, informado de lo ocurrido por sus compañeros, no puede llegar á persuadirse de la verdad de aquella relacion, y asegura que jamas la creerá hasta que vea por sus propios ojos al Señor, y toque con sus manos las heridas de los clavos y de la lanza. No tardó esto en verificarse; presentándoseles de nuevo el Señor á pocos dias, dirige la voz á este inflexible discípulo, y le hace palpar en efecto las heridas de sus manos y costado, y exclamar poseido de rubor, de admiracion y de júbilo: *sí, en verdad que este mismo es mi Señor, mi maestro y mi Dios* (1).

No creáis que se deja ver una sola vez, ni de una sola persona este Dios-Hombre vuelto á la vida: por espacio de cuarenta dias se aparece á mas de quinientas personas; conversa con ellas; toma en su compañía el alimento, procurando por estos

(1) *Joann. c. 20. v. 28.*

y otros mil medios persuadirlas á que efectivamente ha resucitado, como tantas veces lo habia prometido; y era el mismo que toda Jerusalen habia visto espirar en un madero ignominioso. Ved ahora si pueden darse pruebas mas demostrativas, y si los mayores sabios y los críticos mas severos hubieran examinado el asunto mas detenida y escrupulosamente. No, los apóstoles no padecieron ni pudieron padecer el menor engaño en esta parte; pero, ¿no pudieron convenirse para suponer verificado este prodigioso hecho?

Ah! fuera una extremada osadía usar de mis propias palabras para responder á esta pregunta, á la que ha contestado un san Juan Crisóstomo con su natural elocuencia. Los apóstoles (dice con corta diferencia este gran Padre), aquellos hombres ignorantes y groseros que ni habian estudiado las ciencias, ni se habian ocupado en otro ejercicio que en el de la pesca; aquellos hombres pusilánimes hasta lo sumo, que despues de haber presenciado los inumerables prodigios obrados por su divino Maestro, le desconocen, le niegan, le abandonan, huyen acobardados á ocultarse, luego que le ven preso; aquellos hombres, ¿tendrian el talento necesario para inventar una ficcion semejante? ¿tendrian la fortaleza necesaria para arrostrar la persecucion, los tormentos, la muerte que veían inevitable, si predicaban la resurreccion de su Maestro en presencia de los pontífices, de los judíos, del presidente, de todos los enemigos que con tan enconado empeño le privaron de la vida? ¿Dónde se ha visto que los mismos que habian manifestado tan poco celo, por no decir la mayor indiferencia, por el honor y los intereses de un amigo, cuando podia saberlo, agradecerlo y recompensarlo, puesto que vivia, hagan los esfuerzos mas heroicos, se expongan á los mayores peligros, arrostren la muerte mas cruel por defenderle y promover su gloria, cuando es incapaz de conocer y remunerar los servicios que se le hacen por estar privado de la vida? Y si lo hicieron así los apóstoles, conduciéndose como los héroes mas distinguidos, ¿pudieran ni aún pensar en una impostura tan escandalosa? ¿los apóstoles, unos hombres que predicaban con las palabras y con el ejemplo el mas absoluto desprendimiento de todo lo carnal y mundano, y la práctica de la moral mas sublime y de la mas pura virtud? Y cuando lo pretendieran, ¿cómo hubieran hecho tomar parte en su impostura á los mas declarados enemigos de aquel, cuya

resurreccion predicaban? El historiador mas célebre de los judíos, Flavio Josefo, asegura expresamente en su historia, como un hecho de la mas notoria publicidad, que Jesus Nazareno resucitó al tercero dia despues de su muerte. Saulo, el enemigo mas encarnizado de Jesucristo y de sus adoradores, se convierte de repente en el predicador mas celoso y entusiasta de la resurreccion y divinidad del Nazareno, y derrama gustoso su sangre para dar con ella un público testimonio de esta verdad. Los emperadores de Roma, no pudiendo dudar del hecho, pretenden colocar en el número de sus dioses al resucitado.

Qué es una impostura! y ¿qué diligencias se practican para descubrirla, siendo tan interesante su descubrimiento? ¿cómo no se abre el sepulcro y se expone el cadáver á la vista de todos? Decir que los apóstoles le habian robado aprovechándose del sueño de los guardias, es un efugio miserable é indigno de contestacion. Los guardias mismos publican un descuido tan criminal, y léjos de experimentar un severo y ejemplarísimo castigo, son remunerados como si hubieran hecho un importante servicio: los guardias publican el robo del cadáver, y por espacio de cuarenta dias ni se trata de perseguir á los agresores ni de averiguar el punto donde se ha depositado el cuerpo del delito. La sinagoga enmudece, callan los pontífices, los jueces permanecen inmobles, la noticia de la resurreccion se divulga como un hecho indubitable por toda Jerusalen; los habitantes de esta ciudad se agolpan á dar testimonio de él, y el mundo entero se convence por todas estas señales de la resurreccion de Jesucristo; infiere de esta su divinidad, y le adora como el único verdadero Dios.

Concluyo, puesto que os he prometido la brevedad. De la palabra del mismo Dios, de la historia de los evangelistas, del testimonio de los discípulos, de la confesion de los enemigos, de la conducta de los pontífices y de otras mil pruebas, que me he visto en la precision de omitir, resulta que Jesus Nazareno resucitó al tercero dia despues de su muerte; y de su resurreccion se infiere evidentemente la divinidad de su persona y la de su Religion. Desafiamos al idólatra, al mahometano, al hereje, al deista, al ateo, á todos los incrédulos á que nos den pruebas igualmente demostrativas de sus absurdos sistemas; á que nos presenten testimonios tan irrecusables como los nuestros de su

doctrina. Qué gloria para nosotros, cristianos! ¡qué honor, qué satisfaccion debe cabernos, católicos, de creer esta verdad que tan funestamente niegan otras naciones que se tienen por ilustradas! Continuemos abrigando las nobles ideas que aprendimos acerca de nuestra alma; démosle las consideraciones que se deben á una imágen del mismo Dios; y despreciando esas dudas indecorosas á la razon, gloriémonos en nuestra fe, y consolémonos en la esperanza de que, pues Jesucristo ha resucitado, tambien nosotros resucitaremos un dia para vivir con él eternamente. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON.

LA RESURRECCION DEL SALVADOR ASEGURA LA DE NUESTRAS ALMAS POR LA GRACIA.

PARA LA DOMINICA DE PASCUA.

(DE GONZÁLEZ.)

Surrexit, non est hic.
Resucitó, no está aquí.
S. Lúcas, c. 16. *v.* 6.

Yo no sé si me engañan mis sentidos, ó si me hallo adormecido en el embeleso falaz de un lisonjero sueño. Apénas acierto á creer que este templo sea el mismo en que reinaba ayer el silencio mas aterrador, y en que los dias ántes resonaban los mas tristes ayes, los gemidos y lamentos mas dolorosos: con dificultad puedo persuadirme á que seais vosotros los mismos cristianos, que consternados á vista de tan lúgubres demostraciones, derramabais copiosas lágrimas por la muerte del objeto á que se dirigian: me es hasta cierto punto difícil asentir á que esta Madre, inundada de alegría, sea la misma que anegada en un llanto amarguísimo lamentaba su triste soledad.

Pero yo no debo privaros mas tiempo de la gloriosa nueva que vengo á comunicaros. Nosotras mismas lo hemos visto, decian las piadosas Marías á los arrepentidos discípulos; el sepulcro está abierto, y en el lugar que ocupaba nuestro amado Maestro, se halla un mensajero de la gloria, que lleno de resplandores y rebosando por todas partes la alegría que inunda

su corazon, nos ha dicho: no os molestéis: ya sé que buscáis el cadáver de Jesus Nazareno; pero en vano lo buscáis en el sepulcro; en vano lo buscáis entre los muertos: *surrexit:* ya resucitó lleno de gloria; ya reedificó el templo que con tan sacrílego orgullo quisieron arruinar los judíos envidiosos. *Surrexit:* ya se salvó á sí mismo el que habia salvado primero á los otros. *Surrexit:* ya triunfó de la envidia de los fariseos, de la crueldad de las turbas, de los horrores de la muerte y de la potestad del infierno aquel humildísimo Jesus, contra cuya vida conspiraban los hombres feroces reuniendo todas sus fuerzas. *Surrexit:* ya se reanimó la esperanza de los apóstoles, la creencia de los discípulos, el consuelo de los justos y la alegría de todos los mortales; porque si Jesucristo ha resucitado, segun su prediccion, es infalible que resucitaremos nosotros, como lo habia seguramente prometido; si Jesucristo ha resucitado, tambien han resucitado nuestras almas, saliendo triunfantes de la muerte del pecado á la vida de la gracia, así como lo ha salido él de la muerte del sepulcro á la vida de la gloria.

Justo, muy razonable es, cristianos, que nos entreguemos á los mayores trasportes de alegría: nunca me han parecido tan oportunas las demostraciones del mas excesivo regocijo, como en la presente festividad, que nos recuerda con la mayor expresion la época feliz de nuestra gloria: justo es que acompañemos á María en su júbilo y satisfaccion, ya que la hemos acompañado en su angustiada soledad.

Dadnos á conocer, ó Madre venturosa, lo que sentisteis al ver lleno de gloria aquel Hijo amado, cuya lastimosa muerte llorabais poco ántes con la mayor amargura: dignáos comunicarnos aquellos tiernos sentimientos que experimentasteis en su gloriosa aparicion, para que os imitemos en el modo posible. Esta gracia os pedimos rezándoos al efecto el *Ave María*.

No tuvieron otro motivo los judíos para odiar, perseguir y dar la muerte á Jesus Nazareno, que el carácter de Mesías y de Hijo de Dios, con que se daba á conocer á los pueblos; y como la verdad de esto pendia de la resurreccion que tantas veces habia profetizado, diciéndoles, que si destruían el templo, él lo reedificaria en tres dias, refiriéndose al templo de su cuerpo, trataban de ocultarla por todos los medios posibles, si llegaba á

realizarse. Á este fin, despues que á peticion de Josef de Arimatea fué sepultado su sagrado cadáver, pidieron licencia al presidente, para custodiar el sepulcro, por el temor de que los discípulos robaran el cuerpo de su maestro, para engañar por este medio al mundo haciendo creer que habia resucitado. Obtenido el permiso, eligieron los soldados de su mayor confianza, y sellada la enorme losa que cubria el sepulcro con un fuerte candado, les encargaron su custodia como un negocio de la mayor importancia. Pero ¡cuán vanas son todas las diligencias del hombre contra los decretos de la Providencia! Al amanecer el domingo, se rompe voluntariamente el candado; la pesada piedra se levanta contra su propia gravedad, y el cadáver, que al entrar en el sepulcro iba cubierto de sangre, desfigurado y deshecho por los tormentos, sale al estruendo de un inesperado terremoto, mas hermoso que los cielos, mas resplandeciente que los astros, mas glorioso que los ángeles. Los soldados atónitos á vista de tan brillantes rayos de luz caen por tierra despavoridos, y quedan inmóbiles y como petrificados. Noticiosos los pontífices de este admirable suceso, que confundia su orgullo y trastornaba todas sus ideas, discurren, para ocultar á los hombres su noticia, un medio que por su desgracia solo sirve para evidenciar su obstinacion y su ignominia.

El Señor envía un ángel que descubre la verdad, publica la gloria y da testimonio de la resurreccion de Jesucristo. Él fué quien anunció esta gloriosa nueva á las piadosas Marías, que sumergidas en el mas profundo abatimiento por la ausencia de su Amado, iban al sepulcro con el designio de ungir su cadáver. Apénas las descubre, cuando con el mas expresivo regocijo les dice: *surrexit, non est hic:* vuestro Amado resucitó, segun lo tenia prometido: *non est hic:* no debéis ya buscarle en la hediondez de los sepulcros, porque si bien dejó á la muerte que ejerciera en él su furor por un momento, pero con su resurreccion embotó los agudos filos de su espada: *non est hic:* la muerte no ejercerá ya en él su tiranía, porque quedó vencida, despojada de todo su imperio en justo castigo de la insolencia con que osó acometer á la mas preciosa de todas las vidas. No temáis ya sus iras, pues se quebró la punta de su mortífero aguijon, se deshicieron sus fuerzas, se acabaron sus victorias. No temáis su furor, dice Isaías, pues este generoso vencedor, con la gloria de su triunfo, la precipitó á lo mas profundo del

abismo. Perdiste, infernal dragon, perdiste tu decantado poder y el dominio de que te jactabas sobre el hombre.

Sí, cristianos; el astuto Satanas fué vencido, derrotado completamente y preso en sus mismos lazos. Insensato! se determina á subir con arrogancia por el madero santo de la cruz, para hacer presa con la muerte en la humanidad del Redentor, ignorando que este era el cebo que le tenia preparado la sabiduría divina para destruir su imperio, quebrantar sus fuerzas, acabar de una vez para siempre con su reino; sí, por medio del poder irresistible de la Divinidad que se habia ocultado á su fina penetracion. Le acomete, se ceba en su carne, le despoja de la vida mortal; pero en el momento mismo descubre el ingenioso lazo en que habia sido enredado, y cubierto de una vergonzosa confusion se precipita desesperado en sus tenebrosas mansiones, y con turbada voz llama á sus indignos ministros, diciéndoles en medio de su rabiosa desesperacion: *Rex virtutum, dilecti, dilecti:* huyamos, amigos, huyamos que viene en nuestro seguimiento el Rey de las virtudes. Mirádle lleno de gloria y de majestad, cubierto de resplandores, rodeado de inumerables ángeles, que cantan su glorioso triunfo con las mas festivas aclamaciones. Huyamos, que ya llega resuelto á quitarnos los ricos despojos de nuestro reino. Huyamos...

Miserables! vuestra huída será inútil: el glorioso Vencedor os persigue con denuedo, os deja encerrados en vuestros hediondos calabozos, y por trofeo de su victoria arrastra en pos de sí á todos aquellos siervos que gemian oprimidos bajo el yugo insoportable de vuestra dominacion, y que llenos ahora de consuelo y alegría, cantan celestiales himnos en honor y gloria de su generoso libertador. Llegó el dia en que fuese hollado, abatido, pisado con desprecio por la poderosa planta de la Divinidad el orgullo que os habian infundido vuestras decantadas victorias: llegó el dia en que fuerais furiosamente atados con las irresistibles cadenas del Todopoderoso: llegó el dia en que se burlen de vosotros aquellos mismos que ántes se aterraban al sonido de vuestras espantosas voces. Ya no solo os desprecian los fuertes Sansones, los valientes Davides, los esforzados Macabeos; el cristiano mas débil, el jóven mas tierno, la doncella mas delicada, todos os vencen, todos os hacen huir avergonzados y confusos, con solo presentaros la bandera inmortal del glorioso Resucitado. En vano procuráis amedrentarlos con el

sombrío semblante de la muerte; ya no los espanta, ántes bien la desean, la solicitan, la buscan con empeño. La muerte no es ya para ellos una triste y funesta exterminacion, sino una adquisicion riquísima y llena de felicidad, porque si ántes triunfaba con insolencia de todo el género humano, se ha convertido ahora en instrumento de los triunfos mas gloriosos de los amigos del Señor; porque si ántes acababa con los hombres, los traslada ahora á una vida infinitamente mas feliz y bienaventurada que la que les arrebata. Temian, cuando seducidos por la serpiente astuta quedaron miserablemente muertos; mas cuando vieron pisada su orgullosa cabeza por la firme planta que quiso arrebatar para sí, taladrándola con un clavo agudo, ya la desafian seguros de la victoria. No, la muerte no puede ya vencer ni asustar á los que han vuelto á una dichosa vida por la resurreccion del Salvador.

Este, como dice el Apóstol, murió por nuestra muerte, y resucitó para nuestra resurreccion (1). Cuando el hombre, seducido por la soberbia, se precipitó en la desventurada muerte del pecado, se decretó para su remedio el asombroso misterio del Dios-Hombre; desde cuyo feliz momento este y todos los demas que habia de redimir de tan odiosa esclavitud, forman un solo cuerpo animado de un mismo espíritu. Todos éramos miembros de aquel dichoso cuerpo, cuya cabeza era Jesucristo: no perdonaron á esta la enfermedad ni la dolencia; y el pestífero cáncer, que tan furiosamente habia cundido por todos los miembros, llegó á inficionarla arrojando en ella su mortal veneno, y cargándola con toda su podredumbre hasta destituirla de la vida; pero esta misma cabeza, reanimándose del modo mas glorioso, vivificó igualmente é hizo participantes de la gloria de su resurreccion á todos y cada uno de sus miembros, dividiendo con ellos, ó por mejor decir, dando completamente á cada uno toda la gloria de su triunfo y todas las presas de su victoria, por un medio incomprensible á la débil razon. Desde entónces todos llevan por trofeo al dragon infernal y á todos sus ministros ignominiosamente encadenados, y á la fatal guadaña de la muerte hecha pedazos. En vano encenderá el infierno sus voraces llamas; estas no pueden ya alcanzar á los cristianos resucitados con Jesucristo; ó si llegaran á alcanzarlos, las apagarian con el

(1) I. *Cor. c.* 15. *v.* 21.

mas leve soplo; las harian desaparecer con una sola palabra, y desterrarian á los miserables espíritus á sus hondas cavernas, donde por toda una eternidad no serian capaces de atormentarlos de nuevo. En vano les tenderá asechanzas, pues todas las descubre y desbarata la sublime ciencia, que con la nueva vida les ha comunicado su cabeza; en vano les armará nuevos lazos, porque todos son débiles hilos ante sus poderosas plantas.

No te canses, indigno tentador; tu astucia quedará siempre burlada, tus tentativas sin efecto. No te canses en buscar las almas de los cristianos en la ocasion, en el peligro, en la violencia de las pasiones, en ninguna de las circunstancias en que ántes lograbas vencerlas con toda seguridad. No busques en las riquezas el alma del avariento, que al punto se te presentará el ángel cercado de resplandores, y te dirá, *surrexit, non est hic*: ántes de morir, amaba ciegamente los intereses; despues de resucitado, los desprecia, los pisa con la mayor ignominia. No busques el alma del deshonesto en el sepulcro de sus criminales placeres, que su dichoso tutelar te saldrá al encuentro, diciéndote, para mayor confusion, *surrexit, non est hic*: es verdad que se dejó vencer del poderoso cebo de los deleites de la carne ántes que muriera, pero despues de haber resucitado, perdieron para ella todo el atractivo con que la arrastraban ántes, por haber conocido el veneno que ocultan. No busques el alma del rencoroso en las venganzas, que su felicísimo custodio te responderá inundado de placer, *surrexit, non est hic*: en otro tiempo la venció, le dió la muerte la implacable enemistad; pero ya que ha recobrado la vida por un amor que no tiene semejante, dispensa á todos sus hermanos el mayor afecto; los ama como á sí misma, y está dispuesta á sacrificarse completamente por los que ántes eran sus enemigos. No busques al sacrílego en sus profanaciones, al súbdito en su inobediencia, al superior en su desidia, al gloton en sus excesos, al murmurador en su maledicencia; no búsques el cadáver del pecador en el sepulcro de sus vicios, que solo encontrarás para tu confusion levantada la losa, caídos por tierra los guardias y lleno de regocijo el ángel encargado de custodiar su alma, que te dirá con indecible júbilo, *surrexit, non est hic*. Pensabas, ignorante, que haciéndolos una vez presa de tu crueldad por la muerte de la culpa, asegurabas para siempre la posesion de sus almas; pero por fortuna se han convertido contra ti tus astutos é infernales

designios. Un David no conocia el peligro hasta que tú conseguiste derribarle; un Pedro se burlaba de su flaqueza hasta que por ella le venciste; un Agustin creía tus engaños hasta que le precipitaste con ellos; pero estos y todos los demas que lograste seducir, son hábiles despues de haber resucitado; todos son fuertes, celosos, despues que una triste experiencia los ha desengañado, y triunfan con la mayor facilidad de tus ilusiones, de tus esfuerzos, de tus asechanzas y de tu furor.

Sí, cristianos felices; triunfáis, como el Salvador, de la muerte que jamas volverá á venceros; triunfáis del infierno, cuya entrada lográis cerrar completamente á vuestras almas; triunfáis del demonio aprisionándole con duras cadenas, para que en tiempo alguno pueda volver á sorprenderos. Y os aseguro esto con tanta mayor seguridad, cuanto que no solo he presenciado por mí mismo vuestra gloriosa resurreccion, sino que he tenido el indecible júbilo de saber por los otros celosos ministros, mis amados colaboradores en esta sagrada viña, que han visto vacios vuestros sepulcros, ó por mejor decir, maravillosamente resucitadas vuestras almas á la vida de la gracia, y convertidas en templos vivos del Espíritu santo. Mil y mil veces dichosos! el Señor os llene de prosperidades; el Señor os colme de bendiciones; el Señor haga llover sobre vosotros el rocío saludable de sus inmensos beneficios; el Señor oiga y despache favorablemente todas vuestras súplicas; el Señor os conceda una vida tan dilatada como feliz, una paz tan sólida como general, una virtud tan verdadera como permanente y una gloria tan inmensa como eterna. Vivíd felices; aprovechád la gracia de vuestra resurreccion. Disimulád mi ignorancia, mi falta de celo y mis escándalos, y tenédme presente en las oraciones que dirijáis al Todopoderoso, para que en el último de los dias logre la dicha incomparable de resucitar en vuestra compañía, y decir al supremo Juez tomándoos por la mano: aquí tenéis, Señor, las almas que os servisteis encomendarme; aquí las tenéis todas, todas, sin que haya perecido ninguna. Amen.

PLÁTICA

SOBRE

LA RESURRECCION DE LOS PECADORES.

PARA EL DOMINGO DE RESURRECCION.

(DE CHEVASSU.)

Surrexit Dominus vere.
El Señor resucitó verdaderamente.
S. Lúcas, c. 24. v. 24.

Oíd, hermanos mios, la gran nueva que os anuncio con los discípulos del Señor: Jesucristo ha resucitado verdaderamente. Las profecías, las figuras, las palabras de este Dios encarnado, que para prueba de su poder y de su divinidad, habia dado la señal de Jonas y se habia obligado á reedificar el templo de su cuerpo en tres dias despues de su destruccion; acaban de cumplirse por nuestra dicha en aquel famoso combate, en que la vida y la muerte disputaron la victoria, suceso de que dependia, segun el Apóstol (1), la predicacion del Evangelio y el establecimiento de la Fe. El Señor de la vida, que la habia perdido voluntariamente, ha triunfado de la muerte. La gloria que al parecer acompaña á los hombres grandes durante su vida, los desampara en el sepulcro, pues no desciende con ellos á esta triste morada de humillacion y de flaqueza; pero no sucede así con el Hijo de Dios: aquella gloria que parecia haberle abandonado en los misterios de su vida temporal, le acompañó en el de su muerte y bajó con él al sepulcro, de donde acaba de salir glorioso é inmortal. Jesucristo, vuelvo á decir, herma-

(1) I. *Cor. c.* 15. *v.* 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

designios. Un David no conocia el peligro hasta que tú conseguiste derribarle; un Pedro se burlaba de su flaqueza hasta que por ella le venciste; un Agustin creía tus engaños hasta que le precipitaste con ellos; pero estos y todos los demas que lograste seducir, son hábiles despues de haber resucitado; todos son fuertes, celosos, despues que una triste experiencia los ha desengañado, y triunfan con la mayor facilidad de tus ilusiones, de tus esfuerzos, de tus asechanzas y de tu furor.

Sí, cristianos felices; triunfáis, como el Salvador, de la muerte que jamas volverá á venceros; triunfáis del infierno, cuya entrada lográis cerrar completamente á vuestras almas; triunfáis del demonio aprisionándole con duras cadenas, para que en tiempo alguno pueda volver á sorprenderos. Y os aseguro esto con tanta mayor seguridad, cuanto que no solo he presenciado por mí mismo vuestra gloriosa resurreccion, sino que he tenido el indecible júbilo de saber por los otros celosos ministros, mis amados colaboradores en esta sagrada viña, que han visto vacios vuestros sepulcros, ó por mejor decir, maravillosamente resucitadas vuestras almas á la vida de la gracia, y convertidas en templos vivos del Espíritu santo. Mil y mil veces dichosos! el Señor os llene de prosperidades; el Señor os colme de bendiciones; el Señor haga llover sobre vosotros el rocío saludable de sus inmensos beneficios; el Señor oiga y despache favorablemente todas vuestras súplicas; el Señor os conceda una vida tan dilatada como feliz, una paz tan sólida como general, una virtud tan verdadera como permanente y una gloria tan inmensa como eterna. Vivíd felices; aprovechád la gracia de vuestra resurreccion. Disimulád mi ignorancia, mi falta de celo y mis escándalos, y tenédme presente en las oraciones que dirijáis al Todopoderoso, para que en el último de los dias logre la dicha incomparable de resucitar en vuestra compañía, y decir al supremo Juez tomándoos por la mano: aquí tenéis, Señor, las almas que os servisteis encomendarme; aquí las tenéis todas, todas, sin que haya perecido ninguna. Amen.

PLÁTICA

SOBRE

LA RESURRECCION DE LOS PECADORES.

PARA EL DOMINGO DE RESURRECCION.

(DE CHEVASSU.)

Surrexit Dominus vere.
El Señor resucitó verdaderamente.
S. Lúcas, c. 24. v. 24.

Oíd, hermanos mios, la gran nueva que os anuncio con los discípulos del Señor: Jesucristo ha resucitado verdaderamente. Las profecías, las figuras, las palabras de este Dios encarnado, que para prueba de su poder y de su divinidad, habia dado la señal de Jonas y se habia obligado á reedificar el templo de su cuerpo en tres dias despues de su destruccion; acaban de cumplirse por nuestra dicha en aquel famoso combate, en que la vida y la muerte disputaron la victoria, suceso de que dependia, segun el Apóstol (1), la predicacion del Evangelio y el establecimiento de la Fe. El Señor de la vida, que la habia perdido voluntariamente, ha triunfado de la muerte. La gloria que al parecer acompaña á los hombres grandes durante su vida, los desampara en el sepulcro, pues no desciende con ellos á esta triste morada de humillacion y de flaqueza; pero no sucede así con el Hijo de Dios: aquella gloria que parecia haberle abandonado en los misterios de su vida temporal, le acompañó en el de su muerte y bajó con él al sepulcro, de donde acaba de salir glorioso é inmortal. Jesucristo, vuelvo á decir, herma-

(1) I. *Cor. c.* 15. *v.* 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos mios, ha resucitado verdaderamente. ¡Qué motivo de gozo y de consuelo para nosotros, pues esta resurreccion es el fundamento de vuestra esperanza y de la mia! *Surrexit Christus spes mea.* ¿Pero qué parte deberemos tomar en este misterio? Ved aquí cuáles son las intenciones de la Iglesia: ella desea veros resucitar á la gracia, como Jesucristo resucitó á la gloria. Para este efecto notád, que así como Jesucristo no resucitó á la gloria, sino despues de haber muerto á la vida natural, de la misma manera nosotros no podemos resucitar á la gracia sin morir al pecado. Pero pregunto, ¿se resucita así en este tiempo? Esto es lo que es necesario examinar. Primero, cuál es la resurreccion de los pecadores en el tiempo de Pascua; y segundo, qué se debe hacer para resucitar bien.

PUNTO PRIMERO.

Para explicaros cómo se resucita en el tiempo de Pascua, debemos distinguir tres especies de resurreccion, de las cuales se hallan ejemplos claros y notables en la Escritura: la una aparente, como la de Samuel; otra verdadera, aunque de poca duracion, como la de Lázaro; la última verdadera y al mismo tiempo permanente, como la de Jesucristo. Pues yo digo que de estos tres modos resucitan los cristianos en este tiempo en que estamos. Unos resucitan en la apariencia, como Samuel, otros para morir segunda vez como Lázaro, y algunos para siempre, como Jesucristo resucitó para no volver á morir. Expliquemos estas tres especies de resurreccion, para que podamos conocer cómo hemos resucitado nosotros.

I. Léese en el primer libro de los Reyes, que Saúl, aquel príncipe perverso que fué desechado de Dios por no haber obedecido á la órden que se le habia dado de destruir á los amalecitas, viéndose estrechado por los filisteos y abandonado del espíritu de Dios, como un furioso y desesperado, pensó hallar en el arte de los demonios y del infierno lo que no podia alcanzar del cielo. Aunque él mismo habia expedido unos decretos terribles contra los adivinos, no por eso dejó de consultarlos: con este fin se disfrazó y entró en la casa de una mujer que tenia el espíritu de Piton, es decir, que usaba de estas perversas y abominables ciencias, y le pidió que le resucitase á Samuel: *Samuelem mihi suscita.* No me detendré á examinar

si esta resurreccion de Samuel fué ó no real y verdadera; contentaréme con decir, que Dios permitió se apareciese á Saúl la sombra de este profeta bajo la figura de un venerable anciano, cubierto con un manto ó capa, y de esta sombra salió aquella voz espantosa: mal príncipe, ¿por qué turbas mi reposo haciéndome resucitar? *¿ Quare inquietasti me, ut suscitarer?* Sábete que Dios te tratará como mereces: tu reino pasará á David, objeto de tu envidia, á quien no puedes ver. ¡Cuántos cristianos hay cuya resurreccion es semejante á esta de que habla la Escritura! La Iglesia les advierte desde el principio de cuaresma, cuando les pone la ceniza sobre la cabeza, que deben convertirse y hacer penitencia, y se les predica esta misma verdad en todo aquel tiempo. Los párrocos encargados de publicar el canon del Concilio general de Letran, les hacen saber, que todo cristiano que tiene uso de razon, debe confesarse con su propio párroco á lo ménos una vez en el año, y comulgar por Pascua en su parroquia, so pena de excomunion. La voz de la Iglesia nos insta: es necesario obedecer y resucitar.

1. Pero esta resurreccion es, lo primero, forzada. Confiésanse por Pascua, porque no se atreven á dejarlo para mas adelante. El pecador envejecido teme ser notado de su párroco, y le dice interiormente: ¿por qué turbas mi reposo obligándome á que venga á confesarme? *Quare inquietasti me, ut suscitarer?* 2. Es una resurreccion aparente. Confiésanse, porque es preciso hacerlo; pero ¿es la verdadera piedad la que los conduce al tribunal de la penitencia? No, sino la inquietud en que se hallan por descargarse de una obligacion que les incomoda y embaraza. Confesiones y comuniones de ceremonia, resurrecciones en la apariencia, sombras é imágenes de conversion: *Quare inquietasti me, ut suscitarer?* 3. Y lo que aún es mas, y casi no me atrevo á decirlo, no son mas que unas resurrecciones diabólicas, que el demonio aconseja, y Dios aborrece y detesta. ¡Cuántas confesiones nulas y comuniones sacrílegas en el tiempo de Pascua! ¡cuántas absoluciones subrepticias y precipitadas! ¡cuántos pecadores que ocultan sus desórdenes en vez de manifestarlos, y que sin salir de su mal estado, pretenden resucitar por arte del demonio, del cual son esclavos! *Quare inquietasti me, ut suscitarer?*

II. La segunda especie de resurreccion es aquella que es real y verdadera, pero de poca duracion: tal fué la de Lázaro. Lá-

zaro es figura de los pecadores : no quiero decir en esto que haya sido un pecador, pues fué un gran santo, hermano de Marta y María, y amigo del mismo Jesucristo : *Lazarus, amicus noster* (1). No obstante, los santos Padres le han mirado como una figura de los pecadores; y su resurreccion como una imágen de su conversion. Muerto pues Lázaro en Betania, se fué Cristo á aquel lugar, y se encaminó al sitio de su sepulcro. Ya hacia cuatro dias que le habian enterrado : *Jam foetet, quatriduanus est enim* (2), dijeron sus hermanas al Señor : lo cual denota el estado del pecador sepultado mucho há en el sepulcro de sus malos hábitos. Jesucristo se estremeció á vista de aquel espectáculo, y habiendo hecho quitar la losa del sepulcro, dijo en alta voz : Lázaro, sal afuera; y al punto salió ligado de piés y manos, y cubierta la cara con un lienzo. Jesucristo mandó que le desatasen y le dejasen ir. Esta es la historia de la resurreccion de Lázaro, la cual fué muy verdadera, puesto que los judíos que la presenciaron, creyeron en Jesucristo; pero por real y verdadera que haya sido, no duró para siempre. Lázaro resucitó para morir segunda vez; y de este modo resucitan muchos pecadores. Por tiempo de Pascua hacen algunos esfuerzos para recibir bien los sacramentos : quítase la piedra del sepulcro; déjase por algun tiempo la ocasion de pecar, descúbrese la infeccion del mal hábito; finalmente, despues de muchas lágrimas y gemidos, resucita el muerto; pero esta resurreccion no dura mucho tiempo; solo resucita el pecador para morir otra vez. ¿No es esto lo que vemos todos los años despues de Pascua? Apénas empiezan algunos á practicar los ejercicios de piedad, cuando vuelven á entregarse á los primeros desórdenes. ¿De dónde viene esto sino de haber resucitado muy imperfectamente? ¿Cuántas de estas semiconversiones no vemos, que solo se hacen para volver á morir luego, recayendo en el estado infeliz del pecado, que es la muerte de nuestras almas?

III. La tercera resurreccion que me resta proponeros es la de Jesucristo, que es real, verdadera, cierta, constante, inmortal y gloriosa. Estas mismas cualidades debe tener nuestra resurreccion espiritual. El Salvador, real y verdaderamente victorioso de la muerte, sale sin dificultad del sepulcro : *Factus*

(1) *Joann.* c. 11. v. 11. (2) *Ibid.* v. 39.

sum inter mortuos liber (1). Toma su verdadero cuerpo sin ficcion, sin disfraz ni artificio alguno. Ved ahí, cristianos, la resurreccion que debe ser el modelo de la nuestra. Es necesario que dejemos sinceramente el pecado, si queremos emprender una nueva vida y resucitar verdaderamente. *Ut quomodo Christus surrexit à mortuis, ita et nos in novitate vitæ ambulemus*, nos dice el Apóstol (2). La resurreccion de Jesucristo no solo fué verdadera; fué asimismo visible, conocida, y tan cierta que sus mismos enemigos fueron informados de ella por los guardias que habian puesto al sepulcro. Pilátos escribió la verdad del hecho al emperador Tiberio, como advierte Tertuliano (3). Los apóstoles y los discípulos, que fueron testigos oculares, la han anunciado á toda la tierra. En una palabra es tan cierta esta resurreccion, que no se puede dudar de ella : *Surrexit Christus, absoluta res est*, dice san Agustin (4). Del mismo modo nuestra resurreccion espiritual debe ser cierta, visible y conocida, para que los que se han escandalizado con nuestros pecados, se edifiquen viendo nuestra conversion y nuestra mudanza de vida. La resurreccion del Salvador es constante y para siempre : venció, resucitándose á sí mismo, las fuerzas de la muerte; y esta no tendrá jamas imperio sobre él : *Christus resurgens ex mortuis, jam non moritur : mors illi ultra non dominabitur* (5). Pecadores, es necesario que en sentido espiritual se pueda decir lo mismo de vosotros. Si habéis resucitado verdaderamente, vuestra resurreccion debe ser para siempre, no volviendo mas á vuestras embriagueces, vuestras impurezas, etc. Debéis no dejaros arrastrar de las solicitaciones del mundo ni de los atractivos del pecado. Vuestra conversion debe ser sólida, durable y permanente. En fin la resurreccion de Jesucristo fué gloriosa é inmortal, como él mismo lo dijo al apóstol san Juan : *Ego sum vivus, et fui mortuus, et ecce sum vivens in sæcula sæculorum; et habeo claves mortis et inferni* (6); me he visto morir, pero ahora vivo para no morir jamas y para reinar eternamente, y al presente soy el Señor de la vida y de la muerte. Cuando salió del sepulcro, iba con todas las insignias de un conquistador á tomar posesion de su reino y de la gloria que le era debida. En los cuarenta dias que se mantuvo en

(1) *Psalm.* 87. v. 6. (2) *Rom.* c. 6. v. 4. (3) *Apolog. adv. gent.* c. 21. (4) *Serm.* 147. *de temp.* (5) *Rom.* c. 6. v. 9. (6) *Apoc.* c. 1. v. 18.

compañía de sus discípulos, solo les habló de la gloria eterna, teniendo siempre su corazon en las cosas del cielo : *Loquens de regno Dei* (1). Esto mismo debe hacer un alma que ha resucitado verdaderamente. Esta alma, revestida de la hermosura de la gracia, solo debe pensar en la inmortalidad, que el Salvador le ha merecido. Su corazon debe estar en donde está su tesoro y su recompensa : no ha de tener aficion sino á las cosas del cielo, como dice san Pablo (2), todo lo demas debe serle insípido, enfadoso y desabrido : *Si consurrexistis cum Christo, quæ sursum sunt sapite, non quæ super terram.* Tal es la disposicion de un alma que se ha propuesto en este tiempo la resurreccion de Jesucristo por modelo de la suya. Ay, hermanos mios! son muy pocos los que resucitan de este modo : mas porque acaso habrá alguno entre vosotros que no ha celebrado aún su Pascua, hagámosle ver los medios que debe tomar para resucitar verdaderamente.

PUNTO SEGUNDO.

El pecador que quiere resucitar verdaderamente por Pascua, debe lo primero, á ejemplo de Jesucristo, dejar en el sepulcro los despojos de la muerte; quiero decir, todo lo que puede hacerle recaer en el pecado : lo segundo, debe hablar, como hizo el hijo de la viuda de Naím ; esto es, debe confesarse, como Dios manda : y lo tercero, debe comer como la hija del príncipe de la sinagoga, es decir, comulgar con la debida disposicion. Hé ahí tres medios que voy á exponeros para que resucitéis perfectamente.

I. Cuando Lázaro sale del sepulcro, sale envuelto en su mortaja, triste imágen de muchos que en su pretendida resurreccion conservan lo que debian dejar, y que en lo sucesivo les es ocasion de una segunda muerte. No así Jesucristo, modelo de nuestra resurreccion espiritual; sus piés y sus manos no están ligados como los piés y manos de Lázaro; si permite que le sujete la muerte, se deshace de ella, dejándola como Josef su manto ; es decir, con los santos Padres, el sudario y los lienzos con que estuvo envuelto. Ved aquí, cristianos, la imágen de una verdadera resurreccion. Salíd, pecadores, salíd del sepulcro de vuestros crímenes ; no prosigáis mas tiempo siendo esclavos de vuestras pasiones; dejád en la sepultura todos los despojos de la muerte. Avaros, no permitáis que vuestras manos estén ligadas con vuestras injusticias : impúdicos, no conservéis los piés atados por un criminal apego á las criaturas, etc. Rompéd todos esos lazos de la muerte; dejád al mundo corrompido todo lo que os ha hecho morir en este mundo : vuestra alma, victoriosa de los placeres prohibidos, no debe desde hoy mas llevar consigo ninguno de aquellos fatales despojos, que le impiden seguir á Jesucristo resucitado, para que se pueda decir de vosotros lo que el ángel del Señor dijo á las tres Marías : *Surrexit, non est hic.* Ese hombre, que en otro tiempo fué tan desarreglado, ya no está en el sepulcro, ha resucitado ; es un hombre contrito y penitente. Ved ahí el sepulcro en que le habian precipitado sus malos hábitos ; pero gracias á la virtud de los sacramentos que ha recibido dignamente, ya no está ahí : *Surrexit, non est hic.*

II. El segundo medio para resucitar bien es hablar. Cuando Jesucristo resucitó al hijo de la viuda de Naím, que llevaban á enterrar, hizo parar á los que le conducian, y acercándose al féretro, dijo al difunto : mozo, levántate, que yo te lo mando. El difunto se levantó al punto, y empezo á hablar, y Jesucristo se lo entregó á su madre. Pecadores, ¿ qué pensáis se os quiere decir en esto ? Se os dice, que si queréis resucitar á la vida de la gracia, es necesario que habléis : *Et coepit loqui.* Y á quién hemos de hablar ? Á los ministros de la Iglesia, á los cuales debéis descubrir el fondo de vuestra conciencia sin ocultares cosa alguna. Es necesario les habléis clara y distintamente, no disimulando vuestras faltas por unas confesiones hipócritas, que solo pueden servir para vuestra condenacion : es necesario hablar y descubrir aquellos pecados vergonzosos, que acaso jamas os habéis atrevido á confesar : es necesario hablar, y hablar con humildad ; decir vuestros pecados, y no vuestras buenas obras. Es necesario hablar, no de cosas inútiles, como lo hacéis ordinariamente, sino del negocio de vuestra conciencia : es necesario hablar, no á médias, sino enteramente sobre ciertas materias, de que no está bien informado vuestro confesor : es necesario hablar, no segun vuestro antojo, sino sinceramente y segun la verdad. Pero ¿se habla de este modo en el tribunal de la penitencia? No, hermanos mios; se querria por el

(1) *Actor. c. 1. v. 3.* (2) *Colos. c. 3. v. 1.*

contrario tropezar con un confesor que fuese ciego, sordo y mudo; ciego para que no viese; sordo para que no oyese, y mudo para que no dijese palabra. Pues cuál es el modo de confesarse? Si se ha cometido algun pecado vergonzoso, el empacho cierra la boca; si se ha cometido alguna injusticia, el temor de la restitucion impide hablar; si se tiene costumbre de pecar, se muda de confesor para no parecer pecador inveterado; si se halla en alguna ocasion próxima, se busca confesor desconocido que nada sepa de su modo de vida; si se ignoran las obligaciones de la Religion ó del estado, se recurre á excusas ó á explicarse confusamente. De este modo, confesándose se trabaja para no darse á conocer, se calla en lugar de hablar. Pues en medio de esto sabéd, pecadores, que es necesario habléis, si queréis resucitar: *Et coepit loqui.* Hablád pues, y hablád como Dios manda.

III. Es necesario comer. Cuando Jesucristo resucitó á la hija del príncipe de la sinagoga, llamado Jairo, mandó le dieran de comer, para probar con esto la verdad de su resurreccion: *Et jussit illi dari manducare* (1). El mismo Jesucristo hizo lo propio despues de su resurreccion, para que sus discípulos se acabasen de convencer de que habia tomado, no un cuerpo fantástico, sino su propio cuerpo, el mismo que habia sido enclavado en la cruz: despues de haberles mostrado sus llagas, les preguntó si tenian algo que comer. Los discípulos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel: *Obtulerunt ei partem piscis assi, et favum mellis* (2). Habiendo comido en presencia de ellos, les volvió los residuos, para que no les quedase duda de que habia comido: *Et cum manducasset coram eis, dedit eis reliquias* (3). Tambien debéis comer vosotros, para hacer conocer que habéis resucitado; quiero decir, debéis comulgar y comulgar bien, como lo manda la Iglesia. Acerca de lo cual distinguiré tres especies de comuniones, para que no os engañéis en materia tan importante, á saber, comunion indigna, comunion tibia y comunion fervorosa.

La indigna es la que se hace en estado de pecado mortal, de la cual hablámos ya en otra ocasion (4). Esta comunion, léjos de ser señal de resurreccion, es por el contrario prueba cierta

(1) *Luc.* c. 8. v. 55. (2) *Luc.* c. 24. v. 42. (3) *Ibid.* v. 43.
(4) Alude Chevassu á la plática que se ha puesto en la pág. 189 del tomo cuarto de los sermones de *Mision.*

de una muerte aún mas espantosa. Y con todo eso, no hay cosa mas cierta que encontrarse pecadores, que tengan el atrevimiento de venir en este estado á arrebatar el cuerpo del Señor, publicando aún su boca sus delitos por el hedor que exhalan, como se explica san Cipriano. Esto no es satisfacer al precepto de la Iglesia, sino aumentar la propia condenacion.

La comunion tibia es la de aquellos cristianos, que á la verdad tienen horror á los sacrilegios y malas comuniones; pero que no se preparan como es debido para recibir este pan celestial. Cumplen imperfectamente y sin escrúpulo el ayuno de la cuaresma, que es el tiempo que la Iglesia les prescribe para que se dispongan á la comunion pascual. Son frios y negligentes en la práctica de las buenas obras; y la indiferencia con que miran el negocio de su salvacion, hace conocer bastantemente que el pan de ángeles, que se ha hecho pan de los hombres, es para ellos no ménos insípido que el maná para los israelitas.

La tercera comunion, que es señal de una perfecta resurreccion, es la comunion fervorosa; es decir, la que se hace con amor de Dios y de Jesucristo. Tal fué la de los discípulos que iban al castillo de Emaús, la cual ilustró su espíritu de manera, que en virtud del misterio de la eucaristía reconocieron á Jesucristo: *Cognoverunt eum in fractione panis;* y de tal modo encendió sus corazones, que se abrasaban de amor por él: *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis?* (1) Entremos, hermanos mios, en este fervor de los dos santos peregrinos de Emaús, como tambien en el vehemente deseo que dieron á entender tenian de poseer á Jesucristo. Reconozcámosle, luego que hayamos recibido su sacrosanto y adorable pan: *Et cognoverunt eum in fractione panis.* ¡Oh, y cuántos cristianos comulgan sin percibir á Jesucristo, quiero decir, que le reciben con tanta insensibilidad, que no le sienten dentro de sí mismos; no reparan en él y se privan del fruto de su resurreccion, porque ni le desean ni le tienen amor! Dios nos libre de semejante infidelidad!

Comulguemos pues con el mismo fervor de los discípulos, de quienes acabamos de hablar, y despues de haber comulgado digámosle como ellos á Jesucristo: *Mane nobiscum, quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies.* Ah, Señor! no basta que

(1) *Luc.* c. 24. v. 32.

os hayamos recibido por medio de la santa comunion ; dignáos de quedaros con nosotros : *mane nobiscum :* os suplicamos encarecidamente que no nos dejéis ; ya se va haciendo tarde, el tiempo se pasa, nuestra vida se acaba, y estamos ya tocando el término de nuestros dias : *Quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies.* Oh Jesus ! acompañádnos en nuestra peregrinacion : *mane nobiscum, Domine.* Acompañádnos en el tiempo de nuestra vida ; acompañádnos en la hora de la muerte, para que merezcamos ir á acompañaros y estar con vos por toda la eternidad. Así os lo deseo, etc.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

TABLA

DE

LOS SERMONES, HOMILÍAS ETC.,

QUE COMPRENDE

EL TOMO SEGUNDO.

PÁG.

Sermon. En qué ocasiones y á quién socorre la divina Providencia. Para la dominica cuarta de cuaresma — De la obra intitulada *El púlpito español*..... 1

Homilía. Estamos en obligacion de socorrer á los necesitados. Para la dominica cuarta de cuaresma. — De González..... 9

Sermon. Los ricos deben socorrer á los pobres, y estos confiar en la Providencia. Para el cuarto domingo de cuaresma.— Del P. D. Teodoro de Almeida..... 17

Homilía. Debemos coadyuvar á los designios de la Providencia divina. Para la dominica cuarta de cuaresma. — De González. 31

Sermon. La fe sin las obras no es bastante para salvarnos. Para el lúnes despues de la dominica cuarta de cuaresma. — De González..... 40

Discurso. El cumplimiento de las profecías prueba la divinidad del Salvador. Para el lúnes despues de la cuarta dominica de cuaresma. — De Troncoso..... 51

Sermon. La observancia de las fiestas es de precepto divino. Para el mártes despues de la dominica cuarta de cuaresma. — De González..... 63

Homilía. La predestinacion y las gracias á ella consiguientes son

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

os hayamos recibido por medio de la santa comunion ; dignáos de quedaros con nosotros : *mane nobiscum :* os suplicamos encarecidamente que no nos dejéis ; ya se va haciendo tarde, el tiempo se pasa, nuestra vida se acaba, y estamos ya tocando el término de nuestros dias : *Quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies.* Oh Jesus ! acompañádnos en nuestra peregrinacion : *mane nobiscum, Domine.* Acompañádnos en el tiempo de nuestra vida ; acompañádnos en la hora de la muerte, para que merezcamos ir á acompañaros y estar con vos por toda la eternidad. Así os lo deseo, etc.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

TABLA

DE

LOS SERMONES, HOMILÍAS ETC.,

QUE COMPRENDE

EL TOMO SEGUNDO.

PÁG.

Sermon. En qué ocasiones y á quién socorre la divina Providencia. Para la dominica cuarta de cuaresma — De la obra intitulada *El púlpito español*..... 1

Homilía. Estamos en obligacion de socorrer á los necesitados. Para la dominica cuarta de cuaresma. — De González..... 9

Sermon. Los ricos deben socorrer á los pobres, y estos confiar en la Providencia. Para el cuarto domingo de cuaresma.— Del P. D. Teodoro de Almeida..... 17

Homilía. Debemos coadyuvar á los designios de la Providencia divina. Para la dominica cuarta de cuaresma. — De González. 31

Sermon. La fe sin las obras no es bastante para salvarnos. Para el lúnes despues de la dominica cuarta de cuaresma. — De González..... 40

Discurso. El cumplimiento de las profecías prueba la divinidad del Salvador. Para el lúnes despues de la cuarta dominica de cuaresma. — De Troncoso..... 51

Sermon. La observancia de las fiestas es de precepto divino. Para el mártes despues de la dominica cuarta de cuaresma. — De González..... 63

Homilía. La predestinacion y las gracias á ella consiguientes son

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un puro efecto de la divina misericordia. Para el miércoles despues de la dominica cuarta de cuaresma. — De González. 73
Sermon. Sin renunciar al mundo, no se puede hacer verdadera penitencia. Para el juéves de la dominica cuarta de cuaresma. — Del Púlpito español..... 83
Homilía. Desarraigaríamos aún los vicios mas inveterados, si evitáramos las ocasiones. Para el viérnes despues de la dominica cuarta de cuaresma. — De González..... 96
Sermon sobre la muerte. Para el viérnes de la semana cuarta de cuaresma. — De Sánchez Sobrino..... 104
Discurso. De la resurreccion de los cuerpos. Para el viérnes despues de la cuarta dominica de cuaresma.— Del Sr. Maccarthy. 116
Homilía. El mal cristiano es mas criminal que los judíos incrédulos. Para la dominica de pasion. — De González..... 127
Sermon. No se debe mentir ni lisonjear. Para la dominica de pasion. — De Climent..... 135
Homilía. La incredulidad nace de la perversidad del corazon. Para la dominica de pasion. — De González..... 150
Sermon sobre las ilusiones del amor propio. Para la quinta dominica de cuaresma. — Del Illmo. Sr. D. Francisco Alejandro de Bocanegra..... 159
Homilía. El oir con gusto la palabra de Dios es señal de predestinacion. Para la dominica de pasion. — De González..... 172
Instruccion. Las objeciones de la sinagoga nos humillan y las respuestas de Jesucristo nos instruyen. Para la dominica de pasion. — De Cochin..... 180
Sermon. El pecador halla siempre acogida en la misericordia de Dios. Para el mártes despues de la dominica de pasion. — De González..... 188
Discurso. Necesidad de no malograr el tiempo, y de pensar en el negocio de la salvacion. Para el mártes despues de la dominica de pasion. — De Troncoso..... 199
Sermon sobre la observancia de la ley. Para el miércoles sexto de cuaresma. — De Trento..... 213
Sermon. La blasfemia es uno de los pecados mas graves. Para el miércoles despues de la dominica de pasion. — De González. 224
Sermon. El sacramento de la penitencia no produce su efecto, si no se recibe con la debida disposicion. Para el juéves despues de la dominica de pasion. — De González..... 234
Sermon. De la obligacion de seguir á Jesucristo é imitarle. Para el juéves despues de la dominica quinta de cuaresma. — Del Púlpito español..... 241

Sermon. De los dolores de la Vírgen. Para el viérnes de dolores. — Del Púlpito español..... 249
Sermon. Ni la mayor virtud ni la mas perfecta santidad están exentas de tribulaciones. Para el viérnes de dolores. — De González..... 259
Sermon sobre la resurreccion de la carne. Para el sábado de la quinta semana de cuaresma. — De Sánchez Sobrino..... 268
Homilía. La alegría por el triunfo de Jesucristo en Jerusalen no debe hacernos olvidar la muerte que sufrió á pocos dias. Para la dominica de ramos. — De González..... 276
Sermon. La humildad prepara el camino del cielo. Para el domingo de ramos. — Del Púlpito español..... 284
Homilía. La humildad de corazon conduce directamente á la bienaventuranza. Para la dominica de ramos. — De González... 292
Plática sobre las disposiciones para la comunion. Para el domingo de ramos. — De Chevassu..... 298
Sermon de la obligacion de corresponder á los avisos de Dios. Para el domingo de ramos. — De Eguileta..... 308
Plática del lavatorio de los piés. Para el juéves santo. — De Trento..... 321
Sermon. El ejemplo de Jesucristo nos obliga á ser humildes. Para el juéves santo. — Del Púlpito español..... 325
Sermon del mandato. Para el juéves santo. — De Bocanegra... 336
Sermon. Para ser verdaderos discípulos de Jesucristo hemos de imitar su humildad en el cenáculo. Para el juéves santo. — De González..... 348
Sermon de la preparacion para recibir dignamente la sagrada eucaristía. Para el juéves santo. — De Armañá..... 356
Discurso de la pasion de nuestro Señor Jesucristo. Para el juéves santo por la noche. — De Troncoso..... 371
Discurso sobre la pasion de N. S. Jesucristo. Para el juéves santo por la noche. — De Troncoso..... 389
Sermon de la pasion de Jesucristo. Para el juéves santo. — Del Púlpito español..... 405
Sermon de la pasion de Jesucristo. Para el viérnes santo. — De González..... 420
Sermon sobre las siete palabras que habló Jesus en la cruz. Para el viérnes santo. — Del Púlpito español..... 439
Sermon del entierro de nuestro Señor Jesucristo. Para la noche del viérnes santo. — De Valdigna..... 456
Sermon de la soledad de María santísima. Para el viérnes santo. — De Santander..... 472

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

Sermon de la soledad de María santísima. Para el viérnes santo. — De González..... 493
Sermon de la resurreccion de Jesucristo. Para la dominica de Pascua. — De González..... 502
Sermon. La resurreccion del Salvador asegura la de nuestras almas por la gracia. Para la dominica de Pascua. — De González..... 508
Plática sobre la resurreccion de los pecadores. Para el domingo de resurreccion. — De Chevassu..... 515

ERRATA

DE ESTE TOMO.

Pág.	*Lin.*	*Dice:*	*Léase:*
375	23	(dijo)	(diria)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA PUBLICA DE NUEVO LEON
MONT.
FONDO BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON